3 1761 08158691 9

ITALIA-ESPAÑA

GUÁRDESE COMO JOYA PRECIOSA

EX-LIBRIS

M. A. BUCHANAN

PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946

AÑO 19. NUM. 226.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

OCTUBRE 1907

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

AP
60
E8
año 19
no.226-28

11.493

LA IRONÍA DE "FÍGARO,,

En torno al nombre de este gran escritor se ha venido haciendo, con notoria injusticia, un silencio que implica reprobables olvidos. Apenas si algunas plumas hidalgas han intentado reivindicar la gloria literaria del sin par satírico español, el primero sin duda en las letras castellanas del último siglo.

Personalidad tan sobresaliente como la de *Fígaro* no ha alcanzado la merecida consagración. Cierto que sus obras se han editado repetidamente, pero no ha encontrado en el público la estima obligada á sus grandes méritos. No se ha estudiado la índole de su arte literario con psicologismo artístico; no se ha determinado aún la filiación que le corresponde dentro del abolengo artístico español, que tantos satíricos de raza ostenta, humoristas singulares, solariegos, chapados netamente á la española, ni se le ha señalado puesto en la producción, copiosa y compleja, de los poetas y prosistas castellanos en la centuria anterior.

La trágica muerte de *Fígaro* sigue dando á su nombre resonancia en las generaciones nuevas. Más que los golpes acerados de su pluma demoledora, que atacó con despiadada acritud la miseria moral de la sociedad de su tiempo, ha hecho recordar, antaño como ahora, la memoria del gran satírico, el

ruido seco del pistoletazo con que puso término á su vida. Animo sereno, espíritu de temple, el arrebato de la pasión le arrastró á la locura del suicida. Quien supo desdeñar, burlándolo sin piedad, el mísero vivir de los demás, supo también sentirse grande, despreciando gallardamente la propia vida, cargada de penas, entristecida por un asco moral invencible, falto de fe, motivo de burla á la vez, de las mismas miserias que burló. Su muerte trágica es una ironía viva, quizás la más amarga, por doliente y cruel. Con el rastro de sangre, deja hondo surco en los espíritus desencantados, que exprimen del corazón las últimas risas mezcladas con las últimas lágrimas.

El alma irónica de *Figaro*, á través de su vida camino de una muerte próxima y á lo largo de sus obras, deja tras sí un sabor agridulce, de jovialidad triste, de penoso regocijo. Su risa es forzada, máscara de dolor; la comicidad de su ingenio fértil, agudo, burlesco, traduce, con disimulo violentado, tristeza intelectual, un filosofismo cruel.

¿Qué llevó á los artículos que no fuera una proyección de su espíritu? ¿Qué es su ironía más que traducción de una experiencia dolorosa, reflejo de la propia vida? Fué *Figaro* un alma profundamente triste, y por ende gallardamente irónica. Era un sepulcro blanqueado. Antes que la muerte llegara, era un muerto en pie. En su interior, ¡cuánta soledad! ¡qué vacío! Sin el calor de los sentimientos, el corazón, desencantado, dejábase ir, como un cadáver río abajo, á la deriva por la vida. Para mayor tormento, silencioso, reflexivo, mentalidad alta, acosábanle las ideas negras, enseñándole la vanidad de todas las cosas y lo irreparable de las humanas miserias.

Fué un triste. Pruébanlo su vida y sus artículos. Rebosan misantropía extrema. Engañan las apariencias de sus galantes aventuras como mienten un buen humor regocijado, que es insincero, que es cerebral, mera modalidad artística, sus prosas que hacen reir á fuerza de donaires y de sentido cómico. Pero escarbando en la costra de esas apariencias, en el fondo de su vida y de sus obras se advierte un alma llena de fastidio,

sin creencias, sin afectos, solitaria y atormentada, que oculta su secreto, viviendo entre gentes que desprecia, aceptando costumbres que burla y resignado á compartir los convencionalismos de una sociedad que repugna y que, por añadidura, odia en lo más íntimo.

Con ese lastre espiritual, el cerebro germinando ideas disolventes, el corazón cansado y muerto, ¿cómo no empapar toda su labor literaria de una muy cruel ironía? El llanto que no sale á los ojos deja su misterioso temblor de lágrimas en el fondo de los artículos; la hiel que rebosa dentro deja esa acidez que empapa las frases; la tristeza intelectual que trabaja continuamente el cerebro, amarga hasta en las dichas que parecían ciertas, comunica á las prosas un carácter deprimente, un sentido de forzada y dolorosa desesperanza.

En el arte de *Fígaro*, detrás del escritor se ve siempre al hombre. Su vida se prolonga, viviendo, en su obra; su espíritu se proyecta intensamente en cuanto produce su pluma.

Como piensa y siente, escribe. La ironía de su alma corresponde á la comicidad triste de su arte literario.

Para estimar la agudeza de ingenio en *Fígaro* sería necesario un estudio del ambiente moral y político de la época en que escribió. La libertad de imprenta por entonces era nada más que una palabra sin eficacia.

Sujeto á una disciplina legal el pensamiento, para escapar éste á la presión de la censura le era preciso sutilizarse, disfrazando con formas inofensivas la intencionalidad y el espíritu agresivo que entrañara.

Para reñir batalla contra las costumbres públicas con el sentido demoledor que lo hizo *Fígaro*, burlando responsabilidades, engañando la poca penetración mental de los censores, necesitó un talento dúctil, asaz flexible, que, trabajando la forma hasta dominarla á su antojo, para que las frases regocijadas, las expresiones cómicas, el tono general humorístico no denunciaran el sentido corrosivo que llevaban dentro.

Su sátira es atrevida. Hace sangre con cruel ensañamiento.

Mas no ofende por grosera. Ingenio aristocrático, es duro en la intención, correctísimo en las expresiones. Busca, para hacer resaltar su espíritu satírico, la contradicción entre las ideas y los hechos, poniéndolos en irreductible pugna; da como una falsa impresión de las cosas, si bien se advierte al punto que hay un gran fondo de verdad con penetración intelectual observada y con habilísima desfiguración de las apariencias traducida. Sin embargo, no echa mano á los recursos de la caricatura. Ni exagera los rasgos, conservando siempre un aire de realidad, ni desvirtúa los caracteres.

Espíritu curvilíneo, desorienta con agudeza de ingenio la atención de lectores poco curiosos que no saben ahondar, que no aciertan á leer más que á flor de línea.

Disciplinó el talento de *Fígaro*, ejercitándolo en la sutileza é intensificando, respecto á penetración intelectual, la presión del medio ambiente, exaltadamente rigorista. Quizás en tiempos más libres *Fígaro* no hubiese reconcentrado hasta extremo tan admirable su pensamiento, exteriorizándolo también de ese modo maravilloso que enmascara sabiamente, prudentemente, entre donaires y picardías, una intencionalidad extrema.

Dos son los caracteres sobresalientes en el arte de *Fígaro*, modalidades que encarnan su ironía. Uno es la sagacidad y sutileza del pensamiento, que se hace agudo, intenso, flexible, á fin de exteriorizarse. Otro es el dominio de la forma, la habilidosa técnica literaria con que sabe decirlo todo sin comprometer nada.

Sin duda por esta unanimidad, por la compenetración del pensador y del artista que hallan unas fórmulas armónicas de expresión, es *Fígaro* uno de los satíricos más originales que hubo en las letras españolas. Nuestros escritores satíricos de antaño, en letrillas y epístolas, producíanse con mayor desenfado. Fueron más explícitos en la intención y más claros y libres en la forma. *Fígaro* les lleva la ventaja de una mayor profundidad mental; su alto sentido de filósofo que en las co-

sas pequeñas halla la revelación de las más grandes verdades, y les gana en recato, en el arte de los disimulos, en la habilidad con que desconcierta los ánimos mejor prevenidos.

La burla en nuestros satíricos de abolengo clásico es franca y el propósito ofensivo está en ellos claramente manifiesto. Dañan á flor de epidermis, combaten leves defectos sociales y personales. No ahondan. *Fígaro*, por el contrario, es un demoledor tremendo que bajo la máscara de su gracejo ataca los principios fundamentales, daña deliberadamente, merced á su espíritu anárquico, los convencionalismos y los artificios en que descansa el orden social. Generaliza; de las particularidades, de los pequeños hechos, deduce enseñanzas generales con una lógica inflexible, tremendamente demoledora, bajo sus apariencias fútiles é inofensivas. Más es lo que sugiere que lo que dice. Condensa tan admirablemente, en síntesis breves, que cada artículo, para desentrañar su hondo sentido, requiere un largo estudio analítico. Una sola frase entraña todo un sistema de doctrina; una idea tímidamente deslizada sugiere todo un mundo de ideas similares y de principios metafísicos correlativos.

¿De qué medios expresivos se vale? Para dar escape á sus pensamientos, á fin de que éstos hagan hondo surco en la inteligencia del lector, recurre á las formas comprensivas y á los recursos literarios que mayor sugestión ejercen.

Ya busca la alegoría, ya la parábola. A esta índole responden esos cuentos breves que *Fígaro* coloca tan oportunamente en sus artículos. Ayudan á la comprensión; son los andadores al servicio de la mentalidad ajena.

Otras veces acude á la perífrasis para disimular una intención atrevida, transparentándola, sin grave riesgo de caer en la crudeza de expresión, y en ocasiones en el retruécano, en la combinación de las mismas palabras, invertidas, traspuestas, que cambian radicalmente su sentido ideológico, halla, forzando con agilidad de ingenio el léxico, el medio de exteriorizar las más osadas intenciones.

No es *Fígaro*, como Amiel, un escritor introspectivo; pero sí es también un solitario.

Filósofo, cavila á solas, ajeno por completo á la sociedad en que vive, de la cual se considera espiritualmente divorciado. No se pára á disecar su alma, observando su vida interior. Pero son sus impresiones personales, su manera de pensar y de sentir frente á la vida, las que lleva á sus artículos. En ellos vuelca por completo su espíritu.

Es contradictorio. ¿Cómo un alma triste al escribir resulta regocijada?

Claramente lo declara:

«Me he sorprendido varias veces como un pobre hombre, riendo de mis propias ideas.»

En ese contraste singular estriba precisamente la ironía. Las inteligencias que pueden remontarse á lo alto ven abajo las cosas muy pequeñas. Por miedo á la soledad y al vacío descienden y se amoldan con burlesca sonrisa, con seguro conocimiento de la inferioridad en que caen, á la vacuidad de los seres y á la inestabilidad mísera de las cosas, compadeciendo los errores y burlando las ridiculeces.

Estos temperamentos ironistas se adaptan, pero no se asimilan la vulgaridad corriente. La conocen, la aceptan, pero la desdeñan. Comprenden la desproporción irreductible que hay entre las ideas y los hechos y el contraste eterno entre los idealismos y las realidades. Así se convierten en solitarios por aislamiento intelectual al rehusar la convivencia con espíritus groseros y al no compartir hábitos, usos, convencionalismos sociales que reputan inaceptables y dignos de menosprecio, pero á los cuales es necesario resignarse acatándolos por tiránicamente impuestos, ya que llevan la consagración histórica y el beneplácito de las sanciones colectivas, derecho de la fuerza y fuerza del derecho.

La ironía en *Fígaro* es singular, característica, personalísima. No tiene parentesco con el humorismo de Sterne ni con la ironía de Ritcher.

El amargo desencanto que reflejan los artículos de *Fígaro*, disimulado por un gracejo que no es francamente alegre, no es corriente en los humoristas extranjeros.

Comienza filosofando en serio, y acaba riéndose despiadadamente de la propia cómica gravedad. Y ese contraste es de lo más amargo. Da una sensación de esos movimientos espirituales, cambios, saltos que sorprenden, desconciertan y aun asustan, del alma romántica de Espronceda en el *Canto á Teresa*, que comienza con un llanto vivo, dolor hondamente sentido, y acaba con un desplante de crueldad irónica.

La ironía de *Fígaro*; esa facilidad con que entremezcla los más opuestos sentimientos y las ideas contradictorias; esa brusca decisión con que rompe el surco de una mental cavilación, para, apuntando cualquier observación á la ligera, alusión política, alfilerazo literario, echar por tierra la gravedad y trascendentalismo de lo discurrido, como si todo fuera vanidad, engaño, futesas sin importancia; todo ese amasijo de contradicciones, de aspectos paradójicos, nacen de la índole de su carácter y de una irreductible predisposición del ánimo que, por orgullo ó desconfianza, llega á burlarse de todo. Pensamiento tocado de una movilidad y de una inconstancia extremas; corazón vacío de afectos, y por ende voluble, asaz tornadizo, cambia de ideas fácilmente. Ni tiene ideal fijo ni una sentimentalidad persistente. Le placen los saltos en las ideas, cambiarlas, como si lo mismo valieran variado el sentido. Igual hace con las frases en las trasposiciones y retruécanos.

La versatilidad de que alardea su ironía es reflexiva, producto de su modo de pensar, y es asimismo espontánea, arrancando de la idiosincrasia de su carácter. Un detalle entre muchos nos pone en autos de la versatilidad que hemos señalado. Cambia Larra de pseudónimo continuamente. No veo en esta rara inclinación el empeño de despistar la odiosidad de los políticos que combate ó cálculo para huir cualquier acción persecutoria, el rigorismo de una época en que la pluma no gozaba la libertad de escribir. No reconozco la necesidad de esos cam-

bios de nombre, llamándose una vez el *Duende satírico*, en otra ocasión *El pobrecito hablador*, y así continuando con *El Bachiller Munguía*, *Andrés Niporesas*, y por último *Fígaro*, fundamentándolos en las exigencias de cada artículo, que por la índole diversa, en razón de los asuntos ó del modo de estar tratados, imponían la sustitución de los pseudónimos. No me parecen exactas esas explicaciones críticas. Creo, por el contrario, que esos cambios obedecen á la especialidad del carácter de *Fígaro*, al recio desdén con que despreciaba, aun con todo el orgullo de su talento, la vacuidad de la gloria literaria, espíritu el suyo inconstante y tornadizo en todo.

Así se expresa, y en estas palabras está la clave de ello. «La necesidad de viajar y variar de objetos llegaron á hacer de mí el sér más veleidoso que ha nacido.» Luego añade: «Pesándome de ver á las mismas gentes todos los días, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia adonde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los días y fea que no me encante una vez siquiera al mes; esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar á las gentes los quince primeros días que se las conoce.»

Basta lo transcrito para dar cuenta de la índole que reviste la ironía en toda la obra de *Fígaro*. La misantropía y altivez desdeñosa de su carácter determinan el sentido amargo de sus artículos. Vacía en ellos por completo su espíritu.

Fígaro es un tremendo escéptico. En nada cree, y es irreductible su esperanza. Ya he dicho que era un muerto en pie.

A través de lo que confiesa en sus artículos, espanta asomarse al alma de este escritor. Dentro se ha consumido el corazón, *pavesas hecho*. Sólo el largo y doloroso cavilar del pensamiento á solas intranquiliza, como esos ruidos en las casas desiertas que ponen miedo en el ánimo.

Ha perdido la fe en los afectos personales. Todo es mentira, engaño, tartufismo de la vida, que solamente á los crédulos y poco avisados consuela. Ni en cariños familiares, ni en

amores de mujer, ni en afectos de amigos conviene creer. Todo es falso, y á la postre funesto desengaño que nos trae dolorosos advertimientos y trágicas soledades del alma.

«En punto á amores—escribe—tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que á un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere... Si no la cree, es un tormento; y si la cree... ¡Bienaventurado aquel á quien la mujer dice *no quiero*, porque ése, á lo menos, ha oído la verdad!...»

Nada escapa al desdén de este espíritu profundamente escéptico. Toda la esfera de los sentimientos humanos la abarca su musa burlona. No hay un afecto permanente; nada, ni el amor, es eterno. De todo desconfía, cierto de que siempre se ha de hallar «detrás de cada acción generosa el móvil mezquino que la produce».

Sentenciosamente escribe, como advirtiendo á las gentes que huyan todo engaño que se presenta con apariencias de certidumbre. «En todas partes hay máscaras todo el año: aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida?»

Es cruel, desesperante, el escepticismo de *Fígaro*. Trata sin piedad á los amigos, á quienes hace motivo de sus biliosos enconos. A cada ocasión que encuentra, como si en él fuese, á más de un convencimiento, una preocupación, zahiere crudamente á los amigos. Siempre se tuvo á la amistad por un sentimiento de alta nobleza. Se loó su desinterés y hubo alabanzas para sus abnegaciones. *Fígaro* no halla en la amistad más que una perversidad de espíritu, cuando no niega rotundamente su existencia.

Una vez escribe: «quien fuese tan amigo mío para tratarme tan mal». Así juzga á los amigos. Luego, en otra ocasión, hablando de sí mismo, consigna: «preciado de gracioso, harías reir á costa de un amigo, *si amigos hubiera*».

Todo es mentira. Este concepto lo generaliza *Fígaro*. Des-

de el individuo lo extiende hasta los pueblos. Claramente se advierte en este punto el amargo sentido filosófico con que juzga los actos humanos, así particulares como colectivos, el talento demoledor de este implacable ironista.

«El hombre—discurre—necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esta razón creen los amantes, los casados y los pueblos á sus ídolos, á sus consortes y á sus gobiernos...»

¿En qué cree *Fígaro?* En nada. De esta ruina de la fe y de esta irreductible desconfianza arranca su escepticismo, que hasta le priva de energías en la lucha por la vida. Sabe que tiene talento, y ¿de qué le vale? Es un lastre inútil para un triunfo definitivo. La superioridad intelectual sirve para un mayor aislamiento. Los propios méritos no son armas eficaces en el combate social. Con talento, ni aun siquiera un mísero destino se alcanza. En el reparto de prebendas andan en juego la injusticia, el soborno, el favor, las malas artes.

Cruel es la frase con que *Fígaro* expresa este juicio: «Ya no tengo madre, ya no tengo mujer, ya no tengo dinero, ya no tengo amigos».

¿Y qué es lo que pudiera alcanzarse?

Precisamente todo aquello que el hombre ambiciona, por lo que tanto se afana, es nada. Palabras, nada más que palabras, como dijo *Hamlet*, repite también nuestro ironista. Todo el egoísmo, toda la pasión, toda la cantidad de espíritu que el hombre pone en la conquista de grandezas, los ha puesto nada más que al servicio de vanas palabras. «¿Política, gloria, saber, poder, riquezas, amistad, amor? Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices.»

De un amargo sentido, entrañando una desolación infinita, son los advertimientos que pone en boca del criado borracho. Son las verdades únicas, el infalible desencanto de las mejores ilusiones humanas.

Una vez dice: «Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros, hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escri-

ta». Con esto indica la inutilidad hasta de la esperanza. Nada es cierto, nada estable. Ni siquiera vanidad de vanidades.

El pesimismo de *Fígaro* es corrosivo, extraordinariamente desconsolado. La tristeza desencantada de Kempis, que nos habla de la fragilidad de todos los sueños humanos, es más piadosa, porque fía á un remozamiento del espíritu religioso todo consuelo y esperanza en una vida superior y ultraterrenal, la certeza de venturas más allá de la muerte, en el tránsito de esta vida de penas y desengaños á una vida en que los dolores de la carne no existen y el alma inmortal vivé plenamente libre y bienaventurada.

¿Felicidad en la tierra? No la concibe *Fígaro*. Más allá tampoco.

Con cruda brevedad lo expresa el astur borracho: «Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozas hozando en él como quien remueve la tierra en busca de un tesoro».

Todo este pesimismo ideológico, esta tristeza intelectual, los vive el escritor. Son como su característica. En nada halla contento, ni fuera ni dentro de sí mismo. En los hombres mira la máscara con que engañan; en su propio interior no halla ningún estímulo vital de energía para la lucha, de sosiego para á lo menos gozar una paz íntima, no contaminada de las miserias de los hombres siempre en guerra.

Escribe dejando pedazos del alma, desgarrada á violencia en cada trazo de la pluma, como si ésta fuera un arma de suicidio. Espantosa labor, el más cruel de los suplicios. «En cada artículo entierro una esperanza ó una ilusión.»

Como si este tormentoso vivir interno, que nos cuenta con grave acento dictado por un ánimo sereno que afronta impasible las más trágicas situaciones, no nos diera la visión de un espíritu enlutado por dentro, con cierto regocijo al exterior, *Fígaro* lo revela de un modo que escalofría, poniendo en despavorido desconcierto los sueños más optimistas.

«Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mu-

cho de vida, de ilusiones, de deseos. ¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro.»

Confesión que deja un sedimento de amargas verdades, un hondo surco de dolor...

De este pesimismo desolado que arraiga profundamente en *Fígaro*, arranca una especie de sentido anárquico, de espíritu subversivo á todo evento. Claro es que, con el concepto que le merece el hombre, la sociedad resulta aún peor conceptuada, y contra las ideas primordiales arrecia en sus diatribas embozadas y en sus francos odios.

Sabe poner en contradicción los principios morales que se estiman como fundamento del orden social reinante, con los instintos en el hombre y con las nociones más elementales de derecho natural. Este procedimiento humorístico lo cultiva en la actualidad con gallardo éxito Mark Twin.

No hay más que leer el artículo *Las circunstancias*, para percatarnos al instante del sentido anárquico que predomina en *Fígaro*. Se ha venido considerando como bases del orden social estos conceptos: patria, religión, familia. Donosamente, con malévolo regocijo los burla nuestro ironista. Como los presenta, queda su eficacia completamente desvirtuada.

Nos presenta á Priestley. Debió nacer inglés, protestante y rico. Las circunstancias determinan su suerte en otro sentido. Lo hacen español, católico y pobre. ¿Qué son entonces las ideas madres más que el juguete del destino de los hombres? Ellas en sí no tienen virtud alguna; dependen de una serie de contingencias imprevistas. La patria la concede el azar, como la religión nos la impone el medio ambiente; y la fortuna es cosa inestable, ajena á nuestro dominio; antes por el contrario, tirana de nuestros destinos entregados á sus veleidades tornadizas.

Pasa luego á combatir la organización social, esta serie de convenciones á que se sujetan, merced á las leyes que regulan nuestras responsabilidades y á la ética que disciplina nuestra conducta, las más libres espontaneidades del hombre.

Ante todo se declara enemigo de la fuerza, garantía del orden y de la paz pública en todas las sociedades modernas. Así exclama: «¡Siempre bayonetas en todas partes! ¿Cuándo veremos una sociedad sin bayonetas? ¡No se puede vivir sin instrumentos de muerte!»

Rebélase también, con hostilidad anárquica, contra el derecho que se abroga la sociedad, de matar, de realizar la justicia, llevando á ejecución la pena de muerte. Razona brevemente sobre este extremo, respecto al cual han disertado criminalistas y sociólogos. No importa la brevedad con que se expresa. Pero conviene recoger su argumentación, en la que parece esforzarse en no poner más que unos adarmes de sentido común. Habla de un reo que muere infamado en la horca. «Si había hecho mal—dice—matando á otro, la sociedad iba á hacer bien matándole á él. Un mal se iba á remediar con dos.»

Giran sus ideas en torno á esta honda rebeldía que le acosa. Contra todo acto de fuerza que imponen los prejuicios sociales; contra todo lo que signifique represión, vindicta, castigo, el espíritu de *Fígaro* se subleva indignado. En boca del baratero que riñe con un compañero de prisión pone esta imprecación amenazadora: «Mi día llegará, ¡oh falsa sociedad! ¡oh sociedad incompleta y usurpadora!, y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente, sin comprenderle, aprenderán á leer».

¿Qué escritor llegó en España á manifestar con tanta valentía ideas de esa fuerza demoledora? Sobre todo, asombra que en una época de cobardes pusilanimidades, en que ni aun las tímidas ideas liberales era posible expresarlas ni siquiera con respetuosa sinceridad, *Fígaro* se atreviese á producirse con tan ruda franqueza y tan osada rebeldía. Hoy mismo, que de una más amplia libertad disfrutamos, habría que poner tiento en la pluma para dar salida á esos ímpetus revolucionarios, condenadores de la violencia, instigadores de un anarquismo en acción.

Como si lo anteriormente transcrito no fuese bastante á darnos la clave de su modo de pensar, en otro artículo busca coyuntura para dar escape á sus ideas subversivas. Se encara con los que el día de Difuntos visitan los cementerios. «¿Vais á ver á vuestros padres y á vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra: la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta y que ningún jurado se atrevería á encausar ni á condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la naturaleza que allí los puso, y ésa la obedecen.»

¿Qué más podía escribir cualquiera de los escritores ácratas contemporáneos? ¿Quién, en un período gubernamental de opresión y terrorismo, puso más ácido corrosivo en los puntos de la pluma?

Contra la mansedumbre de las gentes, precisamente, que acataban sin un intento de rebeldía la manumisión política, el servilismo moral, la esclavitud blanca, *Fígaro* dejó deslizar en una frase su más sangrienta ironía. Busca un pretexto para decir una gran verdad. Habla de una representación en que los hombres son mujeres, y las mujeres son hombres, para añadir á renglón seguido, con sarcástica intención, como escupiendo una ofensa á la sociedad en que estaba forzado á vivir: «He aquí nuestra época y nuestras costumbres».

***

La depresión intelectual le lleva al pesimismo que vierte, con corrosiva ironía, en ideas disolventes. Pero siéntese acometedor también, movido de una agresividad sanguínea contra el medio ambiente social, y esgrime entonces la sátira con crueldad implacable. «Nunca está el hombre más filósofo que

en sus malos ratos.» Así germina en *Fígaro* la ironía. Mira las ideas, los hombres y las cosas á través de su espíritu misantrópico, y en los instantes de mal humor desahoga las hieles en artículos serios ó en sátiras despellejantes.

Hasta en los artículos de costumbres, en que acierta á dar la nota pintoresca de admirable modo, con gracejo insuperable, con visualidad justa y colorido magnífico, derrama su acidez, su punzante causticidad, llevado de un espíritu maleante que el asco moral lo traduce en donaires y en diálogos de acentuada burla y gorja.

¿Qué mejor medio para satirizar la grosería de las costumbres españolas que pintarlas gráficamente, desentrañando el carácter de ellas, reproduciéndolas en el arte literario con fina observación, movidas, vívidas?

En *El castellano viejo* encanta el irónico gracejo y el sentido epigramático que rebosa. Maleante, festivo, el satírico traza el tipo con relieve sorprendente y esa obsequiosidad insistente con que gentes de hábitos groseros por tradición y de usos domésticos poco agradables para personas de gustos educados se empeñan en agasajar, sin fijarse en las molestias que ocasionan á quienes rehuyen estas fiestas familiares, en que toda incomodidad y toda impertinencia tienen obligado ejercicio.

Y es donosa también la sátira con que pone en ridículo ciertos resabios mortificantes de las costumbres españolas á la clásica usanza. *¿Entre qué gentes estamos?* rotula uno de sus más donosos artículos. En él pone de manifiesto la insolencia plebeya del calesero, el ridículo orgullo del escribiente, la franqueza irrespetuosa del sastre, que, en razón de la ineducación y de la altanería propia de la raza, á todos mide por el rasero de la propia grosería vidriosa y pendenciera.

Tal vez donde más agria y, sobre todo, más agresiva, hasta hacer sangre cruelmente, se muestra la sátira en *Fígaro*, es cuando aborda las alusiones políticas.

Vela la intención, pero así escondida es más aguda, mu-

cho más incisiva. Desuella la piel con leve rasguño, pero deja que el veneno llegue á la sangre y traiga la descomposición y la muerte.

Precisamente en la sátira política es donde más penetrante y hábil se revela el ingenio de *Fígaro*. Sabe decir las más ofensivas crudezas sin que las frases hieran con destempladas acritudes. Hay que ver en ellas el sentido, el espíritu demoledor que entrañan. Son ligeras, son cómicas, al parecer, superficialmente inocentes. Mas bajo la festiva forma, detrás de los retruécanos hábiles, ahóndese un poco, y se comprenderá una intencionalidad, una dureza de concepto verdaderamente agresivos é implacables.

Su sátira extiende la esfera de acción. No sólo ataca las ideas, sino que censura las corrupciones de los partidos y va más allá de los ataques satíricos. Búrlase también de los cómicos, de los literatos, de los empleados, nada más que destacando la insignificancia, la ridiculez, el engreimiento que hinchan sus espíritus vulgarísimos, y la ineducación de que alardean.

Como crítico literario *Fígaro* no raya á la misma altura. Cierto que se advierte en sus artículos juzgando la producción literaria de sus contemporáneos un gusto depurado, cierta independencia de criterio; pero no ahonda mucho en filosofía del arte. Gallarda mentalidad la suya, en la crítica parece no poner todo su vigor intelectual y todo su emotivismo artístico. No obstante, doy en pensar que eran su cultura y su penetración crítica superiores á las obras que juzgaba, por lo general traducciones de comedias francesas, hoy desdeñadas.

*
* *

Sin duda, la muerte trágica de *Fígaro* fué su última y más despiadada ironía. Por despecho amoroso, loco de orgullo y de pasión, se mata por una mujer. ¡Él, que nunca creyó en fe de hembra alguna, y declaró siempre desoladamente que no amó jamás!

Tal vez le movió al desesperado acto con que puso término á una vida de pesadumbres el desencanto supremo, el desplome de la última ilusión. Tal vez sintió el horror al vacío de la vida, á la infinita soledad entre los hombres, no contando ya con la piedad de que le contentaran con un misericordioso engaño, ni se consolara su alma con cualquier mentira de estas que á los demás nos arraigan á la tierra, y prefirió, con heroica grandeza, en un momento de soberana ironía, despedirse de la existencia con su gesto más burlesco y con una mueca de desdén agresiva.

ANGEL GUERRA

SUBSISTENCIAS

INTERMEDIARIOS

Con ser tan importante la deficiencia y la carestía de nuestra producción agraria, no constituye, sin embargo, la única causa del constante y progresivo aumento de precio de los artículos alimenticios; contribuye á él, y no en pequeña parte, la existencia de gran número de intermediarios que, eslabonándose entre el productor y el consumidor, forman la cadena que por igual aprisiona á uno y á otro.

Antigua y potente fué sin duda esta plaga en España, donde se dedicaba al acaparamiento y reventa de toda clase de artículos, y grandes debieron ser sus abusos, cuando, con sólo hojear la Novísima Recopilación, encontramos, entre otras, las siguientes disposiciones, encaminadas á poner coto á sus demasías:

Don Carlos I, en Bruselas, por pragmática de 26 de Febrero de 1549, prohibe la compra de paños para revender en ferias, «porque somos informados (dice) que los mercaderes hacedores de paños caudalosos, y sus factores y criados, para se hacer del todo señores del precio de los paños, y los subir en el que ellos quisieren, han tomado y tienen por trato y granjería comprar muchos paños de los otros mercaderes hacedores de ellos, y los recoger en sí por esta vía para dicho efecto, de que se ha seguido y sigue mucho perjuicio á la república, y que lo mismo hacen y acostumbran á hacer otras

personas para revender los tales paños; y por lo evitar, vedamos y defendemos, que agora ni de aquí adelante ningún mercader hacedor de paños, ni factor ni criado suyo, ni otra persona alguna, pueda comprar paños algunos en las ferias para los revender en ellas directe ni indirecte; so pena que por la primera vez pierdan los paños que compraren, y más paguen de pena 50.000 maravedís, la mitad de todo ello para la nuestra Cámara y Fisco, y la otra mitad para el denunciador y Juez que lo sentenciare, repartido entre ellos por iguales partes; y por la segunda vez se le doble la pena; y por la tercera pierda la mitad de todos sus bienes, y sea desterrado destos nuestros reinos».

Don Carlos y Don Felipe, en Madrid, por pragmática de 25 de Marzo de 1552, prohibieron la reventa de paños, excepto en las tiendas públicas; Don Felipe II, en las Cortes de Madrid de 1558, petición 6.ª, mandó que no se pudieran comprar garrobas ni yeros, ni en poca ni mucha cantidad, para lo tornar á revender; el mismo, en las Cortes de Madrid de 1586, petición 28, dispuso que no se revendiera la sal.

Don Felipe IV, por pragmática de 13 de Septiembre de 1627, habiendo en cuenta que «una de las causas principales de la carestía general ha sido el número grande de regatones, que se han introducido en todas las especies de comercio, y que éstos acaparaban toda clase de géneros para poner el precio á su beneplácito interponiéndose entre el productor y el consumidor, prohibió, bajo severas penas, que la venta se hiciere en otras partes que en las tiendas destinadas á este fin».

Don Felipe II, en Toledo, por pragmática de 26 de Abril de 1561, prohibió comprar carnes vivas para tornarlas á revender; y por otra de 20 de Junio de 1565, que los corredores salieran á comprar á los caminos los ganados que vinieren á venderse en los mercados.

Estas prohibiciones, y las severísimas penas que se aplicaban á los contraventores en época en que el principal objetivo de las leyes era el de atender al bien general antes que á los

intereses privados de un determinado número de particulares, no fueron bastantes á extinguir el intermediario, para quien la idea del lucro personal fué siempre el único fin de sus aspiraciones; y en estos tiempos en que la definición de la libertad ha degenerado, desde el principio de hacer cada uno lo que le plazca sin perjuicio de los demás á la de realizar cuanto se le antoje, aun cuando perjudique á la generalidad, la plaga social de los acaparadores, revendedores, corredores y otros intermediarios de menor cuantía ha tomado tal desarrollo desde la confabulación de gremios enteros para alterar á su capricho el precio de los artículos, hasta el modestísimo industrial que en la vía pública se dedica á la reventa de algunos de ellos, que todo lo invade, todo lo explota; y si, prescindiendo de la tan mal entendida libertad de comercio, no acabamos pronto con ellos, no tardarán ellos en acabar con nosotros.

Funcionan estos organismos enemigos del productor y del consumidor, ya víctimas de la usura desde el mismo momento de la siembra, por los anticipos que los pequeños labradores se ven obligados á solicitar para las operaciones de ella, con una organización perfecta, á la que ha contribuído, más que ninguna otra causa, la agremiación forzosa establecida por nuestras leyes fiscales. Esta agremiación, que sólo favorece el fácil cobro de los tributos por parte de la Hacienda, ha venido á establecer una solidaridad de intereses entre las clases industriales y mercantiles, que cierra el paso á toda noble competencia; los síndicos y clasificadores de cada gremio conocen al detalle el estado más ó menos floreciente del tráfico á que se dedica cada uno de los agremiados, y los precios á que adquieren y venden los géneros; y este conocimiento, que, en reglas de estricta justicia, habría de servir tan sólo para la equitativa distribución de las cuotas, ha llegado á convertirse en arma de coacción contra aquellos que intentan expender sus mercancías en distintas condiciones que los demás. Casos conocemos en esta propia Corte, en que la rebaja de precio en un artículo determinado para aumentar la exigua clientela del

comerciante, en vez de producir, como era lógico, en su estado de penuria, una disminución de cuota, ocasionó el aumento de ella, como penalidad establecida por el gremio á los infractores de la regla general; y ninguna demostración más palpable de que esa sagrada libertad de comercio que nuestras leyes establecen y la opinión preconiza es ilusoria, desde el momento en que prácticamente no puede ejercerse sin el grave peligro de los intereses de aquellos que á ejercerla se aventuran.

Consecuencias de esa misma agremiación son los sindicatos de fabricantes de harinas y pan, que, después de hacer el cálculo del cereal que cada uno necesita durante el año, se confabulan para lanzar á las comarcas productoras sus comisionistas, con orden de acaparar á precio único, concertado de antemano y siempre muy bajo, las existencias necesarias para la fabricación y reventa; y después de hecho el acopio, envían nuevos emisarios para adquirir exiguas cantidades á precios mucho más elevados, con lo cual consiguen, mediante la desaparición de la competencia, el doble objetivo de comprar barato y vender caro.

Iguales procedimientos se emplean seguramente en los demás artículos de consumo, y así se explica que esta confabulación inicial, unida á la red de intermediarios establecida entre el acaparador al por mayor y el que vende al público, produzcan en los grandes centros consumidores, por ejemplo, Madrid, que es de donde tenemos datos más completos, un aumento en la unidad alimenticia, comparando precios con los corrientes en los 218 mercados principales de España, de 41 por 100 en 1891, 48 en 1892, 35 en 1893, 36 en 1894, 25 en 1895, 33 en 1897, 31 en 1898, 35 en 1899, 28 en 1900, 23 en 1901, 24 en 1902, 37 en 1903, 36 en 1904, no fijando los de 1905 y 1906 por carecer de datos.

Establecidos estos datos generales, y ante la imposibilidad de adquirirlos auténticos de cada localidad, veamos lo que ocurre en Madrid respecto á las carnes, el pan y algún otro importante artículo de primera necesidad, para formar una idea

aproximada de lo que en las demás importantes poblaciones sucede. En el mes de Diciembre de 1903 vendiéronse por los ganaderos en el matadero de esta Corte los bueyes cebados á una peseta el kilogramo, á 1,54 las vacas gordas y á 1,47 el ganado de León, en canal, ó sea quedando á beneficio de la Compañía de abastecedores (el *trust* de la carne) las pieles, los intestinos, los hígados y todo lo demás del interior de la res, que representa un valor de 21 pesetas por res, siendo también de cuenta del ganadero el pago de los derechos de consumos; además de esto, si las reses están muy gordas se descuenta un tanto por ciento por sebo, y si no lo están por huesos; de modo que los abastecedores pagan los precios indicados nada más que por la carne que puede ponerse á la venta pública: el precio á que ellos la dan á los carniceros y tablajeros es un misterio indescifrable; pero no lo es que cuando llega á la venta pública se ha dividido en cinco clases, las cuales se expenden, con inclusión del sebo y del hueso, por lo menos en dos de ellas, á 2,80, 2,40, 2,00 y 1,80 el kilogramo, y á 1,40 el de falda, que es la ínfima calidad y la que menos influye en el peso de las reses. Es decir, que aparte de las mermas, fatalmente inevitables en el peso al por menor, además del sebo y del hueso, que no pagan los abastecedores y que representan un no despreciable sobreprecio, del matadero al consumidor el kilo de carne encarece de 0,50 á 1 peseta, advirtiendo que prescindimos de la carne de ternera, cuyo precio al por menor en nuestro mercado oscila entre 3 y 4,50 pesetas kilo.

En París el precio del kilo neto de carne de buey, que en los mataderos de la villa vale 1,80, 1,45 y 1,30, según calidad, se expende en los mercados de 1,20 á 2,50 la de primera, de 1 á 2,30 la de segunda, de 0,90 á 1,50 la de tercera, y de 0,70 á 1 franco la de cuarta clase; la vaca cuesta en el matadero 1,56, 1,40 y 1,25, y en los mercados al mismo precio que el buey, y la ternera á 2,30, 2,10 y 1,80 en el matadero, y en los mercados de 2,10 á 2,50 la de primera, de 1,20 á 1,60 la de segunda, de 1 á 1,70 la de tercera, y de 0,90 á 1,30 la de cuar-

ta; en los mercados de Bruselas el kilo de carne de buey oscila entre 1,50 y 2,10 francos; en la capital de Italia el precio del kilo es de 1,50 para las clases obreras, y el máximo de la carne selecta que consumen las clases acomodadas llega á 2,55 liras el kilo.

Respecto al pan, empezaremos por consignar que el precio medio más elevado á que se cotizó el trigo en los principales mercados de Europa durante el año de 1906 fué de 23,84 francos el quintal métrico en París, de 22,99 en Berlín, de 16,94 en Budapest, de 15,04 en Odessa, de 26,52 en Italia y de 25 pesetas en España; que el precio del pan en Francia del 10 al 25 de Febrero del corriente año oscilaba desde 0,28 en los departamentos hasta 0,36 y 0,40 en París; de 0,33 á 0,39 en Roma; en los Países Bajos á 18 céntimos, y en Bruselas á 0,24 y en Madrid á 0,40 lo que aquí llamamos kilogramo, aunque nunca llegue á mil gramos.

También esta demostración es clara: en la capital de nuestra nación el precio del artículo de primerísima necesidad para el sustento de la masa general de la población es más elevado que en todas las demás capitales de los Estados europeos, y en ellos influye, además del acaparamiento á que ya nos hemos referido y de los innumerables y no menos codiciosos intermediarios, el insaciable deseo de lucro de fabricantes y vendedores. Para demostrar este aserto, que naturalmente no podemos asentar sobre datos oficiales, que ni existen ni pueden existir, habremos de reproducir lo que sobre el particular consignábamos en nuestra ponencia de 1905, adicionado con otros antecedentes que la prensa diaria dió á luz á principios del año actual, pues tanto unas como otras cifras, aunque desmentidas, como era lógico, por los fabricantes y expendedores, nos parecen, como á la opinión pública, las más apropiadas á la verdad.

Decíamos en 1905: Dado el precio de los trigos y de las harinas, el precio de coste y de elaboración de pan serán los siguientes:

Coste de 125 kilos de pan en una tahona corriente que elabore 1.250 kilos.

	Pesetas.
100 kilos de trigo en Valladolid, sobre vagón, á 52 reales la fanega de 94 libras, ó sean los 43 kilos	30
Transporte por ferrocarril de Valladolid á Madrid	2,40
Arrastre, de la estación á la fábrica de harinas	0,20
Derechos de la fábrica de harinas, á 1 peseta los 43 kilos	2,32
Arrastre, de la fábrica á la tahona	0,20
Total coste de los 75 kilos de harina, resultante de 100 kilos de trigo	35,12
Venta de los 25 kilos de residuos, á 0,21 pesetas kilo	5,25
Coste líquido de 75 kilos de harina	29,87
Coste de 25 kilos más de harina para completar los 100	9,95
Total coste de los 100 kilos de harina	39,82
Primera materia	39,82
Personal de elaboración	4
Alquiler del local	0,50
Contribución	0,10
Gastos de motor	0,20
Mecánico, engrases, correas y desgaste del motor	0,30
Luz	0,15
Sal	0,25
Utensilios de maseras, palas, horquillas, selos, mantas y sacas para los obreros	0,15
Leñas y lumbreras	1
Embaldosado del horno	0,04
Personal del acarreo y venta del pan	2,25
Quebranto de moneda	0,35
Imprevistos y gastos menudos de bombillas de luz, cristales, etc.	0,10
Total coste de 125 kilos de pan que produce 100 kilogramos de harina	49,21

Determinado el precio de coste de la primera materia y de elaboración del pan, vamos á indicar los precios de venta para determinar el encarecimiento de la mercancía, por las ganancias de la industria y los servicios de los intermediarios.

Suponiendo que una tahona elabore y venda 1.250 kilogramos de pan de diferentes clases, resultará:

VENTA	Pesetas.
312 piezas de un kilogramo, á 0,45 una	140,40
938 kilogramos de pan en panecillos de medio y de un cuarto de kilogramo, á 0,25 cada uno de los primeros y á 0,25 cada dos de los segundos	469
TOTAL VENTA	609,40
A deducir:	
Coste de 1.250 kilogramos de pan á 49,21 pesetas los 125 kilogramos	492,10
Ganancia diaria	117,30

Demuestran estos números que el encarecimiento por ganancias de intermediarios representaba en 1905, vendiendo el kilo de pan á 0,45, más del 23 por 100, y que la elaboración y venta diaria de 1.250 kilogramos producía una utilidad de 40.000 pesetas al año.

Los datos de época reciente son aún más curiosos, y parecen más completos.

Existen en Madrid 180 tahonas, cuya producción parcial no puede precisarse; pero como para los efectos no es necesario en absoluto, ascendiendo el consumo total á 110.000 kilogramos por día, asignamos á cada una, por igual, 600 de fabricación diaria. En la primera semana del mes de Enero del año actual costaba el quintal métrico de harina sobre vagón en Valladolid 33 pesetas, que sumadas á 2,40 de portes por ferrocarril hasta Madrid, y 20 céntimos de arrastre, de la estación á la fábrica, hacen ascender el precio de los 100 kilos de harina, puesta en fábrica, á 35,60 pesetas.

Como el pan debe tener un 25 por 100 de agua, y tiene aquí hasta el 30 y el 35, no necesita el fabricante igual peso de harina que el del pan que ha de fabricar; y así, prescin-

diendo del exceso de agua que aquí toleramos, y tomando sólo la que específicamente corresponde, tendremos que para fabricar 600 kilos de pan sólo hacen falta 450 de harina, cuya transformación representa los siguientes gastos:

	Pesetas.
450 kilos de harina, á razón de 35,60 pesetas los 100 kilos, puestos en fábrica	160,20
Mano de obra	18
Local	2,25
Contribución	0,45
Motor y su entretenimiento, su conducción y reparación	2,25
Luz	0,70
Sal	1,20
Entretenimiento de utensilios y de horno	0,70
Leñas y lumbreras	4,40
Personal para venta de pan y acarreo de leñas y harinas	9
Quebranto de moneda	1
Gastos menudos	1,50
TOTAL	201,65

Intereses al capital empleado y remuneración del trabajo personal del dueño, gastos de escritorio, etc.	13,01
Total gastos de coste y elaboración de 600 kilos de pan	214,66
Producto de la venta del pan, á 0,40 el kilo, admitiendo el convencionalismo de los 1.000 gramos por kilogramo	240
Sobre-utilidad del tahonero	25,34

diarias; 12,50 al día de interés sobre el capital invertido, 150 por 100 anual del mismo dinero.

De otros artículos de consumo que con la carne y el pan forman el sistema completo de alimentación de la enorme masa constituída por las clases media y obrera de nuestro país, no hay verdaderas estadísticas ni base de comparación con lo que en el extranjero sucede. Sólo sabemos que sus precios, como era natural, han seguido automáticamente la elevación de las demás subsistencias, y que hasta llegar al consumidor pasan por las manos de los intermediarios monopolizadores de esta clase de negocios.

De lo que sucede en los mercados en general no tenemos datos auténticos que permitan hacer afirmaciones concretas ó irrebatibles, aunque puede suponerse con gran fundamento que estos géneros, lo mismo que los demás, no habrán podido sustraerse á la codicia del acaparador. Nos limitaremos, pues, á señalar como muestra lo que se realiza en el de Madrid.

Existe en esta Corte para el mercado de frutas, hortalizas y legumbres una antigua institución denominada de asentadores, que ejercen en la plaza de la Cebada, único punto destinado á la venta al por mayor de estos géneros, las mismas perniciosas funciones que los acaparadores de trigos y harinas y los abastecedores en el Matadero. Ellos fijan el precio de adquisición de los productores y el de venta al por mayor y menor, imponiendo una verdadera tiranía mediante los pequeños créditos abiertos á los revendedores que se someten á sus condiciones, y la negativa de facilitar géneros, ni al contado ni al crédito, á los que pretenden recabar alguna independencia, y de aquí la uniformidad constante del precio de los artículos similares en todos los sitios destinados á la venta, uniformidad que no podría existir sin la presión de aquellos elementos, porque cada vendedor sería dueño de establecer, con arreglo á las condiciones de su establecimiento, la cantidad de ganancia que estimara más conveniente para la mayor venta.

Sin la intervención de estos asentadores ningún productor podrá colocar su mercancía en el mercado madrileño, porque ni almacenistas ni vendedores al por menor la aceptarán, temiendo las represalias de aquéllos; y como tampoco pueden expenderlo al público por falta de locales, que no existen en el mercado á disposición de ellos, y que, aunque existieran, tomados por una sola vez, recargarían enormemente los gastos, ni tienen sitios donde almacenar, en espera de mejores circunstancias, forzosamente han de someterse á las exigencias de estos intermediarios confabulados, que, como ya hemos dicho, libres del temor de toda competencia, compran al precio que quieren fijar y venden al que les viene en gana.

En el otro mercado, el de los Mostenses, que recibe toda la pesca necesaria para el abastecimiento de la Corte, puede exigirse la venta al por menor; pero los abastecedores y detallistas, que no podían faltar, la imposibilitan, teniendo que resignarse el público á adquirirla de los revendedores al por menor, que también, con rara unanimidad, venden todos al mismo precio y se conforman con la modesta ganancia del 25 al 50 por 100, según la clase de la mercancía; y como con los huevos, la leche y todos los demás artículos de alimentación ocurre una cosa análoga, ahorramos comentarios respecto á esta segunda causa esencial de la carestía que lamentamos.

Aun queda una tercera que está en la conciencia de todos, pero que, por tratarse de actos realizados en la esfera del orden privado, no tiene comprobación; nosotros, sin embargo, no hemos de callarla, aunque de antemano prevemos las airadas protestas que ha de ocasionar; y en esta parte nos vemos obligados á rectificar algo de lo que dijimos en nuestra ponencia de 1906. Es cierto, según la estadística oficial, que el número de establecimientos dedicados á la venta de artículos de consumo disminuyó, por lo menos para los efectos de la tributación, en 5.748 desde 1893-94 hasta 1904; lo es que no todos los que al comercio se dedican no sólo no se hacen ricos, sino que muchos se ven obligados á cerrar sus establecimientos; pero de propia experiencia conocemos diversos casos en que el comerciante, con el sobreprecio de venta al por menor en relación con el de compra al por mayor, ayudado por las deficiencias del peso, de todos conocidas y por todos toleradas, obtiene un beneficio anual superior al importe del capital en circulación, y no se enriquece porque en la mayoría de los casos el capital es tan exiguo que, con ser tan enormes las ganancias proporcionales, no pueden exceder de los gastos; y cuando quiebra ó se retira, no es por insuficiencia de la utilidad relativa, sino por falta de compradores.

Nos parecen bastante averiguadas las causas raíces del continuo encarecimiento del precio de las subsistencias. Nues-

tra producción agrícola no aumenta proporcionalmente al número de consumidores, cada vez mayor según acusan los sucesivos censos, circunstancia ésta del aumento de la población nacional, que no estimamos una calamidad, como alguien ha querido suponer, sino que señalábamos en nuestra ponencia y volvemos á señalar ahora, que á mayor demanda es necesaria más suma de productos, y que cuando simultáneamente á aquélla no aumentan éstos, es lógico y fatalmente necesario que el producto deficiente se encarezca; que nuestra producción, además de ser escasa, resulta cara para el agricultor, porque con los mismos ó mayores gastos que los demás de Europa, recoge un producto muy inferior en cantidad á ellos, sin que le sea dable elevar á proporción los precios, porque la competencia extranjera invadiría nuestro mercado con productos más baratos, imposibilitando la venta de los nacionales.

Que las confabulaciones gremiales, sindicaturas, acaparadores, abastecedores, asentadores, corredores y demás intermediarios, contratando é interviniendo libremente, sin trabas ni cortapisas de ningún género, entre el productor y el consumidor, explotan á uno y á otro, y con los defectos de producción son causa esencialísima de la carestía de los abastecimientos; y

Que la agremiación exigida por la Hacienda para facilitar el cobro de los tributos á los comerciantes, y que ha venido á establecer entre ellos una comunidad de intereses que pugna con la noble y libre competencia, unida al inmoderado afán de lucro en relación al capital empleado en el negocio, completan la obra de aniquilar por hambre á nuestros nacionales.

¿Remedios? Claro que los tenemos ó creemos tenerlos, lo mismo que los tiene ó piensa que los posee todo español, aun el más inculto. Lo que no tenemos es fe en que, aunque por casualidad acertáramos, nada de lo que hayamos de proponer llegue en breve plazo al terreno de la práctica; porque aunque se tradujeran en disposiciones de carácter oficial, y ya se-

ría mucho conseguir, hemos visto cómo los dos Reales decretos que á raíz de la ponencia de 1905 dictó nuestro ilustre amigo Sr. González Besada, entonces ministro de la Gobernación, respecto al pan y la carne, medidas tan demandadas por la opinión pública y de un positivo resultado beneficioso, quedaron en la *Gaceta*, como una muestra más del apoyo que en la parte que les corresponde prestan al Poder ejecutivo las corporaciones y el pueblo, que luego le atribuyen todas las desdichas, remediables sólo con el apoyo nacional.

Esta triste impresión de ánimo, este profundo convencimiento de la esterilidad de cuantos remedios se propongan con un pueblo que grita y no ayuda, no ha de ser parte para que desistamos de nuestro propósito de señalar aquellos procedimientos que á nuestro juicio podrían iniciar una era menos angustiosa para todas las clases de la nación. Cumplimos con un deber de conciencia tratando de divulgar el modesto fruto de nuestros estudios y observaciones, y con la satisfacción del deber cumplido nos consideramos suficientemente pagados. Aporte cada uno el caudal de conocimientos, seguramente más caudaloso que el nuestro, á la obra común, y no dudamos que más ó menos tarde España dejará de ser un país que degenera por el hambre; porque aunque la empresa es ardua, muchas de mayor importancia se realizaron cuando los pueblos con un solo impulso se lo propusieron.

Y hechas estas salvedades, propongamos los medios.

AGRICULTURA

Desgraciadamente, porque en esta ocasión quisiéramos dominar la materia para divulgar nuestros conocimientos, éstos sólo llegan á señalar el mal y sus causas, pero no á detallar los remedios, para lo cual sería necesaria una preparación técnica, teórica y práctica, de que en absoluto carecemos. Pero el sentido común y la lógica, que no están sujetos á especialidades, nos dicen que cuando España produzca en totalidad y

parcialmente por hectárea la suma de quintales métricos de cereales que producen las demás naciones de Europa que tienen igual organización social á la nuestra, únicas con que hemos establecido la comparación, los gastos de cultivo serán mucho menores por el aumento de producción en la misma superficie; el propietario, vendiendo más barato el producto, obtendrá más utilidades; el crecimiento de las cosechas permitirá dar jornal durante mayor número de días al obrero; y como, naturalmente, produciendo más barato, el producto lo será también, el trabajador encontrará dos beneficios simultáneos: aumento de días de trabajo y economía en las subsistencias, ventaja esta última que alcanzará por igual á todas las clases sociales.

¿Cómo se llega á esto? También el sentido común lo dicta: haciendo lo que se hace en Francia, Alemania, Italia, Bélgica, Holanda, y aun en nuestras regiones levantina y catalana, y abandonando el sistema rutinario que se sigue en Castilla, la Mancha, Extremadura y Andalucía, que es donde más se cultivan los cereales. ¿Cultivo intensivo ó extensivo? ¿Labores profundas para buscar la humedad que nuestro clima nos niega generalmente en la superficie? ¿Abonos químicos? ¿Repoblación del arbolado destruído por el vandalismo que ampararon nuestros caciques y autoridades? ¿Reconstitución de los pósitos? ¿Sociedades cooperativas agrícolas? Nuestros técnicos son los que habrán de decidir, y para ello no necesitarán grandes esfuerzos: teorías hanse impreso y circulan á millares, y algunas podríamos desarrollar por cuenta ajena si sintiéramos la tentación de sentar plaza de peritos en estas materias; prácticas en todas partes podrán hallarlas menos en nuestos campos de experimentación, donde las teorías lo absorben todo; y creemos que seguramente las encontrarán en cualquiera de las naciones europeas que hemos citado, aun en igualdad de condiciones climatológicas.

En esta cuestión de la agricultura envolvemos, como la lógica lo pide, la ganadería; porque cuando sepamos cultivar,

tendremos pastos; y cuando los haya, las labores resultarán más baratas y dejaremos de ser tributarios en cuanto á carnes al extranjero. No pretendemos haber descubierto ningún nuevo continente, pues otros muchos y con mayor autoridad nos precedieron en este camino, aunque sus esfuerzos resultaron estériles; aportamos una voz más en favor de los intereses de la agricultura, que son los de toda la nación, por si en este período en que por virtud de diversas y valiosas iniciativas parecen surgir aires de renacimiento para el agro español, ayuda, aunque sea en parte infinitesimal, á la obra de redención.

TRANSPORTES

Creemos haber demostrado que, sin que las empresas de ferrocarriles variaran el precio de los transportes, el de la unidad alimenticia ha ido elevándose; hecho que prueba la independencia con que giran ambos factores. No quiere esto decir que nosotros elevemos á la categoría de dogma la perpetuidad del actual estado de cosas.

Las empresas de ferrocarriles, como todos los organismos oficiales y particulares que en nuestro país y de nuestro país viven, deben extremar las concesiones, y, si es preciso, llegar al sacrificio, para acabar con el hambre, la más terrible de todas las plagas. Pública y notoria es la escasa prosperidad financiera de las empresas, ocasionada principalmente, aparte del quebranto de pagar en francos los intereses, por hallarse casi todos sus valores en el extranjero, y por las deficiencias de producción, que hacen insignificante el tráfico ó insuficientes las ganancias para cubrir los gastos.

El aumento de producción agrícola, con el de los medios de comunicación, vendría á solucionar el conflicto para las Compañías, el productor y el consumidor, porque olvidamos que, por la dificultad de comunicarse entre sí los centros productores y las estaciones, cuando la mercancía llega á ellas ya tiene un gasto inicial de 1,25 pesetas por tonelada y kilómetro,

si el arrastre se hace á lomo, que es como, por desgracia, se realiza en gran parte del país, y de 0,52 por carretera, cuando por ferrocarriles secundarios sólo cuesta ocho céntimos, y mucho menos en las líneas generales.

Una estadística hecha el año 1889 por la Dirección general de Obras públicas respecto al movimiento de nuestra producción, demuestra que con sólo transportar por ferrocarril lo que se llévaba por carretera, sin contar lo de á lomo, se economizarían 60 millones de pesetas anuales, beneficio de que participarían por igual el productor y el consumidor.

Claro que la ejecución de las obras necesarias para estos nuevos medios de transporte requiere considerables sumas; y aunque la importancia de la economía nos sugiere la idea de que parte de ella podría aplicarse á suplir el mayor gasto, seguramente con el beneplácito de aquéllos, que encontrarían un doble beneficio por los menores gastos y las mayores facilidades, nos abstenemos de detallar planes que no caben dentro de la tendencia de esta obra.

Que todo llegará, aunque tarde, es para nosotros incuestionable; pero como, mientras llega, hay precisión de aplicar siquiera algún paliativo á problema tan pavoroso y de tan pocas esperas, creemos que las empresas de ferrocarriles podrían contribuir de momento en la siguiente forma:

Unificando las tarifas de modo que los productores, más próximos ó más lejanos, puedan enviar las mercaderías á todos los mercados de España en condiciones de competencia.

Rebajando las tarifas para los artículos de consumo hasta el punto que sea compatible con sus intereses; porque por pequeña que sea la ventaja, unida á otra de distintas procedencias, podría llegar hasta el consumidor.

Admitir en todas las estaciones los artículos de consumo poco fáciles de descomposición, en cualquiera cantidad que se facturen, encaminándolos al mercado ó almacén que el expedidor desee, y encargándose por medio de sus agentes comerciales, que por ello podrían recibir una módica retribución, de

liquidar y hacer llegar el producto de la venta á los cosecheros, con lo cual se ahorrarían considerables gastos, sobre todo á los pequeños propietarios, que son los más numerosos y los más necesitados de economías, y quedaría suprimida en gran parte la intervención del acaparador, que tanto influye en la carestía.

Transportar, como ya lo hacen con los pescados, con tarifas reducidas en trenes mixtos ó especiales, las carnes vivas y muertas, huevos y otros artículos susceptibles de pérdidas ó averías durante el transcurso de un tiempo largo; porque empleando como hoy emplean los trenes de mercancías en recorridos de 700 kilómetros de ocho á quince días, el ganado disminuye de peso y se descompone una parte considerable de las demás substancias, y ha de gravarse el precio de lo que queda para que la utilidad del vendedor no desaparezca.

CONSUMOS

No estamos enamorados de este impuesto, el que más molestias y vejaciones origina, como más atrás decimos: sostenemos su permanencia en tanto no se encuentren medios lógicos y prácticos para la sustitución, porque sus rendimientos constituyen un ingreso de que no pueden prescindir ni el Estado ni los Municipios; y estimamos empíricos los procedimientos aconsejados hasta ahora por las Comisiones parlamentarias y extraparlamentarias, cuya enorme labor, aunque totalmente estéril, no podemos menos de admirar.

Vemos aún muy lejano el día de la transformación total del impuesto, si las bases que nos conduzcan á ella han de ser prácticas y duraderas. Tenemos poca fe en las desgravaciones parciales si no se toman las medidas necesarias para evitar que éstas sólo beneficien á los intermediarios, como ha sucedido con los trigos y harinas; pero como mientras llega el momento de la redención general que los Mesías nos anuncian, es preciso hacer algo, nosotros, aun á trueque de que se nos tache de demasiado socialistas, empezaríamos por suprimir, ó por lo me-

nos disminuir considerablemente, los derechos que pesan sobre la carne, leche, féculas, legumbres y verduras, que constituyen la base de la alimentación de las clases obrera y media, cuatro quintas partes por lo menos del total de los habitantes de España, gravando en la cantidad necesaria para cubrir el déficit los artículos de consumo que notoriamente no pueden adquirir más que las clases acomodadas, y llegando si necesario fuera, aun dentro de la carne, féculas, etc., á establecer una clasificación entre lo que con arreglo al precio de venta pueden consumir las clases acomodadas y las clases media y obrera para regular distintos tipos del impuesto.

IMPORTACIÓN Y EXPORTACIÓN

En lo que se refiere á trigos y harinas nada especialmente hemos de señalar, porque el Gobierno, según las mayores ó menores necesidades del mercado y de los productores y consumidores, viene adoptando periódicamente medidas que facilitan ó dificultan la entrada de aquellos artículos.

Pero respecto á la carne, en la que no concurren las mismas circunstancias, estimamos necesario que los derechos de arancel de importación se rebajen á 20 y 10 pesetas, respectivamente, para los bueyes, vacas y terneras; á 25 los 100 kilogramos de tocino y 10 los de carnes frescas de vaca y carnero, adoptando, como es natural, las disposiciones convenientes para garantir la salud pública.

Respecto á exportación, como toda medida que se adoptara vendría á coartar la libertad de comercio, entendemos que debe prescindirse de ellas, á menos que un caso extremo no las aconsejara.

CONTRIBUCIONES

En otro lugar de este trabajo las tratamos bajo el punto de vista meramente financiero, y aquí sólo nos ocuparemos de ellas en cuanto se relacionan con el alivio de las cargas del

productor. Podría conseguirse este fin, como decíamos en nuestra ponencia de 1905, modificando las disposiciones vigentes para buscar en la contribución territorial, urbana, rústica y pecuaria un tipo fijo que disminuyera el de tributación, dando plazo á las declaraciones por parte de los contribuyentes, que quedarían exentos de responsabilidad por anteriores fraudes; perfeccionando y llevando á término los registros fiscales, á fin de que se tribute por cuota y no por cupo, é imponiendo el tipo, luego que dichos registros estén terminados, del 18 por 100 á la riqueza urbana y el 14,50 á la rústica y pecuaria.

Respecto á la contribución industrial, es preciso estudiar el medio de que la actual agremiación deje de constituir una confabulación contra los intereses del productor y del consumidor, llegando hasta transformar completamente el régimen tributario si fuera preciso para conseguir aquel resultado, que vendría á devolver á la industria y al comercio la libertad y la autonomía individual, hoy secuestradas y tiranizadas por la omnipotencia de los gremios y sindicatos.

Con esto, y mediante un régimen de inspección bien retribuída para que sea honrada, dando á los contribuyentes intervención con voz y voto en los juicios administrativos para mayor garantía de acierto y justicia, las enormes ocultaciones que en este tributo existen llegarían á desaparecer, permitiendo la rebaja de cuota, que, como menor gasto, se reflejaría en la baratura de los artículos.

INTERMEDIARIOS

Ya hemos referido su antigüedad, sus diferentes clases y sus modos de funcionar en Madrid, seguramente análogos á los que emplean en los demás centros consumidores; pero ¿pueden desaparecer? En Génova, según informa el cónsul general de España, no existen para la carne y la leche, que se venden directamente por los productores; y el revendedor del pan per-

cibe cinco céntimos por kilo en las clases primera y segunda, tres en la tercera y dos en la cuarta. En Turín generalmente se manifiesta la obra del intermediario solamente en el comercio de los animales, pero también en éste va desapareciendo; cuanto á los cereales, los productores venden directamente á los grandes molinos, que á su vez abastecen á los panaderos; en el Milanesado, para partidas importantes hay intermediarios, pero con tipo fijo de retribución de 1,20 liras cada quintal; de Bélgica sólo sabemos que la Administración, preocupada por los perjuicios que ocasionan los intermediarios entre el productor y el consumidor, practica en la actualidad una información encaminada á reglamentarlos, regulando su participación, ó á suprimirlos; y de las demás naciones europeas de que nos ocupamos no hemos podido adquirir antecedentes; pero de lo expuesto se deduce claramente que el intermediario no es preciso, ni aun bajo el aspecto de facilitar las transacciones, cuando hay países donde se prescinde de él, y en otros se halla sujeto á una módica tasa como precio á sus servicios de intervención.

Mas aquí, en España, donde las autoridades gubernativas llevan su celo en favor de los intereses privados hasta el extremo de regular la utilidad que pueden percibir los revendedores para espectáculos públicos, castigando con multas y arrestos á los que infringen los mandatos, no ha sido posible conseguir que se dedique por nadie igual ni análogo cuidado que al esparcimiento del espíritu, á la alimentación del individuo.

O la libertad de comercio, sea cualquiera la extensión que se la dé, es un acto lícito, garantizado por las leyes, en cuyo caso no pueden ponerse cortapisas á los revendedores de billetes de toros y teatros, que desde el momento de adquirir las localidades tienen una propiedad á la que pueden poner el precio que mejor les plazca, ó esa libertad, como nosotros entendemos, debe ser contenida y regulada cuando redunde en perjuicio de la masa general; y no hay motivo ni razón de lógica que expli-

que cómo, siendo más generales y constantes las quejas contra el intermediario revendedor de los elementos de vida, ha podido éste sustraerse á las medidas gubernativas del revendedor de distracciones.

El Gobierno puede hacer mucho, estudiando de qué manera han podido prescindir en otras naciones del intermediario y adaptando con las oportunas disposiciones el procedimiento á la nuestra; las autoridades de todos órdenes, cuidando de que los mandatos que se dicten no sean de los muchos que se hicieron para quedar incumplidos desde el primer momento; pero al resto de la nación, á productores, comerciantes y consumidores, corresponde la principal acción para conseguir el fin propuesto, rechazando toda intervención extraña entre unos y otros, que si bien ahorra algunas molestias, disminuye las utilidades de los que trabajan y el peculio de los que consumen en desproporción considerable con aquéllas; bien entendido que sin esta unidad de miras y aspiraciones nada habrá de adelantarse.

Cuanto al Gobierno, mientras estudia la manera de suprimir al intermediario ó reglamentarlo con una módica retribución, podría anticipar algún elemento para ello, por lo menos en las grandes poblaciones, también grandes centros consumidores, obligando á los Municipios, dentro de plazos perentorios, para evitar la repetición de lo sucedido con los decretos del Sr. González Besada, á que realicen, y nada más natural ahora que está de moda la municipalización de servicios, los siguientes, ya contenidos en nuestra ponencia de 1905:

Establecer en las grandes poblaciones almacenes generales de todas clases de artículos de consumo donde el productor pueda enviarlos ó llevarlos y conservarlos, mediante el abono de un módico derecho, hasta su venta á los consumidores ó á los establecimientos donde generalmente se expenden, cuidando especialmente de que el alquiler de cada una de las partes de estos almacenes no se haga más que á los que acrediten su condición de productores y por el plazo de venta de cada una

de las remesas, para evitar el acaparamiento del local, que surgiría inmediatamente, siendo explotados á título de subarriendos.

Adquirir dehesas donde el ganado que se destina al consumo pueda también, mediante precio módico, reponer las pérdidas de peso sufridas durante el viaje, y esperar ocasión favorable para la venta, á fin de que los ganaderos, por apremios de tiempo y por la necesidad de vender en el acto, so pena de tener que mantener el ganado á pienso, se vean obligados á sucumbir á las exigencias de los abastecedores. Medida esta de las dehesas que vendría á ser el complemento de la explotación de los mataderos que hoy ejercen los Municipios.

Declarar en los mataderos municipales libre la matanza de reses y ganado de todas clases, sea quien fuere el que lo presente, con sólo el abono de los derechos que en la actualidad pagan los abastecedores.

Establecer por cuenta de los Ayuntamientos tablajerías y carnicerías donde puedan expenderse las carnes sacrificadas por los dueños del ganado, si así lo desearen, lo mismo que las demás; establecimientos que en caso necesario podrían funcionar como reguladores del mercado, siempre que contaran con personal idóneo é interesado directamente en el negocio en la forma y cuantía que se determinara.

Montar por cuenta de los Municipios un servicio de transportes desde los mataderos á los puntos de expendición para los que quieran utilizar este servicio municipal, toda vez que el de los abastecedores habría de serles negado.

Instalar, también por cuenta de los Municipios, por lo menos en las grandes capitales, una ó más tahonas reguladoras, donde, adquiriendo el trigo directamente de los productores, se fabriquen clases de pan idénticas á las que se elaboran en las particulares; medida que, aunque no proporcionara otros beneficios, nos facilitaría el de dar á conocer al público el sobreprecio que la intervención de unos y otros ocasionaba en la venta del pan particular.

Como el lector habrá tenido ocasión de observar, si su paciencia alcanzó á leer este modesto trabajo, los medios que proponemos para atenuar de momento las crisis del hambre ni son muy luminosos, ni siquiera nuevos.

No hemos alcanzado más, y el plan de la obra tampoco nos permite llegar á mayores profundidades; pero, con ser tan poco, abrigamos la esperanza, casi la seguridad, de que puesto en práctica; cuidando de la nivelación de nuestra moneda, para que el cambio no sirva de pretexto de sobreprecio en los artículos importados; promoviendo y fomentando las Sociedades cooperativas de consumo, que desde el primer momento alejan toda intervención extraña entre el productor y el consumidor, Sociedades que tan grándes resultados arrojan en el extranjero y ensayadas en nuestro país, aunque rudimentariamente, con un beneficio del 5 al 10 por 100, y resucitando la antigua y paternal institución de los Pósitos, base del crédito agrícola, que ha de arrancar á nuestros pequeños propietarios de las garras de la usura, mientras llegan los adelantos agrícolas que han de multiplicar los productos, y los medios de transportes rápidos y baratos, habríamos dado un gran paso en el problema de las subsistencias.

***

Hemos dado término al trabajo que, maduramente pensado, consideramos como asunto de verdadera actualidad.

Entendemos que, sobre todos los problemas planteados, el que afecta á la reconstrucción económica del país no sólo es el más importante en estos momentos, sino el más necesario y conveniente.

La política conservadora tiene como su timbre más glorioso en los últimos tiempos la obra de liquidación del presupuesto de 1899-900. Desgraciadamente, en vez de seguir aquella iniciación provechosa y completar el plan económico, hemos abandonado el camino, en daño evidente del interés público.

El desconcierto asoma de nuevo en la gestión de la Hacien-

da. La obra reconstructora ha dejado de emprenderse, en perjuicio manifiesto del progreso del país. Las desgravaciones parciales disminuyen, en momentos en que la recaudación es difícil, los recursos del Tesoro, y desnivelan y comprometen la Hacienda de los Municipios.

Cada día es mayor nuestro convencimiento de que sin Hacienda asegurada, sin Tesoro solvente, no es posible en ningún orden político realizar obras de efectivo beneficio. Cuando nadie lo esperaba, el partido conservador en 1899 salvó á España. El Sr. Fernández Villaverde, resistiendo con enérgica voluntad á una oposición formidable, demostró que la Hacienda podía rehacerse si inspiraba á propios y á extraños confianza en su solvencia, y el Sr. Villaverde venció; mejor dicho, el vencedor fué el país.

Sin darnos cuenta, por falta de preparación en los gestores ó por apasionamientos totalmente inconcebibles, estamos variando de rumbo, peligroso camino que ha de ocasionar daños irremediables. La obra del partido conservador, en la parte esencial, en la económica, ha sufrido lamentable variación; en ella existía la fundada esperanza de reorganizaciones fecundas; pero hubiera sido necesario antes de acometer desgravaciones, por lo prematuras, dañosas, abordar resueltamente la reconstrucción, sin la cual el alivio del contribuyente será efímero y pondrá en peligro de nuevo el crédito de la Hacienda y el bienestar del país.

Al consignar las bases del presupuesto de reconstrucción; al fijar la política comercial que, en nuestro sentir, nos es conveniente; al estudiar las relaciones entre el Banco de España, el Tesoro y el país; y, por último, al ocuparnos del grave y trascendental problema de las subsistencias, hemos puesto toda nuestra atención y, sobre todo, nuestra voluntad, expresando opiniones y conceptos que responden honradamente á nuestro sentir y á nuestro pensar.

Ni por un solo momento hubiéramos dudado del porvenir de la nación si se hubiera persistido en la obra económica ini-

ciada en 1899; si, desgraciadamente, aquélla se abandona y no se completa el plan trazado de liquidación, ya hecha, y de reconstrucción, por hacer, antes de entrar en desgravaciones y alivios, lo conseguido se esterilizará, y continuaremos el triste calvario á que está condenada, por lo visto, la Hacienda pública en España.

ANTONIO GARCÍA ALIX

RECUERDOS

Entre artículo y artículo, de estos que voy dictando, pasan días y días, y las ideas se borran y los recuerdos se confunden; y cuando voy á dictar un nuevo artículo no sé en verdad en qué punto quedó el anterior.

Podría salir de la duda consultando lo ya escrito ó lo ya publicado; pero esto sería tener pretensiones de orden y método en mi desordenada relación de sucesos.

Procuraré recordar por dónde iban los recuerdos, y si recuerdo, bien, y si no recuerdo, aún mejor: que en trabajos de esta clase el espontáneo desorden es lo único que puede prestarles algún atractivo.

***

Recuerdo que estaba en la Dirección de Obras públicas; esto en cuanto al lugar de la escena.

En cuanto á la época, debían de ser los días ó los meses que precedieron á la reunión de las Cortes Constituyentes.

Y en cuanto á los personajes, el principal era yo; como que soy el protagonista de estos recuerdos, y los demás, los hombres políticos de aquellos tiempos, los que acudían al despacho de D. Manuel Ruiz Zorrilla, los que andaban en asuntos electorales, los que venían á recomendarme expedientes y los que por amor al arte y querencia á los Ministerios, á diario nos visitaban y de noche también: que las reuniones más animadas,

sobre todo desde las once hasta las dos ó las tres, y á veces hasta la madrugada, eran precisamente en estas altas horas, cuando las oficinas no funcionaban, la mayor parte de los empleados, exceptuando los que quedaban de guardia, se habían retirado, y únicamente quedábamos en vela los directores y el ministro presidiendo las conferencias nocturnas.

En ellas sólo se hablaba de política, del carácter que presentarían las Constituyentes, de los que tendrían probabilidades de venir diputados, de lo que duraría la unión de progresistas, demócratas y unionistas, del incremento que en todas partes tomaba el partido federal, de las sangrientas luchas de Valencia, de los trabajos de Montpensier para ocupar el trono vacante, de la candidatura de D. Fernando de Portugal; y, como remate, desfilaban, como si ya hubiera existido el cinematógrafo, una serie de personajes políticos con su historia, su carácter, sus hazañas y sus propósitos futuros, haciendo estallar cada figura en aquel animado concurso una explosión de odios ó de simpatías, de críticas crueles ó de defensas apasionadas.

D. Manuel, que llevaba ya muchos años en la política y años de vida activa y de vida íntima con todos los prohombres, cuando aparecía en aquella procesión fantástica la imagen de algún personaje de pro, hacía la historia y la crítica y la semblanza del prohombre.

Su memoria era admirable, su erudición riquísima, su palabra fácil y ardiente, y la pintura no pocas veces implacable y despiadada.

Reconociendo todos los que en aquellos años juzgaron á D. Manuel Ruiz Zorrilla las verdaderas condiciones de aquel noble personaje, le maltrataron con frecuencia negándole cualidades que poseía en alto grado: que sin altas cualidades no se llega á la posición á que llegó, ni se alcanza la influencia que llegó á tener en España, ni se adquiere la fuerza política y el prestigio en las masas que llegó á adquirir.

Todos le reconocieron honradez inmaculada, amor sin lí-

mites á la libertad, pasión política, acertada unas veces y otras no, pero nunca inspirada en mezquinos móviles personales; pero juzgaron con injusticia notoria sus cualidades intelectuales, poniéndole en ridículo ó pretendiendo ponerle en ridículo con ese ensañamiento que sólo en el campo envenenado de la política encuentra jugos y alimentos propios para extraer ponzoña, aguzar ironías ó arrojar insultos.

D. Manuel Ruiz Zorrilla tenía una inteligencia clara, rápida y práctica para los asuntos técnicos de la administración. Era hombre de cultura muy general, y ninguna idea, por nueva que fuese, le cogía de sorpresa.

Sin ser orador grandilocuente, su palabra era fácil, enérgica, y en cuestiones políticas más hábil y más certera que la de la mayor parte de los políticos de aquella época.

Era un hombre político sobre todo, y á la política consagró su existencia; y agrego más: no á una política bastarda, sino á una política noble, acertada ó no, no me toca juzgarla, pero no indigna; era un político que se había forjado, por decirlo de este modo, en las ardientes luchas del partido progresista, entre peligros, conspiraciones, pronunciamientos, sentencias de muerte, y muchas veces entre charcos de sangre.

Yo pensaba entonces, y sigo pensando, que Zorrilla fué el último progresista, con todos los defectos, con todas las virtudes de aquel gran partido histórico, que dió la libertad á España entre sacrificios y persecuciones.

D. Manuel Ruiz Zorrilla era á mis ojos la encarnación en hombre de aquel gran partido.

Recordando yo una novela que había leído en mi juventud, novela que entonces estaba muy en boga y que se titulaba *El último abencerraje*, decía yo muchas veces, y al mismo Zorrilla se lo dije escudado en la buena amistad que á él me unía, lo que antes he dicho: que en mi concepto *él era el último progresista.*

Sí, más progresista que todos.

Él tenía en política aquella pasión ardiente, á veces ciega,

á veces exagerada, pero que va en línea recta hacia un fin. ¡Viva la libertad y viva la voluntad nacional!

Muchas veces en aquella época, y aun en años posteriores, tuvimos que hablar en público los demócratas y los progresistas, en un mitin, en una reunión del partido, en reuniones de la mayoría, en la Tertulia Progresista con frecuencia, y él era siempre el que interpretaba con más acierto, con más verdad, con más calor, el espíritu del público que nos escuchaba.

Hablaba Rivero, el gran orador, una de las grandes figuras de aquel período, una figura en aquellos momentos de más importancia política que Zorrilla; Rivero filósofo, y médico, y abogado de primer orden, y orador parlamentario admirable, y el público lo aplaudía y le aplaudía con entusiasmo; pero su pensamiento flotaba, por decirlo de este modo, en otra región.

Y hablaba Martos, el orador incomparable, gloria de la tribuna española, talento superior, pensamiento vigoroso y profundo; sí, era un asombro, y á todos asombraba, y le admiraban y le aplaudían estrepitosamente; pero era una grandeza de pensamiento y una pureza artística de palabra que, aun al expresar pasiones ardientes de la política, parecía desprenderse de la multitud y elevarse á regiones más puras de la idea y del arte.

Y hablábamos los jóvenes, y también nos aplaudían mucho: á los jóvenes se les aplaude siempre; son el porvenir y la esperanza, y ¿quién no ama el porvenir, y quién con la esperanza no se encariña?

Pero hablaba Zorrilla, y ya no era entusiasmo, era frenesí: adivinaba lo que la multitud estaba pensando, y eso decía; sorprendía el sentimiento de la masa progresista, y ese sentimiento expresaba con palabra enérgica, ruda á veces, pero sencilla y clara, sin filosofías, ni altos conceptos, ni profundidades á que los oyentes no pudieran asomarse.

He dicho que lo adivinaba, y he dicho mal. Zorrilla era la lealtad misma, era incapaz de artificio. Es que pensaba y sen-

tía como la mayoría de aquellos que le estaban oyendo; es que llevaba en sí, no ya la voluntad nacional, pero sí la voluntad del partido progresista, clara, concreta, sencilla y práctica en cada caso y para cada problema.

A los demócratas no siempre los entendía bien el partido progresista. A Zorrilla, aunque dijera lo mismo que los demócratas habían dicho, la masa progresista le entendía bien y le aclamaba, y entre los aplausos se oían gritos que eran el verdadero aplauso: ¡Eso, eso que está diciendo! Y es que en aquel momento había verdadera compenetración del orador y de sus oyentes.

Pero Zorrilla no sólo era el tribuno de un partido: tenía talento natural, y discurría con gran claridad en multitud de asuntos.

Ha muerto: es un deber hacerle justicia, y yo, que estuve tanto tiempo á su lado y que le debí mis adelantos en la carrera política, tengo el deber en estos recuerdos de respetar y de honrar su memoria.

Sabía tratar las cuestiones técnicas y de administración, y yo recuerdo un discurso que pronunció en el Senado en una reunión de la mayoría, que andaba rehacia para aceptar cierto proyecto; yo recuerdo, repito, un discurso que fué un verdadero modelo de método, claridad de argumentación y de conocimientos sólidos en la materia.

Y muchos que no tenían por él gran simpatía tenían que reconocer que Zorrilla no era sólo un progresista ardiente, un político hábil y astuto, y un tribuno del pueblo: era algo más y valía mucho más de lo que la pasión política enemiga quería suponer.

*
* *

Pero ¿en dónde iba yo de mis recuerdos? Porque me parece que todo esto que digo es un paréntesis ó una digresión.

Ya recojo el hilo, ya encadeno mis pensamientos.

Sí, recordaba aquellas sesiones de los íntimos de Zorrilla

en el Ministerio de Fomento y á las altas horas de la noche.

Y recordaba las pinturas, los retratos, las críticas y las semblanzas que hacía Zorrilla en la intimidad, sin recatar su pensamiento ni dulcificar la frase, sino, al contrario, con toda la espontaneidad de que era capaz, de los hechos y de los hombres políticos de aquella época.

Eran discursos verdaderamente admirables por la forma y por el fondo; eran semblanzas verdaderamente artísticas, en que mezclaba la burla, la ironía, el sarcasmo y cierta gracia castellana salpicada de granos de sal gruesa y morena, pero limpia y sabrosa.

Unas eran caricaturas francas, exageraciones otras, pero trazadas con pincel vigoroso, que algunas veces la violencia convertía en brocha.

A nadie perdonaba, á menos que no fuese patriota acreditado, y para todos tenía una serie de cuentos y chascarrillos que en tantos años como van transcurridos no he podido olvidar; lo malo es que á muchos de ellos, por su viveza ó su colorido, no es posible darles forma de publicidad, ó hay que modificarlos de tal modo, que han de perder todo su mérito artístico.

Hablábase una vez de un político á quien unos atacaban y otros defendían, y á quien condenaba Zorrilla, diciendo que no podía ser hombre público recto, quien en la vida privada seguía caminos tortuosos.

Y le decía uno de los presentes:

—No, D. Manuel; usted exagera: no es tan mala persona como usted supone; lo que hay es que ha sido siempre muy enamorado.

Y D. Manuel replicaba:

—Ya, ya; es como aquel que estaba sentado á una mesa de juego, echando cartas para el monte, con una copa de ron al lado, chupando un puro, y, volviéndose á los que le miraban, decía: A mí no hay más que un vicio que me domine, que es el de las mujeres.

Con lo cual hubo que declarar que el personaje en cuestión era vicioso por todos cuatro costados, y sintiendo que no hubiera un costado más para aprovecharlo también.

***

Otra noche se hablaba de lo que podría suceder en las Cortes futuras, y le decían á Zorrilla:

—Están ustedes perdidos: van ustedes en compañía de los unionistas, y los unionistas harán con ustedes lo que hicieron con ustedes y con Espartero el año 56.

Y D. Manuel se indignaba.

—Ni somos tan inocentes como entonces, ni Prim es como Espartero; y ahora tenemos el Ministerio de la Guerra y el Ministerio de la Gobernación, y el general Serrano es un hombre leal.

Y le replicaban:

—Pero es que ustedes sacrificarán su programa en aras á la concordia, y harán concesiones á sus adversarios de siempre y amigos hoy por necesidad.

—No diga usted desatinos—gritaba furioso D. Manuel:—las Cortes votarán todas las reformas que requieren los tiempos, desde la libertad de cultos hasta el sufragio universal, desde el matrimonio civil hasta el Jurado, y todos los derechos individuales que han proclamado los demócratas, y que hoy proclamamos los progresistas. Somos los amos, los verdaderos amos, y no tenemos para qué hacer concesiones. ¡No faltaba más! Sería el límite de la candidez y el límite de la prostitución política; seríamos de condición más ruin y más viciosa que la de Juana la del canalizo, allá en mi pueblo, que se entregaba á los hombres por uvas y la viña era suya.

Esto, así dicho, tiene poca gracia, pero en él tenía muchísima, y un fondo de energía, y hasta un apetito de *dictadura liberal* que nunca abandonó por completo.

***

Otra vez se hablaba de los obstáculos con que habían de tropezar ciertas reformas y ciertas leyes; y él, reconociendo que los obstáculos eran serios, contra ellos se irritaba, y á este propósito refería el siguiente cuento ó sucedido, que él como hecho histórico nos lo refería:

«Allá en los tiempos de Fernando VII—decía D. Manuel,—había un pobre cesante que, cansado de acudir á todas partes, y encontrar en todas partes desdenes y desengaños, resolvió acudir al rey.

»Y, en efecto, empezó á perseguir al rey sin tregua ni descanso, dispuesto á todo: á ir á la cárcel, á ir al martirio.

»Y esperaba al rey á la salida de palacio, y como podía le entregaba un memorial, acercándose si le permitían acercarse, ó arrojándole el papel desde lejos.

»Y acudía al teatro, y á la salida ó á la entrada le daba su memorial.

»Y le esperaba á las puertas de la iglesia, y repetía la suerte; y así un día y otro día, y un memorial, y otro y otro memorial.

»El rey llegó á conocerle ya personalmente: «el de los memoriales—decía;—ya está ahí el de los memoriales».

»Era una obsesión, era una pesadilla; el rey estaba ya loco.

»¿Qué hacer? No hay remedio: ó hay que matarle, ó hay que darle un destino; conque Fernando VII optó por lo último.

»Y mandó que se le colocase en una buena plaza, y que le entregaran á él el nombramiento.

»Así se hizo.

»Pero, como luego se vió, se cambiaron los memoriales, y hubo una equivocación que resultó lamentable.

»Salía el rey de palacio, vió al del memorial que ya venía blandiendo otro nuevo, y mandó parar el coche, y dispuso que se acercase el cesante.

»—No me des ese memorial—le dijo;—ya tengo bastante con los que me has dado. Hoy me toca á mí: toma.

»Y le entregó el nombramiento.

»—¡Ah, señor! ¡qué bueno es V. M.!

»Y el rey le interrumpió:

»—Has de leerlo delante de mí, á ver si estás contento.

»Caprichos de la naturaleza: el rey quería rematar la suerte y paladear aquel pequeño triunfo.

»Abrió el cesante el pliego, lo leyó con asombro y se quedó confuso, aturdido y triste, sin acertar á pronunciar palabra.

»—Pero ¿qué es eso?—le preguntó el rey.—¿No estás contento todavía? ¿te parece poco? Habla, hombre, habla; que parece que eres de piedra.

»—Señor: V. M. es muy bueno, yo le agradezco en el alma lo que ha hecho por mí, pero...

»—Pero ¿qué?—le interrumpió el rey. — ¿No estás satisfecho? ¿Pones mala cara, y te nombro canónigo de la catedral de Murcia?

»—Sí, señor, sí — interrumpió casi llorando el pobre diablo;—ya lo creo, ¡canónigo! ¡Pero es que soy casado y tengo siete hijos!

»Y el rey, con tono de mal humor, y mandando arrear al cochero, le replicó:

»—¡Bah! Si reparas en esas cosas, no te colocarás nunca.»

Y agregaba Zorrilla, por moraleja: «Si los partidos, cuando llegan al poder, reparan en ciertos obstáculos, nunca realizarán lo que deben realizar, ni se colocarán nunca, como no se colocó el cesante del cuento».

***

Aquellos meses que precedieron á la apertura de las Cortes Constituyentes y aquella vida activa del Ministerio de Fomento, el breve pero nutrido y fecundo período que precedió á aquel momento solemne de nuestra historia política, no los olvidaré nunca.

Ya creo haber dicho esto mismo en otra ocasión; pero es que mis recuerdos los voy tomando como los encuentro, sin

orden ni plan, obedeciendo tan sólo al impulso del instante en que dicto, y hay recuerdos intensos y enérgicos que se imponen una y dos y tres veces á mi memoria, y que una y dos y tres veces pasan del pensamiento al papel.

Porque mi memoria tiene caracteres singulares, dignos de que los estudiase un fisiólogo ó un profesor moderno de psicofísica.

No precisamente por ser mía la memoria, sino por ser un ejemplar más de cuyo estudio algún resultado práctico pudiera deducirse.

Como ejemplar, pues, y como uno de tantos ejemplares, me someto al estudio de los especialistas y les someto los siguientes datos:

Mi memoria es muy buena y muy mala.

Para ciertas cosas es notable, y perdóneseme que emplee esta palabra; pero si yo reconozco que lo es, ¿por qué he de declarar lo contrario ante los profesores, que tomo por jueces de ciertos hechos psicológicos?

En cambio para otras cosas es muy débil, muy imperfecta, muy deficiente.

Y en algunos conceptos es verdaderamente lastimosa, y hasta pudiera decir que presenta caracteres morbosos.

Apenas daría idea de lo que es esta facultad de mi espíritu afirmando que es grandemente desequilibrada.

Y vamos á puntualizar todo esto.

Para los hechos, para los sucesos, para todo lo que constituye un conjunto ó un organismo grande ó pequeño, mi memoria es excelente.

Yo he leído centenares y centenares, y no exagero diciendo que miles, de novelas españolas, francesas, inglesas, alemanas, italianas, y hasta muchísimas traducciones de novelas rusas.

Pues bien, de los argumentos me acuerdo; de muchos con grandes pormenores, y en casi todos recuerdo la idea fundamental y sus líneas principales.

Cuando por segunda vez cae una novela en mis manos, á la segunda página digo: Yo he leído esto. Y ya pueden haber pasado veinte ó treinta años, ó cuarenta ó cincuenta, ó haberla leído en mi niñez: nunca me equivoco.

En cambio no recuerdo los nombres de los personajes ni el nombre del autor.

¡El nombre de los personajes! Pero si son muy pocos los personajes de mis dramas cuyos nombres recuerdo; si acaso no pasen de media docena.

Para los sucesos, gran memoria; para los nombres, memoria lastimosa.

Yo, que soy individualista por naturaleza y hostil por educación y por instinto para todo socialismo, en cuanto á la memoria invierto los términos, y de lo individual no me acuerdo; y me acuerdo de lo colectivo.

Respecto á nombres, soy una verdadera lástima, y á veces creo que esta deficiencia en los recuerdos individuales procede de algún defecto orgánico.

Me ocurre olvidarme de pronto, porque estas cosas siempre de pronto me suceden, del nombre de un amigo íntimo, de esos que han sido amigos toda la vida y cuyo nombre he repetido millares de veces por costumbre.

Pues bien: de pronto me olvido de cómo se llama.

Y por más que me esfuerce, no hay modo de que el recuerdo acuda á mi llamamiento. Es preciso que deje reposar á mi cerebro, que cese la tensión nerviosa que siempre acompaña en mí á estos ridículos olvidos, para que de pronto, sin esfuerzos, espontáneamente, brote, más que en mi cerebro, en mis labios el nombre que no encontraba al buscarlo, y que al no buscarlo se presenta, como perro que no acude á la voz de mando, y que cuando se le deja en paz viene humilde y cariñoso y de propio impulso; vaya un ejemplo entre muchísimos que pudiera citar:

Estaba yo en una capital de provincia cierta noche, hace algunos años, en el cuarto de una eminente actriz.

Y entró un amigo mío, amigo de la niñez, cuyo nombre me era tan familiar casi como el mío propio, y de repente me dice:

—Haz el favor de presentarme á esta señora, que quiero expresarle mi admiración.

Y al ir yo á presentarle, se me olvida su nombre, y me encuentro en la situación más desagradable, más cómica, mejor dicho, más grotesca, que pudiera imaginarse.

¿Cómo le pregunto yo: —Oye, ¿cómo te llamas?

Esto era imposible; era una verdadera grosería; era decirle á mi buen amigo: tan insignificante eres para mí, que te estoy tratando hace cincuenta años, y todavía no sé cómo te llamas, ni me ha interesado saberlo.

Imposible, de todo punto imposible.

Pero ¿cómo le presento yo sin saber su nombre? También es imposible. Tampoco podía decir: — Aquí le presento á usted á este señor.

Y todas estas ideas se agolparon á mi mente, y me ofuscaron más, y me pusieron en un estado nervioso que la actriz á que me he referido comprendió perfectamente, porque ya me había visto en apuros semejantes muchas veces.

Con lo cual ella se echó á reir á carcajadas, y yo me quedé hecho un poste, y mi amigo se quedó algo cortado, porque la situación se prolongaba más de lo regular; y al fin dijo por segunda vez:

—Conque haz el favor de presentarme.

Y yo, en aquella angustia, tomé una resolución verdaderamente estúpida, que fué echarme á reir y decirle á mi amigo:

—Pero qué, ¿á ti no te han presentado nunca á María?

—No, nunca: por eso quiero que me presentes tú.

—Ca, hombre; no puede ser; es una broma tuya.

—¿Qué broma había de ser?

Y la actriz acentuó sus carcajadas, y yo, hundiéndome cada vez más en la imbecilidad, seguí diciendo:

—Calla, hombre, calla, que no es posible; no soy yo tan inocente que te crea.

Y así seguimos un rato muy breve, mas para mí eterno. La actriz, riéndose cada vez con más ganas. Mi amigo, confundido, abriendo mucho los ojos y jurando por todos los santos que jamás le habían presentado á María; y yo, terco como un idiota y sin salir de mi tema:

—No puede ser y no puede ser; á ti te han presentado ya, y me quieres dar una broma.

Al fin él, como hombre de mundo y de buen talento, dominó la situación diciendo:

—Pues no lo comprendo; pero ya que no quieres presentarme tú, me presentaré yo. Señora, soy Fulano de Tal, uno de sus más entusiastas admiradores.

—Así, así—dije yo, que vi el cielo abierto al aprender su nombre;—y para que veas que no soy terco, ya que resulta que te habían presentado, te presentaré por segunda vez. Fulano de Tal, uno de sus más entusiastas admiradores de usted.

Y como este caso pudiera citar otros muchos. Pero queden para otro artículo.

José Echegaray

CÁNOVAS DEL CASTILLO

JUZGADO POR SUS LIBROS

Aquella biblioteca que formaba parte de la leyenda del gran estadista, ya no existe. Sus fondos se han dispersado, como las arenas que arrastra el huracán del desierto. Las colecciones determinadas de libros especiales y de documentos interesantes se han deshecho, y muchos de estos papeles sueltos, con tanta dificultad adquiridos y coleccionados, han salido en carretadas para los desperdicios del Rastro. No hay que culpar á nadie. Ha sido imposición imprevista del destino. Cánovas no tenía la previsión, ni el temor, ni la sospecha de la muerte. Acerca de lo que él pensaba con relación á la conservación á perpetuidad que él quería que se otorgase á sus libros, aun en vida suya se oyeron á sus íntimos muchas versiones. ¿A qué hablar, sin embargo, de ellas? La muerte le cogió alevemente y de improviso. No tenía hechas disposiciones testamentarias ningunas acerca de este particular. Mientras vivió su viuda se consideró su heredera, y tampoco tradujo en actos ejecutivos la voluntad de su esposo, si, como es de presumir, la conocía. Aquella existencia, en quien el dolor había producido inenarrables trastornos, no tardó en seguirle al sepulcro, y el imperio de la ley llamó primero á sí la calificación de las herencias, y posteriormente su reparto entre los herederos. Todas las colecciones históricas y artísticas reunidas por Cánovas durante más de medio siglo, casi desde su infancia, se

dividieron en lotes entre doce personas de derecho que los reclamaron con legítimos títulos, y en este reparto y en estos lotes se dividió también la biblioteca legendaria que parecía contener en sí la luz de toda la ciencia y hasta el fuego de todo el genio del estadista insigne.

Era error irreflexivo de muchos, acerca de esta biblioteca, la injustificada creencia de que se había formado con las dádivas de todos los aspirantes á algo, rendidas ante el poder que tenía medios de saciar todas las aspiraciones. Cuando yo conocí á Cánovas, hace más de cuarenta años, todavía no había sido ministro de Doña Isabel II, y ya me recibió en su biblioteca, en una espléndida biblioteca de hombre de estudio, que tenía los libros como instrumentos de su cultura profunda, y no como ornamento de sus estantes para deslumbrar ignorantes é incautos. Vivía en el número 1, principal, de la calle de la Madera Baja, y tenía el tiempo tan ocupado como cuando fué director universal de toda la política española después de la Restauración. Sus ocupaciones preferentes de entonces eran el estudio. Había subido las gradas de la notoriedad sin haber aún llegado á la cumbre; pero la presentía, la veía delante de sus ojos, y con el estudio se preparaba para tomar posesión de ella con títulos justificados. Aun no era rico, como nunca lo fué. Sus mismas producciones literarias de entonces las daba á la imprenta á título de ensayos. Remota la publicación de *La campana de Huesca*, en 1852, olvidada su *Historia de la decadencia de España desde el advenimiento del rey Felipe III hasta la muerte de Carlos II,* y la *Breve reseña histórica de España bajo la Casa de Borbón*, casi de la misma fecha, para *La América*, la gran revista intercontinental de los Asquerinos, redactaba sus *Apuntes sobre la historia de Marruecos*, y para la *Revista de España*, de Albareda, sus notables artículos sobre la *Batalla de Rocroy* y *Las relaciones de España y Roma en el siglo XVI;* pero todas estas monografías únicamente representaban en su propia intención como la preparación superior á otros estudios, y aún más que para esto, para adquirir la con-

ciencia profunda, que al cabo inundó y esclareció su alma, de la índole y condición de todos los problemas nacionales de la política y la historia, como los había ofrecido hasta entonces, en medio de sus varias vicisitudes, el vasto campo de los hechos, y como guía segura del acierto en los problemas del porvenir que un hombre de Estado siempre debe tener delante de los ojos, ó para la dirección de un pensamiento ó un norte nacional indefectibles, ó para acudir á las contingencias fortuitas del tiempo y de los sucesos.

Aquella biblioteca que se iba formando paralelamente con el desenvolvimiento de la carrera política de su fundador, poseía ya en 1862 elementos propios suficientes para toda la orientación de tan complejos asuntos, y no han tenido un gran grado de intimidad con Cánovas del Castillo los que de sus propios labios no han oído cómo nació y cómo la fué fomentando. Ya de su padre, el director de las escuelas costeadas por el consulado de Málaga, D. Antonio Cánovas y García, había heredado algunos libros, de que nunca se desposeyó, y antes miró siempre con predilección y cariño. Mas desde que vino á Madrid, en la primera flor de su edad, á completar en las aulas de San Isidro los estudios del bachillerato, prefirió con frecuencia la adquisición de un libro en las librerías de lance á alguno de los lícitos deleites de la juventud; estímulo que creció luego con la afición que hacia ellos le despertó el ejemplo de su tío D. Serafín Estévanez Calderón, el cual, con Gallardo, con Luis Usoz, con Gayangos, con Durán, con Pidal y con otros semejantes, sostenía aquella emulación que á todos les duró hasta su muerte, por la adquisición y valoración de los ejemplares preciosos de nuestra opulenta Minerva de los primeros siglos de la Monarquía española después de su unidad y de la invención y propagación de la imprenta, y por los no menos preciosos de nuestro siglo áureo literario durante la Monarquía de los Austrias.

Aunque al mediar el siglo XIX ya el libro, que el bajo comercio acopió casi de balde de las ocultaciones que se hicieron

al practicarse el despojo y exterminio de nuestros antiguos conventos, sufría numerosas exportaciones, principalmente para Londres, donde por aquel tiempo se hallaba constituído el centro del mercado de nuestros monumentos diplomáticos, bibliográficos y artísticos, no sólo para otros países del viejo continente, sino para toda la América, que había sacudido los lazos de la subordinación con España; todavía la posterior desolación no se había verificado enteramente, y á las librerías de lance de Madrid, del mismo modo que á las de otras capitales de España, era frecuente ver llegar carros cargados de mamotretos en pergamino, que se vaciaban en montón en las mismas aceras de las calles donde se hallaban aquellos establecimientos, y que se expendían al tuntún entre los que las solicitaban, no por un valor proporcionado con la antigüedad ó la importancia técnica de cada libro, sino por tamaños ó densidad de volumen, siendo los precios más ordinarios los de una peseta ó menos por los libros en 8.°, cinco ó seis reales por los en 4.° y dos pesetas ó poco más por los en folio. Los folletos, de cualquier tamaño, se adquirían por dos ó cuatro cuartos, y las hojas sueltas impresas ó los manuscritos no encuadernados, en montón y á precio del papel viejo para tiendas de comestibles ó fábricas de cartón. Aun con esta baratura, los jóvenes estudiosos, en cuyo número se contaba Cánovas, no siempre se hallaban en disposición de practicar grandes adquisiciones, teniendo que sacrificar, en la escasez de sus medios, otros recreos ó comodidades al empleo de objetos que, aun con excitar su codicia, no tenían en la economía de la vida inmediata aplicación. No obstante, de la época de estas adquisiciones estudiantiles data la biblioteca, que acaba de desaparecer, del señor Cánovas del Castillo; habiéndose fomentado siempre á costa de sacrificios en la modestia de una posición que nunca se consagró á negocios de altos lucros, y que, aun hasta en tiempos posteriores, después de desempeñar deslumbrantes cargos políticos y de ocupar posiciones bien retribuídas, todavía se hicieron á veces en lucha con las dificultades de la penuria,

dando lugar á anécdotas que él después refería con su incisivo gracejo, respecto á las personas que inmediatamente le servían, y en quienes él tenía puestas la mayor confianza y la mayor estimación, sabedoras, como estas personas sabían, que el más celoso de los propósitos de su jefe ó amo era el de que su casa y su nombre no cayeran jamás en las incertidumbres del crédito.

Aun iniciada en esta forma la formación de la biblioteca desde los primeros años de su llegada á Madrid, sería también erróneo creer que la fué constituyendo el aluvión del acaso, acogiendo con codicia todo lo que se le presentaba accesible á sus medios, sin plan ni dirección preconcebida. Si de la *Lista alfabética y por materias de las papeletas que para la redacción de un catálogo*, que, encontrada en su biblioteca, sus herederos han publicado, con erratas que no se pueden disculpar enteramente por ningún género de consideraciones, se toman los datos en la confusión que de sí arroja, á pesar de la clasificación un poco burda, y aun así mal observada, que á aquella gran enciclopedia se ha dado en libros de *Derecho*, *Política y Legislación*, de *Historia*, de *Poesía y Literatura*, de *Guerra y Marina*, de *Biografía y Bibliografía*, de *Bellas Artes*, de *Geografía*, de *Arqueología y Numismática*, de *Religión y Moral*, de *Lingüística*, de *Agricultura*, de *Ciencias*, de *Medicina y Cirugía* y de *Miscelánea*, entre esta biblioteca y la de cualquier establecimiento público oficial, ó puramente industrial en el comercio de la librería, no resultaría diferencia alguna de ninguna especie. Pero cuando entre el fárrago de nombres de autores y títulos de obras que componen estas gruesas divisiones, el conocedor del hombre, y el conocedor de libros, detiene con serio examen la atención, entonces, al poner de relieve la defectuosa confección de aquella *Lista*, que será lo único que á la memoria de los porvenir quede de la existencia de aquel arsenal de sabiduría y del objeto fundamental que presidió á su formación y á las aplicaciones en que probó su eficacia en el desarrollo de la vida del gran estadista, resalta in-

mediatamente cuál fué el espíritu del hombre, reflejado en aquella inmensa colección de sus 30.000 volúmenes. Ni uno solo de estos libros fué adquirido sin que ocupase un lugar de eficacia en la inmensa variedad de asuntos que fueron objeto preciso de las meditaciones de aquella mente excepcionalmente constituída en la opulencia y universalidad de sus aptitudes. No es menester que estos asuntos se determinen parcialmente y se clasifiquen. Aun revueltos en tumultuosa confusión estos treinta mil cuerpos de libros, su más ligero examen denuncia su respectiva individualidad dentro de una labor intelectual que á la vez comprendía todos los problemas de la nacionalidad española, con los antecedentes de su historia y las previsiones del porvenir, y todos los problemas que la ciencia, la política, el derecho y la evolución continua y acelerada de toda la sociedad humana contemporánea sin cesar pone sobre el tapete y somete á la resolución de los grandes pensadores y de los grandes estadistas.

En el concepto general de las gentes vulgares el mérito de una biblioteca no se gradúa por otra cosa que por el acopio de libros raros, casi únicos, y de mayor perfección que la enriquezcan, por heterogéneos que sean en las materias de que se ocupen. También las avaloran las colecciones de ciertas particularidades de la bibliografía, que por el mero hecho de ser particularidades no son abundantes en su producción literaria en ninguna época. Todo esto es lo que constituye la esencia del bibliófilo, el cual, para ser perfecto, debe protestar á diario, como el Marqués de Benahavis, D. Ricardo Heredia, protestaba con cuantos hablaba, mientras poseyó y fomentó la biblioteca riquísima que adquirió de los herederos de Salvá, de que él no leía, ni tenía afición á ningún libro de aquellos, y que sus vigilias de la noche las pasaba en la cama leyendo las últimas producciones de las ciencias exactas y de los progresos é invenciones de la mecánica aplicada, que era en lo que se había educado durante su juventud en Londres. Todo el que reúne libros, de cualquier tiempo que sean, y cualquiera que

sea también el objeto con que los colecciona, tiende naturalmente á poseer el mejor ejemplar y el más originario. No es sólo el bibliófilo el que recoge un libro raro incompleto ó deteriorado, en espera de la llegada de otro mejor de la misma clase para promover un cambio; también el que forma una biblioteca de utilidad práctica para la ilustración de los estudios á que se consagra aspira al mejor tipo de conservación y á la edición más primitiva y acepta el libro incompleto ó maltratado, mientras no puede sustituirle. En este concepto es como en la biblioteca de Cánovas se admitían por el fundador, desde un principio, algunos libros que no desdeñaba porque les faltase ó tuviesen remendada ó contrahecha, aunque fuera á pluma, una portada ó algunas hojas. Para él la importancia del libro estribaba en su contenido y no en su porte exterior, aunque le agradara tener mejor un buen ejemplar que uno malo, y así con frecuencia le ocurría, después de poseer un libro incompleto ó averiado, presentársele otro mejor y adquirirlo también, no cambiarlo, juntándose con los dos y poseyendo por esto muchas obras con ejemplares duplicados. Todo lo cual no obstaba para que á su vez, pero en segundo término de sus aficiones, le agradase pasar por bibliófilo entre los bibliófilos y entender de libros raros y poco vulgares ó enteramente desconocidos, y recrearse en el gran número de ediciones príncipes que llegó á atesorar desde la más antigua producción tipográfica española é inscribirse en las listas de todas las Sociedades patrias de bibliófilos y hasta de contribuir con alguna ilustración suya al fomento de sus publicaciones. Pero este hecho ni á él lo constituía en un bibliófilo esencial en el rigor técnico de la frase, ni mucho menos su biblioteca en una biblioteca de bibliófilo como la de su deudo Estévanez Calderón, como la que perteneció al célebre é ilustre Marqués de la Romana, como la que al final del siglo XVI y principios del XVII formó el famoso diplomático español Conde de Gondomar, ó como las que hasta hace pocos años poseyeron D. Pascual de Gayangos, el Conde de Benahavis y el Marqués de Xerez de los Caballeros. La espléndida bi-

blioteca que Cánovas formó durante medio siglo fué una biblioteca esencialmente de estudio y de trabajo, dentro del amplio radio de las necesidades intelectuales de un gran estadista, como en su tiempo fueron las bibliotecas del Conde-Duque de Olivares y del Conde de Villaumbrosa, presidente de Castilla; como fueron en el siglo XVIII las del Conde de Campomanes y del Príncipe de la Paz, cuyos despojos todavía constituyen el fondo principal de la de nuestro Ministerio de Estado, y como, en el terreno puramente literario, lo es en la actualidad la fundada en su casa de Santander por nuestro insigne Menéndez y Pelayo.

Por encima de toda otra condición de las que presumía ó que le caracterizaban en la generalidad de sus aptitudes, descuella en la biblioteca de Cánovas la del gran estadista; de tal manera, que en nuestra historia no hay otra con que compararla que con la que en el siglo XVII formó el Conde-Duque de Olivares, con cuya grandeza de concepción y de miras Cánovas del Castillo tuvo muchos puntos de semejanza. La diferencia esencial entre los dos fondos bibliográficos y documentarios de estos dos personajes históricos estribaba en que el Conde-Duque de Olivares para constituir la suya pidió y obtuvo del rey Felipe IV un privilegio inconcebible para poder escoger y tomar del Archivo de Simancas los diplomas, libros y papeles políticos é históricos que quisiera, pudiéndolos vincular perpetuamente en su casa, lo que á la muerte de su sobrino, heredero y sucesor en la privanza, D. Luis de Haro, fué causa de que aquellas inapreciables colecciones se dispersasen y destruyesen, privando al archivo histórico nacional por excelencia de lo más florido de sus fondos, y en la de Cánovas del Castillo, preponderando el libro impreso sobre la documentación diplomática y el manuscrito, todas sus colecciones fueron aportes particulares de su investigación personal y de sus sacrificios pecuniarios, representando en el primer sentido la inmensa capacidad de sus estudios y en el segundo una fortuna que, atesorada poco á poco, no se hace fácil calcular, pues

lo que se atribuye á los regalos de la última época de su vida, cuando su genio le elevó á la suprema cumbre del poder, no es más que una parte mínima, y no siempre en relación con su criterio fundamental, de lo que constituyó aquel copioso arsenal de sus treinta mil volúmenes, casi todos anotados por su propia mano, como señal de que uno por uno los había examinado y para recuerdo de las cosas salientes que cada obra contenía, á fin de facilitar oportunamente su aplicación. Estas notas pocas veces eran críticas: como al sabio D. Aureliano Fernández-Guerra, que tenía la misma costumbre, de ordinario le servía de recordatorio, y pocas veces constituían erudiciones de bibliófico. Por ejemplo, en el *Doctrinal de caballeros*, del célebre obispo de Burgos, D. Alonso de Cartagena, impreso en Burgos también en 1487, Cánovas puso en las guardas del libro estas anotaciones de derecho: «*Feudo de territorio realengo nó se trasmite por herencia*», folio 143; «*ni feudo en general es reservable*», folio 143; «*los hijos no heredan feudo*», folio 144 vuelto. En el libro de la *Invención liberal y arte del juego de axedrez*, por Ruy López de Segovia, clérigo, *vecino de la villa de Çafra*, impreso en Alcalá de Henares en 1561, anotaba Cánovas: «*Afición al ajedrez del Príncipe D. Carlos*», tercera página sin foliación. Los libros de historia y ciencia militar suelen tener anotaciones muy copiosas: en el titulado *Milicia, discurso y regla militar*, del capitán Martín de Eguiluz, vizcaíno, impreso en Amberes (*Anvers*) en 1595, se escalonan en las guardas las diez y siete siguientes anotaciones de Cánovas: «*El soldado español: su diferencia del extranjero*», folio 1 vuelto; «*Paralelo de mosquetería y arcabuceros*», folio 9 vuelto; «*Armas del sargento*», folio 11 vuelto; «*Armas de los soldados*», folio 26 y 26 vuelto; «*Trajes de los soldados*», folios 34 y 35; «*No han de tener oficios mecánicos*», folio 34; «*Composición del tercio*», folio 46 vuelto; «*Arcabuceros á caballo*», folio 64; «*Caballería y su fuerza*», folio 72; «*pesada y ligera*», folio 73; «INFANTERÍA: *modo de combate contra caballería y emboscada; tiros que pueden tirar de seguida los arcabuceros*;

qué naciones llevaban espada en la infantería; no las llevaban los franceses», folio 69 y siguientes (N. B. El título de este capítulo debe estar equivocado). «*Infantería en las galeras*», folio 80; «*Cualidades de la infantería alemana*», folio 65 vuelto; «*Batalla*», folio 68; «*Diferencias de picas secas y coseletes*», folio 47 vuelto; «*Un tercio de escuadrón*», folio 56 vuelto; «*Conveniencia de que en cada tercio hubiese 180 arcabuceros á caballo*», folio 64. En la *Chronica del Gran Capitán, Gonçalo Hernández de Córdoua y Aguilar,* impreso en Alcalá en 1584, la anotación inicial de Cánovas dice: «*Atribuída con equivocación á Fernando del Pulgar el de los* Claros Varones, *y con no menos yerro y más generalmente á Hernán Pérez del Pulgar, el de las* Hazañas, *que escribió en realidad una* Breve parte de las hazañas del Gran Capitán, *reimpresa por Martínez de la Rosa en su* Bosquejo histórico *sobre aquel caudillo y escritor*». En los *Diálogos de la vida del soldado*, de Diego Núñez de Alua, impresos en Cuenca en 1589: «*Este libro está escrito por un hombre que sabía griego y latín y era maestro en la lengua castellana. El autor sirvió en el tercio de Nápoles con su coselete y pica, aunque no se sabe por el libro si pasó de ser soldado. Consta, por la dedicatoria final al Duque de Alba, que éste oyó leer con satisfacción parte de la obra. Los tercios de que habla eran tres: el de Lombardía, el de Nápoles y uno organizado en Hungría que mandaba Don Alonso de Sande*». En un precioso manuscrito que se titula *Narración del desdichado suceso sobre el motín de Nápoles, siendo virrey el Excmo. Sr. Duque de Arcos* (cuéntalo D. Pedro Hizco de Quincoces, secretario que era del Excmo. Sr. Marqués de Lombay, primogénito del Excelentísimo Sr. Duque de Gandía, y yerno del Excmo. Sr. Duque de Arcos, que con la Señora Doña María Ponce de León, mujer de dicho Marqués, todos se hallaron en el fracaso, y como á testigo de vista y que tenía clara noticia del suceso, lo escribe por días), la nota de Cánovas dice: «*En el manuscrito de los tumultos de 1647 hay además una relación de la muerte de Carlos I de Inglaterra y un papel político intitulado* El com-

pás, *en que se hace relación del estado en que se hallaban todas las monarquías de Europa*». Por estas notas, que pudieran dilatarse hasta lo infinito, puede comprenderse la intensidad del examen que Cánovas aplicaba á sus libros, á la vez que con ellas les daba un valor que todavía no es tiempo de graduar.

Como biblioteca de hombre de Estado, y español ante todo, la de Cánovas se individualiza por la atención y el espíritu con que fué agrupando en ella, en primera línea, todo cuanto correspondía á *cuerpos legales*, á *historia patria* y á *economía político-nacional*. Todas sus demás secciones, ó son complementarias, ó adorno de una mente exuberante en facultades, en pensamientos y en acción. Aunque los problemas al día ocupan un lugar de una extensión enorme por las indeclinables relaciones de la vida común internacional, el fundamento de sus estudios, y por lo tanto el de su biblioteca, lo constituyen los orígenes de toda nuestra existencia y desarrollo nacional. Todavía cuando Cánovas comenzó á organizar su biblioteca, eran un caos las colecciones de nuestras antiguas Cortes, que posteriormente se han buscado, se han colegiado y se han dado y dan á la estampa; pero á la mitad del siglo XIX era una verdadera maravilla reunir, como Cánovas reunió, *Cuadernos de Cortes de Castilla*, algunos originales, de las de 1315 á 1345; de las de 1348 á 1379; de las de 1385 á 1422; de las de 1422 á 1447; de las de 1447 á 1455; de las de 1455 á 1469; y de las de 1471 á 1476; y entrando en los dominios del siglo XVI, después de la unión de las coronas peninsulares y del entronizamiento de la dinastía imperial de la Casa de Austria, las ediciones primitivas de los capítulos de las Cortes de Toledo de 1538; de las de Valladolid de 1542 y 1548; de las de Madrid de 1583 á 1585; de 1585 á 1590; de 1592 á 1598; de 1602 á 1604; de 1607 á 1611, con las pragmáticas y cédulas reales emanadas de sus acuerdos, de 1611 á 1615 y de 1615 á 1619. Diversos otros de las Cortes de Aragón, de Valencia y de Navarra; y acerca de Portugal, los originales «do levantamiento ó juramento do Rey Philippe II» hecho en las Cortes de Tomar en 1581, y las juras

de los príncipes D. Diego y D. Felipe, de 1581 y 1584 respectivamente. De las *pragmáticas* promulgadas por el poder real, y todas en sus primitivas ediciones, la colección que Cánovas llegó á reunir, independientemente de todos los cuerpos recopilados de nuestra antigua legislación, ascendieron al número de ciento cincuenta y cinco, correspondiendo á los años de su publicación de 1520, 1528, 1534, 1537, 1548, 1549, 1552, 1553, 1582, 1586, 1590, 1593, 1594, 1596, 1598, 1600, 1602, 1603, 1604, 1605, 1606, 1608, 1609, 1611, 1613, 1614, 1615, 1616, 1617, 1618, 1619, 1620, 1625, 1627, 1636, 1637, 1642, 1652, 1659, 1680, 1682, 1684, 1686, 1691, 1705, 1716, 1736, 1737, 1844, 1757, 1766, 1768, 1772, 1774, 1776, 1790, 1792, 1793, 1803, 1830 y 1833. Las ediciones de códigos eran en su biblioteca muy numerosas: del de *Las Siete Partidas de Don Alonso el Sabio* tenía ediciones de 1491, de 1756 (Salamanca), glosadas por el licenciado Gregorio López, del Consejo Real de Indias, y otras más modernas; y en igual copia entraban los cuerpos de derecho de los antiguos reinos unidos ó incorporados y las legislaciones forales de todas las regiones que habían gozado y aun gozan de jurisdicciones privilegiadas. *De Ordenanzas* y *Cédulas reales*, la colección que reunió era un prodigio; para avalorarlas, basta citar dos solos números de su extenso catálogo: el de las *Ordenanzas Reales, por las quales primeramente se an de librar todos los pleitos civiles y criminales, é los que por ellas no se fallaren determinados se han de librar por las otras leyes y fueros é derechos que mandaron fazer los Reyes Católicos*, compuestas por el Dr. Alfonso Díaz de Montalvo é impresas en Sevilla en 1495, habiendo además otro ejemplar de Salamanca impreso en 1541, y las *Ordenanzas de la ciudad de Granada, pregonadas en la Real Cancillería* de aquella ciudad el 31 de Marzo de 1529, en cuyo año están impresas, ó las de *lo que han de fazer é guardar los alcaldes mayores, jueces de residencia de los tres Adelantamientos de Burgos, Leon y Palencia,* impresas en Medina del Campo en 1555. Las compilaciones y demás cuerpos legales se multiplicaban en

la biblioteca de Cánovas, como si su vida entera hubiera estado consagrada á los asuntos del derecho; pero todavía este fondo se amplificaba más al llegar á los tiempos modernos, en que las nuevas Constituciones han transformado todas las fuentes y todos los procedimientos del derecho. Las colecciones legislativas no contienen más que las leyes promulgadas y los decretos elevados á oficios de leyes. En la biblioteca de Cánovas estaban admirablemente coleccionadas y organizadas todas las leyes originales, hasta las que no han pasado del rango de proyectos, y en las promulgadas, todas las incidencias de su constitución legal, empezando por las mismas *Constituciones políticas* natas y nonnatas.

El palenque de la historia parecía su tribuna principal. Y en efecto, ¿cuál puede tener mayor importancia para un verdadero estadista? El camino que incesantemente trilla la ciencia basta para imponer de las evoluciones y de las reformas del derecho, sobre todo en nuestro tiempo, en que las imposiciones de la vida internacional, en la creciente y estrecha ola de las relaciones de los pueblos entre sí crea las inevitables exigencias de la equiparación legal entre todas las gentes, ejerciendo una influencia también ineludible en las legislaciones locales de todos los estados. Pero en los pueblos de larga existencia histórica, la ciencia principal del hombre de Estado la constituye el más perfecto conocimiento de la historia de la nación que ha de regir, y en la cual la unidad invariable de todas sus condiciones éticas y etnográficas, la perpetua imperturbabilidad de las vecindades con las que ha de convivir, las tendencias no menos invariables á influirse mutuamente, ya en el sentido de la atracción, ya en el de la hostilidad, establecen una multitud de hechos que, aunque en sus caracteres exteriores puedan cambiar, en el fondo responden siempre á la unidad fundamental de estas tendencias. Las inclinaciones algo bibliófilas de Cánovas le llevaban á no satisfacerse con las obras de compilación, y á procurar adquirir ó los documentos originarios de todo asunto histórico, ó cuando me-

nos las primeras ediciones de su publicidad. Así campeaban gallardamente en su biblioteca crónicas incunables ó del siglo XV, como la *Crónica hispánica,* que todavía se disputa si es de 1469 ó de 1480; y la *de Aragón*, del Rev. P. Lamberto, impresa en Barcelona en 1499. Del siglo XVI tenía el *Mar de Historias*, del noble caballero Ferrand Pérez de Guzmán, edición de Valladolid de 1512; la *Chronica de España,* de Mosén Diego de Valera, impresa en Sevilla en 1538; las *Chroniques dels nobles é invectissims Rey dels Goths*, compiladas por Miguel Carbonell y publicadas en Barcelona en 1547; la *Chronica del Rey Don Rodrigo*, de Alcalá de Henares de 1587; la *Chronica de los Reyes de Navarra*, de 1534; la *del Santo Rey Don Fernando,* de Valladolid y de 1555; la de Fernando IV, también de Valladolid y del año 1544; la de los Reyes Don Pedro I de Castilla, D. Enrique II y Don Juan I, de Toledo é impresa en 1526; la del *Gran Capitan Gonzalo Hernandez de Cordoua*, de Alcalá de Henares y de 1584; la del *famoso cauallero Cid Ruy Díaz Campeador*, de Burgos y de 1591; la *Chronica y descripció dels fets e haçanyas del inclyt Rey Don Jaime I*, de en Ramón Montaner, de Valencia y de 1558; y de Valencia también y de los años 1546 á 1560, la *Chronica general de toda España, y principalmente del reino de Valencia,* del Dr. Pere Antón Beuter; la que Sandoval dió á las prensas de Madrid el año de 1600 del *Inclito Emperador de España Don Alonso VII*; y de los principios del siglo XVII, la *Chronica de España que mandó componer Don Alonso el Sabio* (Valladolid, 1604), y la *Chronica universal del Principado de Cathaluña*, de Pujades, impresa en Barcelona en 1609. De otros libros análogos, como las *Rerum á Ferdinando et Elizabeth Hispaniarum felicissimis Regibus gestarum, decades duas*, de Antonio de Nebrija, impresas en Granada en 1545; *Las cosas memorables de España*, de Lucio Mariñeo Sículo, de Alcalá de Henares y de 1533, y otras semejantes, así como de los demás *Chonicones* de los archivos monásticos, de las *Historias* de los grandes prelados de la Edad Media y de las otras *Crónicas Reales* que precedieron á las obras de

Jerónimo Zurita y Ambrosio de Morales, Florián de Ocampo y Garibay, Sandoval y Herrera, Diago y Dameto, Blasco de Lanuza y Argensola, Abarca y Uztarroz, y aun á Mariana y Bleda, Covarrubias y Díaz y Escolano, Ferrera y Flórez, Risco y Masdeu, Alcalá Galiano y Lafuente, nada podía faltar como bases generales de estos estudios, aunque lo que en la parte histórica en la biblioteca de Cánovas del Castillo puntualizaba al hombre de Estado sobre el historiador, eran los soberbios acopios que con benemérita constancia había hecho de todos los documentos menudos que forman el arsenal de cada parte y de cada particularidad de la Historia.

Échase de menos en los elementos de autoridad y consulta que la constituyen, conforme al giro de la ciencia moderna, el inventario diplomático y bibliográfico que en Francia, por ejemplo, donde ya existe, la sirve de perfecto indicador. Cuando en 1844 la *Sociedad Literaria y Tipográfica* anunció la publicación de la *Historia de España* que D. Antonio Alcalá Galiano escribió con arreglo á la del doctor inglés Dunham, ofreció que esta edición iría enriquecida con una reseña de los historiadores españoles de más nota, redactada por D. Juan Donoso Cortés y por un discurso crítico y sintético de la historia de nuestra nación por D. Francisco Martínez de la Rosa. Salieron á luz los siete tomos que forman la obra de Alcalá Galiano, y ni Martínez de la Rosa cumplió su empeño, ni mucho menos el suyo, indudablemente más arduo, Donoso Cortés. Este mismo compromiso contrajo la *España editorial* mucho más adelante, al publicar por monografías de grandes períodos, escritas por académicos de la Real de la Historia, bajo la dirección de D. Antonio Cánovas del Castillo, su *Historia*, que ha quedado sin concluir. Menéndez y Pelayo fué entonces el encargado de formar, como introducción á la otra, el gran inventario de nuestros historiadores y de las obras que tratan de las particularidades de nuestra Historia, á la manera como se formó en la antigua Biblioteca Imperial, hoy Nacional, de Francia, el *Catalogue de l'Histoire de France*, que es como la

introducción ineludible á toda clase de estudios nacionales. Sin dejar de reconocer en Menéndez y Pelayo mayores aptitudes que las de Donoso Cortés para semejante intento, ello es que, como la obra quedó sin acabar, el ofrecimiento tampoco se cumplió. Es indudable que en el concepto técnico de esta parte de la biblioteca de Cánovas ninguna otra particular en España ofrecía elementos como los que la enriquecían para prestar base á esta labor. Nadie como Cánovas llegó á reunir tantas piezas menudas de nuestra bibliografía histórica, de esas que han escapado á nuestras grandes Bibliotecas públicas, unas por ser rarísimas en extremo, otras por no haber llegado jamás á los dinteles de nuestra nación peninsular, por haber sido publicadas ya en lejanos y para siempre perdidos dominios españoles, ya por haber sido fruto de literaturas extranjeras y escritas en impugnación de derechos é intereses de España, y que, en suma, no arribaron á ella jamás. De estos papeles peregrinos, folletos y libros, la biblioteca de Cánovas logró reunir un número extraordinario, cuya importancia se necesita poseer una gran cultura histórica y política para saberla avalorar bien. No era que Cánovas se propusiera en su admirable colección histórica llegar á reunir, por reunir, todo lo que dijera á la historia general de nuestra patria, ni al capricho de atesorar aquella *catalogación*, que sólo á fuerza de constancia puede llegar á perfeccionar un establecimiento perpetuo del Estado, como la Real Academia de la Historia ó la Biblioteca Nacional. En la adquisición de estos verdaderos tesoros de la bibliografía histórica de España predominaba en Cánovas, como en todo, su inclinación á las materias de Estado, porque en aquellos libros, folletos y papeles, publicados en Roma, en París, en Viena, en Amsterdán, en Colonia, en Milán, en Turín, en Nápoles y Veslacia, en Bruselas y en Amberes, estaban representados cuantos hechos formaron el conjunto de nuestra historia en el tiempo en que España, en el último grado de la supremacía política de Europa, fué el árbitro de los destinos del mundo; y aunque él pensaba, como en

varias de sus obras dejó escrito, que nunca más circunstancias semejantes á las que confluyeron en los Estados de nuestra Península al declinar el siglo XVI y en los principios del XVII volverán á reproducirse, reintegrándonos de aquella vena de poder que nos hizo dueños del Mediterráneo, por las conquistas de Italia y Africa; del Atlántico, por el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo, y del corazón del continente, por nuestras herencias de Holanda y Flandes y nuestras conquistas del Milanesado, y por haber encarnado en nuestra Monarquía la suprema dignidad imperial en Alemania; con todo, los hombres que llegaron á realizar tantas maravillas que parecen fabulosas; los hombres que con sus armas, su gobierno y su política mantuvieron aquel emporio de grandeza por cerca de dos siglos, hasta que la conflagración universal de todos los elementos adversarios lograron conciliarse en coaliciones tenaces para derrumbarnos, esos hombres permanecen siempre vivos en el espíritu de nuestra raza; y aunque en la alternativa acción del tiempo, fatigados por los esfuerzos de tan largos empeños, cayesen en la postración y decadencia que, desgraciadamente, todavía nos debilita, el estadista siempre debe contar con aquellas condiciones, porque el deber de los que gobiernan, aun en períodos del mayor enervamiento, es procurar la recuperación de fuerzas, y es conducir siempre á sus pueblos, como Moisés por el desierto, á las siempre esperadas tierras de promisión.

Regalista por tradición y por temperamento, nadie reunió como Cánovas en su biblioteca el tesoro diplomático y bibliográfico de nuestras cuestiones con Roma desde los Reyes Católicos, D. Fernando y D.ª Isabel; desde Carlos V y Felipe II, hasta Felipe V y Carlos III. Para ello, lo que no encontró en libros impresos mandó copiarlo en Simancas y otros Archivos, aumentando sus libros con un caudal de documentos transcritos de éstos, que por sí solos acusan toda la extensión de aquella espléndida naturaleza política. Después de Roma, era indispensable que se destacaran en sus colecciones bibliográficas

primero todos los libros y documentos tocantes á nuestras más próximas vecindades y sus contingencias casi perpetuas, y después á todo lo concerniente á fronteras naturales y á fronteras de seguridad, porque por las primeras se rigen las relaciones en que se está más en contacto, y por las segundas se establecen las de alianzas de previsión, á fin de estar precavidos siempre contra las presiones, las intrusiones ó las agresiones de las inmediatas. Francia será siempre nuestro vecino inevitable, pero no siempre nuestro aliado, porque para precavernos contra ella de las presiones, de las intrusiones y de las agresiones que de su parte podemos sufrir, nosotros debemos buscar aquellas alianzas que, encerrándola entre dos fuegos en todo caso de agresión, ó le obliguen para defenderse de ellos á dividir sus fuerzas, lo que las debilita, ó le obliguen á permanecer en quietud y razón. Esta fué la política española de Fernando V el Católico, esta la política de Carlos V y de Felipe II y esta la política de Felipe IV, bajo el ministerio de D. Gaspar de Guzmán. Después de éstos, toda la política que ha producido nuestros desmembramientos territoriales, toda la política que nos ha conducido á la funesta decadencia de que no nos podemos emancipar, toda la política que nos ata las manos para todo intento de resurrección, es la política que nos viene de nuestro vecino inmediato, que nos convierte hace tres siglos en una provincia de Francia. Todos estos intereses y todos estos derechos son los que se estudian admirablemente en los preciosos conjuntos de los libros propios y extraños que Cánovas llegó á reunir en su biblioteca; al estudio de todas estas ideas, de todos estos intereses y de los hechos que han contribuído á establecer el estado actual de las cosas, es á lo que se consagraban las preciosidades bibliográficas atesoradas por el gran estadista sobre Francia y nuestra política y nuestras guerras con ella; sobre las Estados de Holanda y Flandes, siempre agitados por ella hasta que de ellos nos despojó; sobre los Estados de Italia, siempre inquietados por ella hasta que nos arrojó de aquella península; sobre las revoluciones interiores

de Portugal y de Cataluña, siempre inquietados por ella hasta que á Portugal logró arrancarlo de nuestro dominio, y á Cataluña dejarla encendida en guerras que sólo la produjeron la destrucción de los grandes elementos de prosperidad y riqueza creados por la laboriosa constancia y el esfuerzo de sus hijos; sobre las posiciones militares y el principio de coloniaje que intentamos establecer en toda la costa de África, hasta que nos redujo á los míseros presidios que aun nos restan, expulsándonos de toda influencia sobre el Mediterráneo.

Estos grupos bibliográficos de la biblioteca de Cánovas del Castillo, de los cuales se hace imposible citar ejemplares por contenerse en ella por centenares, cuya importancia principal estriba en sus conjuntos, bastan para juzgar por sus libros á nuestro gran hombre de Estado. Estos grupos son los que imponían su verdadero carácter á una biblioteca que, ya deshecha, probablemente ninguno logrará reunir otra vez. La importancia de estos libros es tal, que ningunos otros accidentes de su vida, con ser tan numerosos y culminantes los sucesos en que intervino y á los que imprimió dirección, dan mejor que ellos la graduación de su mérito como hombre de Estado y patriota ante todo. Con sus libros á la vista no sólo se agigantan las líneas del hombre que tuvo una nota para cada uno de los 30.000 volúmenes que reunió, notas que revelan que todos pasaron por su examen y que de todos aprendió algo de lo que profundamente debe saber el que está destinado á dirigir desde el gobierno los destinos del país á que pertenece. Con sus libros en la mano, se echa de ver también qué enormes deficiencias llevan tras sí los que aspirando á ocupar el puesto que Cánovas ocupó, no siempre llenaron el papel que les correspondía, por carecer de aquella preparación sólida y necesaria con que deben conocerse los problemas siempre vivos de la patria, que si bajo el imperio y la acción de los tiempos pueden cambiar y cambian en su aspecto exterior, al cabo se liquidan por unos mismos efectos morales, pues la unidad moral de la raza sobrepuja siempre los accidentes fortuitos de la

Historia, y siempre se impone á todos los efectos de las circunstancias accidentales.

La extensión de su cultura intelectual hacía que Cánovas hacinara en su biblioteca, además de toda la intrincada Minerva que la ciencia produce sin descanso para ilustrar los problemas políticos, económicos, jurídicos y sociales de la edad en que vivimos y del modo de ser de estas nuevas generaciones, los libros de la amena literatura antigua y moderna, los libros de las ciencias que tienen principal relación con la política y la historia, los libros que contribuyen al desarrollo y al fomento y perfección de las artes, y muchos más de los que sólo se gradúan por la curiosidad que despiertan. Sin embargo, nada de esto sobra á un verdadero hombre de Estado, mucho más si este estadista, en la exuberancia de sus facultades, aun tiene ocios que consagrar á escribir libros, pronunciar discursos y tomar parte en las tareas cuotidianas de las Academias, donde se elaboran los primores de la lengua, donde se cultivan las ramas de la historia, donde se dan alas á la inspiración de las artes, ó donde se discuten sin tregua las cuestiones del orden moral y jurídico que templan y moderan las evoluciones continuas de la existencia social. Algunos, como ya se ha indicado, le reconocían el título de simple bibliófilo, porque gustaba adornar sus estantes, ya con preciosos códices de la antigüedad, anteriores al descubrimiento y propagación de la imprenta, con preciosos incunables, como la *Coronación de D. Íñigo López de Mendoza y coplas de Juan de Mena*, en su edición de 1489, ó como el *Libro de las justas*, editado en Valencia en 1493, ó como *Los proverbios de Séneca*, del doctor Pero Díaz de Toledo, impresos en Toledo en 1495, ó como *Los libros de los trabajos de Hércules*, de D. Enrique de Villena, dados á luz en Burgos en 1499, ó como los diversos *Tractados de la mesa, del vestir é calçar y de la murmuracion*, del reverendo padre Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada después de su conquista, é impresos en aquel mismo tiempo en la ciudad de los emires alhameritas. Estos mismos se petrificaban admi-

rando en sus estantes, no ya los copiosos y raros libros de caballería, el *Palmerín de la Oliva* (Sevilla, 1536) y el *Palmerín de Inglaterra* (Evora, 1564), los cuatro del *Amadís de Gaula* (Salamanca, 1575) y *Las Sergas de Esplandián* (Alcalá de Henares, 1588), el *Triumpho de los nueve de la Fama* (Barcelona, 1586) y *El Príncipe Don Florisel de Niquea*, de Feliciano de Silva (Zaragoza, 1568), etc., sino toda aquella rica y rara miscelánea y confusión de libros rarísimos de toda literatura, el *El jardín de nobles doncellas* (Valladolid, 1500), el *Comento del Eusebio* (Salamanca, 1507), los *Bocados de oro* (Toledo, 1510) y los *Proverbios de D. Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana* (Sevilla, 1510); la *Caída de Príncipes*, de Juan Bocaccio de Cercaldo (Toledo, 1511) y el *Cancionero general*, de Hernando del Castillo, de la edición de Sevilla de 1515, y la *Ortographia*, las *Elegancias romanzadas* y otros libros de Antonio de Nebrija (Alcalá de Henares, 1517); el *Tractado de republica*, de fray Alonso de Castrillo (1521) y los *Triumphos de Appiano* (Venecia, 1522); la *Visión delectable*, de Alfonso de la Torre (Sevilla, 1526) y el *Valerio Máximo*, traducido por Mosén Hugo de Urríes (Alcalá, 1529); el Pedro Mártir de Anglería sobre el *Orbe novo*, de 1530, y la *Cárcel de amor*, de Diego de San Pedro (Venecia, 1531), y el *Marco Aurelio*, del obispo de Mondoñedo, D. Antonio de Guevara (Sevilla, 1531); la *Compilación de todas las obras de Juan de Mena*, de 1536, y la *Segunda comedia de la Celestina*, del mismo año; las *Vidas de los diez césares romanos*, del citado D. Antonio de Guevara (Valladolid, 1539), y las *Obras del famosísimo filósofo y poeta Mosén Ausias March* (Valencia, 1539); *El vellocino dorado* (Toisón de oro) de Juan Bravo (Toledo, 1540), la *Retórica castellana*, de Juan de Guzmán (Alcalá, 1541) y el *Libro del arte de las comadres*, de Damián Carbón (Mallorca, 1491); el *Carro de las donas*, de fray Francisco Ximenez, obispo de Etna (Valladolid, 1542) y el *Valerio de las historias escolásticas* (Sevilla, 1542); del año 1543, la *Doctrina breue de las cosas que pertenecen á la fhe catholica*, de fray Juan de Zumárraga, primer libro que se

imprimió en México; el *Remedio de jugadores*, de fray Pedro de Covarrubias (Salamanca); el *Aviso de cazadores*, de D. Iñigo López de Mendoza (Alcalá de Henares); *El asno de oro*, de Lucio Appuleyo (Medina del Campo), y las *Coplas*, compuestas por Bernardino de Avellaneda; del año 1544, las *Obras* de Boscán y algunas de Garcilaso (Toledo), de quienes también tenía la edición de León de 1549, y el *Espejo de ilustres personas*, de fray Alonso de Burgos; del año 1545, las *Catorce cuestiones*, del Tostado (Burgos); el *Arte de navegar*, de Pedro de Medina (Valladolid), y la *Armadura espiritual*, del doctor Diego de Cabranes (Mérida); de 1546, el *Centiloquo* (Alcalá) y el *Tractado de los cambios*, de Christoual de Villado (Córdoba); de 1547, el *Repertorio de las leyes de todos los Reynos de Castilla*, de Hugo de Celso (Valladolid); los *Diálogos*, de Pero Mexía (Sevilla); el *Fuero real de España*, glosado por Alonso Díaz de Montalbo (Salamanca); la *Instrucción de mercaderes*, del doctor Saravia (Medina del Campo), y la *Agonia del tránsito de la muerte*, del maestro Alexo de Vanegas (Toledo); de 1548, la *Primera parte de las guerras que el Emperador Carlos V promovió contra los rebeldes* de Alemania (Nápoles), y el libro de *Cosmographia*, de Pedro Appian (Amberes); de 1550, las *Quatrocientas respuestas y otras tantas preguntas que D. Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, y otras personas embiaron á fray Luis de Escobar, fraile menor* (Valladolid); de 1551, la *Introducción á la sabiduría*, del doctor Juan Luis Vives, traducida por Diego de Astudillo (Amberes); de 1552, la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, de fray Bartolomé de las Casas (Sevilla); de 1553, los *Coloquios satíricos*, de Antonio de Torquemada (Salamanca); las *Sentencias y dichos de diversos sabios*, de Alfonso de Valera (Venecia), y la *Tragicomedia de Calixto y Melibea* (Venecia); de 1555, el *Cuaderno de Cortes*, de Medina del Campo, con la *Glosa sobre las leyes de Toro*, de Miguel de Cifuentes (Medina del Campo), y el *Libro de las costumbres de todas las gentes*, del licenciado Thámara (Amberes); de 1559, el *Tractado del juego*, de fray Francisco

de Alcocer (Salamanca); de 1563, la *Teoría y práctica de las virtudes*, de D. Francisco de Castilla (Alcalá de Henares), y las *Cosas que han pasado en Italia desde el año 1521 hasta el año 1530*, del maestro Bernardo Pérez (Valencia); de 1565, las *Vidas de los dos emperadores Carlos V y Fernando I*, de Alfonso de Valera (Venecia); de 1569, el Monardes *De las cosas que traen de las Indias que sirven al uso de la medicina* (Sevilla); de 1571, la *Primera y segunda parte de la Historia del Perú*, de Diego Fernández (Sevilla); de 1572, el *Cancionero*, de George de Montemayor (Alcalá); de 1573, la *Primera parte de la descripción del África*, del veedor Luis del Mármol (Granada); de 1574, la *Visita de la cárcel y de los presos*, del doctor Thomas Cerdán de Tallada (Valencia); de 1575, el *Fuero de Vizcaya* (Medina del Campo); de 1576, la *Chronografía*, de Hieronimo de Chaves (Sevilla) y la *Selva de aventuras*, de Hieronimo Contreras (Alcalá); de 1578, el *Tratado de las drogas y medicinas de las Indias orientales*, de Christoual Acosta, africano (Burgos); de 1580, el *Diálogo en loor de las mujeres*, de Juan Spinosa (Milán); de 1582, el *Libro de la montería*, de Gonzalo Argote de Molina (Sevilla); de 1583, la traducción del *Orlando furioso*, de Ludovico Ariosto, por D. Hieronimo de Urrea (Bilbao); de 1585, la *Carolea*; de 1586, la *Primera parte de las lágrimas de Angélica*, de Luis Barahona de Soto (Granada); de 1588, la *Nobleza de Andalucía* (Sevilla); de 1589, la *Suma*, de fray Luis de Granada (Alcalá) y el *Oficio de sastre y su conocimiento de geometría*, de Juan de Alcázar (Madrid); de 1591, la *Chronica del Illustrissimo Senyor En Gaston de Moncada, Capitan General del Reyno de Sardenya* (Caller); de 1594, el *Vergel de plantas divinas*, del P. fray Arcángel Alarcón (Barcelona), y tántos y tántos libros de igual y mayor rareza, de fechas de la imprenta del primer siglo en España, y de los cuales los citados no son más que una ligera muestra.

Los poetas, que engrandecen nuestro Parnaso nacional, principalmente desde los comienzos del siglo XVI; los novelistas, cuya síntesis se personifica en Cervantes, pero así anterio-

res como posteriores á Cervantes; los dramaturgos, que se personifican en Lope de Vega, el fundador del teatro español, pero anteriores y posteriores á Lope de Vega; todos tenían en aquella biblioteca su lugar de predilección en las ediciones más originales de sus obras, que en algunos se repetían una y varias veces con la misma estimación; del *Quijote* Cánovas poseía diez y siete ediciones de las más apreciadas; una la segunda de Juan de la Cuesta, de 1605, y la primera de la segunda parte, de 1615; otra la tercera de Juan de la Cuesta, de 1608, completada con la de 1615, también en su segunda parte. Venían en pos la de Bruselas, de 1616-17; otra de Madrid, de 1674; la de Amberes, de 1697; otra holandesa de 1746; la de Pellicer, de 1797-98; la de la Real Academia Española, de 1819; las de París, de Didot, de 1827 y 1832; la de Argamasilla de Alba, de 1863; la de Cádiz, de León Máinez, de 1877-78; la traducción portuguesa del Vizconde de Benalcanfor, de 1878; una de Palencia, de 1884, y otra de Clemencín, de 1894. De las *Novelas ejemplares* tenía la edición de Pamplona, de 1615; de la *Persiles y Sigismunda*, la primera edición de Juan de la Cuesta, de 1617, y de *La Galatea*, la de Barcelona, de 1618. De Lope de Vega tenía también muchas ediciones primeras: el *Isidro*, de 1599; la *Hermosura de Angélica*, de 1602; de *El peregrino en su patria*, la de Bruselas, de 1618; las *Rimas sacras*, de 1619; las *Rimas y el arte de hacer comedias*, de 1609; la *Jerusalem conquistada*, la primera de Juan de la Cuesta, de 1609 también; los *Pastores de Belén*, la edición de Lérida de 1613; la *Justa poética*, de 1620; la *Corona trágica*, de 1627; el *Laurel de Apolo*, de 1620, y así otras muchas, casi todas: *Filomena* (1621), *La Circe* (1624), *Arcadia* (1599), *Soliloquios* (1627), etcétera, etc.

Puede decirse que en su biblioteca, aun sin ser la biblioteca de un simple literato, ni de un simple bibliófilo, Cánovas había llegado á reunir las joyas más valiosas de nuestras obras de imaginación, principalmente de aquel ciclo de los Asturias que determinó la suprema cúspide de nuestra cultura nacio-

nal. No puede menos de preguntarse el que la examine: ¿por qué y para qué? Pero cuando registrando la parte de la producción intelectual contemporánea, que también acopió codiciosamente, sobre todo en cuanto tenía relación con la inmensa enciclopedia de un hombre cuya posición le llamaba á la suprema dirección de un orden social en medio de una época crítica, ya de empeñadas luchas, ya de empeñada resurrección, al lado de todos los tesoros de nuestra antigua literatura, no sólo se encuentran los clásicos modernos de todos los idiomas de Europa, sino hasta un número extraordinario de producciones de esa literatura frívola y ligera que de la novela se ampara, y allí se hallan á Víctor Hugo y á Lamartine, á Paul de Kock y á Teófilo Gautier, á los hermanos Goncourt y á Enrique Heine, á Arsenio Housaye y á Ernesto Legouvé, á Guy de Maupassant y á Catulo Mendes, á Alfredo Musset y á Jules Landeau, á Walter Scott, á Edgar Poe, á los Dumas padre é hijo y á Balzac, y, últimamente, á Zola, al conde León Tolstoy, al dramaturgo Henrik Ibsen y al revolucionario Kropotkin, entre Gachard y Zeller, Hegel y Kravar, Almeida Garret y Theofilo Braga, y todos los economistas de todas las escuelas y todos los tratadistas de todas las direcciones del derecho y todos los sociólogos que por todas partes llevan ó las teas de la revolución ó las palancas de la evolución, hay que convencerse de que todo este estudio se hace también necesario al hombre de Estado, pues nada como la novela influye tanto en la evolución moral de las ideas en el gran piélago del mundo social. Aunque sólo se considerasen las riquezas de nuestra vieja literatura que se complacía en coleccionar bajo el punto de vista del arte, ¿qué menos puede embellecer un espíritu ó un hogar la exposición de los grandes dioses de nuestro Parnaso que el cuadro debido á un renombrado pincel, la escultura de un cincel acabado y el objeto de cerámica ó de orfebrería adorno de las vitrinas encantadoras? En el *Catálogo* de la biblioteca de Cánovas yo no dejo de pasar y repasar nombres y obras para mí sublimes. Aquí hallo la *Ulisea*, de Homero,

traducida por el secretario de Carlos V, Gonzalo Pérez, y publicada en Amberes en 1556; más allá la *Propaladia*, de Bartolomé Torres Naharro, edición de 1550; en otro lado el *Sarao de amor* (Valencia, 1501) ó el poema de D. Luis de Zapata *Carlo famoso*, también de Valencia y de 1566. Al lado de la edición de Amberes de 1563, del *Cancionero general*, los *Siete libros de la Diana de George de Montemayor*, publicada en Lisboa en 1575; con el poema de Gerónimo de Corte Real, *La felicísima victoria del Sr. D. Juan de Austria en el golfo de Lepanto*, también de Lisboa de 1578. La *Conquista de Africa*, de Diego de Fuentes, de Amberes, de 1570, y la *Dolería del sueño del mundo*, de Hurtado de la Vera, de 1572. De las *Obras* de Garcilaso hay muchas ediciones: la de Salamanca, de 1577, y la de Sevilla, anotada por Hernando de Herrera, de 1580; de Juan de la Cueva el *Corofebeo*, y sus *Obras*, las dos impresas en Sevilla, ésta en 1582 y aquélla en 1588. *La Austriada*, de Juan Rufo Gutiérrez (Alcalá, 1586), juega con el *Cancionero*, de López Maldonado (Madrid, 1586), y con las *Obras* de Gregorio Silvestre (Granada, 1582). De 1591 están allí *Las lusiadas*, de Camoens, traducidas al castellano (Madrid), con los *Problemas morales*, de D. Juan de Orozco y Covarrubias (Segovia); de 1594, el poema del capitán Cristóbal de Mesa *Las Navas de Tolosa* (Madrid), con la *La enamorada Elisea*, de Jerónimo de Covarrubias (Valladolid), y de 1598, las *Obras* de Cristóbal de Castillejo (Amberes). Todo el siglo XVII es de una enorme y brillantísima producción literaria en castellano. Registremos muy someramente algunos de sus libros que nos salen al paso en la biblioteca de Cánovas, ¡ya deshecha! Gabriel Lasso de la Vega nos presenta, impreso en Zaragoza en 1601, el *Elogio de los tres famosos varones D. Jaime de Aragón, don Fernando Cortés y D. Álvaro de Bazán*. De la imprenta plantiniana, y de 1603, es el *Examen de ingenios*, de Juan Huarte; el poema *El Pelayo*, de Alonso Pérez Pinciano, de 1605 y de Madrid. Del mismo año, mas de las prensas de Valladolid, son las *Flores de poetas ilustres*, del antequerano Pedro de Espi-

nosa, y de 1605, y de Zaragoza, los *Discursos, epístolas y epigramas de Artemidoro*, el capitán Micer Andrés Rey de Arteida. Este *Origen de la lengua castellana*, del doctor Bernardo de Alderete, se imprimió en Roma en 1606; en Madrid, en 1608, aquella *Selva de Erafile*, del obispo Bernardo de Balbuena; en 1609, y en Barcelona, los *Diálogos de apacible entretenimiento*, de Gaspar Lucas Hidalgo, y en Valencia, y en 1610, la *Expulsión de los moros de España*, de Gaspar de Aguilar. En aquella biblioteca se registraba el *Alfonso Africano*, de Vasco Mausinho de Quevedo (Lisboa, 1611), y los *Hechos de D. García Hurtado de Mendoza, Marqués de Cañete*, de Cristóbal Suárez de Figueroa (Madrid, 1613); el *Romancero general*, de Pedro de Flores (Madrid, 1614), y las *Clavellinas de recreación*, de Ambrosio de Salazar (Rouen, 1614); la *Mosquea*, de José de Villaviciosa (Cuenca, 1615), y las *Varias rimas y poemas*, de Diego Bernáldez (Lisboa, 1616), con la *Comedia eufrosina*, de Juan Espera en Deus, de Lisboa y de 1616 también; el *Nuevo jardín de flores divinas*, de Alonso de Bonilla (Baeza, 1617), y *Las Eróticas*, de Esteban Manuel de Villegas (Nájera, 1618); el *Escudero Marcos de Obregón*, de Vicente Espinel, de la edición de Barcelona de 1618 también, y los *Pastores de Sierra Bermeja*, de su sobrino Jacinto Espinel Adorno (Madrid, 1621); *La España libertada*, de D.ª Bernarda Ferreira de la Cerda (Lisboa, 1618), y los *Versos*, de Fernando de Herrera (Sevilla, 1619); *El desengaño de Amor*, de Pedro Soto de Rojas (Madrid, 1623), y *La estafeta del dios Momo* (Madrid, 1627), y todas las demás obras de Jerónimo Alonso de Salas Barbadillo; la *Heroida Ovidiana*, de Sebastián de Alvarado y Alvear (Burdeos, 1628), y *La Cynthia de Aranjuez*, del licenciado Gabriel del Corral (Madrid, 1629); las *Obras poéticas*, de D. Sebastián Francisco de Medrano (Milán, 1631), y el *Anfiteatro de Felipe IV el grande*, de Pellicer de Tovar, del mismo año, é impreso en Madrid; el *Fernando ó Sevilla conquistada*, del Conde de la Roca (Milán, 1632), y las *Rimas*, de Lupercio y de Bartolomé Leonardo de Argensola (Zaragoza, 1634), las *Rimas* de

Gerónimo de Porras (Antequera, 1639), y el *Para algunos*, de Matías de los Reyes (Madrid, 1640); *El Diablo Cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara (Madrid, 1641), y *Los cigarrales de Toledo*, de Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina) (Madrid, 1630); las *Rimas varias*, de Francisco Botelho de Moraes (Rouen, 1646), y las *Obras*, del Príncipe de Squilache, D. Francisco de Borja (Madrid, 1648); *Los cristales de Helicona*, de Salcedo Coronel (Madrid, 1650), y las *Soledades*, de D. Luis de Góngora, comentadas por el mismo Salcedo (Madrid, 1653); *Las auroras de Diana*, de D. Pedro de Castro y Añaya (Coimbra, 1654), las *Poesías*, de Paulo González de Andrada (Coimbra, 1658), y el *Jardín de Apolo*, de Francisco de Francia y Acosta (Coimbra, 1658); los *Ocios de Castalia*, de D. Juan de Ovando Santarem (Málaga, 1663), y las *Obras poéticas*, de D. Francisco Manuel de Melo (León de Francia, 1665); el *Coro de las Musas*, del capitán Miguel de Barrios (Bruselas, 1672), y las *Obras*, de la poetisa mejicana Sor Juana Inés de la Cruz (Zaragoza, 1692). ¿A qué prolongar indefinidamente esta ya larga nómina? Estas y muchísimas más eran las flores de recreación de la biblioteca de Cánovas, á pesar de su severo carácter de biblioteca de estadista.

Paso de largo en este manojo sobre aquellos libros tan buscados y rebuscados por los coleccionistas de especialidades bibliográficas, como el *Tratado de caballería de la jineta*, del capitán Pedro de Aguilar (Málaga, 1600); como el *Resumen de la verdadera destreza en el manejo de la espada*, de D. Gómez Arias de Porras (Salamanca, sin año); como el *Origen y dignidad de la caza*, del ballestero Juan Mateos (Madrid, 1634); como el *Discurso sobre el uso de los coches*, de Luis Brochero (Sevilla, 1626); como el *Memorial en detestación de los grandes abusos en los trajes y adornos nuevamente introducidos en España*, de Alonso Carranza (Madrid, 1636); como la *Geometría y trazas pertenecientes al oficio de sastre*, de Martín de Andújar (Madrid, 1640), ó como el *Diálogo de la pintura*, de Vicente Carducho (Madrid, 1633). En uno de estos grupos, opulen-

tos en ejemplares varios y preciosos, como todo el contenido de la biblioteca en sí, aparecen los libros de materias militares, y éstos sí que correspondían de lleno en lleno al espíritu y á las ideas de su fundador. Como estadista Cánovas, uno de los estudios á que se consagró con más fe en el curso de su vida fué al de las condiciones morales y técnicas del soldado español. No le bastaba que estas cualidades se hicieran patentes en las relaciones monográficas ó en las historias generales en que se describían las grandes empresas y las grandes batallas en que durante toda su larga historia se desarrolla en el mundo la acción militar de España. Era preciso que con los dogmas científicos y los decálogos prácticos de la guerra, los que, después de haberlos mandado y conocido inmediatamente, escribieron sobre el conjunto del arte militar en general y sobre las cualidades del soldado español en particular, ilustraran la opinión de los estudiosos sobre semejantes materias. En todos los escritos de Cánovas dejó conocer la importancia que daba á esta parte tan importante de nuestra constitución nacional, y el cuerpo de libros que reunió para la utilidad de estos estudios constituía una de las secciones más interesantes de su copiosa colección bibliográfica. El *Libro de justas*, impreso en Valencia en 1493, era de los primeros que se consideraban en ella como la base de todos los demás. Venía después el de la *Batalla de dos*, que lleva la fecha de 1542, y salió de las prensas de Sevilla, aunque de 1536 era el *Tractatus de re militare*, que era una de las joyas de la antigüedad sobre la materia. Mosén Diego de Valera, el cronista de la Reina Católica, venía después con sus *Diversas fazañas* y su *Tractado de los rieptos y desafíos*, y á seguida el eminente jurista y doctor Palacios Rubios con su *Tractado del esfuerzo bélico heroico* y con su *Tractado del duelo*, impreso en 1525, Villasante.

El primer libro formal en esta biblioteca que ya entra en el rango de la ciencia y del arte moderno militar es el *Diálogo de la verdadera honra militar*, de D. Hierónimo de Urrea, editado en Venecia en 1566. De ciencia militar es también la

Phylosophia y destreza de las armas, que Jerónimo Carranza publicó en Sanlúcar de Barrameda en 1569. Esta ciencia se dilata en el que el capitán Jerónimo de Contreras dió á conocer en Zaragoza en 1572 con el título de *Dechado de varios subjectos*, y con el del coronel Francisco Verdugo de sus *Comentarios de la guerra de Frisia*, con los cuales el arte avanza en la crítica y en la preceptiva, que el maestre de campo don Sancho de Londoño hizo más prácticos en su *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar á mejor y más antiguo estado*, libro que se imprimió en Bruselas en 1589. Con todo, aunque de 1590 es el libro de *El perfecto capitán y nueva ciencia de artillería*, impreso en Madrid por D. Diego de Alava y Beaumont, la biblioteca poseía la obra del capitán Marcos de Isaba *Cuerpo enfermo de la milicia española*, publicada también en Madrid en 1594, al cual Cánovas en todos sus estudios, y principalmente en su *Bosquejo histórico de la casa de Austria*, atribuyó una especial importancia. Desde esta fecha informaba siempre la brillantez de sus estudios histórico-militares la autoridad del capitán Martín de Eguiluz en su libro *Milicia, discursos y regla militar* (Amberes, 1595); los *Diálogos de arte militar*, de Bernardino de Escalante (Bruselas, 1595); la *Teórica y práctica de fortificación*, del capitán Cristóbal de Rojas (Bruselas, 1598), y el *Examen de fortificación*, de D. Diego González de Medina Barba, edición de Madrid de 1599. La miscelánea de obras militares que juntó desde esta época tiene singular importancia, y aunque aquí no se pueda hacer un catálogo de toda su bibliografía militar, apuntaremos, sin embargo, como obras de técnica, el *Discurso sobre la carrera de la lanza*, del hidalgo montañés D. Diego Silvestre (Nápoles, 1602); el *Discurso en que se trata del cargo de maestre de campo general y de todo lo que en derecho le toca al ejército*, del capitán Cristóbal Lechuga (Milán, 1603); el *Discurso* en que el mismo autor trata de *la artillería* (Milán, 1611); los *Preceptos militares: orden y formación de escuadrones*, del capitán D. Miguel Pérez de Exea (Madrid, 1632); el *Destierro de*

ignorancias de todo género de soldados de infantería, del capitán Antonio Gallo (Madrid, 1639); la traducción del *Gobierno de la caballería ligera*, del conde Jorge Barta, hecha por el capitán Pedro Pardo de Rivadeneyra é impresa en Madrid en 1641; el *Arte militar deducido de sus principios fundamentales*, de D. Carlos Bonieres (Zaragoza, 1644); del mismo año y lugar de impresión, el *Tratado de escuadrones*, del capitán y sargento mayor D. Miguel Lorente y Bravo; el tratado de las *Levas de gente de guerra y su empleo en todas las facciones militares*, del capitán de corazas españolas D. Diego Henríquez de Villegas (Madrid, 1647), el mismo que en 1651 dió también á la estampa en Madrid su *Academia de fortificación de plazas y modo de fortificar una plaza real;* el *Perfecto artillero teórico y práctico*, de Julio César Ferrufino (Madrid, 1648); las *Prendas del soldado magnánimo*, del conde de Torrejón, D. Alvaro Pizarro de Carvajal (Toledo, 1649); la *Arquitectura militar y fortificación moderna*, del capitán Manuel Fernández de Villarreal (París, 1649); el *Tratado militar, en el cual se enseña cómo se deben formar cinco fortísimos escuadrones*, del capitán Juan de Medina (Milán, 1650); el *Epítome de fortificación*, del teniente de maestre de campo D. Alonso de Zepeda y Adrada (Bruselas, 1669); los *Rudimentos geométricos militares*, de D. Sebastián Fernández de Medrano (Bruselas, 1677), y la *Política y mecánica militar para sargento mayor de tercio*, del maestre de campo D. Francisco Dávila Orejón y Gastón (Bruselas, 1684), con quien puede cerrarse todo el gran ciclo teórico militar de España del siglo de los Austrias.

Sin que pueda colegirse por estas nóminas escuetas de libros, cuya importancia se revela por los nombres que los autorizan y por las materias que entrañan, que aquí queda hecha una puntual descripción de la biblioteca que acaba de dispersarse, porque es imposible entresacar á la ligera todo lo de gran valor y mérito que atesoraba aquel arsenal ya perdido de treinta mil volúmenes, basta con lo expuesto, sin embargo, para poder formar una idea de la condición del hombre que la

creó y fomentó día por día durante cerca de medio siglo, haciendo reflejar en ella el sentido ético y científico con que la organizó. No es costumbre entre nosotros, sobre todo desde que prevalece el sistema representativo y los Gobiernos y los partidos se forman por las indicaciones de la opinión, que los que consagran su vida desde la primera edad á la carrera política, en la que se hallan los supremos puestos directivos del poder, fortalezcan sus ideas, sus pensamientos y sus mismos planes de ejecución con esta labor asidua que exige el acopio, la valoración y la lectura de los libros en cuyas páginas están las altas inspiraciones de todo acierto en misión de tanta trascendencia y responsabilidad. Desgraciadamente, los estadistas que, como Cánovas, todo lo sacrificaron á la tenaz deliberación de dotar las capacidades de que estaba adornado por la Naturaleza, del auxilio de estas fuerzas poderosas que da el conocimiento profundo de cada una de las materias que debe dominar el que ha de imprimir dirección á las cosas menudas del día y á los arduos problemas que llegan hasta la posteridad, son en nuestro país tan contados en número, que cuando una individualidad llega á distinguirse por estos caracteres, puede formar en torno de sí una leyenda, como la leyenda de Cánovas y su biblioteca prosperó entre sus contemporáneos y traspasará los horizontes del porvenir. Y hay razón para que esa leyenda se sostenga como una realidad efectiva. Aquellos treinta mil volúmenes que la constancia de cincuenta años llegó á atesorar, no eran la biblioteca del coleccionador sistemático que acopia y acopia libros, ó por la satisfacción de poseer más que ningún otro, ó por la de recrearse en tener los que por su rareza no son accesibles á todos. Pero una biblioteca exclusivamente formada para la ilustración continua de toda la vasta materia que constituye prácticamente la incesante atención y labor de un hombre de Estado, es un hecho que aunque debiera ser común á los que, como Cánovas, dedican toda su vida á este objeto, no sienten como él la necesidad de hallarse intruído profundamente en todo, sin tener que acudir á las inspira-

ciones improvisadas del genio ó del acaso. Uno de sus herederos y de mis mejores amigos ha tenido la bondad de regalarme uno de los libros de aquella biblioteca. ¿Qué lo constituye? Una colección de *Manifiestos á la Nación* desde el de 27 de Mayo de 1834 para la elección de los procuradores á Cortes, cuando Martínez de la Rosa fundó el régimen del Estatuto Real, hasta el que el 9 de Enero de 1876 firmaron todas las representaciones del partido que acababa de hacer la Restauración, invitando á todos los demás partidos á la colaboración de la legalidad común, por medio de una Constitución definitiva, que ha sido el principio de la feliz concordia que existe, tras un siglo de acalorados odios y exclusivismos políticos, en el régimen que han simbolizado ó simbolizan Alfonso XII, la regencia de Doña María Cristina y Alfonso XIII. Es una colección de setenta y nueve documentos, todos originales. Como estos *Manifiestos*, en la biblioteca de Cánovas se hallaban coleccionados todos los documentos que eran propios de la eminencia del poder que por tanto tiempo y con tan ópimos frutos para la paz de la patria y la consolidación de las instituciones ejerció. Este solo hecho bastaría para caracterizar al hombre por sus libros. Mas hay que decirlo sin rebozo: los que no se instruyen como Cánovas en las ciencias de la patria, no pueden aspirar á los aciertos de gobierno que él alcanzó. Por eso, en problemas que han acabado de empequeñecernos, España ha sufrido tantos últimos infortunios. ¡Dios quiera que en los que restan prevalezcan otros aciertos!

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN

MEMORIAS DE UN HUÉRFANO

CUARTA PARTE

La edad madura.

El señor Chamblay permaneció inquebrantable en su resolución. El día de nuestra boda nos acompañó á la alcaldía y á la iglesia; después nos dejó, y ni los ruegos ni súplicas de Clara, ni mis vivas instancias, pudieron determinarle á entrar en nuestra casa.

—No, no—dijo con fría causticidad:—sois ambos para mí demasiado listos y expeditivos. En un instante, mientras que yo dormitaba bajo la custodia de la vigilante Betsy, arreglasteis vuestros asuntos con singular presteza. A mi edad no se las arregla uno tan de prisa. Y ya veis, todo ha terminado. Yo no quiero ya nada, absolutamente nada que se parezca, por poco que sea, á un lazo ó á un afecto; no quiero ya ocuparme de nadie, y deseo que nadie se ocupe de mí. Adiós. No os creáis obligados á venir á verme ni á enteraros de lo que es de mí. Sería trabajo perdido. Os he entregado mis cuentas de tutela y el dinero que os pertenece. Nada, por lo tanto, tenéis ya que pedirme. Adiós.

Al decir estas palabras, nos hizo un ligero saludo con la mano y se fué.

Clara se quedó en la puerta de la iglesia con el corazón afli-

gido por esta última escena, y siguió tristemente con la mirada á su tío, que se alejó sin volver ni una sola vez la cabeza.

—Tranquilízate—le dije estrechándole una mano;—llegará un día en que, con la ayuda de Dios, le convenceremos.

Con una de sus dulces miradas me dió ella las gracias por la esperanza que trataba de infundirle, y se acercó á nuestros invitados, quienes, al ver que el señor Chamblay nos hablaba con tono un poco brusco, se habían apartado discretamente.

Nuestros invitados eran: Guillermo, su mujer y los padres de ésta. Nuestra boda no era animada y ruidosa como la que ellos celebraron en Bougival. No teníamos ni acompañamiento numeroso, ni baile, ni música. Nos casábamos como dos huérfanos. Pero aquellas buenas gentes se sentaban de buen grado á nuestra mesa, y parecían muy satisfechos de nuestra acogida.

Después del almuerzo, Guillermo se asomó á un balcón para fumar libremente su pipa, y me llamó á su lado. Deseaba también hablar libremente conmigo. Me expresó con solícita cordialidad la alegría que sentía por mi matrimonio, y luego añadió que mi felicidad me imponía grandes deberes.

En la mañana de aquel mismo día solemne recibí una carta, en la que análogos testimonios de simpatía se unían á semejantes consejos: una carta del señor Layronnet, á quien escribí rogándole que asistiera á mi boda.

«Los niños—me decía—tienen, como las mujeres, una facultad de presentimientos que parece de adivinación, sin duda porque sus órganos más delicados tienen impresiones más sutiles, y porque su espíritu, como es más puro, es, por lo tanto, más luminoso. En la penumbra de mi vejez te consideraba aún como un niño cuando marchaste á París. Lamentaba no haberte podido retener, y temblaba al pensar en los peligros de toda especie á los que estabas expuesto en esa ciudad; sin embargo, fuiste á ella resueltamente; tenías como una vaga previsión de la felicidad que te esperaba. Bien hubiera querido

asistir á tu boda. Si se hubiese celebrado hace tres semanas, me habría puesto inmediatamente en camino, y á fe que creo que lo mismo en la mesa que en el baile, con mi pelo blanco y todo, no hubiera sido uno de los invitados menos alegres. Pero ahora no hay que pensar en festines ni en bailoteos. Estoy condenado á régimen y clavado en una butaca á causa de la gota. Mi hermana, con sus neuralgias, no está más animosa que yo. Aquí nos tienes dedicados á cuidarnos como dos pobres viejos, y á consolarnos uno á otro. Lo que más me apura es el no poder salir. En estos hermosos días de verano, me parece que los bosques, las viñas, las ondas de nuestro río y de nuestras cascadas, la golondrina que revolotea en torno del viejo Monstier, la abeja que zumba en el jardín, el lagarto que se calienta al sol, el insecto que trepa por una hierbecilla, me llaman de afuera, y envidio la suerte del pastorcillo que de la mañana á la noche pasea su ganado por las colinas. Cuando llegue mi última hora, no me será difícil despedirme de muchas cosas; pero lo que es triste es el adiós de esos bellos y grandes escenarios que no se cansa uno de contemplar.

»Y ahora, amigo mío, permíteme que hable de ti. *Cada edad tiene sus placeres*, y el placer de los viejos es considerarse como pilotos que conocen los pasos difíciles, los escollos, las rompientes, los bancos de arena peligrosos, y experimentan cierto orgullo en mostrar su ciencia á los jóvenes pilotos. Tú sabes más que yo en muchas cosas; pero como he vivido más tiempo que tú, creo realizar un acto de buena amistad al darte algunos consejos.

»Te ves rico, hijo mío, y lo que es más raro, te ves dichoso. La felicidad puede cegarnos, y la fortuna es un instrumento bastante peligroso. Tal como te conozco, juraría que no te harás avaro. ¡Ah! ¡qué miserable es el avaro! ¿No es una de las cosas más tristes que se puedan ver en este mundo?

»Pero si no se es avaro, tampoco hay que ser pródigo. Por la pendiente de la felicidad se puede uno dejar arrastrar mucho más de lo que se quisiera. De impulso en impulso, de caída en

caída, se puede llegar á comprometer la independencia, á perder el reposo, á arriesgar la dignidad y el honor.

»La fortuna no se le concede á uno para sepultarla en una cueva ó dispersarla locamente, según los vanos caprichos. La fortuna no es dón gratuito; es un depósito que la Providencia nos ha confiado. Debemos usar de él sabiamente; debemos merecer el bienestar que nos procura empleándola en hacer el bien, y con esto experimentaremos además otras nobles satisfacciones.

»Adiós, amigo mío; disfruta de tu felicidad pensando en tu digna abuela, que tanto hubiera gozado al ver cumplidos los votos que por ti hacía. Ten la bondad de ofrecer mis respetos á tu mujer, y dile, si es posible, algo bueno de mí, para que cuando la traigas por aquí no se asuste al ver el viejo enfermo de la linda aldea de Monthier.»

Leí esta carta á Clara, que la gustó mucho.

—¡Ah!—dijo,—los cariñosos sentimientos que inspira el prójimo hacen olvidar las propias penas; mediante esta efusión de bondad se mantiene la vida del corazón. ¡Qué dulce es la voluntad de Dios que nos ordena amar! El cumplimiento de esta ley es para nosotros una bendición. ¡Qué desgraciado es mi pobre tío!... Pero espero, como tú, que le convertiremos.

***

Clara y yo nos prometimos seguir los cuerdos consejos de nuestro venerable amigo, y ella no podía faltar á ninguno de sus compromisos. Yo fuí el que delinquí. Yo fuí el cegado por la fortuna y el engañado por locas fantasías.

Al cavar en el suelo á cierta profundidad, el jardinero descubre á veces simientes de plantas cuya existencia ignoraba, y que germinan y se desarrollan por la acción del aire y de la luz, de los que hasta entonces estuvieron privados. Así se manifestaron en mí gérmenes de ideas de lujo, de las que no había tenido sino de vez en cuando un ligero indicio.

Cuando el señor Chamblay me entregó la dote de Clara,

creí tener en mis manos un tesoro inagotable, y no lo tomé para enterrarlo, para sustraerlo á todas las miradas. No; como el señor Layronnet lo había muy bien adivinado, yo no había de ser avaro, sino pródigo.

En el deslumbramiento de mi imaginación, en mi ignorancia de las cosas reales de la vida, empecé por alquilar el primer piso de una gran casa del muelle Voltaire, y encargué, sin discutir el precio, un mobiliario completo. Es para Clara, me dije, y para ella no hay nada demasiado bueno. Para ella también organicé excursiones al campo y partidas de espectáculo; para ella iba á las tiendas de moda, y traía en triunfo ya un encaje, ya una sortija, un camafeo, un cofrecillo. Tampoco ella conocía el valor del dinero, y se reía como una niña de lo que llamaba mis locuras, sin sospechar el desastre al que puede uno ser arrastrado por estas inocentes locuras.

Poco á poco fuí realizando otras compras, no ya solamente para Clara, sino para mí: un libro de lujo, bronces antiguos, grabados y cuadros. Después de haber estado durante tanto tiempo penosamente sometido á un régimen de economías, experimentaba á cada instante en mi nueva existencia algunos nuevos deseos, como el viajero que después de haber caminado por senderos solitarios al través de una región árida, llega á una alegre y fértil comarca.

El verdaderamente rico es el que conserva una justa moderación en sus gastos. El pobre es el que se abandona sin restricción á sus caprichos. Nuestros deseos se multiplican con la facilidad que encontramos en realizarlos. A los gustos serios suceden pronto los caprichos frívolos, y así es como viene la ruina ó se cae en el morboso tedio de la saciedad.

Al vanidoso placer de amueblar lujosamente mi casa, no tardé en querer unir el de enseñarla. ¡Ah! Nuestra frágil naturaleza humana está expuesta á toda suerte de embriagueces, y yo, el tímido huérfano de la Doye, el discreto colegial de Besanzon, tuve la embriaguez del dinero. Tuve visitantes solícitos, convidados obsequiosos, cortesanos y lisonjeros que

parecían atraídos hacia mí por una irresistible simpatía, y que un día partieron á la vez como una bandada de pájaros sorprendidos y asustados en la calma de su retiro por un disparo de fusil.

No quiero inscribir sus nombres en estas notas, ni quejarme de su huída un tanto precipitada. ¿Para qué había de acusarles? No me debían nada más de lo que me concedieron. Yo era cortés con ellos, y ellos se mostraban muy complacientes conmigo. Les daba liberalmente de comer, y me alababan liberalmente también; prestábales á veces algunos servicios, y me daban las gracias de la manera más cordial. Si me dijeron demasiado que mis bocetos revelaban un gran talento y mis conversaciones una rara instrucción, fué porque mi vanidad les animaba á ello; si á veces pensé que podía creer en su amistad, fué por mi culpa: hubiera debido saber que la amistad, esa noble flor de los sentimientos generosos y depurados, no puede nacer de ligeras relaciones formadas por casualidad, mantenidas por el amor propio y por un deseo de distracción.

En realidad, mis visitantes eran alegres y buenos muchachos á quienes mi casa agradaba, y que, sin duda, no hubiesen dejado de visitarla de no haber ésta sufrido un repentino trastorno.

Entre aquéllos debo anotar á Aquiles de Vernois. No le había vuelto á ver desde la noche en que le anuncié la inutilidad de sus tentativas matrimoniales en casa del señor Chamblay. Un día me encontró dando yo el brazo á Clara. Se puso el monoclo, miró atentamente y nos saludó. Al día siguiente se presentó en mi casa con su desenvoltura habitual.

—Confieso—dijo—mi error: estaba enojado con usted, creyendo que me había hecho traición. Hubiera debido advertir que Clara no sentía ninguna inclinación por mí, y sí por usted. Ahora estoy consolado. La idea de casarme con esa amable joven me sonreía bastante... Pequeña boda, sin embargo... relativamente con mi situación. La señora Schlanglenglatt me prepara una que será mucho más ventajosa. Así, pues,

amigo Max, ya ve usted que todo va bien, en el mejor de los mundos posibles, como dijo el doctor Pangloss.

Y diciendo esto, me tendió la mano. Le dí la mía, y por vanidad, para que viera mi vajilla, le invité á comer. Aceptó.

—¿Y el señor Chamblay?—le pregunté.—¿Sigue usted yendo á su casa?

—No me hable usted del señor Chamblay—me contestó.—Está más sombrío y más misántropo que nunca. La última vez que le vi me anunció que, para no dejar ninguna esperanza de herencia á su sobrina, iba á realizar toda su fortuna. Añadió que pensaba emplearla estableciendo premios para los escritores que en disertaciones históricas ó comedias presenten el mejor cuadro de los crímenes, de los vicios ó, cuando menos, de las ridiculeces de la sociedad. ¿Qué hacer con un hombre que tiene semejantes ideas? Decididamente, está loco. No volveré á verle.

—Es un desgraciado. Su sobrina iría á verle muy gustosa si no le hubiera cerrado la puerta de su casa. Mi mujer espera que cambiará. Pero ¿cómo un hombre al que recuerdo haber visto en la Doye tan vivo, tan animado y un poco cáustico, ha caído en semejante marasmo? He aquí lo que no puedo comprender.

—Sueños de ambición frustrados y, si estoy bien informado, una decepción amorosa en una edad en la que estas decepciones son tanto más crueles, cuanto que no se puede volver á empezar á amar. Miss Betsy, que, entre paréntesis, y no se enoje, le detestaba á usted y me protegía, me contó que á los cincuenta años el señor Chamblay se apasionó de una mujer, con la que contaba casarse, y que le arrebató uno de sus amigos íntimos. ¡Ah, las mujeres, amigo mío! las mujeres son unos diabólicos angelillos, á los que no se puede por menos de cortejar, pero entre cuyas finas redes no hay que dejarse enredar. Yo las adoro y las domino. He aquí lo razonable; ahora mismo voy á visitar á una linda paloma que no se atre-

vería á dar un paso sin mi permiso... Hasta luego, amigo mío. ¿A qué hora come usted?

—A las seis y media.

—Muy buena hora... Lo que he visto de su casa me parece bastante bien puesto. Sin embargo, algunos menos libros en esa mesa y un poco más de dorado en los cuadros estaría mejor. Mire usted: no hay que hacer caso de la hipocresía de ciertas gentes que, para consolarse de su penuria, afirman en tono sentencioso que las personas distinguidas se señalan por su sencillez. Yo entiendo, por el contrario, que el oro es el primer signo de distinción. Los ingleses, que son esencialmente prácticos, tienen el mismo sentimiento. Cuando enumeran la cifra de una fortuna, no dicen, como nosotros: «Ese hombre tiene un millón», lo que no implica ninguna idea filosófica; dicen: «Ese hombre vale un millón» (1), lo que es mucho más significativo. Tengamos presente esta expresión, y procuremos valer muchos millones.

Clara recibió á su antiguo pretendiente con la serena afabilidad y la graciosa dignidad que imponían respeto á cuantos la veían. A partir de entonces, el señor de Vernois me favoreció frecuentemente con sus visitas. Muy ridículo me parecía por su fatuidad, y á menudo me impacientaban sus fanfarronadas; pero, sin embargo, no era malo, después de todo, y varios de los concurrentes á mi casa, al oirle constantemente hablar de los suntuosos salones que frecuentaba, de los grandes negocios en que se ocupaba, le miraban como á un personaje y le demostraban una marcada deferencia. Así es como en el mundo las gentes que no dudan de nada obtienen á menudo, por sus defectos, mayores atenciones que otros por sus buenas cualidades.

También Guillermo vino á verme. Pero se mostró desagradablemente sorprendido ante el lujo de mi instalación, y con

(1) *This man is worth one million*, expresión generalmente usada en Inglaterra y en América.

tono grave, aunque amistoso, me hizo observaciones que me mortificaron un poco, probablemente porque me veía obligado á reconocer lo que tenían de justo.

«Hijos míos—decía á su yerno y á su hija una mujer de talento, una excelente madre,—si alguna vez, lo que Dios no quiera, se suscita entre vosotros algún disentimiento, no os preciéis demasiado el uno ó el otro de tener razón. Acordaos de que únicamente las censuras verdaderas son las que nos hieren. Las otras no producen, ni con mucho, la misma impresión.»

—Querido Max—me dijo Guillermo,—temo que uses algo imprudentemente de tu fortuna. Háblase á menudo de los peligros del dinero. Y sobre todo es muy peligroso el que no es el fruto de un paciente trabajo, el que no ha sido honradamente ganado por nosotros mismos ó para el que no estamos suficientemente preparados y nos llega de repente por un imprevisto acontecimiento. «Se necesitan buenas piernas—dice un proverbio oriental—para soportar un triunfo.» Y es verdad. ¡Cuántos hombres se han visto que, habiendo conservado una firme y noble actitud en la adversidad, experimentan una especie de vértigo por una felicidad súbita, por una fortuna inesperada!

Todo esto era, sin duda, muy justo. Por desgracia, el lenguaje de mis nuevos amigos me había dado ya cierta idea de mi importancia, y me pareció que Guillermo me trataba demasiado como á un pequeño Telémaco.

Algún tiempo después volvió á la hora de comer. Le invité á que se quedase con nosotros, pero débilmente. Precisamente para aquel día había yo organizado una bonita reunión, y de un momento á otro esperaba á mis invitados: un consejero de Estado, un oficial de Estado Mayor, un abogado que acababa de empezar en un ruidoso proceso, dos dibujantes que afirmaban que ni un artista de profesión dibujaba mejor que yo, un periodista que estaba empeñado en que me presentara diputado en las próximas elecciones y me prometía su decidido apo-

yo, un poeta que me dedicaba un tomo de poesías; todo esto joven, vivo, espiritual, brillante. Guillermo no tenía la menor relación con semejante sociedad, y yo comprendía que me sentiría molesto si aceptaba mi tímida invitación. Sí, es preciso que lo confiese con vergüenza: en aquel momento el honrado, el fiel, el laborioso, el excelente Guillermo me parecía vulgar.

¿Qué dirían mis invitados si les presentaba á aquel hombre de manos rudas, no enguantadas; de traje tosco, mal cortado; de modales poco selectos y de lenguaje en general poco florido? Guillermo había visto, al pasar, los preparativos que los criados hacían en el comedor. Era perspicaz, y adivinó lo que yo no quería confesarle; era digno, y le hirió justamente mi actitud. Me dejó, y no me atreví á retenerle. ¡Qué ingrato y qué cobarde fuí! ¡Cuánto daño se puede hacer por debilidad de carácter y por vanidad!

***

¡Tonta vanidad de la fortuna! El capital de 500.000 francos que me había perturbado el cerebro no era, sin embargo, una mina de Potosí ni una vena de oro inagotable. Los tapiceros, los mueblistas y los anticuarios me lo hicieron ver. Comprando á tontas y á locas, con una ligereza de niño, agoté prontamente el dinero contante que el señor Chamblay me entregó con los títulos de rentas de Clara. Compré en seguida, con la misma facilidad, á crédito. No había comerciante que no se apresurase á enviarme lo que le pidiera, y que no pareciera muy honrado con mi confianza. Solamente que yo me olvidaba de la deuda contraída, y aquellos buenos sujetos se acordaban de ella. No tardó en llegarme una primera factura; después, una segunda; luego se presentó un dependiente que deseaba entregarme una tercera, ante el temor—dijo—de que se hubieran perdido las otras dos; á continuación vino otro dependiente ó el dueño mismo, al principio humilde y cortés, en seguida más atrevido y más apremiante, por fin exigente, altivo, grosero. Recordé entonces lo que el señor Layronnet me había dicho: que por la prodigalidad se llegaba á comprome-

ter la independencia, á exponer el honor. Cuando no tenía para vivir sino mi modesto sueldo de 150 francos al mes, nadie tenía que dirigirme la menor reclamación, y los habitantes de mi casa, y los vecinos, y los tenderos del barrio eran muy corteses conmigo. Ya rico, veía á gentes que entraban en mi despacho con el sombrero puesto, pronunciando palabrotas, amenazando con perseguirme judicialmente, y veíame obligado á sufrir sus impertinencias, á calmar su cólera y á pedirles, como una gracia, un nuevo plazo.

Lo que temía sobre todas las cosas era que aquellas humillantes escenas llegasen á oídos de Clara, y estaba obligado á guardar con ella un secreto, á disimular, y á menudo, ¡oh vergüenza!, hasta mentir.

¡Pobre niña! ¡Qué confianza tenía en mí! ¡Qué encanto en su ingenuidad! ¡Qué dulzura en su ternura!

Huérfana desde su temprana edad, tenía en el corazón un manantial de afección largo tiempo contenido, que brotaba jubiloso. Sometida muy joven á las rígidas costumbres y á la fría autoridad de su tío, fué humilde y sumisa, y continúa lo mismo en su vida conyugal, en la que fácilmente podría gobernar y mandar.

Precisamente esta dulzura y esta humildad me hacían temer que se enterase de cosas que la inquietarían ó la afligirían, y á pesar de este temor, yo, que no estaba gobernado y que tanta necesidad tendría de estarlo, continuaba, por debilidad, dejándome arrastrar á gastos superfluos, y á aumentar la cifra de mis deudas.

En medio de mis apuros pecuniarios, un día Vernois me propuso comprar por mi cuenta nuevas acciones de ferrocarril, que debían, á lo que dijo, subir rápidamente. Me negué, porque experimentaba instintivamente una gran repugnancia por todo lo que se refiera á una especulación de Bolsa. Vernois insistió. Afirmó que la operación á la que quería asociarme era el negocio más sencillo, que no me exponía á ningún riesgo y que, ciertamente, me produciría un notable be-

neficio. Insistió de tal manera y se mostró tan seguro de su combinación, que concluyó por convencerme. Le dí la orden que pedía. A los quince días se realizaron, en efecto, sus previsiones, y él mismo me trajo, con aire triunfante, una suma de 6.000 francos que gané sin el menor trabajo. ¿Qué fascinación no ha de ejercer ese juego tan fácil, que puede producir en un instante ganancias tan enormes?

Mis 6.000 francos me sirvieron para pagar á dos de mis más rudos acreedores y calmar á otros con cantidades á cuenta. Recobré con esto un poco de tranquilidad de espíritu, y mientras que gozaba de este descanso temporal, que me parecía una bendición, esperaba otra verdadera, deliciosa, celeste bendición. Esperaba, de un día á otro, el nacimiento de un hijo. Y he aquí que llegó aquel sér tan deseado, aquel tierno pajarillo, aquel querido tesoro. Era una niña. Su madre la estrechó contra su seno, en un éxtasis de felicidad. Yo la miraba como una maravilla, y no me cansaba de contemplarla; y le dirigía largos discursos, como si pudiera entenderlos. Era un poco delicada y débil. Pero no dudaba de que se pondría fuerte y hermosa, y ya, con mi perpetua inclinación al ensueño, me deleitaba en construir para ella nuevos castillos de naipes.

En la alegría de su alma, Clara quiso hacer una nueva tentativa de afección con el señor Chamblay: le escribió para anunciarle el nacimiento de la niña, y le preguntó si quería ser el padrino. Ni siquiera contestó el salvaje oso blanco, el implacable misántropo. Morier, el ilustre viajero inglés, cuenta que ha visto en Persia estanques cuya agua, al principio límpida y corriente, se estanca y ennegrece luego, se espesa, se endurece, se petrifica gradualmente y concluye por transformarse en un mármol compacto. ¿No hay en el mundo viviente de los humanos más de un ejemplo de semejante fenómeno? ¿No hay hombres cuyo corazón ha tenido su movimiento, su acción, su luz, y poco á poco se osifica y se pone duro y frío como el mármol?

El increíble rigor del señor Chamblay no nos impidió ce-

lebrar alegremente el bautizo de Blanca. Así se llama nuestra palomita. Por ella hice nuevas prodigalidades. Su madre le había preparado cuidadosamente, durante varios meses, la canastilla. Pero aquella canastilla no me parecía ni bastante completa ni bastante rica. Quería que Blanca tuviese las mejores galas. Quería que su cuna fuese como un nido de colibrí, y su cuartito como una bombonera. Urgíame oirla hablar, verla andar, y mucho antes de que pudiera articular una sílaba y tenerse en pie, le compré abecedarios adornados con lindos grabados, muñecas espléndidamente vestidas y casitas rodeadas de bosques fantásticos.

Sin embargo, no se desarrollaba nada. Era realmente de una constitución débil, que exigía los mayores cuidados. Clara no la dejaba. Apenas si se decide de vez en cuando á sentarse á la mesa con mis amigos. Yo cometía una imprudencia al admitir en mi intimidad á jóvenes cuyo carácter me era desconocido. Gracias á Dios, no conocí el peligro á que me exponía. Por sus gracias y su amenidad, Clara encantaba á todos cuantos la veían; por su inocencia y su pureza, imponía respeto á todos.

Con aquella noble mujer, con la fortuna que me había aportado, con mi afición á estudiar, hubiera podido ser completamente feliz, si no me hubiese entregado á un loco aturdimiento, si hubiera medido discretamente mis gastos, en vez de vivir á toda costa en una absurda ostentación.

Vernois me había hecho realizar con él otras operaciones menos brillantes que la primera, pero bastante fructuosas. Ayudábame á pagar algunas deudas, y desgraciadamente me animaban á contraer otras. A menos de ser uno muy inclinado á la economía, no se aprecia nada, por lo general, el dinero tan fácilmente ganado. Empecé á familiarizarme con esas jugadas de Bolsa que tan peligrosas me parecían antes, y aunque Vernois seguía siendo tan ridículamente fatuo y presuntuoso, experimentaba por él cierta consideración, porque me parecía más hábil de lo que supuse al principio. Observé tam-

bién que á veces se mostraba un poco preocupado, y que hablaba menos de la señora de Schlangenglatt, del marqués de las Arenas y de sus otros brillantes amigos de Grecia y América, lo que me hacía pensar que se ocupaba más en sus negocios.

Un día que estábamos solos en mi despacho, después de comer, me dijo, mientras que fumaba con aire indolente su cigarro:

—¿No se le ha ocurrido á usted nunca que podría muy fácilmente ser más rico de lo que es?

—¿De qué manera?

—Muy sencillo. ¿No tiene usted toda su fortuna en rentas del Estado?

—Sí.

—Pues bien: tal vez sabrá usted que la renta se encuentra actualmente á un precio muy elevado, mientras que las acciones industriales se cotizan, en comparación, bastante bajo. De suerte que, si vende usted papel al precio más alto y compra á un precio inferior acciones, que dan un cinco, un seis y hasta un siete por ciento, realiza usted una bonita operación, y aumenta usted su fortuna en una tercera parte, por lo menos.

—Es posible. Pero esas acciones de que me habla no presentan quizás la misma garantía que la renta.

—¿Por qué? Están garantizadas por establecimientos de una inmensa importancia. Su primer valor ha aumentado, y debe aumentar todavía por el continuo desarrollo del comercio y de la industria. Afortunados los que pudieron adquirir al precio de emisión acciones de Lyon ó del Norte. Si quieren hoy venderlas, pueden realizar un magnífico beneficio.

—También es posible. Pero le haré observar que lo que llama usted mi fortuna es únicamente la herencia de mi mujer, y no tengo el derecho de desnaturalizarla.

—¡Desnaturalizarla! ¡Vaya una palabra bien empleada! ¿Pero qué piensa usted? Si se le invitara á intentar una especulación incierta, á que pusiera sus fondos en empresas dudo-

sas, á correr un azar, como se dice, comprendería sus escrúpulos, y si pidiera usted mi parecer, trataría de hacerle desistir de semejante imprudencia. Lo que le propongo es muy distinto. Se trata sencillamente de cambiar una colocación muy segura, pero poco productiva, por otra no menos segura y más ventajosa. Al realizar esta operación, no compromete usted sus intereses; no puede usted tener ningún escrúpulo. Al contrario, puede usted decirse que cumple con un deber.

—¿Cómo así?

—¿Cree usted que el capital formado por el señor Miery le ha sido confiado á usted para que no se cuide más que de conservarlo íntegramente, sin tratar de aumentarlo? No, amigo mío; su deber de esposo y de padre es hacer que fructifique ese capital. El dinero no es una materia inerte y estéril sino para los que no quieren tomarse el trabajo de emplearle. En manos hábiles es el instrumento más manejable, más poderoso, más productivo.

—Ya sabe usted que no tengo ninguna intuición de estas cosas.

—Lo sé, y por eso es por lo que me permito indicarle una combinación en la que usted no hubiera pensado. Usted es de esos hombres cuya inteligencia se complace en sueños poéticos, y al que un amigo experimentado debe algunas veces ilustrar sobre las realidades de la vida. Si quiere usted, le presentaré el negocio que acabo de proponerle en una nota, tan explícita y tan clara que un niño la comprendería.

—Perfectamente.

A los pocos días Vernois me trajo una cuenta, que me pareció, en efecto, muy lúcida, y me demostró que, por aquella fácil especulación, aumentaba mi renta anual en más de 10.000 francos.

Al ver este resultado, experimenté, sin embargo, una turbación indefinible y una especie de temblor interior, como si me sintiera, á mi pesar, dominado por una tentación funesta, á la que debía resistir.

—¿Qué le parece?—me preguntó Vernois.

—Me parece bastante halagüeño. No puedo, sin embargo, decidir nada sin el consentimiento de mi mujer.

—Claro que no; tanto más, cuanto que los títulos están á su nombre, y no pueden ser vendidos sin su formal consentimiento. Pero tanto para ella como para usted, no puede haber en esto el menor motivo de vacilación. Vea usted lo que gana anualmente sin correr riesgo alguno, y piense que si hasta ahora sus rentas actuales no le han bastado, le bastarán menos todavía cuando tenga usted más gastos que hacer con el aumento de familia.

—Le agradezco sus buenas intenciones. Hablaré con Clara.

Como debía preverlo, la inocente Clara no tuvo nada que objetar al proyecto que le expuse con las cifras que Vernois me entregó.

—Tú harás, querido mío—me dijo,—lo que te parezca justo. Las mujeres me parece que no son nada aptas para inmiscuirse en estas cuestiones de negocios. En cuanto á mí, confieso con toda humildad que no entiendo nada de estas cosas. Antes de casarme, mi tío arreglaba por sí mismo todos mis asuntos, sin hablarme nunca de ellos. Solamente me habló una vez, cuando se determinó á vender la propiedad que mi padre poseía en la Doye. Esto me causó mucha pena, y recuerdo que lloré al pensar que ya no vería más la casa que tanto me gustaba. Pero mi tío dijo que era una locura conservarla, y con el dinero de la venta compró algunos de esos papeles grises que llamáis títulos de la renta. Si ahora quieres cambiar esos papeles por otros, no tengo ninguna razón para oponerme á ello. Vernois es á veces muy estrafalario por su vanidad, pero se ocupa mucho en todo lo que se refiere á la colocación de capitales. Debe entender de estas cosas, y no había de darte un mal consejo. Y si, lo que no puede suponer, tuviera ese mal pensamiento, seguramente que tú no te dejarías engañar. Así, pues, querido Max, haz lo que te parezca. Mira qué tranquilamente duerme en mis rodillas nuestra mo-

nísima Blanquita. Lo mismo que yo, tampoco entiende nada en cuestiones de dinero. Si la preguntara sobre este asunto y pudiera responderme, sin duda me diría que ella no entiende nada de negocios y que su padre es quien debe arreglarlos.

Vernois volvió, y me encontró completamente decidido á seguir sus consejos. Vendiéronse las rentas, y se compraron las acciones.

—Tiene usted suerte—me dijo mi activo negociador:—la semana próxima, sin más tardar, percibirá usted un respetable dividendo, y yo mismo se lo traeré para celebrar con usted el suceso.

Llegó, en efecto, el día indicado con un fajo de billetes de Banco, que me determinó en seguida á concederme una nueva satisfacción. Compré un coche y un caballo, tomé un cochero, y me fuí á pasear por los Campos Elíseos con mi querida Clara, que hasta entonces no había salido conmigo sino en coches de alquiler, y con Blanquita envuelta entre gasas y encajes como una princesita. A los seis meses recibí otro dividendo más importante aún que el primero.

Y á los dos meses de esto me encontraba completamente arruinado.

*
* *

¡Arruinado totalmente! Arruinado, no por una de esas catástrofes que ninguna prudencia humana puede evitar y que inspiran un justo sentimiento de lástima; no por una de esas suntuosas locuras que dan por lo menos cierto esplendor á quien las comete. Arruinado tontamente por mi imprudencia y mi ignorancia. Y si yo fuera solamente el arruinado, mi desgracia fuera harto merecida. Pero ¿y aquella inocente mujer que con tanta confianza puso su suerte en mis manos? ¿y aquella niña que por su madre era rica, que por mí estaba condenada á la miseria; aquellos dos seres tan amados, de quienes yo debía ser el guía, el sostén, la alegría, y de los que era una plaga? ¡Oh Dios! ¡qué vergüenza y qué tortura!

Vernois se había escapado, y la policía estaba persiguién-

dole. He aquí lo que supe una mañana al leer tranquilamente mi periódico. Al principio pensé que se trataba de un error ó de una impostura. Parecíame imposible. Sin embargo, me vestí á escape, corrí á su casa, á su oficina, á todos los sitios en donde podían darme detalles del acontecimiento, y en todas partes me dí cuenta de mi imprevisión y mi estulticia.

Hacía cerca de un año que Vernois no tenía relación alguna con el agente de cambio del que me hablaba tan á menudo, y al que creía aún asociado. Hacía negocios por su propia cuenta; es decir, que jugaba de una manera desordenada á la Bolsa, unas veces con el dinero que había ganado, otras con el que obtenía de algunas personas crédulas. A veces le salían bien sus especulaciones, y entonces afirmaba su crédito pagando liberalmente á los que le habían confiado algunos capitales. Luego volvía á sus empresas y fracasaba, y entonces, como un hombre que se siente rodar al fondo de un precipicio trata de agarrarse á cuanto encuentra á mano, el infortunado Vernois trataba por todos los medios posibles de encontrar un punto de parada en su terrible pendiente. En diversas ocasiones recurrió á su padre; le engañó, unas veces engañándose á sí mismo, otras pérfidamente, á sabiendas, y le puso en los más graves compromisos. Por fin había sucumbido en una última crisis y arruinado á los que se le confiaron. Había huído, se ignoraba adónde, con una aventurera, una baronesa de Schlangenglatt, su amante y cómplice. Algunos días antes de su fuga había vendido un número bastante considerable de acciones que sin duda no le pertenecían. Si la justicia lograba prenderle, ¿podría obtener de él alguna restitución? Era muy dudoso. Creíase en general que todo había desaparecido en el naufragio.

He aquí lo que me decían en todas partes. He aquí lo que me arrebataba toda esperanza. Porque las acciones que aquel desdichado me había hecho comprar las conservó en depósito, diciendo que las guardaba con las de sus otros clientes en una caja de caudales, en donde no podían ser robadas ni incen-

diadas. Yo no tenía más que un recibo, un inútil pedazo de papel, puesto que no podía hacer responsable de la estafa al antiguo asociado de mi fatal consejero ni dirigirme á Vernois padre, que también estaba en quiebra.

Pasé todo el día recogiendo en uno y otro lado estos tristes informes. Por el camino me encontré con el señor Chamblay, que me dirigió una de sus penetrantes y sarcásticas miradas. Probablemente sabía ya mi desastre aquel hombre despiadado y se reía de él. Me imaginé también que todos los transeuntes leían en mi cara la historia de mi caída, y no me atreví á pararme ante los almacenes donde debía dinero.

Por la noche me dirigí fatigado, abatido, hacia mi casa. ¿Cómo anunciar á Clara lo que acababa de ocurrir? ¿Cómo atreverme á besar á la querida niña, á la que acaba de arruinar? ¡Ah! Yo fuí pobre, y no era digno de lástima. No tenía remordimientos. El remordimiento unido á la pobreza es la verdadera desgracia, es la roca de Sísifo.

Clara estaba en su cuarto y tenía en brazos á Blanca. Al verme entrar colocó á la niña en su camita, se acercó á mí, y mirándome con sus dulces ojos tranquilos y sin embargo un poco melancólicos, me dijo:

—Lo sé todo, Max. Sé por qué has salido esta mañana tan temprano y por qué vuelves ahora tan tarde. He leído el periódico que dejaste en tu mesa. ¿Es cierta la noticia que publica? ¿Se ha perdido todo? ¿No hay ninguna esperanza?

—Ninguna.

—Pues bien, hágase la voluntad de Dios. No te atribuyas á ti solo nuestra desgracia. Tampoco á mí se me ocurrió que había que desconfiar de Vernois. No te aflijas demasiado por nuestra pérdida. Hemos gozado de la fortuna; sabemos lo que es. Tal vez, mi querido Max, hubiéramos debido á veces disfrutar más cuerdamente de ella. ¿Debemos lamentar la pérdida de un bien del que no siempre hemos hecho el mejor empleo y que no hemos sabido conservar? La fortuna, por lo demás, no es para nosotros lo que debe ser para otros. No ha

ejercido ninguna influencia sobre nuestros sentimientos mutuos, y no ha sido la base de nuestro matrimonio. Tú no me buscaste porque era rica, y yo no te esquivé porque no lo fueses. No debemos, pues, nuestro verdadero elemento de felicidad, nuestra unión de corazón, á esa fortuna engañosa. La debemos solamente algunos placeres de vanidad, algunas satisfacciones materiales que no son absolutamente indispensables. Mira, Max: durante este largo día que he pasado aquí, sola, he pensado mucho en la situación que nos crea la fuga de nuestro pérfido depositario. He pedido á Dios que me ilumine. Creo que me ha iluminado, y sinceramente pienso que nos impone una prueba cuyo fin no podemos prever y de la que no podemos quejarnos prematuramente.

—Sin embargo, mi querida Clara, ¡un cambio tan repentino!

—Muy repentino, es verdad. Pero piensa que, en nuestra inexperiencia de la vida, esa fortuna podía arrastrarnos á algunos funestos errores ó enervarnos y destruir poco á poco en nosotros el sentimiento de los deberes serios. Piensa también que, como hoy, podíamos habernos visto privados de esa fortuna después de habernos habituado durante mucho tiempo á ella y en una edad en la que nos hubiera sido más difícil soportar esa privación, mientras que ahora, gracias á nuestra juventud, podemos crearnos otra existencia con gustos moderados, con hábitos de orden y de trabajo.

—¡Con el trabajo! Sí, esa es nuestra ley y nuestra salvación. Gracias. Eres un ángel de razón y de bondad.

—Soy la niñita que corría en otro tiempo tan alegremente contigo tras las libélulas por el valle de la Doye, que se ha convertido en mujer y en madre. Dame la mano, mi querido Max, y besa á Blanquita, que debe ser nuestra alegría. Mira qué apaciblemente descansa y cómo sonríe en su reposo. ¿No se diría que tiene un sueño celestial?

Y diciendo estas palabras, Clara puso su mano en la mía. Ambos nos inclinamos sobre el rostro de la niña, que era como

una flor abierta, y aquel día, que comenzó con una catástrofe, terminó con una bendición.

***

Sí, el trabajo. Yo estaba muy apartado de él desde mi matrimonio. Por Clara, por Blanca, por mí, es de absoluta necesidad que vuelva á trabajar.

Después de las protestas de afección que tantas veces me habían hecho mis amigos, no era dudoso que me ayudarían para procurarme un empleo. También en esto me engañaba. Mis amigos sabían ya mi triste historia, y ni uno de ellos, debo hacerles esta justicia, se olvidó de dirigirme un hermoso discurso para demostrarme perentoriamente lo engañosas que son á menudo las apariencias y lo equivocado que estuve al fiarme de Vernois. En cuanto á los medios de remediar mi crítica situación, no era fácil—decían aquéllos—encontrarlos desde luego. Hay que buscar, hay que ver, hay que llamar á muchas puertas. Mis buenos amigos me secundarán, sin duda, muy afectuosamente, en cuanto se presente la ocasión; pero no deben ocultarme que no tienen grandes influencias, y que en todas partes hay gran concurrencia. Algunos de ellos, á los que presté dinero, y que todavía no habían podido devolvérmelo, me dijeron que todos los solicitantes afluyen á París; que esta es la ciudad del mundo en que más difícilmente logra abrirse uno camino, y que haría bien en volverme á mi provincia. En fin, después de varias conferencias, debí convencerme de que ó los empleos se habían hecho muy raros desde hacía poco tiempo, ó que Vernois se había llevado en su cartera todas mis buenas cualidades.

Clara conservó toda su dignidad y serenidad de alma en las dos situaciones más diferentes. La fortuna no la deslumbró; la desgracia no la quebrantó. Pronto se verá sometida á la tercera prueba, porque tuve que entregarle el mando de mis acciones y el gobierno de la casa, lo que debía haber hecho desde el primer día, puesto que no sabía gobernarme á mí mismo.

A Clara entregué un montón de facturas, porque por mis locos errores no solamente estábamos arruinados, sino endeudados, y ante todo urgía pagar hasta el último céntimo de lo que debíamos. Para ello nos vimos obligados á vender la mayor parte de lo que tan imprudentemente había comprado: caballo y coche, muebles de lujo, vajilla de plata, y los cuadros que me agradaba contemplar, y los hermosos libros que había mandado encuadernar magníficamente.

Si Guillermo hubiera estado á mi lado, con su habilidad práctica me hubiese sido de una gran ayuda. Pero no le había vuelto á ver desde el día en que le recibí tan fríamente. No me atreví á invocarle en mi adversidad.

Por fin se consumó el sacrificio; desapareció nuestro lujo, pero no debíamos ya nada á nadie. Despedimos á nuestros criados, que nos abandonaron á su pesar, uno de ellos sobre todo, que era de Morez. Tomamos un piso pequeño en la estrecha calle de Verneuil. Clara se encargó de preparar nuestra instalación, y dijo que allí viviríamos muy bien y tranquilamente.

Una vez arreglada nuestra casita, fuí á ver al señor Mermot, quien me había hablado de poner á contribución mis aptitudes de dibujante, y única persona que se había interesado en mi situación, para decirle que estaba decidido á seguir sus consejos.

—Llega usted muy oportunamente—dijo.—Uno de mis amigos, el señor Pletimer, que publica libros ilustrados, desea en estos momentos encontrar un grabador en madera á quien poder confiar varios dibujos. Los trabajos que he visto de usted me hacen esperar que le convendrá usted. Debo advertirle, sin embargo, que el señor Pletimer es un juez severo que examinará minuciosamente lo que usted le presente, y no se callará una observación; es un hombre excelente por lo demás, muy cortés hasta en sus críticas y muy fiel en sus compromisos. Si, como me complazco en creerlo, acepta su colaboración, quedará usted contento. ¿Quiere una carta para él?

Acepté muy reconocido, y fuí á ver al señor Pletimer, quien me recibió muy amable y me dió trabajo á prueba. Puse en él toda mi alma, y se lo llevé terminado. El señor Pletimer lo examinó con gran atención, sin decirme nada, mientras que mi inquietud desbordaba. Hízome luego varias observaciones, que consideré atinadas, y terminó diciéndome:

—Ya ve usted que hay que retocar en diferentes puntos este grabado. Permítame que le anime á grabar otra vez en la madera con mayor firmeza, con más atrevimiento, y estoy seguro que le saldrá á usted bien.

A los pocos días volvía de casa del señor Pletimer, y entregaba á Clara 50 escudos, producto de mi trabajo, los más sonoros, los más brillantes que se pudieran ver. Y mientras que Clara daba gracias á Dios, me abandoné de nuevo á mis sueños, dando rienda suelta á mi imaginación.

«No tardaré—me decía—en no tener que grabar los dibujos de los demás, y compondré yo mismo. Para ensanchar el círculo de mis ideas, para tomar un mayor vuelo en mi vocación de artista, iré á Italia á visitar los Museos, á estudiar á los maestros. Haré obras que figurarán en todas las Exposiciones, que todos los aficionados querrán comprar á un precio elevado, y de las que hablarán los periódicos. Tendré medallas y cruces. El señor Chamblay sentirá haberme alejado de él. Clara se glorificará con llevar mi nombre, y á Blanca la enorgullecerá llamarme su padre.»

Esto me parecía tan seguro que, para apresurar mi triunfo, se me antojaba que no tenía más que decirles: «Marchemos, con mis 50 escudos, á Roma y á Florencia».

X. MARMIER
De la Academia Francesa.

(Concluirá.)

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

LIBRO QUINTO

RETRATOS DE MEDIA EDAD

(1631-1649)

El pintor de retratos ha de nacer, dice el viejo Pacheco. El estilo de Velázquez, frío aunque sensible, su carácter ingenuo, leal y veraz, le indicó este género de pintura que gravita más hacia el polo observador é imitador del arte que hacia el creador; no temió las perturbadoras intrusiones de la fantasía, de este instrumento á menudo tan comprometedor. De haber estudiado la Filosofía escolástica, hubiérase inclinado al nominalismo. Le faltaba el órgano de lo general, la necesidad de darle forma; el hombre, altísimo asunto de las artes plásticas, sólo le sentía como individuo; el individuo era para él la «primera substancia».

Por tanto, bien se ve que había nacido para pintar retratos, á pesar de que adquirió mucho en el cultivo del género. Largo tiempo antes de que él sospechara entrar al servicio del rey y que pasaría á la posteridad como retratista, cuando pintaba cuadros religiosos en Sevilla trataba de adiestrarse en el estilo nacional de los retratos, adquiriendo justeza y sujetán-

dose á las reglas. El círculo de pintores jóvenes, de los cuales bien pudiera haber sido el jefe, creía, como en otro tiempo los maestros de Florencia y Brujas, que no podía hacerse buena pintura sin sujetarse al modelo, aunque no se preocupaban de *qué clase* de modelo había de elegirse, pues sólo era dado usar la estampilla de la figura poética y legendaria marcada con el timbre de la verdad naturalista.

Cualquiera que sea la idea que se tenga de los deberes y diversiones de la corte, le fué útil ser pintor de cámara; pintaba gentes en cuya casa vivía. ¿Acaso no son siempre las obras maestras de este género retratos de personas á las cuales se tuvo ocasión de conocer á fondo por la constancia é intimidad en el trato? Al igual que el carácter, la fisonomía es un libro cuyo sentido no puede penetrarse en un solo momento. Ya lo sabía esto el propio Rafael Mengs. Cuando el *Kurfürst* elogió su retrato del cantante Annibali (Bezá) acudieron á sus labios estas palabras: «Sí, príncipe; el amigo está ahí, algo que los reyes no conocen».

Su veracidad padeció poco en la corte. No aprendió en ella la adulación; más bien se le pegó algo del escepticismo del cortesano. Ningún embajador en sus despachos cifrados al dar cuenta á su soberano de sus gestiones, ningún San Simón dejando en su cofrecillo para sus lectores póstumos la pintura sin velos de las personas que le rodearon, hubiese sido más frío é indiscreto. Pocos príncipes ni cortes soportarían hoy tal cronista. En este orgullo de no querer aparentar otra cosa de lo que se es, mostrábase aún la corte de la decadencia, neta y clásicamente española.

Pero es lo cierto que á causa de su determinación de sustituir Madrid por Sevilla, el destino le deparó una sociedad algo melancólica. El cuadro de una nación que si bien en su apariencia exterior aun figuraba como antes, por sus errores políticos y sociales y sus funestos prejuicios, estaba ya en el camino de la pendiente: los últimos escalones descoloridos de una dinastía que se extingue. Pero ya desde Enrique VIII

y Pedro Aretino los retratos más hermosos no solían ser de los hombres más bellos (1).

Acostumbróse, pues, á no temer la proximidad de los retratistas más favorecidos de los reyes. Más bien éstos perdían algo á su lado. Puede extrañar la elección de los originales, que las más veces no era elección; pero á él le era indiferente el asunto que trataba. Estaba seguro de dar á lo aparentemente ingrato un interés que otros con modelos interesantes y medios de representación seductores no conseguían. Poco le importaba que los medios fuesen en sí mismos de escasa importancia si conseguía sugerir un mundo de ideas.

¿Cuál era su secreto?

Daba á su especialidad mucha importancia. Ya dijo en uña ocasión que no conocía á nadie que supiera pintar bien una cabeza, y añadía: «No sólo se puede mostrar mucho arte en un retrato, sino que este arte requiere ser un pintor acabado». Como Ingres, llamaba al retrato la piedra de toque del pintor.

Sus retratos son los que más se acercan á los venecianos, y, como se ha dicho, aún más cerca que del Ticiano del Tintoreto. Como ellos, pertenece á los maestros de alto estilo en tal género, basado en los grandes rasgos del dibujo, tanto en la figura como en el rostro, en la amplia disposición de las superficies, en la unidad del asunto y la subordinación de los detalles. Sus figuras, tomadas desde un alto punto de vista, se reconocen en seguida por lo característico de sus siluetas. Presenta siempre la figura de cuerpo entero, en pie, aun cuando pinta sólo bustos ó medias figuras. Las máximas de Palomino son ciertamente las suyas (Museo, II, 65 y siguientes). Aun cuando sus personajes á menudo se sentaran por largo tiempo y en repetidas ocasiones, siempre tomaba un apunte del modelo en pie para conservar la impresión general (*aire*), aplicándole luego á la figura sentada.

Llevó al retrato el dibujo resuelto y el fino modelado, la

(1) N. Burger: Salons de 1844-48, pág. 172.

comprensión de la forma, el gusto adquirido que debió á la severa escuela y al círculo intelectual en que Pacheco convirtió su casa. Lo que *no* debió á la escuela fué el sentimiento y el deseo de la verdad, pero de la verdad grande y total, no del detalle minucioso; la verdad de la forma plástica, de la conformación individual, la verdad del color aparente de las superficies, del ritmo de la vida y de los reflejos de la epidermis, no los pliegues y durezas del naturalismo.

Velázquez fué quizá el primer carecterizador de su siglo, una cualidad que no es tan frecuente como se pretende. A menudo en los retratos de célebres pintores palpita un espíritu extraño al modelo; por ejemplo, el del artista. Al igual de los actores medianos, son ellos mismos los que se representan. Otros, ante el temor de que este espíritu extraño se comunique al retratado, se resignan á recoger sólo una superficie pictórica del rostro, como si no hubiera más detrás de ella. Nuestro pintor penetra hasta el fondo; por sus retratos se podía, según la frase de Apeles, representar el horóscopo de la persona; pintaba el *tonus* de los nervios, la «mezcla de humores», la dosis de envidia y bilis en la sangre, la proporción de sabiduría y necedad en la inteligencia.

Nadie ha evitado menos las formas desfavorables. Siempre los presenta con una especie de orgullo, sin pretender suavizarlos dejándolos en la sombra.

Parecía creer que no hay nadie que no pueda ser pintado de un modo importante, sin quitarle ni añadirle nada; que no hay nada que, puesto en su lugar y mirado desde su punto de vista y á la luz conveniente, no parezca atractivo hasta el punto de no poder ser de otro modo.

En su consecuencia, ha renunciado siempre (y en esto se nos presenta como antípoda de Van Dyck) á dar interés á sus figuras por medio de actitudes pictóricas, vivificándolas por una situación; se contenta las más de las veces con presentarlas en la posición tradicional ó de ceremonia, y con frecuencia es ésta rígida y altanera. Lo que yo pinte, debía de pensar, ha

de ser capaz de interesar, no porque haga algo interesante ó muestre una fisonomía interesante, sino porque yo le presente en el espejo de mi arte. En vez de sorprender á sus figuras animadas por la excitación de la sociedad ó por el deseo de agradar, las presenta reconcentradas en sí mismas, en el momento en que la favorable tensión y disposición de las facciones se disipa. Aparecen como no importunadas por ninguna mirada, ni siquiera por la del pintor. La viveza que muestran á pesar de esto prueba que la vivacidad y la emoción son cosas distintas (1). En este punto se parece más á los retratistas del siglo anterior.

Pudiera decirse que sus figuras tienen, sí, una expresión que realmente es lo contrario de lo que comúnmente se llama expresión: un gesto frío é imperioso. Están un tanto vueltas, mostrando sólo las tres cuartas partes de la cara, mirando al pintor, y por tanto al espectador, al cual siguen cualquiera que sea el punto en que se coloque. Semejante mirada produce la impresión de orgullo, cuando no del menosprecio.

La vanidad, útil en las relaciones sociales, casi de necesidad absoluta, no es tan deseable en la vida y en el arte. Necesitando el juicio de los demás en qué apoyar su amor propio, despierta dudas y menosprecio, al menos en los hombres. Piensa en los demás, y se ve tal como en ellos aparece; el orgullo, en cambio, no se preocupa del efecto que causa; se basta á sí mismo, «no se paga de los aplausos», como decía Kant de los españoles, á los cuales llama «soberbios». Tampoco lo necesita, pues sólo quiere ser, no parecer; si no seduce, se impone, puesto que no solicita el homenaje, sino que le arranca; hay que aceptarlo por entero con sus luces y sombras. La fuerte inervación de la voluntad lo armoniza todo; las faltas no parecen faltas, sino como dijo Shakespeare: «Las manchas del sol de la libertad». Su amor propio parece supremacía, y estimula el órgano de la estimación, por lo menos en la inocen-

(1) V. M. Ungeр: Esencia de la pintura. Berlín, 1851; pág. 130.

te imagen del espejo del arte, á quien nadie le disputa el espacio que ocupa.

De aquí que Velázquez nos seduzca de tal manera, pues «presta un espejo al tiempo». Por él preguntamos: ¿Quién era Felipe? ¿quién era Borja?, á la manera que Tácito hace que nos interesemos en toda ocasión por sus extravagantes emperadores.

Aquí se siente la verdad de aquellas palabras de Goethe: «La figura del hombre es el libro donde se escribe todo lo que de él se siente y se dice» (Stella). No es sólo la verdad real, sino la crónica fiel: vemos lo que han llegado á ser las mismas figuras bajo otro pincel tan sobrio, pero menos aristocrático. Imprime dignidad á los mismos bufones, por lo que por confusión de nombres se les ha tomado por capitanes y piratas. Este empaque (*compostura*), unido al orgullo y á la hipocresía, este *sosiego* (llamado por los italianos *inttonatura*) que hace á España tan antipática á las demás naciones, produce como otras cualidades repulsivas, en el arte, otro efecto que en la vida.

Se equivocaría, sin embargo, quien quisiese representar á los españoles de entonces con este aspecto entre ellos mismos. Ya Mynheer van Sommelsdyck hacía notar que sólo cuando estaban entre la multitud, en paseo ó en el teatro, se encerraba en esta exagerada gravedad y reserva. Entonces se transforman—dice Camillo Guidi—en dioses, y era feliz el que escuchaba de sus labios raros y obscuros conceptos sentenciosos. En el trato íntimo ya no parecen los mismos hombres; son tan sociales, decidores, alegres y vivos como los demás (1). Recientemente se ha dicho que este *sosiego* sólo proviene del período de su dominio y hegemonía en Italia y Flandes (2). Ninguno de los pintores de su nación dió con esta esencia específica como Velázquez, por lo que con el transcurso del tiempo los ha obscurecido á todos completamente. Pues allí no puede

(1) F. Aarsens: *Voyage d'Espagne*. París, 1665, pág. 69.

(2) Cánovas del Castillo: V. Emil Hübner, *Deutsch. Rundschau*, 1887, pág. 426.

hallar aplauso, ni siquiera tolerancia, sino lo que lleva el *cachet* nacional sin restricción alguna. Sin embargo, también supo interpretar cuando la ocasión se prestaba para ello (lo cual sucedía rara vez) tipos extranjeros. De lo contrario, no hubiera sido el genial realista.

De los factores técnicos de sus retratos, el más importante es el claro-obscuro. En él están las variaciones de la manera de este pintor, por lo demás siempre tan semejante á sí mismo, en la más clara evidencia. En otro tiempo, en el ardor de la juventud y en oposición con el estilo dominante, el cual era todo de segunda mano, puso la cima del arte en un solo punto: en pintar con el modelo ante los ojos á una luz unilateral con puras sombras fuertemente marcadas. El efecto plástico adquiría más fuerza por el fondo neutral y vacío. Él y sus compañeros fueron empujados á este procedimiento menos por un sentimiento pesimista de lo tenebroso, que por la inclinación á lo chato, deslabazado y flojo. Pronto advirtió, sin embargo, que aquel efecto plástico obtenido con un exceso de sombra se podía también alcanzar con la mayor simplicidad de elementos. Con sólo puntos y líneas de ligero y transparente ocre diseminado por el rostro, podía desterrarse la *platitude*, y con sombras ó luces encontradas detrás de la figura podía destacarse ésta del fondo.

Desde este punto de vista trataba, por ejemplo, la oreja. El músculo de ésta, situado siempre en la parte iluminada y vuelta al espectador, está cuidadosa y vigorosamente modelado y hasta individualizado, porque contribuía á la plasticidad de la impresión de conjunto. En cambio las manos son con frecuencia desatendidas.

Cuando alcanzó todos los efectos que es capaz de producir esta manera, fué descubriendo poco á poco nuevos elementos de la pictórica. Los cuadros deben alcanzar la plasticidad por la morbidez y profundidad, no por la tiesura ó petrificación; no deben nadar en el vacío. Han de ser sólo miembros ó partes de un todo de aire y luz.

Colocaba las figuras bajo un cielo libre, en el cual ponía su nuevo sistema de luces. Esto le condujo al estudio de los *fondos*, para el pintor de retratos de excepcional interés.

Velázquez usó toda la escala posible de fondos, desde la superficie lisa, clara ó gris, hasta las perspectivas más ricamente dispuestas y las amplias perspectivas de paisaje. En los primeros retratos, á veces sólo un sillón ó una mesa indican que el personaje está en una habitación; la sombra de las piernas, corta y oblicua, recuerda que no se mueve en el aire. La vacía superficie se divide en dos mitades: una obscura y otra clara, en relación de contraste con la luz de la cabeza. En ocasiones, una cortina granate, pesada, desciende ó está recogida en diagonal, á veces suministra el fondo de la cabeza; otras, dispuesta horizontalmente ó recogida á un lado, deja un fondo fantástico triangular ó cuadrangular á la figura. Cierta descuidada distinción se revela aquí y allá en las líneas poco graciosas, en los insignificantes asuntos y figuras de esta tapicería. Otras veces, una amplia balconada descubre libre perspectiva.

Los grandes retratos ecuestres y de caza despertaron en él el gusto por los paisajes: aquellas lejanías montañosas le colocan entre los grandes paisajistas; y si bien estaban ideadas únicamente para el efecto de sus figuras, ciertos rasgos fundamentales se repiten con frecuencia.

Los pintores solían, en tales casos, poner un paisaje de fantasía. Sacaban la figura de la obscuridad á la luz, y combinaban un efecto de iluminación *ad hoc*, el retrato con luz de taller, el paisaje en crepúsculo ó de noche, pero de éste nadie hacía caso. Velázquez preguntóse si no ganaría la concentración y unidad del retrato agregándole un paisaje de fondo con valor sustantivo y real. Cambió la oposición entre los efectos de luz y el colorido, sustituyendo la función del claro-obscuro por el contraste de tonos fríos y calientes. Por este camino alcanzó la unidad perdida por los antiguos pintores en sus paisajes de luz diurna, pues en ellos la Naturaleza estaba como divorciada de la figura, especialmente cuando fal-

taba un segundo término; parecía un busto colocado delante de un cuadro.

Disponía este fondo su armónica relación y contraste con la figura, si bien disimulando con tal acierto su propósito, que á veces se le tenía sólo por mera vista.

Los paisajes son agrestes, sin accesorios vivos ni construcciones urbanas, á veces una ciudad ruinosa á lo lejos. Sólo por indicación especial puso alguna vez una batalla en el fondo. En uno de sus antiguos retratos ecuestres, que solía retocar, borró un jardín y pintó una selva.

Al castellano, al pintor de la corte, cuyas excursiones casi no tenían otro fin que la caza, le eran tan simpáticos los paisajes montañosos como á un suizo. Los asuntos estaban tomados del Guadarrama desde sitios elevados, al uso de los antiguos holandeses; las montañas gigantescas hubieran resultado de otro modo opresoras.

Buscaba una vista dominante sobre los gigantescos repliegues de laderas y picachos. Ponía á sus caballeros y cazadores sobre la meseta de algún pico, desde la cual se veía el valle, y á lo lejos la cordillera. El primer plano se prolongaba hasta el fondo en varias pendientes escarpadas, paralelas. En segundo término se elevaba un cerro con no muy espesa vegetación de chaparros. El contraste del valle profundo y vaporoso con los picos azulados y encaperuzados de nieve en el fondo está hondamente sentido. La línea de la sierra desciende desde el punto más elevado gradualmente á un extremo del primer término, formando así de nuevo una diagonal que se cruza con el eje de la figura ó línea de movimiento del caballo.

A nadie escapará la semejanza con las escenas alpinas del Tiziano; sólo que aquí estas rocas dolomíticas están sirviendo de fondo. Su tono azul es más intenso y pesado; las nubes, con sus resueltos contornos y blancas luces, más plásticas, y siempre el frío tono del aire penetrado por las calientes y anaranjadas luces de la tarde. El contorno de las formaciones montañosas españolas es más grandioso y sencillo, más elegante

que el de aquellas otras que evocan imágenes de ruinas en los Alpes occidentales.

El pintor español daba con su procedimiento, á pesar de su quebrada decoración de rocas, la impresión de un espacio mayor que otros, con sus libres perspectivas abiertas hasta encontrarse la llanura y el firmamento. En lugar de la luz de medio día ó de la tarde, usada hasta entonces, introdujo la de la mañana. En los más grandiosos retratos ecuestres dividió el cuadro en dos masas: la figura y la meseta en que está retratada, en tonos calientes, amarillos, rosáceos y grises; el paisaje, de tono frío, azulado; ambas elevándose en sentido contrario. En este ambiente, saturado y azul de cianuro, se aproxima Velázquez á los antiguos paisajistas holandeses. Carducho, que eligió para lugar de sus diálogos el Manzanares, compara el sitio con las tablas de Pablo Bril (1).

Los países del Norte, con su atmósfera húmeda y refringente y su suelo alfombrado de excelente verdura, aparecen muy distintos, mucho más nebulosos, amables ó idílicos, que estas desoladas mesetas de Castilla, con su cielo despiadadamente claro, de un azul frío.

Por este procedimiento conseguía dar completo relieve á sus figuras, destacándolas del fondo, á pesar de presentarlas á una luz de igual intensidad por todas partes. Un colorido local, como el del caballo castaño, resulta suficientemente fuerte en esta luz diurna y se destaca con vigor de las lejanías del fondo. Pero nunca sacrificó á tales efectos la verdad del color, dando siempre á las fisonomías un caliente tono obscuro. El perfil de Felipe IV, blanco, rubio y de reflejos azulados, se destaca en el azul firmamento. Hubiera sido un recurso oponer el primer término por la saturación de las tintas y el relieve de las siluetas al fondo; pero él hizo lo contrario. Casi siempre aparece detrás del caballo, y en el borde del cuadro un árbol, que

(1) CARDUCHO: *Diálogos*, p. 115.

hace el mismo oficio que la columna en las vistas de interior. Pero no es la obscura masa que retrocede, del procedimiento convencional; su valor es el de un fondo; es un tronco esbelto, de ramaje extendido, cubierto de ligero y plateado follaje. Hacía largo tiempo que había hecho ante el condestable el descubrimiento de que el célebre «árbol pardo» no existe en la naturaleza (1). La superficie terrosa del primer término está cortada por una raya central, ancha y blanquecina á manera de duna (2).

Las dos masas, opuestas en la entonación, pero iguales en valor, vienen á combinarse por diferentes medios; la luz que cae sobre el rostro, sobre el cuello ó la cabeza del caballo, encuentra un eco en la de las nubes y la de las montañas.

Sobre las movidas y encontradas líneas reina, como elemento dominante de calma absoluta, el alto firmamento con sus capas de nubes horizontales.

El procedimiento descrito no llega á ser, sin embargo, una *manera*. Cuando el bruto es, por ejemplo, un caballo blanco, no ha seguido este contraste de colores, sino que ha puesto un fondo azul con riesgo de la unidad de la entonación, bañando el cielo y horizonte con luz blanca. Puede verse esto en los dos retratos ecuestres de Olivares, del Prado y de Munich, cuyo dibujo coincide, siendo diferente el paisaje, según el color del caballo.

Cuando la postura más cómoda del caballo preferida en los retratos de mujeres no da ocasión á la diagonal, las formas del paisaje también varían. Una meseta ondulada atravesada por un arroyo, y un tortuoso sendero indica el camino de la ama-

---

(1) Sir George Beaumont dijo en cierta ocasión: «Je suis embarrassé pour placer mon arbre brun». Constable ouvrit la fenêtre de l'atelier donnant sur un parc et dit:—«Où diable voyez-vous-là votre arbre brun?»

(2) Brueghel emplea con frecuencia un sistema completamente análogo (Prado, 1.269, año 1603): primer término, obscuro y barnizado; una colina en el centro, blanquecina; valle hondo, húmedo y verdoso; cielo azul intenso, roto por una vertiente de luz exuberante.

zona. El primero y segundo término se confunden; el fondo desciende.

Los retratos ecuestres deben á estas circunstancias no pequeña parte de su efecto. Acompañan á la figura como la música á una imagen viva. Si los imaginamos separados, abstraídos de los accesorios, su vida disminuirá, el poema quedará en prosa. Aquella naturaleza, de vida perenne, serena; el perfume de aquellos valles que parecen precipitarse hacia nosotros, como los modelos ha tanto tiempo enterrados, parece comunicar á éstos parte de su vida. Los grandes horizontes, tan bienhechores para los melancólicos, cuadran con la estrechez de espíritu y limitación de ideas de estas figuras del género decadente.

En la biografía de Palomino (p. 333 y sigs.) figura, en la descripción de los retratos del año cuarenta, una enigmática noticia sobre un retrato ecuestre de Felipe IV, ha largo tiempo perdido; como los demás, armado, con el nombre, edad y la fecha de 1625 (1). El pintor, dícese que expuso el «estudio» y pintó una hoja de papel, en la cual, después de oir el juicio que mereció el cuadro, quería poner su firma. Tal hoja de papel aparece en algunos otros cuadros. Esta vez habíase conceptuado el caballo «contra las reglas del arte»; pero los juicios fueron tan encontrados, que no fué posible llegar á un acuerdo. El pintor *borró* malhumorado las partes censuradas, con repintes, y renunció á mejorar el cuadro, poniendo bajo su nombre, en vez de *pinxit, expinxit. Didacus Velazquius, Pictor Regis, expinxit.*

Su biografía encuentra aquí dos notas de diferente valor: la modestia del artista, que corrige su obra por el juicio del profano, y la enseñanza proporcionada á los críticos, á saber: que sus juicios son impracticables, por lo tanto de ningún

(1) PHILIPPVS MAGN. HVIVS, NOM IV | POTENTISSIMUS HISPANIARUM REX, | INDIAR. MAXIM. IMP. | ANNO CRIST. XXV, SAECULI XVII | ERA XX. A. La suposición de Stirling de que copió un retrato anterior es inverosímil.

valor práctico y de utilidad completamente negativa, como los discursos de mitin.

Lo más notable de esta historia es la fecha 1625. Porque Velázquez había terminado ya el tan encomiado y cantado gran retrato ecuestre. Felipe IV no pudo ocuparse del asunto hasta el 30 de Agosto de 1623, en que se ofrecía como modelo por primera vez; las consecuencias fueron su traslación á Madrid y su instalación, el 31 de Octubre. Sólo después (*después de esto*, según el preciso testimonio ocular de Pacheco) concluyó el retrato ecuestre, el cual, por consiguiente, no pudo estar dispuesto antes del año 1624. ¿Cómo pudo haber emprendido entonces en seguida un segundo retrato?

Es evidente que Palomino vió un lienzo repintado en tal forma. Pero colocó su historia en fecha anterior. Quizá fuera su *estudio* del primer retrato á caballo del joven rey. Esta es la opinión de Cruzada Villaamil. Según el inventario de Carlos II (1686), estaba en la habitación del caballerizo de palacio, en la Casa del Tesoro, sin marco, es decir, arrinconado y quizá tirado.

Probablemente quedaría descontento de su primer nacido, introduciendo dichas correcciones para tapar la boca á los descontentos con una muestra inequívoca de su juicio más depurado.

Esta noticia nos lleva á hacer una observación. Todo el que se haya detenido ante los cuadros de Velázquez en la galería del Prado y haya visto el estado en que se encuentran, observará que son pocos los que no contienen importantes arrepentimientos (*pentimenti*), de los cuales la mayor parte, por estar mal disimulados, se advierten con facilidad y perturban la impresión total. Y, además, se han añadido trazos de mayor ó menor importancia.

Estas adiciones no pueden en modo alguno haber sido hechas por los deterioros á causa del incendio, pues ¿por qué habían de encontrarse solamente en los cuadros de Velázquez, y precisamente en los cuatro bordes? Tampoco pueden atribuir-

se á las variaciones en su instalación, pues ¿qué artista consiente en desfigurar con pegotes sus cuadros por exigencias de decorado? Los arrepentimientos referidos se deben realmente á que el pintor que quiere llegar á la perfección «ha de ser como el gran cirujano, que no es tímido en cortar lo que daña... No le duela al cortar, añadir ó mudar, lo que más convenga» (1). Pero ¿debemos suponer que tan seguro dibujante no echó de ver tales faltas en los esbozos de sus grandes y profundamente pensados cuadros? Evidentemente, la mayor parte de dichas correcciones sobrevinieron mucho después de acabados. Debieron tener por objeto acomodar los cuadros á las variaciones de la moda.

Un pintor cuyas obras habían de permanecer á su alcance, y que constituían á la vez el ornato de las habitaciones y salas de recepción, y que hasta representaban personas que vivían en estos mismos recintos, se encuentra con respecto á los documentos de su pasado en situación completamente distinta que la mayor parte de los que venden sus cuadros, despidiéndose de ellos para siempre. Para éstos—dice Leonardo—deben convertirse sus cuadros en tormentos. Alguien ha dicho que los mejores cuadros son errores hábilmente enmendados (2). El mismo Rubens en su primer viaje á Madrid retocó su Epifanía. De Tiziano se sabe que estaba corrigiendo siempre los lienzos que conservaba en su poder.

Siendo esto así, podemos ver el punto de origen de aquellas variaciones, en parte, en la evolución del estilo del pintor. Velázquez trató constantemente de aclarar y ensanchar sus lienzos hacia el fondo y los lados. En sus cuadros más antiguos (el Aguador, los Borrachos) los grupos están como empaquetados en el marco; las cabezas de sus retratos llegan hasta el borde superior; últimamente las figuras sólo llegan á la mitad

(1) PALOMINO: Museo, I, 109.

(2) The best pictures are but blunders dexterously remended. EASTLAKE: *Materials*, I, 90.

de la tela (1). En aquéllas el cielo es de un azul de acero, sin perspectiva; más tarde ensaya los efectos de luz de las figuras en el paisaje; en las obras maestras emplea luces de la mayor claridad en el fondo.

Las figuras ganan más espacio entre sí, lo que comparaba Palomino con los silencios de la música; entonces se llamaba *respiración* á este aire que circulaba entre los grupos.

En pocos cuadros se nota ausencia completa de estas modificaciones; sólo quiero citar algunas de las más notables.

Fácil es notar que la juvenil cabeza del rey (1705), en el estilo tieso del año 20, descansa sobre un busto cuyos peto y banda están pintados en el estilo más libre y suelto de años posteriores. ¿Por qué ha de haber sido esta cabeza sólo un estudio para el gran retrato ecuestre, cuya idea más tarde se utilizó? ¿Cómo nació en él tan tarde, para aprovecharlo como cuadro digno de una galería de capitanes?

Ya hemos llamado la atención anteriormente sobre detalles peculiares á los tres retratos de cazadores.

Si bien muy distantes por la edad de los modelos, parecen pintados en una sola sesión. El paisaje está tratado en todos ellos de un modo semejante, más libre en el último, el de Fernando.

En el retrato del enano, *El primo,* la cabeza y los libros recuerda aún la manera minuciosa de los *bodegones;* el antiguo fondo, que representaba una habitación, está borrado, y encima se ha pintado un paisaje de monte.

En los grandes retratos ecuestres de Felipe III y de Margarita hay un ejemplo de retratos más antiguos, obras de sus

(1) La altura de los grupos alcanza, aproximadamente:

En los Borrachos	$^5/_6$	de la altura del cuadro.
En la Epifanía y en el Vulcano	$^3/_4$	»
En Breda	$^2/_3$	»
En las Hilanderas	$^7/_{12}$	»
En las Meninas	$^1/_2$	»
En San Antonio y San Pablo	$^3/_8$	»

antecesores que ha repintado en cuanto los alrededores y los caballos, y algunas partes de estos últimos más de una vez.

Mientras el retrato á caballo del príncipe en la hermosa unidad de los trazos aparece intacto, y el de Olivares (que no estaba destinado para su palacio) sólo muestra una variación de la misma fecha en que se pintó, en el segundo término, sólo bosquejado, los dos de los reyes están completamente refundidos. La edad de los personajes y el estilo no armonizan. La delicada, clara y, sin embargo, resuelta cabeza de la hija de Enrique IV es juvenil; la tapicería es de mano de un discípulo. La cabeza de su esposo pertenece hacia el año 30. El caballo y el paisaje fueron más tarde renovados. Se notan á derecha y á izquierda anchas tiras de talco; las pinceladas se perciben en trazos seguidos sobre las partes viejas y nuevas; pero el tono está alterado por el efecto de la antigua pintura que asoma. Los colores están profusamente empleados para tapar lo viejo. Pero éste, á pesar de todo, se trasluce no sólo en las piernas del caballo, sino en la figura del jinete. Bajo el azul del cielo se ve en la banda carmesí, flotando detrás de los hombros (como en el Felipe III), el antiguo penacho.

Tales variaciones se notan también en las *Hilanderas*, y, en cambio, la afirmación de que la cabeza de la infanta es más antigua que el resto (Prado, Nr. 1.084) se basa en inseguras suposiciones.

LOS RETRATOS ECUESTRES

Velázquez, á quien ya conocemos por sus perros de caza como incomparable pintor de animales, era un gran inteligente en la estructura y marcha del caballo, afortunado singularmente en aquellas incomparables cabezas profundamente vivas. Es verdad que el efecto de tales creaciones resulta algo perjudicado por el extraño volumen del cuerpo; sin embargo, ¡cuán grande entusiasmo debieron despertar en los caballistas de aquel tiempo! Ya en Sevilla hizo estudios de caballos, y se

introdujo en la corte por un retrato ecuestre; sabía al pie de la letra las célebres octavas que su suegro nos ha transmitido, en las cuales Pablo de Céspedes describe el caballo andaluz. Hubo muchos que, pudiendo adquirir un nombre en asuntos más elevados, se hicieron célebres en el presente y ante la posteridad por sus dibujos de caballos (1).

En vano se buscarán actualmente en España caballos de esta lámina. Difieren bastante de los árabes, á los cuales se remonta la raza española, si bien proceden de las cuadras de Córdoba. Quizá se cruzó la raza española con la flamenca á causa de las pesadas armaduras.

Los embajadores venecianos de tiempos de Felipe II, Tiepolo, Badoer, Morosini, abundan en elogios de esta raza andaluza (*Razza del Rè*). Como una ojeada sobre los caballeros y caballos revela, no eran grandes, pero sí bien proporcionados, y se consideraban en Europa como modelos de belleza. William Cavendish dice de los suyos que servían de modelo para la pintura, y dignos de ser montados por reyes en público (2). Calderón (3) dice de ellos que son anchos de ancas y pecho, cortos de cuello y cabeza, fuertes de brazos y piernas.

---

(1) Muchos hay que la fama ilustre y nombre
por estudio más alto ennobleciera
con obras famosísimas, do el nombre
explica el artificio y la manera.
Sólo el caballo les dará renombre
y gloria en la presente y venidera
edad, pasando del dibujo esquivo
á descubrirnos quanto muestra el vivo.

PACHECO: *Art. Pint.*, I, 361.

(2) W. CAVENDISH: Duke of Newcastle, A general system of horsemanship. Lond., 1743, p. 21. Ult. Amber., 1658.

(3) Proporcionado y bien hecho,
dilatado de anca y pecho,
de cabeza y cuello es,
corto de brazos y pies,
fuerte, á uno y otro elemento
les da en sí lugar y asiento,

Eran, sin embargo, de constitución delicada; de aquí que pronto se calentaran, y reclamaban muchos cuidados. Esta noble raza era altamente apreciada por su celeridad é inteligencia, su valor ante el peligro y en la lucha en la guerra y en la carrera.

Badoer (Relación 1575) dice que son los mejores para la guerra, más ardientes ante las heridas y á la vista de la sangre, y frescos ante la muerte. En ellos se funda la vocación de los españoles para la alta escuela. Tienen buena memoria; obedecen más á las palabras que á los gritos. «No esperan—dice Valentín Trichter—el tirón de la rienda ni la espuela ó la presión del muslo; así que parece que adivinan el pensamiento del hombre» (1). Su corpulencia en nuestros cuadros recuerda que el caballo que el rey montaba una vez no era ya montado por nadie; los caballos reales revientan de gordos, á consecuencia de su ociosidad en las caballerizas.

FELIPE III Y MARGARITA

Los nuevos retratos de Felipe IV y de los suyos contaban con ilustres predecesores en el tesoro de cuadros de la Casa Real. Había allí retratos ecuestres del emperador Carlos V y de Felipe II nada menos que de Tiziano, Antonio Mor y Rubens. Entre ellos estaban los padres del rey, Felipe III y Margarita de Austria, representados en dos grandes lienzos de obscura procedencia. En el salón de los Reinos del Buen Retiro llevaban el nombre de Velázquez. Después pasaron al Alcázar. Richard Cumberland describe con elocuentes palabras su

---

siendo el bruto de la palma
tierra el cuerpo, fuego el alma,
mar la espuma y todo viento.
El médico de su honra, I.

(1) Valentín Trichter en v. Löhneisens: *Equitación de corte y de guerra*. Nüremberg, 1729.

impresión en el gran comedor del palacio de Borbón, donde la pareja real y el ministro, el Felipe II de Rubens y el Felipe V de Vanloo estaban reunidos. Su tamaño, fuerza de color, esplendor de los riquísimos vestidos y soberbios caballos daban una impresión de conjunto incomparable.

Velázquez nunca vió esta pareja; ¿acaso copió, por lo menos, los jinetes de algunos retratos de anteriores pintores de la Corte? Sin embargo, estas figuras no tienen nada de ninguna de sus maneras. ¿Admitiría la colaboración de alguien? Pero en el año 40, fecha en que esto debió de ocurrir, nadie pintaba ya en Madrid de aquel modo; tampoco tienen aspecto de copias. El que viera las cabezas sin el resto las atribuiría á un Pantoja de la Cruz ó á un Bartolomé González. Debieron de ser pintadas antes de 1611, fecha de la muerte de Margarita.

Por consiguiente, había allí viejos retratos ecuestres. En la instalación del Buen Retiro eran elemento decorativo muy apropiado; sólo que parecieron de estilo algo anticuado; y como de todos modos tenían que ser más anchos, se resolvió introducir en ellos una reforma fundamental. Las cabezas, vestidos y monturas quedaron como estaban; los caballos y paisajes que ya no gustaban fueron pintados de nuevo, y tan radicalmente que no quedó recuerdo de lo que eran antes.

Felipe III (Prado, 1.064; 3 × 3,14) monta un arrogante caballo tordo, puesto en corveta, que se mueve en diagonal de izquierda á derecha. Levanta torbellinos de polvo; crin y cola, hasta la corva, flotan movidas por la fresca brisa del mar. También ha corregido algo de la figura: el brazo derecho, cuya mano sostiene el bastón de mando, ha sido adelantado, viéndose todavía las huellas del antiguo, y la armadura, cambiada también, sólo está ligeramente bosquejada. Igualmente las patas traseras del caballo han sido pintadas de nuevo.

El lugar es la orilla de un mar. La orilla del lado opuesto de la superficie, inquieta y rizada, muestra una colina azul con un pico en forma de birrete.

Todo: el color del caballo, el mar, las nubes, las montañas,

está retocado en un tono blanquecino que da al cuadro un aspecto blando, que además armoniza con la cabeza, que se reconoce en su ausencia de inteligencia, iniciativa y expresión.

El cuadro de la reina (Nr. 1.065; 2,97 × 5,90) es mucho más obscuro y pesado de color. Parece envejecida; las facciones son más rígidas que en el delicado retrato de Pantoja de la Cruz en el Museo (Nr. 326). Su rostro, de nariz aguileña y boca un tanto deprimida, tiene algo de cacatúa, con la que armoniza la alta gorrita con pluma blanca.

Está montada en una hermosa hacanea castaña y blanca, que se mueve también oblicuamente de derecha á izquierda, de modo que los dos esposos parecen caminar uno hacia el otro.

El paisaje es también montañoso, con escarpadas colinas que avanzan unas hacia otras y espesos chaparros en los desfiladeros. Pero debajo de la pendiente y bosquecillo de la izquierda se descubre la antigua pintura: un parque y pomposos jardines; un parterre exagonal, rodeado de altos árboles, platabandas y magníficos surtidores de tres tazas, estatuas y columnas: probablemente, Aranjuez. Este país anterior era más adecuado al tocado de la regia dama (1) que el actual, que requiere traje de caza. El fondo verde obscuro opaco y un cielo crepuscular surcado de nubes anaranjadas.

EL RETRATO ECUESTRE DE FELIPE IV

Cuando el fundador del Buen Retiro ideó su decorado artístico, pensó en un monumento para el cual no había elementos artísticos en España.

El que observara la galería de generales del salón, donde

(1) Lleva saya negra alta, de mangas partidas, bordada de plata, jubón interior blanco, vuelos y gorguera de abanillos de gasa, y puntas de Flandes, y muchas joyas. MADRAZO: Catálogo de los cuadros del M. P. M.

estaban reunidos todos los laureles ganados en ambos mundos durante el tiempo que dirigió la política española, se preguntaría si el rey no era acreedor á algo más que un retrato ecuestre. La gloria de Espínola, Feria y Gonzalo de Córdoba era suya. En vista de aquellos triunfos, y adelantándose á la posteridad, Olivares otorgó á su Felipe, á quien los autores dramáticos llamaban «el más grande rey del mundo», el sobrenombre de Grande (1).

A las guerras del Rhin y del Po con Holanda é Inglaterra se añadió la ruptura con Francia, entonces foco de la oposición al poder español.

Erigir á su rey una estatua debió de ser la pesadilla del ministro cada vez que contemplase el palacio con el parque de la Casa de Campo á sus pies. Allí se elevaba la estatua, de un tamaño colosal, del rey difunto, regalo del archiduque de Toscana, que al ministro le recordaba también á su predecesor Lerma, sobre cuya ruina edificó su *privanza*. Una obra semejante y del mismo Pietro Tacca debía adornar ahora el Buen Retiro, en el Oriente de Madrid.

El 2 de Mayo de 1634 escribía Olivares desde Aranjuez al Florentino Serrano una carta en que le participaba su intención de encargar al mejor artista (*oficial*) de este género en Florencia una estatua de bronce de S. M. (*medalla* ó *efigie á caballo* la llamaba). En consonancia con el retrato de *Pedro Pablo Rubens* y según el modelo de la estatua de Felipe III, añadía; de aquél se tomaría el andar del caballo; de éste, las dimensiones.

La nueva estatua de bronce debía separarse en un punto, según lo expuesto, de la tradicional actitud de los colosales caballos de Gian Bologna y sus discípulos. Los de ambos Médicis en Florencia, Felipe III y Enrique IV estaban representados al paso; Felipe IV, el primer jinete español, debía, se-

(1) En el año 1636. El nombre aparece por primera vez en el nuevo *papel sellado*; de aquí que se llamase á S. M. desde entonces el *grande tributador*.

gún el modelo de los retratos ecuestres de príncipes repartidos en aquella época por grandes grabados en cobre (por ejemplo, el emperador Rodolfo II, de Egidio Sadeler, y Fernando II, 1629), aparecer galopando ó en una posición difícil «de la alta escuela». Se pensó en inaugurar un asunto que hasta entonces no había intentado ningún escultor. Se recomendó repetidas veces que el caballo debía presentarse «galopando ó en corveta», pero á todo precio descansando únicamente sobre las patas traseras.

En el verano de 1635 el modelo avanzaba. Pietro Tacca pidió entonces un retrato del rey, así como dibujos del traje y armadura, para poder obtener un parecido exacto. Este retrato, que Velázquez estaba haciendo en Septiembre de 1635, sería enviado, según escribía Olivares á Serrano, uno de aquellos días. Pero cuando llegó á Florencia se echó de ver que el escultor no había comprendido el punto más esencial, habiendo descuidado las primeras instrucciones. En el modelo, ya terminado, el caballo caminaba al paso. El trabajo debía rehacerse. Por lo demás, Tacca ya había hecho años antes una estatua de Carlos Manuel de Saboya en la posición pedida, pero en tamaño pequeño. Por último, á petición del escultor (á fines de 1638), Velázquez hizo un retrato de tamaño natural, del rey, para modelo de la cabeza, que se envió el 27 de Enero de 1640.

Este segundo retrato, pintado, según Ponz (Viaje VI, 109), en el año 1639, de media figura, no se ha hallado todavía. Por el contrario, el ecuestre de 1635, modelo de toda la estatua, puede ser el pequeño cuadro del palacio Pitti. Si yo mismo he discutido anteriormente (1) su autenticidad, fué por las razones siguientes: el cuadrito es una copia reducida del gran retrato ecuestre de la galería de Madrid. Ahora bien: se tenía entonces á éste por un cuadro descrito por Palomino que Ve-

(1) En *Lützow Zeitschrift für bildende kunst*, 1883; p. 317. Sobre la estatuita de Carlos Manuel en la Lowenburg de Cassel. Ib., 1886.

lázquez hizo unos diez años después en Fraga, en 1644. Un examen más atento me mostró la inexactitud de mi opinión.

Según la relación de Palomino (Museo, III, 333), confirmada y completada por un documento del archivo de Palacio, el rey se hizo retratar por Velázquez, en su viaje de Zaragoza á la sitiada Lérida, en traje de gala *(arreo de gala)*, con que entró después en Lérida.

La rendición de esta plaza (desde 1640 en poder de los catalanes rebeldes, y luego de los franceses llamados á dicho país), importante fortaleza, llave de Aragón, tuvo lugar el 31 de Julio de 1644, ante el general español Felipe de Silva, y la entrada del rey el domingo 7 de Agosto.

Este viajaba desde 1642 todos los años á Zaragoza, para estar cerca del teatro de la guerra, y en la primavera de aquel año llegó con el refuerzo de soldados holandeses conducidos por Cantelmo á Fraga, á cuatro leguas del lado de acá de Lérida, donde Velázquez le retrató en tres sesiones. El rey volvió á Zaragoza después, donde le esperaba una entrada triunfal á consecuencia de la toma de Zaragoza.

Pero en este retrato no aparece en armadura, sino de gala roja. Según la descripción de Sagredo, fué en coche el rey hasta la puerta de la Magdalena, montando después una yegua castaña napolitana, ricamente enjaezada, y tuvo lugar la entrada según el ceremonial del rey de Aragón, bajo el baldaquino, por las calles de la ciudad hasta la Seo, soberbia catedral del gótico puro, situada en una encrespada colina (después profanada bárbaramente y convertida en cuartel), un camino de más de un cuarto de legua, en el que se invirtieron dos horas. Su traje consistía en un vestido de gamuza ricamente bordado de oro y plata, con banda colorada y sombrero de fieltro bordados también en oro (1). Palomino confirma que, como es natural, lo bordado no era el coleto, sino el jubón,

(1) Su Magestad traya un vestido de camuça, todo bordado de oro y plata con banda colorada. Despacho de 24 Agosto 1644.

añadiendo que iba vestido de «*felpa carmesí*». Era este un traje que vestía en las revistas militares de todos los años. Al volver de Lérida hubo en Zaragoza, en Abril, una revista militar, en la que el rey, entre salvas de la artillería, recorrió el frente de un ejército compuesto de 9.000 infantes y 4.000 soldados de caballería de distintas nacionalidades, soportando once horas á caballo». *El traje de S. M., fué vestido de soldado, encarnado bordado de oro, coleto de ante liso*, etc. (1), corto bastón de mando de madera lisa y sombrero blanco con plumas encarnadas.

El retrato de Fraga debe, por consiguiente, ser otro cuadro; Palomino no dice en ninguna parte que sea ecuestre, como tampoco las actas del archivo. Esto se ha inferido de haber hecho el rey su entrada á caballo. ¿Cómo hubiera olvidado el biógrafo punto tan principal en su descripción? Velázquez no vió al rey á caballo, pues el retrato se hizo dos meses antes. ¿Había de habérsele encargado un retrato ecuestre de tamaño natural en aquel pobre paisaje, cuando no sólo debía bosquejar el cuadro, sino, como expresamente se dice, enviarle desde allí como presente á Madrid (*para embiarle á Madrid*)? No había podido encontrar el lienzo. Poseemos, sin embargo, un original de Velázquez, que corresponde á dicha descripción. Es un retrato hasta la rodilla, el único de Felipe en traje de gala, encarnado, con banda ricamente bordada y bastón de mando. Esta hermosa obra existe en dos ejemplares en Dulwich College, en una propiedad particular inglesa. El rey aparece allí precisamente de la edad de aquel año, esto es, de cuarenta años; la serenidad de los magníficos colores y la espontaneidad pictórica de la actitud en que se distingue este retrato de todos los demás (*lindo ayre y gracia*), cuadran perfectamente con un regalo para la reina. Sin embargo, observemos por última vez el gran retrato ecuestre.

Armoniza en un todo, en el estilo y en la edad del retrato,

(1) *Memorial histórico*, XVII, 456.

con el tiempo en que pintó el boceto para la estatua de Tacca, y quizá á éste deba su existencia.

Fijémonos primero en el semblante del rey. ¿Son las facciones y continente de un hombre de cuarenta años? En la mencionada descripción surge por todas partes una impresión de juventud. Stirling dice que se aparece «en la exuberancia de la juventud y de la salud». Cean Bermúdez le tiene por el retrato perdido de sus veinte años. La edad es también confirmada por positivas razones fundamentales. La larga serie que tenemos delante de retratos de Felipe IV ponen de manifiesto las ligeras variaciones en los rasgos fundamentales de tan uniforme máscara, en el curso de más de treinta años. Estas variaciones estriban en parte en la creciente corpulencia, en parte en el peinado. A los veinte años es barbilampiño, lleva los cabellos cortos; dos rizos avanzan hasta las sienes, y la oreja está libre. En el de Rubens (1628), el labio superior está sombreado por ligero bozo. En el grabado de 1638 (1), de cazador, que está en Viena y Londres, el bigote ya está retorcido, los cabellos caen en anchas y suavemente onduladas masas, cubriendo las orejas hasta la línea de la boca y más abajo. En nuestro retrato ecuestre se observa aún el cabello cortado, los bucles, sueltos, de la juventud; también las orejas están descubiertas, y el bigote es una tenue y dulcemente contorneada coma; no es todavía el característico *bigote levantado*. Este bigote, de nueva moda, no hubiera sido olvidado ciertamente por el pintor si hubiese existido ya. El pueblo le tomaba como emblema del rey nacional (2).

El retrato tiene todo el parecido apetecible con la estatua de Tacca, cuyo rostro, por cierto, fué retocado por el hijo de dicho artista en Madrid (1642). La misma expresión juvenil del

(1) En Tapia y Robles, D. Juan Antonio: *Ilustración del renombre de Grande, principio, grandeza y etimología*, 4.°; Madrid, 1638. De Hermann Pannells. «Ex archetypo Velázquez.»

(2) Il desiderio di avere un re nato in Spagna, e come si dice di convessi mustacchi. Bassadona: Relazione di 1653.

jinete, con armadura adamascada de oro, la flotante banda, el calzón y la silla bordados de oro, la larga crin del caballo; sólo falta el sombrero. La actitud del caballo fué variada en la estatua, por razones difíciles de comprender. Mientras en el cuadro el punto de gravitación está en la parte posterior, aquí se ha llevado más adelante, y la mano está más encogida, aunque no muy fuerte, y el animal no sube tanto como parece por la posición alta de la estatua. Finalmente, el caballo es más ligero y esbelto.

De todo esto resulta la poca consistencia de la admitida suposición de los cuatro retratos ecuestres de Felipe IV. El retrato ecuestre de Fraga-Lérida no ha existido nunca. El citado por Palomino con la inscripción *expinxit*, era el de 1623.

Echemos ahora una ojeada sobre dicho retrato.

Probablemente, para facilitar la obra del escultor, se ha elegido el rostro puesto de lado ó perfil. El caballo, una yegua castaña de pesados cascos, estrella en la frente y ojos de fuego, ha sido puesto, como casi siempre, en correcta corveta (1). La impresión del jinete es casi seductora; elegante silla, continente soberano y militar. La postura de la cabeza, la penetrante mirada dirigida al horizonte, el brazo extendido con el bastón de mando, representa gráficamente al general de caballería. La fisonomía es más viva que otras veces; con las sombras de las viejas habitaciones del antiguo palacio, han desaparecido también la rigidez de postura y el pétreo aburrimiento de las facciones. Las odiosas formas, tan descortésmente puestas de manifiesto con el fuerte relieve de la luz de las habitaciones, apenas se reconocen aquí. La luz de un cielo despejado esta vez favorece á la figura. Siéntese á la vez el aliento del aire matutino, sutil y penetrante, de la sierra castellana, henchir su pecho, y en sus venas agitarse una sangre más pura y me-

(1) «Esta alta escuela consiste en una elevación del cuarto anterior con las manos recogidas, gravitando el peso del cuerpo sobre las extremidades posteriores, inmóvil, durante un momento, como una estatua.» HEINZE: *Caballo y jinete*. Leipzig, 1877, p. 526.

nos densa. El admirable bruto, que tan perfectamente gobierna, parece comunicarle algo de su exuberancia de vida. «Caballo y caballero — dice Calderón de Felipe IV — parecen ser *una sola pieza.*» Se hacía dueño del espléndido animal, como jugando; «le hacía danzar al compás del freno, y parecía moverse en el aire con brincos y corvetas» (1).

En el paisaje, sobre cuyas colinas, gargantas y llanuras se espacia la vista en el radio de unas cuantas leguas, hasta las lejanas montañas, no se descubre la menor huella de existencia humana. Pero tal soledad no tiene nada de melancólica. Invita á la imaginación á vagar por aquellos horizontes, á poblarla de fantasmas, dando la sensación de que todo ello está guardado por aquellos gigantes de la montaña. Nunca las mesetas de Castilla, con su claro ambiente, el azul saturado de su cielo, casi verde, su profundo silencio, su arbolado esparcido y las líneas primitivas de su sierra, estuvo animada de colores tan característicos y poéticos á la vez. La perspectiva tiene algo de infinito. La indeterminación de los objetos hace que la mirada se pierda en aquellos azules valles como en la inmensidad del Océano; todo tiene algo del transparente elemento.

El cielo se aclara por la derecha, de modo que el jinete parece surgir bañado en luz, mientras las movidas líneas de la sierra caen hacia este lado.

De las encinas de la izquierda, que á otro pintor le hubiera proporcionado un fondo cómodo para el modelado del jinete, se ve sólo los característicos troncos que mandan copiosa savia á las hojas, de un verde pálido como de color de polvo; hasta

---

(1) Deteniéndose en el aire
con brincos y con corvetas,
le hizo danzar al compás
del freno, que espuma engendra;
¿diré que eran de una sola pieza
el caballo y caballero?

CALDERÓN: *La banda y la flor.*

el tono de plata que domina el conjunto armoniza simpáticamente.

La figura aparece con brillo metálico en un diáfano ambiente luminoso, como una joya transparente engarzada en metal. En ella se refleja toda la luz: el oro brillante, el acero como espejo, la seda, las juveniles mejillas, el húmedo castaño del caballo, todo lanza rayos calientes. Los colores locales importunos han sido pospuestos; el penacho es blanco y negro; el calzón, color nogal; la banda, rosa con toques blancos. El paisaje filtra la luz, pero sólo en rayos fríos. El color atrae la mirada al fondo, y de allí le hace volver á la figura; pero el rostro, con su tez blanca y rubia y sus fríos reflejos azulados, no forma contraste con el fondo; está colocado en inmediata relación con el nebuloso cielo.

Mengs decía de este cuadro: «Si Tiziano supera al español en colorido, Velázquez le aventaja en la comprensión de la luz y la sombra, en la perspectiva, elementos necesarios en este estilo (naturalista), pues con ellos se obtiene la representación de la verdad...; es muy singular el modo fácil y determinado como está pintada la cabeza del rey, cuya piel parece que brilla» (1).

El pequeño lienzo en Pitti, quizá el modelo de la estatua de Tacca, parece un segundo ejemplar en forma reducida. La claridad del tono, la epigramática brevedad con que las facciones están pintadas en breves rasgos, se rebelan contra la hipótesis de una mano extraña. Anualmente se pedían copias, como es fácil de comprender, y se hacían en Madrid muy elegantes; pasaban por originales, y eran muy alabados y pagados como tales por los aficionados.

La mejor copia que yo conozco está en Hertford House (24″ × 24″), y hace pareja con Olivares. Está saturada de color, pero con delicado pincel, y por la seguridad y sencillez de

(1) E singolare il modo facile e determinato con cui é dipinta la testa del Re che sembra rilucervi la cute. MENGS: Opere. Milano, 1856. II, 143, 164.

factura pintada por mano experta; pero el tono es pesado, sin brillo ni transparencia. Más ligero es el ejemplar de San Telmo en Sevilla, que procede de la galería de Salamanca, y fué regalo de la reina Isabel II á su hermana (46″ × 39″) (1). Esta es la ocasión de mencionar el retrato ecuestre de tamaño natural de la galería de los Oficios, tenido largo tiempo por el modelo enviado á Florencia.

El rey aparece circundado de figuras alegóricas: una tonante diosa de la guerra, una fe que apoya la cruz sobre el globo y un moro detrás con celada. Como quiera que estas conocidas figuras rubensianas aparecen en otros cuadros y grabados, en su elevación al trono, Lucas Vorsterman dedicó al rey un fulgurante San Miguel á lo Rubens. Algunos aficionados, mejor enterados, consideraron el cuadro como una copia de un discípulo de Rubens de la escuela de Velázquez, que muy bien pudo ser Gaspar de Crayer, que, como es sabido, se encontraba entonces en Madrid. El pintor de Amberes estuvo cerca del cardenal infante en los últimos años de su vida; su retrato de 1639 gustó tanto en la corte, que el rey estuvo por abandonar su resolución de ser pintado sólo por Velázquez. Sin embargo, su autor está determinado por la edad del rey, que no es menos de cuarenta años. Crayer era, además, demasiado orgulloso para copiar unas vulgares figuras decorativas de Rubens (2). Finalmente, el retrato ecuestre pintado por él poco antes del infante en el Louvre, difiere por completo del de los Oficios en forma y color. Por su correspondencia con la descripción del retrato pintado por Rubens en el año 1628 en Madrid, hoy perdido, aparece en el inventario de palacio de 1636 una copia posterior, si bien la cabeza del rey, repintada probablemente del natural, es más vieja. El estilo es el de la

(1) Copias en la colec. del poeta S. Rorger, hoy en prop. de lord Northbrook, en Leigh Court, en la Academia de Viena (513).

(2) Cray era poco amigo de Rubens, y assi no le encargé ninguna de las pinturas que se embiaron para la Torre de la Parada (bosquejados por Rubens). Carta del Inf. á Felipe, 10 Jun. 1640.

escuela de Madrid, en el cual se estudió y copió mucho á Rubens. Lo más probable es que sea de Carreño; pero es posible que Velázquez no fuese extraño á la cabeza y figura del caballero. Cómo llegó á Florencia esta enigmática obra, no se sabe; encontrábase ya en el siglo XVII en Pitti como obra de Diego Velasco.

Ninguna huella encontramos en el inventario de los palacios reales del retrato de Crayer. Sin embargo, existe aún: se destinó pocos años después de su ejecución para regalo de una corte extranjera, y se encuentra en la galería de Stokholmo (Nr. 762, 4,95 × 1,97). El embajador español Antonio Pimentel, que tuvo parte muy principal en la conversión de la reina Cristina, lo entregó en el año 1652 á esta princesa como regalo de su rey; encontróse primeramente en la gran galería histórica de retratos del palacio Gripsholn: la inscripción que conserva aún adherida procede de allí (1).

Está pintado fina y cuidadosamente, y lleva entera la firma de Crayer (2); quien recuerde el retrato del Louvre, le reconocerá á la primera ojeada. La extraña estructura de aquella yegua pía señala una raza completamente distinta de la de los caballos de Velázquez. La pequeña y fina cabeza con nariz remangada, el ancho y largo cuello profundamente arqueado, el robusto pecho, las piernas extraordinariamente altas, revelan su parentesco con el caballo del cardenal infante, bastante extraño también. Sólo las largas crines son españolas, y están atadas en tres haces con lazos encarnados.

El rey representa unos treinta años; es más fino, pero también más débil que en otros retratos. Con asombro podemos comprender por este retrato lo que Velázquez supo hacer del

(1) Philip IV Kong i Span. maladt of Velasques genom den Sp: minist. Pimenteli gifrit till drott Christina.

(2) El conde CL. DE RIS dice, por cierto: Il est certain que faute de pouvoir l'étudier de près, tout expert attribuira ce portrait au grand maître de Sevilla. C'est sa couleur, c'est son type bien connu. *Gaz. des B. A.*, 18, 14, 11, 221.

rey, y cuánta energía pudo comunicarle su estilo. Mantiénese echado atrás; las piernas están rectas; la mano derecha con el sombrero apoyada en la cadera. Viste traje de seda negra y lleva el toisón de oro. La brida y la montura son rojas con bordados de oro. El jinete se destaca en la superficie obscura de una puerta de cochera, embaldosada con piedras irregulares; las columnas indican un palacio. Detrás extiéndese el cielo azul pálido con nubes de oro.

LA REINA ISABEL

En el salón de los Reinos del Buen Retiro el retrato ecuestre de Felipe IV ostentaba como compañero el de su primera reina, Isabel de Borbón. Es una francesa del año 1679; su descripción es la primera que tenemos de un lienzo de Velázquez. «Era llena, blanca y muy agradable, de hermosos ojos y de aire dulce y espiritual» (1). A juzgar por las facciones, debe contar unos veinte años; los accesorios y el caballo fueron sólo repintados posteriormente por Velázquez, pues no sólo difiere la época del maestro, sino que se echa de ver también una mano extraña sin género de duda. Todo en la figura, con excepción del rostro, las manos inclusive, el vestido, la cumplida gualdrapa, está tratado en la manera minuciosa y seca de los anteriores retratistas, González, por ejemplo. Por el contrario, el caballo gris, del cual sólo se ve la parte delantera y los pies, y el paisaje á lo lejos, fué repintado con pincel amplio y jugoso, en tono verdoso claro, lo más pronto hacia el año 1640. En la mano izquierda del caballo, llevada un poco á la izquierda, se ve un *pentimento*, como también la huella de una cabeza del caballo más obscura debajo de la actual.

(1) Elle est à cheval, vêtue de blanc, avec une fraise au cou, et un gardinfant. Elle a un petit chapeau garni de pierreries, avec des plumes et une aigrette. Elle était gras, blanche et très-agréable: les yeux beaux, l'air doux et spirituel.

Además de las anchas tiras de tela á ambos lados, hay cosido en el ángulo de la derecha un cartel donde quizá hubo una inscripción.

El soberbio palafrén, comparado por Palomino á un cisne, con su crin hasta las rodillas, velando el perfil, marcha al paso hacia la izquierda; la amazona está vuelta. Las facciones no tienen ningún parecido con la conocida cabeza de Enrique IV; se aproximan más á la madre. El rostro está pintado con extraordinaria luz y delicadeza, en claro contraste con la voluminosa gorguera de gasa. Lo más bello son los ojos espaciados y la caída de la nariz. La frente, bastante ancha, está desembarazada de los cabellos obscuros, finamente rizados. El labio superior es algo ancho. Flota al viento una pluma blanca. Las mejillas, algo hinchadas abajo, aparecen ya en un grabado de L. Gaultier, en el cual aparece la princesa. Se ven las mangas de un jubón interior de seda blanca bordada de estrellas de plata. Cuello alto sobre la pesada amazona noguerada, bordada de oro, con sus iniciales, que cae hasta el borde de la gualdrapa.

La reina marcha tranquilamente al paso por una llanura montuosa con clara vegetación de follaje y arbustos, con cuya tonalidad verde plata armoniza el palafrén blanco. El primer término no está indicado por árbol ni objeto ninguno. A la derecha, una colina baja; á la izquierda desciende una garganta; la vista se abre á una laguna, al lado de la cual hay una ermita con su torre de cuatro picos, un villorrio con otra torre; las nubosas montañas del lado de acá apenas se distinguen de las nubes. El traje de la reina era más adecuado á un paseo desde su palacio al Retiro por la calle Mayor.

Es interesante una copia que apareció hacia el año 1874 en los Oficios; probablemente fué enviada á Florencia en 1638 con el retrato ecuestre de Felipe.

RETRATO DEL PRÍNCIPE

El retrato ecuestre del príncipe fué, de todos estos cuadros, el que mejor acogida obtuvo. Todo lo que en una creación del arte de la pintura puede entusiasmar: vida y movimiento, estudio de luz y perspectiva, ambiente y brillo, masa y contraste, el carácter de letra y dominio perfecto de la técnica, serenidad é imperturbabilidad de la actitud, todo se encuentra allí reunido.

El príncipe, de edad de siete años, monta un pony castaño claro, con tanta firmeza como su padre; empuña el bastón de mando como un descendiente de D. Juan de Austria. En el año 1642 hizo reclutar á su costa un regimiento de caballería: la *Coronelia del Príncipe*.

Su *pequeño monstruo*—dice Palomino—ardía en deseos de entrar en batalla, seguro de la victoria debajo de su gigante. El pergamino era aquí apenas más ficticio que en su padre ó su abuelo. Los reyes de España habían olvidado hacía largo tiempo á blandir en serio este bastón de mando. El caballo, que salta del marco, se redondea en escorzo casi como una esfera en torno de la cual flotasen la crin y la cola, abundantes.

El traje es singularmente rico: amplio *chambergo*, cuello bordado; aquí y allá colorean el terciopelo verde obscuro y el rosa de la banda con bordados de toda especie; larga bota atezada.

Por el contraste con el paisaje resulta, de todos los retratos ecuestres, el más deslumbrante y entonado. En un cielo matinal de primavera, surcado de nubes azuladas ó de un blanco brillante. El tono del ambiente verde azulado se extiende, sin una nota discrepante, por cielo y monte, repercutiendo en el arco de la silla. El valle y la montaña son fríos; sólo en el segundo término, entre dos pendientes arenosas, se ve un poco de monte. De lo hondo del valle sube una niebla

sutil, pero en los picos brilla aún la nieve. Ningún árbol señala el primer plano.

Sobre este fondo frío y saturado se destacan caballo y caballero como un acorde de castaño, amarillo, rojo y verde obscuro. El brillo del oro halla un eco en la plata de las nubes, en la nieve y en la niebla. Parece un tejido de seda labrado de hilos metálicos, una serenata para guitarra ó mandolina. Sólo el rostro está pintado con suaves colores blandos y luminosos. La mirada de sus obscuros ojos, firmemente dirigida al espectador, expresa la tranquilidad que da el hábito del galope en su movimiento ondulado. La tranquila calma de la naturaleza y la figura surgiendo bruscamente con su vibración metálica forma un segundo contraste. Parece como si al golpe de una varita mágica, dado en la soledad y calma del anchuroso paisaje, surgiese de repente el niño sobre su caballo.

Este cuadro es un paradigma de su estilo medio, y más que ninguno otro apropiado como medida de lo que él soñaba y realizaba en la plenitud de sus facultades. Se comprende mirándole á ciertos patrióticos glorificadores, que le colocan como colorista por cima de Rubens y el Tiziano. Por dichosa manera ha sido ejecutado con fluidez y con la mayor seguridad y facilidad, sin ningún escollo, habiendo quedado libre de arrepentimientos ni de retoques de su mano. Todo pintor mirará con envidia la duración de sus colores. Se desearía ser pintor para deshacer este fino y sutil tejido en que, sobre fondo claro, amplias pinceladas forman la trama de las grandes superficies por medio de desconches diversos, y las más veces medio ocultos repintes, que en toda la escala, desde el *toque* transparente hasta los opacos, tan pronto apagan y enfrían los colores locales, como los encienden ó los diseminan en puntos brillantes (1).

(1) Palomino vió el cuadro en el salón dorado (Salón de los Reinos) en el Buen Retiro, sobre la puerta á cuyos lados se encontraban los retratos ecuestres de los padres (III, 332). El cuadrito de Dulwich College no es un boceto, sino una vieja copia sin huella de los efectos de luz y color del

OLIVARES

Que había imaginado todas aquellas guerras, quiso también que le retrataran á caballo como caudillo, aunque nunca había olido la pólvora.

Este retrato ecuestre, constantemente celebrado y cantado por los poetas, del «gran protector y Mecenas» del pintor (*hechura suya*, como Palomino le llama en esta ocasión), encontrábase en el siglo XVIII en casa del marqués de la Ensenada, y sólo posteriormente le adquirió Carlos III para el nuevo palacio. Fué divulgado por un mediano grabado de Goya (1778). Cean Bermúdez dice que el pintor *se esmeró* singularmente en el referido cuadro. Tenía un modelo difícil de sobrepujar en el retrato del predecesor del Conde-Duque, el duque de Lerma, pintado por Rubens en el año 1603, igualmente á caballo y con armadura completa.

El orgulloso ministro quería aparecer como general en acción, mostrando á sus huestes el camino de la gloria con peligro de su propia vida. Está representado con coraza de bruñido acero, tachonada con adornos de oro, y sombrero y plumas á la chamberga, sobre un arrogante y brioso alazán roano, puesto en corveta, en el primer término. Vuelve la cabeza para llamar á sus huestes de retaguardia, indicándoles con la bengala el sitio adonde le deben seguir para conseguir la victoria, ya declarada en la vanguardia. Del lugar del combate suben columnas de humo. Después vióse en ellas un símbolo del incendio que, para desgracia de España, había encendido. Quevedo le compara á Nerón viendo el incendio de Roma (1).

---

modelo. La mejor reproducción (incluso de las pintadas) es la de Richard Earlom, publicada en 1784 por Boydell. Hubo una copia grande en la colección de Salamanca, hoy en la de Fernán Núñez. El cuadro del Hermitage (426) no representa á D. Baltasar.

(1) QUEVEDO, *A la muerte del C. D. Romance:*

El que sobre ser la causa
se gozó en ver nuestras penas,

La escena recuerda los cuadros de batallas del salón grande del Buen Retiro; José Leonardo representó al duque de Feria casi en la misma posición, visto por la espalda y volviendo la cabeza para escuchar lo que le dice un joven oficial, parado delante, y un paje de lanza que le sigue á paso acelerado. Olivares, el *dilettante*, soñaba con la guerra; no podía vivir sin ella (1). No sin envidia debió de observar aquella galería de generales reunida por él mismo, y en la cual *él* faltaba. Ya en la campaña contra los ingleses en Cádiz (1626), le fué concedido por el rey el título de general de la caballería española (2). La víspera de la guerra con Francia, cuando el vasco Otayza reunió cuatrocientos soldados escogidos, la mayor parte oficiales retirados, que debían repartirse en el un tanto joven ejército. En las revistas de la Puerta del Sol se veía ondear una bandera con los colores y las armas de los Guzmán. Esta soldadesca del ministro trató la residencia como país conquistado, tanto que el corregidor tuvo que dictar un bando prohibiendo llevar armas. En el año de 1640 organizó, en honor de su regimiento de valones, un banquete en el Buen Retiro. Cuando, con motivo de la represión del levantamiento de Cataluña, crearon los grandes de la corte el regimiento del Príncipe, también Olivares movilizó un escuadrón de *hidalgos* á su costa; el cual, en la batalla de Las Horcas (7 de Octubre de 1642), hizo «prodigios de valor». El capitán se mantuvo fuera de la línea de los fuegos. El historiador de la corte, Virgilio Malvezzi, ático bolonés, había ya dicho «que no le faltaba ninguna cualidad de gran general, excepto la de no entrar en campaña» (3).

---

como á Roma cuando ardía
vió Nerón sobre Tarpeya.

(*Obras*, III, 485.)

(1) Según CONTARINI dijo en cierta ocasión, che non puo stare senza far guerra.

(2) KHEVENHILLER: *Anales Ferdin.*, X, 1.033.

(3) El Conde-Duque, para ser de los mayores generales, ninguna virtud le falta; y para que le confiesen todos los que le vean general, le falta

Este general académico y de guardarropía no podía hacer pareja con el Tiziano de Carlos V, cuya solitaria figura, sacada de una *real y efectiva* batalla, era una fatal vecindad. Su generalato era una *broma*, como sus cabellos negros. Los hábitos del ya maduro varón no tenían nada de militares. Sus enemigos se burlaban de tan «heroico ministro y grande hombre», que (como sucedió en Barcelona, 1632) rehusaba subir á un barco porque se mareaba (1).

Cuando, en 1635, se expuso su retrato á la venta en la calle Mayor, fué apedreado por los *mozos* en pleno día (2); lo mismo ocurrió en Zaragoza en 1642.

Sin embargo, no nos podemos acercar á este cuadro con esta erudición histórica; si no se supiera quién es, se le tomaría indudablemente por un general auténtico de las grandes campañas, por un caudillo de los centauros cubiertos de armaduras. Los tipos se conservan, así como los nombres, cuando ya han desaparecido ha largo (3) tiempo su espíritu y su fuerza.

El retrato estaba destinado para formar pareja con el del rey, con el cual se le representa en las copias. La plateada encina no es más profunda que la lontananza y el cielo. Blancas luces brillantes se extienden sobre nubes, sobre los fuegos y el cuello. La actitud de caballo y caballero no es inventada por el artista, sino tomada de la escuela de Rubens. Recuerda el retrato del conde Alberto de Arenbergh, el cual difiere en tener la bengala en la mano con el brazo vuelto, en el boceto de

---

soltanto no pelear en los ejércitos. Le excluyen del nombre del gran soldado, mas el mandar en ellos le da el de gran general. V. MALVERZI: *Sucesos principales de la monarquía española en 1639*. Madrid, 1640.

(1) De esto se ríen el Richelieu y el Sueco, hartos de andar á mosquetazos. ¡Y que piense ser heroico ministro y hombre grande quien no sabe sino de cosas muelles y flojas! NOVOA: *In docum. inéd.*, 69, 170.

(2) Si è detto che a un ritratto del Conte, che teneva un pittore nella strada maggiore per vendere, fusser tirati sassi da ragazzi. Florent. Desp., 4 Agosto 1635.

(3) Le *héros* fait le geste de commandement avec naturel et simplicité, et de même qu'il va se battre franchement, sans rodomontade et sans emphase, de même l'artiste le peint sans declamation, etc. CHARLES BLANC.

Isaías de Van de Velde en el museo de Rotterdam (217), ambos están sentados más cómodamente, recostados. Pues nuestro caballero produce una impresión nada airosa, lo cual proviene además de las cargadas espaldas y la posición un tanto acurrucada, de que el caballo parece como que retrocede hacia el jinete. Los negocios y las intrigas de la corte hicieron esta figura del más elegante caballero de Sevilla. Los aduladores llamaban á estas arqueadas espaldas como se dice en el *Gil Blas* de otro jorobado, «espaldas del Atlas de la Monarquía» (1). Velázquez pudo muy bien haber visto en su visita al palacio de Balbí en Génova el año 1629 el notable retrato ecuestre, muy semejante al nuestro de Francesco María Balbí de Van Dyck.

Del retrato que estudiamos hay dos pequeñas reproducciones en tamaño medio. Una la posee el escocés lord Broomhall Tifeshire; la otra está en la galería Schleissheim. El ambiente indica una fecha anterior; mientras que los grupos sólo difieren en que el caballo es en ambos una yegua pía.

La pendiente recosa en que se destaca el caballo aparece bastante escarpada, de suerte que la perspectiva de la llanura se une con la parte más alta de la colina. El cuarto delantero del caballo se destaca sobre las blancas columnas de humo.

Esta disposición fué ideada primeramente para el retrato grande. Aun se nota bajo la superficie actual la línea ascendente de derecha á izquierda del contorno de la montaña. Pero después el pintor prefirió crear un segundo término, al mismo tiempo que suavizaba la pendiente de la colina, haciéndola visible para el espectador, para poner entre el comandante general y el combate una especie de garganta. En medio de la senda, en la vertiente, se ve un caballo muerto, y más lejos

(1) CALDERÓN: *Casa con dos puertas*, I.

Con quien el peso reparte
de tanta máquina, bien
como Alcides con *Atlante*.

un trompetero galopando; las masas de tropa que pelean son más importantes.

También son de notar, por otra parte, algunas variaciones. En vez de las espesas masas de nubes taladradas aquí y allá por rayos de sol, aparece aquí el cielo azul rayado por estratos, que alternan con copos y borras algodonosas. El tronco de la encina de la derecha, rodeado allí de delgadas y penetrantes ramas polvorientas, están aquí revestidas de masas de hojas que suben hasta más arriba de la cabeza del jinete.

Pudiera tenerse por el ejemplar más antiguo el escocés, más obscuro. Magnífico retrato que se acerca cual pocos al color de los venecianos. Todo el que lo ve habla entusiasmado de su vida maravillosa, de la pasmosa maestría del color y del claro-obscuro del dibujo del caballo. En lo que se refiere al detalle, difícilmente podría alcanzarse tal manifestación de potencia artística en tan reducido espacio (1). Rara vez aparece más arrebatadora é inimitable la luz reflejada de Velázquez. El cielo azul intenso, recortado por blancas y luminosas nubes, da el fondo para la figura, iluminado por un rayo de sol. El oro del adamascado de la armadura, de los arneses, el brocado del paño que cubre la silla y del calzón, el relampaguear de los mosquetes, todo brilla como un atavío de oro, diamantes y piedras preciosas.

El tercer ejemplar pasó en el siglo XVIII, atribuído á Gaspar de Crayer, de la galería Manuheimer al palacio Schleissheim, y de allí, cuando Otto Mündler (1865) lo declaró de Velázquez, á la Pinacoteca de Munich. Recientemente ha sido trasladado otra vez á su antigua residencia.

En la dirección y disposición de sombras y contrastes nunca ha ido más lejos. Quiso hacer una vez en serio la luz de pleno día de una tarde de verano española. La parte más obscura

(1) ATHENAEUM: 1876. I, 62. WAAGEN: *Treasures*, IV, 444. Of great life and animation of conception admirable in Keeping, and broad and masterly in execution. Grösse 49″ × 40″. Schleissheimer Bild, 1,35 × 1,14. El del Prado, 3,13 × 2,39.

es la armadura, que irradia los reflejos metálicos de una superficie bruñida. La cabeza gana con esto. El que se haya representado al Conde Duque por los obscurecidos y apagados retratos de sus discípulos con sus sombríos colores, se maravillará de los ojos azules de aquella fisonomía y barba rubicundas de un verdadero godo.

Como quiera que este Schleissheim-Velázquez hubiera sido recientemente calificado resueltamente por opiniones autorizadas, como «indudablemente una excelente copia ó un hábil pastiche, y descartado en tal concepto» (1), el autor de esta obra, con el objeto de examinar el cuadro, y realizando un pensamiento anterior, volvió el año 1901 á hacer una excursión al palacio Schleissheim, y en una tarde de verano estuvo más de media hora sentado delante de él. Pero aun con más claridad que ante aquel oráculo de Madrid, me pareció que dicho lienzo difería profundamente de todas las numerosas copias y modernas falsificaciones que yo había visto hasta entonces. Ya de por sí aquel difícil sistema de variaciones de entonación gradualmente aclaradas es algo que no se le ocurre precisamente á un copista. Y las pequeñas modificaciones son de tal entidad, que sólo pueden provenir de un cerebro que lleva muchas cosas propias encerradas dentro de sí. Por ejemplo, los plateados arneses de la grupa del caballo, que tanta vida comunican á la blanca superficie. Quien quisiere observar al pintor ante su caballete lleno de su visión, debe mirar este lienzo. ¿Quién sino él, por medio de incesantes variaciones de finos matices, desde las transparentes tintas obscuras y el verde obscuro saturado hasta los blancos (dominantes) tan variados del humo de la pólvora, del caballo, de las nubes, en la luz difusa podría alcanzar con tan magistral seguridad en los sueltos y desunidos rasgos y puntos con la marmórea plasticidad de aquel jinete que parece alzarse del suelo y salirse

(1) Beruete: *Velázquez*, pág. 109. Ambas cosas se contradicen, así como el *à non pas douter*.

del marco? Este juego de prestidigitación era incomprensible en un tiempo en que Velázquez ni era conocido ni estimado, pues el retrato fué adquirido después bajo nombre supuesto (de Crayer). La piedra de escándalo es probablemente esta misma claridad y finura de la obrita, que no armoniza con la idea dominante de los rasgos genialmente abocetados.

Recientemente se ha copiado el retrato de Madrid del tiempo de su apogeo ministerial, á menudo como pareja del rey. Tales copias, llamadas bocetos, se encuentran, por ejemplo, en la galería de Hertford House; en ella se ha alcanzado con fortuna el colorido del original. En la galería de San Telmo hay una de menos valor.

En cuanto á la fecha del retrato, la edad del modelo y el estilo pueden dar datos aproximados. La cabeza no tiene aún el aspecto de hinchazón senil que vemos en el grabado de Poncels (1638). Por el tono y el claro-obscuro podría colocarse antes del retrato del príncipe de 1636, no muy lejos de la galería de capitanes del Buen Retiro.

Carlos Justi

CRÓNICA LITERARIA

Tres poetas.—*Estrofas*, por Ricardo Catarineu.—*Vendimias juveniles*, por Manuel Ugarte. — *Alma*—*Museo* — *Los cantares*, por Manuel Machado.

De algún tiempo á esta parte se observa un renacimiento en la lírica castellana. No sin vacilación he escrito la palabra renacimiento. Tal vez es demasiado vasta para el asunto. Quizás hubiera sido preferible decir en términos pedestres y llanos que se publican más libros de poesías dignos de leerse y aparecen más poetas merecedores de este excelso título que en el período que siguió á los triunfos de Campoamor y Núñez de Arce.

En realidad, la lírica es el género que en nuestra literatura ha padecido menos las mudanzas de la fortuna. Desde el siglo XVI hasta los días actuales, los momentos de esterilidad ó decadencia son relativamente breves, y hasta en períodos en que los demás géneros literarios decaen grandemente, como el siglo XVIII, ella se conserva y mantiene. No ha podido haber, pues, un verdadero renacimiento, puesto que no ha existido un largo eclipse de este género literario, ni tampoco puede admitirse la desmedida pretensión de algunos admiradores de la nueva poesía, que en prólogos ó en artículos encomiásticos de los poetas modernistas nos enteran de que jamás las musas castellanas tuvieron tal agilidad rítmica, ni penetraron tan hondo en las almas, ni sirvieron tan bien á la belleza como ahora se la sirve por los vates del modernismo.

En este punto se desatina mucho hasta por escritores de cierta autoridad, y se menosprecia injustamente á los grandes poetas españoles del siglo XIX, acusando, v. gr., á algunos de huecos y campanudos, sin pararse á examinar siquiera la relación visible entre los asuntos que trataron, y su estilo poético y la influencia que aquéllos ejercieron sobre éste. A estos juicios precipitados é injustos, que no alcanzarán seguramente la consagración de la historia literaria, contribuye lo poco que se lee á los poetas de la primera, y aun á muchos de la segunda mitad del siglo XIX; el crepúsculo histórico en que van quedando sumidos, ni cerca ni lejos, en el punto confuso del tránsito de la visión histórica, del paso de la visión contemporánea á la visión lejana de lo pasado, y la falta de aptitud de muchos de los que escriben de cosas literarias, para apreciar la influencia de las variaciones del gusto en el juicio que formamos de los autores algo lejanos que no van vestidos á la misma moda intelectual que nosotros y no han llegado á la consagración estatuaria de los clásicos, que son ya como la escultura, para la cual no rigen modas del vestir. Indudablemente, sentimos más de acuerdo con los poetas contemporáneos nuestros, los entendemos mejor y nos cuesta menos trabajo aplaudirles cuando aciertan, porque participamos del ambiente en que ellos se han formado y del fondo de ideas y de sentimientos que cantan. Pero esto no debe ofuscar nuestro juicio; antes bien, debemos despojarlos y despojarnos nosotros mismos de estos accidentes históricos para apreciar comparativamente sus obras. Entendemos mejor á la nueva generación de poetas, sentimos más con ella, pero no podemos sin una aberración manifiesta declararla superior á aquella cohorte de poetas en que hubo un Zorrilla, un Becquer, un Tassara. ¿En qué son superiores los de ahora? No lo son en la rima, no lo son en la expresión. En lo único en que se les puede reconocer alguna superioridad es en lo que procede del ambiente social, en lo que es obra del progreso de las ideas y de la afinación gradual del gusto. Tienen más libertad y más varie-

dad en los asuntos; su psicología ofrece más matices y es más complicada; pero en cambio, otras condiciones poéticas, como la elevación y la grandeza, les faltan, ó sólo las poseen en muy escaso grado.

Sin insistir en estas comparaciones, que he apuntado solamente para salir al encuentro de las exageraciones en que frecuentemente se incurre al hablar de nuestra lírica novísima, justo es reconocer que entre sus cultivadores hay excelentes poetas. A tres de ellos voy á consagrar esta crónica, y la aproximación casual en que los junta el azar de mis lecturas servirá para mostrar dos cosas: que no hay diferencia esencial entre los poetas hispano-americanos y los españoles, y que con la poesía que suele llamarse modernista, caracterizada por una tendencia innovadora en la rima, por la afición á los asuntos exóticos é históricos, por la tendencia á lo anormal, á lo raro y á lo exquisito, conviven, sin desmerecer, las formas rítmicas y las concepciones poéticas que podemos llamar tradicionales, y aun antiguas, pues ahora anda el tiempo tan de prisa que á menudo resulta antiguo lo de ayer.

*
* *

El primero de los poetas de quienes voy á hablar brevemente es Ricardo Catarineu, periodista notable, crítico dramático muy concienzudo é independiente y delicado poeta antes y después de haber ejercido esos otros oficios literarios. Su libro *Estrofas* es una breve colección de poesías de gran valor artístico. Catarineu no es modernista, ni superhombre: se contenta con ser un verdadero poeta, dueño de la rima y dotado de una gran sensibilidad comunicativa. Tiene este escritor una modestia extremadamente simpática que contrasta con el cabotinesco orgullo que padecen no pocos cortesanos de Apolo y discípulos más ó menos aprovechados de las musas.

Cuando en su *Ofrenda*, en la ofrenda de sus versos á los jóvenes poetas, dice

Con un humilde ramo de violetas
Vengo á vuestro jardín amplio y frondoso,

no podemos menos de pensar que esas violetas valen mucho más que la mayor parte de las pretenciosas orquídeas y crisantemas que se cultivan en las estufas literarias.

Catarineu cultiva los metros y las combinaciones tradicionales. No se inclina á las innovaciones métricas, de las que dice con razón Unamuno en el prólogo á otro libro de poesías, de Manuel Machado, de que se hablará más adelante, que son muchas veces artificios visuales, cuando no tipográficos. Tampoco persigue en sus poesías á la novedad por el camino de las sensaciones raras y anormales. Acaso piensa que en el fondo de los fenómenos del espíritu humano hay un manantial inagotable de originalidad. Los grandes sentimientos de la especie no envejecen. Viejo como el mundo es el amor, y sin embargo el sentimiento de la pareja primitiva arranca cada día nuevos acordes de las almas.

No, las cosas bellas no envejecen. Cuando Catarineu, en sus poesías *La casa cerrada* y *Visión nocturna*, nos presenta una pareja amorosa como representación de la eterna fuerza renovadora del amor, en medio de la caducidad de las cosas, del olvido, de las ruinas que va causando el tiempo; cuando en un madrigal pinta el contraste entre los labios que dicen amor y los ojos indiferentes y fríos que lo niegan; cuando en *Ideal* habla de la visión de ensueño que visita las noches del poeta, sigue sin duda un camino que han recorrido muchísimos poetas; pero en esa senda hay perspectivas nuevas para el que sabe verlas. Esos paisajes morales se transforman ante los ojos que los miran.

Entre las poesías de Catarineu que más honda impresión me han causado está *Plegaria*. Propiamente hablando, no es una poesía religiosa, no es la poesía de un creyente. Es una plegaria laica, ó mejor, agnóstica, en que se ruega por los seres queridos, por la mujer amada y por los hijos, á un Dios ignorado, al gran misterio de las cosas, al Poder que teje los hilos del destino. Lo más conmovedor en ella es la intensa ternura, el puro sentimiento familiar, que aquí no aparece con

la ñoña expresión con que suele presentársenos en la poesía moderna las raras veces que á ella asoma este sentimiento, sino lleno de espontánea y jugosa realidad. Triunfa en esta bella composición la poesía de las cosas sencillas, naturales, de los sentimientos que anidan en todas las almas, poesía que por su misma sencillez, por luchar con la vulgaridad del asunto, es más difícil que la que persigue á la atención con delirios y extravíos espirituales. Al mismo tiempo es una poesía más generosa y expansiva, que hará latir más corazones y es fuente de más caudalosa emoción.

Lo propio ocurre en las poesías en que Catarineu canta el amor. Así como en los más refinados y quintesenciados amores la raíz honda y primitiva es el impulso sexual, á través de todas las complicaciones psicológicas modernas late el eterno dúo de Romeo y Julieta. El amor cambia de accidente, no de esencia.

El libro de Catarineu lleva un excelente prólogo de Manuel Bueno.

***

Al escritor argentino D. Manuel Ugarte, de quien más de una vez hemos hablado en estas crónicas, no le conocíamos como poeta hasta la publicación de su libro *Vendimias juveniles*. Ugarte es un cronista, un cuentista, un crítico. También ha escrito, con menor fortuna, de sociología. Tiene estilo, vivacidad de espíritu, buen gusto y entusiasmo. Como poeta en verso no se nos muestra inferior al prosista. Buena parte de las composiciones reunidas en sus *Vendimias juveniles* tratan asuntos franceses, escenas de vida parisiense; pero la rima, la música es puramente española. Desde el punto de vista de la métrica, Manuel Ugarte es uno de los poetas americanos más españoles, y de los que mejor versifican. Es un vate español por los metros, francés por la inspiración.

Citemos entre los versos de las *Vendimias juveniles:* el *Retrato*, que es una pincelada poética, distinguida y elegante; *Andaluza*, composición briosa y ardiente; *Rosas de ayer*, *Los*

alfileres, de corte de madrigal. Ese tono de madrigal, galante y tierno, aparece en otras diversas poesías, pero las hay de más altos vuelos, de sentimentalidad más profunda. Tales son *Visión desvanecida*, en que el poeta recuerda esa fugitiva figura de mujer que cruzó un día por delante de nosotros, que era tal vez el amor, que era tal vez la felicidad, y á quien, sin saber por qué, dejamos pasar sin irnos tras de ella, sin hablarla, sin desflorar su misterio de desconocida, y que acaso por ese mismo misterio nos ha dejado la huella de una sonrisa en el alma. *Camino del Moulin Rouge* es de sabor romántico. Canta el poeta una hora amarga de la cortesana, un momento en que siente y se duele de sí misma la muñeca del placer. El romanticismo exageró sin duda la rehabilitación literaria de los decaídos, de los degradados, de los miserables de todas clases, pero al menos tuvo el mérito de hacer resaltar que todos esos náufragos de la vida eran también personas, y podían sentir alguna vez con nobleza y purificarse con lágrimas. La poesía de Ugarte es sentida y no declamatoria. Más alegre es *Domingo en el campo*, idilio juvenil de griseta y estudiante, ó de costurera y poeta incipiente, que no son nadie y son esas cosas bellas y augustas que se llaman *Juventud* y *Amor*. El alegre ritmo de esa poesía es movido y vivo, como una marcha de organillo ó un vals rápido de orquesta popular. Es la alegría inconsciente, el amor á la vida, la ilusión de amar de las almas nuevas, no usadas aún por los desengaños. *Musa de ajenjo* es una poesía baudelaireana, de expresión intensa y fuerte:

Tus ojos de felpa obscura
Tienen extrañas virtudes.

Podría prolongarse la cita, pues las *Vendimias juveniles* ofrecen gran variedad de matices poéticos. Pero otro poeta nos espera.

*
* *

Manuel Machado es todo un poeta, un egregio poeta, como dicen los italianos. Debe de producir poco. Acaso cincela como

Heredia, aunque en otro sentido más interior, pues evidentemente Machado no es un esclavo de la rima, ni un adorador de la forma en el sentido parnasiano. Buen número de las composiciones que ahora nos presenta en su libro *Alma*, *Museo*, *Los cantares* se habían publicado ya.

Es, ante todo, un poeta delicado, exquisito. No encontraréis en sus poesías nada tosco, nada vulgar, nada que desentone de un gusto refinado, lo mismo cuando acomete asuntos históricos, como la glosa de una escena del Myo Cid, que cuando escribe esa graciosa y aérea fruslería titulada *Aleluyas madrigalescas á una amiguita*.

Sus poesías son muy varias. Forman una pequeña antología de motivos poéticos, que va desde las composiciones de autoanálisis psicológico en que el poeta canta el desaliento, la disolución de la voluntad, hasta los cantares de ritmo andaluz, que parecen rimar con una lejana música de guitarra, ardiente y apasionada.

Los cuadritos y retratos históricos que forman la sección titulada *Museo* son de lo mejor del libro, y, á mi parecer, está en ellos perfectamente entendido el carácter de la poesía histórica, la cual no necesita ser una minuciosa reconstrucción erudita, sino ante todo una resurrección plástica que hable á la fantasía. Composiciones de éstas hay de una gran exactitud, como *Castilla* (el episodio del Myo Cid), *Retablo*, *Don Carnal*. Otras se alejan más de la Historia, que es su fuente y modelo; pero importa poco que se permitan algún capricho imaginativo, porque dan la sensación de las cosas y sentimientos pasados. Esta es la misión del poeta y, en general, la del artista en los asuntos históricos: dar la sensación de lo pasado. La sensación es mucho más vaga que el concepto, y no exige la precisión del detalle ni la nimia exactitud arqueológica de los trabajos de erudición. Es un conjunto lo que nos ofrece. Además, estas poesías históricas se escriben para todo el mundo, es decir, para un público que tiene cultura superficial, que no suele pararse en pormenores, ni está preparado para compulsar el

grado de verdad histórica de las imágenes que el poeta le presenta.

Las poesías que me parecen menos importantes en la obra de Machado son las que se agrupan bajo el título *De la historia de Pierrot*. Estos personajes de comedia de marionetas, elevados á símbolo de la comedia humana, son amanerados, pequeños; siguen siendo fantoches, aunque sean fantoches sentimentales. Su simbolismo no tiene raíces entre nosotros, es exótico y pegadizo; inspiran á lo sumo curiosidad, no interés. Y eso que Machado, con ese dón de delicadeza y de medida que distingue á sus poesías, no exagera, no hincha demasiado estas figuras frágiles, no las hace demasiado trágicas ni demasiado símbolos. En su colección de versos son un episodio.

El autor de *Alma* es un espíritu muy culto, y para cultos son principalmente sus poesías, no por obscuras ni por intrincadas, que no lo son, salvo alguna que es excepción en esto, porque carecen, por lo general, de la fuerza y el ruido con que los poetas populares mueven las almas dormidas de la multitud, que no se agitan con leves arpegios ni con sabias armonías, y sí se abren á los gritos de pasión ó á las sonoras estrofas cuya vibración se prolonga muy á lo lejos. Es demasiado exquisito este poeta, está demasiado absorto en su propia alma, es demasiado intelectual, *demasiado representación*, y lo que mueve á las multitudes, lo mismo en arte que en la vida, es la acción, el proselitismo, lo comunicativo. Los espíritus muy refinados no sirven para eso. Desprecian la acción, miran con recelo la efusión. Sus obras tienen que ser regalo para pocos, pues sólo sus semejantes, los que sienten como ellos, pueden apreciarlas justamente.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Costumbres: Falsarios y falsedades artísticas.=Literatura: Shakspeare juzgado por Tolstoi. = Crítica: Errores geográficos.—Déficit y súperat.—El sherlokholmismo.—Orden del día.=Cuestiones sociales: El complot contra la familia.=Pedagogía: La composición italiana.=Impresiones y notas: La leyenda de Santa Cesárea.—Las ratas.—El Sion-Tao.

COSTUMBRES

Falsarios y falsedades artísticas. — ¿Se puede estar seguro de que un cuadro atribuído á Rafael, á Velázquez, á Rembrandt, á Murillo, es realmente obra de estos artistas? Pablo Gsell ha dirigido esta pregunta á los más perspicuos inteligentes y á los peritos más acreditados, y todos, según afirma en *La Revue*, le han contestado que no. Jamás puede certificarse de una firma célebre con seguridad plena y absoluta; las pruebas que en la mayoría de los casos suelen darse, son más bien presunciones morales, pero no argumentos de hecho; de modo que no puede uno estar seguro de poseer una obra auténtica sino cuando la ha comprado directamente al mismo artista, ó cuando el autor la reconoce como suya. Y... ¡aún!

Supongamos un escultor ilustre y ávido de dinero: los encargos afluyen y no puede servirlos. ¿Los rechaza? No; un ejército de auxiliares le ayuda; y mientras él se dedica á una estatua, ellos hacen las otras y él las firma todas. ¿No se ha visto y se ve eso? ¿No se ve hasta en la literatura misma, obras, novelas sobre todo, escritas por uno y dadas á luz con el nombre de otro? Y si eso sucede con las obras contemporá-

neas, ¿qué decir de las antiguas? No hay modo de comprobar su autenticidad. — ¡Pero si este Chardin viene de mi abuelo, que lo había heredado de su padre, que lo había comprado al señor Tal, á quien el mismo Chardin se lo había vendido! ¡Aquí tengo los papeles de todas estas ventas y transmisiones! —¿Y qué prueban esos papeles? ¿No se imita la escritura mejor que los cuadros? Y aun admitida la autenticidad de los papeles, ¿quién asegura que no se ha sustituído una copia al original?—Es verdad; pero he aquí un techo de Fragonard, pintado sobre el mismo yeso, y que no se ha movido desde que el duque de Tal hizo el encargo á Fragonard en el siglo XVIII. — ¿Y no ha sido restaurado el hotel desde entonces? —Sí, señor; varias veces.—¿Y creéis que los modernos vándalos encargados de esas restauraciones han dejado en el techo ni un centímetro cuadrado de la pintura original? Esos bárbaros frotan con trípoli y con papel de lija como si se tratara de una escopeta, y en cuanto han pasado por alguna parte, ¡adiós, maravilla! —¡Bueno, bueno! Pero lo que es de este Watteau no hay nada que decir: el célebre perito Tal, después de haberlo examinado escrupulosamente, lo ha declarado indiscutible. — Pero ¿usted cree en los peritos? ¡No me haga usted reir! Su sistema es conocido: tienen catálogos de todas las exposiciones y ventas celebradas desde hace muchos años; los consultan, y si comprueban que un lienzo ha sido vendido dos ó tres veces como Watteau, proclaman que es un Watteau; y esa es su ciencia: de ahí que los propietarios de lienzos no catalogados pongan tanto empeño en hacerlos admitir en las exposiciones: recibida la dichosa etiqueta, ya puede circular el cuadro como moneda de buena ley.

Verdad es que los peritos tienen otros elementos para formar juicio, y que pueden dictar sus sentencias atendiendo á signos materiales que estiman convincentes. He aquí un Rembrandt; la firma, contrastada con lente, es la del maestro; la tela es de las dimensiones que solía emplear; es del siglo XVII, como lo acredita el grano del tejido; los colores son los usados

habitualmente por Rembrandt: gris-rojos, pardos y oros; los tonos están aplicados con arreglo á los procedimientos del mago holandés: empastes de blanco dorado en las luces, frotes muy líquidos en las sombras, toques diáfanos en los claro-obscuros; los personajes son los que él se complacía en pintar: turcos revestidos de resplandecientes bordados, filósofos pensativos, rudos carpinteros y mendigos: aquello es evidentemente un Rembrandt.

Pues puede no serlo. Lo más fácil de imitar son los signos de esa especie. El primer cuidado de los falsarios es el reunir en su imitación todas esas pruebas materiales de autenticidad; para ello compran malos cuadros antiguos, raspando su pintura para aprovechar el lienzo; los que se dedican á falsos dibujos cortan las hojas de guarda de los libros antiguos con el mismo objeto; y vencida esta dificultad, las demás son puro juego para ellos. Lejos de ser una prueba las garantías materiales, cuantas más garantías se acumulen más motivos hay para desconfiar.

Además de esto los expertos se equivocan; y si no, ahí está la historia de la famosa tiara de Saitafernes, con la enorme plancha que con ella han hecho los peritos de más fama. Eso sin sospechar de la lealtad de esos señores, aunque hay motivos para ponerla en tela de juicio. ¿No es para asombrar que, en cuanto un maestro se pone de moda, por todas partes aparecen obras suyas certificadas por los peritos como auténticas? ¿Llegan los Fragonard á obtener grandes precios? Pues todos los Huberto Robert hechos en Tívoli, y todos los antiguos retratos de la escuela inglesa, se bautizan Fragonard. Este fenómeno se ha repetido y se repite muchas veces con Ruysdael, con Rubens, con Velázquez, con Goya, y las víctimas de tales errores de los peritos, voluntarios ó involuntarios, son los pobres aficionados. No hay que compadecerles, sin embargo, demasiado; hay pocos que amen verdaderamente los cuadros, y que merezcan el nombre de aficionados; no se compran en general las obras de arte por sí mismas, sino por reclamo y por

especulación. Si el banquero tal compra un Goya, no es porque lo admire, sino para dar al público la impresión de la importancia y solidez de su casa de banca; de paso, espera también que los valores Goya sigan subiendo, y que lo comprado en 100.000 francos pueda venderse en 200.000.

Para lo que pueden servir los signos materiales es para probar la falsedad cometida. Supongamos que en el papel de un dibujo firmado por Rubens se lee en la filigrana 1890; es evidente que aquel dibujo es falso; lo mismo sucederá si en el dibujo ó en el cuadro se ven trajes del siglo XVIII, ó un globo, ó un tren. Para esto hay que fijarse mucho, y no dejarse llevar de las apariencias, como le sucedería al que rechazara un supuesto Rembrandt porque sus figuras aparecieran con sombrero de copa, pues hay muchos sombreros de copa en las estampas de Rembrandt.

Las presunciones morales tienen para Gsell más valor que las pruebas materiales. En las obras de arte el alma es el todo. Hay que buscar en los cuadros el alma del artista, y si se encuentra en ellos, la obra es suya. Quizá no sean esas presunciones tan decisivas como ciertas pruebas materiales; posible es que grandes pintores hayan firmado obras malas en las que su genio no haya intervenido; y tampoco es imposible que en momentos de depresión física ó moral hayan hecho alguna chapucería; pero como en tales casos su verdadera personalidad está ausente, en realidad no hay error en afirmar que aquellas obras no son suyas. Por el contrario, si una obra reúne todos los caracteres de un autor determinado, tampoco hay error en afirmar que es suya, aunque quizá la haya ejecutado otro.

Pablo Gsell desprende de su trabajo algunas conclusiones que le sirven para formular las reglas siguientes:

No hay que ocuparse nunca de la autenticidad de una obra que se quiere comprar.—Hay que burlarse de la firma que lleve.—No hay que dar importancia ninguna á los signos materiales que el vendedor hace valer para atestiguar la autentici-

dad.—Deben desdeñarse como papeles ridículos los certificados escritos.—Hay que atenerse exclusivamente al valor artístico de la obra misma.

Sabida es la broma de Miguel Angel. Hizo una imitación del antiguo y la enterró; alguien exhumó la escultura, y tomándola por una obra griega, alabó su perfección; la estatua carecía de un brazo; Miguel Angel se lo había roto, y al presentarlo quedó probado que él era el autor de la famosa maravilla. Pues bien: si un aficionado hubiera comprado aquella estatua por su belleza únicamente, ¿se hubiera juzgado víctima de un robo al saber que no era una antigüedad, sino una obra de Miguel Angel?

Otra observación. No se deben comprar obras atribuídas á maestros antiguos que se han puesto de moda, pues se corre el riesgo de comprar una falsificación, y en todo caso de pagar las obras muy por encima de su verdadero valor. En cada época hay preciosidades que, no siendo de moda, son de modesto coste; esas son las que deben coleccionarse. Y la elección debe dirigirse, no sólo á las obras antiguas, sino también á las contemporáneas; el inteligente encuentra á veces obras maestras en el taller de artistas todavía desconocidos, y además de alentar con su adquisición al artista y de enriquecer su colección hace un buen negocio, pues á lo mejor las obras de aquel autor conquistan el favor público y su valor aumenta de un modo fabuloso.

En suma: la regla única para el aficionado debe ser siempre la de comprar lo que es bello, sin mirar la firma y sin dejarse llevar de la corriente de la moda. Pero ¿y qué es lo bello?... ¡Ah! A eso sólo se puede decir con Sganarelle que... «Aristóteles ha dicho sobre el asunto muy buenas cosas».

LITERATURA

Shakspeare juzgado por Tolstoi.—Sin quitar ni poner, transcribimos íntegro, tomándolo de la *Revue Bleue*, el juicio

parodójico que Tolstoi emite sobre el gran dramaturgo inglés, tal como Bienstock lo ha traducido directamente del manuscrito original. Helo aquí:

Recordando las luchas, las dudas, el fingimiento, los esfuerzos que me costó mi deseo de ponerme al diapasón en lo que á Shakspeare atañe, y suponiendo que muchos han experimentado y experimentan lo mismo, he pensado que no sería inútil exponer lisa y llanamente mi opinión, que está en desacuerdo con la opinión de la mayoría.

Me acuerdo del asombro que experimenté á la primera lectura de Shakspeare. Esperaba recibir un gran placer estético, y después de haber leído sucesivamente todas las obras reputadas como mejores, *El rey Lear*, *Romeo y Julieta*, *Hamlet*, *Macbeth*, no sólo no experimenté placer, sino que sentí hasta asco, fastidio, asombro. ¿Es que estoy yo loco al parecerme nulos y malos los dramas tenidos por obras maestras, ó esta importancia que se atribuye á las obras de Shakspeare es una locura? Mi asombro era tanto mayor cuanto que siempre he sentido vivamente las bellezas de la poesía en todas sus formas.

No podía resolverme á formular un juicio definitivo, y durante cincuenta años me he puesto muchas veces á estudiarme y á releer á Shakspeare en todos sus aspectos, en ruso, en inglés, en alemán, en la traducción de Schlegel, como me aconsejaban. He leído muchas veces los dramas, las comedias, las crónicas, y cada vez he experimentado la misma impresión: asco, fastidio, asombro.

Antes de escribir este artículo, ahora que soy un viejo de setenta y cinco años, deseando estudiarme otra vez más, he vuelto á leer á Shakspeare, entero, hasta las *Crónicas*, *Troila y Cressido y Cimbelina*, inclusive, y he experimentado de nuevo, con mayor fuerza todavía, los mismos sentimientos, salvo el asombro, reemplazado por la convicción firme é inquebrantable de que esa gloria indiscutida de grande y genial escritor de que goza Shakspeare, y que obliga á los escritores de nuestro tiempo á imitarle, y á los lectores y á los espectadores

á deformar su comprensión estética y ética para admirarlo, es, como toda mentira, un gran mal.

Sé que la mayoría de los hombres está tan convencida de la grandeza de Shakspeare, que después de haber leído lo que pienso de Shakspeare no tratará de reconocer si mi opinión es ó no fundada, y no la prestará atención; sin embargo, en la medida de mis fuerzas, trataré de demostrar por qué estimo yo que Shakspeare no sólo no puede ser tenido por escritor genial, sino ni siquiera por escritor mediano. Tomaré para ello uno de los dramas más glorificados de Shakspeare: *El rey Lear*, que alaban á porfía la mayoría de los críticos.

«*El rey Lear* debe ser considerado como el modelo más perfecto del arte dramático en la literatura universal», dice Shelley. «No quisiera hablar largamente de *Arturo*, dice Swinburn; en el mundo de las obras de Shakspeare existen uno ó dos personajes para quienes son insuficientes todas las palabras: tal es el de Cordelia. El lugar que semejantes personajes ocupan en nuestra alma no puede definirse con palabras. Su puesto está en el fondo secreto de nuestro corazón, donde no penetran la luz ni el ruido de la vida cotidiana. En las catedrales del arte humano superior, como en la vida interior, existen capillas que no están hechas para ser abiertas á los ojos y á los pasos del mundo. El amor, la muerte, el recuerdo silencioso conservan para nosotros algunos nombres queridos. Es la más alta gloria del genio, el mayor milagro y el mayor dón de la poesía, poder añadir al número de estos recuerdos, guardados en nuestro corazón, nuevos nombres de obras poéticas.» «En su *Rey Lear*, Shakspeare ha medido con la mirada el abismo de los horrores, y á este espectáculo su alma no conoció ni miedo, ni vértigo, ni piedad», dice Brandès. «Algo como un sentimiento de veneración nos sobrecoge en el dintel de esta tragedia, un sentimiento análogo al que habéis experimentado en el umbral de la Capilla Sixtina con su techo pintado por Miguel Angel. La única diferencia es que la impresión es mucho más penosa, el grito de dolor más sensible, y la ar-

monía de la belleza está quebrantada por el demonio de la desesperación.» Tales son las opiniones de los críticos en lo que concierne al *Rey Lear*. Creo, pues, no equivocarme escogiéndola como modelo de los mejores dramas de Shakspeare.

Según estos mismos críticos que glorifican á Shakspeare, la condición esencial de todo drama es que los personajes, tanto á causa de los actos propios de sus caracteres como por la marcha lógica de los acontecimientos, estén colocados en tales situaciones que se encuentren en oposición con el mundo que les rodea, de modo que estos personajes, obligados á luchar contra el mundo, suprimen en esa lucha las cualidades que les son propias.

En *El rey Lear* los personajes, exteriormente, están, en efecto, colocados en oposición con el mundo que les rodea, y luchan contra él. Pero esta lucha no brota de la marcha natural de los acontecimientos y de los caracteres de los personajes; el autor la establece completamente á su arbitrio, de modo que no produce en el lector ó el espectador la ilusión que es condición esencial del arte.

Lear no tiene ninguna necesidad ni pretexto para renunciar el poder; no tiene ninguna razón, habiendo vivido siempre con sus hijas, para creer en las palabras de las mayores y dudar de la sinceridad de la menor. Y sin embargo, en eso está basado todo lo trágico de su situación.

Tan poco natural como ésta es la relación análoga de Gloster con sus hijos. Como el rey Lear, Gloster cree de pronto en el engaño más grosero, y no trata ni aun de preguntar al hijo calumniado si es verdad lo que se cuenta de él. Le maldice y lo expulsa. Esa semejanza de situaciones de Lear y de Gloster para con sus hijos muestra con evidencia que han sido inventadas expresamente y no brotan de los caracteres ni de la marcha natural de los acontecimientos. Lo mismo de poco natural y de inventado es el hecho de que Lear no reconozca en todo el tiempo á su antiguo servidor Kent; de donde resulta que la

actitud de Lear para con Kent no puede provocar la simpatía del lector ni del espectador.

Lo mismo y en mayor grado puede decirse de la situación de Edgar, á quien nadie reconoce, que conduce á su padre ciego, y le convence para que se arroje de una roca cuando Gloster salta sobre un sitio llano. Estas situaciones en que están colocados arbitrariamente los personajes son tan poco naturales, que el lector ó el espectador no sólo no puede compadecerse de sus sufrimientos, sino que ni aun puede interesarse por lo que ve.

La segunda objeción es que todos los personajes de este drama—como de los demás de Shakspeare—viven, piensan, hablan y obran sin la menor conformidad con el tiempo ni el lugar. La acción del *Rey Lear* pasa ocho siglos antes de Jesucristo, y sin embargo, los personajes se encuentran en condiciones que sólo eran posibles en la Edad Media. En la acción toman parte reyes, duques, ejércitos, bastardos, gentileshombres, cortesanos, doctores, colonos, oficiales, soldados, caballeros armados, etc. Posible es que tales anacronismos, que abundan en los dramas de Shakspeare, no hayan sido nocivos á la ilusión de los espectadores de fines del siglo XVI y comienzos del XVII; pero en nuestros días es imposible seguir con interés la marcha de sucesos que, como es sabido, no podían verificarse en las condiciones que el autor describe con abundantes pormenores. La invención de las situaciones, que no brotan de la marcha natural de los sucesos y de las particularidades de los caracteres; la incompatibilidad de estos acontecimientos con las condiciones de tiempo y de lugar, resaltan todavía más gracias á esos ornamentos enfáticos que Shakspeare emplea constantemente en los pasajes que deben parecer particularmente conmovedores. La tempestad extraordinaria durante la cual corre el rey Lear por los zarzales, ó las hierbas que se pone en la cabeza, como Ofelia, no se sabe por qué, ó el disfraz de Edgar, ó las palabras del bufón, ó la entrada del caballero enmascarado, que no es otro que Edgar, todos esos

efectos no sólo no aumentan la impresión, sino que la disminuyen. «Man sicht die Alsicht und man wird verstimmt», como dice Goethe.

Con estos efectos, evidentemente buscados, como el cadáver arrastrado por las piernas, las muertes de media docena de personajes con que terminan todos los dramas de Shakspeare, en lugar de suscitar temor ó piedad, sólo resultan ridículos.

Aparte de que los personajes de Shakspeare están colocados en situaciones trágicas imposibles que no brotan de los acontecimientos y que son impropias del tiempo y del lugar, tampoco obran conforme á su carácter; todos sus actos son arbitrarios.

Se afirma ordinariamente que los dramas de Shakspeare valen sobre todo por los caracteres; que los caracteres de Shakspeare, á pesar de su claridad, son complejos como caracteres de hombres vivientes, y que, al expresar el carácter de cierto personaje, expresa al mismo tiempo las cualidades del hombre en general. En una palabra: es corriente decir que la pintura de caracteres en Shakspeare está hecha magistralmente.

Se afirma eso con mucha seguridad, y todos los autores lo repiten como verdad indiscutible. Yo, por más que he tratado de buscar la comprobación en los dramas de Shakspeare, he encontrado siempre lo contrario. En cuanto empezaba la lectura de cualquier drama que fuera, en seguida me convencía de la falta del medio principal y único de la pintura de caracteres: el lenguaje, es decir, la adecuación del lenguaje de cada personaje con su carácter. En Shakspeare eso no existe. Los personajes de Shakspeare no hablan su lengua propia: todos hablan la lengua de Shakspeare, lengua de imágenes, artificiosa, que no podía ser la de los personajes que representa y que, en general, no ha podido ser nunca la de ningún viviente.

Ningún sér viviente ha podido ni puede decir lo que dice el rey Lear: que en el ataúd se divorciará de su mujer si Regana no le acoge; ó que los cielos se desgarrarán á sus gritos, que

los vientos estallarán ó que el viento arrastrará á la tierra en el mar, ó que las olas vedijosas quieren inundar sus orillas, como habla el caballero al describir la tormenta, etc.

Y aun es poco todavía que ningún personaje tenga lenguaje propio y no hable como los seres vivientes; todos padecen logorrea. Los enamorados, los que se preparan á morir, los combatientes, los moribundos, todos hablan con una locuacidad extraordinaria y de cosas completamente imprevistas que nada tienen que ver con la acción, guiándose más por el consonante y los equívocos que por las ideas. Y todos hablan la misma lengua. Lear delira exactamente como Edgar. Kent y el bufón hablan precisamente del mismo modo. Se pueden poner en boca de un personaje las palabras de otro, pues jamás es posible reconocer por las palabras el carácter del que habla. Las palabras son diferentes, pero siempre es Shakspeare quien las pronuncia y nunca sus personajes. Así habla siempre Shakspeare por el rey con la misma lengua enfática, vacía. Esa misma lengua shaksperiana, falsa y sentimental, es la de sus heroínas, que deben ser consideradas como poetisas, Julieta, Desdémona, Cordelia, Imógena, Marina. Todos sus traidores (sus malhechores), Ricardo, Edmundo, Yago, Macbeth, expresan por su boca sentimientos de cólera como jamás los malhechores los expresarán. Y más semejantes todavía son los discursos de los diversos locos con grandes palabras terribles, y los de los bufones, con chistes sin sal. Así el lenguaje de los hombres vivientes, ese lenguaje que constituye en el drama el medio principal de la pintura de caracteres, no se encuentra en Shakspeare.

Si en los dramas de Shakspeare se encuentran á veces personajes que presentan ciertos rasgos característicos, son, en su mayoría, personajes secundarios: Polonio de *Hamlet*, Porcia de *El Mercader de Venecia*. Pero esos pocos caracteres vivos, entre más de quinientos personajes secundarios, y la falta completa de carácter en los personajes principales, no prueban en modo alguno que la cualidad principal de los dra-

mas de Shakspeare consista en la pintura de los caracteres. El hecho de atribuir á Shakspeare el gran arte de la pintura de caracteres prueba que Shakspeare posee, en efecto, una aptitud que para el observador superficial y con buenos actores puede simular el arte de presentar caracteres. Esa aptitud de Shakspeare consiste en saber conducir las escenas en que se expresa el desarrollo de los sentimientos. Por poco natural que sea la situación de sus personajes, por impropia que sea la lengua que les haga hablar, el desarrollo mismo de los sentimientos, la unión de varios sentimientos contradictorios en algunas escenas, están producidos con fuerza y maestría, y con buenos actores retienen, por un instante al menos, el interés del espectador. Shakspeare, actor él mismo é inteligente, sabía, no sólo con palabras, sino con exclamaciones, repeticiones y gestos, expresar el estado de alma y los cambios de sentimientos de sus personajes.

Pero sea cualquiera la fuerza con que se exprese en una escena el movimiento de los sentimientos, una sola escena no puede dar el carácter del personaje, cuando este personaje, después de una exclamación ó un gesto adecuado, empieza á pronunciar en lengua impropia, y según la fantasía del autor, palabras desprovistas de sentido, que no corresponden á su manera de ser.

El valor de una obra poética está subordinado á tres condiciones: 1.ª El asunto (cuanto más importante sea para la vida del hombre, más grande es la obra). 2.ª La belleza de la forma, alcanzada por la técnica que corresponde á cada género de arte; así en el arte dramático la técnica será: la adecuación del lenguaje á los caracteres de los personajes, la exposición natural y al mismo tiempo conmovedora, la sucesión lógica de las escenas, la manifestación y el desarrollo de los sentimientos, y el sentimiento de la medida. 3.ª La sinceridad, es decir, que el autor debe sentir vivamente lo que represente; sin esa condición ninguna obra de arte puede existir, puesto que el fin del arte es transmitir, al que se encuentra en presencia de

una obra artística, el sentimiento de su autor; y si el autor no ha sentido lo que ha representado, el que observe su obra no puede impregnarse de ningún sentimiento, y entonces la obra no puede clasificarse como obra de arte.

Los asuntos de las piezas de Shakspeare, como resulta del estudio mismo de sus glorificadores, son de los más bajos y vulgares; la elevación de los grandes de la tierra se identifica en ellas á la superioridad real de esos hombres que desprecian á la multitud, es decir, á las clases laboriosas, y el autor niega todas las aspiraciones religiosas ó simplemente humanas, tendiendo al cambio del orden existente.

La segunda condición, excepción hecha de la conducta de las escenas en las que se expresa el movimiento de los sentimientos, falta igualmente en Shakspeare. Ninguna de sus situaciones es natural; ninguno de sus personajes tiene su lenguaje propio; no hay sentimiento de la medida, sin el cual no puede haber obra de arte.

En cuanto á la tercera condición, la condición principal, la sinceridad, se halla completamente ausente de las obras de Shakspeare. En todos sus dramas se ve el artificio intencional; se ve que no pone en ellos su alma, que juega con palabras.

Las obras de Shakspeare no responden á las exigencias del arte—no importa cuál,—y además, su tendencia es de las más bajas é inmorales.

¿Cómo, pues, explicar esa inmensa gloria de que, hace más de un siglo, gozan sus obras?

Varias veces, en diversas épocas de mi vida, me ha ocurrido discutir sobre Shakspeare con sus admiradores, no sólo con hombres poco sensibles á la poesía, sino con personas que sentían muy vivamente las bellezas poéticas, como Turgueneff, Fet y otros, y cada vez se acogía del mismo modo mi desaprobación de las alabanzas de Shakspeare. No me hacían objeciones cuando mostraba los defectos de Shakspeare; se compadecían de mi incapacidad de comprenderle, y me mostraban la necesidad de reconocer la grandeza extraordinaria, sobrenatu-

ral, de Shakspeare. No me explicaban en qué consistían las bellezas de Shakspeare; se contentaban con admirar vagamente y de un modo exagerado toda su obra, alabando particularmente algunos pasajes: el rey Lear desabotonando su vestido, las mentiras de Falstaff, las manchas indelebles de lady Macbeth, Hamlet invocando la sombra de su padre, cuarenta mil hermanos, no hay culpables, etc. Abrid Shakspeare al azar, decía yo á esos admiradores, y comprobaréis que jamás encontraréis diez líneas seguidas comprensibles, naturales, apropiadas á los personajes á que pertenecen, y que produzcan impresión artística. Los admiradores de Shakspeare tomaban diez líneas cualesquiera, que no respondían de ningún modo á las exigencias más elementales de la estética y del buen sentido, y admiraban precisamente lo que me parecía inepto, ininteligible y antiartístico. De modo que, en general, en mis tentativas para obtener la explicación de la grandeza de Shakspeare, he encontrado en sus admiradores esa misma actitud que toman, por otra parte, los defensores de cualquier dogma aceptado, no por la razón, sino por la fe. Y esta actitud es la que me ha permitido comprender las causas de la gloria de Shakspeare.

La gloria de Shakspeare se reduce á un fenómeno de sugestión, fenómeno que se produce en todo tiempo en los dominios más diversos de la vida, pero que es frecuente, sobre todo, en el dominio literario.

Semejantes entusiasmos hipnóticos duran frecuentemente poco; pero á veces ocurre, gracias á causas particulares, accidentales, que presentan extraordinaria longevidad. Hasta en tiempos de Roma se había observado ya que los libros tienen con frecuencia extraño destino; unos, á pesar de su gran valor, no tienen éxito, y otros, á pesar de su nulidad, logran éxito inmerecido; de ahí el dicho: *Pro captu lectoris habent sua fata libelli.* Así es como las obras de Shakspeare correspondían al concepto del mundo que tenían esos hombres entre los que nació la gloria, y esa gloria subsiste hasta hoy, puesto que esas

obras corresponden todavía al concepto del mundo de los que sostienen esa gloria.

Hasta el fin del siglo XVIII Shakspeare no gozaba en Inglaterra de reputación particular, y hasta se le colocaba por debajo de sus contemporáneos: Fletcher, Bacon, etc. Su gloria nació en Alemania, y de allí pasó á Inglaterra. He aquí cómo ocurrió la cosa:

Hacia fines del siglo XVIII apareció en Alemania un círculo de escritores y poetas que, sintiendo lo que el drama francés (muy en boga entonces en Alemania) tenía de falso y de convencional, se pusieron á buscar una nueva forma de drama más libre. Como todos los hombres de las clases superiores del mundo cristiano de aquella época, esos literatos—que, admirando el arte griego, estaban bajo su influencia, y permanecían indiferentes á las cuestiones religiosas—pensaban que el drama griego, con las luchas y sufrimientos de sus héroes, era el modelo superior del drama, y que la representación de los diversos momentos de la vida de un personaje histórico y, en general, de las grandes pasiones humanas, sería materia suficiente para el drama, que se emanciparía de la molesta ley de las tres unidades.

Un drama así existía precisamente en Inglaterra; los alemanes se apoderaron de él, y decretaron que el drama nuevo debía ser aquél precisamente.

Los alemanes eligieron el drama de Shakspeare entre todos los demás dramas ingleses, aunque éstos le fuesen superiores, á causa del arte particular de Shakspeare para conducir las escenas.

Al frente de aquel círculo literario se hallaba Goethe; sus juicios eran leyes, y un poco por deseo de destruir la adoración del falso arte francés, por otra parte para dar impulso á su actividad dramática, y principalmente gracias á la concordancia de su concepto del mundo con el de Shakspeare, proclamó á Shakspeare el mayor de los poetas.

Una vez proclamada esta afirmación embustera por Goethe,

todos esos críticos estéticos que no comprendían el arte se echaron sobre ella como cuervos, y se pusieron á buscar en Shakspeare bellezas que no existían y á exaltarlas.

Para justificar sus alabanzas á la labor entera de Shakspeare, esos críticos compusieron su teoría estética, de la que resultaba que el concepto religioso del mundo no es necesario en una obra de arte en general, ni á un drama en particular; que la representación de las pasiones y de los caracteres humanos es materia ampliamente suficiente; que el arte debe ser objetivo, es decir, presentar acontecimientos independientemente de toda apreciación del bien ó del mal. Ahora bien: como esta teoría estaba hecha con vista á las obras de Shakspeare, resultaba, naturalmente, que esas obras correspondían perfectamente á ella, y por consiguiente eran reputadas obras maestras.

Así, las causas de la gloria de Shakspeare fueron ante todo que los alemanes necesitaban oponer al drama francés, que les aburría y era, en efecto, fastidioso y frío, un drama más vivo y más libre; en seguida, que los jóvenes escritores alemanes necesitaban un modelo para escribir sus dramas; y por último, la causa tercera y principal fué la autoridad de los críticos de arte alemanes, sabios y celosos, privados de todo sentimiento estético, que formularon la teoría del arte objetivo, es decir, la teoría que niega á sabiendas el motivo religioso del drama.

Me dirán: Pero ¿qué entendéis por *motivo religioso* del drama? ¿Vais á exigir para el drama el sermón religioso, el didactismo, lo que se llama tendencia, que nada tiene de común con el arte?

Yo responderé: Por *motivo religioso* del arte no entiendo el sermón, bajo forma artística, de no importa qué verdad religiosa, ni la representación alegórica de esas verdades; comprendo la concepción del mundo correspondiente á la concepción religiosa superior en una época dada. Semejante concepción debe ser la causa inicial de la composición del drama, ó

inconscientemente para el autor mismo debe penetrar toda su obra. Así fué siempre para el arte verdadero; así es para cada verdadero artista en general, y para el dramaturgo en particular. De donde resulta que sólo puede escribir un drama quien tiene algo que decir á los hombres, y algo importante, que se refiera á la relación del hombre con Dios, con el mundo, con lo que hay de eterno y de infinito.

Pero cuando, gracias á la teoría alemana del arte objetivo, se ha admitido que nada de eso es necesario para el drama, Shakspeare, naturalmente, que no había establecido en su alma la concepción religiosa correspondiente á su época; que no tenía siquiera ninguna convicción religiosa, pero que acumulaba en sus dramas lo más posible de horrores, de bufonadas, de discursos efectistas, debía presentarse como el mayor de los dramaturgos.

Pero todo eso son causas exteriores. La causa principal de la gloria de Shakspeare, causa interior, es ésta: *pro captu lectoris*... es decir, que sus obras corresponden á la concepción religiosa y á la inmoralidad de los hombres de las clases superiores de nuestro mundo.

CRÍTICA

Errores geográficos.—En una correspondencia que dirige á la sesuda *Época* su atildado corresponsal de París, Juan de Becon, tropezamos con el parrafito siguiente: «Muchos de los que salen de París no van en busca del fresco; van, sencillamente, en busca de descanso. Por eso algunos tienen el extraño gusto que yo tengo: el de ir al Mediodía. Ir á Biarritz viviendo en París, es lo mismo que veranear en Cádiz ó en Málaga viviendo en Madrid.»

Hemos necesitado leerlo dos ó tres veces para creerlo; nos ha sido preciso ver el título del periódico (*La Época*, cuyos habituales lectores están hartos de saber lo que pasa en Biarritz y en París) para convencernos de que no es un periodiquillo

de esos que envían á sus redactores á descubrir el Mediterráneo, donde se estampa el párrafo transcrito, que no está firmado tampoco por un gacetillero novato dispuesto á sorprenderse de todo, sino por Becon, hombre culto y bien relacionado. ¿Cómo es posible que Becon se haya dejado seducir por el sentido que entre nosotros suele tener la palabra *Mediodía* como sinónima de calurosa? ¿Cómo se explica que llegue á decir que es un gusto extraño, estando en París, ir á Biarritz á tomar el fresco, comparando el veraneo de Biarritz con el de Cádiz ó Málaga? ¡Pues qué! Porque Biarritz esté al Sur de Burdeos y de París, ¿ha de hacer más calor en Biarritz que en París ó en Burdeos?

No, señor Becon: se puede vivir al Sur y estar mucho más fresco que en el Norte; el extremo Sur es la región del polo del mismo nombre, que es la más fría de la tierra; pero aun en nuestro hemisferio, la verdad deque cuanto más nos acercamos á la zona ecuatorial más calor hace, sólo es verdad en términos generales, no en muchos casos concretos. ¿Qué diría entonces Becon de los que, viviendo en Valladolid, se vinieran á veranear á Avila, ó más al Sur todavía, al Escorial, á Miraflores ó á Cercedilla? Hay que pararse un poco en lo que se dice cuando se escribe para el público, mucho más si ese público es el de *La Época*, fuerte como ninguno en materias de veraneo, y que se ha quedado asombrado de que tales cosas se digan por Becon.

Se puede, pues, vivir en París, y veranear en Biarritz *por el fresco*, porque Biarritz, gracias á la vecindad de los Pirineos y del Cantábrico, es mucho más fresco que París. Y no hay que fiarse de palabras: el Mediodía no significa siempre forzosamente región más cálida que otra menos meridional. Se puede vivir en París y veranear en Biarritz, ó en San Juan de Luz, ó en Cauterets, por el fresco; se puede vivir en Valladolid y veranear en Cercedilla, por el fresco; se puede vivir en Madrid ó irse á los pueblecitos de Sierra Nevada, en la provincia de Granada, por el fresco. Y ya ve Becon cómo ese gusto

que él tiene de veranear en Biarritz viviendo en París no tiene absolutamente nada de extraño, sino que es muy natural. Se puede ir al Mediodía en busca de fresco. ¡Que aproveche!

***

DÉFICIT y SÚPERAT.—Para expresar la diferencia en menos ó en más entre lo calculado y lo obtenido ó gastado en un presupuesto cualquiera, nuestros hacendistas—los de todo el mundo culto—han acudido al latín en busca de términos para expresar *lo que falta*, cuando los ingresos no alcanzan á los gastos ó cuando los cálculos se han quedado cortos, y *lo que sobra*, cuando los ingresos exceden á los gastos ó queda un remanente ó sobrante de lo calculado. Lo primero lo expresan con la palabra *déficit*, y lo segundo con la palabra *superábit* ó *superávit*, pues de ambos modos la escriben los economistas, políticos y periodistas, poniendo á los pobres cajistas en grave apuro, pues no sàben qué hacer muchas veces, y tan pronto se deciden por la *b* como por la *v*, ó bien optan por dejar la palabra tal como se halle en el original, sin enmendar la plana al autor, como suelen hacer casi siempre para salvar á muchos escritores—hasta de la clase de académicos—de la nota de incultura en que seguramente incurrirían si se respetaran en la imprenta sus escritos.

Ahora bien: ¿se debe decir *superávit* ó *superábit?* Las dos palabras, aisladamente, están bien empleadas; pero, por oposición á *déficit*, ninguna de las dos es correcta; y como lo usual es emplear esas palabras juntas, ó por oposición una á otra, no debe en general decirse ni *superávit* ni *superábit*. Pongamos un ejemplo: en cualquier periódico se tropieza todos los años con estas frases ú otras equivalentes: «¿Cómo se saldarán este año los presupuestos? ¿con *déficit* ó con *superávit?* (ó *superábit*, pues el poner *v* ó *b* va en gustos, porque se pone una ú otra letra á capricho, sin conciencia de su diverso valor); antes conocimos el *déficit* permanente, luego nos hemos acostumbrado al *superávit* (ó superábit), y hoy el *déficit* vuelve á amenazarnos con sus pavorosas consecuencias, sin que el *superá-*

bit (ó superávit) aparezca más que en el papel». Pues estas frases son incorrectas é inadmisibles, y nadie que se dé clara cuenta del valor de estas palabras debe emplearlas así.

Déficit es una palabra latina que significa literalmente *falta*; es la tercera persona de singular del presente de indicativo del verbo *deficere*, faltar; por oposición á *falta* no hay más que *sobra*, y *sobra* no es ni *superávit*, que significa *sobró* (pretérito perfecto de *superare*, sobrar), ni *superábit*, que significa *sobrará* (futuro del mismo verbo); el correlativo del presente *falta* no es ni puede ser otro que el presente *sobra*; y así como en buen castellano se dice que «hay *falta* ó hay *sobra*», así debe decirse en latín que hay «déficit ó súperat», y no «*déficit* ó *superávit*» ni «*déficit* ó *superábit*», porque sería tanto como decir en castellano que «hay *falta* ó *sobró*», ó «hay *falta* ó *sobrará*». Sustitúyanse los términos latinos por sus correspondientes castellanos en las frases del párrafo anterior, y se verá la falta de sentido de las mismas. Podrá decirse que en el presupuesto pasado *sobró* (superávit), que en el presupuesto de este año *sobra* (*súperat*), y en el presupuesto del año próximo *sobrará* (*superábit*); pero en ese caso sería preciso emplear las formas correlativas del verbo *deficere*, y decir que en el presupuesto pasado *faltó* (*defecit*), en el presente *falta* (*déficit*) y en el futuro *faltará* (*deficiet*); pero como nadie habla así, ni falta que hace, sino que se ha tomado la forma verbal del presente *déficit* para sustantivarla y hablar del *déficit* de hoy como se puede hablar del *déficit* de ayer y del *déficit* de mañana, lo único que cabe, para formar el contraste con otro término en contraposición, es sustantivar la forma equivalente de *superare* y hablar del *súperat* de hoy como se puede hablar del *súperat* de mañana y se habla del *súperat* de ayer. Nada, pues, de *superávit* ni de *superábit*; contra el *déficit* está el *súperat*, como contra la «falta» está la «sobra».

***

El sherlokholmismo.—Yo no sé si la palabreja se ha empleado por alguien en castellano antes que por *El Liberal*; yo

he tropezado con ella en un artículo de Gómez Carrillo, fluido y delicioso como todos los suyos, y nada tengo que decir contra el nuevo vocablo; está bien formado, pues quiere decir el sistema de Sherlock Holmes, el famoso *detective* de los tomitos de Conan Doyle, y nada más justo por lo tanto que hablar de sherlockholmismo como se habla de kantismo, de jesuitismo ó de aristotelismo; el conjunto de doctrinas de un autor ó de una secta, ó el conjunto de partidarios de esa secta ó de ese autor, todo sistema ó partido, en una palabra, se expresa por el *sufijo -ismo* agregado á la radical del nombre, de la secta ó de la doctrina á que se refiere: así se han formado los términos *liberalismo*, *carlismo*, *integrismo, anarquismo*, etc., y así ha formado Gómez Carrillo *sherlockholmismo*.

Pero si nada tengo que decir contra la forma material de la palabra, tengo mucho que decir contra la palabra misma, pues no puedo pasar sin protesta que se cuelgue á un autor inglés contemporáneo la invención de un sistema de investigación que ni por sí mismo, en su punto filosófico de partida, ni siquiera en su especial aplicación á la investigación policíaca, es cosa debida á Sherlock Holmes. Que sirva de materia Sherlock Holmes á Gómez Carrillo para hacer un bonito artículo, no es causa bastante para que el procedimiento deductivo que Sherlock Holmes emplea sirva de base para inventar el sherlockholmismo, pues antes que Conan Doyle escribiera sus obras lo han empleado sistemáticamente muchos otros filósofos, juristas y novelistas.

La culpa de que los señores magistrados franceses admitan como lo único verosímil lo increíble, la tienen, según dice Cómez Carrillo en *El Liberal*, esos tomitos de Conan Doyle, que se han convertido en evangelios policíacos. «En París, en efecto, que según la frase clásica—dice el ameno escritor—es el campo de todas las experiencias sociales (¿no estaría mejor *experimentos*? *¿tu quoque, Carrille*? ¿cuándo vamos á poder distinguir entre el escritor de raza y el destripacuartillas, entre el *traduttore* y el *traditore*?). No hay comisario de policía, ni

juez instructor, ni agente de la seguridad (¿no sobra ese *la* en en castellano, aunque lo reclame, que es discutible, el francés?) que deje de proceder á la manera de Sherlock Holmes.

«La deducción—decía el *detective* inglés—debe considerarse como una ciencia.» Y los *detectives* franceses, que no quieren nunca quedarse atrás, aplican esa ciencia á todos los casos que se les presentan.

«—Ayer—dice una señora cualquiera al jefe de la policía,—ayer hizo ocho días que mi marido desapareció de casa. Su paraguas ha sido encontrado en un terreno solitario de los alrededores... Véalo usted... Está lleno de manchas de sangre...

»—¡Ah!—exclama el magistrado.—Déme usted ese paraguas.

»Y examinando, no las manchas sangrientas, sino la seda y la empuñadura, contesta:

»—Su marido era un hombre rico y de buen gusto... Pero no tenía orden... Era muy nervioso... Fumaba mucho... Y también jugaba... Sí... sí...

»—¡Es cierto!—exclama la pobre mujer.—¿Cómo lo sabe usted?...

»El policía sonríe. Su ciencia es un misterio que no puede revelarse así, al primero que llega. ¡No faltaba más! En un paraguas, el puño de marfil hace ver, lo mismo que la seda de primera calidad, la fortuna y el buen gusto del dueño. Cuando esa seda, estando nueva, tiene agujerillos, es que el poseedor del paraguas, fumando, hace movimientos bruscos y desparrama á su alrededor chispas. Eso prueba su nerviosidad. En cuanto á su descuido, no hay más que pensar que, si no hubiera sido desidioso, habría hecho que una criada diera una puntada en cada agujerillo. Pero ¿y lo otro?... ¿lo más grave?... ¿lo del juego?... ¿cómo lo ha descubierto viendo un mueble tan inocente? ¡Ah! Es necesario conocer el alma de los jugadores. Cuando se la conoce bien, se ve lo que pasa en ella muy fácilmente... Así el policía sabio nota que en el puño de marfil hay esculpido un cochinillo. El cochinillo es el talismán de los

que juegan. En seguida ve que el cochinillo está raspado, y acercándose mucho, nota que las raspaduras están hechas con los cantos de las monedas. Es claro, pues, que aquel hombre trataba de transmitir á sus piezas de oro la fortuna que residía en el *petit cochon*. ¿Y para qué hubiera podido obrar así, si no hubiera tenido la firme intención de exponer su dinero al bacará?

»Poseedora de datos como éstos y segura de su ciencia, la policía ya no tiene necesidad, como en los tiempos bárbaros en que Conan Doyle aun no había escrito, de andar por los caminos y de subir á los tejados buscando rastros materiales del crimen. ¿Para qué? La reflexión debe bastar. Cuando los *detectives* han calculado bien en sus despachos, les basta ordenar que se arreste á aquellos que dicen eficazmente tienen que ser los autores del crimen.

»Mentira parece, en efecto, la facilidad con que ahora se acusa por presunciones más ó menos fantásticas á los que menos debieran estar expuestos á ser vistos como sospechosos. Los parientes y los amigos de las víctimas, sobre todo, aparecen siempre ante la imaginación de los jueces actuales como delincuentes. La ciencia de la deducción indica que en todo crimen hay un móvil; y como no siempre está al alcance de cualquiera imaginación buscar en cuatro caballeros que viven en un palacio lejano, ó en un indio canaco que acaba de llegar, á los criminales, los *detectives* reales, más modestos que Sherlock Holmes, buscan cerca de la víctima al victimario.

»¿Ese es el heredero?—dicen.—Pues ése es el que tiene interés en la muerte.» «¿Esa es la esposa? Pues probablemente quiere ser libre y por eso mató.» «¿Ese es el socio? Pues ése, sin duda, fué el hombre que, vestido de negro, corría por el techo después de la tragedia.» Y esto simplifica grandemente las teorías románticas que el héroe de Conan Doyle pone en práctica; pero al mismo tiempo las hace burguesas y odiosas.»

¡Muy bien! Todo eso está muy bien; pero ¿es que esa doctrina de la deducción es cosa de Conan Doyle ni de su héroe?

No; esa doctrina, filosóficamente, es antiquísima, pues se encuentra perfectamente desarrollada en el Oriente y en Grecia. ¿Es que su aplicación jurídica es invención de Conan Doyle? Tampoco; pues ya los romanos establecieron, con el principio jurídico del *cui prodest,* la base firmísima en que se asientan todas las investigaciones dirigidas á encontrar el móvil, la finalidad de los actos del criminal en el presunto provecho que del crimen puede obtenerse, y ese móvil se ha buscado siempre y ha servido de guía, desde tiempos inmemoriales, á todo juez listo y á todo guindilla de buen olfato. ¿Es que la introducción en la literatura de la novela jurídica, mejor dicho *policíaca* (pues se trata de un género especialísimo), y la consiguiente vulgarización de los razonamientos y deducciones empleados por jueces, fiscales y policías, es debida á Conan Doyle, siendo Sherlock Holmes el tipo primero novelesco del investigador deductivo? Nada de eso: pues sin hablar de algunos cuentos de *Calila é Dimna*, ni siquiera del famoso Zadig de Voltaire, que quizá pudieran recusarse, ahí están las novelas de Gaboriau, con su famoso Lecoq, que son expresión acabada y perfecta del género; aquellos trabajos para desenredar la trama urdida por los autores de los crímenes narrados en las novelas *El legajo núm. 113* y *Sin nombre,* entre otras muchas, nada tienen que envidiar á los Sherlock Holmes de mejor nariz y de más aguzado ingenio.

Quedemos, pues, en que la palabra sherlockholmismo está bien formada, pero no hay para qué formarla.

***

Orden del día.—Nada más corriente en la generalidad de nuestros diarios, al dar cuenta de las sesiones de Cortes ó de cualquier asamblea ó congresillo, que leer frases del tipo siguiente: «Se leyó la orden del día», «se pasó á la orden del día», «se votó la orden del día», etc. En algunos, sin embargo, se encuentra á veces, en lugar de *la orden, el orden,* llegando á chocar por su extrañeza, en oídos profanos, esta sustitución.

Ahora bien: ¿debe decirse «*el* orden del día» ó «*la* orden del día»? Ambas expresiones son buenas, pero hay que emplear cada una en su caso para no incurrir en evidentes disparates. La palabra *orden* es de las que pueden emplearse en ambos géneros, pero variando de significación, á diferencia de *mártir, testigo,* etc., que pueden también usarse en masculino y femenino (*el* mártir, *la* mártir; *el* testigo, *la* testigo), pero sin cambiar de valor. *El orden* es una cosa y *la orden* es otra; yo tengo *en orden* mis papeles, me gusta *el orden* en todas las cosas, y nunca cambio *el orden* de mis comidas (todos masculinos); he dado *orden* en mi casa de no recibir á nadie, para poder redactar *la orden* que me ha encargado el subsecretario *por orden* del ministro, relativa á las *órdenes* religiosas (todas femeninas).

Hay, pues, *el orden* y *la orden*. Pero ¿se dice *el orden del día* ó *la orden del día?* Si lo que se quiere expresar es la lista de asuntos que están señalados para discusión, y la prelación con que han de discutirse, unos respecto de otros, para que cada uno se discuta á su tiempo, cuando le llegue el turno, entonces debe hablarse de «el orden del día». Si lo que se intenta indicar es el encargo, el mandato que se hace ó se dicta diariamente para que sea ejecutado por determinado organismo, ó de la disposición dictada en el día para conocimiento de aquellos á quienes corresponda, entonces debe hablarse de «la orden del día».

«Hoy figura á la cabeza *del orden del día* la interpelación sobre el desarrollo de las Asociaciones religiosas»; «con las preguntas que hoy piensan hacer varios diputados, no se entrará en *el orden del día* hasta bien entrada la tarde»; «he visto en *el orden del día* de hoy la discusión del presupuesto de Fomento»; «ayer alteraron *el orden del día* declarando preferente la interpelación sobre los asuntos de Marruecos»; «nunca llegan á agotarse los asuntos que figuran en *el orden del día* de las Cámaras». En todos estos casos, como se ve, se trata de «el orden», masculino.

«¿Ha visto usted *la orden del día* de la plaza? Han destinado de imaginaria á D. Trifón.» «¿Qué le ha parecido á usted la Real orden del conde de Romanones? Es *la orden del día*, es lo que á todos preocupa, y nadie habla de otra cosa.» «Todos los días tenemos alguna orden nueva; *la orden del día* es la del ministro de la Gobernación sobre teatros.» «No queda día en que no se establezca en España alguna orden religiosa; *la orden del día* es la de los barnavitas.» En todos estos casos se trata de «la orden», femenino.

«El presidente del Congreso ha dado *la orden* de que en *el orden* del día se incluya la interpelación sobre los ferrocarriles de los Pirineos»: aquí se ven juntos los dos valores. «*La Orden* de los Agustinos tiene *la orden* de poner *orden* en *el orden* del día de la Asamblea de católicos»: aquí se ven también reunidas varias acepciones de la palabra.

Cuando se habla, pues, del orden en que figuran los diversos asuntos sometidos á las deliberaciones de una reunión, Congreso, Senado, Asamblea, Junta, Sínodo, Convención, Conferencia, etc., que es el caso concreto de la duda, no debe decirse «la orden», sino «el orden del día».

CUESTIONES SOCIALES

El complot contra la familia.—Tal es el título de una notable conferencia para adultos dada por Jorge Noblemaire en la *Acción social de la mujer* y publicada por el órgano que esta sociedad tiene, con el mismo título, en la prensa.

El mal no es de ahora: de Gomorra á Babilonia, de Babilonia á Suburra, de Suburra á Bizancio y de Bizancio al parque de los Ciervos, apenas han holgado los escenarios en que los enemigos de la familia han ejecutado sus perversos propósitos. La trilogía que nuestros padres han considerado como fundamento del orden social y que es la base más firme de toda sociedad bien organizada—Religión, Propiedad, Familia—está

sufriendo hace largos años los asaltos de sus enemigos, cada vez más audaces y numerosos.

La defensa religiosa, ó por lo menos espiritualista, no tiene espectadores más atentos ni soldados más adictos que los miembros de la Acción social, convencidos de que el pueblo de Francia estaría perdido el día en que se llegara á lograr no dejarle otro Dios que su vientre. La guardia de la propiedad la montan también esos miembros con clarividente y generosa confianza, concibiéndola, no como celosa y áspera defensa de privilegios egoístas y anticuados, sino como solución de los más arduos problemas sociales, con la que se llegue á facilitar á todos el acceso de la propiedad, para hacer de cada proletario un propietario modesto. En cuanto á la familia, «¿cómo no ha de seros querida, si sois vosotras mismas hijas, esposas y madres?»—decía el orador.

Desde hace un siglo, todo el movimiento social parece conspirar para la desorganización de la familia, célula primitiva de la sociedad. Sus enemigos pueden clasificarse en cuatro grandes escuelas: 1.ª Los *hedonistas*, que reducen la vida al principio del placer, proclamando con Aristipo que «sólo la sensación del placer es deseable»; que «el bien es idéntico al placer, y el mal al dolor», y que «la única sabiduría práctica consiste en el arte de gozar del momento presente, pues sólo el presente es nuestro»; llegando á la admisión del suicidio, con Hegesias, por la imposibilidad de alcanzar la dicha, y afirmando, con Epicuro, la superioridad del celibato, que permite todos los placeres del matrimonio sin sus inconvenientes. 2.° Los *estoicos*, con Epícteto al frente, que dicen: «Acuérdate de que debes conducirte en la vida como en un festín. Cuando te acerquen un plato, extiende la mano y toma con moderación; haz lo mismo con el poder, con las riquezas, con tu mujer, con tus hijos, y serás digno del banquete de los dioses». 3.° Los *escépticos* y *nihilistas*, que piensan que la vida es un accidente sin principio ni fin, ilusión vana, sombra de sombra, siendo vanidad conservarla, y locura transmitirla. 4.° Los *pe-*

simistas, que sostienen, con Leopardi, Hartmann y Schopenhauer, que «la vida es una caza incesante en que los seres, tan pronto cazadores como cazados, se disputan los jirones de una horrible pitanza», y que «el matrimonio no es más que una triste trampa en que la naturaleza nos hace caer, y que lleva al hombre á perder la mitad de sus derechos y á doblar sus deberes».

Todas estas ideas han tenido su repercusión en los hechos, y se han traducido, en definitiva, en el individualismo más egoísta, cuyos principales caracteres son los de la necesidad de emancipación y de bienestar. El culto del yo lleva al horror de toda prohibición, al odio de toda traba, á renegar de toda tradición, á emanciparse de toda regla. Y como la familia es orden, disciplina y respeto, la familia es enemiga. La necesidad de bienestar ó de «mejorestar», según la jerga novísima, se ha exasperado hasta el extremo, y sólo se oye hablar del derecho al placer, del derecho á la belleza, del derecho á la felicidad; y como la familia estorba, porque con su serie de deberes es una traba, la familia es enemiga. Y como con ese concepto hedonista de la vida el hombre no llega nunca á obtener la felicidad que busca, supone que necesita ayuda para su emancipación, y apela al Estado, pasando del individualismo al estatismo, que es mucho peor; el individualismo tiene al menos la nobleza de la iniciativa y el orgullo del libre esfuerzo, mientras que el estatismo es estéril, desconsolador y cobarde, abdicación de la conciencia y deserción de la voluntad.

¿De qué modo el individuo y el Estado han conspirado contra la familia, y qué manifestaciones de su complot han producido? La primera, el *feminismo*, con la declaración de los derechos de la mujer, de Olimpia de Gouges, y la aspiración de Elisa Farnham á que «los hombres, raza grosera y brutal de usurpadores, deben ceder su dominio á las mujeres, seres más perfectos, que son respecto del hombre lo que el hombre respecto del gorila». Ese feminismo integrista ha sido, por

fortuna, abandonado por el oportunismo, y hoy ha triunfado en muchos puntos el feminismo prudente y progresivo. Pero ¡que no abuse de su triunfo! Bueno que la mujer tome parte en la administración de los bienes conyugales, pero sin exageración; bueno que la mujer trabaje, pero sería lástima que abandonara el hogar por el taller; y la misma mujer debe defender la familia contra los abusos del feminismo, que producen un envilecimiento del salario por la competencia.

Otra consecuencia del complot contra la familia es el *divorcio*. Los progresos del individualismo tenían que llevar á no ver en el matrimonio más que un simple contrato, siempre revocable; y, debilitadas las ideas religiosas, nada más natural que el desarrollo del divorcio; en 1886 hubo en Francia 3.000 divorcios; en 1900, 7.000, y en 1906 han llegado á 10.000. ¡Qué de familias deshechas! ¡Cuántos pobres niños en el arroyo! ¡Cuántas mujeres desgraciadas! Y se está en el principio, pues una vez autorizado el divorcio con las limitaciones, trabas y ceremonias actuales, no tardará en llegarse al divorcio por mutuo consentimiento, patrocinado por los hermanos Margueritte. Así tendrá el marido el derecho de repudio; la mujer, el derecho de prostitución; el hijo, el derecho á la desgracia; y la familia, el derecho á la muerte.

Del divorcio pasamos á la *unión libre*, predicha ya por Naquet desde 1868, como formando parte de la «ineluctable transformación social» á que asistimos. Esa unión no está todavía en las leyes, pero sí en los hechos: en 1906, de 51.191 nacimientos que ha habido en París, 13.230, más de la cuarta parte, son ilegítimos, producto de esa unión; y como la unión libre no es, en general, muy amiga de sucesión ni de fecundidad, puede calcularse por el número de uniones fecundas las uniones libres estériles que se habrán llevado á cabo.

En *La mujer y el socialismo*, obra traducida en 12 lenguas y que ha tenido 25 ediciones, dice Bebel que «los instintos del sér humano no afectan más que á él, que la satisfacción del instinto sexual es cosa tan personal á todo individuo como la

satisfacción de cualquier otro instinto natural, del que nadie debe cuenta á nadie». «Nada, excepto el amor—nos dice la señora Coffin,—hace el matrimonio sagrado, ni la ley de Dios ni la del hombre; se habla de las mujeres que tienen hijos fuera del matrimonio: eso no es nada al lado de las que tienen hijos sin amar á su marido». La tesis no deja de ser seductora; pero ni aun la triste miseria de una unión sin amor, hasta la villanía de un contrato de puro interés, hasta la ignominia de un matrimonio sin respeto ó sin fidelidad, son bastantes para disculpar al Santiago de Jorge Sand cuando declara que «el matrimonio es una de las más bárbaras instituciones de la sociedad, y será ciertamente abolido si la especie humana hace algún progreso hacia la justicia y la razón».

Parece difícil atacar todavía más á fondo á la familia que con la «unión libre»; pues sin embargo, se han encontrado hombres capaces, en nombre de la filosofía, de descender más bajo todavía y dar á la familia un asalto más directo y más audaz: los malthusianos y neomalthusianos. Para tratar debidamente de esta materia sería preciso ante todo hablar en latín, y luego estar tan seguros como Sganarelo de no ser entendidos, y todos los que esto leen saben mucho más que Geronte. El caso es, sin embargo, que no pueden callarse los estragos hechos por tan abominables doctrinas, propagadas hasta en el fondo de nuestras aldeas, y que si en todo un año no nacen más francesitos que alemanitos nacen en quince días, es en gran parte porque la flor de nuestra raza se marchita en semejantes muladares.

Cuando Malthus escribía en 1798 su *Ensayo sobre el principio de la población*, sus desoladoras conclusiones estaban inspiradas en la mejor intención: la de extinguir el pauperismo y seleccionar la especie. Stuart Mill, Owen, Carlyle, Brand Brigh, siguen la ruta trazada por el precursor; la señora Annie Besant se aparta atrevidamente de ella, y cuando publicó en 1877 sus *Consejos á los recién casados*, en los que expone la teoría de la «prudencia conyugal», sufre una condena de seis

meses de prisión, pero de su libro se venden 200.000 ejemplares. Algunos años después Annie Besant abjuró de sus errores, confesando que sus consejos han sido nocivos al hombre y á la raza, y convirtiéndose al teosofismo; pero su doctrina había pasado el Estrecho y la gangrena invadió á Francia. En 1896 se fundó en París la Liga neomalthusiana con su órgano *La Regeneración*, cuyo apóstol es el famoso educador de Campins Pablo Robin, que predica, con la revolución social y el anarquismo, lo que llama la «profilaxis anticoncepcional». «Vamos á concluir con todo ese andamiaje de tonterías—dice—construído en torno del atractivo de ambos sexos; ataquemos esa virtud negativa, la *pureza*, último andrajo de las doctrinas metafísicas que han oprimido siempre á los humanos; declaremos á la mujer que no debe ser madre sino cuando quiera, y que debe elegir al que le agrade para padre del hijo que desee».

¡Si siquiera no fuese todo esto más que divagaciones de desequilibrado! Pero ¡ay! la expansión de doctrinas tan tentadoras para la cobardía y la suciedad del animal humano es inconcebible, pasando de todo cuanto puede temer la imaginación. Robin tiene imitadores y discípulos, el neomalthusianismo tiene comités y delegados en todas partes, y *La Regeneración* tiene corresponsales dondequiera, y cambia con el *Malthusiano*, de Londres; con *Fuerza y Salud*, de Barcelona; con la *Armonía Social*, de Stuttgart; con *La familia feliz*, de La Haya, y con el *Lucifer*, de Chicago, y sus consejos y recetas son propagadas por la prensa revolucionaria de todo el mundo.

Hay que volver á las buenas, á las puras, á las sencillas costumbres antiguas, sin renegar por eso de ningún adelanto de la moderna civilización, para salvar al país de la ruina que le amenaza: tal es la conclusión de Jorge Noblemaire.

PEDAGOGÍA

La composición italiana. — Siempre recordaré — dice en *L'Italia Moderna* la señora Guicciardi-Fiastri—el día en que mi hijo, entonces un serenísimo rubio de piernas al aire, al volver de clase (tercero de Gimnasio) me anduvo buscando por toda la casa con rostro turbado. ¿Qué ocurría? Le había caído sobre la cabeza la teja de este tema: «Monólogo de Scipión sentado sobre las ruinas de Cartago».

Menos mal si se hubiera tratado de un aldeano ante su casa arruinada por un terremoto; pero ¡Scipión! ¡aquel terrible Scipión, que había pasado ante su vista en una paginita de historia romana! Y pase que se le hiciera sentar sobre las ruinas, pero ¡hacerle hablar!—No bromees, mamá—decía el chico;—mira que tengo que tenerlo hecho para pasado mañana: ¿cómo lo he de hacer?

Todas las semanas estaban atareados, la mamá y el niño, con las dichosas composiciones. Reflexivo, inteligente, diestro en las operaciones aritméticas, amante de los versos, que recitaba con garbo, se encontraba apuradísimo al tener que desarrollar el tema de composición. El temor pánico le embotaba las ideas; hacía y rehacía los períodos; se perdía en un piélago de dudas, y cuando, al fin, lograba echar fuera de su cerebro el laborioso fruto de aquel parto, resultaba á la luz del sol un aborto, que la madre, como verdadera espartana, condenaba á muerte.

¿Por qué atormentar así á las pobres criaturas? ¿No bastan la memoria y el deseo de aprender para gimnasia intelectual del niño? Debe enriquecerse en conocimientos, abrirse las vías del raciocinio, atender á la vida y á las cosas existentes, pero no *crear*. Así como no se dan hijos á luz hasta que se es mujer, tampoco pueden producirse normalmente figuraciones mentales sin que la inteligencia haya alcanzado el necesario desarrollo. La escuela, con el precoz abuso de la composición,

con las pretensiones y complicaciones de muchos enseñantes, prepara una hecatombe de ingenios atrofiados, de almas esterilizadas, si los padres no mandan á sus hijos á la cama y escriben en su lugar las composiciones que les encargan.

Es cómico y deplorable ver los afanes de familias enteras en torno de un mal comprendido tema de italiano. Si el chico no logra robar una hora al sueño ó al recreo para ocuparse de ello, fatiga á la mamá, si es instruída, ó al tío, ó al hermano, ó á la hermana mayor. Entre los vecinos mismos se reclaman ayudas recíprocas; los chicos del piso inferior llaman á los del superior, y se cambian tarjetas de ventana á ventana ó de balcón á balcón, que dicen cosas parecidas á éstas: «Pregunta á tu tío si tiene alguna idea para ese tema de italiano; yo no entiendo una jota, ni papá tampoco»; «Este tema lo hizo, según creo, tu hermana: ¿me lo podías dejar para copiarlo?»; «Pregunta á tu tía por un libro de cuando era joven, que tiene muchas narraciones: acaso encuentre allí el tema que tengo que hacer».

He aquí una escena que le ocurrió á la misma señora Guicciardi. La anuncian la visita de una dama, con la que se había encontrado en el campo.—¿Qué querrá?—se pregunta;—alguna recomendación, sin duda. ¡Que pase!—Pasa la señora, una damita mal vestida, que dice humilde y misteriosamente:—Hemos pasado ayer una noche infernal; mi hija lloraba que daba lástima; se ha perdido en un tema tan vasto... Hoy he tenido que dejarla en casa, y viendo que seguía atormentándose en vano, he pensado en venir á pedir un consejo á usted que es escritora... ¡Ay! ¡Con aquella bendita escuela, crea usted que no hay un momento de paz!

El tema en cuestión decía así: «Las flores. Hablad de las flores en las descripciones de los libros y en las representaciones de las flores en las artes del diseño, escultura y pintura. Las flores del monte y del llano, las flores de verano y de invierno, las flores de los jardines y de los prados, las flores de Italia y del extranjero. Las flores como símbolo; las flores

verdaderas y las artificiales». En verdad que era para morir asfixiados. La escritora dió idea, y la pobre chica obtuvo la declaración de suficiencia.

He aquí otro tema que un joven pasante de abogado desenvolvía para sacar de apuros á la hija de su principal: «Por su frágil naturaleza, el hombre no es un ángel ni una bestia; sin embargo, los hay ángeles y los hay bestias». ¡Qué profundo es!, decía el pasante. ¿Se quiere un ejemplo? El ángel es la hija de mi principal, y la bestia es su profesor de italiano.

He aquí otro que servía de materia de discusión en el café á dos padres de familia: «Muchas cosas, muchas plantas, muchos animales, muchos hombres no pueden hacer bien, pero mal sí». Y éstos son los mejores. Pero ¿qué decir cuando se impone á un chiquillo la descripción de una borrasca en el Océano, ó de un incendio, ó de un viaje por país ignoto? ¿Qué decir de ciertos temas filosóficos dados á quienes no saben una palabra de filosofía, ó de problemas de historia ó de sociología que han de resolver quienes jamás han oído hablar de ellos, ó de análisis de grandes almas de artistas de quienes apenas si se ha leído la biografía? Los escolares acaban por robar la materia de sus composiciones á todos los autores del mundo; al pasar por delante del escaparate de un librero, decía un muchacho á otro: «Mira, aquel libro (quería decir *aquel asunto*) lo hemos hecho nosotros en la escuela el otro día.»

Observa Ruskin que cualquier persona, aunque no esté dotada de particulares disposiciones, puede, merced á un ejercicio graduado, aprender á dibujar. Lo mismo puede decirse del escribir: todos, á menos de estar privados de inteligencia, pueden adiestrarse para expresar con garbo los propios pensamientos; pero para lograrlo es condición fundamental *sentir* lo que es escribir bien. Y los escolares no lo sienten aunque aprendan de memoria sus libros, porque la letra es cosa muerta si no la vivifica el espíritu de la belleza, y en la escuela la regla mata la sinceridad. El maestro, muchas veces, prefiere la imitación que ajusta las ideas á un esquema escolástico, á la

espontaneidad que dispone las ideas tal como se presentan al espíritu. Así se mata la espontaneidad.

Toda la admirable técnica de la enseñanza de Ruskin se compendia en pocas leyes. No esforzar la mente del alumno con imposiciones demasiado precoces.—Darles los medios mecánicos del arte.—Educar su finura de observación, enseñándoles á ver justo.—¿Por qué no hacer de estas leyes los cánones para la enseñanza de la composición escrita? ¿Por qué, como ponemos ante quien traza líneas un modelo natural, no hemos de decir á un niño: «Observa á tu hermano y descríbeme su rostro, su carácter, sus costumbres; escribe el cuento que te ha contado tu aya; dime cómo es tu casa»? ¿Por qué á los ejercicios graduados de copias de buenos grabados, no hacer corresponder imitaciones y hasta simples copias y dictados de buenos autores? Y así como se corrige un dibujo borrando y rectificando, ¿por qué no avezar á los adolescentes á volver sobre el mismo tema dos y tres veces, conservando lo bueno, quitando poco á poco las imperfecciones, y mejorando la lengua?

IMPRESIONES Y NOTAS

La leyenda de Santa Cesárea.—Nicolás Serena de Lapigio ha publicado una novela en verso basada en la leyenda de Santa Cesárea, con el título de *Cesaria, novela mesápica*. Esta curiosa leyenda, tal como el mismo autor la narra, conforme á la tradición romántica popular de la tierra de Otranto, es la siguiente:

Cesárea, natural de Francavilla, perdió á los quince años á su madre; se consagró á Dios, y vivió algunos años en el palacio paternal dedicada á prácticas religiosas y ejercicios de piedad. Un día, mientras oraba, se le apareció un ángel para anunciarla un peligro inminente y aconsejarle la fuga; asustada de la aparición, corrió á refugiarse en los brazos de su padre; pero éste, que sentía por ella criminal pasión, la dió á co-

nocer su amor incestuoso y la ofreció su tálamo. Horrorizada la joven, intentó engañarle, y le rogó que aguardase á que se lavara para la fiesta del amor; el padre consintió, y ella, encerrada en su cuarto, puso en el agua de una jofaina dos palomas para que, batiendo sus alas, simulasen el ruido del lavado, y luego por una puerta secreta salió al campo y huyó hacia el Adriático. El padre no tardó en notar el engaño, y furibundo, corrió en su persecución con la espada desenvainada. Estaba ya para alcanzarla junto á una roca que descendía á pico hasta el mar, cuando Cesárea, golpeando con un pie en el escollo, gritó: «Abrete, roca, y traga á Cesárea, y que los ardores de mi padre se conviertan en azufre y pez». De pronto se formó una nube de humo que envolvió á Cesárea, y el incestuoso, después de haber vagado largamente en busca de su hija, desesperado al fin de poseerla, se arrojó al mar, que se puso fétido é impuro á su contacto. Cesárea vivió algún tiempo en la gruta que se había formado en la roca para ocultarla, y los habitantes del contorno aseguran haberla visto á veces dar vueltas llevando una lámpara en la mano.

***

Las ratas.—Según dice el Dr. Caze en *La Revue*, no hay plaga en el mundo más terrible que las ratas, ni se ha encontrado todavía medio alguno eficaz para destruirla, y así lo declara alarmado el Ministerio de Agricultura de los Estados Unidos. Las ratas causan hace siglos estragos incalculables en América, y nada se puede contra ellas.

Estas inmigrantes, que llegan del antiguo mundo por legiones, pululan por doquier, sin que la guerra de exterminio que se las ha declarado alcance á extirparlas de aquellos territorios. Son de tres especies: la negra, que es la más común, ha cruzado el Atlántico con los conquistadores y repobladores españoles, franceses ó ingleses hace tres siglos; la gris, originaria de Noruega, entró en 1775, y en seguida presentó batalla á la negra, que ha dejado el campo sembrado de cadáve-

res; la tercera especie fué llevada de Egipto por los navíos mercantes, y se ha instalado en las costas, principalmente en el Sur, donde hormiguea. La más terrible de las tres es la gris.

Los estragos que causan estos roedores son enormes: devoran el trigo y los demás cereales, hasta el punto de que los Estados Unidos evalúan las pérdidas por este concepto en 500 millones de francos; y como la rata no es vegetariana pura, sino que entra con todo, penetra en los almacenes y destroza encajes, tapices, guantes, sederías, telas y tejidos de todas clases; los muebles son también tributarios de su voracidad, y ni siquiera los hilos eléctricos están libres de sus dientes, produciendo con sus ataques cortos circuitos que causan incendios. Los daños resultantes del fuego causado por las ratas se evalúan en 75 millones de francos anuales; atacan hasta con ferocidad á los otros animales de corral y de palomar y hasta á los niños en las cunas, y son además agentes directos de la transmisión de los gérmenes infecciosos.

Su multiplicación prolífica hace que no pueda nunca acabarse con ellas. Una hembra tiene crías cada dos ó tres meses, y de cada parto salen de diez á catorce ratoncitos que en cuanto nacen se ponen á roer. Una sola pareja inicial, al cabo de tres años, puede producir así más de 20 millones de roedores. Al cuarto año serían 100 millones (echando mal las cuentas, ó las primeras ó la última). Muchos desaparecen, como es natural; pero los que quedan bastan para poner en peligro las cosechas y las mercancías. El Departamento de Agricultura está firmemente resuelto á concluir con esta plaga, apelando á nuevos métodos exterminadores.

***

El Sion-Tao.—El *taoismo* ó religión de Lao-Che ó Lao-Tseu considera el Sion-Tao como el ideal de la más alta virtud, según dice el P. Juvencio Hospital en *España y América*, siendo la condición esencial para llegar al Sien-ven ó á la in-

mortalidad, aspiración de todos los adeptos de la secta. Pero, á pesar de esto, son muy pocos los taoistas que se deciden á practicar el Sion-Tao, y muchos menos todavía los que perseveran en esas prácticas, no sólo por el fervor y espíritu religioso que los ejercicios requieren, sino por la fuerza de voluntad que exigen y la pereza heroica de que hay que dar pruebas para no hartarse de tales prácticas.

El Sion-Tao, según se lo ha enseñado al P. Juvencio un tao-se que lo ha practicado con lucimiento dos años y medio, se ejecuta del modo siguiente: el devoto se sienta en el suelo con las piernas cruzadas una sobre otra, las manos juntas sobre el pecho, inclinada la cabeza, medio entornados los ojos y fija la vista en la punta de la nariz; la punta de la lengua se apoya en el cielo de la boca, y está prohibido en absoluto el escupir, para no desperdiciar los espíritus vitales que están mezclados con la saliva; la respiración, símbolo y conductora del *Chi*—principio vital,—debe contenerse el mayor tiempo posible, y al expeler el aire hay que procurar que salga lentamente, sin que quede nada en el interior; después se aspira otra cantidad de aire, la que se necesite para llenar bien los pulmones. A este aire que entra con la respiración se le comunica mentalmente la dirección siguiente: primero se le hace recorrer la espina dorsal; al llegar á su extremo, la corriente se bifurca: cada ramal baja por la parte posterior de cada pierna hasta la planta del pie, y sube por la parte anterior, recorre los intestinos, atraviesa las cinco vísceras, sube por el esófago y al llegar á la nuez se juntan los dos ramales, y juntos dan una vuelta á la cabeza para venir á morir en el entrecejo, que es el depósito general donde se recoge todo el aire que se respira.

El aire recorre todo ese trayecto para purificarse y expulsar toda substancia extraña ó nociva á los espíritus vitales. El tao-se debe permanecer como una estatua en la postura indicada, y desechando todo pensamiento que pueda perturbarle, y abstrayéndose de todo cuanto pase á su alrededor, lo mismo

si le hablan que si le insultan, igual si le pican los mosquitos que si le entra dolor de vientre. Los dedicados á esta vida contemplativa han de guardar castidad, estándoles prohibido comer carnes ni pescado ni nada que proceda del reino animal, y deben ir disminuyendo su alimentación hasta reducirla á una taza de morisqueta por día; no pueden dormir acostados, sino en cuclillas ó recostados en la pared, ó á lo más sentados en un taburete, pero nunca en silla con respaldo. Con estas austeridades se elimina poco á poco la parte grosera de nuestra naturaleza, y una vez purificado el *Chi* adquiere extraordinaria fuerza de expansión, que le permite romper los lazos que le sujetan y lanzarse á los espacios convertido en *sien-ven* ó inmortal.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La psicologia pedagogica, per Pietro Romano.—Torino, Fratelli Bocca, editori, 1906. Un vol. de xxx-364 págs., 4 liras.

Como para explotar y aprovechar acertadamente las plantas y los animales es preciso conocerlos, y cuanto mejor se les conozca mejor será posible utilizarlos, así también los hombres serán tanto mejor utilizados, es decir, dirigidos unos por otros, cuanto más perfecto sea el conocimiento que de la naturaleza y de la vida humana tengan. La antropotecnia presupone el conocimiento de la antropología, como la zootecnia presupone el de la zoología y la fitotecnia el de la fitografía y la botánica.

Esta es, puede decirse, la idea fundamental á que obedece el presente libro. La educación, obra encaminada á poner á los hombres en disposición de rendir á sus semejantes la mayor suma de servicios útiles, no puede hacerse de manera fructuosa sin conocer previamente al educando, y el conocimiento del educando tiene que ser ante todo y sobre todo psicológico. De aquí el desarrollo que ha adquirido en los últimos tiempos la psicología pedagógica, esto es, aquella pedagogía que toma por base la psicología.

El Sr. Romano, como él mismo dice, al publicar la obra de que ahora se trata, se ha propuesto «solamente poner un poco de orden ó de sistematización en la múltiple producción de estudios de psicología aplicada á la educación», y por eso aquélla

es «un trabajo, en primer término, de coordinación y de sistematización, como todos los trabajos de índole sintética», aunque «en segundo término ofrece también un pequeño edificio nuevo».

En efecto, el libro—circunscrito en el propósito del autor á la psicología pedagógica de los normales, reservándose la de los anormales para otra obra que promete publicar pronto—es un resumen bastante sustancioso y bien hecho de los resultados modernamente adquiridos por los investigadores de la psicología, con muy ligeros toques, además, de índole pedagogica, ó sea referentes al partido que los educadores pueden sacar del conocimiento de aquellos resultados. Si se titula psicológico y pedagógico á la vez, lo cierto es que predomina en él bastante el primer carácter sobre el segundo. Si la psicología pedagógica, conforme asegura el autor, es «la ciencia que nos indicará el modo más seguro para conseguir todos aquellos perfeccionamientos de que la psiquis humana es capaz y hacia los cuales debe tender infatigablemente», la psicología pedagógica del Sr. Romano no puede servir mucho para tal fin, aunque algo le ayude, porque en casi toda ella no hay sino breves y muy generales indicaciones sobre la aplicación de los principios psicológicos á la educación, sin cuidarse gran cosa de puntualizar la manera concreta y detallada de hacerlo. Esto hubiera sido del mayor interés y provecho. Y es, sin duda, que, como el mismo Sr. Romano dice, «por desgracia, la crítica es fácil y la obra difícil; y si se ha podido censurar muy bien las formas de la antigua didáctica, no es ya igualmente hacedero sustituirlas con procesos más racionales y más conformes con el conocimiento psicológico del educando». «Es fácil proclamar que los ejercicios recomendados por la didactología deben trasformarse en palancas del desarrollo educativo; pero obtener el fruto que se predica como posible, ya no es labor de las más fáciles».

Delinquenza e correzione dei minorenni, per Renzo Furlani.—Roma-Milano, 1906. Un vol. de x-475 págs., 4 liras.

La literatura referente al tema de que trata el presente libro es á estas horas abundantísima, aun cuando no, en verdad, entre nosotros. Al estudio de la delincuencia y la protección de los menores se consagran hoy multitud de energías, como resultado de lo cual se han publicado últimamente buena cantidad de libros, artículos, informes, leyes, comentarios de ellas y otros escritos análogos.

El de Furlani, sin ser de los más notables entre ellos, no deja tampoco de tener su importancia. Por sí solo, no creo yo que sea bastante para enterar á nadie de las cuestiones varias que entraña la gran cuestión tocante á la delincuencia y corrección de los menores, y del estado en que las mismas se hallan actualmente; por este lado, me parece que tiene muchas deficiencias, así en cuanto á doctrina como á información y á legislación comparada. Pero, en cambio, es un buen auxilio para servir de complemento á otros estudios; sobre ciertos extremos da noticias muy detalladas.

A mí me hace la impresión esta obra de estar preparada y escrita con excesiva precipitación. Por eso la encuentro desordenada. En ella se callan muchas cosas pertinentes, relativas sobre todo á la delincuencia juvenil (causas y desarrollo de esta criminalidad), aunque también relativas á los modos y procedimientos de prevenirla y curarla; por el contrario, se trata de otras muchas que, si no dejan de guardar alguna conexión con el asunto del libro—por aquello de que «todo está relacionado»,—tienen no obstante su sitio más propio en tratados generales de sociología criminal, de derecho penal, etc. Se conoce que ha habido poco tiempo para madurar, escribir y depurar la materia de esta monografía. La cual parece un centón de cosas desgranadas y amontonadas, que no han conseguido dar con el puesto que les corresponde.

P. Dorado

La nigromancia, por Arturo Schopenhauer.

El autor de *El mundo como voluntad* trata en este precioso ensayo de investigar las razones fundamentales de esos curiosos estados psíquicos que han dado origen al arte de adivinar lo futuro por la evocación de espíritus. Es un estudio sobre lo que modernamente se llama el espiritismo, y en lo antiguo se calificó de magia. Estudia en él Schopenhauer lo que se ha llamado la *doble vista*, por la que los sonámbulos y magnéticos pronostican claramente lo futuro; y enlazando sus observaciones empíricas con la teoría de la *necesidad rigurosa* por él estudiada en su admirable opúsculo sobre el libre albedrío, trata de probar que todos esos fenómenos obedecen á una necesidad profundamente oculta, á una especie de fatalismo trascendental.

Los numerosos ejemplos históricos con que confirma su tesis, y el encanto del estilo seductor con que está expuesta la interesante materia, avaloran tan notable trabajo. El ilustre pensador estudia también en ese mismo ensayo el panteísmo, doctrina que para él es la vacuidad elevada á sistema filosófico, y cierra su trabajo con algunas consideraciones sobre el suicidio, viendo en éste un derecho indiscutible de que el hombre puede hacer uso cuando juzga que los horrores de la vida superan á los de la muerte. El libro, esmeradamente traducido por Edmundo González Blanco, forma un volumen de cerca de doscientas páginas, y se vende al precio de tres pesetas.

Carlos Belmonte

ÍNDICE

Págs.

Estudios artísticos.—La ironía de «Fígaro», por Ángel Guerra ... 5

Subsistencias, por Antonio García Alix..... 22

Recuerdos, por José Echegaray..... 47

Cánovas del Castillo juzgado por sus libros, por Juan Pérez de Guzmán..... 60

Memorias de un huérfano, por X. Marmier..... 93

Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi..... 116

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 157

Revista de Revistas, por Fernando Araujo..... 165

Notas bibliográficas, por P. Dorado y Carlos Belmonte..... 204

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 19. NUM. 227.

LA ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

NOVIEMBRE 1907

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

11.582

INTELIGENCIA Y BONDAD

Hay en el capítulo V del Evangelio según Mateo un versillo, el 22, digno de muy especial consideración. Dice así, traducido á la letra: «Pero yo os digo que todo aquel que se enojare contra su hermano será atenido á juicio; el que dijere á su hermano *raca* será atenido á concejo, y el que le dijere ¡tonto! será atenido á la geena del fuego».

He dejado de traducir dos palabras: *raca* y *geena*, porque una y otra están sin traducir en el original griego. La palabra *raca* parece provenir del caldeo *reca* y significar algo así como «insignificante, sin valor, poca cosa, etc.»; y en cuanto á *geena*...

He traducido por «tonto» la voz μωρὲ, *moré*, en vocativo, que se halla en el texto. El adjetivo μωρός, ά, όν (*morós, á, ón*) significa, en su significado primitivo, soso, insípido ó desabrido; y luego, en sentido traslaticio y aplicado á personas, ya bobo, tonto ó imbécil, ya loco ó extravagante. El verbo μωραίνω (*moraino*) significa ya estar sosa ó desabrida una cosa, ya estar un hombre tonto ó loco. En latín tenemos *morio, nis*, necio, y *morari*, ser un tonto. Y Curtius (*Grundzüge der griechischen Etymologie*) supone—con una interrogación—si podrá referirse á la misma estirpe la voz *morosus*.

Lo que resulta claro es que el *moré* del Evangelio equivale á bobo, simple, insignificante, tonto, memo, zote, majadero, imbécil, estúpido... y las tantas y tantas expresiones despectivas en que abundan nuestras lenguas cuando se trata de ma-

nifestar el ningún aprecio en que se tiene la inteligencia del prójimo.

Y es ahora de considerar cómo el Cristo, al señalar insultos que merecen el castigo del fuego, no tomó en cuenta aquellos que tienden á deprimir las cualidades de bondad del prójimo, sino aquellos que tiran á rebajar su inteligencia. No amenaza con el fuego al que llama á su prójimo pillo, ó bandido, ó desalmado, ó canalla, ú otra cosa por el estilo, ni al que le inculpe de un vicio cualquiera, llamándole embustero, ladrón, adúltero, asesino, etc., sino al que le llame tonto.

Oímos decir de continuo que lo que hay que ser en este mundo es bueno, que es la bondad lo que más importa. Es idea muy generalizada la de que no depende de nosotros nuestra inteligencia y sí nuestra voluntad, aunque si se examinara la cosa un poco despacio se caería en la cuenta de cuán preñada de contradicciones íntimas está la proposición esa de que nuestra voluntad depende de nosotros. Porque ¿qué es ese mi yo, de que mi voluntad depende, fuera de la voluntad misma?

Mas es el caso, sea de esto lo que fuere, que se estima por la generalidad de las gentes que si es malo un hombre lo es porque quiere serlo y que podría ser bueno, mientras que, por el contrario, si es tonto, lo es sin quererlo, y no depende de él el dejarlo de ser. Claro está que hay muchos—cada vez más—que están convencidos de que el ser malo es cosa que depende tan poco de la libre determinación del individuo que lo sea, como el ser tonto, y no faltan quienes sinceramente—y no por afán insano de apartarse del común sentir, como suponen los ramplones de espíritu endurecido—creen que dejar de ser tonto depende de un esfuerzo de la voluntad, tanto como el dejar de ser malo. Pero no es de opiniones heterodoxas ó paradójicas—en el sentido etimológico y primitivo de estos vocablos, sentido que no he de definir aquí por no acumular más incisos—de lo que hemos de aprovecharnos ahora, sino de la opinión central ú ortodoxa, la del promedio. Y esta opinión estima que la maldad, la perversión de la voluntad es una cosa imputable

moralmente al hombre, y que no lo es la tontería, la deficiencia intelectiva. No siendo en ciertos casos en que la tontería sea consecuencia de algún defecto moral. La tontería, lo mismo que la locura, se estima que es una desgracia, aunque no falten personas que supongan que es la locura en muchos casos un castigo providencial. He conocido un sujeto que hablaba de Nietzsche sin conocerlo más que por referencias y por fragmentos—lo cual equivale á no conocerlo ó á conocerlo mal—que sostenía haber sido un castigo de Dios la imbecilidad en que murió el pobre y atormentado soñador.

Quedamos, pues, en que en teoría y como cuestión de doctrina, lo ordinario entre los hombres ordinarios es suponer que la maldad es algo imputable y la tontería una desgracia. Pero cuando se llega á la práctica, las cosas varían por completo, y esos mismos hombres ordinarios que ordinariamente profesan esa doctrina, se sienten más ofendidos cuando se pone en duda ó se niega sus excelencias intelectivas, que no cuando se pone en duda ó se niega sus excelencias morales. Al que les llame pillos, canallas ó bandidos le llevarán á los tribunales ó le pegarán acaso, pero le perdonarán antes que á aquel que les dé á entender que aprecia en poco su inteligencia. Esto no lo soportan, y de aquí proceden sus ciegas antipatías, sus pasiones más mezquinas.

Un conocido mío, persona que ejerce un cargo técnico, hombre de muy buena y muy bien cultivada inteligencia, pero que desgraciadamente la tiene perturbada, se quejaba un día á un amigo mío de que se le quisiera declarar loco. Y como mi amigo, que aunque muy inteligente se suele pasar de cándido con frecuencia, le dijera que el estar loco podrá ser una desgracia, pero no es un delito ni cosa que se le parezca, el supuesto loco se exaltó de mala manera y empezó á exponer todos los perjuicios que se le irrogaban de que se le declarase loco. Una vez hecha esta declaración, podía llegar hasta perder su empleo.

He aquí enfilada la cuestión por el aspecto más práctico,

por el más vivo. Para la lucha por la vida es la inteligencia arma más adecuada que la bondad, y las gentes saben muy bien que los pillos listos prosperan más que los buenos tontos. Y de aquí que aun cuando en teoría y en abstracto se ponga la bondad por encima de la inteligencia, en la práctica y en concreto ¡tan flacos somos! se da á la inteligencia la primacía sobre la bondad.

Lo comprueba la forma de despectiva compasión ó de compasiva despección con que se habla de los buenos poco inteligentes. «Sí, es muy bueno el pobrecillo», «¡es un bendito de Dios!», «es un santo varón»... ¿Quién no se ha fijado en el tono con que se profieren estas frases?

Lo que hay en el fondo de esta antinomia ó contradicción aparente, de esta duplicidad de juicio según que se trate de juzgar en abstracto ó en concreto, es que tenemos una doble moral, ó sea dos morales, una para nosotros mismos y otra para los prójimos. Lo de «no hagas á otro lo que para ti no quieras» lo traducimos por «no me hagas lo que no quieres que yo te haga». En el fondo de nuestro corazón, tejido de contradicciones, nos decimos: yo seré para contigo listo; sé para conmigo bueno.

Sucede, por una parte, que queremos á los demás buenos para con nosotros, aunque sean tontos; mas por otra parte, la experiencia nos enseña que un tonto bueno queriendo hacernos bien nos molesta y perjudica, y un listo malo al pretender hacernos daño nos hace bien. Y en resolución, á un hombre medianamente inteligente le es más fácil defenderse de las malicias de un listo que no de las tonterías de un bueno. Un hombre listo tiene un plan de conducta, una intención, un propósito más ó menos velado, y no es difícil descubrirle ese plan, esa intención ó ese propósito y ponerse en guardia; mas en tratándose de un tonto, por bueno que él parezca—y, como diré luego, cabe la duda de si los tontos pueden ser realmente buenos,—no sabe uno nunca á qué atenerse y está con ellos vendido. Porque el tonto, por bueno que parezca, es casi siempre

instrumento de una tercera parte, y no siempre de la misma, y al tonto, por consiguiente, le falta consecuencia.

Todo esto de un lado, y de otro el hecho de que el hombre tiene momentos de elevación de juicio, hace que no sea tan absoluto, ni mucho menos, lo de que deseemos que los demás sean buenos tontos antes que malos listos. Y sobre todo, la mayor parte de las veces no tenemos que juzgar de la conducta del prójimo para con nosotros mismos, sino para con otros prójimos, y en este caso solemos ponernos, como en el caso propio, de parte del inteligente, ó que creemos lo es, y en contra del que estimamos tonto. Y digo *como el caso propio,* porque á un hombre le es más fácil persuadirse de que es malo que no de que es tonto. Estoy harto de encontrarme con personas que confiesan sus perversiones morales y se declaran, en una ú otra forma, malos, pero apenas he encontrado quien se confiese tonto; y si alguno lo hace, es de tal modo y en tales circunstancias, que no hay manera de creerle. Y sin embargo, estoy convencido de que es mucho más frecuente de lo que parece el caso de un hombre que se siente un majadero, aunque ni á sí mismo se atreva á confesárselo, ó por lo menos que comprenda que sus prójimos le tienen por tal majadero. Y todo esto va resultando, como no puede menos de ser, un tejido de contradicciones aparentes. Y digo aparentes, porque de cada cien veces que se acusa á un escritor de contradictorio consigo mismo, en las noventa y nueve la contradicción está en el que así le acusa y no en el acusado. A los tales acusadores les vendría bien darse un baño de hegelianismo, si es que son capaces de ello.

Digo, pues, que creo es más frecuente de lo que parece el caso de un hombre que se conozca, ó que conozca lo que de él se juzga. A pesar de ser un lugar común lo de que nada hay más difícil que cumplir con el precepto délfico de «conócete á ti mismo», estimo que son muchos, muchísimos, los que á solas consigo mismos se conocen. Y aun creo más, y lo he dicho antes de ahora: y es que cuando el hombre, á solas, en el si-

lencio, se encara consigo mismo en el espejo de su propia conciencia, propende á rebajarse y á estimarse en menos de su valor real. Si ciertas acusaciones les duelen tanto á ciertas personas, es porque antes que nadie se las hiciese se las han hecho ellas á sí mismas.

Hablando de estas cosas con un amigo, me citaba el caso de un conocido de ambos, de él y mío, que siendo un majadero está haciendo siempre ostentación de su saber y de la profundidad de su inteligencia, y me decía mi amigo que el tal lo cree. Y yo hube de replicarle que lo dudo mucho, y que más bien creo que, lejos de creerse él, como da á entender, que es un profundo pensador, está persuadido de cuál es la opinión que á su respecto abrigan los que le tratan, y se defiende con medios de naturalísima defensa. Y al citarle yo á mi amigo, en corroboración de esto, una porción de evidentes mentiras que para darse importancia forja el tal sujeto, me contestó: es que se las cree. Y al punto hube de protestar, como protesto siempre, de esa especie tan difundida de que haya embusteros que crean los embustes que fraguan.

El buscar hacer creer á los demás que se es un hombre de profunda inteligencia y hondo saber, es un medio de legítima defensa. Tan legítima como lo es el de que se vale el lagarto australiano conocido entre los naturalistas con el nombre de *moloch horridus*. El cual es un animalillo inofensivo que, hostigado, toma las apariencias de un espantable animal dañino, fenómeno de eso que se llama mimetismo, y que es corriente en el reino animal. Porque hay, en efecto, animales que se defienden haciéndose pasar por otros y aparentando una ferocidad de que carecen. Casos parecidos á los de aquellas moscas que, aunque desprovistas del aguijón ponzoñoso de las avispas, han tomado la forma de éstas para hacer creer que le tienen, ó por parecerse á ellas é infundir esa creencia han logrado subsistir y perpetuarse.

Pero ¿hemos de creer que el *moloch horridus* humano que infunde pavor á sus enemigos merced á su espantable facha se

engaña él mismo y se cree feroz? Yo no lo creo. El pobrecito lagarto australiano debe de conocer su flaqueza y la cara que lleva debajo de la máscara, lo mismo que su colega en mimetismo el *chlamydosaurus kingi* al poner en erección su gola y abrir fieramente la boca tomando una actitud amedrentadora, está el pobrecillo temblando de miedo. Es el miedo el que le hace amedrentar. Y así también es la tontería la que les hace á muchos aparentar talento; de donde resulta que no es la tontería tan tonta como parece, ó que, por lo menos, no carece de cierto instinto.

Claro está que esto de un tonto que se presenta como hombre de profundo entendimiento, sin lograr engañar á nadie, es caso muy distinto de los casos de los llamados simuladores del talento. La llamada simulación del talento es un puro juego de palabras, pues para simular talento es menester tenerlo, por lo menos el preciso para que haya muchos que crean en él, y es una frase inventada probablemente por los que ni lo tienen ni logran simularlo.

No hay que perder de vista, además, que entre las innumerables palabras de un sentido vago y mal definido—y lo son casi todas las psicológicas, y tanto más vagas cuanto más se empeñan en definirlas los que las usen—la palabra «talento» es una de las más vagas y de las peor definidas. Puede decirse que hay hombres muy listos con muy poco talento y hombres muy talentudos sin listeza alguna. De Wordsworth se ha dicho que fué un genio sin talento. Y hay hombres más que regularmente inteligentes y muy brutos.

La brutalidad mental, confinante con la ramplonería, es una de las cualidades más características de ciertas inteligencias, capaces, por otra parte, de comprender cosas que exceden algo de la común comprensión. La brutalidad mental, distintivo de los dogmáticos vulgares, y que suele confundirse con la convicción y hasta á las veces con el fanatismo, es ante todo una cualidad moral, es una forma de la soberbia gratuita ó apriorística. Es cosa de inteligencias inimaginativas que

carecen del sentimiento del matiz y del sentimiento de la ironía y del humorismo. Los infelices atacados de esa especie de arterio-esclerosis espiritual ven confusiones y contradicciones que sólo en su cabeza existen. Suele ser gente dada á la polémica y que en ésta se despachan con el ridículo procedimiento de las citas, artimaña abogadesca falta de todo valor serio y positivo. Y con frecuencia añaden aquella singularísima tontería que reza así: «Fulano, cuyo testimonio no puede ser sospechoso para nuestros adversarios», como si se tratase de santos padres declarados doctores de una iglesia, y sucediendo á menudo que toman en serio una *boutade* del Fulano citado ó que éste, que puede por lo demás ser una inteligencia eminente, habló de cosa en que no entendía.

Los brutos mentales toman las cosas en bruto, sin análisis, y para ellos se escribió aquella fórmula tan típica de «la razón y la experiencia nos enseñan de consuno...», y viene una observación en bruto, tal y como la hacen los pueblos bárbaros. Los brutos mentales juzgando á simple vista, que es su órgano único de visión—y suelen jactarse de tenerla buena,—arguyen de visionarios á los que presentan, sin intento alguno de polémica, datos obtenidos á microscopio ó á telescopio.

Conocida es la *salida* de aquel que decía: yo no digo que todos los republicanos sean borrachos, pero sí digo que todos los borrachos que conozco son republicanos. Pues bien, yo no digo que todos los brutos mentales sean dogmáticos, pero sí digo que todos los dogmáticos que conozco son brutos mentales. Y no llamo dogmáticos á los que por pereza mental ó por no querer darse quebraderos de cabeza viven atenidos á estos ó aquellos dogmas. Llamo dogmáticos á los que con toda alma creen y sostienen que hay un número de opiniones—suyas, por supuesto—que sólo pueden negar los locos ó las gentes de mala fe, siendo opiniones que hay muchas personas que las niegan.

Si el ir contra la opinión comúnmente aceptada—aceptada por inconciencia, de ordinario—puede y suele ser un acto de

soberbia cuando se va contra ella no más que por afán de singularizarse—lo cual sucede muchísimas menos veces de lo que los brutos creen,—en cambio el aferrarse á la opinión común, ortodoxa (en el sentido más técnico del vocablo, el empleado al hablar de economía política ortodoxa, v. gr.), puede y suele ser un acto de soberbia, y de soberbia gratuita y apriorística. La soberbia gratuita necesita para sostenerse y afirmarse el sostén de la opinión tradicional común. Cuando un hombre os diga: «Dios, por mi boca, dice esto», traducidlo al punto así: «yo, por boca de Dios, os digo esto». La brutalidad mental tiene esta frase á cada paso: «¡eso es absurdo!»

Observad, en cambio, una cosa que nos enseña la historia y nos enseña, sobre todo, nuestra propia experiencia de la vida, cual es la de que un amable y dulce escepticismo mental se aúna á una austera y rígida conciencia moral, que de entre los escombros amontonados por la razón teórica suele alzarse robusta y firme la columna erigida por la razón práctica. Esto no lo comprenden los brutos mentales, cuyas inteligencias viven en el período prekantiano, que suelen ser intelectualistas en el sentido de que creen que la conducta y los sentimientos morales de individuos y de pueblos dependen de nociones teóricas filosóficas, de principios metafísicos. Cuando hablan de la fe entienden la adhesión de la razón á un principio de doctrina y se escandalizan de la proposición luterana de que sólo la fe salva, porque no han penetrado en cuál es el íntimo sentido luterano de la fe. Y digo sentido luterano de la fe, y no el sentido que á la fe daba Lutero, pues los brutos mentales creen que esto se resuelve con citas de Lutero, que no hizo sino iniciar el luteranismo. La frase de «más papista que el Papa» tiene perfecto valor cuando se aplica á doctrinas libres y evolutivas, y cabe decir que hay hoy darwinistas más darwinistas que Darwin y luteranos más luteranos que Lutero. No es el que enceta una doctrina el que la completa ni el que mejor ve sus consecuencias todas, como no es siempre el autor de un libro el que mejor lo comprende.

La brutalidad mental es algo que entra en lo que llamamos moralidad, aunque no sean más responsables de ella los brutos mentales, que no son los tontos responsables de su tontería. Y así como en la brutalidad mental se descubre un fondo de perversidad moral, también en la tontería, siendo como es tan distinta de aquélla—pues el bruto mental puede no tener nada de tonto,—hay casi siempre cierta perversión moral. Es una idea bastante extendida la de que los tontos no suelen ser buenos. El tonto es mal intencionado, es mezquino y es envidioso. Y cabe proponerse esta cuestión: ¿el tonto avieso es avieso porque es tonto, ó es tonto porque es avieso? Henos aquí en el complicado problema del valor moral de la tontería.

Podría creerse que en muchos, en muchísimos casos la tontería tiene un origen moral y arranca de mezquindad de espíritu, de mala intención; mas por otra parte puede invertirse los términos y atribuir á la tontería la mezquindad y mala intención. Lo más probable es que ambas cosas son coefectos de una misma causa de origen corporal orgánico, de una deficiencia fisiológica. Mas como á su vez estas deficiencias son, en gran parte, curables, y para su curación cabe emplear medios anímicos—la sugestión y otros análogos,—debe predicarse la obligación de ser inteligente. Y si se dijere que no está en el poder de un tonto hacerse inteligente, cabe responder que no está más en el poder de un avieso hacerse bueno. Los que niegan el libre albedrío no por eso rechazan el que se pida á los hombres que sean buenos y se procure con premios y castigos inducirles á ello, porque saben muy bien que estos premios y castigos, y esos preceptos y exhortaciones, son motivos para inducirles al bien, motivos que entran en la trama de ellos, de que surgen los actos de volición. Y el que se empeñe en ver contradicción entre que se niegue el libre albedrío y se le inflija á un hombre castigo por un acto dañino ó se le premie por uno beneficioso, es un bruto mental que está entrando en el período de la osificación de la inteligencia.

Uno de los medios más adecuados para combatir la tonte-

ría es, sin duda, el de predicar la obligación moral de ser inteligente.

Es muy frecuente oir, cuando se quiere defender á los tontos, aquello de que serán bienaventurados los pobres de espíritu, y, sin embargo, pobre de espíritu no es lo mismo que tonto.

*
* *

Me supongo á un lector que en un momento cualquiera de esta mi divagación me interrumpe para decirme: pero si tú, como parece desprenderse de algún pasaje de este escrito y de otros pasajes de otros escritos tuyos, supones que la conducta no se rige por principios abstractos ó nociones filosóficas, ¿á qué te nos vienes con estas disertaciones de psicología abstracta, si ellas no han de hacer que se vuelvan inteligentes los tontos ni buenos los malos?

Y yo le digo que, en primer lugar, puede y suele escribirse sin buscar un fin de aplicación ética, buscando la verdad por la verdad misma, sean cuales fueren sus consecuencias, y que esto es lo propio de la especulación filosófica. Sólo á los brutos mentales se les ocurre argüir contra la verdad de un principio metafísico por las funestas consecuencias prácticas que en el orden moral le supongan—no suele pasar de suposiciones,—como si fuese un axioma, ni mucho menos, que lo verdadero haya de ser bueno. Lo propio de la brutalidad mental suele ser construirse, bien ó mal, el mundo teórico en vista del mundo práctico, é inventar principios filosóficos para asentar sobre ellos preceptos morales que les precedieron, aunque ni asienten bien ni mucho menos.

Y por otra parte, aun creyendo que los principios de doctrina que un hombre profese no son los que determinan y fijan su conducta, puede uno muy bien creer de eficacia práctica el combatir esos principios, que guardan relación con la conducta, aunque no sea la de causa á efecto.

Es indudable que los movimientos de la aguja del manó-

metro tienen relación con las variaciones de presión de la caldera de vapor, lo mismo que la subida ó bajada de la columna termométrica la tiene con las variaciones de temperatura del ambiente, y sin embargo á nadie que esté en su sano juicio se le ocurrirá sostener que son los movimientos de la aguja del manómetro los que determinan la presión del vapor de la caldera, ó las subidas ó bajadas de la columna termométrica las que producen los cambios de temperatura del ambiente. Y algo por el estilo, aunque en una relación diferente, parece suceder entre las variaciones de conducta de un individuo y sus variaciones de doctrinas.

Sentimos todos la necesidad de justificar y explicar nuestra conducta ante nosotros y ante los demás, y no descansamos hasta hallar la que creemos razón suficiente de nuestro modo de obrar. Aunque ignoremos por qué vomitamos el aceite que se nos hace tragar, no nos importa gran cosa esa ignorancia; pero no nos resignamos á ignorar por qué se nos resiste el robar ó el matar al prójimo, y buscamos razones que expliquen esta nuestra resistencia, razones que son, muchas veces, especiosas. Más de un sujeto que cree de buena fe que no hace tal ó cual cosa, que le han enseñado ser pecado grave, por miedo al infierno, seguiría no haciéndola si perdiese este miedo, y entonces inventaría otra razón cualquiera para explicarse su resistencia á cometer los actos pecaminosos. Y esto, aunque sea frecuente entre los brutos mentales la creencia de que el temor al demonio y á las penas eternas son una de las bases del orden social. ¡Pobre orden social si dependiera de eso!

Y hay en esta necesidad que sentimos de explicar nuestra conducta dos grados, y son: la necesidad de explicárnosla á nosotros mismos, y la necesidad de explicarla á los demás.

Cuando un sujeto busca para los demás una explicación distinta de aquella que se da á sí mismo, decimos que es un hipócrita; siendo, pues, el hipócrita el que tiene dos explicaciones de su conducta: la que se da á sí mismo y la que da á

los demás, y ambas, con mucha frecuencia, igualmente falsas.

¿Y de qué modo el combatir la explicación que uno da de su conducta puede influir en la conducta misma? Si demostramos que la doctrina con que un individuo trata de explicar su conducta es insostenible, y no la explica, le obligamos á que busque otra, sea para justificarse ante los demás tan sólo, sea para justificarse ante los demás y ante sí mismo á la vez, del mismo modo que si á un chicuelo que inventa un pretexto para salirse con la suya se le destruye el pretexto, se le obliga á buscar otro.

Un chiquillo se levanta un día con una cantidad de tensión nerviosa, ó lo que fuere, á que siente necesidad de dar salida con el llanto, y los hay que, como no quieren llorar sin motivo, lo buscan. Piden una cosa, y si se la dan, piden otra, y acaban por pedir la luna, á sabiendas de que no pueden dársela, para tener así un pretexto de llorar. Y no lloran porque no se les ha dado la luna, sino que han pedido la luna, sabiendo que no se la pueden dar, para justificar así su llanto. Y una cosa parecida les pasa á los mayores.

Y así resulta que si se influye en la conducta de un individuo, destruyendo las doctrinas teóricas en que él la cree fundada, es porque al dejarle insatisfecha la necesidad de explicarse á sí mismo su modo de obrar, se le introduce en el ánimo una inquietud de orden sentimental, no intelectual, inquietud que ejerce influencia sobre su conducta.

Las ideas mismas suelen llevar no pocas veces un contenido sentimental ó emotivo, y es este contenido el que influye en la conducta. Pero á medida que un concepto pierde en comprensión, ganando en extensión, á medida que se generaliza y hace más abstracto, va perdiendo de su valor emocional y, por lo tanto, de su influencia sobre la conducta. Y en este sentido digo que las doctrinas abstractas, las nociones escolásticas á que se aferran los brutos mentales carecen casi siempre de verdadera eficacia práctica. Y lo mismo sucede con los dogmas muertos. La disputa teológica del *filioque*, que tanto apa-

sionó en un tiempo los ánimos, sería hoy incomprensible, porque el dogma ha muerto. Para la conducta moral de un cristiano de hoy lo mismo es que crea que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo ó sólo del Padre, ó que no crea ni una ni otra cosa, porque la tal creencia carece de todo contenido sentimental. Y en realidad ni se cree ni se deja de creer en ello, y el incluirla en el Credo no es sino una manera de pedir sumisión á la Iglesia sobre la base de esa horrenda fe implícita ó fe del carbonero, que es la muerte de la vida espiritual. Consecuencias de haber sustituído á la religión con una metafísica teológica.

***

Y volviendo á la relación entre bondad é inteligencia, réstame por hoy decir que en cierto sentido puede y debe decirse que la inteligencia es una forma de la bondad, ó la bondad una forma de inteligencia.

Ya entre los antiguos se discutió si la virtud es ó no es una ciencia, y miles de veces se ha repetido que el ser bueno es lo que más cuenta trae.

Lo más íntimo, lo más exquisito de la bondad, es el perdón; el hombre es tanto más verdaderamente bueno cuanto más propenso está á juzgar bien á los demás, á disculparlos. El triunfo supremo de la caridad es, al tener noticia de un horrendo crimen ó al presenciarlo, sentir un fuerte movimiento de compasión y de piedad hacia el verdugo, tanto ó más que hacia la víctima. Y la fórmula más alta de la caridad es aquella de: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen», fórmula en la que el mismo que conminó con terribles penas al que llame tonto á su hermano pide perdón para el prójimo, fundándolo en que este prójimo obra por deficiencia intelectiva.

El famoso aforismo *tout comprendre, c'est tout pardonner*, «el comprenderlo todo es perdonarlo todo», puede muy bien invertirse, diciendo: *tout pardonner, c'est tout comprendre,*

«perdonarlo todo es comprenderlo todo». Es decir, que aquel cuya grandeza de ánimo y nobleza de corazón le lleva á perdonarlo todo, se pone por este espíritu de perdón en situación de comprenderlo todo. Su bondad le da, como fruto, inteligencia.

Pasión quita conocimiento, se dice, y pasión en sentido contrario le añade. Y digo pasión en sentido contrario, y no falta de pasión, porque la bondad que nos hace inteligentes no es la aparente bondad del indiferente, del que parece perdonar porque no siente las ofensas, sino de aquel que, sintiéndolas, perdona por pasión.

La tolerancia es la primera virtud, pero es en aquellos que por naturaleza se sienten intolerantes, y que luchando consigo mismos logran vencerse.

Es una equivocación muy común la de creer que los espíritus tolerantes lo son porque carecen de convicciones arraigadas, y que, por el contrario, todo el que las tiene resulta intolerante. La intolerancia, forma del apego á las propias opiniones; suele ser independiente del mayor ó menor arraigo de las convicciones, y causa, más que efecto, de este arraigo. Los brutos mentales suelen ser intolerantes; pero su intolerancia no procede de que estén más convencidos que otros, sino de su brutalidad mental. Esta, que es, como dije, una forma de soberbia, les lleva á adherirse brutalmente á su propio juicio—hasta en cosas de orden secundario, y que ellos mismos estiman de libre juicio,—y esta adhesión les lleva á la intolerancia. Si para ellos tiene tanto valor el llamado común sentir ó el consentimiento supuesto unánime, es porque se sienten comunes, y sintiéndose comunes se amparan en lo común. Su adhesión personal no recibe su fuerza del valor de la opinión común á que se adhieren, sino que esta opinión tiene valor porque todos ellos, los comunes, se adhieren á ella. Es la ley del sufragio.

Una opinión común puede y suele muchas veces estar basada en una fuente común de error, en una causa de equivo-

cación radicante en la naturaleza misma humana—como lo estuvo y lo está la opinión, común todavía en los más de los pueblos, de que es el sol el que se mueve en torno á la tierra,—y toda su fuerza la recibe de la comunidad del error.

No hay soberbia mayor que la del soldado de fila que se siente formando parte de un grande y fuerte ejército, como no la hay como la del hombre ordinario que se siente parte de un pueblo rico, poderoso y admirado. Hay ciudadano de una gran nación que, siendo el último y el más inculto de sus ciudadanos, cree llevar á la nación toda sobre su cabeza. Y sucede con frecuencia que los hombres de soberbia gratuita ó apriorística ingresen en un gran ejército, en el ejército de la vulgaridad organizada, para poder apoyar con la fuerza de éste la debilidad radical de su soberbia. Y de aquí que el ranchero de un gran ejército tenga más soberbia que el jefe de una banda suelta y aguerrida. El que no tiene nada personal de que envanecerse—decía Schopenhauer—se envanece de haber nacido inglés, alemán, francés ó español. Y lo mismo sucede en el orden de las doctrinas que se profesen. Hay quien se ensoberbece por profesar las doctrinas en que sus padres le educaron ó por pertenecer á esta ó á la otra profesión social, y es que las doctrinas ó la profesión no hicieron sino dar un contenido á una soberbia previa, de puro continente, sin obras, es decir, gratuita.

La soberbia gratuita tiene otra señal en que se la conoce, y es su resistencia á obrar, á producirse á la vista de todos, á exponerse al juicio ajeno. La acción es la muestra de la humildad radical.

Ben fa, chi fa; sol chi non fa, fa male, «bien hace quien hace; sólo el que no hace, hace mal», dice el poeta italiano Pascoli; y el pobre Oscar Wilde escribía: *the supreme vice is shallowness*; *whatever is realised is right*; esto es, «el supremo vicio es la oquedad; todo lo que se cumple es bueno». O sea que todo lo que produce un resultado es bueno, y malo lo que cae en el vacío.

Me parece haber escrito antes de ahora, y acaso en estas mismas páginas, que el ejemplo de suprema humildad que han ideado los hombres es el de un Dios que crea un mundo que nada añade á su gloria, y luego una humanidad que se lo critique. Es como hacer una comedia, y luego un público que se la silbe á uno.

Fijaos, pues, en el fondo de toda maldad y de toda tontería, y veréis que se basa en pereza, en inactividad, más ó menos larvadas y disfrazadas, y veréis, por otra parte, que la bondad y la inteligencia son hijas de la diligencia, de la actividad, también más ó menos veladas.

La pereza es la madre de todos los vicios, y entre ellos de la tontería y de la brutalidad mental.

MIGUEL DE UNAMUNO

RECUERDOS

Recuerdo, caso extraño, porque generalmente de uno á otro artículo las memorias se borran, que en el último que escribí, hablaba precisamente de mi falta de memoria para todo lo que era individual y aislado: nombres, números y fechas, por ejemplo.

Recuerdo todo un libro de matemáticas con sus teoremas y sus teorías, y olvido por completo el nombre del autor.

Me cuesta trabajo á veces decir de pronto á un cochero el nombre de la calle en que vivo y el número de la casa. Lo digo, sí, pero haciendo un esfuerzo intelectual.

No sé las señas de la mayor parte de mis amigos y parientes, aunque conozca las casas y pueda ir á ellas sin vacilar.

Y resulta de estas deficiencias de mi organismo encefálico que yo no hubiera servido para erudito ni para historiador: no puedo decir la lista de los reyes de España de corrido, sino desde los Reyes Católicos; y en los grandes sucesos de los siglos XV, XVI y XVII, vacilo mucho para colocarlos en el lugar que les corresponde.

He leído enormemente, sobre todo lo humano y lo divino, y aun sobre lo diabólico, y las ideas y las líneas generales están grabadas en mi cerebro, pero los pormenores volaron al espacio, y en él se perdieron como paja aventada en las eras: eras de anchura enorme ó infinita.

Y no sólo no podría ser nunca erudito, sino que tampoco podría ser rey.

Porque un rey necesita tener buena memoria, conocer á todo el mundo y hablar á cada cual de aquello que más le interesa; y yo no conocería á nadie por su nombre, aunque los conociese por su fisonomía y por sus hechos.

De donde resulta que me haría antipático á todos los ciudadanos de mi reino que tuvieran contacto conmigo; porque la raza humana es vanidosa, y todo individuo de la raza humana, por insignificante que sea, se ofende, hablando en general, de que no se le conozca y no se conozca su nombre y su apellido.

Muchas veces me ha ocurrido poner un anuncio en los periódicos advirtiendo á todos mis amigos que no deben ofenderse si, al encontrarles yo, no les saludo por su nombre. Esto significa tan sólo una deficiencia lastimosa de mi memoria para las palabras aisladas.

Me sucedió encontrarme con D. Manuel Ortiz y Pinedo, que era amigo mío y muy antiguo, y al ir á saludarle no encontrar su nombre en el registro de mis celdillas cerebrales.

Él ni pudo sospecharlo, ni yo cometí la torpeza de darlo á entender; pero todo el día estuve preocupado y nervioso, hasta que después de muchas horas, y sin saber cómo, brotó el nombre á mis labios.

Me sucedió otra vez, en una discusión del Ateneo, tenerle que contestar á Tomás Maestre, y empezar diciendo: «Afirma esto y esto el señor...»; y me detuve, porque el nombre de Maestre se me borró por completo al querer pronunciarlo. Afortunadamente, uno que estaba junto á mí me dijo: «Quien ha sostenido eso es Maestre», y me sacó del apuro.

Pues lances tales me han sucedido siempre; de manera que no puedo atribuirlos á la edad.

Algún fisiólogo podrá explicarlo.

Si yo, por una de las mil combinaciones de la vida, llegara á perder el estado civil, estaba perdido.

Porque me preguntarían: «¿Cuántos años tiene usted y cuándo nació?» Y no podría contestar con certeza.

Lo he aprendido una porción de veces, y lo he olvidado otras tantas.

Para mí no hay más que tres ó cuatro fechas de mi vida, que sobrenadan en el mar, un tanto revuelto, de mis recuerdos.

Por referencia, y por haberlo oído á mi familia, sé que á los tres años de edad me llevaron en galera acelerada á Murcia, adonde iba mi padre de profesor de Agricultura y Botánica.

Pero ¿qué año fué? No lo he sabido nunca; sólo supe que fué en los tiempos de la primera guerra civil.

Primera fecha que recuerdo, la del año 43, ó sea la de la caída de Espartero, porque las tropas y la milicia, sublevadas en Cartagena, vinieron sobre Murcia, y el marqués de Camacho, con sus huertanos, defendió la entrada y rechazó á los insurrectos; y yo recuerdo un tiroteo enorme, y que quise subir al terrado para curiosear, y que mi familia no me dejó subir.

Otro recuerdo de otra fecha: el año 54, porque yo venía de Almería, en donde había estado de ingeniero, y me encontré en Aranjuez con O'Donnell y la caballería sublevada.

Tercera fecha: la revolución del 68, en cuyo año Zorrilla me nombró director de Obras públicas.

De suerte que, para recordar una fecha, necesito enlazarla con algún suceso importante; de lo contrario, no hay manera de que yo la recuerde: es preciso que el Cosmos y la Historia universal estén al servicio de mi memoria.

De aquí resulta también que, reconociendo como reconozco la importancia extraordinaria de los idiomas, tenga poca afición á su estudio, y que sea para mí un estudio dificilísimo, no por su estructura ni por su armazón gramatical, sino por el léxico.

Estudié griego con mi padre, y entre los dos hicimos bastantes traducciones; pues olvidé todo lo que había aprendido.

Estudié latín y traducía los clásicos con alguna facilidad; pues en cuanto cesó la obligación de aquel estudio, rompí con ellos toda clase de relaciones, y hasta les negué el saludo.

Toda mi vida he estado leyendo libros en francés, de cien-

ofas y de literatura y de historia y de filosofía, y, sin embargo, para resolver el problema inverso, quiero decir, para escribir ó hablar, paso grandes apuros, porque me sucede con los idiomas lo que al ratón con las antiguas ratoneras. El ratón entra con facilidad por entre los pinchos, pero no puede salir porque se clava en ellos; pues yo traduzco sin dificultad á fuerza de traducir, pero al tomar el camino inverso se me hace dificilísima la salida.

He leído innumerables obras en inglés: entre obras de historia, de literatura, de ciencia y de novelas podrán contarse centenares y centenares; pero ¡ay de mí cuando quiero salir de la ratonera!

Y otro tanto pudiera repetir del alemán, del italiano y del portugués.

¡Oh! La multiplicidad de idiomas es un verdadero tormento para la raza humana, una barrera entre las almas, un gran obstáculo para la comunicación del pensamiento, y aun para el sentimiento una heladora cruel.

Y todavía hay gente tan ciega que en vez de hacer esfuerzos por el idioma universal, quisiera dividir los grandes idiomas naturales en dialectos.

Si yo dijera sobre esto todo lo que pienso, seguramente que no concluiría este artículo.

***

Volvamos, pues, á lo que iba diciendo antes de engolfarme en estos recuerdos secundarios.

Decía, ó me parece que decía, que todos aquellos meses que precedieron á la apertura de las Cortes constituyentes los recordaba con pasmosa claridad, como si fueran recuerdos de ayer mismo, y no de sucesos que cuentan poco menos de cuarenta años de fecha.

Por recordar, hasta recuerdo algunos expedientes que puse á la firma de D. Manuel Ruiz Zorrilla, y no por su trascendencia—eran expedienteso rdinarios,—sino porque en uno de

ellos demostró D. Manuel la rectitud de su conciencia y su espíritu de justicia, sobreponiéndose á sus pasiones políticas, á sus odios de progresista genuino, á sus parcialidades de hombre político. En su honor consigno este recuerdo.

Era un hombre honrado, era un caballero perfecto y, dijeran lo que quisieran decir sus enemigos, era una inteligencia clara y elevada y de gran flexibilidad para adaptarse al medio ambiente.

Buen progresista, el verdadero progresista, acaso el último progresista; y fué, sin embargo, el que más pronto se adaptó á la atmósfera de las ideas democráticas, el que con espíritu más amplio simpatizó con los demócratas, aunque personalmente por algunos de ellos nunca tuvo grandes simpatías. En suma, fué el que fundó el partido radical, que tan poderoso fué y que tan pronto consumió su fuerza en aquella lucha ardiente y formidable.

Pero vamos al pequeño episodio del expediente administrativo á que antes me refería.

*
* *

Los meses que precedieron á la revolución fueron meses de mucha ansiedad y de mucha espectación, porque la revolución todo el mundo la veía venir, lo cual trajo consigo una paralización en todas las esferas, y, como en todas, en las esferas administrativas.

La vida del empleado era por aquellos tiempos tan efímera, que vivía constantemente en jaque; y no hay que pensar en lo que pensarían los pobres funcionarios públicos bajo la amenaza de una revolución, porque da pena y tristeza.

¡Qué ganas de trabajar ha de tener un empleado cuando piensa que quizá la semana próxima será cesante!

De aquí resulta que en las oficinas debió trabajarse poco en aquel período, y resultó que cuando entramos en Fomento encontramos, entre grandes y chicos, una masa de expedientes detenidos, que se contaban por miles.

Ahora bien: uno de los empeños de D. Manuel Ruiz Zorrilla era que no hubiese retraso alguno en el despacho de los asuntos.

—Hay que marchar al día—ordenaba de continuo.

Y aun más tarde dió algunas disposiciones generales en este sentido.

Por el pronto dió esta orden terminante: Los negociados se han de poner al corriente en un plazo brevísimo, en el plazo de un mes. Y la orden se cumplió.

El negociado de carreteras, á cuyo frente estaba el ingeniero D. Manuel Pardo, y que era uno de los más atrasados, fué uno de los primeros en cumplir la orden recibida. Y así se lo dije á D. Manuel.

—En el negociado de carreteras ya no queda más que un solo expediente atrasado.

Y D. Manuel se mostró muy satisfecho, pero agregó:

—Ese que queda, á despacharlo en seguida.

—Vamos despacio, D. Manuel. El expediente á que me refiero es un expediente de mucha cuenta, de larguísima fecha, según dicen los que á él se han asomado; de una gran complicación; en él han mediado altísimas influencias; se asegura que están interesadas personas de la más elevada posición: una serie de directores generales y una serie de ministros de Fomento han pasado sin atreverse á resolverlo, y el expediente en cuestión es ya célebre.

—Pues á resolverlo—dijo D. Manuel,—á resolverlo inmediatamente y en justicia; probablemente será alguna picardía, y con las picardías nosotros no transigimos. Conque tráigamelo usted lo más pronto posible.

—Así se hará, y mañana empezará á estudiarlo Pardo.

—¿Ha venido alguna recomendación?

—Ninguna.

—Claro, no se atreverán. Buen chasco van á llevarse cuando lo vean resuelto.

Y transmití la orden al jefe del negociado, y se puso á

estudiar el asunto D. Manuel Pardo con sus cinco sentidos.

El asunto, que en el fondo no era tan complicado como se decía, había venido á complicarse por el número infinito de trámites por donde había pasado.

Era una perpetua peregrinación la del desdichado expediente.

Un director no se atrevía á resolverlo, y pedía para ganar tiempo informe al distrito.

El jefe del distrito lo pasaba al ingeniero.

El ingeniero evacuaba el informe y lo devolvía al jefe, y éste lo elevaba á la Dirección general.

El director tampoco se atrevía á resolverlo, y lo pasaba á la Junta Consultiva.

Y la Junta Consultiva informaba, y vuelta á la Dirección.

Y la Dirección consideraba que el asunto era grave, y le aconsejaba al ministro que se mandase el expediente al Consejo de Estado.

Y al Consejo de Estado iba, y del Consejo de Estado volvía, y menudeaban las recomendaciones, y ni el director ni el ministro se atrevían á dictar una resolución definitiva.

Con lo cual el expediente quedaba descansando, unos cuantos meses, de sus largas peregrinaciones.

Hasta que venía un cambio político: nuevo ministro y nuevo director, y nuevos esfuerzos de los interesados; y para ganar tiempo, nuevo ciclo por los mismos trámites que el anterior sobre cualquier otro incidente enlazado con el asunto: distrito, ingeniero, otra vez jefe de distrito, Dirección, Junta Consultiva, otra vez Dirección, Consejo de Estado, vuelta á la Dirección, y nuevo descanso hasta nuevo cambio de ministro.

Y así indefinidamente.

El expediente iba creciendo: apilados los documentos, la altura se medía por metros casi.

El pobre expediente había visitado el Consejo de Estado no sé cuántas veces; yo creo que si se le hubiera colocado en

la puerta de Fomento, él solo se hubiera ido, con darle la orden, á la Junta Consultiva, y sobre todo al Consejo de Estado.

Este fué el magno expediente que D. Manuel Pardo estudió, desentrañó, ordenó, puso en claro, convirtiendo el caos en luz clarísima.

El resultado fué una nota verdaderamente admirable por el trabajo que suponía, por su claridad extraordinaria y por el espíritu de justicia que en ella dominaba.

Allí no servían ni recomendaciones, ni tampoco prejuicios políticos. No había más que hechos: la Ley y la Justicia.

Y en suma, una liquidación definitiva con demostración matemática y jurídica de todas sus partidas.

El resultado era que el Estado le debía á los interesados una suma de importancia, que no recuerdo con exactitud: algo así como 40 ó 60.000 duros; no quisiera equivocarme.

Yo estudié la nota, la comprobé con el expediente á la vista, discutí con D. Manuel Pardo algunas pequeñas dudas, y aclaradas que fueron, puse mi conformidad y le llevé el asunto á Zorrilla.

Y la empresa era un tanto arriesgada, porque Zorrilla tenía la idea, sin conocer el asunto, sólo por la atmósfera que alrededor de él se había hecho, y por la idea que él tenía de los moderados en general, y en particular de los personajes que mediaban en el asunto, que el expediente debía ser una gran picardía, tan grande, que ni aun los ministros moderados se atrevían á resolverlo. Que no sólo el Estado no les debía nada, sino que, aclarado el asunto, ellos resultarían deudores del Estado por cantidades importantes.

Y con estas ideas, y con el carácter de D. Manuel, decía yo para mí:—¡Vaya usted á llevarle este expediente!

Pues se lo llevé y le dije:

—Mi querido D. Manuel, aquí está el expediente que ha mandado usted que se resuelva y que se ponga á la firma.

—¡Hombre, me alegro! ¿Y cuánto nos deben?

—Pues resulta que no nos deben nada.

—Hombre, eso no es posible.

—Y que nosotros les debemos á ellos.

Y que se ha cometido una gran injusticia no haciendo antes esta liquidación.

Que ha habido miedo al «qué dirán» y un desconocimiento completo del derecho que á los reclamantes asiste, no en todas, pero sí en algunas de sus reclamaciones.

Se entenebreció, como hoy diríamos, la frente de D. Manuel, y con voz cavernosa preguntó:

—¿Y cuánto supone ese jefe del Negociado que la Administración les debe á esos señores?

—No supone; demuestra que se les debe tal cantidad.

Y le dije la cifra.

D. Manuel dió un salto.

Yo no le dejé hacer ningún comentario; le dije:

—Claro es que este expediente no lo puede usted firmar sin estudiarlo á fondo y sin adquirir plena conciencia de su justicia. Aquí tiene usted la nota del Negociado, que es extensísima; usted la estudia, y después la discutiremos juntos.

—Prefiero esto último, porque no tengo tiempo para lo primero. Una de estas noches suspenderemos la tertulia de última hora, nos encerraremos los dos, y juntos leeremos y discutiremos la nota del Negociado.

Y así se hizo.

*
* *

Detenidamente la leímos, se discutió, se comprobaron todas las partidas favorables á la reclamación; en suma, D. Manuel, que era una inteligencia clara, se penetró del asunto y tomó posesión plena del expediente en todo lo que tenía de fundamental.

Y cuando terminamos nuestra tarea, yo le dije:

—Ya conoce usted el expediente. Yo creo que la resolución que propone el Negociado es justa, y por eso he puesto mi

conformidad. Usted puede ó conformarse con mi dictamen, ó formular otro dictamen distinto, ó dejar en suspenso la resolución del expediente. Una de estas tres cosas.

D. Manuel no vaciló un momento, y me dijo con aire triste, severo, y mostrando una gran contrariedad:

—Es una lástima, una verdadera lástima; el Negociado tiene razón: las reclamaciones que concede son justas.

Por lo demás, yo no retraso nunca la resolución de un expediente, ni la retrasaría aunque favoreciese á mi mayor enemigo, si le asistía la razón.

Y sin detenerse, puso conforme con la Dirección.

Cumplido aquel deber de conciencia, se desató contra los moderados, diciendo que «¡qué idea tendrían ellos de sí mismos, que ni se atrevían á hacerse justicia!»

Y sobre este tema pronunció un extenso discurso lleno de pasión.

Pero él había cumplido como bueno, sin vacilar un instante, sin regatear el crédito, sin retrasar un minuto la solución del asunto.

Al retirarme, me dijo ya en tono alegre:—Ya verá usted, ya verá usted qué cara pone Figuerola, y qué cosas nos dice. Buen rato le vamos á dar. Pero nosotros hacemos lo que se debe hacer, y basta.

Dígale usted al jefe del Negociado que he quedado muy satisfecho de su trabajo.

*
* *

Y sucedió lo que D. Manuel había pronosticado: según me contó después D. Manuel, había puesto Figuerola el grito en el cielo, y en Consejo de ministros le acosó furiosamente.

—¿Pero qué han hecho ustedes en Fomento?—le dijo.—¿Cómo se han atrevido ustedes á resolver ese expediente que es un verdadero escándalo, y con el cual ni los ministros moderados se han atrevido?

¿Cómo quieren ustedes que yo entregue esa cantidad á esos

contratistas, que ya sabemos quiénes son y cómo las gastan?

Nada, nada; han sido ustedes sorprendidos; la opinión unánime en Hacienda es que debe revisarse la disposición que ha dictado usted.

Y D. Manuel, que quería mucho á Figuerola, pero que estaba en plena posesión de su derecho, ni siquiera se incomodó.

Riéndose, le preguntó á Figuerola:

—¿Pero usted ha leído la nota del Negociado?

—Ni la he leído, ni necesito leerla.

—Pues necesita usted leerla. Y después que usted la conozca, discutiremos los dos, y si es preciso, traeremos el asunto al Consejo, porque la solución que se ha dado es justa, absolutamente justa, y yo la sostengo, y no porque me sean simpáticos los interesados, de los cuales aun tengo peor idea que usted; pero el derecho es el derecho, y aquí hemos venido usted y yo á hacer justicia; conque no hemos de hablar más del asunto hasta que usted conozca la nota.

—Pues la estudiaré—dijo Figuerola.

Y la estudió, en efecto.

Y á los cuatro ó cinco días habló con D. Manuel, quien me refirió esta segunda escena con aire de triunfo.

—Ya tenemos vencido á D. Laureano—me decía.

Y en efecto, D. Laureano, que era también un hombre recto y una autoridad indiscutible en administración, se declaró plenamente convencido. Más aún, entusiasmado con la nota y con el autor.

—Pero ¿quién es ese ingeniero—decía—de quien yo nunca había oído hablar?

La nota en cuestión es un verdadero modelo de método, de claridad y de espíritu recto.

No cabe discusión. Han resuelto ustedes en justicia, y en justicia procederé yo.

Y en verdad que quisiera conocer personalmente al señor Pardo para felicitarle.

Parece imposible cómo de una cuestión tan enmarañada ha hecho una cuestión clara y sencilla y en que no cabe ni duda ni vacilación.

***

—¿Lo ve usted?—le dije á D. Manuel.—Cuando yo le recomendé á usted á D. Manuel Pardo y conseguí que usted le nombrase jefe de Negociado, sabía bien á quién recomendaba; y otro tanto puedo decirle de mis demás recomendados; por ejemplo, Saavedra...

Y D. Manuel me interrumpió diciéndome:—Ya sé, ya sé que Saavedra es una eminencia; cuando sea usted ministro de Fomento—me dijo riendo y poniéndome la mano sobre el hombro—no le hago á usted más que una recomendación: que nombre usted director de Obras públicas á Saavedra.

Dicen que á mí me domina la pasión política; pues sin embargo, no lo dirán por los nombramientos que hago: ni usted era político, ni Saavedra tampoco.

Hablé antes de otro expediente; pero en este último no tuvo que intervenir D. Manuel.

Y sin embargo, vale la pena de que á él consagre un recuerdo. Son notas, por decirlo así, de la Administración por dentro, y demuestran que la Administración no es tan mala como se supone; que abundaron siempre, y con todos los partidos, los buenos empleados.

Esta era también la opinión de Salaverría, y tenía razón sobrada para opinar de este modo.

Pero quede el nuevo episodio para el nuevo artículo.

José Echegaray

VIDA ECONÓMICA COMPARADA

Los consejos de la experiencia, que sirven para formar el caudal científico de una nación que está bien organizada, en el orden económico de todo país que se considera con derecho á llamarse civilizado, y con civilización bastante para alternar dignamente con las primeras naciones civilizadas. Esos consejos, su utilidad puede apreciarse convenientemente fijándose en el estudio de los presupuestos generales del Estado, lo mismo en los de ingresos que en los de gastos. Estos, con distinción acertada de los que son productivos y los que son improductivos; aquéllos, para apreciar si los sacrificios del contribuyente están en armonía con los servicios á que se destina la contribución. Además, importa saberse que se paga con relación al desarrollo de la riqueza nacional, sin desigualdades injustificadas, sin ocultaciones insufribles y consentidas por imposición del caciquismo.

Es una lección la situación financiera de Inglaterra, expuesta recientemente en la Cámara de los Comunes por el ministro de Hacienda, Mr. Asquith. En los ingresos del presupuesto inglés ha habido un aumento de 5.400.000 libras esterlinas sobre el cálculo presupuestado. Ese aumento es debido, una parte, á la reducción de los derechos que gravan el té, por cuya reducción ha aumentado el consumo. La reducción de la Deuda pública ha sido la siguiente: En cada uno de los años económicos 1906 y 1907, de 18.714.000 libras esterlinas.

Otro ejemplo que interesa mucho conocer: la exportación

en Francia de frutas y legumbres frescas. Para Alemania fué en el año 1900 de 1.605 toneladas, y en el año 1906 ha sido de 14.008. La exportación para Suiza era antes del año 1906 de 5.042 toneladas, término medio, y en el año 1906 ha llegado á 15.702. Y ha aumentado la exportación para Inglaterra de 2.527 toneladas á 11.378.

Nuestro suelo, consideramos superfluo decir que es susceptible de iguales aumentos de exportación. ¿No se consigue?

No puede conseguirse por diferentes causas. Algunas como éstas: por no estar determinados en la práctica los efectos económicos de los procedimientos de cultivo; por el abandono en que está el cuidado de los árboles frutales, abandono consciente unas veces, inconsciente otras, aunque reconociendo que el estudio del árbol frutal ha mejorado bastante. Por no estar tan atendida como fuese de desear la alternativa de cultivos, sobre todo en las regiones que ya dejaron planteado el sistema los moriscos, los perjuicios son incalculables.

Otro ejemplo de la perniciosa influencia política en nuestro país: nos referimos á las minas de Riotinto, en la provincia de Huelva. El cobre, que su consumo aumenta de día en día, y aumenta también su precio por tonelada, á saber:

AÑOS	PRECIO		
	Libras.	Chelines.	Peniques.
1890.....	51	1	0
1900.....	73	10	7
1906.....	87	16	5

La producción de cobre en las minas de Riotinto y Tharsis el año 1905 fué de 2.575.000 toneladas. El precio regulador en Londres ha sido de 2.700 pesetas la tonelada últimamente.

El Estado español, por apremios políticos, puso en manos del extranjero la riqueza del cobre; en él se recogen las ganancias en su mayor parte. Si nuestro Estado hubiese cumplido bien su misión, hubiera recogido para el país las ganancias

producidas por 500 pesetas, cotización sobre el desembolso hace treinta años al precio de 1905, esto es, 2.700 pesetas; estando demostrado por peritos reconocidos que para ser la explotación remuneradora, basta conseguir del consumo el precio de 1.000 pesetas por tonelada.

Si el Estado hubiese sido único accionista, para él fueren los beneficios en representación de España. Fijando la atención en este ejemplo y otros. Lo que sucede con el hierro de la provincia de Vizcaya, con el carbón de diferentes provincias, con los azogues. Si hubiera paz en España, no sólo la paz que excluye llegar á atacarse con las armas en la mano los combatientes, sino la paz de los espíritus. La paz que da el patriotismo. El amor patriótico, del que se dieron un día ejemplos en Madrid y Zaragoza y se admiró por otros territorios de España, sin que se quiera decir que están los españoles desprovistos de tan hermosa cualidad. Pero sucede por impurezas de la realidad que los obstáculos políticos no dejan prosperar la patria. Cuando el año 1860, antes de comprometerse ésta con la guerra de África, se hubiesen calculado sus resultados probables, seguramente que no se habría ido á la guerra, habiendo otros medios eficaces de conseguir el castigo de las kábilas.

La desamortización de bienes nacionales convertida una parte en despoblación de montes. A haberlo previsto esto, no se hubiese llegado á dictar leyes desamortizadoras, más impolíticas que políticas. ¡La paz! La paz es la vida. Sin paz no puede haber prosperidad económica. Cuando Dios quiso castigar á su pueblo *elegido* para *redimir* á la humanidad, encarnando un día el *Hijo* en una de sus familias. A aquel pueblo lo entregó al castigo de la guerra. Los almogávares, por su predilección bélica, han sido el castigo de bastantes generaciones, sufriéndolo ellos á su vez como instrumentos del dios Marte. Cuando llegan á realizarse unas elecciones de representantes de un sistema constitucional más ó menos liberal. Lo mismo en Rusia que en España, si se llega á anteponer intere-

ses particulares á los generales, si el personalismo se antepone al patriotismo, si el más fanático puede sobreponerse al ciudadano sereno. Cuando se deja de oir la voz de los principios, por entregarse á oídos de simbólica sirena. La coalición que envenena las pasiones, los gobernantes que se dejan llevar de su amor propio, todo lo perverso predominante en campos y ciudades, suelto como el diablo de la fábula.

Entonces la realidad del sufrimiento electoral es precursora del sufrimiento legislativo. Como se ve esto es fijándose en tres períodos políticos, á saber:

Período electoral. Surgen las pasiones. El vencido no se conforma con la derrota. Se resigna con la esperanza de mejores días de venganza. Alentada por ésta la situación caída, trata de entorpecer, sin reparar en los medios, los trabajos del vencedor, que no quiere tampoco ser escrupuloso en los procedimientos, convencido de que el fin justifica los medios; consejo maquiavélico por el que se suprime la conciencia. Todo el mecanismo electoral se estudia detenidamente para montarlo á gusto de la perfección egoísta y que dé por resultado montar resortes que pueda usar la justicia, convirtiéndose (no siempre) en instrumento ciego de injustas pretensiones; la Administración sufre alteraciones que perturban su marcha regular: los vecinos se dividen en bandos, que paralizan la acción útil entre ciudadanos. Se va principalmente al triunfo, sin reparos.

La Hacienda pública sufre menoscabo en sus intereses.

De los colegios electorales se traslada la acción al salón de sesiones de representantes de la nación. La filiación se hace, la agudeza se afina, la procacidad tiene atrevimientos, la inconsecuencia revuelos, la audacia recompensas, la ignorancia premios, los principios postergaciones, la infidelidad gracia, las ilusiones desengaños, las esperanzas nublados. Un día de vida es vida en aquel hemiciclo, donde compiten la compostura con la descompostura, donde el orador avasalla y el que no es apesadumbra; donde la atmósfera sofoca y el ambiente puro

es débil; donde el ministro corre el temporal de vientos que desata el diputado; donde éste se expone á sufrir el estigma de aquél; donde la pasión política atrae concurrencia y los intereses materiales la ahuyentan.

Se entra en la discusión de los presupuestos del Estado, y el trabajo resulta enojoso. Enojoso por ir en aumento los gastos de año en año. Porque la Medea económica tiene que devorar sus mismos ofrecimientos á los electores. Es la voz de la naturaleza contrariada.

Suspensión de sesiones de Cortes, ó su disolución. Las leyes que están votadas ó promulgadas van á su cumplimiento por medio de reglamentos, que no son fiel representación de las leyes. La ejecución de éstas y de aquéllas cae frecuentemente en manos sospechosas.

La sospecha puede ser por diferentes causas. La autoridad, por política, podrá ser de tal naturaleza que quiera reservar el favor para los amigos y la justicia para los adversarios. La prensa, que puede hacer mucho bien en los interregnos parlamentarios, se deja llevar con frecuencia del impulso del mal, contra viento y marea de los intereses públicos.

Si á veces delata la inmoralidad, otras la desfigura para conseguir presentar la figura moral, sin serlo.

¡La moralidad! La Hacienda pública tiene que cuidarse de los presupuestos del Estado, laberínticos hasta rayar en lo inverosímil.

Las relaciones económicas internacionales son semillero de discordias, en las que predomina la injusticia. El crédito público en el año 1860, como en casi todos los años, padece lesiones mortales.

Tres períodos, en los que se marcan grandes calamidades.

En el año 1860, en el Congreso de los Diputados dejaron oir su voz los oradores siguientes:

Salazar y Mazarredo, quien dijo impugnando el presupuesto de Marina: que habiéndose detenido á examinar los detalles de este presupuesto, que encontraba la raíz del mal en su or-

ganización administrativa. Añadía: «No se podrá llevar adelante la restauración de la marina hasta convencerse de que es preciso variar por completo los fundamentos sobre los cuales descansa el presupuesto». El escollo de siempre. Una mala administración, de la que no quiere nadie hacerse solidario, ni tampoco antisolidario. Sin embargo, con motivo de la desgracia imborrable de Santiago de Cuba, no han faltado fiscales autorizados, como son Cervera, Concas y Arderíus, que han publicado libros con hechos legales, que caen bajo la autoridad de la jurisdicción militar. Por no haber sido atendidos los consejos del marqués de la Ensenada, en su día.

González de la Vega exclamaba el año 1860, en el Congreso, con marcado escepticismo: «Si los pueblos asomaran por esas tribunas y vieran el interés que inspira á sus representantes el fomento de la riqueza pública, ellos comprenderían cuál es la causa, y la hallarían también, del sostén que tiene la exagerada centralización, retrasándose á veces indefinidamente el despacho de expedientes sobre asuntos tan importantes como es el muelle de Cádiz». Esto que se dijo el año 1860 ha podido repetirse cuarenta años después. Como se puede repetir aún el año 1907 lo que dijo en aquel año el ministro de Fomento: «Puesto que carecemos hoy de caminos, de puertos, de faros, de lazaretos, etc., etc., al menos en la proporción y adelantos que tienen en los países que han sabido ponerse á la cabeza de la civilización en Europa, como son Inglaterra, Alemania, Francia.

Nos faltan los establecimientos públicos necesarios de verdadera utilidad para el bienestar general y prosperidad nacional.

En el año 1860 dijo el diputado en Cortes Polo que había dos reformas urgentes que discutir: el arreglo de la Deuda pública y la estabilidad de los aranceles. A tan laudables fines se oponía una política que era verdaderamente obstruccionista (como sucede en el año 1907). Del presupuesto de 1850 al presupuesto de 1861 había un aumento de 250 millones de pesetas,

en números redondos. Para el año 1861 se promulgó una ley por la que se destinaban 500 millones de pesetas para atenciones extraordinarias de material de guerra y construcción de obras públicas.

El plan era aparentemente halagador. Pero ¡oh impurezas de la realidad! Para un presupuesto de 1861 que importaban los gastos 482 y los ingresos 484 millones de pesetas, había además otro presupuesto extraordinario de 105 millones de pesetas. Y se calculaba que, para salir de apuros, á situación desahogada, era necesaria la consolidación de varias Deudas en una Deuda pública que, bien hecha, podía ser de 2.000 millones de pesetas.

La cuestión arancelaria planteada quedaba ya en el año 1860, en las Cortes, por Madoz y Figuerola, por León Medina y Salaverría.

De aquel año son las discusiones censurando aquellas operaciones del Tesoro público en los años 1840, 1841 y 1851; aquellos arreglos de descrédito. Eso sí, las discusiones parlamentarias alternaban las económicas con las políticas. Rivero, con su autorizada voz, decía:

«Cincuenta años de revoluciones, de sangre, de lágrimas; generaciones enteras sacrificadas para entronizar entre nosotros la idea de libertad, no han bastado para que seamos libres.»

A lo que contestaba el no menos reputado parlamentario Posada Herrera:

«Los partidos que niegan la legalidad de los poderes legítimos no son ni pueden ser legales.»

Andando el tiempo, vemos que los partidos que niegan la legalidad y aun la patria común, esos partidos, aprovechándose de leyes benignas, encienden la tea de la discordia, con la que alumbran sus miras hostiles, y con los resplandores de sus luces quieren deslumbrar una historia que, si tiene horrores, tiene glorias.

Así es la historia de las demás naciones.

¡Una cosa es verdad! Que la opinión pública funcionaba deficiente. Deficiente cuando el ministro de Hacienda, en el mes de Enero de 1862, presentó á las Cortes su proyecto de ley de reforma arancelaria. Ahora la opinión pública se presenta pesimista. Y eso que pueden verse aspectos ó hechos que dan alientos optimistas. Ejemplo es el aumento de la riqueza urbana en las poblaciones siguientes:

HABITANTES	1842	1900
Madrid	157.000	539.000
Barcelona	122.000	533.000
Sevilla	100.000	148.000
Valencia	66.000	213.000
Murcia	55.000	111.000
Zaragoza	30.000	99.000
Bilbao	10.000	83.000

Según estadística publicada. Sin que haya disminuído la población rural, puesto que está en crecimiento la población total de España.

La riqueza imponible sobre edificios resulta ser:

El año 1869	156.000.000
El año 1905	313.000.000

Fijándose en la importancia del comercio, juzgándola por los centenares de millones que suponen las obras de los puertos, tenemos que convenir en el progreso constante que han tenido los intereses materiales. Barcelona aumenta y aumenta sus muelles, y nunca bastan para servir bien el tráfico marítimo. Valencia gasta y gasta en defensa de su abierta rada para guarecerse bien contra las acometidas de sus embravecidas olas, embarcaciones de todos calados y pabellones. Alicante, en la necesidad de mejorar con resguardos artificiales los naturales de sus dos cabos, atiende con nuevas obras su puerto. Sevilla ha empleado cuantioso capital en hacer navegable el Guadalquivir. Y como estos casos pueden enumerarse otros. Tales son el puerto de Gijón, el puerto de Pasajes. Hay otros

ejemplos, y no pocos, de proyectos de puertos mercantiles y militares. Que mucho puede servir ver los puertos de Burdeos, de Hamburgo, etc., etc.

Está convenido que si los puertos sirven para facilitar la exportación de los productos nacionales, como regla general puede darse que se construyen principalmente puertos en todos los países con el fin de atraer, dándole facilidades, á la bandera extranjera. Inglaterra es maestra en esto de requerir para sus naves seguridades en el desembarque de sus mercancías, entre otras razones, para que las estadías sean muy reducidas. Y ahora, como en los tiempos más remotos, de que dejaron pruebas irrebatibles los fenicios, el comercio internacional es base segura para la prosperidad mercantil. En nuestra estadística de Aduanas consta una diferencia á favor de la importación en los años

1860, de	96.000.000
1870, de	122.000.000
1880, de	62.000.000

Si relacionamos estos datos con los anteriores, resulta probado una vez más que el comercio libre de trabas busca siempre satisfacer sus legítimas necesidades. Por no satisfacerlas, puede ser causa esto de atraso con respecto unas naciones de otras.

Pero ¿qué es la libertad para muchos ciudadanos?

Las Exposiciones nacionales y las universales son para darse á conocer su riqueza las naciones. No para amores platónicos, sino por conveniencias interesadas. La lucha por la existencia; reducir los esfuerzos ó penalidades de adquirir. El comercio que disfrutan libre los italianos, favorecidos en el arte de Bellini, facilita que ellos cobren sumas cuantiosas. La Patti, Gayarre, han podido hacer buenas fortunas por no intervenirles su voz derechos de Aduanas, que podían privar de su canto hermoso al público que demandaba oirlo. Nuestra augusta compatriota la genial Eugenia fueron disputadas sus relevan-

tes prendas por mujeres superiores, propicias á dar su mano á Napoleón III. Él prefirió á la distinguida y digna mujer española, que pudo, libre de aduaneros, ostentar privilegiadamente su persona en París. Copias de Velázquez, ejecutadas por pintores de diferentes naciones, cualquier régimen aduanero no ha podido impedir que traspasen sus fronteras. La maquinaria extranjera, en su mayoría, penetra en España, á pesar de elevados derechos de Aduanas, y por cierto que no poca parte es desembarcada en puerto extranjero, el de Lisboa. Nuestros vinos de muchos grados, la misma uva, la pasa, con buenos envases y demás condiciones económicas; lo mismo el azafrán: por muchos obstáculos mercantiles que se opongan al tráfico, siempre halla éste medio de vencerlos por iniciativas de la actividad humana. La actividad, que es la verdadera y positiva libertad que fructifica el trabajo. Como la suprema *libertad* es instrumento de la justicia divina.

ANSELMO FUENTES

LA ENSEÑANZA DE LA LENGUA CASTELLANA

EN FRANCIA [1]

SEÑORAS Y SEÑORES:

Al aceptar el para mí muy honroso encargo de ocuparme en esta Conferencia de la enseñanza de la lengua castellana en Francia, me sentí impulsado por un deseo que en el fondo tenía algo de patriótico; y á pesar de envolver una responsabilidad moral muy grande y de aparecérseme claras y limpias las enormes dificultades con que había de tropezar, la ocasión se presentaba tan propicia y tentadora, que del mismo modo como los habitantes del Madrid del año 8 se ponían de un salto en medio del arroyo cuando una ventana se abría y se oía el grito de *¡agua va!*, yo tiré por la calle de enmedio, y minutos después pesaba sobre mí, con peso espantable, un compromiso ineludible.

Cuanto más velozmente corría el tiempo, más difícil me parecía el cumplimiento de mi promesa; y pensando un plan, desbaratándolo luego para decidirme por otro que indudablemente había de ser mejor, y destruyendo el mejor para resolverme por uno nuevo que había de ser excelentísimo, llegué al día de ayer sin tener nada resuelto, nada preparado y sin saber siquiera por dónde debía empezar.

Pero las horas pasaban, y si con rapidez increíble el reloj,

---

(1) Esta Conferencia ha sido dada en lengua castellana, tal como aquí la reproducimos, por su ilustre autor.—*Nota de la Dirección.*

con sus afiladas manecillas de acero, había ido decapitando con fría crueldad las semanas y los días, con mucha mayor aún cortaba la de las horas, de los cuartos y de los minutos.

En tan apurada situación no sabía qué hacer. Me encontraba como suelen encontrarse los hombres que, decididos á tomar un baño de mar, empiezan por meter un pie en el agua con objeto de saber antes si está muy fría. Generalmente después de haber repetido varias veces la operación se visten sin haberse bañado, y eso estuve tentado de hacer; es decir, casi me decidí á buscar una excusa para zafarme de la carga que sobre mí pesa, y que esta Conferencia no se llegase á verificar.

Poneos en mi lugar. Hasta ahora han venido aquí varios españoles, de notable talento é ilustración, á desarrollar con elocuencia, á veces admirable, interesantísimos temas, los más de éstos literarios, y elegidos todos para mayor deleite de los oyentes, mientras yo me presento con un asunto serio y hasta árido. Pero hay más. Yo soy el primer francés que se atreve á hablar la lengua de Cervantes en La Sorbonne, y debiera hablarla tanto mejor cuanto que veo enfrente de mí no sólo á eminentes catedráticos franceses, que muy bien pudiera ser me juzgasen con severidad, sino también á muchos y muy distinguidos españoles, todavía más severos éstos que aquéllos. ¿Por qué no decirlo? No ignoro el mal concepto en que los españoles tienen á los franceses que se atreven á hispanizar. Un entrañable amigo mío me refería á este propósito característica anécdota que tiene la mar de gracia, y es como sigue. Fué á Madrid cierto agregando francés, y allí visitó á varios escritores y críticos para quienes tenía recomendaciones, y uno de ellos, que por lo visto gastaba bastante mal genio, le dijo: —¡Canastos! ¿también usted es uno de esos estudiantes que se vienen acá con su español transpirenaico? Pues háblemе francés, hombre, que le entenderé mucho mejor.—No creo que mi amigo haya inventado dicha anécdota, que cuando menos tiene mucho de verosímil, según lo que voy viendo de poco tiempo á esta parte. Es indudable que algunas veces los españoles

tienen motivos, desgraciadamente muy fundados, para dar pruebas de tamaña desconfianza; pero también quiero y debo afirmar que no siempre tienen razón para ello. Séame lícito recordar aquí á un antiguo compañero é íntimo amigo mío que acaba de fallecer, el Sr. Duffo, catedrático de Lengua Castellana en el Instituto de Carcasona. Fácilmente hubiera podido pasar por español, por castellano viejo, y quiero creer que entre cuantos están encargados en Francia de enseñar la lengua de allende los Pirineos habrá profesores como el citado...

Sea lo que fuere, al fin y al cabo cerré los ojos, y, como el nadador que temiendo la desagradable impresión del frío se arroja de cabeza al agua, me lancé yo también en el peligroso océano de la crítica pedagógica, y heme aquí.

***

A pesar del título de mi Conferencia, no voy á limitarme á hablar de la lengua española en Francia. Con efecto, la enseñanza de un idioma extranjero implica largo roce con los naturales del país que le hablan, trato político y literario, influencias recíprocas y necesidades á veces mutuas. Entonces, ¿cómo hablar del castellano sin mentar siquiera la parte que tuvo en el desarrollo del alma y la literatura francesa? Voy, pues, á echar primero una rápida ojeada sobre las relaciones políticas y literarias de Francia y España; luego examinar lo que fué, es y debiera ser en Francia la enseñanza de la lengua castellana en las Universidades, en los Institutos y en las escuelas mercantiles; cuáles son los libros y los métodos que se usan; en fin, inquirir qué medios pudieran ser aprovechados para difundir é infundir la afición á cosas de España, y á la vez que dicha afición, un movimiento más intenso y más práctico hacia el estudio de la lengua española.

***

Desde un principio, desde la época prehistórica, Francia y España, ó más exactamente los habitantes de las regiones que

iban á formar á Francia y España, nos aparecen en guerras y luchas continuas y penetrándose y mezclándose mutuamente sin cesar. Los celtas invaden la tierra de los iberos. Los iberos atraviesan la Galia del Sur con los soldados de Aníbal. Luego los españoles acuden á socorrer á los de Aquitania contra César, y los de Aquitania, á su vez, van á ayudar á España contra las legiones de Augusto. Después se establece y afirma el dominio de Roma; salvo el rincón en el que siguen libres y luchando los antepasados de los vascongados, el *indomitus Cantaber*, como los llama el poeta Horacio, España y Galia se han hecho latinas; y cuando la corrupción del latín y el nacimiento de las lenguas romanas, los idiomas de ambos países seguirán siendo hermanos durante algún tiempo, y los poetas de Francia llevarán á España el arte de cantar en verso las mocedades y las hazañas de los héroes. Entretanto, Carlomagno viene á España con sus huestes, los vascongados destruyen su retaguardia, y de aquel choque y de aquel desastre sale la primera obra verdaderamente francesa, la *Chanson de Roland*; y en dicha obra, y en los varios *cantares de gesta* que origina, es donde van á inspirarse los poetas de la Península para conservarnos los ecos magníficos é inmortales del alma española en la Edad Media.

No quiero y no puedo recordar aquí un sin fin de mutuas imitaciones. Que si España imitó á Francia, y sigue ahora mismo imitándola, Francia, por su parte, imitó no poco á su inmediata vecina. Los que niegan en España el profundo influjo francés, y los que en Francia se resisten á confesar cuánto debemos al rico tesoro castellano, lo mismo pudieran negar que el sol nos suministra la luz, y el calor, y la vida. Tampoco hay que exagerar y ponderar las cosas. Hay quien dice que Francia debe mucho más á España que ésta á Francia, y recíprocamente, procurando cada cual, para conseguir el triunfo de su tesis, sacrificar una nación á otra. En realidad, á pesar de este cambio casi continuo de ideas, si se deja á un lado las producciones españolas del siglo XVIII, cada literatura supo

conservar su originalidad y caracteres propios, y eso hay que notarlo y hacerlo notar á cuantos lo olvidan.

Sin la *Chanson de Roland*, es muy probable no hubiese nacido el *Poema del Cid*; mas sin el *Poema del Cid*, y los romances, y las *Mocedades*, tampoco tendríamos la tragedia de Corneille; es decir, el teatro clásico francés, ó sea nuestro mayor título de gloria literaria, por mucho que pese á unos cuantos escritorzuelos impotentes contemporáneos que procuran empañar los aciertos de los grandes genios franceses de antaño. Al hacerlo, tal vez piensen engrandecerse y enaltecerse á sí mismos, pero se engañan de medio á medio; con efecto, no aumenta la elevación de un hombre á medida que disminuye la de los demás, ya que se queda siempre enano el enano, é imbécil el asno.

Lo repetiré aún: cada una de las dos literaturas ha aprovechado los elementos suministrados por la otra, pero sin perder por eso su genuina originalidad y el distintivo sello de su índole. Hasta cuando la imitación resulta más directa y completa la obra sigue siendo española en España y francesa en Francia. En el *Libro de buen amor*, v. gr., abundan recuerdos que casi huelen á hurtos. Y sin embargo, ¿quién se atrevería á decir de buena fe, después de leer y volver á leer la obra célebre del Arcipreste de Hita, que el libro no es genuinamente español y que no está lleno de color local y rasgos nacionales? Por otra parte, *le Cid*, del poeta francés, ¿acaso no sería más que mera traducción de la comedia española? No; que hay en Corneille algo que no se encuentra en Guillén de Castro, en cuya obra, más animada, de color más intenso, de estilo más pintoresco que la del poeta francés, se echa de menos cierto carácter más general, cierta hechura más castiza y severa, y sobre todo ese no sé qué gracias al cual un héroe nacional se convierte en héroe de la humanidad. Mientras los poetas españoles del siglo XVII procuraban á toda costa agradar á los espectadores, y sobre todo á los alborotadores mosqueteros del patio, como sin rodeos lo confiesa el mismísimo Lope de Vega

en el titulado *Arte nuevo de hacer comedias*, los autores franceses en el siglo de Luis XIV se proponían estudiar en cada uno de sus héroes, no á un sér á veces estrafalario, á veces despintado y siempre inverosímil, como son los héroes de Víctor Hugo y del romanticismo, tampoco á un caso patológico poco más verosímil, como hace el *per se* muy mal llamado naturalismo, sino un tipo de la humanidad, un hombre general, un ejemplar de las pasiones humanas. En una palabra, lo que acierta Cervantes en su inmortal *Quijote;* he ahí lo que ellos procuran siempre realizar, y no vacilan en dejar á un lado rasgos accesorios y elementos de fácil éxito para lograr mejor su intento. De aquí que la literatura clásica francesa resulta más seria, más alta, pero algo falta de color si se la compara con la castellana de la misma época; y este carácter de medida y buen gusto, á veces demasiado tímido, sigue marcándose en ella á pesar de las excentricidades y exorbitancias del siglo último pasado y la presente niñez del vigésimo. D. Rodrigo, en Corneille, puede pasar por un prócer mozo de la corte de Luis XIII, heroico á la vez que galán; mas, no obstante, cualquier nación puede adoptarle como suyo, y le adoptaron todas; lo que no pudo suceder con el héroe de Guillén de Castro.

Sería fácil demostrar que, teniendo en cuenta la excepción que constituye el siglo XVIII, la imitación no resultó nunca servil en nuestras respectivas literaturas. Hoy pasa lo mismo. La novela española toma la mayor parte de sus inspiraciones en las fuentes francesas; pero salvo cuando se trata de un ingenio mediano, sigue siendo hondamente española. Estoy traduciendo al francés una novela del gran Palacio Valdés, *La Fe*, y periódicos españoles se han dignado anunciar mi traducción, antes de hecha, con elogios que mucho me temo sean inmerecidos. Pues bien, dice un crítico, hablando de dicha obra: «Palacio Valdés ha abdicado gran parte de su nacionalidad en *La Espuma* y en *La Fe*, que podrían tomarse, mediante un ligero cambio de nombres, por traducciones de novelas france-

sas». Me permito decir ¡no! Bien sé, y no lo quiero negar, que en *La Fe*, para hablar tan sólo de esta novela, aprovecha Valdés los procedimientos del naturalismo francés; pero, no obstante, se revelan los personajes españoles, y españoles rancios. Por ejemplo, no sé si me engaño, pero me parece que figuras como la de Don Gil, el clérigo iluminado por la fe, el místico sereno y tranquilo á quien no consiguen turbar cuantos agravios le puede proporcionar la muchedumbre, los demás clérigos, la justicia siempre falible y la ciencia no siempre más segura, me parece, digo, que esta figura la he visto en épocas muy remotas, en la Edad Media, en la historia de España, y más cerca, en la suprema síntesis del misticismo del amor, del misticismo de la gloria y del misticismo de la justicia; es decir, en el mismo *Quijote*.

Así, pues, España y Francia, desde los albores de sus respectivas literaturas, vienen estando en contacto directo. La época en la que se hacen más frecuentes los cambios de ideas es el siglo XVI y el de Luis XIV. Entonces la guerra fertiliza los espíritus, y España es quien despierta el genio en mi patria. Después de la larga y encarnizada rivalidad de Francisco I de Francia y el emperador Carlos V, aparece el hijo de éste, Felipe II, empujado por inaudito afán de dominación universal.

Pretende Felipe II hacerse rey de la Gran Bretaña, de Francia, de Irlanda, y fracasa en todas sus empresas. En cuanto á Francia, sabéis que muerto el rey Enrique III, en 1589, Felipe II quiso disputar el trono vacante á Enrique de Borbón, rey de la Navarra francesa. Era el tiempo en que la parte más importante de la *Liga* ó *Santa Unión*, los «Seize», se interesaban mucho por el triunfo del rey de España, y París tenía una guarnición española. Pero el día 22 de Marzo de 1593 Enrique IV entraba en París, de donde salía la guarnición española al mando de Diego de Ibarra y el embajador duque de Feria, viéndose en fin precisado Felipe II á ajustar la paz con Francia por el tratado de Vervins de 22 de Mayo

de 1598. Creo ocioso insistir sobre los sucesos posteriores y los matrimonios de Isabel de Francia con el infante que iba á ser Felipe IV, Ana de Austria con Luis XIII, María Teresa con Luis XIV. Tantas luchas, tanta permanencia de españoles en Francia, luego tantos mutuos enlaces, dan á conocer á mi patria la lengua y obras literarias de España, obras que se publican á menudo en Francia; y hasta aparecen primero en francés, como sucedió con los *Comentarios*, de D. Bernardino de Mendoza, cuya versión, hecha por el Padre Pierre Crespet, prior de los religiosos celestinos, se publicó en París en 1591, mientras el original español salía á luz en Madrid en 1592. Por otra parte, César Oudin traducía al francés el *Quijote* apenas publicado éste, en 1616, y tal vez sea la de dicho autor nuestra mejor versión de Cervantes. El mismo escritor daba á luz una gramática y un diccionario de la lengua española. Su hijo publicaba en París, en 1645, un *Tesoro de las lenguas española y francesa*.

Entonces se estilaba hablar español, no sólo para satisfacer á los reyes, sino también por gusto y afición personal. Los franceses conocían la lengua de Cervantes, la conocían muy bien, y la traducción de uno que otro verso de Guillén de Castro en versos franceses por Corneille no hubiera podido ser más exacta aunque la hubiese hecho en prosa. Se ve que Corneille y otros autores conocen á fondo el castellano, con todas sus gracias y finuras, y se encuentran huellas de la influencia española, no sólo en las obras más directamente inspiradas en los originales, como *Le Cid*, *Le Menteur* y *Don Juan*, sino también en comedias como *Le Bourgeois Gentilhomme*, en el que se puede notar, en los cuerdos escrúpulos de madama Jourdain, un eco de las palabras de la sensata mujer de Sancho Panza, negándose á que hagan de su Teresita una señorita principal.

Luego viene el siglo XVIII. Parece que después de tanto sufrir la influencia española, Francia quiso tomar su desquite. En el mismo año en que nace el nuevo siglo, un francés, el du-

que de Anjou, nieto de Luis XIV, sube al trono de España, y con él sube el dominio intelectual de Francia. Los escritores españoles de algún mérito no van á ser por espacio de largo tiempo más que unos afrancesados que renuncian voluntariamente á la herencia de sus padres.

Pero no lo olvidemos. A pesar de la hostilidad y el desprecio que á veces aparenta Francia, sigue pensando en España. *Gil Blas* tiene sus raíces en la Península, Beaumarchais sazona con castellana sal *El Barbero de Sevilla* y *El matrimonio de Fígaro*, y en el siglo XIX Víctor Hugo procurará sacar de allende los Pirineos una nueva «maravilla del Cid», Merimée se mostrará tan profundo conocedor del alma española como el más pintado, y muchas obras se basarán en la historia de España.

Mucho debemos á España. Verdaderamente su influencia ha tenido para nosotros una virtud educativa. Su incansable imaginación nos ha suministrado temas excelentes, al mismo tiempo que sus nimias audacias contribuían á mantenernos en justos límites. La misma benéfica influencia la tendría hoy que su fuerza productiva no está agotada, ni mucho menos, y con el estudio de sus obras ganaríamos lo que ni con cien leguas nos acercamos á ganar en las mortecinas literaturas del Norte, con las cuales el genio francés no tiene ni el menor parentesco. Estudiar á España sería preparar el porvenir literario de Francia.

*
* *

Pues ¿dónde y cómo estudiamos la lengua y la literatura española? Primero en las Universidades, y no vacilo en decir que en la Universidad de Tolosa es donde me parece que está realizado el tipo más completo y más práctico de dicha enseñanza, bajo la dirección del conocidísimo catedrático Sr. Merimée, cuyo *Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo* es uno de los libros más notables que se han escrito en Francia sobre la literatura castellana. Así como los estudian-

tes de París que cursan italiano con el Sr. Dejob tienen cuantos socorros necesitan, conferencias en italiano, ejercicios corregidos con sumo cuidado, y la abnegación del maestro, siempre dispuesto á sacrificarse por sus discípulos, los de Tolosa gozan de las mismas ventajas y pueden llegar á muy buenos resultados, pues cuentan con el apoyo y el saber del Sr. Merimée.

La Universidad de Tolosa es la única en la que se enseñan realmente la lengua y la literatura. En las demás, á pesar de algunos tímidos ensayos, se trata especialmente de literatura, y esa desigualdad me parece muy sensible.

En la Universidad de París había tan sólo hasta este año un curso de literatura española, hecho en francés, una vez por semana, por uno de los hombres más salados de Francia, señor Gebhardt, un historiador extraviado en el dominio español por mera y muy leve afición. No había que ir á buscar en sus lecciones mucha substancia, pero sí gracia, gracia y más gracia.

No creo que el ingenioso académico conozca mucho á España, pero sí que la tiene cariño. Recuerdo haberle encontrado durante las vacaciones de verano en San Sebastián, paseándose con su ilustre colega mi respetado maestro y amigo Sr. Emile Faguet, y sé que conoce un poco Valencia, y muy mucho El Grao. Dió muchos y muy largos paseos por los alrededores, sin ayuda de coches ni tranvías, aunque se quejaba siempre de sus malditos pies... al emprender la marcha. En la literatura española le gustan sobre todo el *Amadís de Gaula*, que le ha proporcionado mucha materia para divertir á los oyentes, y el *Quijote*, en el que encontraba tantas ocasiones de aludir á los sucesos contemporáneos con esa filosofía tan risueña, tan maliciosa y en el fondo tan indulgente que seducía á su mundano auditorio. Pero todo esto fueron tan sólo palabras. El Sr. Gebhardt, que con mucha facilidad ha escrito tantos libros que resultan otras tantas joyas artísticas, no se ha dignado componer ni un folleto sobre la literatura que estaba encargado de enseñar.

Fué la partida del Sr. Gebhardt ocasión de vivo desengaño para los catedráticos de español. Esperaban que uno de ellos obtuviera, si no el puesto de París, cuando menos uno de los de provincias, y parecía la cosa bastante lógica. Mas el espíritu literario llevó la ventaja al científico. Un catedrático de letras que ya enseñaba en Montpeller vino á París, y otro fué á ocupar la vacante de Montpeller.

Claro está que hago abstracción completa de la personalidad, méritos literarios y conocimientos latinos, griegos, etc., de los catedráticos elegidos, limitándome á referir lo sucedido. Ello es que se ha dejado á un lado á los catedráticos de español, y que ellos lo sienten, y que dicen algunos: *amicus Plato, sed magis amica veritas...*

En Burdeos también hay una cátedra de literatura española, y con mucha distinción la ocupa el Sr. Cirot, antiguo condiscípulo mío, que se dedica especialmente al estudio de las cuestiones históricas y religiosas, en las que ha conseguido verdadera autoridad.

Aparte de las Universidades, hay otros dos establecimientos de enseñanza superior, ambos en París, en los que se estudia á los autores españoles, y son la *Ecole des Hautes Etudes* y el *Collège de France.* En la primera estudian, desde el punto de vista filológico, textos antiguos castellanos, y es el señor Alfred Morel-Fatio quien los explica. Vienen á cursar con él no sólo estudiantes franceses, sino alemanes, ingleses, norteamericanos, etc., deseosos todos de iniciarse en el método tan científico, tan seguro, tan claro, del célebre catedrático del *Collège de France.* Por más obscuro que resulte el texto, sabe el Sr. Morel-Fatio, sin el menor asomo de pedantería, resolver cuantas dificultades se encuentran en él, y las obras medioevales más obscuras con tal profesor se hacen obvias.

En el *Collège de France* es donde da el Sr. Morel-Fatio un curso de literatura española muy sabio y muy concurrido. Planteada por él una cuestión, queda, si no resuelta, cuando menos despejada de cuantos errores la empañaban, dificultan-

do la solución de ella, como cuando estudió, verbigracia, el problema del *Lazarillo de Tormes*. Sus *Etudes sur l'Espagne*, de los que ha publicado tres volúmenes, y sus artículos y ensayos publicados en varias revistas de Francia y el extranjero, resultan todos trabajos definitivos. Ahora está el incansable y sagaz erudito estudiando la formación del espíritu de Santa Teresa.

¿Qué Biblia pudo leer la santa doctora de Avila? No conocía el latín, y los pocos textos que cita vienen todos incorrectos. Ahora bien: en castellano sólo existían Biblias protestantes, prohibidas á la sazón en España, y que la santa no hubiese consentido en leer. Yo no dudo que, á pesar de la suma dificultad del asunto, el Sr. Morel-Fatio consiga darnos la llave del misterio.

***

Otras veces no había más que dos cátedras de español en la enseñanza superior: la del *Collège de France* y la de la Universidad de Tolosa. Los estudios españoles, superficiales y descuidados, suministraban profesores menos que medianamente preparados é incapaces los más de ellos para hablar con un español. Después de tanta afición á las cosas de España, era de extrañar semejante descuido, tanto más, cuanto que, á más del interés literario, el español presentaba mucho interés comercial. Así andaban las cosas, cuando en 1891, en la *Revue des Pyrénées*, publicó el Sr. Merimée un artículo en el que planteaba la cuestión de la reforma de la enseñanza de la lengua castellana. No he podido proporcionarme dicho artículo. Ya no lo tiene el autor, á quien lo había pedido, y en la Biblioteca Nacional, después de buscar, no encontrar y por fin conquistar dicha *Revue des Pyrénées*, me hallé con que en el volumen faltan páginas y, precisamente con ellas, una parte importante del artículo del Sr. Merimée...

Sea lo que fuere, de 1891, fecha en que se publicó el artículo del sabio catedrático de Tolosa, data el movimiento que

tuvo por resultado en 1901 la creación de cátedras en los Institutos y de oposiciones á dichas cátedras. La segunda enseñanza estaba organizada tal como sigue ahora.

*
* *

Veamos, pues, lo que pasa en la segunda enseñanza, cuando menos aquí en París.

Uno de los errores garrafales, fenomenales, que se ha difundido acerca de la lengua castellana, error que subsiste aún é influye mucho en la mala organización de su enseñanza, es el que consiste en decir y creer que dicha lengua es fácil de aprender. Tengo para mí que si se exceptúa algún idioma de salvajes que conste de unas cuantas docenas de palabras, que basten para expresar las ideas rudimentales, no existe ni una lengua fácil.

Puede ser, eso sí, que en español uno aprenda pronta y fácilmente á pedir pan, vino, sal, etc., etc., ó á manejar algunas frases muy usuales. Pero esto puede hacerse tan pronta y fácilmente en otro idioma cualquiera: italiano, alemán, inglés, hasta en el mismo ruso. En cuanto á conocer la lengua á fondo, á expresar en ella con toda propiedad ideas algo menos que vulgares, ya es otra cuestión muy distinta, y digo yo que desde este punto de vista el español no viene á ser más fácil que el inglés y el alemán. Sin embargo, dejando á un lado los tres Institutos de Bayona, Foix y Montalbán, en los que me dicen que la enseñanza está organizada de un modo procedente, ¿qué pasa en Francia? Empiezan los alumnos á estudiar las lenguas del Norte, ó sea el inglés y el alemán, en la octava, de modo que durante ocho años van á ejercitarse en ellas. Entretanto, ya que sabemos, merced á unos solemnes majaderos, que el castellano es la lengua más fácil de cuantas se hablan, empiezan los discípulos á aprenderla en segunda, no teniendo más que dos años para leerla, explicarla, escribirla, hablarla y graduarse bachilleres. ¿Voy á sorprender á alguien si digo que, salvo una que otra excepción muy escasa, ni leer, ni ex-

plicar, ni escribir, ni hablar español, ni mucho menos, saben entonces los infelices? Y el que examinase las aludidas excepciones, pudiera convencerse de que las constituyen, por lo común, ora españoles, ora americanos del Sur, ora hijos de franceses establecidos en España.

Me parece que he dicho se exige de los candidatos que sepan escribir español, y os pido perdón. No, que eso no se exige, y desgraciadamente nadie piensa en exigirlo. Ahora en Francia, para salir bachiller, hay que justificar el conocimiento práctico de dos lenguas extranjeras, una de las cuales tiene más valor é importancia en el examen, teniendo los alumnos que hacer en ella trabajos escritos, y, según los programas, pueden escoger como primera lengua la que más les gustare entre alemán, español, inglés é italiano. Pues bien: en la realidad no se tiene en cuenta lo que dicen los programas; salvo en los tres aludidos establecimientos, nunca se enseña el español como lengua principal; no teniendo preparación para las pruebas escritas, pocos alumnos se atreven á arrostrarlas, aparte de los que están en condiciones de aprender la lengua fuera del Instituto ó la saben antes de entrar. Es decir, que hay alumnos que aprenden inglés ocho años, y alemán dos años; otros, alemán ocho años, é inglés dos años; mas ninguno puede cursar español ocho años. Y, sin embargo, ello sería no digo útil, sino preciso, como lo viene demostrando cada día el que hasta entre los alumnos que no tienen preparación especial los hay que desean pasar las pruebas escritas españolas.

A casi todos los candidatos los aprueban, eso sí, y aunque á todos se les pudiera dejar suspensos, sería grave injusticia hacerlo, ya que las más de las veces no tienen ellos la culpa de su ignorancia, y al fin y al cabo hay que mantener y alentar el actual estudio del español, por deficiente que resulte, en espera del día de nueva y más completa reforma de su enseñanza, día que todavía puede ser que tarde en llegar, pero sí que llegará cuando el número creciente de los alumnos llame

la atención de los administradores y directores de Institutos.

Hay más. A los mismos administradores y directores, hostiles hoy á la causa del castellano, les tocaría enseñar á las familias la ventaja que dicha lengua lleva al inglés y al alemán desde el punto de vista de la utilidad práctica. En Alemania, en Inglaterra y sus colonias, ¿qué vamos á hacer, produciendo aquellos países tanto como nosotros, cuando no más? Mientras en España, y sobre todo en la parte tan extensa de América que habla español, hay mucho que realizar: mercados que conquistar para dar salida á nuestros productos; regiones que para contar entre las más ricas del Universo esperan algunos capitales, etc., etc.; siendo de notar que los ingleses y, sobre todo, los alemanes, siempre muy advertidos, nos están quitando la influencia que teníamos en los Estados sudamericanos, los cuales se abrían gustosos á nuestras ideas y á nuestro comercio. Ellos sí que estudian concienzudamente el castellano, que se van á perfeccionar á Madrid, y luego se presentan con malos productos, pero mucha y buena lengua, y se ganan las voluntades y el dinero.

Pues aun prescindiendo del valor educativo del castellano y la literatura castellana para fijarme tan sólo en consideraciones algo rastreras y meramente egoístas, digo que debiéramos desarrollar y perfeccionar en Francia el estudio de la lengua española.

Sí, es fácil, facilísima y, por lo tanto, algo de despreciar. Nunca ha faltado, falta ni faltará en Francia quien lo diga. Sin embargo, no hace mucho, hasta profesores encargados de enseñar lengua tan elemental solían encontrarse algo cortos, si me refiero á cierta anécdota que me contaba un excelente compañero mío. Pasaba esto en muy importante ciudad; veréis que no en París, ya que se sabe que París es la ciudad luminosa, y cada parisiense un sol pequeño. Ya no recuerdo el lugar. Fuese tal vez en el país de los Hurones. En aquella ciudad, pues, vivía un muchacho bastante listo, bastante inteligente, que tenía que examinarse de lengua española en el ba-

chillerato, y la estudiaba con un joven español que entre muchas y muy raras prendas tenía la de conocer personalmente al examinador. Va á visitar á éste, le recomienda encarecidamente al muchacho; viene el día del examen, se verifican las pruebas, y sale de la sala el bachillerando.—Pues bien—le pregunta su profesor, que no había podido presenciar el suceso,—¿qué tal va?—¡Maravilloso! El examinador me ha dado nota excelente. Sin embargo, sea dicho en honor á la verdad, no he entendido ni pizca de lo que me preguntaba.—Bueno. He ahí el joven español que coge al examinador al salir éste, y le pregunta por el bachillerando.—¡Ya está! Ya es bachiller, hombre. Sobre 20 le he dado 17. Ya se ve que debe de conocer mucho español, aunque de fijo no he podido averiguarlo, ya que pronuncia muy mal, y no he entendido ni pizca de lo que me contestaba.—El joven español se tuvo que meter el pañuelo en la boca para no soltar el trapo á reir. ¡Examinando y examinador estaban satisfechos, y ninguno se había comprendido!...

Hubo época en la que cosas por el estilo pudieran pasar por la regla, ya que los profesores de español se parecían todos más ó menos al maestro del que dice Beranger que era

Fier d'enseigner ce qu'il ne savait pas!

De aquel tiempo siguen acordándose, sin duda, los españoles que se forman tan mala idea de los profesores franceses. Pero hoy, con la creación de las oposiciones á cátedras, se ha elevado el nivel de la licencia y el certificado. Varios profesores han vivido en España, y están en tratos seguidos con distinguidos españoles. Los hay que se proponen conquistar el grado de doctor en letras, y con este objeto preparan eruditas tesis ó conclusiones sobre puntos obscuros é interesantes de la literatura española; hasta los hay, aunque pocos, en verdad, que escriben obras en castiza prosa castellana.

Se está formando el núcleo de un cuerpo escogido... ¡no! digo yo: debiera formarse; que á los catedráticos de español

les falta, para ser cuerpo, tener un poco más de unión, de cohesión, de conformidad y concordia. Y eso también es lo que les hace falta para conseguir la realización de cuanto les prometía la circular ministerial de 15 de Noviembre de 1901; es decir, absoluta igualdad con los profesores de alemán é inglés, y obtener que á la lengua castellana, á las lenguas meridionales, se les atribuya la misma importancia que á las del Norte, no sólo en el papel, sino también en la realidad. Mas cada uno va por su lado, y los más de ellos parece que se desinteresen del porvenir de la enseñanza que les viene confiada, y se contenten con poseer un título y una función, aunque fuera con mengua, siendo los que quieren obrar y adelantar unos tiradores aislados, cuyo esfuerzo personal se pierde sin provecho.

He dicho que el movimiento iniciado por el Sr. Merimée en 1891 tuvo por resultado en 1901 la creación de cátedras en los Institutos y de oposiciones á dichas cátedras, y habréis visto que esa es la teoría, mas que en la práctica no resulta del todo exacta la cosa. Tenemos oposiciones á cátedras, eso sí, y por lo tanto catedráticos; pero los más de éstos semejan un poco generales sin soldados, ya que las cátedras, os lo he mostrado, en realidad no son más que cuartos de cátedras, y los cursos, asimismo, cuartos de cursos, y queda su número escaso.

Lógicamente, la lengua castellana se debiera enseñar en Francia: primero, en el Mediodía, en la parte del Mediodía vecina á España; luego, en el centro universal, centro comercial á la vez que literario, artístico y científico, que es París; en fin, en el grupo formado por Nantes y Saint-Nazaire, á causa de los trasatlánticos y las relaciones seguidas con la América latina.

Mas, en mi opinión, antes que la creación de nuevas cátedras hay que pedir el desarrollo de los puestos existentes ya, y para empezar, mero desarrollo parcial, es decir, cursos que duren no ocho años, como los de alemán ó inglés, sino cuatro

años, de modo que puedan los alumnos atreverse á presentar el español como primera lengua, y prepararse en los mismos Institutos. A los cursos así organizados, además de los que lo desearen, que en un principio serían pocos, se enviaría á los alumnos que hasta la clase de cuarta no hubiesen mostrado ninguna aptitud para las lenguas del Norte, y sería aliviar á los profesores de éstas, á la par que animar á los de español.

Para ello hay que entablar una lucha contra el común sentir y la costumbre, y lo que más me extraña es que nadie, hasta la fecha, haya pensado en seguir el ejemplo del Sr. Merimée, tomando á su vez la dirección del movimiento,

Et quasi vitaï cursores lampada tradunt,

empuñando el hacha luminosa para enseñar el camino y el fin á sus perplejos é irresolutos compañeros, haya seguido cuesta arriba.

A falta de otro más autorizado, ya que todos parece que desechen la honra de luchar, de ello voy á ocuparme desde el próximo mes de Octubre, y por poco que me ayuden mis colegas, quiero esperar no tarde diez años en producirse nuevo adelanto.

***

Aquí en París hay cuatro escuelas comerciales ó mercantiles: la *École Supérieure Pratique de Commerce et d'Industrie*, fundada en 1820, adquirida y reorganizada por la Cámara de Comercio en 1869; la *École Commerciale*, fundada en 1863 por dicha Cámara, que estableció también en 1881 la *École des Hautes Études Commerciales*; en fin, el *Institut Commercial*, fundado por doscientos accionistas, negociantes é industriales todos, y reconocido por el Estado en 1890.

Dos de las escuelas de París las conozco bastante bien por enseñar en ellas la lengua castellana, y son: la *École des Hautes Études* y la *École Commerciale*. Resulta ésta no sólo la creación más antigua de la Cámara parisiense de Comercio,

sino también el Instituto mercantil más importante desde varios puntos de vista, sobre todo si se atiende al número de los alumnos.

En ella cursan éstos cuatro años, durante los cuales aprenden el alemán y el inglés. Tan sólo en los dos años superiores estudian el español, que se debe advertir es lengua obligatoria.

Aquí, pues, como en los Institutos de segunda enseñanza, se manifiesta la desigualdad en el modo de tratar las lenguas del Norte y las del Mediodía.

No es de desdeñar que las materias enseñadas en la escuela son muchas y muy importantes, casi desconocidos los ocios. Sin embargo, al cabo de dos años y con tres horas semanales debiera el alumno conocer bastante español para arreglárselas directamente con los negociantes de Barcelona, Madrid y la América latina.

A pesar de sus esfuerzos y aplicación, pocos lo consiguen, siendo de notar que entre ellos los hay que escriben bastante bien y hablan muy mal, por causa de la mucha dificultad que encuentra una garganta parisiense en pronunciar un idioma meridional.

Claro que mediante otros dos años de estudio lograrían resultado mejor, y bien lo sabe el director, Sr. Anglès, á cuya firme y emprendedora inteligencia debe la Escuela muchas mejoras. Mas parece que impone el presupuesto la tal disposición, y dicen que al fin y al cabo no perjudica á todos los alumnos, ya que parte de ellos va á entrar luego en la *École des Hautes Études*, donde pueden, si quieren, estudiar el español. Sin embargo, aquí también hay que realizar progresos.

Este año en la Escuela Comercial cursan un centenar de alumnos en las tres divisiones de tercera, y unos setenta en las dos divisiones de cuarta...

Todo no está perfecto y queda bastante por hacer; mas en España no van las cosas mejor, ni mucho menos. Examinemos, por ejemplo, lo que pasa en las escuelas de comercio de la mis-

ma, reorganizadas por el Real decreto de 22 de Agosto de 1903.

La carrera mercantil se divide en tres períodos: preparatorio, elemental y superior.

En el período preparatorio y el primer curso del elemental se estudia la lengua francesa; en el primero y el segundo curso del período elemental, los alumnos estudian la lengua inglesa; y en el primero y el segundo curso del período superior, la lengua alemana ó la italiana.

En el período preparatorio y el elemental se ve tratado el francés en España como el español en Francia; pero donde va mucha diferencia es en el período superior, en el que los alumnos se dedican únicamente al estudio del alemán ó el italiano, mientras que en la *École des Hautes Études* parisiense pueden escoger, según sus proyectos, dos lenguas entre las siguientes: alemán, inglés, español, italiano, anamita, árabe y malgache; y este año, lo digo con sumo gusto, son los más los que cursan español.

En París hay dos establecimientos que mucho recuerdan la organización de los estudios mercantiles en España, y son éstos: la *École Supérieure Pratique de Commerce et d'Industrie* y el *Institut Commercial*. En efecto, los estudios constan allí de dos ciclos: uno elemental, que comprende tres años, y otro superior, que abarca dos años. Pero durante los cinco años que pasan en la Escuela Superior ó en el Instituto, estudian los alumnos dos lenguas extranjeras: una obligatoria, y es el inglés; otra facultativa, y pueden escoger entre alemán y español.

*
* *

No basta haber organizado una enseñanza; no basta tener profesores; es preciso aún que los alumnos tengan entre manos útiles para trabajar por sí mismos; se necesitan libros.

De la enseñanza superior no hay nada que decir, puesto que los estudiantes tienen á su disposición cuanto se ha escrito, ya en España, ya en Francia, ya en otros países, sobre la

lengua y la literatura castellana. Tal vez sea todo esto poco, puesto que no bien procura uno profundizar una cuestión, cuando se encuentra ante dificultades, á veces insolubles, y obras en que, las más de las veces, hay mucha forma, muchas galas de estilo, todavía más ripios y poca substancia. Si el movimiento iniciado en España por D. Marcelino Menéndez y Pelayo, y en Francia por Alfred Morel-Fatio, y que viene acentuándose cada día, no ha dado aún muchos frutos, es precisamente por causa de la gran dificultad de tratar los asuntos, y es su primer beneficio el haber demostrado la necesidad de dejar á un lado las frases sonoras y sin materia y acudir á los mismos documentos, sacando paulatina y penosamente del polvo cuantos tesoros y cuanta verdad pueda encubrir.

En cuanto á la segunda enseñanza, hace pocos años no tenía nada, ó cuando menos nada digno de consideración, y todavía muchos puntos dejan que desear. Por ejemplo, es cierto que los alumnos no pueden hoy día consultar un diccionario sin recelo. Casi todos los que se han publicado hasta la fecha, no vacilo en decir que resultan meros mamarrachos. El último salido á luz, que es al mismo tiempo el menos malo—que bueno no lo hay—suministra un sinnúmero de ejemplos característicos, de donde se infiere lo deficiente y descarada que resulta la ciencia de su autor. Y sin embargo, dice el prospecto, después de hacer acerba y mordaz crítica de los diccionarios anteriores:

«Este Diccionario es indispensable á todas las personas deseosas de estudiar estos dos hermosos idiomas y de perfeccionarse en ellos, ó que necesiten traducir ó escribir correctamente el español y el francés.

»No se hallará ninguna palabra licenciosa ó trivial que pueda ofender á la sana moral, ni tampoco galicismos, errores ó impropiedades, que abundan en otros diccionarios similares.»

El prefacio es todavía más categórico y más laudatorio.

Vamos, y ¿qué pensar de traducciones como ésta:

Angélus, m. *Angelus?*

En vano buscaréis *angelus* en el Diccionario de la Real Academia y en los demás diccionarios españoles. Bien sé que unos escritores de los que más fielmente imitan á los franceses han usado la palabra esa, insertándola, sin embargo, en bastardilla para llamar la atención sobre el latino-galicismo, y recuerdo haberla visto impresa en *La Regenta*, de Leopoldo Alas. Pero parece que nuestro lexicógrafo ignora que hay tres rezos y otros tantos toques distintos llamados en Francia *angélus*, uno por la mañana, uno al mediodía y otro por la tarde, y también que se llaman respectivamente los tres en España *toque de alba, plegaria y oraciones*. ¿Dónde están las tres voces castellanas?...

Venga otra palabra: la de *carillon*. El español que se dignare consultar al muy mejorable Diccionario, verá, no sin asombro, la traducción siguiente: *carillón*. Mas no encontrará la menor huella de *juego* y *torre de campanas*.

Ejemplos por el estilo los encuentran á centenares y á millares en aquel libro, el menos malo, repito, de cuantos conozco, y bien creo que de todos.

Lo que más notable se ha hecho hasta la fecha para los alumnos, es, indudablemente, la colección de autores clásicos españoles con notas, creada, se puede decir, por el Sr. Merimée, y que viene publicándose en Tolosa. El Sr. Merimée ha dado por fin á su obra lo que expresa el epígrafe del Diccionario de la Real Academia Española—*fijar, limpiar y dar esplendor*,—y bajo su dirección, catedráticos de español sacan á luz las obras más hermosas de la literatura clásica castellana. Según muy acertadamente lo advierte el mismo Sr. Merimée, ediciones anotadas de autores castellanos no las hay en España, explicándose el hecho este por la ausencia del estudio filológico de los textos en la segunda enseñanza de la Península. De aquí que, merced á buena memoria, la mayor parte de los bachilleres españoles pueden recitar trozos brillantes de Calderón ó Zorrilla, de cuyas dificultades no se enteran. Con efecto, así como conocer el francés del siglo xx no basta para entender las obras de Cor-

neille y Pascal, asimismo el que hable perfectamente la lengua castellana actual puede ser no esté, sin embargo, en condiciones de explicar á Lope de Vega ó á Solís, tanto más cuanto que los textos vienen impresos con sumo descuido y sinnúmero de erratas. ¿Qué mucho, pues, que españoles de los muy listos y advertidos tropiecen en los textos clásicos con muchos obstáculos, no encontrando, en cambio, ellos el menor en las más enmarañadas ó chulescas del día? Sin duda, dicen que se les da un pito lo pasado, que es la erudición una broma pesada, y que en resumidas cuentas les parecen los famosos clásicos unos tíos muy extravagantes é insufribles. Claro que todo esto va en gustos, y que los hay que prefieren la Bombilla ó el *Moulin Rouge* al Teatro Real ó al *Théâtre Français*. Figurando yo entre los que tienen más afición á las cosas hermosas aunque resulten algo severas, no me toca decir que los partidarios de los clásicos lleven la ventaja á los demás, y tengan para sí la razón y el sentido común.

A la colección del Sr. Merimée tan sólo me permitiré hacer un reproche, y es que las notas estén escritas en francés. Las quisiera yo en español, para mayor ventaja de los alumnos franceses más adelantados, y también para que los españoles aprendiesen á conocer libros tan útiles, y que los catedráticos de la Península publiquen á su vez, un día más ó menos próximo, ediciones por el estilo, que resultarían en provecho de los españoles y de los franceses. Rozar siempre las dificultades sin procurar resolverlas nunca, tal vez sin verlas, acostumbra el espíritu á demasiada superficialidad, á la ausencia de método, y hasta le incita á despreciar el esfuerzo, lo que viene á ser el suicidio del arte.

A los españoles correspondía iniciar el movimiento en cuanto á los autores de su patria. Sería de desear que cuando menos lo siguiesen, ya que de toda evidencia están en condiciones mejores que cualquier francés para tratar de sus cosas.

***

Los libros escritos para uso de las escuelas mercantiles resultan por lo común muy deficientes. Hasta sus títulos huelen á estrambótico. El más común es el de *Español comercial*; de lo que se infiere necesariamente que deben de existir dos lenguas españolas, una para uso de los comerciantes y otra para uso de los que no viven la vida de los negocios. Su principal defecto consiste en suministrar á los alumnos casi tan sólo voces técnicas, mientras que los más de ellos no han estudiado aún el castellano. Esto, sin hablar de las muchas erratas que van inclusas en ellos. Por ejemplo, en uno cuya sexta edición obra hoy entre manos de los alumnos, se puede leer en la sexta como en la primera datos tan preciosos y valiosos como éste:

PRETÉRITO PERFECTO DEL VERBO CABER

Cupe.
Cupiste.
Cupió, etc.

El verdadero curso aun queda por hacer. Debiera corresponder á los dos años en los que los alumnos estudian el español, conteniendo el primer libro datos sobre la vida y trato social en España y América, formado casi todo el texto con trozos escogidos de los autores contemporáneos, sobre todo novelistas y cómicos, con mucha conversación y algunas cartas, y suministrando cada trozo el tema de una pequeña lección de gramática elemental en francés puesta al pie de la página. Al final del libro iría un vocabulario muy completo y exacto. Cada trozo sería de explicar y comentar, y cuál ó cuál más importante de aprender de memoria, de modo que el alumno, al acabar el primer año, poseyese un caudal de palabras, frases, giros, á la vez que los rudimentos de la gramática. El libro del segundo año sería destinado sobre todo para el estudio de la tecnología y la correspondencia mercantil. En una palabra, ya no se trataría de *español comercial*, sino de un curso de español para uso de las escuelas de comercio.

En cuanto á diccionario, me creo con derecho á afirmar

que lo habrá tan sólo dentro de dos años, ó tres á más tardar, pero tan perfecto como lo permita la humana imperfección; y será debido á la estrecha colaboración de dos profesores literatos, uno francés y otro español.

***

De poco tiempo á esta parte se han publicado unos libros escritos en español, ó, más exactamente, en palabras españolas, con arreglo á un nuevo método impuesto á la Universidad.

En efecto: la enseñanza de las lenguas vivas sufre en Francia importante y penosa crisis ó transición.

Otras veces, dicha enseñanza resultaba teórica toda. Al discípulo le cebaban, si me es lícito decirlo así, con reglas y más reglas gramaticales. Hacía composiciones y más composiciones, digo yo traducciones de francés á alemán, á español, á inglés, á italiano, ayudándose del diccionario para buscar, y no siempre encontrar, la mayor parte de las palabras, y salía de sus exámenes aprobado sin estar siquiera en condiciones de sostener una conversación de cinco minutos con un súbdito español ó inglés, sin conocer á veces ni por el forro la lengua extranjera.

Claro está que aquel método adolecía de muchos y muy graves defectos. Entonces, hombres á cuya buena voluntad é intenciones me apresuro á tributar el debido homenaje, pensaron en cambiarlo, y les pareció que el más práctico era el empleado por ciertas escuelas, que, más que escuelas de idiomas, semejan bazares de ropas hechas. Hay que decirlo: ellos nada inventaron. Limitáronse á copiar servilmente lo que se usaba en los famosos establecimientos esparcidos hoy por Europa y América, y recientemente transformados en sociedad mercantil. Tal vez, sin embargo, los catedráticos franceses hayan inventado la denominación del nuevo método, llamándolo *método directo*.

Es decir, que ya no se trata de valerse de la lengua patria para enseñar las demás. Se coloca al discípulo directamente

ante las lenguas extranjeras, sin que medie ningún intermediario. Antes, decía el profesor: «Cet objet, que nous nommons *chapeau* se nomme en espagnol *sombrero*» Ahora, nada de eso. Señala el sombrero á los discípulos, y les dice en voz alta, casi á gritos, y con ademán y gesto amenazador: «*¡Sombrero! ¡Sombrero!*», hasta que repitan los alumnos, con el tartajear de los parisienses: «*¡Sombjejó! ¡Sombjejó!*» Palabras y más palabras: he ahí lo que se ve obligado á aprender, ó mejor dicho, á engullir el alumno. En cuanto á la gramática, ahora se queda en segundo, tercer ó cuarto término, muy callada y muy despreciada.

Dicen los promotores de la reforma, que de este modo adquieren mucho más fácil y rápidamente los alumnos el uso de la lengua extranjera, consiguiendo, no sólo entenderla perfectamente, sino también pensar realmente en ella y expresarse con cuanta facilidad se requiere.

No todos los profesores y catedráticos han sido convencidos de que fuese tan cierto el pregonado resultado, y confieso que soy uno de los que más lo dudan. Al pronunciar la palabra *sombrero*, al mostrar el objeto que así se llama, ahorráis al niño—dicen los reformistas—el trabajo que consiste en decir ó pensar, primero, la palabra francesa *chapeau;* luego, en buscar la equivalente voz castellana; se acostumbra á que la palabra se presente siempre al mismo tiempo que el objeto, y piensa ya en el idioma extranjero. Pues bien: sostengo yo que, en la práctica, si no pronuncia siempre el niño la palabra *chapeau* sigue pensándola cuando menos al principio, así como hacía con el antiguo método, y que el primer y quizás único beneficio consiste en un poco menos de franqueza en el procedimiento.

En cuanto á pensar en castellano el alumno, de puro pronunciar palabras y frases pequeñas y muy sencillas, como *quiero pan* y *la tinta es negra*, de buena gana lo consentiría, á haberlo visto yo realizar en la práctica. Desgraciadamente, todavía me queda eso por ver. Añaden los reformistas que el

profesor, sin ayudarse del francés, ora por definiciones, ora por comparaciones, ora por ilaciones, puede llevar á sus oyentes hasta manejar cómodamente ideas abstractas. Muy al revés: resulta para mí cosa obvia y patente que si, hasta cierto grado, y después de largo quedar en el atolladero, parece que efectivamente logra el alumno adelantos y progresos indudables merced al método directo, viene luego otro momento en el que se pára cual un caballo en medio de la carrera, relincha y resopla negándose á seguir en su esfuerzo, y es el preciso instante en el que se ve obligado á salvar los umbrales de la abstracción. Y lo digo yo hablando de los alumnos que llegan hasta dicho punto sin tropiezos ni caídas, siendo de advertir que los tales no son muchos.

Luego si fuese verdad que el alumno, el buen alumno, olvidara la palabra francesa y pensara en inglés ó en español, cierto que esto resultaría provechoso para los que se destinan al comercio, pero vendría á ser notable causa de inferioridad para los demás. En efecto, queda entendido que las lenguas vivas han tomado en Francia cuanto sitio se ha quitado al griego y al latín. Ahora bien, el ejercicio más difícil y más útil que se practicaba en el estudio de esas lenguas, es decir, la traducción, se ve descuidado cuando no imposibilitado, y la inteligencia almacena sin adquirir como antes flexibilidad; de modo que, á pesar de lo paradójico que parece, conozco á jóvenes que poseen el francés y el alemán, hablan y escriben ambas lenguas, y se encuentran metidos en un lío tan pronto como se trata de verter una línea, resultando los dos idiomas en su mente como dos carriles, siempre vecinos y siempre separados.

Sí, ya lo sé. El alumno que traducía penosamente un trozo de Cicerón, no hubiera escrito, y menos aún hablado, en latín, pero había en su trabajo algo de más provecho que la adquisición de un centenar de palabras, y era el esfuerzo de la inteligencia, mientras que hoy tan sólo se alienta la memoria. Por eso decían otras veces los encargados de enseñar matemáticas

superiores:—Nuestros mejores discípulos son los que han estudiado latín y griego;—por eso en los países que se nos propone siempre por modelos de espíritu práctico, en Inglaterra y los Estados Unidos, se pasa tanto tiempo en estudios clásicos.

Lejos de mí el despreciar la memoria, que considero facultad utilísima, por más que Bacon haya declarado que se encuentra siempre en razón inversa de la inteligencia. Claro que la memoria desempeña papel muy importante. Pero me parece que á la inteligencia no se la ejercita bastante hoy en día.

¿Y qué pensar del mismo principio del llamado método directo? Se considera al francés que vive en Francia como á un niño español en España, y no se advierte que el niño habla español todo el día, mientras que en nuestros Institutos el alumno francés puede hablar unos cinco minutos cuatro veces por semana, ó sea próximamente un total de veinte horas durante los dos años que cursa español. Además, un niño, apeteciendo algo que no conoce, debe aprender las palabras necesarias; se ve empujado por la necesidad, y al alumno francés no se le puede pedir más que buena voluntad.

También es de notar que, salvo algunas excepciones, una clase ó aula de cualquier colegio ó Instituto nada tiene que ver con las lecciones dadas en las casas mercantiles de que tengo hablado y se han inspirado nuestros reformistas, casas en las que tres ó cuatro alumnos, cuando más, están encargados á cada profesor. En las escuelas de comercio, por ejemplo, hay divisiones hasta de cuarenta alumnos, y entonces usar el método directo es cosa verdaderamente irrealizable, siendo fácil calcular que durante una hora puede el profesor más concienzudo ocuparse especialmente de cada alumno un minuto y medio cabal.

Por otra parte, el principal objeto del nuevo método, si es que tiene uno, es procurar que el alumno conozca realmente la lengua extranjera sin salir de su patria, y esto me parece que peca todavía más de cándido, puesto que, aun suponiendo á un joven en condiciones excepcionales, con notable aptitud

para aprender las lenguas y aleccionado hasta por un español, no conseguirá hablar español sin ir á España. Y eso lo saben muy bien los sostenedores de la reforma, y que no puede su método resultar provechoso sino cuando el alumno pasa por lo menos sus vacaciones de verano en el país cuya lengua aprende. Pero no quieren confesarlo, y en sus estadísticas y entre sus triunfos, enseñan ufanamente lo bien que hablan alemán jóvenes alemanes ó alsacianos criados en Alemania, y los buenos resultados obtenidos en el estudio del inglés por... alumnos ingleses.

¡Cosa divertida! Dicho método, adoptado con entusiasmo casi frenético por ilustres catedráticos franceses, ¿constituye realmente un remozamiento? No creo yo lo puedan sostener, después de reflexionarlo un poco, pues, sea dicho de paso, no es sino el método que usaban los jesuítas antes de la Revolución, para enseñar el latín. Sucede con dicho método lo que con las Universidades que Alemania ha copiado de la Francia de antaño, y que hace pocos años han creído descubrir en Alemania, y luego han importado parcialmente á Francia otros sabios de mi patria, que fueron ellos también muy aplaudidos, condecorados, etc., etc. Y eso que en Francia conocemos generalmente un poco la historia de otras naciones, sobre todo la de Egipto y sus momificados reyes, pero la nuestra nos parece que carece de interés en absoluto.

Cierto que había de hacer algo, de rejuvenecer los métodos y dejar á un lado lo que tenían de demasiado especulativo. Pero en la reforma hecha, en la adopción tan rápida del poco aumentado y nada corregido método de los antiguos jesuítas franceses, explotado por comerciantes extranjeros, parece que haya habido excesiva precipitación, y que al salir de un exceso se haya ido sin vacilar hacia otro exceso no menos perjudicial.

He indicado ya el error garrafal que consiste en considerar al alumno francés colocado en las mismas condiciones que el alumno alemán en cuanto á la lengua alemana, que el alumno español en cuanto á la lengua española, etc., etc. No es así, ni

mucho menos, puesto que él no mama el alemán ó el castellano con la leche; él no habla alemán ó español todos los días, todo el día. Así, pues, yo rechazaría del todo el nuevo procedimiento para los principiantes, no pudiendo él sino molestarlos y desconcertarlos, como bien se ve cuando confiesa el mismo proto-promotor de la reforma que con ella andan los estudios más tardíos en los primeros años. — Al principio, y con este método, se va despacio—dice el Sr. Firmery. Bueno. Al principio, dejémoslo, por consiguiente, á un lado.

Luego, sí; después de poseer el alumno el caudal de palabras, y frases, y giros, y los elementos de gramática de que hablaba al ocuparme de la enseñanza en las escuelas mercantiles, pudiera con provecho el profesor usar el método directo durante una parte de la clase, reservando otra parte para los ejercicios de traducción, ejercicios esenciales. Además, hubiera que cuidar mucho de la gramática á medida que progresase el alumno. Otras veces la gramática se consideraba el único medio para aprender las lenguas. Yo quisiera que ahora fuese el fin, y, en efecto, me parece que el orden más lógico, el que se observa en cada país al aprender la lengua patria, es proporcionar primero elementos muy sencillos de gramática al alumno, y luego, poco á poco, completar y perfeccionar dichos conocimientos.

¿Acaso no sería ello conciliar ambos métodos? ¿y no ha dicho la antigua sabiduría: *in medio stat virtus?*...

Por lo demás, pudiera citar á catedráticos que saben hacer interesantísimo el método directo y conseguir con él que pronto realicen muchos progresos los alumnos; entre ellos el señor Gourio, cuyo curso de inglés puede pasar por modelo; mi excelente amigo Sr. Sénil, cuyo curso de alemán no va en zaga del anterior; otros aún.

También conocí en mi juventud, mientras cursaba en el Instituto Condorcet, á uno que otro profesor admirable, que con el antiguo método lograba interesarnos y hacernos realizar adelantos muy rápidos en la lengua alemana.

Sí, que una cosa se sobrepone á todos los métodos, y es ella la abnegación del profesor. Con tal que se dedique éste á la enseñanza con verdadero espíritu de apóstol, con el firme propósito de pasar por cuantos disgustos y molestias y cansancios le asaltaren—y muchos los hay en la enseñanza,—cultivando siempre con amor las inteligencias encargadas á su cuidado, digo yo que el método de aquel hombre es y será siempre bueno. En efecto, lo que en ello más importa y lo que menos fácilmente se puede adquirir, si es que realmente se adquiera, es el dón de enseñar.

La natural afición á la enseñanza y la abnegación, eso se debe buscar en los maestros con afán, y también el dón de interesar, que por lo general acompaña estas cualidades. Es preciso, en efecto, que no se aburra el alumno, lo que le sucede demasiadas veces, ora por culpa del profesor, ora por culpa de los libros.

Respecto á éstos, diré que quisiera ver entre manos del alumno, ya que se trata de lenguas vivas, obras vivas también y no libros que, á pesar de los grabados y estampas, resultan para él cansados. Claro que siente muy bien la mucha diferencia que va de un libro compuesto para la enseñanza á un libro destinado para todos. Del primero distingue perfectamente lo torpe y artificial, y protesta en sus adentros diciendo:—Eso no es natural; eso no es la vida, sino mera falsedad; eso no me conviene.

Por eso deseo libros compuestos casi enteramente con trozos escogidos en los autores extranjeros, en los autores más vivos, en los cómicos, siempre que pueda ser.

Por eso desearía — pido perdón por el mucho atrevimiento,—desearía, digo, que leyesen los alumnos en el aula periódicos extranjeros.

Ahora, ya lo sé, tienen la facultad de leer, en el mismo Instituto, mas fuera de la clase, periódicos redactados para ellos por catedráticos franceses, y unas revistas soporíferas de puro insignificantes, y todo esto viene á ser inmediatamente menos que nada, porque no les interesa.

¡No! Hay que tomar periódicos extranjeros, periódicos que relaten y traten los asuntos del día, periódicos que muevan la curiosidad, periódicos escritos en alemán, en español, en inglés, en italiano, y no en jerga. Y sepan que, en rigor, también los hay para niños, para principiantes. Citaré, para los que cursen español, el titulado *Gente Menuda*.

Si lo digo, es porque lo tengo experimentado desde hace ya varios años, porque lo aconsejo á cuantos adultos me participan su deseo de aprender el castellano, y siempre fué con éxito.

***

Ya me he extendido más de lo que quería, y, sin embargo, á riesgo de abusar de vuestra benévola atención, no quiero dejar de hablaros, siquiera de un modo sucinto, de los medios que me parece serían más á propósito para llamar la atención sobre la lengua castellana y los países en que se habla.

Ante todo hay que dirigirse al gran público, hay que enseñarle que España sigue existiendo y produciendo primorosas obras literarias. Se ignora generalmente en Francia que un verdadero renacimiento literario se manifiesta en España desde hace unos treinta años, y los nombres de Juan Valera, Pereda, Palacio Valdés, Pérez Galdós, etc., etc., apenas si salvan la frontera, mientras conocemos muy bien á escritores italianos que no siempre tienen tanto talento como aquéllos. Es preciso verter al francés las novelas más notables de los autores contemporáneos, para que el público se entere; en eso me ocupo con mucho celo y esmero, y deseo que otros muchos vengan á ayudarme en mi empresa; he decidido una casa de París, conocida por lo artístico de sus ediciones, á empezar la publicación de esas obras maestras españolas, la primera de las cuales saldrá á luz á fines de Octubre; ya es algo.

Pero se necesita también acudir á las revistas, á los periódicos, publicar estudios de crítica literaria, relaciones de viajes, artículos de costumbres. No deben limitarse egoístamente los eruditos á los trabajos especiales, en los que encuentran á

veces tan delicada fruición. Hay que salir de la «torre ebúrnea», bajar á la tierra, y con abnegación luchar en la batalla por la vida.

No sólo hay que escribir, sino también hablar, hablar mucho, dar conferencias, mostrar el fruto que se puede sacar del estudio de la lengua y la literatura española, enseñar á los futuros negociantes lo que pueden y deben hacer en España, en América y en las Filipinas.

Conferencias en París no puede haberlas sino en español, y hay que dar las gracias á la Sociedad para la propagación de lenguas extranjeras. Sabéis que cada mes, bajo sus auspicios, se da en La Sorbonne una conferencia en lengua castellana; pero, como es lógico, tan sólo vienen á escucharla los que pueden entenderla; es decir, españoles, americanos y estudiantes. Se necesitaría, además, conferencias en francés para atraer el público lego é interesarle con las cosas de España. Por eso sueño yo con la creación de una *Société d'études espagnoles* por el estilo de la *Société d'études italiennes*, fundada con tanto éxito por el Sr. Dejob, y que nos proporcionase la posibilidad de hablar aquí en francés sobre España y la literatura española. He tentado el vado, y cuento ya con el apoyo de varios miembros de la colonia española, de periodistas, de profesores franceses, y el año que viene puede ser la haya organizado y empiece á funcionar.

Lo único que estoy deseando es que algunos compañeros, dando prueba de desinterés y renunciando, como yo, á ambiciones más aprovechables, acudan á secundarme para ganar el pleito y salir con el triunfo de la causa común, de la enseñanza de la lengua castellana en Francia.

*
* *

Decía Jefferson, el célebre tercer presidente de los Estados Unidos, que todo hombre tiene dos patrias: la suya propia y Francia; y son muchos los que lo han dicho después de él. Pues yo también lo repito, y tal vez con más derecho y pro-

piedad que otros muchos. Yo también tengo dos patrias, y son Francia y España. Francia, es decir, la mía propia; España, la de mi madre. A ambas les tributo igual amor. Es la lengua española la primera que conocieron mis oídos cuando con hechiceras palabras me arrullaba el cariño naternal, y lejos, muy lejos, ¡ay!, mucho tiempo atrás, diviso montes y picachos en cuya falda parecía que reía un valle encantador, con un pueblecito muy blanco, muy limpio, á orillas de un río tan azul como el mismo cielo, y que siempre iba cantando en sus guijas, y recuerdo romerías en las que jóvenes, bellos como los modelos griegos más hermosos, bailaban al compás de los aurreskus y zortzicos de la tierra.

Luego, después de muchos y muchos años sin ver á España, me ha latido el corazón al salvar la frontera. ¿Iba yo á encontrar la realidad tan hermosa como lo que veía en mis recuerdos? Sí, y todavía más, porque siempre, para ver bien las cosas tales como son, hay que amarlas. Y yo amaba á España no sólo en mis recuerdos, sino también en mis estudios, en la comunión diaria con tantos admirables escritores, historiadores, novelistas, poetas, y, ¿por qué no decirlo?, hasta filólogos y críticos serios, ya que á pesar de cuantos niegan á España la posibilidad de lucirse en los trabajos de erudición, tengo para mí que cualquier nación puede justamente enorgullecerse con nombres como el de D. Marcelino Menéndez y Pelayo.

Sí, á España la amo y admiro, á la vez que á Francia tributo el cariño filial más profundo, más ardiente, y el mayor agradecimiento por haber hecho de mí, merced á sus obras más excelsas, un nieto de la Grecia antigua, amante de la luz, de la hermosura y de la libertad. Por eso quisiera yo de todo corazón que la aproximación y la cordialidad existente entre mis dos patrias se haga cada día más estrecha, y que los españoles conociesen más bien á los franceses y éstos á los españoles; tan sólo dura y perdura lo que nace de la comunión voluntaria de las almas, y tengo el convencimiento de que la base

más sólida en que puedan reposar las corrientes de simpatía es la intelectualidad.

Estudiemos, pues, las obras de España, y para entenderlas mejor demos á la insuperable lengua de Cervantes el rango á que tiene derecho, organizando más práctica y lógicamente su enseñanza en nuestras Universidades y en nuestros Institutos ó Liceos...

¡Ojalá haya conseguido interesaros hoy y lo consiga en las Conferencias sucesivas que llevo el propósito de hacer, el curso próximo, sobre la lengua y la literatura castellana! Por mi parte he de hacer cuanto esté al alcance de mi inteligencia; y como quiera que nadie me obligaba á aceptar tarea que sin duda alguna requiere preparación larga, más tiempo del que yo le puedo dedicar y un talento en mucho superior al mío, diré lo que los nobles medioevales de España decían al acometer una empresa:—Si salgo bien della, Dios me lo premie; y si salgo mal, Él me lo demande.

JULIO LABORDE

EL SIGLO DE LOS MARIMACHOS

Decía Ernesto Renan que el siglo XIX pasaría á la posteridad como uno de los más *divertidos* de la Historia, y yo, parodiando al gran exégeta, me atrevo á afirmar que este siglo XX será conocido algún día con el nombre de siglo de lo *grotesco*. No hay contradicción, paradoja ó extravagancia que no tenga copiosos cultivadores y panegiristas.

Unos cuantos pseudo-filósofos han proclamado la *bancarrota* del Cristianismo, sosteniendo que aquí abajo lo único sensato es vivir tumbados á la bartola en el surco de la sensualidad y la holganza, como cualquier cerdo de Epicuro. Otros han dado honores de verdad dogmática al fatalismo heleno y oriental, pregonando á cuatro vientos que no existe libertad ni responsabilidad, por tanto, y que el hombre es como una veleta sacudida acá y acullá por todos los huracanes del instinto, y á merced de la tiranía de las leyes fisiológicas.

Algunos, con objeto de evitarse el trabajo de luchar para vivir, han delegado en el Estado todas sus facultades y deberes, haciendo de él algo más que el órgano de la justicia: el dispensador del bien, el racionero, el pedagogo y el comadrón universal.

También existe un buen número de hombres que, creyendo el progreso parte de un programa de juegos olímpicos, se dedican á correr vertiginosamente, atropellando á sus semejantes, olvidando, como dice Tolstoi, que el caminar con rapidez

en automóviles y biciclos no constituye una función esencial de la vida.

Y, por fin, existen unos seres privilegiados y singulares (salidos, á no dudar, de todas y cada una de las partes del cuerpo de Brahma), llamados *sociólogos*, que entre otros empeños tienen el muy original de enmendar la plana á la Naturaleza, otorgando á la mujer iguales derechos que al hombre.

Ya no es sólo Cupido quien levanta tempestades bajo los blondos cabellos y los artísticos corsés; es un Jano nuevo, que tira á dos *naturas*, como diría el rey sabio, el promotor de esta revolución del feminismo, que hará (si Dios no lo remedia) de nuestras bellas compañeras unos seres incatalogables en los casilleros de la Zoología.

Y no es lo peor que el hombre sople esos vientos de fronda en el minúsculo cerebro de las mujeres; lo peor es que á esos vientos de discordia responden con gritos de guerra las *amazonas* capiti-disminuídas, las *tribaditas* (perdón por el tecnicismo, pero en castellano es difícil calificar ciertos *oficios* de repostería amorosa), las *célibes* (bien á pesar suyo) que se dieron á las letras porque no encontraron hombres que las tomaran para fines más vulgares, los *marimachos*, en una palabra, que tienen lo peor de ambos sexos, sin atesorar las bellezas de ninguno, pues encarnan del hombre la petulancia y la dureza, sin poseer el vigor mental y físico; y de la mujer, la *logorrea*, la *vacuidad* y la frivolidad, sin reunir su gracia, su adorable ligereza y su hermosura.

Todo está perdido (lo digo muy en serio) en una sociedad cuando la manía de los reformadores pone mano en las esencias de las cosas, pretendiendo sacar de quicio el buen sentido, desfigurar la realidad, violentar las leyes naturales, trocar en chalecos los corpiños, y en seres huraños, sabihondos y egolátricos á las representantes de ese sexo que nació tan sólo para amenizar la vida con sus hechizos y educar el corazón de las generaciones con el gran instrumento pedagógico de la ternura y el amor.

Libre es el hombre de hacer cuantos disparates se le antojen en orden á lo que hemos dado en llamar transformación de la materia; libre es (y harto abusa de su libertad) para empolvar los campos y las calles con el rodar de sus antiestéticos automóviles; libre es de tiznar y cubrir de roña el recinto de las grandes urbes con las emanaciones de sus fábricas, y atronar nuestros oídos con el estrépito de los artefactos industriales; libre es para reglamentar la prostitución, aunque sería más justo y sincero proclamando la poligamia (pues la prostitución es una poligamia vergonzante); libre es de seducir á la mujer, de corromper su alma y á menudo manchar su cuerpo con las heces de su lujuria; pero, por Dios, no toque al sexo, no trate de adulterar la substancia fundamental de los seres; que una substancia adulterada pierde toda *substancia*. Déjenos la mujer íntegra y sana, sin ribetes de erudita ni ínfulas de pseudo-sabia, sin letras ni ciencias (que huelgan para el cumplimiento de funciones orgánicas) ó con las menos posibles, sin adornos de pedagogía novísima; pero con el fruto sabroso de su sensualidad ardiente, con sus bellos lineamientos, su encantadora coquetería, su sano sentido de la realidad y su ciencia doméstica, más útil, trascendental y redentora para el porvenir de la especie que las novelas de Jorge Sand, los acrobatismos pseudo-científicos de madame Severine y las masturbaciones cerebrales de Gracia Deledda y Carolina Invernizio.

Cuando en una mujer se dan, por caso fortuito, el vigor analítico del varón con la sensibilidad delicada de la hembra; cuando, por poco frecuente que el fenómeno sea, la mujer reúne en sí la potencia intelectiva en su más alto grado y la tierna efusión cordial en su expansión más generosa, recordamos la frase del naturalista Buffon: «La Naturaleza revela en los monstruos sus mejores secretos». Pero los monstruos de talento y sensibilidad, las grandes mujeres Proteos, como Teresa de Cepeda y Concepción Arenal, que fueron al par santas y sabias, hombres superiores por el cerebro, mujeres admirables por el corazón, no llegan á media docena en la Historia.

Lo frecuente es lo contrario: mujeres que de niñas juegan á *madres* con las muñecas, y coquetean después con muñecos, *pero vivos;* se casan, paren como conejas, cosen como máquinas, rezan como autómatas y nos quieren con santa impetuosidad y celos santos; de viudas, están deseando reincidir en el dulce pecado, por aquello de que más vale casarse que arder; y de viejas, empuñan el rosario y se mueren como unas benditas, rodeadas de sus nietos, é implorando para todos nosotros la absolución ó misericordia de Dios.

Esto es lo frecuente y lo humano, lo verdaderamente femenino y natural. ¡Lejos de mí las solteronas híbridas ó los lirios marchitos por precoces y eróticas lecturas, las vírgenes cloróticas de D'Annunzio, las graves y necias doctoras-indoctas, que hablan y escriben de *omni re*, mientras se quema el guisado en la cocina! ¡Lejos de mí las *librepensadoras*, que se burlan del sentimiento religioso y de Dios y del Estado, y llaman tirano al hombre porque no supieron hacerse amar de él! ¡Lejos de mí las contrahechas, los viragos, los marimachos de alquiler! ¡Venga á mí la hembra dulce y piadosa, que cree, con intrépida ceguera, en el cielo y en su marido; que canta hasta enronquecer y ama con la santa voluptuosidad del amor honesto; que hace de la alcoba santuario, de la antesala altar, del despacho taller y de la cocina academia; que, sin haber leído á Rousseau ni Pestalozzi, sabe educar á sus hijos en el culto al honor, á la desgracia y á la patria; que condensa su ciencia toda en hacerse amable y en enseñar á amar á los suyos! Pues, como dijo el gran poeta leonés,

> De esta breve vida en la jornada,
> el que no sabe amar, no sabe nada.

¡Tiempos de feminismo! No hay tiranía mayor que la de los *ismos,* desde el radicalismo, que es la tiranía ejercida en nombre de la libertad, hasta el feminismo, que es la tiranización ejercida sobre las leyes naturales que fundamentan psíquicamente á cada sexo. Pero examinemos los fundamentos

del feminismo, siquiera sea á la ligera y con la menor gravedad posible, porque difícilmente puede conservarse la seriedad que impone la dialéctica cuando se glosa ó analiza lo esencialmente ridículo.

Conozco muchas hembras, no pocas señoras y señoritas, algunas damas, unos cuantos marimachos y mayor número, por fortuna, de mujeres. Y como la creación del *marimacho* es el ideal que persigue el feminismo *radical*, y este marimacho, que tira más á natura de varón que de mujer, como diría Alfonso X, es cosa en sí grotesca, sólo en broma puede ser tratada. El Sr. González Blanco ha combatido hábilmente y con escrupulosidad las pretensiones del llamado feminismo. Yo voy á limitarme á reir un poco con los lectores que piensen como yo (que serán los más) de esta manifestación patológica, de este sarampión á flor de piel, inofensivo por el pronto, pero molesto, en pruritos de picazón, que le ha salido al cuerpo social, y del que ofrecen huellas mórbidas en la ciencia y el arte los delirios novelescos de Jorge Sand, las brutales impiedades de Clemence Royer, los iconoclastismos de madame Severine y las monstruosas creaciones del teatro de Ibsen que se llaman *Nora* y *Hedda Gabler*.

Hablemos, pues, de las excrecencias de ese sexo llamado bello, que dejaría de serlo cuando fuera grave y sabio, como dejaría de ser humano, gracioso y atrayente cuando se hiciera híbrido é infecundo. Comienzo por declarar que me *revientan* las *heroínas*, las *vengadoras*, las *eruditas de acarreo*, las *doctoras* en *amor* y *pensamiento libres*; en una palabra, todas las que salen del *tiesto*. Esta declaración mía no valdría nada, (por ser mía) si no fuera un corolario de aquel principio filosófico y de buen sentido de que una cosa no puede ser y no ser al mismo tiempo. La mujer ha sido construída física y psíquicamente para amar y ser amada, no para odiar. Catalina II de Rusia, mujer de la que decía Voltaire «que tenía el cielo en los ojos y el infierno en el corazón», mujer ilustrada y buena (aunque algo ligera de cascos y dadivosa de sus gracias),

que hizo la felicidad de los rusos con sus reformas, me parece más humana partiendo su regio lecho con un kalmuko, que la heroína Juana de Arco degollando ingleses. Lucila Desmoulins acompañando al patíbulo á su esposo para morir á su lado, me parece más noble y heroica que María Pita matando sajones en el asalto de la Coruña y la condesa de Bureta disparando su fusil en el Coso de Zaragoza sobre los granaderos de Lefebre. Y por de contado que admiro á D.ª María de Molina y la reina Victoria más que á Isabel I de Inglaterra y Carlota Corday. Y si se me aprieta un poco, diré que encuentro más natural á cierta simpática reina española que prodigó sus favores, á menudo acompañados de bondades sin tasa, á sus súbditos, que aquella heroína romana que se dejó violar... y se mató después para no sobrevivir á su deshonra.

Algunas feministas conozco que lo son por eso... por no haber encontrado en su camino romanos desaprensivos... y vigorosos.

Pero comprendo que estoy saliéndome de la materia y generalizando sin lógica, lo cual no es de extrañar, estudiando como estudio una cuestión que representa el viceversa de la lógica natural. La mujer que mata, la rebelde ó jacobina que perora en la tribuna, la que discute de *omni re*, la que induce y deduce, la que glosa artículos del Código y, sobre todo, la que predica la guerra al hombre, son insoportables. ¿Concebís algo más grotesco que una mujer haciendo la apología de la castidad? Enhorabuena que algunos hombres la hagan, porque les conviene, ya que en amor quien más pone más pierde, y el hombre lo pone casi todo. ¡Pero la mujer casta! Si hay alguna de corazón, que alce el dedo. Una cosa son las virtudes prácticas de honestidad natural, y otra el sano instinto orgánico. La mujer ha nacido para amar al hombre, porque representa lo que el filósofo alemán llamó el genio de la especie. El Cristianismo reglamentó sabiamente la pasión, dignificando el matrimonio con la monogamia, pero la castidad la recomendó

como máxima de perfección evangélica. Demasiado sabía el Hijo de Dios que el reino de la castidad no era de este mundo. Y si alguna duda le cupiera, hubiérale bastado contemplar á las mujeres de Palestina, intrépidas luchadoras de amor, que parían como conejas. La mujer casta lo es muy á pesar suyo (salvo alguna que otra excelsa excepción de mujeres extraordinarias, cuya atrofia sexual es consecuencia del espléndido desarrollo de los órganos intelectuales). Para mí es indudable que el sexto mandamiento de la ley de Dios debió pronunciarlo Moisés en voz muy baja, pues los hebreos, y sobre todo las hebreas, no le hicieron el menor caso. Verdad es que lo propio viene ocurriendo con los otros mandamientos, y que el hombre reniega de Dios y de su padre, y roba, estupra, miente y mata, y creo que seguirá haciéndolo hasta la consumación de los siglos, porque tiene más de bestia que de ángel, por lo que el Cristianismo es manjar harto delicado para que puedan asimilarlo bien su economía moral y orgánica.

Pero se me objetará: «¿Es preciso que todas las mujeres sean madres y no tengan otra misión que la de parir y educar la prole?» Contesto: «Preciso no es, y hasta sería conveniente (de ser posible) que algunas se abstuvieran de dar á luz ciertos seres, que más se asemejan al mico y al oso que al hombre; pero sí es preciso que todas amen, para cumplir su misión, que no es otra que amar». Y al hablar de amor no me refiero sólo al amor legal, ni al de *encrucijada*. El amar es algo más que cohabitar y ayuntarse: amar es enjugar lágrimas de la desgracia, velar enfermos, socorrer infortunios, compartir con amigos dolores y dichas, sentir y soportar la humana flaqueza, darse en *espíritu* á los que sufren, como lo hacen esas admirables siervas de San Vicente (calumniadas cobardemente por una prensa tabernaria), tres veces más respetables, á mi juicio, que las madres de familia, porque el parir es acto involuntario, pero el exponer la propia vida por salvar la del prójimo, el respirar atmósferas de muerte en el hospital y el campamento por arrancar presas á la muerte misma, eso es voluntario,

tan voluntario como difícil, y tan difícil como sublime, meritorio y heroico. Si me dieran el encargo de establecer las categorías ó jerarquías femeninas en orden al valor psicológico, las formaría del modo siguiente:

Aristocracia. — 1.ª, la hermana de San Vicente de Paúl; 2.ª, la mujer soltera que mantiene á los suyos con el producto de su trabajo honrado; y 3.ª, la madre de familia.

Mesocracia.—1.ª, la mujer que se da por amor; 2.ª, la que se vende por hambre; y 3.ª, la que se alquila por codicia.

En la jerarquía de la vulgaridad (también hay clases de vulgo) pondría: 1.ª, la mojigata que se da á Dios por mediación del cura; 2.ª, la que no se da á nadie por amor á sí misma; y 3.ª, la que no se da á nadie porque nadie la toma.

La última jerarquía es la de lo grotesco, y la formaría de este modo: 1.ª, el marimacho *radical* (escritoras anarquistas, antimilitaristas, partidarias del voto y de la igualdad de derechos); 2.ª, el marimacho incrédulo ó *librepensador* (tomando esta palabreja en el sentido usual), forma la más aguda y patológica del llamado *feminismo*.

Estas cuatro categorías pueden reducirse á tres, parecidas á las que creó el ingenioso novelista Alfonso Karr al ocuparse de los hombres que hablan mal de las mujeres. Decía el ilustre escritor que aquéllos eran: 1.°, los que *no las aman;* 2.°, los que las *aman demasiado;* y 3.°, los que no *han sido amados de ellas*. Otro tanto digo de las feministas, á pesar de que conozco algunas que *aman* como *escriben*, *rápidamente*, *radicalmente*, *brutalmente*, al modo de las revoluciones legislativas preconizadas por D. Antonio Maura. Sobre todo, las más de las *feministas* del grupo *iconoclasta*, que hacen alarde y gala de no creer en Dios, están siempre dispuestas á darse al diablo, ó sea al hombre.

Y ahora hablemos seriamente un poco. ¿Qué aspiraciones tiene el feminismo? Ni sus mismos defensores y apologistas lo saben. La igualdad absoluta es absurda. El hombre y la mujer son seres desiguales, y la justicia pide que sean tratados des-

igualmente. De lo contrario había que dar á la mujer el derecho de votar, por ejemplo, y exigirla que pagase la llamada contribución de sangre. Y ¡quién sabe: acaso el triunfo del derecho internacional y la abolición de la guerra vendrían por ahí! ¿Qué soldado no caería desarmado ante una bella de cualquier parte del mundo? ¡Perdón, lector! Prometí hablar un poco en serio, y estoy infringiendo mi promesa. No tengo la culpa. La tiene la *tesis* misma sobre que escribo, que es de por sí risible y cómica. Decía que la igualdad absoluta era utópica, y digo ahora que la igualdad proporcional es razonable. Que la mujer no se ejercite en faenas rudas, reñidas con su debilidad muscular; que *soltera,* se la respete (llegando si es preciso á elevar á delito todo acto de procacidad ó falta al pudor); *casada,* se la guarde fidelidad (el adulterio del varón, en pura tesis moral, es igual al de la mujer); y *madre* de familia, se la venere; que sus bienes se pongan á cubierto de la rapacidad y la codicia (pues, como decía el ilustre Comas, la mujer en la sociedad matrimonial debe tener el carácter de socia privilegiada; sus bienes han de reservarse como en un puerto seguro, para prevenir los días de adversidad, al paso que los del varón constituirán el fondo activo y permanente de la especulación y el tráfico); que se la dé la intervención que en justicia debía tener en las cuestiones sociales, cuando su inteligencia pruebe la aptitud suficiente (la extensión de un derecho tiene por medida la idoneidad para ejercerlo, ha dicho no recuerdo quién, pues cito siempre de memoria); todas estas y otras ventajas que la lógica reclame y la necesidad pida, me parecen equitativas y útiles. Concepción Arenal (una mujer que valía por una generación de hombres) lo reconoce.

Pero esto no es *feminismo.* El propio John Stuart Mill, á quien muchas marisabidillas pedantes nombran como uno de los verbos de su doctrina y paladines de su pretendida emancipación, es contrario á ésta. «La esfera del hogar — dice — es tan extensa, y tan múltiples los deberes y cualidades que presupone, que la mujer no necesita repartir su actividad por

otros caminos.» Y tiene razón sobrada el ilustre utilitario, pues la mujer que educa bien en el orden sentimental y volitivo á sus hijos, hace más por la patria que todos los legisladores juntos.

Si alguna mujer, por caso fortuito, surge con facultades suficientes á regir un pueblo, á ser tutora de colectividades, justo será que las leyes, y más que éstas la sociedad y la opinión, la lleven al lugar que de derecho le corresponde.

La culta sociedad del Ateneo de Madrid ha nombrado recientemente presidente de la sección de Literatura del Ateneo á mi ilustre amiga y protectora D.ª Emilia Pardo Bazán, mujer Proteo que ha cultivado con singular aptitud casi todas las disciplinas del arte literario, y cuya labor, en su mayoría delicada y genial algunas veces, pasa de cuarenta volúmenes. ¿Qué perdería la cultura española con que la insigne gallega regentara el Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes? ¿Acaso son más capaces que ella los que antes y ahora desempeñaron el cargo?

Pero Emilia Pardo Bazán es única por hoy. La matriz que produce los genios de uno y otro sexo, agotada por el esfuerzo que emplea en concebirlos, se arruga y seca por largo tiempo.

Las más de las mujeres hacen consistir su fuerza *política* en la propia belleza, cuando no en el chismorreo y la intriguilla. La mujer es el animal menos político de la creación, á pesar de ser el más astuto y ladino. La razón es porque lo que le sobra de sagacidad le falta de serenidad, de tacto, de constancia. De las tres llamadas facultades del alma, la mujer tiene cuasi atrofiada la última (la voluntad). Y ésta es la que hace y forma á los grandes estadistas. La mujer es más instintiva que intelectual, más *emotiva* (como ahora se dice) que sentimental, más impulsiva que autónoma.

Cerebro minúsculo coronando un almacén de nervios enredados y mal regidos, trozo de materia graciosamente amasado al servicio de los fines de la reproducción, la mujer está re-

velando por su misma fábrica anatómica y su pobreza ideal que no ha nacido para otra cosa que para esposa y madre. Y esto no es poco.

¡Ojalá supieran todas ser madres por entero en el doble aspecto físico y tutelar! ¡Ojalá supieran todas formar hombres, ya que con harta frecuencia sólo dan vida y forman engendros! La mujer no ha nacido para ser libre, y mucho menos en el sentido que el feminismo pregona. La fuerza de la mujer está en seguir siendo *esclava* para el *derecho público* y en reservar su señorío para el privado. No hay estadista, desde Licurgo á Maura, que después de legislar para todo un pueblo desde su bufete no se haya visto obligado á delegar en su cónyuge todas las facultades legislativas en el estado doméstico y caer de rodillas ante el menor de sus caprichos.

¡Venir del foro, del Parlamento ó la clínica, con el cerebro abrumado de ideas y logomaquias ó la retina impresionada con trágicas visiones; venir de allí acaso lacerado el espíritu por el dolo y la maldad ajena; llegar á nuestro hogar sedientos de sinceridad, de amor humano, de frescos besos, y encontrarse en lugar de la mujer apasionada y mimosa á un engendro presumido y grave, que discute la última novela de D'Annunzio, la tercer partida del arancel de alcoholes, el proyecto de reforma del Código ó los últimos progresos de la electroterapia, es tortura que sólo los mansos ó imbéciles pueden sufrir sin detrimento de su orgánico equilibrio! Y es que no hay nada tan insoportable como una *mujer* empeñada en no *parecerlo*. Prohudon decía: «El día que el legislador conceda á mi mujer el derecho de votar, ese será el día de mi divorcio». Yo diría más: el día que mi mujer aspire á sabia me convenceré de que debo ser tonto y pediré el divorcio, fundándome en haber infringido con mi matrimonio las leyes de la lógica y el buen sentido. Pienso, como Angel Ganivet, que el ideal de todo hombre inteligente debe ser unirse á una mujer proletaria.

Se me objetará: ¿y la diferencia de educación? ¡Ah, el amor

es gran pedagogo! La mujer más zafia del mundo es capaz de hacer feliz á un sabio sólo con quererlo con amor humano. Los hombres inteligentes son muy fáciles de contentar. No piden al otro sexo sino aquello que el sexo puede darles. ¿No fué Sócrates feliz con Xantipa, á pesar del genio endemoniado y neurótico de ésta? ¿No se amaban tiernamente? Para la dicha conyugal basta que un cónyuge comprenda al otro, y comprendiéndolo (que es más que amarlo) lo perdone. La mujer ideal en que sueña el feminismo la ha retratado vigorosamente en dos de sus dramas el genio selvático y subyugador de Enrique Ibsen. La *Nora* de la *Casa de muñecas* es un *marimacho* presuntuoso, como algunos de los que hoy padecemos, que cree que la grandeza femenina está en la expansión de su individualidad, mejor que en la abnegación y el culto al hogar y la familia, y abandona á su marido é hijos so pretexto de que no están ni ella ni su cónyuge suficientemente transformados para hacer verdadero matrimonio.

Edda Gabler es una infeliz neurótica tocada de delirio de grandezas, una *librepensadora* que reniega de Dios, se mofa del deber, é, incapaz de vivir con dignidad, cree, con el Dante, que un bello morir honra una vida, y no encuentra otro medio más bello de rehabilitación por la muerte que saltarse de un pistoletazo la tapa de los sesos.

En buen hora que Ibsen (cuyo genio artístico admiro) exaltara el individualismo del varón afirmando en *El enemigo del pueblo* «que el más fuerte es el que está más solo»; pero esa tesis (muy discutible por lo demás) es absurda con aplicación á la mujer. La mujer más fuerte es la que sabe hacerse amar mejor y sobre los delirios y excentricidades de una emancipación *contra natura* pone los santos deberes de maternidad.

No hay ni puede haber grandeza en tratar de burlar las leyes naturales. La verdadera grandeza está en seguirlas, en rendirlas culto, en sacrificar la individualidad que *pasa* á la especie que queda, lo contingente á lo eterno. De sobra sé que el matrimonio, unas veces por incompatibilidad orgánica, otras

por disconformidad moral, suele convertirse para algunos casados en dogal que oprime y asfixia, lejos de ser, como debiera, vínculo y amorosa piña de solidaridad y auxilio mutuo.

La cosa es lógica. Nos dan por esposas seres vanidosos y pródigos, educados para la molicie ó la frivolidad, incapaces para el trabajo, inadaptables á un régimen de sana sobriedad que á veces ni aun saben ser madres, pues entregan sus hijos á pechos mercenarios y tutelas extrañas por pagar tributo á eso que llaman *buen tono* y que no es á menudo otra cosa que una rutina *bárbara* elevada á precepto social por la estolidez ambiente.

Nos casamos sin conocer bien á nuestras esposas, y viceversa. ¿Cómo puede amarse bien lo que no se conoce, y menos por tanto podrá comprenderse? Hay en las relaciones anteriores al conyugio un mutuo escamoteo de almas y de cuerpos, mantenido por un falso pudor.

Tomás Moro decía: «El hombre tiene derecho á examinar y reconocer el caballo que compra, y no lo tiene para hacer lo propio con un sér que ha de vivir con él toda la vida.» Y lo que el insigne autor de *Utopia* dice del hombre, es igualmente aplicable á la mujer. Las leyes tienen el deber de velar por la pureza de los conyugios, y han de procurar impedir que el vicio y la pobreza fisiológica se ayunten para engendrar, bajo el pabellón del sacramento y el contrato, una prole infeliz que viene de antemano condenada al vencimiento por los gérmenes de morbosidad transmitidos al darle vida por sus causahabientes. Formar hombres, dice un pensador, es quizá el único medio de devolver á los Estados su perdida grandeza. Inspeccionar y fiscalizar el matrimonio físico es no sólo un deber higiénico, sino un deber patriótico. El *parasitismo* que roe y consume la vida nacional viene de ahí. Se procrean seres enclenques y desprovistos de vigor para la lucha, y luego los autores de esas vidas (responsables del aniquilamiento y pobreza de la raza) ponen el grito en el cielo implorando del Estado piedad para sus canijos descendientes; como si el Estado

fuera un cuartel de inválidos, y su misión la de asegurar las vidas de los abortos del vicio con detrimento de la especie sana, que pelea valerosamente por su propio derecho y bienestar, que forma parte del derecho y bienestar sociales.

Un materialismo grosero ha hecho del matrimonio moderno tan sólo una sociedad para los *bienes* y su disfrute: de ahí que las clases medias, careciendo de esos bienes y viviendo de precarios destinos, se consuman en un *celibatismo* enervador, que las madres de familia inconscientemente fomentan presentando á sus hijas ante el mundo con todos los *atavíos* de la *riqueza* y ninguna de las virtudes de sobriedad y trabajo que hacen tolerable la existencia en la mediocridad.

A hombres y mujeres corresponde toda la culpa (que reparten por mitad) del descrédito del matrimonio y de los progresos del feminismo. Ya no se lucha por conquistar á la mujer como en las tribus primitivas, cuyas costumbres describe con tan maravillosa claridad el insigne Spencer: luchan ya las mujeres por la conquista del hombre y hasta por su compra. Taglioni hace tiempo lo decía, y en nuestros días lo ha expresado con gran elocuencia Nordau. Las ricas consiguen su deseo; las bellas lo alcanzan también, aunque con menos frecuencia; pero las humildes, las no agraciadas, sucumben en legión, para ir después á engrosar los burdeles ó las filas del feminismo. Los remedios que podían atajar este daño son de orden moral, y no están ni caben en la farmacopea legislativa del Estado.

El Estado reglamenta jurídica y económicamente el matrimonio como uno de tantos contratos. ¿Qué le importa á él que los cónyuges hagan permuta ó compraventa? Es la autarquia individual la única eficaz á curar la dolencia, y esta autarquia no parece por parte alguna. En el matrimonio, la fuerza mayor está en la simpatía psico-física de los cónyuges. Ante ella deben callar los intereses y convencionalismos sociales. Los hijos del amor sano son bellos y fuertes; los del interés, degenerados y entecos. Una sangre rica en glóbulos puede conquistar más tarde el oro; pero el oro por sí solo no puede dar una

sangre generosa. La obra del matrimonio es la creación y la educación. La primera es resultado de la salud, la segunda del consejo, y ninguna de las dos se produce con la riqueza.

Dignificado é higienizado, por decirlo así, el matrimonio, rotas las trabas y anuladas las preocupaciones que embarazan su desarrollo, el feminismo se acabaría ó quedaría reducido á la estéril garrulería de unos cuantos seres teratológicos ó andróginos, dignos de compasión. Mientras esto no se haga, seguiremos escuchando el grito de rebeldía de las menospreciadas, de las marisabidillas; grito que, aunque ridículo por su lema y sus aspiraciones, es en el fondo una acusación justísima, una protesta enérgica contra el egoísmo ó cobardía del sexo fuerte, que en lugar de cumplir su misión, que es la de servir á la debilidad de escudo, la menosprecia y abandona, dejándola á merced de las asechanzas de la pública lascivia y de las tiranías del medio.

Recuerdo que hace algunos años asistí á una especie de asamblea de *sastras* ó *pantaloneras* celebrada en cierta populosa é industrial ciudad de la Península.

Habíanse reunido para tratar de ponerse de acuerdo á fin de mejorar su situación y salario, poniendo dique á la explotación de que eran víctimas por parte de los oligarcas del trabajo. Creo inútil decir que se pronunciaron fogosas arengas, se habló de huelga, represalias, etc., y hasta hubo un marimacho que propuso se extendiera la protesta á las *amas de cría*, las cuales debían negarse á lactar hijos de burgueses por el hecho de ser hijos de *explotadores,* que más tarde las explotarían también. Sólo una mujer de buen sentido dejó oir la voz de la justicia en aquel tempestuoso congreso feminista. Aquella mujer dijo: «En vista de que se nos pagan los pantalones que cosemos á menos precio del que vale nuestro trabajo, voto por que nos dediquemos á otra cosa hasta tanto que los propietarios de los pantalones *sepan llevarlos con dignidad* y no exploten á débiles mujeres».

En resumen, y para no cansar más al bondadoso lector

que me cupiera en suerte, la *protección á la mujer*, tanto más *intensa* y *eficaz* cuanto mayor sea su *debilidad* y *desamparo*, es un deber de los individuos y del Estado (deber cristiano y cívico á la par). El seductor, el sátiro, el lascivo, son una roña social de que hay que limpiarse por decoro colectivo. Don Juan Tenorio está bien en la leyenda y en el drama; pero estaría mejor en la *cárcel*.

Si la protección á la mujer es un deber, su pretendida emancipación es una ridiculez y además un absurdo.

Pensaba el tan manoseado Nietzsche (y en esto pensaba quizá bien) «que la mujer (la corriente) ha descargado sobre el varón los cuidados más graves, reservándose ella los más gratos ó sencillos y quedando siempre en simpática actitud de víctima». Pues bien: nosotros los hombres nos dejamos engañar de buen grado por una tan graciosa criatura; aceptamos hasta con gozo las cláusulas de un contrato verdaderamente *leonino*, en que soportamos los más de los riesgos y trabajos á cambio no más de una ventaja: la de tener á nuestro lado un sér sencillo, ingenuo y cariñoso, que pone sus frescos labios sobre las crueles heridas que recibimos en la lucha diaria; que cuida de nuestra salud, nuestra ropa y nuestra comida; y que ya que no nos ayude á llevar la cruz á medias por el áspero camino del Calvario de la vida, nos consuele y fortalezca con sus besos y caricias y nos enjugue la sudorosa frente con aquel lienzo de piedad con que enjugó la divina frente del Redentor la bella pecadora Magdalena.

PASCUAL SANTACRUZ

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

V. BLASCO IBÁÑEZ: «EN LA SOMBRA DE LA CATEDRAL»

(Con este título, que es con el que se ha traducido al francés la novela *La catedral*, de Blasco Ibáñez, encontramos en la *Revue Bleue* el siguiente artículo de crítica, que firma Lucien Maury.)

Es una sombra funesta... Rabelais aseguraba que, en su tiempo, hasta la sombra de los campanarios de los conventos era fecunda: fecunda lo es quizás también la sombra á que aquí aludimos, en el sentido que lo entendía el gran cáustico, pero en el sentido amplio, metafórico, de la palabra; esta sombra esteriliza; en la sombra de la catedral no viven más que seres mezquinos, de cerebro anémico, incapaces de iniciativa, de audacia, de pensamiento libre; en esta sombra, que no es una penumbra, sino una noche terriblemente opaca, tales gentes perpetúan antiquísimas modalidades, una mentalidad, una vida, que, defendibles en el siglo XV, nos parecen hoy desprovistas de sentido... Introducid en esas tinieblas un rayo de luz, un hombre moderno, un hombre de hoy ó, mejor, de mañana entre esos supervivientes de un estado social abolido..., y se originará la revolución.

Blasco Ibáñez evoca la catedral de Toledo; describe el extraño reducido mundo que se agita en la sombra del templo

metropolitano; anota los hechos y los gestos de un revolucionario ingenuo, cuyos discursos conmueven á la somnolienta tribu de bedeles y campaneros, de sopladores de órgano y maestros de capilla; Blasco Ibáñez acomete una triple empresa: la catedral, que solicita el celo descriptivo del novelista, no le hace olvidar á éste los pobladores del claustro alto; si se detiene en relatar costumbres que se tomó el trabajo de observar con precisión, no es porque pretende sacrificar nada de los abundosos propósitos del compañero Luna. Todo se relaciona en el asunto: la catedral explica los hombres; ¡ah! ¡qué poder tienen esas piedras! ¡cuánta es la sugestión con que atemorizan ó deleitan alternativamente á las almas sencillas! ¿no veis que ese navío inanimado obra á la manera de un sér vivo? El compañero Luna ha de desenmascarar las astucias de ese monstruoso adversario...

¡Lucha apasionada! Hugo, Zola... ¡con qué prodigiosa vida hubiesen animado ese drama nuestros románticos! ¡Con qué rara psicología hubiese ilustrado las peripecias un Huysmans! Blasco Ibáñez no es, en grado alguno, un romántico; no tiene el prodigioso soplo creador de Zola; no aletean en su espíritu las curiosidades místicas de Huysmans. Ciertamente su novela no podría ser equiparada á *Notre Dame de Paris;* menos justo todavía—pese á ciertos admiradores demasiado prontos á exaltar los méritos de Blasco Ibáñez—sería compararla con la *Catedral* de Huysmans.

***

Blasco Ibáñez describe ampliamente la catedral de Toledo; la describe en profano; la ha visto por la mañana, por la tarde, por la noche; la ha contemplado en la irradiación de una luz esplendorosa; ha sorprendido los aspectos más fugitivos de aquella nave, de aquellas vidrieras, de aquellas torres; sabe con qué preciosos tintes se revisten aquellas piedras al amanecer y á las indecisas luces de los atardeceres; con los serenos, ha contado las horas nocturnas bajo las bóvedas sombrías. Y Blasco Ibáñez enumera concienzudamente las puertas, las ca-

pillas, los pilares, las estatuas, los bajorrelieves, los altares; deplora que una oleada de horribles construcciones asalte los solemnes muros, y piensa con melancolía en la orgullosa belleza de otras catedrales emancipadas de humillantes vecindades; piensa también en esas habitaciones de los países orientales, sórdidas y miserables por fuera, todas de alabastro y de filigrana por dentro. No en vano vivieron durante siglos en Toledo los judíos y los moros. Su aversión por las suntuosidades que se exponen en público parece haber inspirado la arquitectura de este templo, ahogado entre las casas que se agolpan y se amontonan en rededor, como si tratasen de sumirse en su sombra.—Blasco Ibáñez describe la fachada principal, la puerta del Perdón, flanqueada por las puertas de la Torre y de los Notarios, cuyos arcos, de un gótico exuberante, no estaban destinados primitivamente á sostener un piso de estilo grecoromano, una Cena en alto relieve, de discordante efecto, dos galerías italianas... Blasco Ibáñez se lamenta de esto. La riqueza de la iglesia ha sido un mal para el arte. En una catedral pobre se hubiera conservado la unidad de la fachada primitiva. Pero cuando los arzobispos de Toledo poseían once millones de renta, y el Capítulo poseía otros tantos, no se sabía ya en qué emplear todo aquel dinero, y entonces se emprendían trabajos, se hacían reconstrucciones, y el arte, en decadencia, engendraba horrores como esa Cena. En el tercer piso, un rosetón, sobre el que se extiende una balaustrada sinuosa entre dos masas salientes, la torre y la capilla muzárabe...

Blasco Ibáñez describe la catedral de Toledo; la describe en profano; no hay ninguna de esas precisiones técnicas á las que nos ha acostumbrado un siglo de literatura descriptiva; Blasco Ibáñez desprecia esa erudición de pacotilla que tantos novelistas toman apresuradamente de los manuales; no le censuramos por ello; lamentamos, sin embargo, que no tenga un conocimiento más profundo de la arquitectura y del arte de la Edad Media; de tenerlo, su descripción hubiera ganado en exactitud y en relieve, y tal vez hubiese negado con menos

aplomo la fecundidad del sentimiento religioso en los siglos de fe católica...

¿Es bella la catedral de Toledo? A la verdad, no estoy seguro de ello. Blasco Ibáñez me permite la duda. ¿Acaso tiene una opinión sobre el asunto el mismo Blasco Ibáñez? ¡Qué tibio admirador! ¡Qué descriptor tan indiferente! Y si no ha experimentado el involuntario estremecimiento que producen las obras maestras del arte, ¿qué emoción ha de animar sus descripciones? No las anima emoción alguna; son descripciones objetivas, secas y, sobre todo, superficiales. Blasco Ibáñez no se entusiasma sino cuando abandona el dominio del arte humano para expresar los encantos de un jardín florido.

(Aquí el crítico de la obra de Blasco Ibáñez transcribe de la traducción francesa la descripción que el novelista hace del jardín de la catedral, y sigue diciendo:)

Este jardín, contiguo á la catedral y encerrado en el cuadrilátero del claustro, es un delicioso jardín; los más humildes habitantes del claustro alto son sensibles al triste encanto de aquellas flores descoloridas y de aquella atmósfera de paz religiosa. ¿Serían insensibles á la poesía de una suntuosa arquitectura? Esta poesía huelga en el libro de Blasco Ibáñez: su catedral carece de misterio; no inspira ni temores ni amores excesivos. ¡Ah! Esta catedral no tiene alma, no *vive*. Y he aquí el gran defecto de este libro: esta embarazosa catedral no toma parte en el drama que Blasco Ibáñez quiere contarnos; el mismo drama, apenas entrevisto, se desvanece; queda una especie de guía impersonal y fría: pesadas disertaciones históricas—historia de la catedral, historia de los arzobispos, listas de los dones y privilegios concedidos al templo en el transcurso de los siglos—y un cuadro vivo y franco, pero entrecortado, desperdigado, de costumbres populares.

***

Y aquí es en donde el arte de Blasco Ibáñez, impotente y sumario en el marco de un vasto asunto, recobra sus fueros.

¡Qué dotes de observación rápida y justa! ¡Qué trazos tan vigorosos, de palpitante realidad, aun cuando el autor se descubre, divertido unas veces, compasivo otras ó irritado también, violentamente irritado, ante el espectáculo de los sufrimientos injustos! ¡Qué cuadro tan lleno de vida el de aquel claustro alto, que aun se llama las *Claverías*, en donde vive, al nivel del tejado del templo, una población chocante! A la caída de la tarde, cuando se cerraba la escalera de la torre, aquella población se encontraba enteramente aislada de la ciudad. Era una tribu semieclesiástica que se reproducía y moría en el corazón de Toledo, sin bajar casi nunca á las calles, ligada por instinto atávico á aquella montaña de piedra blanca y trabajada como un bordado, cuyas bóvedas le servían de refugio. Vivía allí, saturada de los perfumes del incienso, y respiraba ese olor particular de moho y de hierro viejo que tienen las catedrales, sin otro horizonte que las ojivas de enfrente ó el campanario, cuya mole ocultaba un gran pedazo del cielo.

Los Luna son de padres á hijos los jardineros de la metropolitana; y si se preguntaba al padre del compañero Luna de qué época databa aquel contrato tácito que retenía á todos los suyos al servicio de los arzobispos, sonreía con aire de complacencia, y su mirada se perdía á lo lejos como si quisiera explorar la inmensidad de los tiempos. Los Luna eran tan antiguos como los fundadores de la iglesia. Los Luna mayores son jardineros; los menores no abandonan las Claverías; desempeñan oficios menudos. Esteban Luna es *silenciario*; su sobrino Tomás, apodado el Tato, es *perrero:* el tío impone á los fieles el silencio; el sobrino echa á los perros de la iglesia; funciones descansadísimas, por extremo respetables: dignidad, seguridad... ¿Qué locura arrastra á aquel mala cabeza del Tato á ambicionar arriesgados triunfos? Tato anhela los laureles de los toreros. ¡Un Luna torero! ¡Qué decadencia! ¡Ah! Comprended el justo resentimiento de Esteban: convenientemente zurrado, el Tato aplazará sus ambiciones, satisfecho de improvisar en

la catedral desenfrenadas corridas en cuanto se le señala la presencia de un perro. La intransigencia de Esteban es aprobada por Eusebio, sacristán de la capilla del Santuario, llamado el *Azul de la Virgen*, por alusión al traje azul celeste que luce los días de gran ceremonia. ¿Y quién no hace caso del asentimiento del poderoso sacristán? Su función es la mejor retribuída; goza del favor del arzobispo y del Capítulo; el Azul es envidiado, temido, respetado. ¡Cuidémonos del Azul! y no olvidemos aquel grueso cuerpo adiposo; aquella cara granujienta; aquella frente baja y arrugada, rodeada de pelos hirsutos; aquel cuello de toro, en el que la respiración difícil hacía un ruido de soplo... La misma tía Tomasa condena la desatinada insubordinación del Tato, y no por timidez. Esta tía Tomasa no es solamente el personaje más importante de las Claverías; es el único que haya sabido sustraerse á la influencia debilitante de la catedral. ¿No fué la compañera de infancia del cardenal arzobispo? Por haberse pegado muy á menudo con el niño de coro, á quien esperaba una fortuna tan extraordinaria, la animosa anciana conserva un sentimiento muy vivo de la relatividad de las grandezas humanas; ciertamente, el cardenal arzobispo no es más que un hombre, y no son sino débiles hombres aquellos imponentes canónigos, aquellos beneficiados, y también aquellos «santos» á quienes rodea la veneración popular. La tía Tomasa, que conversa familiarmente con el arzobispo, sabe muy bien habérselas con D. Antolín, viejo cura tiránico, avaro, usurero cuando la ocasión se presenta, que guarda las llaves de los claustros y rige al personal subalterno de la metropolitana... Ahora bien, la tía Tomasa aprueba á Esteban, y con ella todos los bedeles, los campaneros, los jardineros, los porta-estandartes...

¡Extraño mundo pequeño, que parece, en plena España moderna, un resto del pasado!; ¡mundo bien vivo, sin embargo!; grupo humano al que dividen las rivalidades y los odios, que sufre y que padece. De estos hombres, de estas mujeres, Blasco Ibáñez sabe la historia, que os contará largamente.

Este novelista sobresale en evocar los trabajos y las penalidades de los débiles y de los pobres; simpatiza con los humildes, con los desheredados, con los pacientes; sin adularlos, los pinta, como Gorki, con pincel fraternal; no excusa sus vicios, no absuelve á un Azul que roba el tronco de la virgen, sustrae las velas y escamotea el dinero de las misas; pero sabe que una resignación casi heroica y una sabiduría acomodaticia sostienen á los más débiles. Escuchad las confidencias del viejo guardián Fidel:

«No sé los años que hace que arrastro este maldito catarro, decía el viejo; ¡un regalo de la catedral! Los médicos me aconsejan que deje mi empleo; pero yo les contesto: «¿Quién me alimentaría?...» La paga es pequeña y el hambre es grande.»

Y Fidel prodiga los consejos á su compañero recién llegado.

«Sin duda le habrán recomendado que tenga una actitud respetuosa, que coma en la sacristía, que vaya á la galería de Locum si tuviera deseos de echar un cigarrillo. Lo mismo me dijeron cuando entré al servicio de la catedral... Todo esto es fácil de decir cuando uno es de los que duermen tranquilamente en su cama. Pero, en realidad, la única cosa esencial es abrir el ojo; y en cuanto á lo demás, se las arregla uno lo mejor que pueda para pasar la noche. Después de haber empleado el día en oir invocaciones y cánticos, en respirar los vapores del incienso, verdaderamente lo menos que uno puede hacer es concederse un poco de descanso... A esta hora Dios y los santos duermen; nuestro oficio es velar su sueño; y ¡qué diablo! no se les falta al respeto porque se permita uno algunas pequeñas libertades... Vamos, compañero, ya es de noche. Juntemos nuestras pitanzas.»

***

Y he aquí que de repente, entre los campaneros, los sacristanes, los bedeles, los silenciarios... reaparece Gabriel Luna, ex seminarista, ex combatiente de las bandas carlistas, refugiado en París, en donde se hizo socialista; es una lamentable

odisea la de este revolucionario escapado de Montjuich, hostigado, agotado, moribundo. Su hermano Esteban le acoge; Gabriel, reconfortado, no puede disimular su fe; las gentes de las Claverías le escuchan con gusto. Predica la emancipación, anuncia la sociedad futura... ¡La sociedad futura! ¡Ah! ¿Por qué este plazo? A los bedeles y campaneros les molesta. Una noche en que Gabriel ha asumido él solo la custodia de una imagen ricamente adornada, tres de aquéllos le asesinan para robar brillantes y rubíes: así comprendieron el Evangelio nuevo, entendiendo que su *derecho* al bienestar era lo primero y los desligaba de toda obligación moral; en vez de emanciparlos la enseñanza de Gabriel, los ha precipitado al crimen...

Este Gabriel Luna, á pesar de la imprudencia que paga con su vida, sería un personaje eminentemente simpático si—como lo habéis adivinado—fuese menos elocuente. Gabriel Luna nos expone con una fogosidad, con una verbosidad, con una ciencia imperturbable, y siempre iguales á sí mismas, la historia de la catedral de Toledo, la de los arzobispos y hasta la del Reino de España; diserta sobre la música, el comunismo, la política, la economía social; esboza conferencias de cosmografía, una declaración de fe panteísta. Sus lucubraciones son ingeniosas, brillantes, elocuentes, pero son muy á menudo de una vulgaridad satisfecha; convenid en que no era indispensable infligírnoslas todas ellas... Pero Gabriel Luna parece no ser frecuentemente sino el portavoz de Blasco Ibáñez, y recordamos que Blasco Ibáñez es ó fué diputado: ¿elocuencia electoral? Sacaríase de todos estos discursos un resumen de anticlericalismo rancio en sus violencias y su moderación, que sin duda seduciría á los liberales de ultra-Pirineos...

Y tal vez convendrá estudiar algún día en Blasco Ibáñez al político; alabaríanse sus intenciones si no fuese evidente que el político perjudica al artista. *La Catedral* lo probaría si se estuviera en el caso de dudarlo. Deseemos más bien que se nos presente un nuevo motivo de trabar un conocimiento más amplio con el artista, el artista solo.

MEMORIAS DE UN HUÉRFANO

CUARTA PARTE

(CONCLUSIÓN)

Aquella fantástica imaginación, aquella loca de la casa que tantas veces me había extraviado, recobraba sus dominios; de nuevo me arrebataba á las regiones quiméricas. Pero en un instante me vi forzado á volver á las perspectivas de una realidad cruel: Blanca, la delicada Blanquita, presa de la fiebre escarlatina; su madre, atacada por la misma enfermedad después de haber cuidado á la niña durante varios días sin descanso; nuestra asistenta, huyendo asustada y declarando que á ningún precio querría subir nuestra escalera; nuestros vecinos, espantados por estos rumores, alejándose de mí como de un apestado y preguntándose si por motivos de salubridad pública no sería urgente llevarnos á un hospital. Un mozo de cuerda que ha oído á la frutera, á la portera y á las otras comadres del barrio hablar de las fiebres contagiosas, creyó hacer un acto de valor al ofrecerme sus servicios. Los pobres aman á la vida tanto como los ricos, y algunas veces más. Si se les ocurre llamar á la muerte en un momento de desesperación, en cuanto la ven aparecer, como el leñador de La Fontaine, se apresuran á pedir gracia.

Fuí á una casa en la que no se teme á la muerte, en donde se la desafía con heroica sencillez por piedad hacia el prójimo. Fuí al convento de Nuestra Señora del Buen Socorro á in-

vocar la asistencia de una de aquellas religiosas, de una de esas santas mujeres que se han desposado con la pobreza, con el sufrimiento humano. No saben ellas nada de las alegrías del mundo, no ven sino sus lágrimas y no oyen sino sus suspiros. Allí en donde algún sér doliente las reclama, acuden á rezar y trabajar: ¡nobles hijas de la caridad, humildes siervas del dolor!

Una de ellas, llamada Catalina, volvió conmigo. Estaba pálida y parecía fatigada. Acababa de realizar el día anterior una tarea penosa. Pero estas almas consagradas á las obras de beneficencia no quieren descansar en este mundo. Como el valiente Arnaud, piensan que tienen, para descansar, la eternidad entera.

Al llegar á mi casa sor Catalina se acercó á las dos enfermas, las contempló con una dulce expresión de piedad, vió en seguida lo que había de hacerse con una y otra, y se puso á la tarea.

Fuí también á buscar á los médicos más sabios, más ilustres. Llegaron sucesivamente, examinaron de prisa á mi pobre Clara y á mi pobre Blanca, dirigiéndome algunas breves preguntas. Observé con mortal ansiedad sus rostros; busqué en sus ojos, en sus gestos, un indicio de esperanza. ¡Oh Dios! ¡si pudieran decirme solamente una palabra, una sola palabra que me tranquilizase!... Todo lo que tenía, todo lo que pudiera tener un día, daríalo por semejante consuelo, toda mi vida por salvar á aquella amada mujer y á aquella querida niña. Pero nada; los médicos conservaron una expresión severa, no quisieron decir nada concreto, y se limitaron á hablar de la influencia de un aire demasiado concentrado en una habitación demasiado estrecha, y estas palabras añadieron á la intensidad de mi angustia el aguijón del remordimiento. Yo, por mi necedad, había despojado á aquellas dos criaturas de la fortuna que necesitaban. Yo las había privado de las amplias habitaciones en las que respiraban un aire sano, para obligarlas á vivir en una casa insalubre; yo las había reducido á no tener

para su servicio sino una estúpida asistenta en vez de los excelentes criados que no las hubieran abandonado al verlas enfermas. No, sin duda yo no había expiado aún mi vanidad y mis errores; pero juré muy sinceramente que, si por bondad del cielo me vivían Blanca y Clara, no me dejaría arrastrar de nuevo por ninguna vana fantasía, no volvería á pensar sino en proporcionarles una existencia mejor y marcharía con paso firme y resuelto por el camino del deber.

Gracias á la actividad y á la inteligencia de su admirable enfermera, Clara y Blanca recobraron algunas fuerzas. Los médicos se atrevieron por fin á declarar que estaban fuera de peligro; pero su estado exigía aún asiduos cuidados, y la pobre hermana estaba exhausta. Quería continuar estando en pie durante todo el día, seguir velando de noche; y sus fuerzas no son ya proporcionadas á su voluntad, sus movimientos no tienen ya la misma firmeza, y á menudo cae en una silla y se duerme con profundo sueño.

La dije que sentiría que se fuera, pero que, sin embargo, tal vez fuera necesario que se marchara á descansar en su convento.

—En nuestro convento—me contestó—no somos, desgraciadamente, bastantes para atender á todas las solicitudes que se nos dirigen. Si me voy, la superiora no podrá quizás proporcionar á ustedes otra religiosa que me reemplace, y la señora y la niña, que han sido tan dulces y tan pacientes, tienen todavía necesidad de asistencia, y no me parece que ha terminado aún mi misión en esta casa.

No tuve que objetar nada á este razonamiento, y lo que pensé fué en buscar alguna buena mujer á quien la hermana Catalina pudiera dar instrucciones y confiar una parte de los quehaceres.

Una mañana, mientras que me preguntaba á quién podría recurrir para procurarme una persona de confianza, escuché de pronto en la escalera una voz que me pareció reconocer.

—¿El señor Max Nerbier?—dijo aquella voz.

—Ahí es—contestó uno de mis vecinos.

—¿Está en casa?

—Probablemente. Llame usted.

Llamaron y fuí á abrir.

Una mujer corpulenta, envuelta en un fuerte abrigo y con una maleta en la mano, entró muy sofocada.

—¡Genoveva! ¿Es posible? ¡mi buena Genoveva!

—Sí—contestó ella;—Genoveva, que no hubiera debido acordarse de usted, ya que usted no se ha acordado de ella, á pesar de haber sido tan desgraciado.

—¡Cómo! ¿Por dónde ha sabido usted...?

—Por Marcelino, el hijo del tío Francisco, que ha vuelto al pueblo. Como me dijeron que había estado al servicio de usted, quise verle... Y me lo contó todo... el pobre muchacho estaba muy apenado y echaba pestes contra el que le robó á usted. ¡Ese desdichado Vernois! Su padre, al que conocimos tan orgulloso, es ahora muy digno de lástima. Apenas le queda nada, y tiene una enfermedad negra en el alma. Marcelino juraba también contra el señor Chamblay, que para nada se cuidaba de su sobrina ni de usted. Y á mí, la verdad, cuando supe todo esto, se me ocurrió que tal vez podría servirle de alguna cosa; hice mi lío, me fuí á pie á Morez á tomar el coche del tío Simón, que me llevó á la diligencia de Sous-Sannier, la cual me ha traído aquí. Los del pueblo me decían que estaba loca por querer venir, y que no sabía lo largo que es el camino de París. Cierto que es largo y que este pueblo no es bonito, como Besanzon, y no es agradable. ¡Qué ruido! ¡cuánta gente y cuántos coches! Pero es igual: aquí estoy, y, para decir la verdad, hubiera sentido morirme sin volver á ver á usted. ¡Cuando pienso que le he conocido tan pequeño y que se ponía usted tan contento cuando le hacía saltar sobre mis rodillas!... Vaya, abráceme.

Y diciendo esto, Genoveva, cuya ingenua charla escuchaba yo sin atreverme á interrumpirla, me dió un par de besos, y mirándome detenidamente me dijo:

—Está usted muy pálido; antes parecía usted una manzana... Las penas, sin duda... También á su señora, que es tan bonita, según me han dicho, la vi correr de niña con usted por los prados de la Doye. ¿Cómo está ahora?

—Ha estado en grave peligro, y todavía está en cama, así como nuestra hijita.

—¡Dios mío! ¿Y quién las cuida?

—Una monja.

—¿Una monja? Las monjas son muy buenas, pero no entienden nada de arreglar una cama y preparar un caldo. Voy á ponerme á trabajar.

—Gracias, mi buena Genoveva. ¡Qué servicio me presta usted! Me parece que la misma Providencia es la que en estos momentos la envía á usted á mi lado.

—Bueno, está bien. Aquí me quedo. Dígame un rincón en el que pueda poner mi abrigo, mi manteleta y mi cofia, porque he traído para el viaje lo mejor que tengo. Pero antes, tome, guarde eso. Es el dinero que me dió usted de la herencia de su abuela, que de Dios goce. ¡Pobre señora! Yo no sabía qué hacer de ese dinero. Me aconsejaban que lo pusiera en casa del notario Nenni. Esto no me parecía seguro. No hace mucho tiempo que se escapó un notario con un dinero que no era suyo. Escondí el mío en un granero. Me alegro mucho ahora de haberlo conservado.

Mientras que así hablaba, Genoveva sacó de su maleta una tosca funda de tela, y añadió:

—Aquí tiene usted todo lo que me dió, excepto algunas monedas de cien suses.

—Guárdelo en el cuarto que le voy á decir y que será el suyo.

—No. No conozco París, y no me fío. Me han asegurado que sus calles están llenas de rateros. No estaría tranquila si tuviera yo ese dinero. Guárdelo usted, y haga de él lo que se le antoje. Después, cuando quiera, haremos cuentas.

La delicada intención de Genoveva estaba demasiado

clara para que me fuese posible no reconocerla. La digna mujer se había enterado de mi ruina; pensaba que tendría necesidad de dinero y me traía cuanto poseía: si rechazaba yo su proposición, la heriría dolorosamente. Me decidí, pues, á recibir su dinero en depósito. Le enseñé cerca de la cocina un cuarto que podía ocupar, y fuí á anunciar á Clara y sor Catalina la inesperada llegada de una excelente auxiliar.

No tardó Genoveva en familiarizarse con el barullo que la asustara en las calles de París, y á encontrarse en su nueva residencia tan á sus anchas como si en ella hubiera pasado muchos años. Aunque ya no era joven, conservaba su antigua actividad y un fondo de buen humor que le hacía todo fácil. Se conquistó la confianza absoluta de Clara; divertía y alegraba á Blanca; y sor Catalina, después de haberla visto en el trabajo durante una semana, nos dijo:

—Ahora puedo dejarles sin temor: se quedan con una excelente mujer.

Y se fué la amable religiosa. Con la módica cantidad que se le entregó para su convento, pidió solamente llevarse los restos de las medicinas que quedaban todavía en nuestra mesa, y que, por fortuna, ya nos eran inútiles. Su comunidad las daría á quienes, necesitándolas, careciesen de medios para adquirirlas. De las enfermedades de los ricos, la ingeniosa caridad obtiene así un alivio para las enfermedades de los pobres.

Sor Catalina y Genoveva ayudaron más que los médicos al restablecimiento de mis queridas enfermas. La amistad de Guillermo no les fué menos propicia. Guillermo supo por casualidad mis desastres, y al punto acudió á mi lado.

Al volvernos á ver experimentamos ambos la misma emoción, y sin explicación alguna nos tendimos cordialmente la mano. Guillermo me expresó solamente dos quejas afectuosas.

—Siento—me dijo—que no acudieras á mí cuando ese tunante de Vernois te engañó tan miserablemente. Tal vez hubiese podido perseguirle y hacerle restituir una parte de lo robado. Siento también que no hayamos sabido la enfermedad de

tu mujer y tu hija. Mi mujer hubiese venido á verlas y hubiera podido serles útil. Sin embargo, todavía es tiempo ahora, puesto que están en la convalecencia. Para que se restablezcan completa y prontamente hay que llevarlas al campo. Nos encontramos en el buen tiempo, y puedo precisamente ofreceros una casa muy agradable: la casa de mis suegros, que se van mañana para hacer un viaje de algunas semanas. Hoy mismo les diré que vais á ocupar su casa durante su ausencia. No me digas que temes ocasionarnos alguna molestia, ó ser indiscreto, ó cualquiera cosa por el estilo. Estas son frases de cumplido de las que yo no entiendo nada. Queda decidido que pasado mañana llegarás por la diligencia con tu mujer, tu hija y esa buena Genoveva, á la que me he alegrado mucho encontrar aquí. Tú conoces la casa: allí se celebró nuestra boda. Te esperamos á comer; no faltes. Adiós; te dejo, porque tengo mucho que hacer.

¡Qué bien nos recibieron en Bougival! ¡Qué contenta se puso mi querida Clara al volverse á encontrar allí, como en su infancia, en pleno campo; al abrir su ventana frente á un delicioso paisaje; al sentarse por la mañana á los rayos de ese buen sol, al que los provenzales llaman la chimenea del rey Renato; al respirar el aire aromático de la llanura y de los bosques; al sentir renacer su vida y aumentar sus fuerzas día por día!

Y no era esto todo. Guillermó tenía un hijo de alguna más edad que Blanca; un niño hermoso é inteligente, vivo, cariñoso, alegre, y con razón alegre. Poseía una cabra de sedosa lana, sin una mancha, á la que llamaba Nieve; una perra negra, á la que llama Negrita, y una ardilla encerrada en una jaula, á la que llama Lista.

Y el hijo de Guillermo llevaba el nombre famoso de Alejandro. A pesar de todo esto, no era orgulloso. No, al contrario; era afable como los verdaderos grandes señores, modesto como los hombres realmente superiores, muy sensible á una muestra de afección y muy dispuesto á querer á los demás.

Simpatizó con Blanca, y se complacía en hacerla disfrutar de sus tesoros...

Blanca iba blandamente acomodada en un cochecillo, y el bueno de Alejandro disputaba á Genoveva el placer de llevarla. Yo daba el brazo á Clara, rogándola que se apoyase bien en él. Todo en nosotros corresponde á las arterias de nuestro corazón, y me parecía que nuestros dos corazones se unían por la mano que le presentaba, y por la suya al apoyarse en la mía. Ibamos así por los agrestes senderos del valle y de la colina, hasta los bosques de castaños que rodean la aristocrática posesión de la Jonchère, hasta los matorrales que decoran la meseta de la Celle-Saint-Cloud.

Dícese en las montañas del Franco Condado que el aroma de los pinos refresca los corazones débiles y dolientes. Pero yo no puedo atribuir exclusivamente este poder saludable á los bosques balsámicos de mi país natal. Los que aman la naturaleza encuentran en todas partes las benéficas influencias de sus perfumes, de sus armonías, de su calma solemne. La naturaleza es el tabernáculo de Dios, una de las imágenes de su grandeza, una de las obras de su bondad, y, en todas las circunstancias, uno de los mejores refugios del hombre.

Volvíamos á la casa, y terminábamos, en dulces ensueños ó grata conversación, el hermoso día con nuestros amigos.

«Los días hermosos — ha dicho Mme. de Krüdner — son como otras tantas fiestas dadas en el mundo; pero el final de un día hermoso, como el final de una vida, tiene algo conmovedor é imponente; es un marco al que van á colocarse los recuerdos, y en el que todo lo que concierne á los afectos parece más vivo, como parecen más calientes los tonos en la puesta del sol.»

*
* *

La enfermedad de Blanca y de Clara me había aterrado. Su convalecencia no me daba una completa seguridad. Al verlas por fin tan bien curadas, me sentí como tonificado y dotado de una nueva confianza y de una enérgica resolución. Me

pareció que había sufrido mi última prueba, que en adelante podía sin temor seguir mi camino.

Desde nuestro regreso á París me puse con ardor á la obra. Esta vez el señor Pletimer quedó contento de mis grabados; tan contento, que, sin que se me ocurriera pedirlo, él mismo aumentó liberalmente el precio que habíamos convenido para cada uno de mis trabajos. Otros editores quisieron también obtener mi colaboración. Tuve tanta obra como podía hacer, y en las mejores condiciones.

El buen éxito que alcancé con mis grabados me animó á componer dibujos originales. Este era también el deseo de Clara, que pretendía que yo tenía suficientes ideas para limitarme perpetuamente á no ser sino el humilde reproductor de las ideas ajenas. Mostré mis primeros ensayos á Mermot, quien, después de haber sido mi leal consejero, seguía siendo mi amigo, y al señor Pletimer, que unía á una benevolencia natural un juicio muy claro. Ambos me animaron vivamente á continuar. Púseme entonces á ilustrar un viaje por comarcas que seducían á mi imaginación, después una historia de Francia, luego una Biblia. Una tras otra, estas tres obras me dieron una honrosa reputación. El público se aficionó á mis paisajes, á mis grupos de figuras, y los libreros ofrecían con seguridad á sus parroquianos un libro en cuya portada se leyeran estas palabras impresas en caracteres salientes: *Ilustrado por M. Max Nerbier*.

Clara me asistía fielmente en estas nuevas empresas. Decíale mis concepciones. Unas veces las aprobaba sin reservas. Otras veces me invitaba á modificarlas, y en ocasiones también á rechazarlas despiadadamente. Cuando trataba yo de defenderlas, después de haber argumentado y discutido en grande, mientras que ella me explicaba tranquila y modestamente su idea, concluía por reconocer que estaba ella en lo cierto, y que lo mejor era someterme á su parecer.

Su parecer era que hiciera yo algo para las exposiciones, y también en esto tenía razón. A la verdad, en ese gran paleu-

que de los artistas, los sueños de gloria, á los que me abandoné un tiempo en ciertos momentos, no se han realizado. Mi nombre no ha sido enaltecido por la prensa, ni aclamado por la multitud.

Mis cuadros, sin embargo, no pasaron inadvertidos. Llamaron la atención de más de un aficionado, y me proporcionaron numerosas simpatías.

Así transcurrieron algunos años, años serios y dulces, años benditos. La consideración adquirida por el trabajo; la paz de la conciencia por el cumplimiento del deber; la alegría del corazón por el cariño; en fin, la satisfacción de haber procurado á Clara por mi labor, si no la fortuna, al menos un digno bienestar: ¿qué más podía apetecer?

Mientras que yo daba gracias á Dios por mi felicidad, vivía aún, en una calle próxima á la nuestra, un hombre que voluntariamente ha alejado de él los dos elementos esenciales de la dicha: la confianza y la ternura. Era el señor Chamblay.

No le habíamos vuelto á ver desde el día en que nos cerró terminantemente las puertas de su casa; y como tampoco habíamos vuelto á tener noticias suyas, teníamos motivos para suponer que vivía más retirado, más salvaje que nunca.

Una mañana encontré á Claudio, su antiguo criado, que tan adicto le era. Se me acercó y me dijo:

—Iba á ir á su casa para decirle que desde hace algún tiempo mi señor está muy enfermo.

—¿Muy enfermo? Espero que no habrá peligro.

—¡Hum! Está muy débil, y cada día se debilita más. Lo raro también es que ya no se enfada, él que tan arrebatado era, y que le soltaba á uno alguna fresca antes que da otro los buenos días. Está triste, abatido, y se deja manejar como una criatura. Ultimamente se puso á hablar de su sobrina; hablaba de ella en tono doliente y enternecido, como si la echara de menos. Entonces le pregunté si quería que fuese á buscarla, y me contestó bruscamente que no; pero creo que la señorita haría bien en ir á verle, y esto es lo que quería decir á usted.

—Gracias. Daré cuenta á mi mujer de las buenas intenciones de usted, y no dudo de que las aprovechará.

—¡Pobre tío!—exclamó Clara cuando le conté mi entrevista con Claudio.—Fué muy duro con nosotros cuando nos casamos, es verdad; pero sufre, y es digno de lástima. Vamos á verle, Max; vamos en seguida.

Diciendo esto, se puso el abrigo y el sombrero, y salimos.

Claudio se alegró mucho al vernos. Sin embargo, me invitó á que me quedase por de pronto en una habitación contigua á la del señor Chamblay, y dejase que primeramente entrase sola Clara. También á mí me pareció esto más prudente, y desde el sitio en que me quedé podía ver, por la puerta entreabierta, lo que pasaba en el cuarto del anciano.

Estaba sentado ó, más bien, medio echado en un sillón, con la cabeza apoyada en una almohada, las manos extendidas sobre las rodillas, las mejillas pálidas y hundidas, los ojos semientornados. Seguramente estaba muy enfermo.

Al oir el roce del traje de Clara, hizo un ligero movimiento y preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Soy yo, tío—contestó ella dulcemente.

—¡Ah! ¿Eres tú?—exclamó él con voz todavía sonora y con su antigua expresión sardónica.—Sin duda te has enterado de que me encontraba mal, y has querido ver por ti misma si podrás entrar pronto en posesión de mi herencia.

—¡Oh, tío!

—Estás equivocada: te dije y te repito que cuando muera no percibirás absolutamente nada.

—Querido tío, también yo le he dicho y le repito que no pido ni deseo nada; no ambiciono nada de su fortuna. He sabido, en efecto, que estaba usted enfermo, y he creído que en estas circunstancias podía venir á su casa para ofrecerle mis servicios.

—¿Cómo? ¿Lo has hecho sencillamente por propio impulso, sin otra idea, sin ningún motivo de interés?

—Sí; he venido por deber, por afección. ¿No es esto bastante?

—Acércate. Es singular: un sér humano que puede dar un testimonio de afección, sin ninguna razón secreta de interés.

Clara, que hasta entonces había permanecido tímidamente á algunos pasos de distancia, obedeció á su invitación. Él la miró fijamente, y le dijo:

—Tu cara parece anunciar que no mientes. ¡Es singular, una mujer que no miente! Pero no, me engaño. Shakespeare, el poeta más grande, el más profundo escrutador de la naturaleza humana, Shakespeare lo ha dicho: *Woman, thy name is frailty*. Y yo he conocido mujeres que mentían con la fisonomía más abierta y la más dulce sonrisa: las unas, por una vil cuestión de dinero; las otras, por un indigno proyecto ó una vana coquetería; algunas, sencillamente por el placer de mentir. Conocí una que tenía ojos azules, límpidos, luminosos y, en apariencia, inocentes como los de un niño, y que mentía descaradamente el amor más abnegado. No; cuando pienso en las torturas que he sufrido por mis locas ilusiones, toda la sangre que todavía queda en mi viejo corazón gastado se subleva: no; yo he sido demasiado cruelmente engañado; no quiero serlo más ni por un simulacro de afección, ni por un testimonio de piedad. Retírate, Clara, y déjame concluir mi existencia solo, como el ciervo que huye al fondo de los bosques, llevándose el venablo que le penetró en el pecho, y muere, derramando sus últimas lágrimas, lejos del cazador que le hirió.

—¡Oh querido tío!—replicó Clara;—no me hable usted así, se lo ruego, y no me atribuya una astucia que no puedo tener. Usted es el hermano de mi madre, el único pariente que me queda. Me acogió usted bajo su tutela cuando me quedé huérfana. ¿Qué más se necesita para que considere un deber el acudir á su lado al saberle enfermo, y el tratar, si puedo, de serle útil?

—Siéntate ahí—dijo el señor Chamblay, indicándole una silla al lado de su sillón.—¿Has perdido tu fortuna?

—Sí.

—¿Completamente?

—Sí.

—Y nunca recobrarás nada de ella. Ese miserable Vernois tampoco tiene ya nada. Por eso han renunciado sus acreedores á pedir su extradición. Después de haber corrido de un lado á otro de Alemania con esa supuesta baronesa, que se burlaba de él y que no trataba sino de arrebatarle su último escudo, un día se encontró solo, sin apoyo, sin recursos, y últimamente he sabido que había llegado á servir como ayuda de cámara en casa de un funcionario prusiano. Tu marido estuvo muy ciego.

—Fué víctima de su buena fe.

—Y ahora ¿tendréis necesidad de dinero?

—De ningún modo.

—¿Cómo así?

—Mi marido gana con su trabajo más de lo que necesitamos. Si pudiera usted ver lo bonita y alegre que está nuestra casa, se alegraría mucho, y también Genoveva podría decirle si hay alguien en el barrio que tenga mejor fama que nosotros.

—¿De modo que sois felices?

—Muy felices.

—¿No te has arrepentido nunca de haberte casado con el señor Nerbier?

—Ni por un instante.

—¿Tienes una niña?

—Sí, una niñita buenísima y monísima. Si me hubiese atrevido, se la hubiera traído.

—¡Ah! Hubo un tiempo en que me gustaban los niños.

—Espero que le gustará á usted mi Blanquita. ¿Me permite usted que vuelva con ella y con mi marido?

—Tu marido debe odiarme: le traté muy mal.

—Jamás ha entrado un pensamiento de odio en su corazón. Créame usted, querido tío. Si hay, como usted dice, mujeres que mienten, son más todavía las que no pueden mentir.

—Pero ¿y cuando sepa tu marido que he tomado todas las disposiciones necesarias para que no recibáis nada de mi herencia?

—No le sorprenderá esa resolución, puesto que ya nos lo anunció usted, y no se apenará por ello. No hay mejor fortuna para él que la que se crea por su labor asidua, por su talento y también por los hábitos de orden de la sobrina de usted. Si supiera usted lo tranquila y regular, sin monotonía, que es nuestra vida... Por la mañana, Max entra en su estudio y comienza su tarea. Yo voy allí en cuanto me lo permiten los quehaceres de la casa. Me siento frente á él, ilumino estampas, dibujo, doy lecciones á Blanca. Pasamos así la mayor parte del día, trabajando juntos. Por la tarde salimos de paseo ó leemos. Y los domingos, si hace buen tiempo, vamos á ver á nuestro amigo Guillermo á Bougival.

—Guillermo... ¿No es aquel obrero que invitó á tu marido á su boda?

—Precisamente.

—¿Es feliz también?

—Sin duda alguna.

—¿De suerte que hay realmente hombres á los que no se engaña y que son felices?

—Ciertamente. Si quiere usted ver uno, permítame que le traiga á mi marido.

—Más adelante. No digo que no. Os avisaré por Claudio cuando pueda recibiros... Ahora es menester que me dejes... Estoy fatigado... Necesito quedarme solo y descansar.

Estaba, en efecto, fatigado de hablar.

—Antes de irme—dijo Clara,—¿no puedo hacer algo por usted: preparar una de sus pociones ó ayudarle á ponerse más cómodamente en la butaca?

—No. Gracias. Eso es incumbencia de Claudio. Adiós. Déjame.

Dijo esto en tono brusco, como si la insistencia de su sobrina le impacientase, y dejó caer la cabeza en la almohada.

Nos retiramos.

Pasaron dos, tres días. No vino Claudio. Clara, inquieta, quería volver á casa de su tío. Le hice observar que corría el riesgo de irritarle si no se sometía por completo á sus mandatos.

Por fin, al cuarto día se presentó Claudio.

—Vengan los tres—dijo,—y lo más pronto posible.

—¿Cómo está?—preguntó Clara.

—Mal anteayer, y ayer estaba mejor. Él mismo lo reconoció. Estuvo examinando unos papeles que por orden suya fuí á buscar á casa de su secretario, hizo cifras y escribió no sé qué. Después tuvo un momento de buen humor, como si acabara de quitarse un cuidado. Hasta me dijo que en cuanto recobrase un poco de fuerzas haría conmigo un viaje á Suiza y que al atravesar el Jura se detendría en mi pueblo. Esta mañana se encuentra más débil que nunca, y el médico, al dejarle, se mostraba muy inquieto.

—¿Le cuida usted bien?—dijo Clara.

—Como usted sabe, á menudo es un poco rudo y violento. A menudo también me enfado yo y le replico. Soy como un perro viejo que enseña los dientes cuando le fastidian. Eso es lo que soy para el señor Chamblay. Pero cuando necesita de su feo montañés (así es como me llama algunas veces), cuando está preocupado ó enfermo, puede contar conmigo, porque le soy realmente afecto. Ha tenido pesares. Eso es lo que le ha hecho tan duro... En el fondo no es tan malo como parece. Si muere antes que yo, ya no tendré otro amo. Me ha asegurado una rentita, con la que iré á concluir mis días en mi país, y mandaré decir misas por el descanso de su alma.

Mientras que nos hablaba así el bueno de Claudio, Clara vestía apresuradamente á Blanquita, sintiendo el no poder en-

galanarla como quisiera. Le arregló, sin embargo, su pelillo rubio con maternal coquetería; le puso una cinta azul en la cabeza y otra de igual color al cuello con una crucecita colgando. Luego la recomendó que fuese muy buena con el tío, que estaba enfermito el pobre.

El señor Chamblay estaba, como ya lo habíamos visto, sentado en su sillón, pero evidentemente más débil todavía que en nuestra primera visita. Nos indicó con la cabeza que nos acercásemos, y nos miró á uno tras otro con expresión melancólica. Después tomó la mano de Blanca y quiso atraérsela. La pequeña se resistió al principio. Aquel anciano desconocido, con su cara amarilla y macilenta y su larga barba, la asustaba. Pero su madre la besó y la animó. El señor Chamblay la hizo sentar en sus rodillas, la contempló en silencio, la acarició sus lindos rizos y terminó por estrecharla entre sus brazos.

Entonces, de sus pupilas secas dos lágrimas cayeron lentamente y se deslizaron á lo largo de sus mejillas, sobre aquellas arrugas sinuosas, como dos gotas de agua por las asperezas de una roca.

¡Lágrimas del corazón, lágrimas felices, signos de amor y de arrepentimiento!...

—¡Ah!—dijo;—me he burlado á menudo de lo que llamaba la locura ó la necedad de la extrema credulidad. Pero hay algo peor que creer en todo: es el no creer en nada.

Hizo una pausa, y añadió:

—El mundo es, sin embargo, malo; y vivimos en una época en la que se puede repetir con más justicia que nunca las palabras de Goetz de Berliclingen: «Cerrad vuestros corazones con más cuidado que vuestras puertas; porque he aquí llegado el tiempo en que los malos reinarán por la astucia, y en que los buenos caerán en las redes del engaño». Esto es verdad, y sin embargo hay plantas saludables en las marismas malsanas y justos en la perversidad de Israel.

Desde aquel momento el anciano se nos mostró otro hombre completamente distinto del que habíamos conocido.

Antes tan acerbo y tan arrebatado, se convirtió en dulce y paciente. Hablaba poco, pero parecía contento de vernos, é íbamos á su casa todos los días. Clara le cuidaba con delicada solicitud. Blanca le había perdido el miedo. Se le acercaba en cuanto entraba, le besaba, y él sentía una verdadera satisfacción cuando la tenía á su lado. A veces, hasta se divertía y jugaba con ella como un niño. No olvidaba, sin embargo, la gravedad de su estado; pero no le afligía. Si Clara le decía en ocasiones que esperaba verle recobrar las fuerzas poco á poco, sonreía con la expresión de un hombre que sabe á qué atenerse, que no quiere precipitarse al encuentro de la muerte y que, al mismo tiempo, no se cuida de prolongar su existencia.

«Hay que aprender de la vida á sufrir la vida», ha dicho un filósofo que no hacía profesión de componer cánticos para la Sociedad de la Tumba.

En efecto, en todas las diversas escuelas en que entremos, según nuestros diversos destinos, en la del rico ó en la del pobre, en la de los salones de la alta sociedad ó en la del obscuro taller, todos debemos aprender esa austera lección de la vida. Pero puede llegar un día en que sea aquélla tan penosa ó tan enojosa que no sienta uno concluir con ella.

El anciano mismo reclamó la asistencia de un sacerdote y cumplió muy piadosamente con sus deberes de cristiano. Después le vimos gradualmente marchitarse, deperecer, triste, pero tranquilo.

Al final de un día de tempestad aparece á menudo un crepúsculo nebuloso todavía, pero apacible y, en ciertos puntos, impregnado de luz.

Así se nos mostró el final de aquella existencia atormentada.

Una tarde dijo á Clara al entregarle una carta cerrada:

—La leerás cuando yo haya muerto.

Al día siguiente podíamos leer su carta, que estaba concebida en estos términos:

«Querida Clara: Ante el temor de que me engañaras, te

engañé yo. Tenía miedo de que vinieses á mí por un motivo de interés, y te dije que había dispuesto de toda mi fortuna. Cierto es que así lo pensé hacer cuando te casaste. Gracias á Dios, mi indigna resolución no se ha realizado sino en parte. Me quedan doscientos mil francos, que te lego con mi mobiliario, además de los títulos de una renta de mil francos que doy á Blanca para su dote de boda. En mi mesa de despacho hay un estuche con un collar de perlas que perteneció á mi madre. Los guardarás para tu hijita. En la cabecera de mi cama cuelga mi reloj de oro de Breguet. Deseo que le guste á tu marido, con el que fuí cruel.

»¡En qué fatal error de orgullo y de egoísmo he envejecido! ¡Qué tesoros de afección he perdido! A menudo pienso en esto cuando te veo entrar con tu rostro franco y simpático en mi cuarto, cuando Blanca llega con su inocente sonrisa á sentarse en mis rodillas, y entonces me encuentro avergonzado y dolorosamente arrepentido. ¡Ah! Si pudiese rescatar el pasado ó si se me concediera permanecer algunos años todavía en este mundo... Pero no... mis fuerzas están agotadas... mi vida se acaba, y tú, Clara, á quien tan injustamente alejé de mí, endulzas mis últimas horas.

»Que Dios te recompense por tu generosidad y tu virtud.

»Yo no puedo hacer otra cosa que darte gracias por el bien que me has hecho con tu excelente marido, con tu angelical niña, que ya se te parece, y rogar á Dios que os bendiga...»

*
* *

Leímos esta carta con grave emoción, y Clara lloró más de una vez al hablar de su desgraciado tío, que tánto sufrió, decía ella, y que tan excelente fué en sus últimos días.

Acompañamos al pobre anciano á su última morada. Cumplimos religiosamente todos los deseos expresados en su testamento, y al tomar posesión de la inesperada fortuna que nos dejaba, nos propusimos no cambiar nada en nuestras costum-

bres; vivir como en el pasado nuestra dichosa vida de orden y de trabajo.

Pero como yo no podía dejar de soñar, urdí dos sueños con Clara.

El primero era casar algún día á nuestra querida Blanca con el hijo de nuestro amigo Guillermo, si, como todo lo parecía indicar, aquel muchacho permanecía fiel á las lecciones y al ejemplo que le daba su padre.

El segundo es volver, después de casada nuestra hija, á la Doye; comprar, no la suntuosa morada del señor Miery, que se nos antojaba harto pomposa, sino la humilde casita de mi abuela, el jardín, el campo en que por providencial destino Clara y yo nos encontramos cuando niños, y vivir allí con un dulce acuerdo y terminar tranquilamente nuestros días.

Así es como á veces, un poco tarde, el que seriamente lo ha buscado, llega á encontrar en la tierra su apacible retiro, su cuartito silencioso, en el que enciende su lámpara, y en el que se hace un rincón cómodo para la noche, en espera de la hora solemne.

X. MARMIER
De la Academia Francesa.

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

EL RETRATO DE FRAGA

Desde que estalló el levantamiento de Cataluña (9 Junio 1640) se había hecho público el deseo de que el rey fuera en persona al lugar de la guerra para dar impulso á las operaciones con su presencia. Él mismo lo quería. Desde la batalla de San Quintín no había entrado en campaña ningún rey español. La miseria de la destrozada monarquía; las burlas de los que le comparaban con su cuñado Luis XIII ó con los heroicos príncipes del siglo; las alusiones del púlpito y de la escena (1); el clamoreo tumultuoso del pueblo, que consideraba su partida de Madrid como postrera tabla de salvación; todas estas excitaciones movieron su vacilante voluntad, determinándola á aquel viaje que el pesimismo consideraba como su ruina. Entre el júbilo de la apiñada multitud que le vitoreaba y que hasta el último momento no creyó en su partida, salió, el sábado 26 de Abril de 1642, en un carruaje de seis mulas y con extraordinario séquito, del Buen Retiro. Al recibir el saludo de los soldados (la mayor parte veteranos), sintió que aquello era otra cosa muy distinta que contestar á los memoriales

(1) El soldado valiente á la vista de su rey. CALDERÓN: *La exaltación de la cruz*, III. El pueblo exclamaba cuando se disponía á cazar lobos: *Señor, cazad* franceses, que son los lobos que tenemos.

con un *Miraremos* y poner al pie de las consultas *Yo el Rey*. Escribió á la reina que aquel había sido el momento más feliz de su vida.

Al principio las esperanzas se mostraron defraudadas. Su tutor le siguió y supo encerrarle en Zaragoza, donde la agitación de la corte comenzó de nuevo con un «sin fin de gastos». El rey no se ocupaba de su ejército, en tanto que Lamotte entraba en Barcelona y el grito de *España se pierde* llegaba á sus oídos. Cuando Perpiñán con el Rosellón se perdió para siempre, lloró con Olivares, el cual, al llegar la mala nueva, le pidió permiso para tirarse por la ventana. Cuando más tarde cayó de veras, el rey pretendió dar un impulso por sí propio. «Sólo en un punto, decía en el Consejo de Estado (Enero 1643), os declaro que me opondré á vuestra resistencia; es á saber: en mi decisión de salir al campo y ser el primero en el peligro, exponiendo mi vida y vertiendo mi sangre por el bien de mis vasallos, para hacer que renazcan sus antiguas energías, tan agotadas por los acontecimientos de este año» (1).

En este viaje á Aragón le acompañaba su pintor. Ya se empleaba entonces á los artistas en la guerra para dibujar los sitios y las batallas. Cristóbal García pintó en el año 1642 la fortaleza de Cuenca; Mazo, el castillo de Pamplona. En 1643 fué enviado el aragonés Jusepe á Monzón, recientemente recuperado, para copiar las obras de sitio. A este escritor debemos algunas noticias sóbre las ocupaciones de Velázquez por aquel tiempo. «Un caballero de Zaragoza le rogó que hiciese un retrato de su querida y encantadora hija. El pintor accedió gustoso, y puso manos á la obra con mucha voluntad, lo que dió por resultado un magnífico retrato, que, por decirlo en una palabra, era digno de los suyos. Para terminar la cabeza (era una media figura) se lo llevó á casa con objeto de no fatigar demasiado á la dama. Pero al entregarlo, la niña declaró que no lo aceptaría á ningún precio. Como el padre la preguntase que por qué,

(1) Memorial Histórico, XVI, 27 Enero 1643.

ella contestó que le disgustaba *en todo,* pero especialmente porque la valona que ella llevaba puesta estaba guarnecida de más fino encaje flamenco.» Martínez aprovechó la ocasión para adquirir el título de *pintor del rey ad honorem*, que le fué concedido, por cierto, por recomendación de Velázquez, el cual, si se ha de sacar alguna consecuencia de esta historieta, pudo decir sin exageración que Martínez era allí el mejor (1).

Durante el viaje de 1644 pintó Velázquez en Fraga el ya mencionado retrato del rey. Se ha encontrado un legajo de cuentas de la *Jornada de Aragón,* que hacen referencia á dicha obra. El carpintero Pedro Colomo tuvo que abrir una ventana en el cuarto que carecía de ellas, después hizo un caballete (por 10 reales), y luego en Julio una puerta, «pues no se podía entrar». El gabinete (*retrete*) de las habitaciones reales donde tuvieron lugar las sesiones de pintura, era, como expresan las actas, no mucho mayor que una campana de chimenea, y carecía de piso; las ventanas no tenían marco; hubo que enjabelgar las desconchadas paredes y esparcir durante las tres sesiones una carga de espadañas. El enano *El primo* alivió las sesiones á Su Majestad, siendo también él retratado. Ambos retratos fueron embalados en cajas y expedidos á Madrid (2).

(1) V. Cardenera: *Discursos practicables*, págs. 41, 132.

(2) Casa Real, cuentas de Furriera, 1644. Legajo 124. Jornada de Aragón.—1644 Mayo.—D. P.° de Torres.—Mas mandó Su Mag.d que en la cassa que tenía de aposs.to *Diego Velázquez* en *Fraga*, se le adereçase y echase una bentana que no la tenía, para que pudiese trauajar y pintar; costó todo, yeso i manos, diez reales.—A primero de Junio de 1644 en Fraga, mandó Su Mag.d que se adereçase el retrete para retratarse por estar muy mal parado, y sin suelos, y cayendose las paredes, que todo el aposento era una campana de chimenea; costó todo y de apuntalarlo, madera, manos y yesso y abrir una ventana, veinticuatro reales.—Mas se pagaron al dicho carpintero (Pedro Colomo) seis reales por la echura de un caballo que hiço para que Diego Velázquez hiçiesse un retrato de Su Mag.d, que asi lo mando.—Mas al dicho, otros seis reales por dos marcos que hiço para poner en dos ventanas de el aposento de Su Mag.d para retratarse.—Mas tardó en hacerse el retrato tres días en diferentes veçes se compró cada día una carga de espadañas para el suelo; costó cada carga cuatro reales, y todas doze R.s — Mas mandó Su Mag.d que se hiçiese una carga de ma-

Felipe viste el traje con que solía mostrarse á las tropas como capitán general.

Nótase en la figura que estaba lejos del alcázar. Es más suelta que aquellas otras largas, vestidas de negro, y en actitud de recibir memoriales, símbolo de la rigidez, monotonía y tedio de la etiqueta. Mucho de ello se debe al color: el retrato está pintado á toda luz y claridad. Las piernas aparecen de perfil, pero el resto del cuerpo y la cabeza están vueltos hacia la derecha; apoya la bengala blanca contra el muslo; la mano izquierda sostiene el sombrero, mientras el codo se apoya en el puño de la espada; este brazo, que cae más bajo que el otro, está arqueado; de modo que la actitud de los dos es casi paralela.

Las líneas del rostro (de treinta y nueve años) son más fuertes que hasta entonces; el colorido más fresco. En la guerra debía cambiar la inseparable *golilla*, cuya introducción celebró en otro tiempo con una fiesta, por el ancho y caído cuello de encaje. Las manos son blancas, en armonía con el blanco de las mangas, el punto más claro de todo el cuadro; manos reales, bien cuidadas, sin anillos, y de ningún modo «borradas», como se ha dicho por personas poco familiarizadas con el estilo del pintor, los dedos poco marcados por sombras. El retrato no estaba muy en armonía con el gusto dominante. Se han citado las palabras de W. Burger, que lo calificaba de «claro y tierno como el más fino Metsu» (1), como muestra de lo inverosímil de que una pintura de tal especie pueda ser de

---

dera para imbiar un retrato del *Primo* enano que auía echo Diego Velázquez, con dos anjeos, uno por dentro y otro por de fuera; costó diez y seis reales.—Jullio.—En 1.° de Jullio maudó Su Mag.d que porque la cassa en que viuia Diego Velázquez estaba sin puerta y mal parada, que no podía entrar en ella, se bolviesse adereçar y echar una puerta; hiçose, y costó todo 42 reales.—Mas se hiço una caja de madera para llevar el retrato que hiço Su Mag.d. Dios le g.de á la Reyna nuestra señora, y se embolvió en dos anjeos; costó todo 16 reales.

(1) C'est clair et tendre comme le plus fin Metsu. Chef d'œuvre de couleur et de distintion.

Velázquez. Pero ¿por qué no pudo siquiera una vez, él que tan diferentes cuerdas tenía en su lira, al pintar para una amada reina al esposo en campaña, hacer un cuadro completamente claro y de bellos colores?

Viste rico jubón rosado con mangas perdidas, y cuya estrecha abertura deja ver el coleto de ante. Del mismo color y con los mismos bordados de plata son la pluma del sombrero, la banda y el calzón. El único dorado del retrato es el Toisón de oro; todo lo demás es blanco. El cuello, las mangas del jubón, de tono «aperlado», guarnecidas de encaje, así como las botas, el puño de la espada. Este blanco con rosa forma el tono rojo más claro: el «rojo de camelia». Sólo el sombrero es negro, lo que no está en armonía con el traje, y no es sino un capricho del pintor, que quiso evitar el blanco sobre el blanco y proporcionar al tono general rojo y plata un contraste. El asombroso relieve está obtenido merced á la superficie vacía y gris obscura del fondo y á los puntos y líneas de sombra repartidos en la cara y en la figura que marcan el cuello, los brazos y el sombrero.

Se comprende cómo precisamente este retrato, aparte del ecuestre, fuera el único del palacio desaparecido que podía interesar á los aficionados de la época siguiente. Palomino, que escribió bajo Felipe V, lo vió aún; pero ya antes de mediar el siglo XVIII había salido para París. Probablemente, pasó de la sucesión Bouchardon á la colección Trouchin; de allí á poder de Desenfaus, agente del rey Estanislao, y por último, á la Galería Dulwich (1).

---

(1) En el catálogo de la subasta *François Trouchin* de 1798 se lee: «Il tient beaucoup de Van Dyck. Il est peint avec une naïveté, une légèreté et une fraîcheur de couleur admirable. La vérité et l'effet y sont au plus haut point. Il vient du célèbre Bouchardon.» Una antigua copia que procedente de la colección de SEBASTIÁN MARTÍNEZ pasó á la GALERÍA SALAMANCA, comprada en 1867 por 71.000 francos, apareció en la Exposición de París de 1874, y se encontró después en una finca de MRS. LYNE STEPHENS, antigua bailarina en Lynford Hall, Norfolk.

El retrato de Fraga fué la última alegría que Felipe dió á su reina, que no debía volver á verle; fué recibido en Madrid poco antes de su enfermedad de muerte. El monarca, al partir para el teatro de la guerra (1642), la confió el gobierno como *gobernadora*. Su aparición en aquellos difíciles tiempos la hizo pronto el ídolo de todas las clases. Cuando se formó en Madrid el «Regimiento del Príncipe», visitó en persona toda la guardia de corps; comunicó á los indolentes capitanes algo de su ardiente celo; dirigió alocuciones á los soldados. En cierta ocasión, un comerciante se comprometió á donar 10.000 ducados para ayuda de la guerra; pero encantado por la presencia de la reina, firmó 50.000, y como ella le diera las gracias muy conmovida, la condesa de Olivares la reprendió, diciéndola: «Una reina no debe emplear tan dulces palabras con sus vasallos». A lo que contestó Isabel: «Los reyes y reinas mis predecesores fundaron, cimentaron el trono en la cortesía; vuestras descortesías y las de vuestro esposo han acelerado su decadencia». Mostró un concepto varonil de los deberes principescos, cuando negó á su hijo el perdón para su cochero, asesino. «Hijo mío—exclamó,—á toda costa quisiera agradaros; pero no creo poder hacerlo mejor que ejerciendo la justicia. Si algún día llegáis á ser rey, nada pongáis más alto que la justicia, lo que os traerá todas las bendiciones á vos y á vuestro reinado.» Aconsejó al rey más de una vez la destitución de su desgraciado ministro.

«La fuerte y valerosa Isabel, llena del temor de Dios (son palabras de Bossuet) debió una parte de su gloria á la desventura de los españoles, los cuales hallaron su salvación en su celo y en sus consejos, que vivificaron á los grandes y al pueblo y, por decirlo así, al mismo rey». Tres días antes de la caída del ministro, en una visita á las Descalzas, dijo Felipe á sor Margarita: «Recomendad á Dios mi *privado*, que él le ilumine para gobernar».—¿Quién es vuestro privado?—«Mi *privado* es la reina».

Pero la fatiga la acarreó una grave enfermedad. Presentía

su fin. Cuando el prior del Escorial la invitó para que visitase los jardines recientemente amplificados, le dijo: *Venirò ma non a vedere*. El rey la envió de Zaragoza un adorno de diamantes con la protesta «él aprecia más vuestra salud y vuestra vida que su reino». Le contestó que «no debía venir por no comprometer el resultado de la guerra de Cataluña», y añadía: «Ahora ya tengo asegurado el corazón del rey; pero esta joya no llegaré á lucirla; sólo después de muerta llegará á verme». Leemos que los médicos el día 2 de Octubre, después de una larga consulta, convinieron en practicarla por sexta vez una sangría. La reina murió de ella. Un embajador dice de ella: «Unía á la más alta *prudenza* una indecible bondad; mostró sus virtudes por amistad y benevolencia, que se destacaban sobre las tradicionales costumbres de los príncipes españoles, y despertó un tierno amor en todos los que la rodeaban» (1).

RETRATOS DEL REY

En la galería del duque de Hamilton, *premier peer of Scot land*, en Hamilton Castle, hay una figura de Felipe que os tenta la siguiente extraña firma del pintor sobre un pliego de papel á la derecha del monarca:

Señor:
Diego Velazquez,
Pintor de V. Mg.ª
1636.

El cuadro debió de ser tomado por el general Desolle, en remota fecha, del palacio de Madrid. Aunque pintado ocho años antes que el de Fraga, parece de la manera posterior, y hasta se le tomaría por una de sus últimas producciones, si no apareciese el rey en figura juvenil y esbelta, y no se viese la fecha de 1636 sobre la carta. Pintado con más ligereza que

(1) Esto escribía el 6 de Octubre de 1644 el veneciano Niccoló Sagredo.

ninguna otra imagen del monarca, en general como salvaje *borrón* sin igual, sin unir, pertenece á una época en que el maestro aun no hacía mucho tiempo que había dejado la severidad de sus primeros años.

Es esto tan evidente, que un biógrafo (Armstrong) negó su autenticidad, y lo conceptuó como una mala obra de su discípulo Mazo. Pero este juicio quedó aislado: la mayor parte de los críticos le alabaron extraordinariamente. Para los ingleses posee un especial encanto por la semejanza de su procedimiento, ampliamente decorativo, con el de sus propios retratistas. Algunos pintores han calificado su técnica de misterio insondable.

Burnet relata que vió este lienzo, con William Simson, en Hamilton Castle, y que ambos exclamaron á la vez: *Raeburn!* Y sucedió que como los acreedores del duque sacasen á subasta la galería Hamilton en Cristie y Manson, el cuadro fué adquirido en 6.000 guineas por la National Gallery, contra el Louvre y América. Fué el más alto precio que hasta entonces había alcanzado una obra de Velázquez. Se la tuvo por paradigma del impresionismo y sus secuaces, si bien había que confesar que figuras como la de Dorchester House y Dulwich daban una idea más clara y rica de la personalidad de Felipe.

Un examen posterior ha puesto fuera de duda su absoluta autenticidad. ¿A quién, si no, podríamos atribuir aquella seguridad de mano, aquel rostro delicado y blando, casi sin sombras, encuadrado por rubios cabellos, suaves como la seda; aquellos toques blancos y garrapateados, diseminados como al descuido por el obscuro apagado del traje, y que tan perfectamente dan la impresión, con una nada, de los bordados de plata? No obstante, el conjunto carece de armonía. No tiene modelado ni morbidez, carácter ni centro de gravedad. Es una figura rígida y deslabazada que, más que de pie, parece suspendida en el aire, como un muñeco relleno de pelote. La cabeza, á pesar de los toques obscuros, parece más hundirse

que destacarse sobre la purpúrea cortina. Todo esto se explica de la más sencilla manera.

Este Felipe de la National Gallerie no es una muestra de ninguno de sus estilos. Velázquez mismo se habría reído si se hubiese dado el nombre de retrato acabado y presentable á esta colección ó agregado de ensayos. Es un estudio, una serie de estudios sorprendidos del natural en diversos instantes, destinado á servirle para la corrección ó composición de uno ó varios retratos. Como el boceto gustase al rey, y sin género de duda resultase, por su carácter de estudio, de mucha utilidad para la gente del oficio, de aquí que posteriormente hiciese de él una especie de cuadro.

El retrato es rico en enseñanzas técnicas, pues da idea de los primeros estudios de un colorista ante el modelo. Siempre hay en ellos algo de ensayo, de tanteo, de incoherencia, pues el artista lucha con la naturaleza, que le presenta en cada caso particular nuevos problemas. Un ejemplo palpitante poseemos en los bocetos del Ticiano que guardaba en su taller, y que del palacio Barbarigo pasaron á Padua.

En cambio, el posterior estilo de Velázquez (tercero) estriba precisamente en el cumplido dominio del modelo, cuya forma y construcción conoce tan cabalmente como los medios técnicos de llegar á él. De aquí su infalibilidad de mano, la unidad de fusión y de tono, la sencillez del procedimiento que une las complicaciones de la forma con la simplicidad de los rasgos.

*
* *

Qué efecto producía el mismo Felipe por aquel tiempo se puede comprender viendo el lienzo de la galería imperial de Viena (1632) y la figura del Ermitage (núm. 419, 2,01 × 1,2). En aquella cabeza firme, varonil y viva palpita aún la manera plástica de los veinte años; el profundo rojo purpúreo de la cortina da á las tintas claras un reflejo gris perla. De la otra, que fué adquirida de la colección del rey Guillermo de Holanda por 38.815 florines, tenemos testimonios de que en aquel

tiempo eclipsó á Van Dyck en La Haya. «Yo permanecía delante de estas figuras (la otra era Olivares) como si hubiese echado raíces en el suelo; parecen propiamente salirse del lienzo» (1).

El retrato de Hamptoncourt produce una impresión mixta, muy diferente de la del de Londres. En éste el primer bosquejo informe se revela; en aquél la concepción se oculta bajo una capa de accesorios secundarios. Su origen es, por cierto, digno de confianza. En 1638 fué enviado con el de la reina á su hermana Enriqueta. Pero ¿quién no quedaría desconcertado en presencia de aquel león, digno de lástima, echado bajo la mesa, sobre la cual aparecen una corona de teatro y un yelmo? Después de largo examen, se ve desaparecer todo este aparato suplementario ó añadido, y se descubre debajo el tan conocido esquema real sobre un simple fondo gris y en la mesa desnuda... ¿Dispuso acaso el boceto según el gusto de los antiguos reyes godos?

El terror de los críticos de Velázquez son, sin duda, sus Felipes (esposa, hijo y ministro). El catálogo de Curtis enumera 34, pasablemente garantidos, números principales del rey, sin contar los 25 provinientes de galerías y subastas. La pregunta «original ó copia» no se contesta tan fácilmente. Con frecuencia es difícil resolver la cuestión del *sic* ó *non*. La primera impresión es por lo común desfavorable. ¿Es posible atribuir al maestro cosas tan insignificantes y mediocres? A menudo se han puesto en duda encantadoras obritas que sería deplorable perder por defectillos insignificantes, como ha sucedido recientemente con el almirante Pulido, Quevedo, el Olivares de Schleissheim y el Barbarroja. ¿Por qué aplicar aquí diferentes medidas? Realmente aquéllas á veces están bien comprobadas. El maestro tenía su monopolio, y también suministró cuadros destinados á regalos de Cortes extranjeras. ¿Cómo no había de sucumbir al aburrimiento consiguiente á

(1) *Kunstblatt*, 1839, pág. 158.

la ejecución cotidiana de asuntos tan monótonos, y especialmente en lo que se refiere á los cuadros de regalo antes citados? ¿Cómo no creer que tratase alguna vez de aligerar la carga?

Las costumbres de su taller aparecen ocultas á nuestros ojos por espeso velo. Indudablemente se sirvió de la ayuda de sus discípulos; pero éstos supieron apropiarse su manera, así como su tono y su trazo ligero. El trabajo se hacía en presencia de los originales, bajo su mirada, con arreglo á sus croquis y con su colaboración. Esta combinación de elementos simples y de fuerzas inferiores explica su manifiesto carácter enojoso, así como las dudas sobre su autenticidad. No hay ningún pintor á quien se pueden atribuir.

*
* *

A las figuras que sólo merced á la magia del arte consiguieron flotar sobre el obscuro mar del olvido pertenece el niño Baltasar, hijo de Felipe IV é Isabel de Borbón, y nieto del gran Enrique de Navarra.

Aun estaba en Roma Velázquez cuando llegó la noticia del nacimiento, largo tiempo ansiado, de un príncipe español (17 de Octubre de 1629). Hasta esta fecha la reina sólo había dado á luz niñas, y la mayor parte (cuatro) no viables. «El rey —escribe Khevenhiller (XI, 583)—se mostró tan regocijado y amable por este acontecimiento, que mandó abrir todas las puertas y que entrara todo el mundo, hasta tal punto que los portasillas y pinches pidieron entrar á felicitar al rey á sus habitaciones interiores para felicitarle y besarle la mano, obteniendo tal gracia.» Un cocinero entró corriendo, con la cara untada y el cucharón debajo del brazo, exclamando: *¡Alegría, Philipete!* A los romanos se les anunció en cuatro días de fiesta que la corona y el trono de ambos mundos tenían, después de diez años, un heredero.

Hubo fuegos de artificio y morteros, comedias y conciertos, limosnas para los presos y mendicantes; se repartió plata y oro entre el pueblo; se celebraron triples carreras de

caballos y búfalos desde la Porta del Popolo, por la Vía del Babuino, al palacio Monaldeschi.

El pintor, que quizás presenció estas fiestas desde un balcón de este palacio, debía luego seguir año tras año al príncipe con la paleta. De aquí esa larga serie de figuras progresivamente crecientes desde los dos hasta los diez y seis años; un idilio de felicidad y esperanza para sus padres, pero como velado por el recuerdo de su destino, de rosa muerta á la mañana. Era un niño delicado, inteligente, despierto, recreo de la vista entre tantas máscaras anémicas y apagadas. ¡Qué inagotable variedad de aspectos suministra una criatura, aun la más insignificante, cuando la magia del arte sabe revelarlos! Mientras otros artistas á quienes fué dado retratar en sus cuadros una turba de personalidades de primera fila sólo presentaron repeticiones aburridas, Velázquez desarrolló en esta ocasión la monotonía de un pequeño mundo de figuras siempre nuevas y atrayentes.

D. Baltasar fué un niño robusto, de rápido desarrollo. *Escríbalo V. S. á sus altezas*—decía su aya, la condesa de Olivares, diez días después de su nacimiento al ministro saboyano—*que aquí tienen un pariente muy colérico y bizarro* (1).

El niño.—Cuando en el día 7 de Marzo de 1632 fué presentado el príncipe á los infantes, clero, nobleza y estados de Castilla, había soportado, firme y contento, cuatro horas en su sillita cerrada, sin llorar, dormirse ni hacer un gesto de desagrado. Los diplomáticos refieren esta temprana muestra de la firmeza española. Calderón describe la ceremonia en *La banda y la flor*. Velázquez bosquejó el interior de la iglesia, quizá para hacer un cuadro.

Según Cean, Velázquez pintó al niño el año de su vuelta de Roma, retrato que en un legajo del año 1634 figura en cuenta (2). Del mismo tiempo es el cuadro que se halla en

(1) 27 Nov. 1629.

(2) *Documentos inéd.*, t. 55, pág. 621: *un retrato del príncipe nuestro señor.*

Castle Howard, llamado primero «el príncipe de Parma», y atribuído al Corregio. Quizá pasó de Parma á la galería de Orleans. Waagen fué el primero que lo reconoció como de Velázquez (1).

Fué una idea infantil de los dichosos padres, en cuya alegría tomó parte el pintor de cámara. El muchacho, por tanto, debió serle muy querido. Aparece algo echado atrás en su vestidillo verde obscuro, bordado de oro, amplio y de forma cónica. Una rubia cabecita con finos cabellos cortos, ligeramente rizosos en las sienes; el rostro, en luz blanca, sólo recibe alguna vida y animación en su delicado óvalo por los negros ojos, heredados de su madre, si bien aun no hay *mirada* en ellos. Este embrión de rostro humano descansa en un cuello almidonado, debajo del cual se ve, como primer germen de la armadura, en lugar del babero, un pequeño peto de acero. La mano izquierda descansa en una daga de juguete, mientras la derecha empuña el bastón de mando, como emblema de su condición, si bien por el momento sólo de bastón le sirve; su primer ejercicio real era, pues, andar firmes.

Este rubio y brillante muñeco nada en un magnífico océano de reales tonos rojizos: arriba, la púrpura del cortinón; detrás, la obscura nota del tapiz, alfombra escarlata con flores negras; aquí, el cojín rojo encima del cual descansa el sombrero de terciopelo negro con cinta de oro y penacho blanco. En la figura del príncipe sólo es roja la banda.

Dos pasos más adelante marcha un enano también con vestido verde obscuro y con un gran delantal blanco. Se esfuerza por imitar á los reyes por medio de un sonajero de plata que empuña á modo de maza y con una manzana. Vuelve la gruesa cabeza atrás, pues S. A. se ha dignado distraerse; al menos, confirma contra la seducción de la música su apática dignidad.

---

(1) In my opinion, jugding pom conception, colouring and treatment, an admirable picture by Velázquez. *Treasures*, III, 323. Waagen no había estado aún en España.

Este perro faldero con figura humana tiene una cabeza de niño degenerado, con frente pronunciada de animal, ojos saltones, corta nariz remangada y labios abultados; obscuras sombras le dan fuerte relieve. Este era el gusto en la elección de camaradas infantiles. Cuando los de Olivares llevaban á su jardín al príncipe, mandaban venir á entretenerle á los granujas de la calleja.

Esta misma figura de niño, pero con vestidito de seda gris claro bordado de oro, se ve en un retrato de la Galería Standish (1853), ahora con otros dos del príncipe en Hosford House (46″×37,5″) (1). El rojo como nota dominante ha desaparecido. Para proporcionar á la figura, de clara tonalidad, un fondo completamente obscuro, se ha recogido la mitad del cortinón, que llega hasta el suelo. Dicha cortina, el gran almohadón bordado de oro que sustenta el sombrero adornado con plumas blancas, toda esta rígida pompa, forma con las maneras estúpidas del enano un conjunto grotesco (2).

El pequeño jinete.—Olivares y su mujer, temiendo confiar á manos extrañas el modelado de este frágil vaso infantil, se consagraron á darle una educación adecuada á su condición. Por la tarde le llevaban á que se entretuviera en el gallinero, luego Buen Retiro. Imagínese aquella poderosa figura cargada de espaldas, con la terrible cabeza poco tranquilizadora y la peluca de zorro, haciendo de bufón. A los cinco años sabía ya

(1) Grabado del *Art Journal*, 1852, pág. 361. 1680 £. The fortunate possessor will hare added to his gallery a specimen such as the Queen of Spain only can furnish the means of rivalling when she shall break up the Museum at Madrid. Ford, Atenaeum, 1853, I, 710.

(2) Waagen: This picture has a marvellous charm. The conception is highly animated, the delicate flech-tones positively luminous, and the careful execution of every part unusually sustained Treasures, IV, 80 f. There is a quaintues about the whole picture, from the discrepancy between the age of the child, and the costume which is pleasantly old-fashioned. George Scharf, Manchester Exhibition, 81. La cabecita del Rijkmuseum de Amsterdam (núm. 541. 31×24), 1828, subastada en 31 florines, bosquejada en color amarillo y con pincel saturado, parece un estudio del natural, pero no de Velázquez.

recitar, sin titubeos, á los embajadores en las audiencias, contestaciones que le enseñaba la gibosa dama.

El nieto de Enrique IV mostraba precoz destreza para los ejercicios de equitación. El padre reconoció en él con júbilo su imagen. Escribía con frecuencia á su hermano Fernando relatándole las nacientes hermosas dotes de su heredero, y el tío enviaba á éste para alentarle determinados regalos, como por ejemplo en 1633, desde Lombardía, una armadura y dos *galguillos enanos*, «los cuales se hicieron famosos por su librea en el salón y en el campo», y un pony que también servía para semental. «Es un *diablillo* á quien no se debe dejar de la rienda y empezar por darle media docena de vergajazos; de lo contrario da (*malos abrazos*); pero después va como un perrillo».

Quizá es este el mismo pony que en la escena del picadero monta el príncipe al hacer su primer ensayo en la alta escuela. Los niños á caballo eran, especialmente en Andalucía, caso completamente habitual. En *Guzmán de Alfarache* leemos que en Córdoba, Sevilla y Jerez, los niños pasaban de la cuna al caballo (1).

Dos esbozos muestran á D. Baltasar como principiante de la *gineta* en el picadero; ambos en colecciones inglesas. El primero, más pequeño, pero más rico de figuras y mejor, pertenece á sir Richard Wallace. Puede haber sido pintado como *recuerdo* de su primer specimens en la «escuela sobre la tierra». En el fondo del patio, la pared blanca de una casa, quizá de la cuadra, en la plaza de palacio, con cúpulas en forma de torre, palomar, balcón; en éste, dos damas y un enano. Abajo en la pared unas diez figuras en fila, dos á caballo; en el centro una cosa como una gran litera roja. A la derecha una estrecha pista cercada de tablas, á la cual se asoman los espectadores; un

(1) En toda la mayor parte de Andalucía, como Sevilla, Córdoba, Jerez de la Frontera, sacan los niños (como dicen) de las cunas á los caballos, de manera que se acostumbra en otras partes á dárselos de caña; y es cosa de admiración ver en tan tiernas edades tan duros aceros y tanta destreza, porque hacerles mal tienen por su ordinario ejercicio. I, 1, 8.

caballero seguido de su caballerizo. En primer término á la izquierda, como figura principal y sólo destacándose de la vaguedad del resto por su perfecta corporalidad, el príncipe, de catorce años, sobre un grueso pony, con la mayor corrección, ejecutando una perfecta corveta. Jubón negro y sombrero con pluma blanca, frente y ojos sombreados, banda carmesí, la mano puesta en la cadera y mirando alrededor triunfalmente. *Très-crânement*, dice William Burger, como todo un hombre: *calme sur un cheval fougueux*. Delante de él, á la izquierda, está el viejo y seco caballerizo y un pequeño enano con la fusta (?), y otro más gordo, de la misma estatura, que da la señal.

Para ensanchar el espacio, hacia adelante, está á la derecha, en un extremo, otro caballero vuelto de espaldas. Por encima del enano, á la izquierda, un coche sobre cuyo techo se apoya un lacayo.

Todas estas y algunas otras figuras más están pintadas en un gris translúcido como sombras, en pocos trozos, casi con negro y blanco en su totalidad. Ningún pintor pudo con menos corporalidad traducir en idea un color. Es como un relámpago en una cámara obscura, y sus sombras movibles, ó como una vista fotográfica donde hay transeuntes. El jinete destácase así mucho más en esta compañía aérea. Se cree uno trasladado al espacio interior del sensorium del pintor. «Expresa á maravilla el talento del maestro» (1).

---

(1) Exprime à merveille le talent du maître (W. Burger). Wilkie vió un cuadro semejante el año 1828 en casa de D. José Madrazo, director del Museo, el cual también hacía negocios. Signor Madrazo, another painter who deals—which Lopez does not, has in his house three fine specimens... a duplicate of the Velazquez of Earl Crosvenor's of the little Infante D. Balthasar on horseback in court-yard, etc. Cunningham, *Life of Wilkie*, II, 496. 28 Enero 1828. Woodburu lo compró después por su orden para Samuel Roger, el poeta, de cuya colección lo adquirió lord Hertford por 1.270 liras 10 sh. Tamaño, 51″×40″. El autor del catálogo de Madrid que contiene los dos bocetos según la reproducción del gran retrato ecuestre de Ch. Blanc, sabe positivamente (*de seguro*, pág. 610) que son copias.

Esta misma composición fué otra vez ejecutada unos años más tarde en tamaño mayor (57″×83″), con algunas variantes. El príncipe monta un caballo blanco. Esta vez están sus padres asomados al balcón de las rojas caballerizas de tejas de pizarra. Se distinguen perfectamente los rasgos y el vestido de Felipe en jubón negro, sombrero de fieltro y botas de cuero. Isabel está en compañía de las infantitas, y en medio, detrás de ellos, dos damas, una de ellas en traje de religiosa. Al lado del viejo caballerizo está ahora Olivares con el sombrero en la mano izquierda, con banda blanca, calzón, media y zapato. Hace las veces de *cavallerizo mayor* del príncipe; el director del picadero se dirige hacia él en actitud de entregarle una lanza; detrás hay un hombre calvo con grandes orejas muy separadas, cuello blanco y en actitud de criado. Todo vago, y sin embargo cognoscible, con notorias tonalidades progresivamente descoloridas hacia el fondo en varias direcciones. Aunque hubiese Velázquez imaginado y ejecutado ya cuadritos de éstos, la escuela española poseía ya trozos de interior, los cuales no podían temer ninguna comparación.

El cuadro pasó de la colección Welbore Ellis Agar 1806 á la de Earl Cronbuor. ¿Sería acaso el muy estimado que en tiempo de Palomino se encontraba en poder del sobrino del Conde Duque, marqués de Heliche? Según sus palabras, habría que pensar en un lienzo de gran tamaño (1). De hecho hubiera servido este embrión para un magnífico retrato. Es un preludio de las *Meninas* y una pareja, al aire libre, de aquel interior.

El gran retrato ecuestre del príncipe galopando (pág. 28) nos hace ver el resultado de la educación del duque caballerizo.

El pequeño cazador.—Ya hemos visto cómo el príncipe,

(1) Otro Quadro pintó, *grandemente Historiado*, con el Retrato de este Príncipe, á quien enseñaba á andar á cavallo Don Gaspar de Guzman su caballerizo mayor... Esta Pintura tiene oy la Casa del Señor Marques de Liche, su sobrino, con singular aprecio y estimación.

de diez y seis años, había llegado á figurar en el lienzo al lado de su padre y de su tío en traje de caza adecuado y en valiente actitud venatoria rodeado de sus perros (1).

De aquel niño de cabecita delicada y redonda se ha formado ahora un robusto y lozano mozo; las facciones, cambiadas ventajosamente por el férreo ejercicio cinegético en cotos y agrestes desfiladeros al fuerte aire de la sierra. Quien contemplase al arrogante y bravo muchacho creería que la vieja raza se había rejuvenecido. La mezcla de sangre francesa había ya dado mejor resultado que la de parientes cercanos. D. Baltasar se parecía á su borbónica madre, cuyo temperamento vivo, ojos negros y bien formada boca se reconocían en él. Que la caza no era en esta ocasión una mascarada pruébanlo con hartos testimonios las crónicas de la corte. A los nueve años había dado muestras que podía envidiar un viejo. En Enero de 1638 mató de un certero tiro en el sitio más agreste del monte un jabalí; la bala atravesó la res. En el mismo año, en una *corrida de novillos*, desde su balcón hirió al animal en la frente, apoyando el arma sobre el hombro de un cazador. En memoria de estos dos tiros de maestro grabó en Bruselas Cornelio Galle dos cobres en donde el príncipe da su escopeta á Alonso Martínez y donde se ve las piezas muertas ante él (2).

El tío Fernando escribía á propósito de tal suceso (6 Abril 1638): «No me maravilla que V. M. esté chocho (*caduco*) como me decís, con motivo de los tiros del príncipe, pues yo con sólo el relato he llorado de alegría cuando leí tal *desembarazo y buena maña*; también el príncipe Thomas (de Saboya) se admiraba de que tan tierno mozo pudiese matar un jabalí con tan certero tino».

(1) Una desgraciada copia bastante libre hubo en la Exposición-Academia de 1883, perteneciente á lord Berwick.

(2) Sobre una tabla se lee POSTERITATI SACRUM SERENISSIMO PRINCEPS BALTHASAR CAROLUS, etc., 18×12,8, escrito por Curtis; pág. 59. Mató el príncipe un día un jabalí á la puntería, con la escopeta, en lo más breñoso del monte, con tanto acierto que las balas le pasaron las entrañas. Memorial XIV, 21 Enero 1638, pág. 329.

Una reproducción de este retrato, no mencionado hasta aquí por nadie, apareció primero en la Exposición española de Londres en 1895 y luego en 1901. El cuadro (del marqués de Bristol) hizo entonces el efecto y causó la impresión de un original. La encina de primer término falta, el tono general es algo gris, el sitio más agreste y salvaje. El perro, que en el del Prado sólo asoma el perfil, está aquí terminado y tiene un compañero: indudablemente son los dos galguillos que el tío le envió de Italia en 1633.

Quizá fueron pintados para él y enviados á Flandes como presente. En la primavera de 1639 llegó de Bruselas una carta dando las gracias. «El retrato del príncipe, á Dios gracias, es magnífico; yo estoy *loco* de placer y beso las manos de V. M. por este recuerdo y por tal presente que tanto me honra. Dios le proteja; es un *lindo muchacho*» (1). El retrato muestra al joven cazador en el centro del monte. Detrás, á mano izquierda, se ve á lo lejos un pueblo claramente iluminado, al cual se desciende por una parte de bosque de verde obscuro intenso.

El pequeño pretendiente.—Cuando la esperanza de una sucesión depende de una sola persona, se piensa desde el día del nacimiento en la elección de novia. Cuando D. Baltasar se aproximaba al décimo año de su existencia, edad en que en otro tiempo su padre contrajo matrimonio con Isabel de Borbón, se habían expedido ya retratos á las cortes amigas. En ellos aparece tan pronto en solemne traje negro de gala como en armadura. Es notable la diferencia de expresión. Cuando los ejercicios de la *gineta*, las aventuras venatorias del Pardo y el lujo caballeresco le habían convertido en un héroe infantil, como si brillase en sus ojos una chispa del cuarto Enrique; cuando se le envolvía en terciopelo y seda, degeneraba en un niño aburrido y habitualmente flemático. El aire de palacio,

(1) Carta del Cardenal Infante de Bruselas del 26 de Mayo de 1639. El suyo destinado á contestar á dicho presente estaba en elaboración, pero temía que los pintores de allí no le sirvieran tan pronto como Velázquez: *los pintores deste pays son más flemáticos que el Sr. Velázquez.*

el trato con las damas de la corte, las tiesas ceremonias, caía como erisipela sobre aquellas facciones sin inteligencia ni vida.

Hasta los catorce años arrastró su hastío entre mujeres y frailes. Por todas partes, aun en el extranjero, se hablaba de esto. Hay un grabado en cobre que alude á este género de educación, donde baila con unas señoritas de la corte (1). Sin embargo, hubo en el programa un párrafo para las humanidades; el profesor D. Juan de Isassi Idiáquez alababa su rápida intuición; hizo imprimir en el año 1641 una relación titulada «Copia de la abundancia», sobre el examen verificado ante su padre, Olivares y otros señores de la corte. Algunos meses después sufrió un segundo examen en presencia del nuncio, el cual le preguntó de retórica, y del embajador de Dinamarca, al cual dió datos sobre la geografía de esta nación. Su grave progenitor, que no presenciaba sus ensayos en los deportes sin emocionarse, halló esta educación de su hijo y heredero, en latín y geografía, graciosa, y no acababa de reirse (2). Pero cuando el profesor se aventuró á indicar que era tiempo de iniciarle en los negocios de Estado, declinó aquella gracia; «no quería mezclarse en cosas en que no se habían mezclado sus predecesores». Ya se oía la voz que hablaba con temor del porvenir.

A los retratos de regalo pintados en traje de corte pertenece la figura de cuerpo entero de Viena (núm. 616 × 100 cm.). Sus

---

(1) Mas ¿dónde he de ir, si, criado
Entre meninas y damas,
Sé de tocados y flores
Más que de caballos y armas?

CALDERÓN, *Las blancas manos*, II.

(2) Copia de la abundancia Του Κέρατος Αμαλείας (sic) de la lición, que hizo de sus estudios el Ser. S. Pr. Baltasar Carlos delante de la Mag. del Rey, en 20 de Agosto 1641. Dedicado al Excmo. S. Conde Duque. Recitaba versos de Marcial y conocía la geografía de las cinco partes del mundo; de la quinta tierra austral ó *Magallania* sólo conocía las costas.

desposorios con Mariana, la hija de su tía María y del emperador Fernando III, hacía largo tiempo que estaban proyectados, aunque hasta el año 1646 no se decidieron y anunciaron formalmente. Una figura en negro sobre rico fondo de púrpura, jubón de terciopelo negro con lazos bordados en plata, la mano izquierda puesta en la daga, banda plateada y capilla negra. La mano derecha en el respaldo del sillón granate, tapete y cortina rojos. Sobre la mesa está el sombrero de alas anchas. Sobre la tiesa golilla una cara insignificante, casi desagradable. Esta misma posición está repetida en un busto conocido por la exposición de Manchester, perteneciente al coronel Hugh Baillie, y en la muy celebrada figura de Hertford-Galerie, que procede de la colección Wells. Esta figura, en jubón verde obscuro, notable por una saturación del color que se ha llamado ticianesca, no produce impresión de autenticidad. El color, especialmente el pardo del suelo y del cielo, se ha descompuesto en anchas rajas y además está cambiado por el dorado del barniz.

Detrás del mozo hay una cajita forrada de terciopelo granate; según Stirling, coincide absolutamente con la cajita de aseo regalada por Felipe IV al Príncipe de Gales.

En 31 de Diciembre de 1639 escribe el embajador de Toscana: «Se ha hecho un retrato del gran príncipe armado y con toda gala y mandado á Inglaterra, cual si estuviera próximo el casamiento de S. A. con aquella princesa» (1). Efectivamente, en el conocido catálogo de la colección de Carlos I (página 170, núm. 14) encontramos: *The picture of the now Prince of Spain*, y el mismo aparece también en los papeles de las adjudicaciones de la república (2). Recientemente se ha desenrollado, para colocarlo en una habitación del Palacio de

(1) Si e fatto un ritratto del gran principe armato et con tutta la gala, et mandato in Inghilterra como se fosse molto vicino l'accasamento di S. A. con quella Principessa. SERRANO.

(2) Oct. 23, 1651. To Mr. Edward Harrison & Company Prince of Spain, I, 100. HUNTER's certificates British Museum.

Buckingham, uno de los retratos de que habla la relación de Serrano (39″ × 22,5″).

Esta vez es un vivo muchacho, lleno de la solemnidad de su armadura de caballero y de las doradas espuelas; la cara está tratada en una tonalidad rubia, la mirada viva, como preguntando: ¿estoy bien así? La posición es emprendedora, con la pierna derecha adelantada; en la mano derecha tiene el bastón de mando; la izquierda, metida en el guantelete, descansa en el puño de la espada. El ancho cuello de encaje, la ancha banda rosa bordada de oro, el brillo del acero, producen magnífico efecto sobre el fondo obscuro entre la púrpura del sillón, de la cortina y de la mesa. Es una pareja del retrato ecuestre; allí el frío, uniforme y amplio reflejo del aire libre; aquí el tono caliente y denso de los interiores, con el juego de los alargados reflejos de plata y oro del metal y de los tejidos.

El cuadro está estropeado por el viejo barniz, lo cual dificulta el juicio, pero se echa de menos, á pesar de la perfección técnica, la mano segura del maestro. Recuerda al retrato del padre, pintado expresamente para regalarlo á Carlos Eduardo en Hamptoucourt.

Una reproducción representa al maestro en la Galería del Haya; procede de la colección del rey Guillermo II, y data del gobierno de Rainer (1821). Pero en ella se advierte cierta tiesura y sequedad en el rostro mismo. El fondo es gris claro con toques verdosos. La figura está en el centro en diagonal, que va del sillón que está á la izquierda, detrás, hasta la mesa que está delante á la derecha, y cuyo tapete rojo parece sobresalir de la superficie del cuadro; el pequeño general quería tener espacio para moverse. En estos cuadros de regalo se daba á la figura una posición, con arreglo á la etiqueta, no siempre feliz, entre cuadro de caza y de ceremonia.

El príncipe está delante de un antepecho, desde el cual se ve el monte cubierto de chaparros y azules colinas. Un sombrero de caza con ancha cinta está sobre un gran almohadón

en el suelo; viste de gala negra y lleva espada, pero apoya la mano derecha sobre la escopeta; una cortina le da sombra con el singular pico de tres puntas que pende de ella.

Un retrato de escuela de esta clase es el cuadro del Museo del Prado (Nr. 1.118, 1,58 × 1,13). Pobreza en la invención de los accesorios, tieso empaste, embarazo en el trazado de las facciones. El cuadro del duque de Abercorn, adquirido en 1837 por sir Jorge Warrender por 410 liras (62,5 × 42,5), es en parte una equivocada, y especialmente en la cara vacía de expresión, copia de taller del ejemplar del marqués de Bristol.

Finalmente, á los quince años pareció que se acordaban de que el futuro «más grande rey del mundo» debía tener también una idea de lo que eran los asuntos del gobierno, y se le llevó á que presenciara las consultas. Y para darle una idea de lo que fué su abuelo el *prudente*, le llevó su padre al Escorial y le mostró la «única maravilla del mundo». Recibió allí á su *familia*, y respiró libre de la «clausura de palacio». Cuando poco después, en Junio de 1646, fué anunciado su matrimonio con Mariana de Austria, fué el novio con su padre al teatro de la guerra, y un poeta de la corte retrató al «nuevo Adonis de una Venus alemana, cómo avanzaba con la pica en la mano *tan arriesgado como bello*». En esta edad, según la inscripción catorce años, se le ve en el grabado de Juan de Noort, en la tantas veces mencionada obra de caza. Es una cabeza fina y simpática; sólo la boca tiene los odiosos rasgos de familia, más acentuados que nunca, ni antes ni después.

Probablemente, el cuadro del Prado (1.083, 2,09 × 1,44) le muestra en el último año de su vida. Precede, pues, á los de su padre y tío veinte años. Está vuelto á la derecha, en serio traje de corte, con capilla; la mano izquierda en el rojo respaldo del sillón, sobre el cual cae parte de la cortina; la derecha, caída, tiene el sombrero con el otro guante. La bien proporcionada figura, sobre el fondo gris obscuro, está firmemente trazada; la frente despejada, el color atezado, los negros ojos sin brillo, las sombras algo apagadas. Un cuadro insignifican-

te, ante el cual casi se pasa sin detenerse. El brillante jinete, el arrojado cazador, tiene traza de volverse un mediano heredero del trono. Velázquez debe de haber tenido en este cuadro poca parte, si bien aun no se ve nada de la manera del Mazo.

Finalmente, después de los desposorios en la Seo de Zaragoza, el día del segundo aniversario de la muerte de su madre (5 de Octubre), en la Seo de Zaragoza, enfrióse en el juego de pelota, y á los nueve días la fiebre, bajo la dirección de los Sangredos españoles, puso fin á aquella joven existencia. Cuando el enfermo vió á su alrededor las caras llenas de desconsuelo, preguntó si se había perdido Lérida. Como le contestaran tranquilizándole respecto de este punto, exclamó: «Entonces es que estoy muy grave...» Su corazón está allí guardado al lado de los Evangelios, en el altar. Cuando el secretario estaba escribiendo la noticia á la gobernadora, la mano se negó á escribir y sus lágrimas cayeron sobre el papel. Entonces el padre (hacía una hora que el príncipe había muerto) cogió la pluma y escribió él mismo el despacho á Leganés. Había tenido, dice Giustiniani, ocasiones oportunas de mostrar el dominio que tenía sobre sus afectos. Escribió: «Marqués, debemos todos someternos á la voluntad de Dios, y yo aún más que cualquier otro. Plugo á Dios arrebatarme mi hijo ha una hora. Cuál sea mi dolor por esta pérdida, debéis suponerlo; pero también mi total conformidad con la voluntad de Dios, y el valor y la voluntad para cuidar de la defensa de mi reino, que también es mi hijo; y si hemos perdido uno, debemos velar por conservar el otro; y así os ruego, en la empresa de esta campaña, no cejar hasta socorrer á Lérida, cuya conservación espero del Señor; os ayudaremos según nuestras fuerzas.»

Con esta muerte estaba echada la suerte de la dinastía y del reino. Quince años después le fué deparado al monarca, agotado por la edad y las enfermedades, un tardío retoño, que fué bautizado con el nombre de Carlos. Su extenuado rostro, tan representado por los pintores, era una copia degenerada

del vigoroso mozo. Los deportes, que aquél desempeñaba con placer y destreza, agobiaron á éste, sobre cuya pobre cabeza, más hecha para la tonsura ó la capucha, pesó la corona á los cuatro años. El uno podrido de gusanos, el otro un fruto sin semilla.

FIN DEL CONDE-DUQUE

Tres retratos por lo menos se conocen de los últimos años del poderío de Olivares, en los cuales Velázquez tomó mayor ó menor parte; además de éstos hay tres ó cuatro cobres, de los cuales dos le son atribuídos al maestro, así como varias copias.

Todos creen que son anteriores á la caída del ministro (Enero 1643). En la general y duradera abominación en que cayó su memoria, terminó el comercio de la en ninguna época seductora figura.

Y como difícilmente otro que su favorito le retrató y, por sus muchas ocupaciones, no muy á menudo, sus más ó menos sinceros admiradores se dirigirían á él, así como el mismo Olivares cuando quería regalar su imagen á sus amigos.

Hay en dichos retratos matices en el tono y expresión; se le ve, ya en figura completa, en media figura ó en busto; perfil, facciones, modelado y cualidades, son las mismas. Pero entre los existentes ejemplares, no sabría yo indicar cuál fué el original. Tampoco conocemos el del grabado de Hermann Paneel. En Alemania tenemos una bien pintada copia en el retrato de la Galería de Dresde, proveniente de la de Módena (622). El ministro, de media figura, con la gran cruz verde de Alcántara sobre la ropilla, y capa, está en pie, á la derecha, y recibe ó da una carta. De los rasgos de la cara se ha quitado, como lo pedía la situación, toda nota sombría.

La llave de oro pende del cinturón. El *pentimento* de la peluca, primeramente más grande, indica que no es copia. La mano, alargada y llena de cálidos reflejos, está muy acabada

para aquel tiempo. Pero los rasgos y el modelado de las facciones iluminadas parecen auténticos. Los ojos tiene un aspecto vidrioso, por el gran brillo de la córnea, que se funde con el blanco de la piel. El contorno de la capa, repetido por anchas líneas en ambos lados, produce un efecto tembloroso, como de estereóscopo.

El busto del Ermitage está pintado con más amplitud, nervio y fuego (de la colección Coesvelt): casi monocromo, de un tono pálido-terroso, produce la impresión de un enfermo de fiebre (1). La cruz está sólo indicada en gris, el iris castaño. Mirada de cerca, la fisonomía consta sólo de colores claro y obscuro, puestos con pincel amplio sin fundir.

La expresión es repulsiva, pero la mano del maestro no se desconoce.

Asimismo hay también un retrato de cuerpo entero en traje de corte, de terciopelo negro, el cual fué adquirido de la colección del rey Guillermo de Holanda, con el *pendant* de Felipe IV, por el precio de 38.850 florines, aunque en la subasta Lapeyrière de París, en 1825, sólo alcanzó 11.520 francos (2). Este cuadro, apreciado un poco exageradamente, sólo tiene el valor de un cuadro de taller. La posición de la figura y el ambiente armonizan con el retrato de los veinte años; sólo la cabeza es de los cincuenta; la tez aseméjase al de Dresde, pero con reflejos luminosos. La mirada es nerviosa, un tanto llorosa. De los «tres caracteres del ilustre hidalgo, suave favorito y hábil político» (Stirling), no quedan más que ruinas.

¡Qué carácter tan lúgubre ha tomado aquí la cabeza! La inexorable edad, el trabajo que mina, y aún más las emociones destructoras de un temperamento indudablemente psicopático, le habían transformado de tal modo, que pudiera creerse que un espíritu maligno había imaginado aquel rostro para dar crédito á todas las maldades que se le atribuían. Desde el in-

(1) El color del rostro en los últimos años era «frá il terricio, e il cedrino».

(2) Antes, en la subasta Delahaute en Londres, 1817.

fausto año de 1640, y especialmente desde las traicioneras veleidades de su primo Medina Sidonia, notóse un cambio en sus facciones y en el color de su rostro, relacionadas con indicios de lesiones mentales (1). Los grandes de la corte le llamaban *el hombre triste*. Las heroicas líneas que en otro tiempo hacían pensar al embajador de Austria en un emperador, eran ahora facciones hinchadas y tumefactas; la boca hundida por la falta de dientes, la barbilla más pronunciada hacia arriba, de aquí la depresión y aire de perfidia de la cara. También los ojos parecen abismarse bajo las arrugas circulares y como pellizcadas; la mirada es recelosa; cuando quería ser amable, resultaba falso y hasta cruel. El bien cuidado bigote, único detalle en que parecía mostrar aún su vanidad, llega hasta la oreja y termina en un tufo redondeado. Póngase ahora como marco á este semblante la espesa peluca de zorro (*adoptiva cabellera*) (2), y tendremos un conjunto realmente siniestro (3). Podría tomársele por uno de aquellos apicarados parásitos de la corte, ó por la mascarilla inventada bajo un dudoso gusto teatral del brutal matón, traidor celestino, bravo y fullero.

Aquí podríamos citar algunas copias. Un busto que estaba en la colección del Príncipe de la Paz, llevado á Inglaterra desde Buchanan y vendido, en 1814, por lord Lansdowne, citado por Waagen (*Obras de arte*, II, p. 77), «de gran vigor en la concepción y maestría en la ejecución»; un crítico del Athenaeum (1877, 27 Enero) reconoce en él «el original auténtico de sinnúmero de copias»; si bien la acertada descripción que incluye (4) dispensa á los críticos de un examen fatigoso. Es

(1) Questa conspirazione ha oppresso di maniera l'animo del C. D..., che oltre alla mutazione del sembiante e del colore, si è da molti osservado che in gualche tempo la mente non è stata senz'alcun segno di lesione. GUIDIS, 24 Septiembre 1641.

(2) TIRSO DE MOLINA: *La gallega Mari Hernández*, III.

(3) La guardatura ha del torbido, e dello sforzato. Rel. Lucc., 1644. RANKE.

(4) Ex cessively dark, somewhat crude in the shadows, and rather heavy in the half tones.

una mala pintura, sombría y floja, en tono moreno de carne. Un retrato que trajo el general Meade, y que posee Richard Ford, es mejor, pero también está pintado en aquel tono pardo. En cambio, el cuadrito miniatura que se conserva en el Escorial es digno de confianza. Es más parecido al grabado de Paneel, bonitamente pintado en un tono caliente, fino y, sin embargo, fácil; originariamente elíptico, después puesto en un cuadrado. Encontrábase últimamente en el palacio de Madrid, en la sala Gasparini.

Hay tres grabados dignos de nota. El primero, admirable, está firmado por dicho grabador Hermann Paneels, y es del año 1638 (1). Los otros dos, probablemente destinados también á libros dedicados, son pruebas de placas no terminadas y abandonadas después de su caída. También aquí las facciones están hechas tan á estilo de Velázquez, que se le han atribuído á él mismo, haciéndole un dillettante en dos procedimientos de grabado.

La hoja de la Biblioteca Nacional de Madrid representa un busto con relieve, descansando sobre estrechos pedestales cuadrados, en armadura, la capa puesta á estilo romano. Está trabajado en estilo liniado; el rostro con rígidos y toscos arañados en cruz, por un mediano grabador, pero, sin embargo, entendido en el oficio (2).

La segunda hoja proviene de Cean Bermúdez, el cual puso al dorso una noticia (3). Sólo está acabada la cabeza, y por

(1) Fué hecho para la obra de J. A. Tapia y Robles. Illustration del Re nombre de grande. Madrid, 1638. El busto se encuentra en un marco ovalado, ornado de blasones y ramos de olivo. Arriba se lee: *Sicut oliva fructifera psalm*, 51. Abajo: *Ex archetypo Velazquez.* Hermann Paneels f. Matriti, 1638. En estilo liniado con puntos.

(2) Rosell y Torres: *Museo español de antig.*, IV, 107, lo tiene por una copia del pintor según su cuadro.

(3) Este retrato del Conde-Duque, grabado por Velázquez, es el mismo de quien hablo en mi Diccionario histórico, de los más ilustres profesores de las bellas artes en España, Madrid, 22 de Septiembre de 1813. Cean Bermúdez. También para Friedrich Lippmann la autenticidad es dudosa.

cierto, en estilo liniado con punzón; la peluca en largas líneas serpeadas, paralelas. El trabajo del rostro revela aún más que el de la primera hoja un grabador holandés experto. La expresión, recelosa en la de Madrid, es aquí ingenua. Esta hoja fué adquirida por el señor de Werther para su colección de grabados de Berlín.

JULIANILLO

De un acontecimiento que precedió á la caída del ministro, y quizá la precipitó, debía también quedar memoria en la obra de Velázquez. Se trata del retrato de un caballero de unos treinta años (su hijo natural). Aun el siglo pasado lo vió en la colección Altamira lord Francis Egerton, el cual lo compró en subasta más tarde (1827) en Londres por el risible precio de 37 libras 16 chelines. Hoy está en Bridgewater House.

D. Gaspar había tenido relaciones íntimas en sus años de aventuras con una célebre belleza, D.ª Isabel de Anversa, *amancebada* en aquel tiempo con D. Francisco de Valcárcel, dama de posición, y dicho hidalgo determinóse á reconocer el fruto que se le atribuía de estas relaciones. Era el D. Francisco *Alcalde de Casa y Corte,* por lo tanto uno de los más altos funcionarios de la Justicia, y estaba casado. Pero después abandonó á su suerte al pequeño Julián. Había cantado por las calles de Madrid, fué paje del arzobispo de Sevilla, llegó á Méjico con la flota, allí mendigó, sirvió como jornalero, escapó á la horca y estuvo de soldado en Flandes é Italia. Entonces volvió á España y se casó con una *Dama pública de la corte,* Leonor de Unzueta. ¡Toda una novela picaresca!

Olivares, que había perdido en el año 1626 á su única hija, la duquesa de Medina de las Torres, concibió en el estío de 1640, repentinamente, la idea de que este hijo natural podía realizar su ardiente deseo, al cual hacía mucho tiempo que había renunciado: legar su fortuna y su título á un heredero de su nombre. Tal vez tuviera parte en su determinación veleida-

des del sentimiento paternal; algunos creyeron descubrir una cierta semejanza. Le adoptó é hizo que se enviase la noticia á las Cortes. Destinóle el mayorazgo de Olivares y el ducado de Sanlúcar, para dejar «un testimonio de su gran favor» en esta *prenda de sus yerros pasados*, como le llamaba. Su vieja duquesa no opuso dificultad alguna; para persuadir más fácilmente al rey se hizo una hábil alusión al reconocimiento de su bastardo D. Juan. Julianillo fué instalado en el Buen Retiro, obtuvo un estado, fué gentilhombre de la cámara y acompañante del príncipe. Olivares le hizo cambiar el nombre de Julián, ominoso en España por su equivalencia con Judas, por el de Enrique Felipe de Guzmán, que sonaba mejor, «porque yo desearía que sostuviese dignamente la memoria de mi gran padre (!) y haga perdonar mis errores y mi menos digna memoria». La casualidad quiso que el héroe de la novela picaresca de Mateo Alemán, entonces en todas las manos, se llamase también Guzmán (de Alfarache), porque su abuela, entre sus adoradores, difíciles de reducir á número, señalaba uno de este apellido de antigua nobleza como el más verosímil padre de su hija. La sátira, pues, estaba dispuesta (1). En el mismo Alfarache, en Sevilla, había hecho construir Olivares una iglesia y un convento, donde quería que le enterraran.

Cuando su mujer, enviada á Sevilla, tuvo la oportunidad de morirse, contrajo matrimonio con la primer dama de Palacio, D.ª Juana Fernández de Velasco, hija del condestable de Castilla, duque de Frías, mandando hacer constar el padre en el contrato que había sido voluntad del rey (2). La boda se efec-

(1) El florentino Ottavio Pucci publicó los siguientes versos:

Vuestra Majestad despache
al segundo don Julián (el primero fué el traidor español),
que es el segundo Guzmán
que ayer lo fué de Alfarache.

(2) En las calles se cantaba:

Soy la casa de Velasco,
que de nada me da asco.

tuó el 28 de Mayo de 1842. Los reyes fueron testigos. El regalo de boda de la reina fué el magnífico mueble en que el príncipe había nacido, tasado en 20.000 ducados. El sentimiento de honor y de orgullo de la nobleza de Castilla mostróse de rara manera: el día de la publicación del matrimonio fueron los grandes y cardenales al Buen Retiro á dar el parabién al joven Guzmán. Cuando devolvió su visita al embajador de Toscana iban en su séquito el condestable, el conde de Peñaranda y una docena de titulados. ¡Qué había de hacer un pobre pintor! (1).

Velázquez pintó al heredero de los Guzmán en su nueva vestidura, acariciando con la mano el pequeño escudo de Alcántara. Pero es demasiado altivo para trabajar de veras; pinta con «la mitad de su genio», y hasta cubriéndose parte del rostro con la capa. El flamante traje nuevo lo pintó un discípulo. El gusto del advenedizo revélase en los abigarrados colores del traje, que, como dijimos, desdeñó el maestro; sin embargo, reconócese su firma en cierta contrariada negligencia.

Es un buen mozo; se sospecha en él la belleza de la madre: fuertes cejas obscuras, dulces ojos pardos, nariz ancha y pronunciada, labio inferior encarnado, grueso y saliente; una fisonomía cual se ve á menudo en aquellos cuyo destino es heredar riquezas. La frente es alta y estrecha; el alto occipucio recuerda al padre. Viste coleto de ante; anchas mangas blancas de lino con vuelillos de encaje salen de las mangas acuchilladas de la ropilla; banda y calzón carmesí, bota de montar guarnecida en los bordes. En la mano izquierda tiene el sombrero, con plumas blancas y azules. Se elogiaba en él que, aunque elevado por la suerte, parecía de una gran casa; pero se nota que lleva un traje nuevo. Ni su aspecto ni su expresión son los del hidalgo; parece entre contento y embarazado. Sobre él arroja sombras un cortinón azul bordado en oro.

(1) Si conobbe in quel caso la *viltà* degl'animi adulatori, perchè *tutti i grandi* della corte, e tutti i Titoli, e Signori jurono dargli il parabien á D. Eurico, Eccellenza. Así escribe Guidi en Marzo de 1643.

Waagen encontró el cuadro prevenido por el nombre del pintor, en prodigioso tono claro castaño encendido, magistral y cuidadosamente empastado. Las sombras del rostro son inusitadas; las manos, pequeñas y sin acabar; la que coge la insignia de la Orden parece una garra; la izquierda es sólo un embrión.

El retrato del Hermitage presentaba al amo de la gran monarquía en estado de decadencia. En uno de sus frecuentes ataques de popularidad dijo (como Ricardo III: *There is no creature loves me*): «Ni en las habitaciones del rey ni fuera de ellas tengo á nadie que me ame». Los reveses de la guerra y el deseo de contener la desmembración del reino prepararon su caída. En el año de 1640 sobrevino la dispersión: levantamiento de Cataluña, entrada de los franceses, separación de Portugal y proclamación de la casa de Braganza. Estaba «casi loco» (*quasi impazzisce*) en aquellos días; él mismo dijo al embajador de Venecia que cuando Tarragona vacilaba estaba él como quien espera su sentencia de muerte. La pérdida de Perpiñán, en Agosto de 1642, dice Nicolo Sagredo que fué el «golpe mortal». Sospechó siempre que la reina Isabel había de ser su Esther. La inevitable catástrofe de todos los *privados* fué tema preferido de los poetas; inspiró á Calderón, Tirso y Alarcón algunas de sus más fecundas creaciones; y á menudo oyó en los corrales de Madrid su conjuro de ventura así como su toque de muerte (1). Finalmente, el 15 de Enero de 1643 sonó la hora en que había de quebrarse el «vidrio» de su favor (2). Se le entregó un billete del rey, que empezaba así: «Conde: sabéis los años que go-

(1) Tirso, *Privar contra su gusto;* Alarcón, *Los pechos privilegiados*; y, más que éstos, Calderón, *Saber del mal y del bien*, donde el caído dice al favorito:

Como tú te ves, me vi;
veráste como me miro.

(2) La privanza e di vetro, che in piú d'una mano non lascia di rompersi. Girol, Giustiniani, 7 März. 1648.

bernásteis mi monarquía para su daño, el cual hoy he llegado á conocer». Cuando en la próxima audiencia invirtió más de media hora en defenderse, díjole el rey sin mirarle: «*No es más tiempo*, conde». Retiróse á la ciudad de Loeches. Allí, en la magnífica iglesia edificada por él, de monjas dominicas, tuvo tiempo de pensar, bajo el gran cuadro de Rubens, sobre el tema que en la «Cisma de Ingalaterra» pone Calderón en boca de Wolsey.

¿Que ayer maravilla fuí,
y hoy sombra mía aún no soy?

No quería recibir ninguna visita, pues con los amigos no podía mostrarse blando ni darles ocasión de disgusto, y con los demás temía perder la calma. Pero como escribiese una vehemente defensa, resolvióse alejarle de la corte. Su sobrino Haro llevóle la noticia. No quiso ir á Sevilla, y eligió la pequeña villa castellana de Toro. De camino tocó en Madrid por última vez, oyó misa en Atocha y comió en Pozuelo de Alarcón; allí y en La Torre le visitaron el oficial Haro con varios señores de la corte y su bastardo y muchos caballeros. Parecía muy abatido y dolorido, y había encanecido por completo. Entre los caballeros estaba Velázquez. Tales visitas no eran peligrosas, pues el rey le trataba todavía con consideración y hasta demostró que aún le conservaba afecto. En la sesión del Consejo de Estado, donde explicó las variaciones en el Gobierno, elogió su buena voluntad en servirle y fundó su separación en su resolución de gobernar al pueblo sin *privado*. Olivares murió el 20 de Junio de 1643.

Don Enrique fué alejado de la Corte, y terminó en la misma década. Doña Juana ingresó en un convento, y su hijo murió en la niñez.

QUEVEDO

Sobre tales grandezas, en parte sombrías y en parte ilustres, sobresale un hombre ante el cual el español de hogaño, que sólo guarda para Calderón un patriótico respeto, y por

cierto á alguna distancia, siente aún cálido entusiasmo, y cuyas palabras suenan aún como las de un vivo (1): Francisco Gómez de Quevedo y Villegas, montañés, como él se jactaba de serlo, nacido en Burgos en 1580.

Fué un grande hombre, si bien nadó en medio del turbulento remolino de la época, y no se vió libre del contacto del mal gusto y de las corruptelas reinantes. Aunque sin perder de vista los viejos ideales de la nación, su inteligencia encontrábase como en su casa en cualquier realidad de todo género y grado, y su fantasía se vió á menudo «dominada por lo vulgar». Con una mano esparcía grandes y nunca dichas verdades; con la otra pintaba (con paleta que hubiera envidiado Zola) la baja ralea de la sociedad española, la turbia fermentación y las feroces borrascas de su indómito corazón.

Él mismo ha transmitido su retrato: «Es hombre de bien, nacido para mal; hijo de algo, para ser hombre de muchas fuerzas y de otras tantas flaquezas; es de buen entendimiento, pero de no buena memoria; es corto de vista como de ventura; hombre dado al diablo, prestado al mundo y encomendado á la carne, rasgado de ojos y de conciencia, negro de cabello y de dicha, largo de frente y de razones».

Estaba cojo, con las piernas torcidas hacia atrás (le llamaban el *Diablo Cojuelo*), con lo cual tenía la más perfecta disposición para la sátira; en la despiadada mordacidad de su burla como en el poder de su inteligencia iguala á Jonathan Swift, y también en los naufragios de su vida; sólo que á él la desgracia le llegó de fuera. El deán de San Patricio perdió el logro de sus ambiciones á consecuencia de una alegoría bastante inofensiva sobre los tres partidos eclesiásticos, que hirió el sentimiento de la reina Ana. Quevedo, cuyo *Gran Tacaño* está sembrado de crueles blasfemias, nunca se atrajo seriamente las censuras de la Inquisición.

(1) En el año de 1870 apareció *Al Rey électo*, 191 pensamientos, máximas y consejos de Quevedo, que debe tener muy presentes para su gobierno el duque de Aosta.

Su retrato falta en el Museo del Prado, al lado de aquellos entre quienes en otro tiempo esgrimió su agudo y casi siempre cortante numen; pero existe, aún más puro que el de ningún poeta de su tiempo, en color y también en tono. Un notabilísimo dibujo del joven poeta, probablemente del natural, encontramos en la obra de Pacheco, desgraciadamente sin texto, bajo el número 48 en la edición Asensio; Quevedo mismo lo celebró en la silva 25 del *Parnaso* (1).

El retrato de Velázquez descrito por Palomino (Museo, III, 333) se encontraba, á lo que parece, en el siglo pasado, en la colección de D. Francisco Bama, en Sevilla, donde lo vió el inglés Twsis (2). En la Biblioteca Nacional de Madrid hay una grosera copia; otra peor hubo en la colección de José Madrazo, y es conocida por una litografía de Camarón. La pequeña cabeza con anteojos, atribuída á Murillo en la galería La Caze (Nr. 28, cir. 28, diámetro 0,29), no es Quevedo. La forma de la cabeza es completamente distinta: frente corta y deprimida, con fuertes cuencas sobre los ojos; nariz aguileña saliente.

Quevedo fué un admirador de Velázquez; de él proviene el primer testimonio escrito sobre el pintor en la silva *Al pincel*, del *Parnaso*. Comprendió ya todas las cualidades que después

(1) En la biografía-prólogo de D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe á las obras de Quevedo de la edic. Rivadeneyra (Madrid, 1859-1877), se examinan la mayor parte de los grabados, por cierto bastante mediocres y desfigurados por adiciones de mal gusto, que figuran en las ediciones de Quevedo, indicándose como el mejor, copiado á menudo, entre otros, por Carmona, un pequeño medallón que figuró á la cabeza del Parnaso español en 1648. Este grabado fué, según refiere un tal D. J. A., dibujado por Alonso Cano A°CA. Con el medallón rivaliza, según Guerra, DEL un segundo grabado, según un original extraído de Madrid, dibujado en la edición de 1715 por Salvador Jordán, y de allí tomado para la de Amberes (grab. de Bouttalz); pero éste se remonta al mismo original, que no es otro que el cuadro de Apsley House.

(2) An original protrait of Quevedo, with spectacles, by the same Velázquez. A fine engraving, by Carmona, of this picture is inserted in the 4.th vol. of the Spanish Parnassus. Twiss: *Travels in Spain*, 308.

se han alabado en su pintura. Verdad, no sólo parecido; el relieve y el bulto, lo *mórbido* de las carnes, la vida, la justeza de su imagen, que igualaba á la de un espejo; su técnica magistral y la blandura de su pincel (1).

El retrato de Apsley House (24 × 21 ¾), adquirido por Wellington en el año 1841, en Londres (L. 105), fué tenido entonces por un abogado español. No pudo ser pintado después de su último encarcelamiento en la cripta de San Marcos, de León, de la cual salió como hombre acabado; procede de la época de su favor, tal vez de cuando era secretario de S. M. (1632). Un enérgico rostro pronunciado, circundado de abundante cabellera y un poco vuelto á la izquierda, sobre fondo obscuro, algo aclarado hacia el hombro derecho, en un tono metálico con reflejos de luz y de sombra.

La autenticidad de este cuadro ha sido rotundamente negada por el Sr. A. de Beruete, que lo examinó en compañía de su retratista de París. Ambos echan de menos en él la *griffe du lion*. Mi convencimiento sobre su autenticidad se formó en el nuevo examen que pude hacer de él en la Exposición de Julio de 1901; la vida personal é ingeniosa de aquellas fac-

(1) Por ti el gran Velázquez ha podido,
diestro cuanto ingenioso,
ansi animar lo hermoso,
ansi dar á lo mórbido sentido,
con las manchas distantes
que son verdad en él no semejantes,
si los afectos pinta,
y de la tabla leve
huye bulto la tinta, desmentido
de la mano el relieve.
Y si en copia aparente
retrata algún semblante, y ya viviente
no le puede dejar el colorido,
que tanto es parecido
que se niega pintado, y al reflejo
se atribuye que imita en el espejo.

(*Obras*, III, 317.)

ciones, hechizadas con la sencillez y carencia de énfasis en el procedimiento que sólo posee un pintor de la categoría de Velázquez, se me ofreció más de manifiesto que anteriormente (1). Es verdad que faltan los rasgos sueltos del impresionismo, sin los cuales parece que no se puede celebrar á Velázquez. Pero ya hemos visto cuántas falsificaciones pueden esconderse bajo esta piel de león.

Quevedo nos ha dejado en verso una descripción humorística de su aspecto exterior, espejo de su interior, y que corresponde exactamente con el retrato. La frente es alta; en su centro se reúnen los más fuertes y anchos rayos de luz; del nacimiento de la nariz arrancan anchas y hondas arrugas, y no faltan dos cicatrices horizontales. Estaba orgulloso de esta frente ancha y despejada (2).

Los ojos aparecen detrás de los grandes y redondos lentes de unos anteojos de asta, cuya armadura arroja sombras sobre la cara, pues este agudo y perspicaz observador fué atacado de acentuada miopía cuando se graduó, á los quince años, de Teología en la Universidad de Alcalá. Había acortado su vista con incesantes lecturas (entre ellas orientales), pues leía en la mesa, de viaje, en la cama; llevaba en sus viajes unos cien tomitos pequeños en una bolsa de cuero. Tenía no sólo el apetito, sino las fuerzas digestivas, de un polímato; su estilo conciso, obscurecido por juegos de palabras y por inesperados é inusitados giros, es (como el de Hamann) el estilo del recolector. Desmentía la máxima de que la mucha lectura paraliza el ingenio. Así, pues, las antiparras no eran en este caso una manifestación de la vanidad española (3).

---

(1) Esta impresión es también la de A. Bredius, Spaansche Kunst te London (Nederlandsche Spectator, 1901. Nr. 22).

(2) Cabeza ancha, bien repartida, suficiente para mostrar por señas mi agudeza; frente larga y blanca, con algunas viejas heridas, testimonio de valiente.

(3) C'est surtout la folie d'être aveugle qui a fait fortune... De bons yeux sont devenus le partage de la canaille. M. de Langle: *Mon voyage*

Los ojos son rasgados, grandes y redondos (1). Lerma los llamaba en una poesía claros como el cristal, y él mismo, «turbios á la vez que claros» (2). Inciertos y miopes sin los lentes, mostraban tras de los cristales, como puede verse en el cuadro, una mirada firme, fría y penetrante, muy diferente de la acostumbrada mirada al sesgo, que sólo se dejaba para los grandes personajes. No es la mirada del poeta ó del filósofo, sino más bien la del político ó del conocedor de los hombres, ante la cual las apariencias se disipan, y las cosas se vuelven transparentes; una mirada desconcertante, con cierto tinte despectivo, así como también la boca, que expresa menosprecio y orgullo (3). Por efecto del brillo de los lentes, parece salir de un fondo profundo y obscuro. Cuando su protector y pariente espiritual Osuna, cuya mano derecha había sido en la administración de Sicilia, trató de obtener el puesto de Nápoles, envió á D. Francisco á la corte con la caja de caudales (3.000 ducados); allí vió ante sus ojos á los grandes «en la triste desnudez humana».

A pesar de esta mirada de observador, hay en el conjunto de su rostro, en la actitud de la cabeza, algo del batallador, del hombre de espada (como lo atestiguan las cicatrices de la frente), del vivo y sarcástico controvertista. No le faltaban ni las dotes naturales del valor ni las del moralista. Los lectores de entonces no leerían sin espanto sus versos reproducidos en los *in usum delphini* de los satíricos romanos y más de una

---

en Espagne. Neuchatel, 1785, II, 93. Los generales se hacían retratar con monstruosas antiparras; por ejemplo, el *Marqués de Velada* en un grabado de ANT. VAN DER DOCS.

(1) Ojos rasgados, aunque turbios; serenos, aunque tengan mil enojos.

(2) Lisura en verso y en prosa,
Don Francisco, conservad,
ya que vuestros ojos son
tan claros como un cristal.

PALOMINO: Loc. cit.

(3) Dijo en cierta ocasión de sus hombros: «que causa el verme al más valiente asombro!»

frase de la *Monarquía de Christo* y de la vida de Marco Bruto, en los cuales figuraban Don Felipe y Don Gaspar. Si bien ocasionalmente maestro en irresistible adulación y en paliativos diplomáticos de graves verdades, poeta de corte, era, sin embargo, en él la «libertad en el decir» cualidad de temperamento (1); poseía la experiencia y el arte espantoso de «decir la verdad», cosa que no estaba administrada todavía por la libertad de la prensa ni de la palabra. Había dominado no sólo los estudios de la Universidad, sino la más difícil escuela de los negocios. El que un hombre de esta clase pudiese vivir sesenta años en la corte, demuestra ciertamente que el despotismo de Felipe IV no era muy penoso. Este oyó decir de él que un rey que se deja gobernar de otro hombre no es más que un guante.

Los negros cabellos (cejas *rojas*) flotan alrededor de la cabeza rizosos, ornando la frente y cubriendo las orejas. Algunos hilos plateados aparecen aquí y allá. En él se revela algo parecido á un campo herido por la tempestad. Esta cabeza descansa sobre fuertes hombros y alto pecho (2). Las abultadas alas de la nariz dejan leer el temperamento como entre líneas, pues no se puede negar que el inquieto ardor de aquel espíritu está latente en el cuadro, y sólo quien le conociese podría sospechar en aquel rostro, al parecer inexpresivo, las huellas de tormentosas pasiones, el trabajo del pensamiento, la lucha con la vida y con la muerte. A esto contribuye la iluminación: de lejos sólo se veía emergiendo de la obscuridad parte de la cabeza, que se ha hecho sólo visible recientemente por una restauración (3).

---

(1) Se le tachaba de ingrato aun con Osuna. Questo cavaliere, escribe el embajador veneciano, hablando de su prisión, era di buonissima conversacione, pero picante, e dicono ingrato. Dap. 17, Dic. 1639.

(2) Pecho alto, y en generosa compostura, donde puedan caber honra y provecho.

(3) De Colnaghi. Se temió que al quitar la obscura cubierta apareciese otra mano.

Más de relieve está su carácter en el notable busto en tierra cocida de la Biblioteca Nacional. Intrigó á los artistas de Madrid quién podía haber hecho aquella cabeza. Todos hablaban de Alonso Cano; pero su trabajo plástico no tiene ningún parecido con el estilo de esta obra. Y si Cano (pág. 67) se acercó tanto á las facciones del poeta ¿por qué había de haber utilizado para su dibujo otro modelo? El busto debió de haber estado en palacio y ser regalado por Felipe V á la Biblioteca. ¿Por qué Felipe IV, que se rodeaba de cuadros de bufones, había de haber desterrado al satírico? Aunque hubiese sido un sentimental que no pudiese resistir el amargor de la verdad, era bastante amigo del arte para encontrar placer en el mencionado barro. Mi opinión es que un italiano, quizá Quevedo, lo trajo de Nápoles. Hay algo en él del espíritu de las cabezas de Lorenzo Bernini. La libre concepción italiana aparece allí en oposición á la siempre reservada cuando no ceremoniosa del artista español. Es el único caso en que Velázquez no se muestra en un mismo asunto superior á sus colegas de aquel tiempo.

Aquí aparece el hombre arrancado de la vida; habla y se mueve. La misma fuerza, las arrugas y cortaduras, especialmente alrededor de los ojos (profundos), de la nariz y de la boca, aún más acentuadas y rasgadas; los cabellos mejor dispuestos y en anchos rizos mezclados; el mismo mechón corto reposa sobre el lado izquierdo de la frente; las mismas cicatrices; la misma nariz ancha y prominente. Todo esto hace que se le reconozca, pues el busto no lleva firma ni nombre. Sólo la expresión es diferente. No tiene el mismo continente firme, correcto y altanero; la cabeza se inclina sobre el hombro; la mirada algo de lado, inclinada, como perdida; durante el ocio de la sesión el artista se entrega á sus pensamientos. Nada, sin embargo, de flaqueza, pequeñez ó de vanidad; pero se ve la huella de vehementes pasiones que han dejado en él algo de fatiga. Un hombre en cuya vida nada hubo de programa; cuyos escritos satíricos y poesías eran obras de ocasión y que sólo en

el destierro ó en la cárcel emprendió discursos políticos de largo aliento sobre textos bíblicos ó clásicos; cuya obra principal, *Los sueños*, parecen una guirnalda de ocurrencias sueltas. Un hombre cuya alma estremecida hasta el fondo por los acontecimientos y pasiones de su época nunca llegó á estar tranquila, y cuando una vez lo intentó y se dejó cazar por sus protectores (ventajosamente), sólo duró un año su dicha; cuyos ojos llegaron seguramente á lo eterno, pero como el navío ve su estrella entre las nubes en la tempestad, que le lleva á estrellarse por fin contra las rocas.

EL ESCULTOR MARTÍNEZ MONTAÑÉS

En el año de 1636, cuando se estaba construyendo la estatua ecuestre de Felipe IV, se envió también un modelo de la cabeza, para cuya preparación fué llamado á Madrid desde Sevilla el ya entrado en años Juan Martínez Montañés. Si bien nada se dice en la extensa correspondencia entre Florencia y Madrid sobre aquella gran obra, de tal modelo, como tampoco de la existencia de un busto de Felipe en tamaño mayor que el natural, sin embargo, el hecho se deduce de una solicitud de aquel escultor al Tribunal de Comercio de las Indias, fechada en 19 de Septiembre de 1648, que fué extraída por Cean Bermúdez del Archivo correspondiente.

Según ésta, Montañés fué llamado por orden de Su Majestad para «hacer un retrato de su real persona para enviarlo al archiduque de Florencia que lo había pedido para una estatua ecuestre». A consecuencia de lo cual dejó su casa y su trabajo y permaneció en la corte siete meses, terminando su cometido tan á satisfacción de Su Majestad, que el retrato fué expedido al punto para Florencia (1).

El rey, cuya caja estaba poco repleta, le dió en vez de ho-

(1) Cean Bermúdez, Diccionario III, 86 y sigs.

norarios una (*cédula*) contra el Tribunal de Comercio de Sevilla para que se le concediese á su elección una *nao de visita* en la flota de Tierra Firme, ó sea una parte de las utilidades. Pero hacía largo tiempo que no había barco disponible, y tenía que esperar más de doce años. Entonces, viejo, con numerosa familia y necesitado, reclamó en vano; poco después murió; sólo diez años más tarde (1658) la viuda pudo vender la cédula á un comerciante por una barra de plata de mil escudos de valor.

Su llamamiento á la corte se efectuó probablemente á propuesta de Velázquez, el cual conoció al artista en su juventud en Sevilla, y valido de las relaciones de su suegro le había proporcionado trabajo y nombre.

Cuando yo examinaba el retrato ecuestre de Tacca (1877), me chocó la semejanza de la cabeza abocetada del retrato del escultor en el Museo del Prado de Madrid, tenida generalmente por Alonso Cano, con Felipe IV, y me pregunté si no sería este Montañés modelando al Rey para Florencia. Me llamó la atención aquella actitud de la cabeza, en la cual la figura de Tacca difiere de casi todos los demás retratos del rey (1).

Mi sospecha (2) se convirtió en certidumbre cuando vi en la Academia de Sevilla el retrato del Montañés de Varela. Pues á pesar de las variaciones que operan más de veinte años en una fisonomía, el fondo invariable es el mismo. Únicamente la edad ha suavizado las rígidas y toscas formas. Es de notar que la mano derecha, con el modelo en madera, está dispuesta y dibujada lo mismo que en nuestro retrato. La izquierda tiene una estatuita ó más bien un boceto, probablemente un San

(1) Según el único dibujo positivo de la Biblioteca de Madrid. El grabado de los Anales de STIRLING, II, 780 (de la Galería española del Louvre) representa un viejo sacerdote; la cabeza del Hermitage (393) es totalmente distinta. En los españoles ilustres hay un grabado de J. BÁZQUEZ.

(2) A la cual llegó por su parte é independientemente de la mía P. LEFORT. Qui pourrait bien être celui de M. M. *Gazette des B. A.* 1882, II, 409.

Jerónimo. Según esto, habría que añadir un retrato del celebrado maestro de la escultura estofada en Andalucía á la colección de retratos de Velázquez. Montañés, que había ya hecho en 1608 un Niño Jesús para el sagrario de la catedral, y se llamaba viejo en 1648, debía tener entonces unos sesenta años.

Se ha querido fechar el cuadro en los últimos años del maestro, probablemente para hacer notar su correspondencia con el viejo Cano. El retrato no terminado (*retrato por acabar*) le da una aparente semejanza con la llamada tercera manera. Las ligeras rozaduras de las partes de sombra han sido dejadas en tal estado, y también en el tono de la carne anaranjado y rosado se perciben los granos de la tela. Sin embargo, las partes de luz tienen tan soleada claridad, la plástica es tan insuperable, que se pudiera decir que el pintor no llevó más adelante la ejecución porque su objeto estaba conseguido. El viejo escultor talla un busto indicado con un mínimum de líneas sobre la primera capa del fondo; sobre este lienzo todo está en un grado de ejecución diferente, pues hasta se dan partes acabadas, como el traje negro del artista.

La mano derecha descansa encima del busto; la derecha está esbozada con gran espiritualidad, está conservada en su primer impulso. Cuatro dedos sostienen el buril; el dedo meñique está suelto, indicado por gruesas líneas de luz serpeantes. Aunque con sencillísimos elementos, pocas manos hay tan elocuentes como ésta. Palpita de vida. Está sorprendida en una pausa. El ojo investigador sorprende las formas de la naturaleza; la actividad modeladora del cerebro detiene en el momento del impulso la mano escultora.

La cabeza pertenece á un tipo muy frecuente en Castilla; el autor vió en uno de los primeros días de su llegada á Madrid un hombre muy parecido en un antepecho del teatro de Variedades. Ancha, bien formada y prominente frente, espesas y vellosas cejas, casi unidas; ojos pequeños y asombrados, ligerísimamente bizcos; nariz un poco deprimida entre los fuertes pómulos. El pelo gris (perilla y bigote casi blancos), ya esca-

so, especialmente sobre la frente. Se lee en estos rasgos el trabajo de una larga vida, cuyo fruto en numerosas obras de Sevilla y su provincia está reunido tan completamente. Obras que hoy, después de cerca de tres siglos, evocan en el pueblo la ocupación de toda su vida. La expresión de este hombre es noble y leal. La cabeza armoniza con la impresión que producen sus estatuas; un artista, ni observador ni fantástico por completo, pero sí un imaginero de noble gusto. Respetuoso con la tradición, proporcionados cuerpos y seriedad española.

El artista viste amplia ropa negra con cinturón de cuero y capa de seda negra, traje con el cual apenas podría trabajar á no ser que tuviera ante él una persona muy principal.

Desde Ticiano y sus campesinos, los escultores (aparte de los pintores) se hacían retratar con las producciones de su arte, estatuitas en la mano y rodeados de obras plásticas. También España poseía un buen modelo en el retrato de Pompeo Leoni con el busto en mármol de Felipe II, manejando el buril, del veneciano Greco, en otro tiempo en la posesión de sir W. Stirling, en Keir.

De Van Dyck hay un retrato del joven Franz Duquesnoy con una vieja cabeza de sátiro, sonriendo sarcásticamente, en la mano (1). Huberto van den Eynden apoya el codo con aristocrática indolencia sobre la cabeza de un durmiente; Adrian Colyns de Nole (ambos en la Iconografía) tiene la mano derecha sobre el cráneo de una antigua cabeza de tamaño superior al natural. Estos asuntos han sido reproducidos á menudo, sólo que desempeñando los artistas cada vez un papel más activo (2).

(1) En poder del rey Leopoldo II de Bélgica, grabado de Ch. Wattner.

(2) En la Escuela des Beaux Arts se encuentran muchos ingeniosos retratos de esta clase; por ejemplo, Jackes Buiret, 1661; Corn. van Cleve, 1681; René Frenim, 1701; I. B. Lemoine, 1738; Louis Claude Vassé, 1851, y otros. Jean Thierry, en el cuadro de Largillière, pone la mano con el tiralíneas sobre la cabeza de mármol. En el retrato de Couston de Le Gros descansa la mano, con el martillo, sobre la frente de una grande y antigua cabeza de mujer.

Nicolás Couston de Rigaud apoya una mano sobre el buril á manera de bastón de mando, y la otra sobre la colosal cabeza de un caracalla, á la manera de un domador de leones que echa atrás la cabeza ornada de la flotante melena.

En estos retratos se pregunta á menudo lo que la figura hace ó quiere hacer en realidad. En Velázquez se sabe. Nos muestra al artista en plena creación, absorto en su modelo.

Carlos Justi

CRÓNICA LITERARIA

Los civilizados, de Claudio Farrere. — El desquite del romanticismo. La evolución de la moral en la novela.

Entre las novelas extranjeras recientemente traducidas al castellano, con dificultad se encontrará alguna más digna de atención que *Los civilizados*, de Claudio Farrere, premiada por la Academia de Goncourt. No tiene la vasta grandeza de cuadro clásico, el perfume de humanidades de *¿Quo vadis?* ni el ardor proselitista de *¡Abajo las armas!*, de la baronesa de Sutner; pero, á mi parecer, supera á estas dos obras en ejecución literaria, y plantea con singular agudeza el problema moral de los tiempos modernos, la lucha entre el hedonismo, á que conspiran todas las causas que han debilitado los fundamentos clásicos de la moral, y la fuerza que aun conservan en los espíritus más independientes los principios rectores de esta moral que ha venido rigiendo hasta el presente. Tiene la ventaja *Los civilizados* de no presentar tesis alguna, de no descubrir proselitismo ni intención de propaganda. No hay en sus páginas más que hechos. La aplicación moral tiene que hacerla el lector. Se trata, pues, de una obra interesante en dos sentidos: por la fábula, ó sea por lo estrictamente novelesco, y también por las ideas que en ella se agitan, por el tema de meditación filosófica que brinda. Y aun podría añadirse que *Los civilizados* es una de esas obras que pueden servir de jalones ó hitos de la evolución de las ideas éticas en la novela. Ya se

sabe que los hitos son cosa artificial, que no brota espontáneamente de los campos, pero son útiles para marcar límites.

***

La acción de *Los civilizados* se desenvuelve en Asia, en la Cochinchina francesa, y esto la da cierto ambiente de exotismo que nos hace recordar las obras de Pierre Loti, novelista y viajero, cuyas fantasías novelescas han peregrinado por todo el mundo. Pero esta impresión es superficial y pasajera. Pronto se advierte la gran diferencia que hay entre el subjetivismo lírico de los relatos de Loti, que suelen reproducir la misma canción de amor en escenarios y con trajes diferentes, y la fuerte impresión de vida colectiva, el vigoroso objetivismo y la inquietud por los problemas de la voluntad comunes á la mayoría de los hombres, que se desprenden de las páginas de *Los civilizados*. Hay en esta obra más grandeza y más solidez que en las del autor de *Ramuntcho*. Sus cimientos ideales son mucho más anchos y más hondos.

El título: *Los civilizados* y el lugar de la acción engañan. Al abrir el libro creemos que vamos á asistir á una nueva edición de las sátiras contra la civilización, inspiradas en un falso sentimentalismo rousseauniano, que tan frecuentes son en el día, á esas declamaciones contra los civilizados que, sin respetar la independencia y el derecho á la barbarie de los pobrecitos bárbaros, les conquistan económica ó militarmente, y les llevan fusiles, licores, escuelas, telégrafos y otras cosas, sin las cuales lo pasaban antes tan ricamente. Esta doctrina me parece falsa; está refutada por la historia y por el sentido común. Las crueldades y crímenes de los colonizadores, con ser tan abundantes, nunca igualan á las crueldades y crímenes que son el régimen ordinario, el pan nuestro de cada día del salvajismo y la barbarie. Pero como la novela no es la verdad, existe ahí un asunto novelesco; Baroja lo ha tratado en un libro reciente, de poderosa y demoledora sátira: *Paradox Rey*.

Mas no es ese el asunto de *Los civilizados*. *Los civilizados* no son los blancos en general: no son los colonizadares, no son los franceses que gobiernan y explotan aquella tierra asiática en que se desarrolla la acción de la novela. *Los civilizados* son civilizados por antonomasia; son el fruto último de una civilización sin fe y sin ideal, en que todos los móviles colectivos han ido atrofiándose y cediendo el puesto á un monstruoso florecimiento del egoísmo. Las almas de estos civilizados son el verdadero asunto de la novela. Lo demás es marco, escenario, fondo de la acción.

Este fondo del cuadro tiene, sin embargo, un gran relieve plástico. Saigon, donde la fábula se desenvuelve, es una ciudad de corrupción y placer, una pequeña Babilonia moderna donde se han juntado los vicios y las pasiones de razas diferentes, la corrupción asiática y la corrupción europea, dando por resultado una vida amoral, consagrada á la conquista de la riqueza y al deleite. En estos países exóticos, donde el europeo es el amo, el dominador, pierde todos los respetos que le atan en su patria. Es conquistado con el ambiente de los pueblos que él ha conquistado con las armas y el comercio. El enervante perfume sensual del Oriente hace germinar en su alma los vicios y la molicie del Asia junto á las pasiones y los impulsos del occidental. Saigon es una ciudad disoluta, como aquellas antiguas urbes sobre cuyas abominaciones invocaban los profetas la cólera celeste. Todos los vicios se han dado allí cita. Las mujeres se venden. Todas tienen su tarifa—dice uno de los personajes de la novela. Los hombres especulan, explotan, corren tras el deleite en todas sus formas, hasta las más monstruosas. Tienen congais y boys annamitas para alternar con sus queridas europeas, que son mujeres de funcionarios, de abogados, de personas salientes de la colonia. El vicio de Europa tiene allí una intensidad desenfrenada, un arrebato cálido y morboso, está desnudo de todo idealismo, despojado de toda espiritualidad. La sensualidad no se disfraza con el nombre y las apariencias del amor. Y en el barrio chino de

Cholon, los fumaderos de opio y los bars donde se venden brebajes excitantes, mezclas extrañas de alcohol, de canela y de pimienta, venenos que enloquecen, brinda á la bacanal vibraciones y estremecimientos de pesadilla lúbrica, de alucinación vesánica.

De este cuadro se destacan las figuras de los civilizados. Uno de ellos es médico, Raimundo Mevil; otro ingeniero, Torral; el tercero marino, Fierce. Ricos los tres, escépticos, sin ideas morales, sin creencias ni prejuicios, para ellos el único empleo racional de la vida es el goce individual. Su manera de concebir y de practicar la existencia está muy lejos de aquel sereno hedonismo antiguo que buscaba la felicidad por los luminosos senderos de la idea y que á veces la ennoblecía identificándola con el bien y la virtud. Estos hombres sienten el desgano de la vida, necesitan aturdirse, embriagarse de goces. Para ellos la felicidad es una de tantas supersticiones de los bárbaros; lo único apetecible es el placer del minuto presente.

Los bárbaros no son para ellos los asiáticos, los annamitas, los chinos, los naturales de aquellas tierras exóticas, de aquel viejo, enigmático y corruptor Oriente. Son los que participan de los sentimientos colectivos, los que creen en la moral, en la religión, en el derecho, en la patria, en las grandes creaciones históricas del espíritu colectivo. Los civilizados cifran su civilización en haberse emancipado de esas ideas y esos hábitos, en haber puesto sobre ellas el culto á su yo.

El carácter de *Los civilizados* se manifiesta en cien episodios. Mevil, que es el gran conquistador de mujeres de la colonia, hace su querida á una cantante de opereta, Elena Liseron, que llega con una compañía á Saigon. Elena, que es también á sus horas civilizada, y es sobre todo la mujer ligera de todos los tiempos y de todos los climas, le engaña con Fierce. La cómica piensa al principio que vale más tener dos amantes que uno; pero después va aficionándose á Fierce, que es el más sano, el menos podrido de los civilizados y al mismo tiempo

más joven y más guapo que Mevil. Y cuando Fierce, hastiado, la despide, la mujer siente una tentación de venganza. En presencia de los dos hombres que han disfrutado simultáneamente sus favores, dice á Mevil señalando á Fierce:

—He sido suya.

Ella espera el drama, el estallido pasional, la lucha entre los dos hombres, tal vez el desafío. La cómica conserva aún un fondo de romanticismo. Su decepción es inmensa. Ríe Mevil, ríe Fierce, ríen los civilizados. Aquella confesión les parece grotesca; los celos no son sentimientos de civilizado. Entonces ella, furiosa, les increpa.

—¡Cobardes!—dice.—¡No os importa que vuestras mujeres tengan trato con el primero que se presente! Pues bien, yo, que soy una perdida, voy á deciros lo que sois: guiñapos, podridos! Si os abofeteasen no sentiríais los golpes. Lo que corre por vuestras venas no es sangre. Es...

***

Lo más nuevo, lo más interesante y dramático de la novela es la transformación de los civilizados, que son al cabo vencidos por el amor, por las ideas y sentimientos atávicos que ellos desprecian y de que se han reído tantas veces. Fierce, el menos corrompido de los tres, se enamora de una joven pura, que pasa por el fango de la vida saigonesa como una visión de luz, como un blanco fantasma de amor. Va á casarse con Selysette Sylva; va á desertar de los civilizados y á retornar á la barbarie tradicional, hacia la que le llaman tantos antepasados lejanos. Pero la corrupción ha echado hondas raíces en su alma. No se atreve á desafiar las burlas de los otros civilizados. Una noche se va con sus compañeros, con Elena Liseron y otra cómica desvergonzada á una partida de placer. Cuando ya de mañana vuelven de la orgía, con las mujeres medio desnudas en el coche, recostadas en Fierce, se cruza con ellos el coche de Selyssette. Ha visto á su prometido, lan-

za un grito y se desmaya. Fierce comprende que su idilio de amor ha terminado. Aquella mujer, altiva y pura, no perdonará. En esto surge la guerra con los ingleses. Los acorazados británicos bloquean á Saigón. Fierce, que tantas veces se ha burlado del patriotismo, manda un torpedero, y va á morir allí por la patria y el honor militar, lanzándose con su frágil nave al asalto de los negros acorazados enemigos. El torpedero se hunde, acribillado por las granadas de los cañones ingleses; pero se hunde después de volar al *King Edward*.

También Mevil es vencido por el amor. Desea apasionadamente á dos mujeres. Una es casada, la Sra. Malais, esposa de un rinco banquero de la colonia. Otra es una muchacha soltera, Marta Abel, pobre, elegante, hija del subgobernador de la colonia, de alma enigmática, desengañada y sabia como una *demivierge*, pero honesta. Mevil querría á la una por querida. A la otra... la seducción de la otra le domina; por la otra es capaz de todo, hasta de dejar de ser civilizado. Excitado por la indiferencia de Marta, llega á ofrecerla su mano. Y es una de las más dramáticas escenas de la novela aquella en que Marta rechaza altiva y fríamente á Mevil. Ella es pobre, pero no se venderá, no se entregará á á un hombre gastado por los vicios, que la inspira repugnancia y aversión. Mevil, humillado, desalentado, siente que se le rompen en el alma los resortes de la voluntad, que se paraliza en él el amor á la vida, y en un paseo, sin ánimo para desviar la bicicleta en que ha salido á entonarse con el ejercicio físico, va á morir bajo los caballos del coche de la Sra. Malais. Aquella mujer, que no ha querido entregársele, que se ha mantenido á distancia de él, honesta y fría, besa el pañuelo en que ha dejado la sangre de Mevil una rosada huella. Quizás le amaba.

Ese es el fin de los civilizados. Sólo Torral, el ingeniero, el más corrompido de los tres, persevera en su egoísmo triunfante, en su desdeñosa egolatría. Cuando estalla la guerra le corresponde, como oficial de la reserva, mandar una batería de

tierra, y deserta, huye á Manila en un buque alemán. Que se maten los bárbaros.

*
* *

La ejecución de la novela de Farrere me parece de una gran perfección artística. La acción está conducida con vigor y soltura extraordinarios, sin que decaiga un punto el interés dramático. Tienen las descripciones un vivo colorido de paisajes, de multitudes, de viviente panorama humano. Tienen también una robusta crudeza realista, no sólo disculpada, sino exigida por el asunto y por el espíritu de la novela. El autor no vela nada en el cuadro de la corrupción colonial, en la pintura de aquella tierra de deleite y de disolución de todos los sentimientos morales y todos los idealismos del espíritu. Creo que en esta novela, que presenta tan al desnudo el espectáculo de la molicie y el desenfreno, de la podredumbre de una sociedad en que se han fundido los vicios de dos mundos, no hay nada licencioso, nada que acuse delectación morosa puesta en aquella eflorescencia monstruosa de apetitos, de sensualidad desatada, de vida animal pervertida por la civilización. En arte, la medida de la libertad de expresión la ponen las necesidades del efecto estético. Y el efecto estético del cuadro en que se mueven los civilizados requería esa pincelada vigorosa y brutal á veces, esos colores intensos, crudos, que reflejan todos los cambiantes de la podredumbre humana.

Digo más: *Los civilizados* es una novela moral. La moral y el romanticismo triunfan en sus páginas. Por eso escribí al principio que era este libro uno de los que pueden ser tomados por jalones de la evolución de las ideas éticas en la novela. Advierto en la novela novísima una reacción contra el sentido naturalista, entendido no como procedimiento técnico de hacer novelas, sino como naturalismo filosófico, como paganismo moderno, como exaltación de lo fisiológico y triunfo de la carne. Parece que el espíritu ha saciado ya sus curiosidades en el período de apogeo del naturalismo; se ha convenci-

do de que eso no basta, de que eso no es la dicha, y vuelve los ojos á los antiguos sentimientos, al idealismo romántico, al amor, á impulsos de humanidad, á secretos y vagos llamamientos de un confuso imperativo de deber. No es que crea yo que las cigüeñas vuelven á anidar en las viejas torres, ni que renace la antigua fe. Probablemente, eso pasó en definitiva, y si torna, tornará en formas nuevas; pero los sentimientos humanos que han estremecido á multitud de generaciones, que las han hecho palpitar y amar, se agitan de nuevo, confusos, desorientados, extrañados del nuevo reino en que se encuentran, pero bastante fuertes para influir en la conducta. No ha llegado aún la hora de los civilizados. Si ha de llegar, se necesitará que las aguas del tiempo corran, corran largamente, ahondando el cauce, arrastrando las arenas en que han dejado su sedimento de herencia, la vida espiritual, el sentir y el pensar de muchas generaciones.

Esto señala un paso en la evolución de la moral en la novela. Hemos conocido á la moral reinando, considerada como fin principal de las ficciones literarias, cuya misión se repartía entre el esparcimiento del ánimo y la reforma y escuela de costumbres. Hasta las obras licenciosas se escudaban con la ficción de una finalidad moral, y querían hacer pasar su pintura libre y muchas veces complacida del vicio por ejemplo de corrección y enseñanza que se daba á la fragilidad humana para que huyera de aquellos extravíos. Hemos asistido después al período de la independencia. El fin estético ha reclamado su sustantividad. Ha querido caminar solo, sin que la moral le llevase de la mano. La fórmula: el arte por el arte debe mucho á ese período de emancipación, y acaso no se hubiera extendido ni hubiera pasado de ser la expresión de un vago estetismo formal, á no ser por esa lucha contra la tutela de la moral. Tras la independencia ha venido la lucha. La moral tradicional, la moral burguesa se ha visto expulsada de la ética. Ha habido un renacimiento pagano, un triunfo de la carne, una apoteosis del sensualismo, acompañado de las sombras que por doquier

le siguen: el hastío y el desgano de la vida. El tedio de esta literatura carnal ha fatigado á escritores y públicos, y en las obras más libres vuelven á apuntar los antiguos sentimientos que parecían ahogados por la oleada naturalista. Esta reacción se ve patente en *Los civilizados*. Lo clásico es lo sano, lo romántico es lo enfermo, dijo Goethe. En la literatura actual hay que invertir la fórmula. Lo sano es lo romántico... Lo sano por ahora.

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Ciencias naturales: Cómo se hacen la corte los pájaros.= Historia: El gran miedo.=Pedagogía: Disciplina y libertad.=Cuestiones sociales: Oficios femeninos.=Crítica: ¡Bendita sea tu pureza! Impresiones y notas: La mujer escritora.—Las mujeres criminales.

CIENCIAS NATURALES

Cómo se hacen la corte los pájaros.—Dice Enrique Coupin, en *La Revue*, de París, que el período verdaderamente *charmant* en la vida de los pájaros es la primavera, en que se hacen la corte alegre y delicadamente, desplegando todas sus seducciones. Mientras que su plumaje se hace más lindo y más brillante, cual si fuera traje de boda, su canto adquiere modulaciones de dulzura infinita, desgranándose en resonantes trinos y arpegios. Los machos se persiguen y luchan, y las hembras permanecen pasivas; cuando uno de ellos ha logrado eliminar á sus rivales, entonces es cuando la hembra juega con su prometido; sólo entonces se oyen en las umbrías esos cantos de amor tan celebrados por los poetas, esos solos del macho, trocados á veces en dúos por la hembra. Los dos desposados juguetean, escondiéndose, llamándose, picoteándose, y la hembra anda siempre con melindres para hacerse desear, coqueteando. «No hay mujer en el mundo—dice Mantegazza—que pueda superar el atroz refinamiento de una hembra de canario que parece negarse á los cariños de su marido; las innumerables maneras que tienen las mujeres de ocultar un *sí* bajo un *no*, no son nada al lado de la coquetería refinada, de los ensa-

yos simulados de fuga, de los picotazos y de las mil travesuras del mundo femenino animal.»

Entre los pájaros del grupo de los trituradores, papagayos y cotorras es donde se encuentra el caso más neto de monogamia de las aves, pues los matrimonios permanecen unidos toda su vida, mientras que los demás machos suelen cambiar de hembras todos los años por lo menos. Los loros no cantan, pero en el momento de sus amores gritan más que de ordinario; cuando sienten los efluvios primaverales, se frotan, se acarician, se picotean. La tórtola, elegida por los poetas como símbolo del amor idílico, no es nada al lado de los loros enanos. En la pareja no cabe más perfecta armonía: si él come, ella come; si uno se baña, la otra también; si el macho grita, la hembra le hace dúo; si uno enferma, el otro le cuida y le alimenta. Sabido es que estos pájaros sólo pueden conservarse por parejas, y cuando uno muere, rara vez le sobrevive el otro, siendo verdaderamente inseparables.

Los grandes aras no son menos. Según cuenta Azara, un cazador mató á un ara á una legua de cierta ciudad del Paraguay, y lo ató á la silla del caballo: el esposo de la víctima siguió al cazador hasta su casa, en medio de la ciudad; se precipitó sobre el cadáver, permaneció varios días en el mismo sitio y se dejó coger con las manos. Entre las cotorras onduladas, el macho es modelo de esposos y la hembra modelo de madres: él no se ocupa más que de la pareja, sin prestar atención á las demás hembras; posado en una rama, á la entrada del nido, la entretiene con su charla, y cuando está empollando la cuida extremadamente; nunca está triste, ni callado, ni dormido. Estos animalitos son muy celosos; según Brehm, un aficionado tenía dos parejas de cotorras onduladas; murieron los machos, y el aficionado tardó algún tiempo en proporcionarse otro; cuando lo metió en la jaula, las hembras lo miraron atentamente; él las miró también sin moverse, é hizo oir su grito de llamada, al que una de las hembras respondió; él repitió el grito, y la hembra se precipitó hacia él cual si fuera un espo-

so ausente y esperado; la otra hembra miraba sin chistar; pero cuando la pareja se puso junto á ella se arrojó sobre su antigua compañera, con la que siempre se había llevado bien, y la picoteó con furia, agarrándose á su cola y arrancándole las plumas; más tarde la dieron otro macho, pero ella no le quiso, y llevó la vida triste y monótona de una solterona.

Los celos se observan en muchos otros pájaros, como los colibríes, por ejemplo, que se baten hasta morir. Para demostrar su ardor, dice Audubon, el macho eriza su plumaje é hincha su garganta, baila sobre sus alas, gira en torno de su compañera, vuela sobre una flor y vuelve con el obsequio de su pico lleno para alimentar á su amada, abanicándola con sus alitas; pero si tropieza con otro macho, uno de los dos sobra; se persiguen y se baten hasta que uno de los dos muere ó deja libre el campo. El colapto, una de las especies del colibrí, merece especial mención: una hembra es cortejada por varios machos, que la persiguen, acercándose á ella, bajando la cabeza, ostentando su cola, tomando mil graciosas posturas y haciendo alarde de su agilidad y de sus gracias; la hembra vuela á otro árbol, y los machos la siguen, repitiendo allí sus demostraciones de amor, sin luchar nunca entre sí; cuando la hembra se decide á dar la preferencia á uno, los demás se conforman y se van en busca de otra hembra, mientras la nueva pareja se pone á trabajar con ardor para su nido; el macho trata de abrir un hueco, y la hembra le alienta con su canto y sus caricias, ayudándole cuando se fatiga.

La corte de las gallináceas es sobradamente conocida para que nos detengamos en su descripción. ¿Quién no ha visto y oído á los gallos y las gallinas? Una especie vecina, el liruro, demuestra su amor cantando y bailando. Al primer silbido ó pipiteo sigue el arrullo, de timbre hueco; al mismo tiempo levanta la cola, la abre en abanico, yergue la cabeza y el cuello, eriza todas las plumas, abre las alas y las deja colgando; luego da saltitos á derecha é izquierda, describe algunas vueltas, hinca el pico en tierra y gira sobre sí mismo batiendo las

alas; cuanto más se exalta más vivos se hacen sus movimientos, y al fin parece un animal enteramente loco; cuando se juntan varios machos se ponen como furiosos, batiéndose con saña, pero sin hacerse mucho daño.

La corte del pavo salvaje ha sido bien descrita por Audubon. Las hembras se separan en Febrero y se alejan de los machos. Estos las persiguen y empiezan á gloglotear y á paupaupear; cuando una hembra lanza su nota de llamada, todos los machos que la oyen la responden abriendo la cola; si la llamada viene de abajo, todos los machos vuelan á tierra, y sin ver á la hembra extienden y levantan su cola, echan atrás la cabeza, se pavonean con aire majestuoso lanzando ininterrumpidos *puff*, *puff*, y se detienen de tiempo en tiempo para escuchar y mirar; en esta ocupación suele tropezar un macho con otro, y entonces se entabla una lucha desesperada y sangrienta que á veces acaba con la vida de los contendientes. Una vez descubierta la hembra, si tiene más de un año, se pone ella misma á pavonear y á girar en torno del macho, que sigue haciendo la rueda; luego abre de pronto las alas y se lanza á su paso, tirándose en tierra; si la hembra es una polla, el macho procede de otro modo, pues se pavonea menos pomposamente, pero con más ardor, revoloteando á veces alrededor, como hacen los pichones; luego toca tierra y corre velozmente frotando las alas y la cola contra el suelo, y acercándose á la tímida hembra, que le recibe con su más dulce ronroneo.

Ciertos faisanes giran sin cesar en torno de la hembra, ostentando su collarín del lado en que ésta se halla, lo que es de gran efecto visual. Los pavos reales hacen también la rueda y se pasan días enteros mostrando la belleza de su plumaje á la hembra, sin que ésta parezca hacerles el menor caso. El macho hace la rueda sin darse de ello cuenta, pues á lo mejor se les encuentra haciendo estas demostraciones ante patos que son indignos de ellas.

Hay pájaros que expresan su cariño bailando, como el ru-

picola anaranjado. Otros, como los ptilonorincos y las clamideras de Australia, construyen á modo de quintas de recreo, donde se dan citas. Entre las aves de rapiña la corte suele hacerse por medio de ejercicios de alto vuelo, en los que la hembra es siempre mucho más moderada que el macho; cuando dos machos se disputan el amor de una hembra, el combate es verdaderamente grandioso y dura muchos días, hasta que una serie de victorias demuestra cumplidamente la superioridad de uno de los combatientes, que logra expulsar al otro fuera de sus dominios; la hembra presencia la batalla con interés, sin tomar parte en ella, y una vez declarado el triunfo, se entrega al vencedor como premio de la lid.

HISTORIA

El gran miedo.—A los pocos días de la toma de la Bastilla, en 1789, corrió por toda Francia un espantoso rumor: «Que vienen los bandidos, y saquean las casas, incendian las cosechas y degüellan á mujeres y niños». El decreto de la Asamblea nacional de 10 de Agosto consigna la generalidad y simultaneidad del pánico: «Las alarmas han sido sembradas —dice en su preámbulo—en la misma época y casi el mismo día en las diferentes provincias». Un mensajero jadeante llegaba á las poblaciones sobre un caballo sudoroso, y con voz ahogada decía: «Los bandidos se acercan; están allí abajo, detrás de la cuesta; he visto brillar sus armas en el espesor del bosque; los cascos de sus caballos levantan nubes de polvo; el horizonte está rojo por sus incendios; van como un huracán». Y luego seguían detalles horrorosos: mujeres destripadas, hombres colgados, cabezas de niños en las puntas de las lanzas; y las puertas se cerraban; las gentes se armaban, temblando, ó se escondían, asustadas. ¿De dónde salía aquella leyenda, y qué alcance tuvo? Funck Brentano lo estudia en *La Revue hebdomadaire*.

El recuerdo de aquel pánico ha vivido en las últimas generaciones, siendo numerosos y concordantes los testimonios recogidos; de todos los sucesos de la Revolución, ese miedo fué el que más impresión dejó, entre los habitantes del campo sobre todo. En el centro de Francia se le dió el nombre de «el gran miedo»; en el Mediodía lo llamaron la gran *pourasse*, *lo grando paü*, *l'annada de la paü;* en otros sitios, la *jornada de los bandidos* ó *el jueves loco*, *el viernes loco*, según el día en que se produjo; en la Vendée lo llamaron *las nieblas de la Magdalena*, porque el miedo estalló el 22 de Julio, día de la Magdalena, y aquel día salieron del mar grandes brumas como para facilitar el saqueo y el pillaje de los bandidos. En algunas regiones del Oeste, en lugar de bandidos, lo anunciado era un desembarco de ingleses; en Lorena y Champagne, una invasión de tudescos; y en el Delfinado, otra de saboyanos.

Pedro Conard refiere el miedo del Delfinado, que estalló el 27 de Julio, un día negro y lluvioso; sin saberse cómo, se esparció la noticia en Chimilin; unos habitantes se fugaron al bosque, otros escondían sus efectos, otro subió al campanario y tocó á somatén, y Antonio Jas envió á su hermano para que avisara á su padre, que estaba en el mercado de Pont-le-Beauvoisin; el chico llegó sofocado, sin casi poder hablar; al fin se le pudo entender que Chimilin estaba ardiendo, y que los bandidos lo devastaban todo; el mercado se deshizo, y la noticia corrió por toda la región, sembrando el espanto; Aosta era el punto más amenazado, y el señor del castillo organizó la defensa, apostando guardias y centinelas en todas las avenidas, distribuyendo las fuerzas de los pueblos vecinos, que se armaron en seguida, reuniéndose en número de 4.500, que estuvieron toda la noche patrullando bajo la lluvia, y haciendo ejercicios y evoluciones, no calmándose el miedo hasta el siguiente día.

En Angulema se produjo el pánico el 28 de Julio; á las tres de la tarde se tocó á somatén, anunciándose la llegada de

15.000 bandidos escapados de París; se cerraron las puertas, se montaron guardias, y de pronto se oyeron gritos de espanto: «¡Ahí están! ¡ahí están!» Un torbellino de polvo avanzaba por la carretera. ¡Qué angustia! Era la diligencia de Burdeos, que pasaba al galope de sus seis caballos. Algo más tranquilos, se rebajó el número de bandidos á 500. A las tres de la mañana, nueva alarma; las campanas resuenan, y todo el mundo se echa á la calle en camisa, pero armado; á las puertas de la ciudad se amontonan los vecinos de los alrededores, espantados y armando una gritería infernal; á las nueve había en la ciudad 40.000 hombres, todos resueltos á defenderse, pero sin saber cómo ni de quién; puesto que los bandidos están ocultos, sus intenciones deben ser perversas; 100 hombres á caballo y un millar á pie salen en descubierta y buscan y rebuscan por el bosque de Braçonne, penetrando temblorosos en su interior, sin encontrar nada. En diez leguas á la redonda hubo á la misma hora el mismo pánico. De allí se extendió al Limousin y al Perigord, donde estalló el 29 de Julio.

Entre seis y siete de la mañana de ese día—según se consigna en el Registro civil de Champniers-Reilhac, en Perigord—dos ó tres personas venidas de la parroquia de Maisonnais aseguran que los enemigos están en Maisonnais, en Lindois, en Noutron, en Roussines, etc., en número de 2.000, de 6.000, de 14.000, de 18.000, y de pronto de 100.000 hombres, que ponen todo á sangre y fuego; unos dicen que son ingleses, otros que son panduros, presidiarios, bandidos. La gente se fuga, se mete en las bodegas y entierra las alhajas. Los habitantes de Fouguerolles piden á gritos á sus vecinos de Sainte-Foy que les envíen socorros contra los asesinos que van á venir á degollarlos; las milicias de Sainte-Foy cruzan el río y trepan á Fouguerolles; se envían descubiertas por todas partes, y no parece nada. Por todo el Perigord ocurren escenas semejantes, y el fantasma de los bandidos aterra la imaginación enloquecida. Galleau, juez de Roche-Chalais, envía un propio á Coutras, advirtiendo del peligro, y en Coutras tocan

á escape á somatén para reunir al pueblo, y el terror cunde como un reguero de pólvora.

En el Pont, el pánico estalló el 31 de Julio durante un entierro: un quídam llegó á la casa del duelo á las diez de la mañana, y anunció que los ingleses estaban en Aubeterre saqueando, matando y destruyendo; la alarma corrió y todos escaparon. La ciudad de Uzerches, en el Lemosin, fué presa de un acceso de locura: las gentes corrían atontadas; las madres escapaban con sus hijos á cuestas sin saber á dónde, y mientras los habitantes de la ciudad corrían al campo, los del campo se refugiaban en la ciudad armados de picos, hoces, ganchos y palos; pronto se reunieron más de diez mil de estos infelices en la ciudad; pero no tardaron en tener que salir por no encontrar con qué alimentarse.

Sobre el miedo en el Lemosin, Jorge Sand ha escrito en Nanon admirables páginas, tomadas de la realidad. Estando en el prado Nanon con otras chicas de su edad, su vecina la Mariotte, con otras cinco ó seis mujeres, asustadas, las dijeron que se volvieran á escape con sus ganados; volvieron alarmadas y encontraron inquietas á sus familias, que en seguida se pusieron á cerrarlo todo y á formar barricadas á las puertas; por el día se defenderían así, y por la noche se refugiarían en el monasterio, que podría resistir mejor cualquier ataque; no se comió para no hacer humo, y pasado el día sumidos en el silencio y la oscuridad, se trasladaron por la noche al monasterio, donde no les abrieron, á pesar de sus gritos y sus golpes: los frailes, sin duda tan asustados como ellos, se habrían metido en los subterráneos, y nada oían. Eran las nueve de la noche, y en el pueblo no se oía una mosca; pero nadie dormía, todos estaban en acecho. Llegada la mañana siguiente sin novedad, los mozos se subieron á los árboles más altos y vieron á lo lejos tropeles de gentes que andaban por entre la bruma; bajaron á escape, y todo el mundo pensó en escapar al fondo de los bosques ó á los huecos de las cuevas, abandonándolo todo; los que venían eran gentes de los pueblos vecinos, aterrados

también por la aproximación de los bandidos de que todos hablaban; y así siguieron las cosas durante tres días, en los que algunos envejecieron, poniéndoseles el pelo canoso.

Francisco Mège ha pintado el miedo de Auvernia de un modo parecido. Allí es donde el pánico fué más intenso: los hombres anidaban en los árboles, y muchas mujeres se volvieron locas del espanto; los santuarios y las iglesias eran refugios donde las gentes se amontonaban temblando, y hubo familias enteras que se instalaron en ellos con víveres y jergones. El conde de Montlosier, advertido de que los bandidos están en la aldea inmediata saqueándolo é incendiándolo todo, arma á sus gentes y parte para defenderla, pero le toman por el enemigo y se arman contra él. El sabio historiador Dulaure refiere que en su pueblo la alarma era grande, cuando á lo lejos, en el camino de París, se vió avanzar una nube de polvo; se toca á somatén, se arma todo el mundo, y la nube amenazadora sigue avanzando: era un rebaño de carneros. En Pionsat el cura dió llorando la absolución á todos los feligreses, reunidos en la plaza; en las grandes ciudades, como Riom y Clermont, no estaba la gente menos asustada; se hicieron provisiones de sitio, y los almacenes de los armeros fueron tomados por asalto. «De un extremo á otro de Francia—dice Michelet,—cada cual creía tener á su lado monstruos exterminadores.»

En el Orleanesado, la ciudad de Saint-Aignan se vió invadida en un instante por los fugitivos; los aldeanos llegaban armados de ganchos, de cayadas y de horcas; la entrada del señor de Gue-Pean fué semitrágica, semicómica: traía toda su familia, y una hilera de coches con todos sus muebles y objetos, hasta las vajillas. El conde de Beugnot fué testigo de la alarma en Champagne: estaba en los contornos de Bar-sur-Aube, cenando tranquilamente con su familia y varios convidados, cuando llegó asustado un labrador de Choiseul: — Los bandidos recorren la comarca y avanzan hacia el castillo—dice.—Pero ¿los ha visto usted?—pregunta el conde.—¡Ya lo creo! Y la prueba, que he reconocido una banda de ellos á lo

largo del bosque de Montot; otra banda ocupa el bosque de la Pennicière. — Ante tales seguridades, se organiza la defensa, se ponen centinelas y se advierte á las damas para que al primer tiro bajen á los sótanos; la noche se pasó tranquilamente, y al día siguiente todos se reían del miedo que habían pasado. Averiguado el origen del espanto, resultó que aquel labrador de Choiseul lo había oído á otro de Colombey; al volver á casa, con la claridad de la luna, su imaginación le hizo ver bandidos por todos los linderos del bosque.

Hasta en el mismo París se sintió el pánico; la gente se armó, y grandes destacamentos salieron del lado de Montmorency en busca de los bandidos. Las fechas extremas del pánico se hallan en el 22 de Julio (Maine, Poitou, Vendée) y el 3 de Agosto (Languedoc, alrededores de Tolosa); donde más duró fué una semana; en general, sólo se mantuvo en condiciones realmente alarmantes de uno á tres días.

Las consecuencias del pánico fueron el armamento del pueblo para la defensa común, y la organización espontánea de las milicias locales; en menos de quince días se inscribieron tres millones de hombres, y de allí salió la guardia nacional. De ahí la importancia grande que tuvo aquel fenómeno extravagante en la historia de Francia. De ahí también que unos hayan achacado á los revolucionarios la idea y el desarrollo de aquel pánico formidable, por el partido que de él sacó la Revolución al acabar con la monarquía y la aristocracia, mientras que otros atribuyen aquel movimiento á los aristócratas y reaccionarios, que pretendían asustar de ese modo al pueblo, apartándole de las ideas revolucionarias por los trastornos que podían producir. Por eso unos señalan á Mirabeau como organizador de la alarma, y otros indican al duque de Orleans. Lo más probable es que aquel pánico fué fruto espontáneo del estado de los espíritus, de la nerviosidad creada por el desarrollo de los sucesos que prepararon la caída de la Monarquía, y de la tensión de ánimo en que todos se hallaban en aquella época memorable.

PEDAGOGÍA

Disciplina y libertad.—Afirma Gustavo Lanson, en la *Revue Bleue*, que en la crisis general de la sociedad francesa hay una crisis de la Universidad, y en la crisis de la Universidad una crisis de disciplina. Antes las explosiones de indisciplina venían sólo de los alumnos; el profesorado de todos órdenes y grados era sumiso y respetuoso. Hoy todo ha cambiado, y hay jefe de establecimiento que no se atreve á dar una orden por miedo á no ser obedecido. Los individuos y las colectividades se alzan resistiendo á la autoridad, desafiándola y preparándose al motín. Y la autoridad, desamparada, oscila, según el temperamento de quienes la encarnan efímeramente, entre la ceguedad ó la inercia y la represión excesiva, que agrava con sus espasmos de energía el mal que intenta combatir.

El mal es grave, pero no incurable; pueden desesperar, según Lanson, los que piensan que la moral ha sido revelada al hombre de golpe; pero no los que piensan que la moral es fruto tardío de larga y dolorosa experiencia. ¿Cuánto tiempo hace que la moral no se reduce entre nosotros al miedo al gendarme? Es absurdo creer que un pueblo puede adquirir costumbres propias de la libertad sin estar en posesión de la libertad. Inglaterra es superior en ese punto á Francia, pero es porque tiene desde 1688 instituciones que Francia sólo llegó á ensayar un siglo después, en 1789, y de las que, tras ensayos incompletos de 1815 á 1851, sólo ha logrado por completo desde 1871. No hay, pues, que extrañarse del atraso.

No hay sociedad ni vida posible corporativa sin disciplina. Pero hay disciplina y disciplina. Ya no estamos en los tiempos en que la moral cívica se reducía á *obedecer al rey* ó á los representantes del poder real. La disciplina de hoy no tiene el carácter maquinal, automático de la obediencia antigua. Es inteligente, libre, y arranca de un acto reiterado de confianza en los jefes escogidos para dirigirla. Hay que ir sustitu-

yendo aquella antigua obediencia por esta nueva disciplina.

El problema es delicado en democracia para ciudadanos que tienen el deber y el derecho de examinar, de comprender, de discutir. Pero la dificultad es todavía mayor para los jefes; no obtendrán la sumisión necesaria sino cuando no haya duda en las conciencias sobre el fin á que conducen á sus subordinados, sobre el uso que quieren hacer de su autoridad. En hecho, como en derecho, la disciplina tiene por base el desinterés y la abnegación del jefe; en cuanto la conciencia de los subordinados no concierta con la del jefe, en cuanto los que obedecen dudan de las ventajas de obedecer para el bien propio ó para el bien común, no hay disciplina inteligente posible y hay que volver á la disciplina antigua, la que se impone por el látigo y el castigo.

La antigua disciplina de la escuela se ajustaba á la disciplina social; la autoridad escolar hablaba imperiosamente y los castigos aseguraban la obediencia; no se cultivaba el respeto en los corazones, sino que se inscribía en los reglamentos y era el artículo 1.° ó el artículo 2.° El odio á la autoridad, el gusto de burlarla, el deseo de que tropezara y cayera formaba el antiguo espíritu social; la masa misma de los juiciosos prefería cualquier travesura á la ignominia de dar la razón á los superiores, aunque fuesen justos, contra un compañero, aunque fuese malo. Esa disciplina exterior, creadora de la indisciplina interior, está hoy muy debilitada y no hay que echarla de menos.

Pero ¿con qué se la ha reemplazado? Con nada ó poco menos. La administración se ha desarmado. Entre los profesores, unos lo entienden á la antigua y son insultados; otros se dejan tirar de las barbas y están perdidos, y otros saben imponer su autoridad sin castigos, y, creyéndoles severos, obtienen confianza, respeto y hasta cariño de sus alumnos; esos son los que mantienen la educación universitaria. Pero ¿crean algo más que un lazo personal entre ellos y sus discípulos?

Se han dicho cosas muy hermosas sobre disciplina en mu-

chos decretos, pero se ha pensado siempre en el individuo, olvidando la Administración que los profesores no tienen enfrente individuos, sino colectividades. En cuanto un muchacho vive con sus compañeros, la *clase*, para él, es el mundo. Si no se quiere que una escuela ó un Instituto sea una sociedad, será una multitud; si no se la organiza, vivirá con vida tumultuosa y anárquica. Hay allí un espíritu que arrastra á la masa, y que absorbe ó rechaza al individuo. Bueno es que no se desconozcan estos hechos, y que se procure sacar de ellos partido para la educación.

La mejor preparación para la disciplina social sería llevar al individuo, desde la escuela, á la vida de asociación, en la que haría sus Reglamentos, elegiría sus jefes y obedeceria á unos y otros, acostumbrándose, por la implacable rectitud de los niños, que no toleran injusticias, engaños ni descuidos, á estar en su puesto, cooperando lealmente al bien general. Las autoridades escolares, que se asustan á la idea de cualquier coalición, deberían acostumbrarse á servirse de las agrupaciones como medios para transmitir el impulso á sus miembros.

En este régimen sería necesaria la firmeza, pues la relajación bonachona y paternal á que hemos venido es mala, pero la vuelta á la disciplina de coacción sería peor. Hay que suprimir multitud de faltas menudas y de castigos molestos, que exasperan sin matar la indocilidad. Pocos delitos y pocos castigos; sólo delitos serios y castigos severos y eficaces, y en la segunda enseñanza empleo resuelto de la exclusión, que, al mismo tiempo que hiere al culpable, elimina de la colectividad un fermento nocivo. Y no piense nadie en que baje el número de alumnos, pues lo que forma el crédito de un establecimiento no es el número, sino la calidad.

Ahora bien: ¿cómo pueden la escuela ni el liceo formar libertades capaces de disciplina, si el espíritu de disciplina ha desaparecido en los maestros? No hace mucho que una Asociación de repetidores hizo en su periódico una campaña de difamación contra los superiores de que estaban descontentos. De

aquí y de allá han surgido asimismo profesores que han empleado tonos agrios y personalidades injuriosas contra algunos de sus jefes, diciendo cuatro frescas á los mismos ministros. Se han visto Sociedades y Sindicatos celebrar sesiones violentas en las que la autoridad quedaba malparada, y donde se proclamaba arrogantemente el motín. Se han jactado de hacer andar á latigazos al Ministerio, y á veces han tenido razón para vanagloriarse de ello. Se han obtenido muchas concesiones por la rigidez y la amenaza, y lo más lamentable es que tales concesiones eran justas y legítimas, y no ha debido aguardarse para otorgarlas ni aun á que fuesen exigidas.

Y he ahí la cuestión: la indisciplina no nace de algunos agitadores ó ambiciosos; la causa del mal es más profunda. La larga inercia del Cuerpo universitario ha sido vencida por la indiferencia de los poderes públicos, que, con todo género de lindas frases sobre la instrucción y la educación, dejaban que la miseria corroyera á los maestros, y negaba á los catedráticos de segunda enseñanza mejoras de sueldo exigidas por el encarecimiento de la vida. Esa inercia del Profesorado ha sido vencida por la intervención reiterada de los políticos, que, aprovechando la complacencia de una Administración timorata, ha distribuído favores y mejoras según sus intereses electorales y sus pasiones de partido, dando los mejores puestos y las más apetecibles retribuciones á sus paniaguados y protegidos. Al fin, como era de esperar, pues todo llega, esa Universidad honesta, dócil y tímida, se ha enfadado, se ha despertado, y como se ha creído que toda esa gente de la Administración sólo anda cuando tiene miedo, se la ha querido meter miedo, y se ha hablado gordo y se han alzado los puños.

Hay que hacer la revolución pacíficamente, mientras es tiempo todavía de evitar que se haga violentamente. Para ello es preciso que la autoridad dé satisfacción por sí misma, espontáneamente, á las reivindicaciones legítimas; hay que verla á la cabeza del personal docente, identificada con él, y no mirada como enemiga. Hablar de dificultades económicas no sir-

ve ya de nada: eso significa únicamente que no se tiene bastante apoyo en las esferas políticas ó que no se han roto bastantes vidrios.

Hay además que sostener una vigorosa lucha contra el favoritismo; hay que abandonar el punto de vista equivocado de que se debe ceder á los hombres políticos en materia de personal para recabar su concurso en las cuestiones de interés general y de organización. Los hombres políticos son demasiado golosos, y hoy la Universidad entera, de arriba abajo, se moviliza contra el favoritismo. Las asociaciones pueden hacer mucho en ese sentido. ¿Qué diputado ó qué ministro no retrocedería en la satisfacción de sus apetitos, ante el anuncio de una oposición colectiva del personal? Nada impediría á las asociaciones profesionales hacer la guerra al político que explotara cínicamente su crédito.

Si la administración se decidiera á marchar por este camino, pronto separaría la masa del personal universitario que sólo quiere justicia, de los pocos agitadores que se dan importancia predicando la revolución. La disciplina no puede fundarse en las democracias, sino en la confianza mutua de los jefes y los subordinados; y si por parte de los jefes hace falta lo ya indicado, por parte de los subordinados es preciso que no se conduzcan como escolares turbulentos, que inscriban en los estatutos de sus asociaciones la prohibición de la huelga, y adelantándose á las exigencias de la administración, que se prohiban á sí mismos todo lo que sea contrario á su obligación profesional. En los tribunales, en los mitins, en las asambleas, hay que cuidarse de ser justo y no de estar con su bando.

Punto delicado es el modo con que las asociaciones pueden discutir los asuntos universitarios sin daño de la disciplina; mientras sólo se trate de programas, de exámenes ó de mejoras de sueldo, claro es que se concibe perfectamente que haya plena libertad de discusión. Pero no hay que olvidar el lazo profesional jerárquico, que une á los inferiores con los superiores; hasta el ministro tiene derecho al respeto de los funcionarios

de su departamento; hay que respetar el cargo, aunque quien lo ocupa no merezca respeto; la dignidad no consiste en la insolencia. La cuestión de la forma tiene más importancia que parece; las palabras irritan y exasperan más que las cosas mismas. Las asociaciones deben imponer á sus miembros la mayor discreción de actitud y de lenguaje, haciendo por sí mismas su policía.

El caso más escabroso es aquel en que se pretenda discutir un acto particular de la administración ó del ministro. No hay que esperar la prohibición de esas discusiones cuando precisamente esos actos han sido el acicate para crear las asociaciones mismas en son de protesta contra el favoritismo y de defensa contra toda arbitrariedad. Pero ¿dónde van á parar esas discusiones y cuáles pueden ser sus consecuencias? Es inadmisible que cada asociación se convierta en un pequeño Parlamento en que ministros y rectores sean interpelados por sus actos; es inadmisible, dice Lanson, que publiquen en los periódicos discursos y acuerdos en que se condenen las decisiones legales de la Administración, pues eso sería la anarquía; para eso tienen el derecho de apelación, el recurso al Consejo y al Tribunal Contencioso, pudiendo además romper toda relación con el miembro que hubiera provocado un acto de injusticia ó de favoritismo, y emplear otros medios no menos eficaces para hacer prevalecer la justicia y el derecho. Pero siempre con modos, con suavidad, con gran dominio de sí mismas.

No se pueden cambiar en un día los hombres ni las cosas. Hay que darse cuenta de la complejidad de las situaciones, del apuro en que se hallan á veces los hombres mejor intencionados para conciliar intereses opuestos, y no hay que hacer de cada incidente un *casus belli* lanzando cada semana un *ultimatum*. Hasta los ministros pueden engañarse ó ser engañados, y hay que pasarles algunas cosas. La energía de resistencia no debe derrocharse; hay que reservarla para los casos graves que interesan profundamente á la libertad ó á la justicia y al bien de la colectividad.

CUESTIONES SOCIALES

Oficios femeninos.—Extractado del libro que con el título de *Cómo pueden las mujeres ganarse la vida: ciento diez y siete maneras* acaba de publicar la americana Luisa Hubbard, inserta Luis Sommerard un curioso artículo en *La Revue hebdomadaire.*

Se trata, dice la autora, de hacer que un duro produzca cinco y de arreglarse de modo que una renta apenas suficiente para cubrir las necesidades de una persona se haga bastante elástica para satisfacer las de toda la familia. Ese, en efecto, es el problema.

La vías abiertas á la actividad de las mujeres bien educadas, que son las más interesantes de todas las desheredadas, son muchas: la carrera de *escritoras* es de las más lisonjeras para el amor propio y de las que tienen menos apariencia de trabajo forzado; pero la señora Hubbard no recomienda el cultivo de la alta literatura; al contrario, las pone en guardia contra toda pretensión de gloria literaria, y cree que la única rama de trabajos literarios que todavía no está gastada es la de las historias cortas; el periodismo ofrece amplio campo á la mujer; pero el 98 por 100 fracasan por falta de discernimiento en la elección de sus asuntos y de ingenio y medida en el modo de tratarlos; la señora Hubbard recuerda que un célebre escritor hace decir, á propósito de las tareas periodísticas, á uno de sus personajes: «El mundo no se cuida de las opiniones de usted: lo que desea es saber cómo cuecen los normandos su puchero». No importa que los asuntos no sean nuevos: el público se renueva sin cesar, y siempre hay puntos de vista que explorar en los asuntos más gastados. Los viajes, sobre todo, dan materia abundante á las que saben escribir para hacer artículos vivos y picantes.

Un escalón más abajo, fuera de la literatura propiamente dicha, está el reporterismo mundano, que exige condiciones

especiales, y para cuyo cultivo recomienda especialmente la señora Hubbard que se use el anónimo: «Vuestro éxito será mayor si, fuera del director del periódico, nadie sabe vuestra profesión y nadie desconfía». Así pueden ganarse de cinco á diez duros semanales, lo cual, como dice Sommerard, no parece un precio muy americano.

Otra profesión femenil bastante en boga en América son las lecciones y conferencias públicas. Hay doctoras que tratan cuestiones de sucesión, de salud, de cuidados á los niños; literatas y artistas que disertan sobre filosofía, literatura antigua ó moderna, política y bellas artes, é interpretan con éxito poesías, comedias y dramas; una joven había imaginado crear clubs en los arrabales de la ciudad y hablar en ellos á razón de tres chelines al mes por una sesión semanal con diez abonados como mínimum; tenía ocho ó diez clubs, y trataba en cada uno, de treinta á cuarenta y cinco minutos, asuntos de actualidad, abriendo sobre ellos discusión con los asistentes.

Hace unos años quedó arruinada una rica y elegante familia, en la que había dos señoritas que habían recibido una educación tan sólida como práctica; lejos de amilanarse, montaron una escuela de cocina en su casa y el éxito coronó su iniciativa; tres días por semana, de nueve á doce, la casa se convierte en escuela, y al acabar las lecciones las alumnas aprenden cómo se debe decorar la mesa, en torno de la cual se sientan luego todas para saborear alegremente los platos que han preparado; se sigue un método científico; se aprenden al principio las reglas de higiene y un poco de química elemental y de fisiología del aparato digestivo; en la última clase se da un curso de manjares sencillos: asados, cocidos y sopas; pero se fija mucho la atención en el modo de regular el fuego, cuidados que exige la cocción y tiempo que ésta dura, según los casos; el curso termina con la preparación de platos finos; toda ciudad americana de cinco á diez mil habitantes puede sostener perfectamente una escuela de cocina semejante á ésta que dé para vivir con holgura á una familia.

Luego vienen las *institutrices* y *damas de compañía* con sus sociedades de colocación, informes y protección. La señora Hubbard recomienda á las damas de compañía que eviten todo cuidado, toda preocupación, á la señora que las emplea, en viaje, en paseos, en hoteles; una dama de compañía debe saber dirigir una casa, ser una experta enfermera, leer bien, hablar con agrado y poseer, en suma, todas las cualidades de una perfecta esposa; debe además saber varias lenguas y conocer la vida de turista, todo para ganar de ciento á trescientos duros.

Requisitos muy parecidos se necesitan para dirigir una escuela maternal, cuyas clases en América suelen ser de nueve á doce de la mañana, y el precio un duro semanal ó cuatro mensuales. Luego viene la profesión de *guía* y directora de viajes, profesión inventada no hace mucho en Nueva York por una encantadora joven americana, y que se ha propagado á todas las grandes ciudades de Yankilandia; el éxito depende de la complacencia de los fondistas, que aseguran á algunas de ellas el monopolio de su clientela femenina; se necesita mucha gracia, buen humor, actividad y conocimiento preciso de las cosas que se enseñan: museos, monumentos, jardines, etc.

Una mujer que tenga experiencia de viajes puede hacer un buen negocio organizando sociedades de excursión; es sistema muy de moda y que da excelentes resultados; hay que estar bien preparadas para ello, pues es preciso entenderse con las Compañías de vapores y ferrocarriles, sacar el mejor partido de sus tarifas, conocer bien los itinerarios y tener carácter para resistirse á los caprichos y veleidades de los excursionistas, aprovechando del mejor modo posible el tiempo y el dinero.

La busca de anuncios para los periódicos con una pequeña comisión, y la dirección de gabinetes de lectura y de colocación, son profesiones muy conocidas; la señora Hubbard da á las colocadoras el excelente consejo de comprobar por sí mismas los informes y de cobrar á la dama cliente el doble que á

la criada, que es lo contrario de lo que en Francia y en España se viene haciendo.

Otra profesión conocida es la de pianista ó música de reuniones: con talento superior se puede aspirar á tocar en los conciertos, y si se tiene cierta gracia puede hacerse un capitalito en algunos años, sobre todo en las *tournées*. Mejor que todo esto, ya muy conocido, es la idea de aconsejar á las mujeres que se hagan afinadoras de piano; es oficio modesto, pero bien retribuído y muy propio de la mujer. Menos recomendable es el de agentes de teatro, que preceden á las compañías para preparar las representaciones, hacer ajustes y publicar reclamos; en América parece que salen con éxito de estas tareas; pero es más femenino el empleo de las mujeres de estación, encargadas de ayudar y proteger á las señoras y señoritas que viajan solas; en cuanto al empleo de las encargadas por la *Unión cristiana de templanza de las mujeres* de acompañar en las cárceles y refugios á las acusadas y arrepentidas, no abandonándolas hasta su condena ó su absolución, más que una profesión ú oficio, es un apostolado.

Todas estas profesiones, dejadas aparte las de la enseñanza pública y los empleos oficiales, son propios de mujeres de clase superior. Veamos si entre los que cita la señora Hubbard como adecuados á la mujer proletaria hay algunos ignorados por la ingeniosidad de las mujeres europeas.

En el capítulo de la alimentación, hay una nota que merece ser recogida: la afición á la vida de campo priva á las familias de los platos de conservas de frutas, á que tanta afición se tiene en América; la mujer que esté ducha en el arte hará buenos negocios, anunciándose y ofreciéndose para los encargos que puedan hacerla de conservas, pastas, violetas en azúcar, confituras, etc. Otro oficio socorrido es el del cultivo de los peces en el interior de las granjas; cualquier excavación pedregosa y estéril puede convertirse en un pequeño lago, y en él pueden criarse los peces más apetecidos de la comarca; un hombre que no tenía más que un pedazo de tierra sin valor,

sacó el primer año 125 duros de beneficio de esta pequeña industria, que apenas requiere cuidado. La cría y venta de gusanos y gusarapas para pescadores, el cultivo de hortalizas para ensaladas, y la cría de abejas, son también maneras de vivir modestas, pero de resultado seguro, y que con poquísimo gasto y exiguo capital pueden emprenderse.

La cría de gallinas y aves de corral exige un capitalito; pero se puede ser simplemente intermediario, y practicar lo que la señora Hubbard llama la navegación de los pollos, es decir, la compra directa de los pollos y su arreglo para la venta á los polleros. El cultivo de las flores, sobre todo de las rosas, es otra industria de bastantes rendimientos, que hoy está en manos de los hombres, y que no hay motivo para que no se halle en manos de mujeres. Otro tanto sucede con el comercio de pájaros y animales domésticos, conejos de ojos rojizos, maricas, cotorras, canarios, etc.

De todos los oficios, los mejores son los que exigen algunos conocimientos elementales. Las pintoras de muebles y de objetos de adorno son muy buscadas. Los trabajos de tapicería son un gran recurso; se empieza por hacerlos para la propia casa, y pronto se aprende el gran partido que puede sacarse de saber tapizar un sillón ó adornar una chimenea. La decoración de escaparates es profesión muy lucrativa; una mujer que tenga gusto y que haya estudiado los escaparates de París, puede crearse una bonita posición en otras ciudades, ya prestando servicios en un almacén, ya entendiéndose con varios comercios para el adorno de los escaparates; los que conocen Londres saben que allí no hay gusto para esto, y que los géneros aparecen amontonados en las vitrinas; una escaparatera artista que acertara á ponerse de moda en Londres ó en América, haría su fortuna; es una pequeña revolución que hay que hacer, y que puede dar salida á muchísimas mujeres.

La limpieza de cristales de puertas, ventanas y balcones es otro recurso de gran resultado; una contratista puede tener á su cargo veinte ó cien casas de comercio en el barrio, y no

tardará en tener que tomar auxiliares; la limpieza de vidrieras es una tarea casera bastante engorrosa: hay que subir á la escalera, y la escalera es alta, ó baja, ó no asienta bien, y no es raro en los pisos altos ver caer á los criados por un descuido cualquiera; luego no se tiene jabón especial, ni paños ó rodillas, ni cepillos, ni pieles, y el cristal queda empañado ó con hilachas; una limpiavidrieras llega con todos sus achiperres, escabel, escalera, paños, etc., y como es su oficio, lo hace perfectamente y con rapidez; no hay casa importante que no la llame, una vez conocidas y apreciadas las ventajas del servicio.

Las floristas ambulantes que sepan guarnecer cestas y jardineras dan también gran resultado, y pueden extender sus operaciones á las ciudades, donde no hay más recurso que acudir á los grandes almacenes, que venden muy caro, ó á horticultores que no tienen gusto ni están al corriente de las modas; para este oficio se necesitan mujeres listas, que sepan averiguar con maña los días que recibe la señora Tal, las comidas que da la casa Cual, las flores que prefieren una y otra, y otros detalles no menos útiles; hay que aprender el arte de arreglar un ramillete y de montar una cesta, para dar á los ramos y á las flores ligereza y gracia, produciendo el mayor efecto con pocas flores.

Hay todavía pocas adornistas, escaparateras y floristas; pero lo increíble es que haya tan pocas peluqueras, cuando es un oficio que debería ser monopolio de la mujer. Cuando se ha aceptado un peinado para una hora determinada, se debe acudir á la hora con escrupulosa exactitud, llevando todos los útiles necesarios; una peinadora con aparato de secar llevado á domicilio haría negocio; el casco de hojalata que hoy se usa para secar los *shampoings* puede modificarse para desmontarlo fácilmente, y con una lamparita de alcohol se reemplazaría con ventaja el pico del gas; los peluqueros guardan este aparato para sus salones, y á domicilio se sirven de medios rudimentarios, como la toalla caliente, que tanto tarda en secar

el pelo, y que con tanta facilidad se empapa, produciendo constipados á cada momento.

También puede emplearse la mujer en arreglar las mesas los días de recepción, ó en los grandes hoteles. Una señora distinguida de Nueva York tuvo que pasar un año en un balneario para curarse: tenía una hija única, de esmerada educación; pero su fortuna no la permitía atender á los gastos de las dos; la joven se contrató como doncella en el balneario, y así no tuvieron que separarse; lejos de perjudicarla aquella resolución, su amor filial y la dignidad con que se conducía la atrajeron el respeto y el cariño de todos. Los cafés económicos, los puestos de refrescos, los aguaduchos, las lecherías, los bars, son explotables por mujeres.

Sería tarea larga la de recorrer los 117 oficios que la señora Hubbard ha logrado reunir para darlos en elección á las mujeres, y entre los que figuran la contrata de canastillas de boda y de bautizo, la corbatería, el cuidado de las manos y la quiromancia ó adivinación. El libro de la señora Hubbard es muy práctico y muy oportuno, porque el hombre tiende cada vez más á no casarse, y la mujer tiene que preocuparse de ganarse la vida por sí misma, ó de hacerla más llevadera á su familia, aportando con su trabajo su contingente de ingresos.

CRÍTICA

Bendita sea tu pureza.—En una Revista religiosa encontramos la famosa oración que ayudó á bien morir al inimitable Diógenes de *Pequeñeces*, y no podemos resistir á la tentación de dedicarla uno de nuestros artículos de crítica menuda. La oración consabida dice así:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tu graciosa belleza.

A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Yo te ofrezco en este día
Alma, vida y corazón.
¡Mírame con compasión!
¡No me dejes, Madre mía!

Es difícil hallar en la literatura religiosa popular nada tan laudable por la intención y tan censurable por la forma como esta desdichada décima. Todo se junta en ella: ripios, versos mal medidos, mezclas de consonantes con asonantes, etc. ¿Se necesita, por ventura, expresar en verso un pensamiento tan natural y tan hermoso como el de ofrecer nuestra alma á la Virgen todas las mañanas y todas las noches? Evidentemente, no; el verso en tales casos no es necesario, aunque sí muy recomendable, porque el metro y la rima ayudan á retener en la memoria los conceptos, y porque, siendo el verso una forma bella de expresión, nada más justo que utilizarlo en casos como el de que se trata para añadir una belleza más á lo que ya es bello de suyo.

Pero ahí está precisamente la cuestión: si el verso es malo, ¿para qué emplear el verso? ¿Qué obligación tiene nadie de ser poeta? Escriba versos quien sepa; pero no se meta en tales honduras quien no acierte sino á corromper el gusto, herir los oídos, falsear los conceptos y afear, en una palabra, la expresión de su pensamiento.

Analicemos la décima en cuestión, y se verá que no hay por dónde cogerla.

El primer verso está mal medido: ó hay que forzar la pronunciación del *sea*, haciéndolo *seá*, en una sola sílaba, contra toda ley de acentuación y de ortografía (*Bendita seá tu pureza*), ó, de lo contrario, nos resulta un verso de nueve sílabas (*ben-di-ta-se-a-tu-pu-re-za*) en una décima, que requiere versos octosílabos. De cualquier modo que sea, hay que cometer un atentado contra la prosodia ó contra la métrica.

Y viene el segundo verso con su *y* inicial y su final *lo sea*,

arrastrado y prosaico y, lo que es peor, asonante del *pureza* del verso primero, contra todo principio de buen gusto. El «eternamente lo sea» es puro ripio por el momento en que aparece.

El tercero, «Pues todo un Dios se recrea», no puede ser más desgraciado, y parece increíble que haya podido salir de labios cristianos y que sea recomendado por nadie que de buen católico se precie. Porque ¿qué es eso de «todo un Dios»? ¿No parece eso cosa de chulapería? ¡Todo un Dios! O eso es paganismo puro, ó no hay Dios (hablemos en el lenguaje atildado del autor) que lo entienda. *Todo un Dios*, bien analizado, es un colmo de desatinos en boca de cristianos, pues *un Dios* supone otros dioses, y *todo un Dios* supone que hay pedazos de Dios y que Dios es divisible; no pueden decirse más herejías en menos palabras; y con lo tosco y herético del fondo, va lo chabacano y grosero de la forma, que más parece trozo de zarzuela bufa que fracción de plegaria cristiana: ese recreo de todo un Dios con la graciosa belleza de la Virgen es digno de ser puesto en música por Offenbach.

Pero no es eso todo: relaciónese este verso para completar su sentido con el siguiente, que es el menos malo de la serie, y se verá lo incongruente y disparatado del concepto contenido en la redondilla: «Pues todo un Dios se recrea—en tu graciosa belleza». Ese *pues*, prosaico y de mal gusto, viene á expresar la relación causal existente entre los dos primeros versos y los dos últimos: «bendita sea tu pureza, puesto que Dios se recrea en tu graciosa belleza». Es decir, que si no existiera esa «graciosa belleza», no había para qué bendecir la pureza de la Virgen. ¿Y qué tiene que ver una cosa con otra? La pureza debe bendecirse y alabarse siempre, recaiga en quien recaiga, en una belleza graciosa ó en una fea horripilante; la pureza es una virtud que afecta al cuerpo y al alma, y su alabanza no puede ni debe depender de la belleza ni de la gracia de quien tiene la dicha de poseerla. De modo que, si «todo un Dios se recrea» «en la graciosa belleza de la Virgen», eso ser-

virá para que nosotros, míseros mortales, nos recreemos también en su contemplación, pero sin dejar por eso de bendecir eternamente la pureza de la misma Virgen. Esto, aparte de que realmente es irrespetuoso para la Virgen y para Dios, y eminentemente pagano, hablar de la *graciosa belleza* en que Dios se recrea, belleza que, por lo de *graciosa*, sólo puede aplicarse—y así lo entienden cuantos recitan la popular décima—á la belleza corporal, una belleza efímera y mezquina, abandonada por la Virgen al dejar la tierra, que podía servir en una Venus para recreo de Júpiter ó de Marte ó de cualquier otro diosecillo del Olimpo greco-romano, pero que en modo alguno puede mencionarse al tratarse del Dios grande, del Dios único del Cristianismo, ni de la Purísima Virgen María, madre del Redentor.

Sin cambiar ni un solo ápice la intención ni el sentido de esos cuatro versos, ¿no podríau suprimirse todas las herejías de fondo y forma que contieneu, acabando de paso con ese inaguantable machaqueo del *e-a* de las asonancias? Evidentemente, pues bastaría decir

Bendita por siempre sea
Tu pureza inmaculada
Y tu belleza adorada,
En la que Dios se recrea,

para que quedara una redondilla aceptable, que contiene seguramente el pensamiento del autor, pero expresado de modo que no hiere al oído ni contiene herejías. Así, al menos, no se contribuirá á depravar el gusto en una edad que requiere toda clase de cuidados, por lo mismo que los niños carecen de discernimiento.

Pero sigamos. El quinto verso dice: «A ti, celestial Princesa», apareciendo otra asonancia en *e-a*, que pretende rimar, sin duda, con *pureza* y *belleza*, pero que como no se lea á la andaluza no rima con nada. El sexto, «Virgen sagrada María», no tiene falta ninguna, aunque si se profundiza un poco, se ve

que no queda suficientemente explícito el concepto, pues lo mismo podría aplicarse á la Madre de Jesueristo que á cualquier doncella llamada María que hubiera sido santificada por la Iglesia. Por lo demás, el piropo de *celestial Princesa*, seguido del *Virgen sagrada María*, sobre ser un ripio, es algo inadecuado tratándose de la Reina de los cielos.

El séptimo, «Yo te ofrezco en este día», no tiene más que el pecadillo venial de un ripio, el del *yo,* necesitado para llenar el hueco de una sílaba exigida por el metro. Pero el octavo, «Alma, vida y corazón», es de todo punto inaceptable: bien está que ofrezca á la Virgen *el alma*, y que pareciéndome todavía poco, le ofrezca *la vida*, aunque en esto haya una redundancia, pues no hay vida sin alma, y el ofrecimiento de la una implica el de la otra; pero que después de ofrecer el alma y la vida, ofrezca *el corazón*, eso no tiene sentido, y lejos de avalorar el ofrecimiento, le quita fuerza y energía; es un ripio de mala ley, de todo punto indefendible. La gradación requeriría ofrecer el corazón, en representación del cuerpo, de la parte material; después ofrecer el alma, en representación de la parte espiritual de nuestro ser; y por último, la vida, como síntesis del cuerpo y alma. Pero hacía falta rematar en algo que acabara en *ón*, y por eso viene el *corazón* después del alma y de la vida. Y como las gentes en general sólo se pagan del sonsonete que les halaga el oído, lo mismo les da, y ruede la bola.

El noveno verso sería aceptable—y lo es desde luego por el fondo—si no se tropezara con el *con-com* de «con compasión». Claro es que si el concepto es bueno, si lo que se quiere decir es eso y no hay manera de evitar la cacofonía porque no se encuentra otro modo de expresar la misma idea, no es cosa de sacrificar á la forma literaria el pensamiento mismo. El último verso, «¡No me dejes, Madre mía!», es el único aceptable de la décima.

¿No es sensible que se ponga en millares y millones de labios una oración como la que acabamos de analizar? Se dirá

que la intención basta, y se podía añadir que como ese recitado suele hacerse automáticamente, como el de la mayor parte de las oraciones, sin fijarse en lo que se dice, lo mismo da una cosa que otra. Es verdad; pero lo bien dicho bien parece, y bueno es poner en armonía los hechos con las intenciones y las palabras con el espíritu que las inspira.

Supongamos que en lugar de la décima en cuestión recitáramos esta otra:

Bendita por siempre sea
Tu pureza inmaculada,
Por todo el mundo cantada,
Y en la que Dios se recrea.
A ti acudo en la pelea
Mundanal, Virgen María:
Si sintiera en este día
Una mala tentación,
¡Ten de mi alma compasión!
¡No me dejes, Madre mía!

¿No estaría así expresado en forma lisa y llana, propia de toda oración, sin oropeles poéticos, pero también sin ripios molestos ni asonantes, el mismo pensamiento de la plegaria anterior, más redondeado y completo? Y no es que demos esta décima como modelo, pues hemos respetado la estructura de la primera y conservado en lo posible sus palabras, siendo nuestro objeto mostrar únicamente cuán fácil es, con un poco de cuidado, expresar en verso todo lo que se desee, sin ensartar á tontas y á locas cuanto á los puntos de la pluma se viene. La redondilla inicial contiene la invocación á la Virgen, con la bendición de su pureza, su más preciada virtud, digna de que el mismo Dios (no todo un Dios) se recree en ella, sirviéndole de regocijo la perfección de tan excelsa criatura. Después de la invocación contenida en los cuatro versos primeros, viene la explicación de los motivos que nos impulsan á llamar á la Virgen; nos hemos despertado y tenemos que prepararnos á emplear bien el día; tememos ser víctimas de cualquiera de las

muchas tentaciones y peligros que el mundo nos ofrece en su tráfago diario, y reclamamos el amparo y la intervención de la Madre de los pecadores para que nos salve del peligro. Así queda el pensamiento de la primitiva décima completamente explicado, pues allí queda sobrentendido, y de ese modo el que recite la plegaria puede darse cuenta mejor de lo que dice.

IMPRESIONES Y NOTAS

La mujer escritora.—Aurel, una escritora de fina percepción, dice en el *Censeur* que si sólo lo nuevo tiene en el arte derecho á la vida, la mujer está siempre dispuesta á todo arte, y que si la integridad del sér, la soledad, la tristeza y el candor son necesarios en arte, en toda mujer hay una artista, ya que el corazón de la mujer nunca ha dejado de estar solo, viudo y desnudo; y eso cuanto más amada es, pues cuanto más aumenta en ella el campo de la esperanza, más apta es para sentir, ó sea para presentirse, para completarse.

«Entre las artes—dice—sólo la de escribir es familiar á la mujer: ¡es tan ligera la pluma! Las mujeres son las que deben escribir la novela sentimental, cuando hayan encontrado el libro femenil, obra que, para ser válida, *no puede* de ningún modo *obedecer* á las leyes del libro varonil. Las mujeres están en contacto tan próximo con la Naturaleza, son tan diversas entre sí y han callado de tal modo hasta ahora, que si sus labios se abren ó sus manos cogen la pluma y son sinceras, no pueden hacer cosa insignificante é inútil.»

Hoy la mujer escritora es una rareza; cuando todas sepan escribir, «la mujer completa nos habrá salvado de la mujer de letras». Las cartas y el diario de cada una formarán el proceso verbal de su sensibilidad. Hoy la mujer apenas hace más que imitar al hombre; tenemos filósofos de muselina, noveladoras socialistas humanitarias y novelistas historiógrafas, que insensibles á la vida de quienes las rodean, resucitan cuentos

caldeos. ¿Feministas? ¡Quiá! Hace mucho tiempo que todas esas señoras son hominstas.

Para asombrar al hombre, las hay que dicen todavía: «Mirad, soy abogada; mirad, soy médica...» Toda esa espuma se desvanecerá y volveremos á ver á la mujer ser ella y nada más que ella. No ha visto Aurel todavía en ninguno de los libros de mujeres á la mujer entera, á la verdadera, más artista cuanto más enamorada, tan consciente como loca, con impertinencias de esclava, con descuidos de emperatriz; fuerte y débil, feroz y tierna. Y la más ingenua de todas, la que espera con el corazón desnudo, la que quiere y puede ser conocida del amor y desea encontrar en el amante al amigo, ¿dónde leerla? Hay que ver cómo se hace escritora la mujer.

La palabra hablada no basta para la expresión; la presencia del amado cambia casi siempre á la mujer audaz en niña adorante. La enamorada se empequeñece ante el amado cuanto más le ama, y si la atracción crece, el prestigio mengua. Y entonces es cuando la mujer escribe; él está allí, y ella piensa y traza *in mente* las frases que no se atreve á decirle. Por cartas es ella la mujer, y por cartas se engrandece, recobra su estatura y su imperio, y he ahí cómo la mujer se hace escritora. Y para que su alma se abra por entero es necesario escucharla, alejándose un poco para no darla nada, trazando en torno suyo un cerco de fervor para provocar su alegría, su cólera ó su miedo, únicos estados en que brotan por sus labios su irreductible juventud y su profético frescor.

*
* *

Las mujeres criminales.—En ningún país está exenta la mujer culpable del castigo que merece por sus crímenes; pero siempre es castigada con menos severidad que el hombre. Hoy ningún Estado aceptaría una ley que igualase el castigo de la mujer con el del hombre, y no ya por sentimentalismo, sino por consejo científico, por el exacto conocimiento que se tiene de la menor resistencia femenil.

Con el hombre se llega hasta cometer un error judicial. Con la mujer todo cambia; hasta el sueño del tribunal parece interrumpirse por la conmoción del alma. Cuando se inflige una pena á una señora, se ocupa de ello la prensa, las familias, el pueblo, la burguesía, la nobleza, y todos murmuran como de cosa extrañísima. El corazón sufre cruelmente por el desengaño sentido en presencia de una mujer que, por serlo, debiera ser un ángel, y que sin embargo resulta en la realidad una criminal.

En la *Nineteenh Century*, el capitán Vernon Harris, exinspector de prisiones, expone sobre las mujeres encarceladas los resultados de sus observaciones y experiencias. Según Vernon, la mujer es la que corrompe á la mujer, de tal modo que donde se hace mala es en los talleres, en los convites y en la calle, no en su casa. Hace notar que en las casas de corrección la mujer da mayor contingente que el hombre, y que en los casos de reincidencia las mujeres figuran en proporción todavía mayor, sin que por eso deje de conocer que la mujer es siempre menos criminal que el hombre, sobre todo en España y en Italia, que son los países en que la proporción es menor; aun en Francia hay cuatro hombres criminales por cada mujer, y en los Estados Unidos doce por cada una. Hasta en la cárcel la mujer se distingue del hombre por la limpieza y el cuidado de su persona, gustándola el trabajo y siendo sumamente sensible á las alabanzas.

Fernando Araujo

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

El viajero y su sombra, por Federico Nietzsche.

El autor del *Crepúsculo de los ídolos* es harto conocido para que tengamos que hacer su elogio. Pensador originalísimo en medio de sus incongruencias y atrevimientos, artista seductor que deslumbra con sus bellas imágenes é ingeniosas paradoxas, Federico Nietzsche ha dejado en las Letras y en la Filosofía muy honda huella de su vigorosa é interesante personalidad. El libro que comentamos brevemente no tiene, como ninguno de los de su autor, plan ni método. Es, por decirlo así, un *proteo* de materias pintorescamente expuestas, un *cinematógrafo ideal* cuyas películas varían á cada paso, sorprendiendo y subyugando por su colorido y novedad á los espectadores.

Moral, filosofía, religión, arte, costumbres, en todo se ejercita la poderosa inteligencia de Nietzsche, contradiciéndose quizá alguna vez, pero siempre interesando fuertemente al lector por el brío, la profundidad y la poesía de sus análisis y descripciones. El *impresionismo*, nota característica de las Letras actuales, está hábilmente pintado en ese libro que impresiona, aunque no siempre convence, y es de los que obligan á hacer verdadera gimnasia mental. La obra, que recomendamos con todo interés á los *intelectuales* de criterio amplio y generoso (que rinden culto al ingenio aunque deploran sus errores), consta de un volumen de cerca de cuatrocientas páginas, traducido por el laborioso escritor D. Edmundo González Blanco, y se vende al precio de seis pesetas.

CARLOS BELMONTE

ÍNDICE

	Págs.
Inteligencia y bondad, por Miguel de Unamuno	5
Recuerdos, por José Echegaray	22
Vida económica comparada, por Anselmo Fuentes	34
La enseñanza de la lengua castellana en Francia, por Julio Laborde	44
El siglo de los marimachos, por Pascual Santacruz	79
España fuera de España	95
Memorias de un huérfano, por X. Marmier	103
Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi	122
Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero	167
Revista de Revistas, por Fernando Araujo	176
Notas bibliográficas, por Carlos Belmonte	207

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 19. NUM. 228.

LA

ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

DICIEMBRE 1907

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO
Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de La España Moderna.

11.009

LA EMBAJADA DE ESPAÑA EN PARÍS

EN LOS COMIENZOS DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Por qué dimitió Aranda la embajada de París.

A las tres cartas del conde de Aranda, de 8 de Diciembre de 1786 y 2 y 9 de Enero de 1787, ni en el ánimo del rey Carlos III, ni en el de su ilustre ministro el conde de Floridablanca, pudo caber duda de que el esclarecido embajador que había representado á España en París durante cerca de catorce años continuados, quería á todo trance descansar. Su traslado desde la presidencia del Consejo de Castilla á la embajada del rey Luis XV de Francia se había verificado cuando él se hallaba en la plenitud de la vida y del prestigio y en el mayor esplendor de la fortuna y aun de sus propias facultades. Su inocente esposa doña Ana de Silva, á quien en la flor de sus años hiciéronla unir sus padres, siendo él aún duque de Almazán y teniendo veintiún años, el primero de Septiembre de 1740, en el oratorio privado de su casa, haciendo de celebrante como amigo de familia aquel sabio historiador fray Nicolás de Jesús de Belando, en quien el cura de San Andrés D. Manuel Manchanos delegó sus licencias, no había tenido la suerte de ser la mujer chispeante y atractiva que convenía á un hombre de su temple. Su tálamo había sido infecundo; y aunque ella, calificada siempre por él de *tontita*, le idolatraba, no había tenido gancho bastante para contenerle en el fogoso curso de sus pasiones mundanas, le permitió vivir

ya en los campamentos, ya en las cortes extranjeras, ya en la distraída ocupación de los supremos cargos políticos y palatinos, y aun en el círculo de los hombres de talento, con una libertad que le erigía en un casi extraño dentro de la intimidad de su hogar, y así había envejecido prematuramente y aun llegado al término de su vida participando sólo del fatuo reflejo de los públicos resplandores, pero en una perpetua proscripción del alma de su marido, y aun casi de su mente. De aquí pudo dimanar aquel tono, único que se conoce en la historia de la diplomacia, que dió el conde de Aranda á la embajada de España durante su larga residencia en París, en Versalles, en Compiegne y en Fontainebleau, que recordaba la fastuosidad de D. Diego Hurtado de Mendoza, bajo Carlos V y Felipe II, en Roma; la del conde de Gondomar, bajo Felipe III, en Londres; y la del duque de Alba, á la sucesión de Carlos II el Hechizado, en la de Luis XIV, cuando cupo á su nieto Felipe de Anjou alzarse con la ansiada corona de la española Monarquía.

La situación de 1773, cuando Aranda tomó su embajada para ser testigo, sobre todo desde la muerte de aquel rey en 1774, y la consagración de su nieto, el primogénito del delfín, muerto prematuramente, en la transformación que empezó desde luego á verificarse en Francia, era ya difícil bajo su aspecto político para las relaciones entre las dos cortes, y como consecuencia de ello, para el mismo embajador. Luis XVI había heredado de su abuelo aquel espíritu de superioridad que sobre España se arrogaron los sucesores de Luis XIV, fortalecido con el malhadado *pacto de familia*, mediante el cual la corona de Francia creía tener comprometida la sumisión de España á todos los designios del país que gobernaba, y él y sus ministros abusaban de aquellos pretendidos derechos hasta el punto de obligar á los de Carlos III á tomar sus medidas de prevención en las instrucciones de que iban abroquelados los que en la corte de París representaban los intereses de nuestra nación. Hasta la condición de tácita rivalidad en que vivía

la espiritual y aniñada María Antonieta, á quien atormentaba la fama que la princesa de la Corona de España, María Luisa de Parma, gozaba de ser la mujer más elegante de Europa, era un dato que, aunque al parecer insignificante, exigía un tacto demasiado exquisito para su trato con un hombre que, aunque de la educación finísima de su cuna y hogar, al fin no era más que un soldado que cuando olvidaba que lo había sido y que lo era, era para asomar por otro lado la oreja huraña del filósofo y del sabio. Se redujo desde su llegada á París en el porte ordinario de la vida al papel que adoptó de una especie de solterón caprichoso y galante y de un hombre de gran mundo, amigo de todos los sibaritismos que proporciona el rango y la opulencia, más con la propensión espléndida y generosa á dejar llegar hasta él toda cumbre y hasta toda sima de la inteligencia culta que imprimía carácter á aquel tiempo. Desde que ensanchó el círculo de su posición con sus amistades y con sus correspondientes antiguos, pudo darse tales aires de obsequioso hasta lo desordenado, que no hacía más que reflejar la verdad de su posición, cuando escribía á Floridablanca, su jefe en Madrid: «He sido el embajador único que ha dado de comer con ordinario abierto, sin contar con los convites extraordinarios; he creado un sinnúmero de conocimientos que, regularmente, sólo para aquella hora y día que les conviene se acuerdan de serlo míos; me veo todos los días con dos, cuatro, ocho, doce ó más, que á la francesa se me plantan; y fuese enhorabuena su venida para la mesa; pero nunca hacen venir sus coches hasta las cinco ó seis, momento en que se van á sus espectáculos ó á sus visitas». Y el boato inherente que á estas costumbres correspondía le obligaba á gastos excesivos, cuyos dispendios, cargando sobre su fortuna particular, más de una vez le había compelido á la enajenación de aquella parte libre de sus bienes que era el mayor desahogo de su fortuna.

Su mujer, entretanto, vivía alejada y obscurecida en Madrid. La pasividad de su carácter, el hábito del aislamiento,

había embotado totalmente sus pasiones; y cuando llegó á los dinteles del sepulcro, ni era joven, ni era vieja, ni era exigente, ni era tolerante, sino un sér indiferente, tal vez bueno á fuerza del propio abandono en que había caído, y de quien, sin embargo, ni los que se hallaban á su lado pudieron aplicarla calificativos de desconcepto, ni los que recibieron sus beneficios se permitieron llamarla *santa*. El conde, repetimos, en sus cartas muy urbanas, á veces con ribetes de cariñosas, y siempre sobre asuntos domésticos, no la llamaba más que *tontita*.

Aranda había traspasado la cumbre de los sesenta años cuando se quedó viudo. Le sirvió de pretexto para venir en 1784 á Madrid el arreglo de la testamentaría y de los intereses de su mujer, y su breve estancia en la capital, de donde hacía tantos años continuados que faltaba, sólo le sirvió para prendarse de las dotes de la más joven de sus sobrinas, María del Pilar de Silva, la última de las hijas del duque de Híjar, y para casarse con ella apenas alcanzó de Roma las dispensas necesarias. Aquí pensó que al presentarse ante sus amigos de París con tal joya, le valdría un triunfo. Pero el núcleo de sus relaciones de sociedad en la capital de Francia lo componían hombres: unos sabios, otros pedantes, y todos inciviles y fatuos. La joven esposa no se sintió halagada en aquel mundo, y precipitó su vuelta á Madrid, pretextando que el clima de las orillas del Sena la envenenaba la sangre y la enfermaba, y el viejo enamorado, cuando se halló solo, se entregó á la pasión del recuerdo de su amada, y ya no acarició más deseo ni esperanza que la de dejar su embajada y venirse á disfrutar las delicias del lecho conyugal.

Solicitando con apremio su retiro, escribía á Floridablanca: «Tres años hace que pasé á España en las circunstancias que á todos son notorias, y falto de sucesión, tomé nuevo estado para adquirirla. Cúpome una mujer cuyas cualidades apreciables de juventud, buen parecer, virtud y genio agradable y bondadoso sin igual exigen que yo confiese no merecerla en mi

edad ya avanzada. Pero siguió el probarle mal este clima y verla padecer á mi lado desde entonces acá, como ha sido patente en esta corte, y á los muchos españoles que han frecuentado mi casa y han concurrido á formar su sociedad, siendo bien evidente que el sólo irse acercando á los aires patrios y el pasar en ellos la ha presentado ahí mismo como si no fuera verdad lo que hubiese padecido. ¿Con qué corazón podría yo abusar de su docilidad para volverla adonde por su imaginación ya preparada del presentimiento, y puesta de nuevo en clima que no le conviene, le renovasen sus males con las dos causas? Mis años se aumentan. Mientras aun exige la humanidad en estado, apetece sus goces y puede prometerse el efecto que se propuso y que cada hombre anhela, dejando á su descendencia los bienes de sus abuelos. El perder la ocasión por ausencia cuando no se está en los treinta años para confiarse al tiempo... ¡convengamos que es un chasco poco agradable y sin recursos en que confiarse!»

La pasión de viejo le hacía ver además á París por prisma muy distinto del que le había ofrecido catorce años antes. «Como que desde que traje de España á mi mujer—añadía Aranda en la carta referida á Floridablanca—tuve que mudar de método de vida, sin frecuentar tanto mis antiguos conocimientos, me hallo como nuevo. Y ya porque este país muda cada año de costumbres, ya porque he roto el hielo de mis concurrencias, ya porque la falta de salud, la ausencia y el recuerdo de mi mujer me tienen sorprendido, me hallo sin recurso á la distracción cuando más la necesito. Es verdad que todo lo antiguo me empalaga. Ir á hacer mi corte á Versalles, en otro siempo formaba parte de mis mayores delectaciones, encontrando siempre para premio de mis jiras la dulce amabilidad del rey y de aquella reina encantadora, María Antonieta, que me colmaba de distinciones. Las distinciones son las mismas y para mí inolvidables las que la reina se dignó hacer con repetidos agasajos y obsequios á mi mujer, por quien siempre me hace la honra de mostrar un interés que me enternece.

No obstante, no puedo ocultar á V. E. que, á pesar de estas bondades, tiemblo sólo de pensar en los ciento veinte ó ciento treinta viajes por año que hay que hacer á aquella real residencia, teniendo que salir de aquí á las ocho y media de la mañana sin remedio, por la razón de estar á las diez, que es la hora mejor en que poder hablar al Ministerio poco ó mucho, y por no aventurar en lo general el momento del *lever* del rey; de modo que por sólo estos dos respectos, me cuestan los viajes ocho leguas cada uno de cansancio entre ida y vuelta por una ruta toda empedrada, volviendo á comer en la misma mañana á mi casa, como no haya recepción diplomática, que no se empiezan hasta las tres.»

Otro capítulo de protesta para fundar su renuncia le formaban los intereses, y también decía Aranda á este propósito: «Añádase que mis facultades pecuniarias se agotan, y con la división de dos casas no se pueden hacer prestar como en una sola. Diráseme que antes igualmente, con mi primera mujer, las mantenía. Pero yo responderé que la antigua, por el retiro y edad de la persona, era soportable y me cogía más desahogado. Ahora se me han seguido, sin hacer equivalente, una boda y sus regalos, una presentación solemne en una corte como la de la reina María Antonieta, y la existencia de mi mujer, mientras estuvo aquí, con el fausto que en mi posición París me ha impuesto; después sus indisposiciones con viajes costosos por la Francia para las aguas minerales que los médicos la mandaron, y en su estancia actual en Madrid mantenerla como su edad y su rango requiere y como mi cariño lo sacrificaría todo. Si se restituyese aquí, nuevos gastos extraordinarios, para recaer en nuevas repugnancias al país, y con ellas la repetición de sus achaques. Ya el rey, nuestro señor, verá el justo deseo de atender al mayor bien de la salud que puedo desear á un objeto tan propio mío, y tan digno de todo esmero como mi mujer. ¡Pueda ser disculpado en su soberana benignidad, si rendidamente le expongo el que S. M. piense en el sucesor de su agrado que aquí venga á relevarme! Esta esperan-

za no sólo aliviaría las presentes angustias de mi ánimo, sino que, ansioso de su real servicio, aun quedo fraile de Marte, en cuyo hábito hice mis primeros votos, para continuar mis obligaciones, mientras mis costillas lo resistan».

Las cartas confidenciales de Aranda á Floridablanca, después de la extractada, se nutrían de las mismas solicitudes y de los mismos argumentos de persuasión y de fuerza. En realidad, Floridablanca no miraba con buenos ojos la aproximación á Madrid del que más que en el ánimo leal de Carlos III, en el concepto que sobre Aranda tenía formada la opinión de todo el mundo que giraba en derredor del trono, fundaba el escozor y las desconfianzas de antiguas emulaciones. Tomó su partido. Buscóle sucesor en otro magnate que con Aranda rivalizase en posición, simpatías, respetos y prestigios. Consultó en Portugal con el conde de Fernán-Núñez, que desde los matrimonios de los infantes era en Lisboa oráculo de familia; y cuando contó con su aprobación, desde el Pardo escribió confidencialmente á Aranda el 29 de Enero de 1787: «El rey se ha rendido á las reflexiones é instancias de V. E. y condescenderá con su retiro, luego que V. E. formalice de oficio su solicitud. El sucesor de V. E. será Fernán-Núñez, quien está de acuerdo en proporcionar sus cosas de modo que pueda estar en esta corte para fin de Junio. El negocio de los límites de los Pirineos parece el pleito del mochuelo, que no se le ve el fin. Aunque aquí podríamos tomar la revancha con los demás asuntos á que esa corte insta, convendría que V. E. lo acabase antes de venirse, en la seguridad de que aquí no habrá más condescendencias de este género de intereses, cuando para las exigencias de ese Gobierno lo mismo es tenerlas que no tenerlas».

La solicitud oficial de Aranda pidiendo su retiro de la embajada de París vino, en efecto, á correo devuelto, y en el despacho en que se acompañaba Aranda decía á Floridablanca: «Me dice V. E. que pensaba en adelante no tener más condescendencias, pues lo mismo vale tenerlas que negarlas; y yo di-

go á V. E., para que lo traslade á mi sucesor, y para que V. E. mismo no mude de opinión, porque aquí nos miran peor que á chinos, que aquí sólo quisieran chuparnos hasta la sangre; que aquí no piensan de nosotros sino con desprecio, y que cuando aparentan lo contrario es para su negocio. Yo he nacido español; va para catorce años que vivo en el país, y en todo ese espacio de tiempo no he podido formar otro concepto. Les hago justicia en otras cosas, por su viveza é instrucción; pero respecto á nosotros, lo dicho dicho». En carta de gabinete escrita en el Pardo el 12 de Febrero, el rey Carlos III dió noticia á su sobrino y hermano el rey Luis XVI de haber permitido al conde de Aranda renunciar su embajada y de haber hecho elección para sucederle del conde de Fernán-Núñez. Cuando éste, al cabo, salió para la capital de Francia, donde Aranda esperó hasta presentarle á aquella corte y hacerle entrega solemne de la embajada, llevó á la mano para Luis XVI una carta de gabinete y una carta confidencial de familia toda autógrafa de Carlos III. Su borrador ó minuta está en castellano, y dice:

«*Señor, mi hermano y sobrino:* Con esta carta se presentará á V. M. el conde de Fernán-Núñez, que es el embajador que nombré para residir cerca de V. M. cuando concedí al conde de Aranda permiso para retirarse. Dije entonces á V. M. que le había elegido, no sólo por las circunstancias que en él concurren y por manifestarle que me hallo contento de lo bien que me ha servido en Portugal, sino porque le juzgo muy á propósito para continuar el primer encargo que tiene mi embajador, que es confirmar á V. M. en la persuasión de mi invariable sistema de caminar de acuerdo y unido á V. M. en cuanto pueda interesarnos. Ejecutándolo así será consecuente logre la aprobación de V. M., y él procurará merecerla, sabiendo que obtendrá la mía siempre que corresponda á los sentimientos de ternura é invariable amistad con que soy,—Señor, mi hermano y sobrino,—de V. M.—Buen hermano y tío—Carlos.—Aranjuez, 18 de Junio de 1787.»

Nadie hasta aquí ha osado decir, ni aun los mismos historiadores franceses, que el relevo del conde de Aranda fué íntimamente grato en la corte de Versalles. Verdad era que desde su segundo matrimonio con su sobrina, la hija menor del duque de Híjar, sumillers de S. M., y desde que la llevó á París el conde de Aranda, en sus amistades particulares se hizo otro hombre. Pero en Versalles no se olvidó nunca que siempre tuvo predilección por aquellos amigos que figuraban en la pléyade de los intelectuales que preparaban la revolución y limaban á la monarquía, desde la obscuridad de las logias masónicas, su honor y sus prerrogativas. También Fernán-Núñez era de los hombres más cultos de su tiempo, pero no filósofo, ni enciclopedista, ni masón.

II

Cómo el conde de Fernán-Núñez fué llamado á suceder á Aranda.

La descripción de la vida del conde de Fernán-Núñez nos ofrece el cuadro completo de la manera como durante todo el siglo XVIII se formaba en España la educación de un grande; cómo se insinuaba en los primeros pasos de su carrera y cómo se verificaban en ésta, ascendiendo siempre, las modificaciones que establecían los empleos que se les daban. Hay que advertir que desde que Carlos V depuró y colegió esta elevada clase social no se concebía persona condecorada con tan alta representación que no estuviera bien preparada para el servicio continuo del rey y de la patria, ya en la milicia de mar y tierra, ya en los cargos representativos de la diplomacia, ya, en fin, en las altas categorías de la política y de la gobernación.

La casa de Fernán-Núñez, sólo titulada por Felipe IV desde 1657, al advenimiento de la de Borbón á la corona de España, todavía tenía por cabeza al tercer conde D. Francisco Gutiérrez de los Ríos y Fernández de Córdova, que después de

haber servido de capitán general de la artillería de la armada en el mar Océano y de almirante general de ella, sucedió en el ministerio de España en Suecia cerca de los reyes Carlos XI y Carlos XII al famoso conde, soldado, diplomático y poeta don Bernardino de Rebolledo y Palafox, á quien la reina Cristina distinguía como uno de los mayores ornamentos de su corte. Era también Fernán-Núñez aficionado, como su antecesor, á las letras, aunque no á las musas, y en 1680 había publicado en Bruselas, con el título de *El hombre práctico*, varios discursos sobre educación, consagrados á la de sus hijos, en que se propuso por modelo las *Morales de Plutarco*, no sólo para inclinarles á la idea de lo justo y lo perfecto, sino para sistematizar la economía de sus espíritus con la más honda penetración de las matemáticas y hacerles hombres de mundo con la familiaridad de las lenguas vivas, como el francés, que ya era el lenguaje de las cortes; el italiano, que era el intérprete del arte, y el alemán, «que se hacía utilísimo en los ejércitos».

A su cuño ajustó la de sus hijos D. Pedro José, general de los Ejércitos y de las Armadas de España, cuyas escuadras por él mandadas concurrieron con gloria á la toma de Mallorca y al bloqueo y sitio de Barcelona, y que fué el primero á quien Felipe V cubrió en esta casa de grande, en 1729, y D. José Diego, que, también aplicado á la milicia del mar, gozó más de veinte años, los últimos de su vida, el alto rango de capitán general de las galeras de España, hasta que en las reformas del marqués de la Ensenada se suprimió la efectividad de tan elevada jerarquía. Sucedió éste en el condado de Fernán-Núñez y en las demás vinculaciones de la casa á su hermano primogénito, que murió en Cádiz el 1.° de Febrero de 1734, sin dejar prole; contrajo matrimonio, de edad muy avanzada, con Mad. María Armanda de Rohan-Chabot, hija del duque de Rohan, Luis de Bretagne, y de la duquesa Francisca de La-Rochelaure; y habiendo engendrado dos hijos, uno varón, Carlos José Gutiérrez de los Ríos y Rohan-Chabot, y una hembra, María Escolástica, murió de ochenta años de edad,

en el arsenal de Cartagena, el 13 de Mayo de 1749, siguiéndole un año después á la tumba la condesa su mujer. A la muerte del quinto conde, D. José Diego, quedó su primogénito, D. Carlos, de ocho años de edad, y su madre quiso enviarlo á educar en Francia, en el colegio de Luis el Grande. Opúsose el rey Fernando VI; y aunque por tutor de los ilustres huérfanos había quedado instituído el consejero de Castilla don Francisco de Cepeda y Guzmán, al tomarlos bajo su inmediato patrocinio el bienhechor monarca, encargó de su educación y cuidado al conde de Belalcázar, D. Joaquín Alvaro de Zúñiga, después duque de Béjar, casado á la sazón con la princesa Leopoldina de Lorena, hija de los príncipes de Pons, á quien los ilustres niños miraban como tía, por el parentesco que existía entre esta casa y la de Rohan en la Monarquía de Luis XV. Como era consiguiente, el primogénito Carlos ingresó de alumno pensionado en el Real Seminario de Nobles que fundó Felipe V en 1727 para la educación de la nobleza del Reino, y con el mismo carácter D.ª Escolástica, su tierna hermana, en el Instituto del mismo género que la reina Doña María Bárbara de Braganza había hecho instituir para las de su sexo en el suntuoso convento de la Visitación ó de las Salesas Reales, que para este fin levantó de planta.

La tierna huérfana de la casa de Fernán-Núñez salió de aquellos claustros en la flor de su más encantadora juventud, para contraer matrimonio con el duque de Béjar, á quien Fernando VI había encomendado su tutoría. El natural melancólico de este prócer había ejercido en su primer tálamo conyugal con la princesa Leopoldina de Lorena una eterna esterilidad y un eterno fastidio. Los veinticuatro años que duró aquel matrimonio con la alegre princesa francesa habían sido para los dos esposos un verdadero suplicio. Concordaron la separación; canonizó el Papa Benedicto XIV el divorcio, por los dos apetecido, en 1757; dos años después, el 8 de Octubre de 1759, murió en Bayona la de Lorena, y el duque se apresuró á unirse en segundas nupcias con su encantadora pupila. Este ma-

trimonio, si bien más feliz, no se vió coronado por la dicha de los hijos. El duque murió, sin sucesión, el 10 de Octubre de 1777, y en 1782 la duquesa Escolástica, revertiendo al conde de Fernán-Núñez, D. Carlos, los bienes y derechos todos de la casa de sus padres que habían formado su libre dotación.

Del Seminario Real de Nobles salió D. Carlos, completada su educación científica, para la brillante profesión de Marte. Su augusto protector, el rey Fernando VI, colgóle en 18 de Marzo de 1752 la bandolera, haciéndole sentar plaza de cadete, de la que ascendió á alférez de Reales Guardias Españolas en 18 de Abril de 1758, en la compañía que mandaba el marqués de Rosalmonte, que se hallaba de servicio de jornada en Aranjuez. Sobrevinieron inmediatamente las desgracias consecutivas que, tras la muerte de la reina Doña Bárbara, produjeron el trastorno de las facultades mentales del monarca y su lamentable fin en Villaviciosa de Odón el 10 de Agosto del mismo año. Mas cuando en el siguiente, viniendo de Nápoles, hizo su hermano y sucesor Carlos III su entrada en Madrid el 9 de Diciembre, la compañía en que Fernán-Núñez servía tuvo el honor de montarle en el Real Palacio su primera guardia, y aun puede decirse, pues en una de las cartas posteriores del conde se testifica, que desde aquel día el rey tomó sobre sí el protectorado que su hermano muerto había ofrecido á los jóvenes huérfanos de la casa de Gutiérrez de los Ríos y Rohan, y que desde aquel día brotó también en el alma del primogénito el culto hacia el nuevo soberano, que llegó á ser en él una verdadera adoración.

Carlos III, prendado de sus nobles cualidades, le fué acrecentando su medida en sus ascensos. El 15 de Mayo de 1760 le hizo nombrar teniente de la compañía del marqués de Torrenueva, con la que pasó de guarnición á Barcelona. En 22 de Agosto del año siguiente le ascendió á primer teniente de la compañía de D. Juan de Sesma, y con ella pasó en Abril de 1762 al ejército de Portugal. Aranda, que lo mandaba, le nombró su edecán. A su lado, y transmitiendo sus órdenes, pre-

senció la rendición de la plaza de Almeyda el 25 de Agosto, y él fué el elegido para llevar á Madrid al rey la grata noticia. Su premio fué el grado de coronel, que no tardó en mudarse en efectivo. De los regimientos legendarios que forman la base histórica de la aún subsistente organización de nuestro Ejército, el de infantería que llevó el nombre *de la Reina*, con el de *el Príncipe* y *Saboya*, se sabe que fueron creados por el emperador-rey Carlos V en 1537; el de Africa se remonta á 1559; el de *Zamora*, á 1580; y el de *Soria*, á 1591; pero el primero, el de *el Rey*, denominado antes *de Castilla*, es anterior á los Reyes Católicos, y lleva el sobrenombre de *Inmemorial*. En el siglo XVIII, hasta el año 1747, tuvo su mando el duque de Almazán, á quien la Historia conoce con el título de conde de Aranda, y cuando éste fué promovido por el rey Fernando VI al generalato, le sucedió en el mando D. Antonio Idiáquez, que lo tuvo bajo su disciplina durante quince años consecutivos. Aranda, en Portugal, recordándole siempre con envanecimiento, quiso tenerle á sus órdenes, é Idiáquez, que hacia Aranda conservaba secreta emulación, no quiso servir bajo su mando, y pidió á Carlos III su retiro. Aranda quería que aquella coronelía fuese para su edecán predilecto, y éste, siendo su concesión gracia privativa de la intenciones del rey, no se atrevió á solicitarla. Todos quedaron muy contentos, porque *motu proprio* Carlos III se la otorgó.

La paz entre España, Inglaterra, Portugal y Francia no se dejó esperar, y *el Inmemorial* de Castilla, con Fernán-Núñez por jefe, pasó á Cádiz, donde su digno coronel, por premio de sus servicios en aquella campaña, recibió la encomienda de los diezmos del Septeno de la Orden de Alcántara, en la que estaba cruzado caballero.

La historia militar de Fernán-Núñez, preparatoria para la diplomática, aun se dilató algunos años, con efemérides que son dignas de mención. En Agosto de 1762 abandonó su regimiento, cuyo uniforme vistió toda su vida, para venir á la corte. Condecorado con la llave de gentilhombre con ejercicio

en 15 de Febrero de 1764, con motivo de los dobles casamientos de la infanta Luisa María con el gran duque de Toscana Pedro Leopoldo, hijo segundo del emperador Francisco y de María Teresa de Austria, y del Príncipe de Asturias, que fué después Carlos IV, con la princesa María Luisa de Parma, entró desde luego en el servicio palatino, gustando el rey en sus conversaciones profundizarle en sus conocimientos. Dióse él por informado de la protección que en Nápoles había dispensado el rey Carlos á los sabios, á los literatos y á los artistas; encomió las empresas de la excavación de las antiguas ciudades á las que el Vesubio enterró con todas sus magnificencias bajo sus cenizas, y el rey entonces, llevándole á su cámara, le enseñó el regio álbum de *Le antichitá di Ercolano,* grabado, con grandes dispendios del monarca, por Bajardi, de que le regaló un ejemplar. Fernán-Núñez volvió á incorporarse en Madrid á su regimiento, aunque sin desamparar los servicios en Palacio. En éstos hizo la jornada al Pardo en 1765, y el 23 de Marzo de 1766, al lado del rey, como su gentilhombre, salió al balcón de su real estancia durante el memorable motín contra el marqués de Squilache. Poco después, habiéndole visto Carlos III un día en función de maniobras con su regimiento en las inmediaciones de la Ermita del Angel, donde en la actualidad se levanta la estación de los ferrocarriles del Este y del Mediodía, le esperó en Palacio, y á la hora de la comida, viéndole entrar, le saludó, diciendo al concurso: *Señores, aquí tenemos al nuevo brigadier.*

Ansioso de intruirse, y á sus expensas, en 1772 emprendió un viaje por Inglaterra, Italia, Alemania, Polonia y Francia, que duró tres años. Hallábase en lo más garrido de su juventud, y alternó, con los estudios que se había propuesto hacer, los goces naturales de la edad, en los que gastó mucho dinero. Tentóle Venus en la imagen seductora de una eximia cantante italiana, la Marcucci, y de ella tuvo un hijo, á quien dió el nombre romano de Camilo. Mas cuando más desvanecido se hallaba en estos placeres, llegáronle á París las nuevas de las

hostilidades de los moros fronterizos contra Melilla y el Peñón de los Vélez, y los preparativos que en las ciudades de la costa de Levante se hacían para una expedición á Argel. Se le avisó que el *Inmemorial* estaba destinado para aquella empresa, y aunque á la sazón muy halagada por sus tíos los duques de Rohan, hermanos de su madre, con quienes había congeniado mucho, con sus primos los condes de Chabot, con el mariscal y la mariscala de Lautrec, también de la familia, y con todo aquel mundo de los Ferté-Imbault, de los duques de Aiguillon y de otros próceres semejantes, en cuyos vínculos de la sangre ponían su salsa nuestro embajador, el conde de Aranda y otros nobles de España que en París se hallaban, y con los que, presentados á los reyes Luis XVI y María Antonieta, gozó las exquisitas delectaciones de Versalles y del Trianón, púsose inmediatamente en marcha para asistir á la guerra, incorporándose en Cartagena á su regimiento antes de embarcar. De aquella empresa africana sacó su valor la honra de una herida de bala en el pecho. Después el *Inmemorial* quedó guarneciendo á Valencia, y habiendo tenido que imponer un censo de 100.000 ducados sobre su mayorazgo, con real aprobación, para pagar deudas y tomar estado, y que agregar al mayorazgo de Fernán-Núñez ciertos muebles libres que poseía en la villa de este nombre, impetró nueva licencia, con la que pasó, primero á sus posesiones andaluzas, y desde ellas á Madrid.

La novia que había escogido, doña María de la Esclavitud Sarmiento de Quiñones, hija de los condes de Villanueva de las Achas, tenía entonces quince años, pues había nacido en Toro el 22 de Febrero de 1760, y unía la señoril seriedad de la cuna leonesa de su padre á la graciosa vivacidad de Extremadura, de donde su madre era. «No es una hermosura romana, el conde escribía, sino una española muy graciosa y muy picante. Tiene un diente negro y otro fuera de línea, que, sin embargo, no le afean. Su genio es dócil, su aire noble, y baila muy bien. Sus padres, que son unas buenas gentes, son de poco

talento, pero bonachones y de ideas honradas, en que ella nutre su ingenua candidez. Ha vivido en Galicia, y no ha visto ni conoce mundo; pero tiene disposición natural, y á mi lado he de hacerla lucir.» Carlos III dió á Fernán-Núñez el dije de boda envuelto en el entorchado de oro de mariscal de campo, con agregación al ejército de Castilla la Vieja; pero la luna de miel pasáronla los dos enamorados en los servicios palatinos de las jornadas de San Ildefonso y el Escorial. Al término de esta última, el rey cruzó el pecho del conde con la cinta azul y blanca y la gran placa de la distinguida orden de su nombre, establecida por él en 1771.

Desde que el matrimonio se verificó, entró en el ánimo de Fernán-Núñez el cambio de carrera. Mas aunque lo insinuó al marqués de Grimaldi, su colocación no tuvo resultado hasta que, informado de sus deseos el conde de Floridablanca, lo confirió con el rey, á quien agradó la resolución. Fernán-Núñez había insinuado también que el destino que quería era el ministerio de España en Lisboa, que á la sazón desempeñaba el marqués de Almodóvar. En efecto, la combinación se hizo durante la jornada de 1778 en el Pardo: Almodóvar fué trasladado á la embajada de Londres, y el 26 de Febrero se extendió el nombramiento de Fernán-Núñez para Lisboa, «atendiendo el talento, instrucción y demás recomendables circunstancias» que concurrían en su persona, con seis mil doblones sencillos de sueldo anual, y tres mil por una vez para su viático y establecimiento. Nada de cuanto pidió Fernán-Núñez le fué negado. Se le había designado como secretario de embajada á D. Francisco Saavedra, capitán de infantería y ayudante mayor de las milicias provinciales de Ávila; pero él propuso al coronel graduado D. José Caamaño, sargento mayor del regimiento de Mallorca, y éste fué nombrado, con el informe del general O'Reilly, de que «dicho oficial era muy instruído en varios idiomas, había viajado por varias cortes de Europa y tenía mucha aplicación».

La embajada de Fernán-Núñez en Portugal duró nueve

años, y no sólo superó con acierto todas las cuestiones que se movieron entre las dos cortes, ya con motivo de las guerras, ya con el del matrimonio de la infanta Carlota Joaquina, la hija mayor de los príncipes de Asturias, Carlos y María Luisa, con el infante Don Juan, después príncipe del Brasil, y de la infanta portuguesa Doña Ana Victoria con el infante Don Gabriel Antonio, ya con los continuos incidentes que surgían por cuestiones de allanamiento de fronteras, derechos de pesca, presas marítimas, etc., sino que desde que con el padre Scio de San Miguel se envió á la reina María nuestra infanta, todavía niña, para que se educase según las costumbres del país en que había de ocupar el regio tálamo, la habilidad que desplegó para vencer las intrigas que se emplearon para hacer abortar aquel matrimonio, le valió nuevos títulos de estimación, tanto por parte de la corte de España como por la de Lisboa, donde la reina se empeñó en premiarle con una encomienda para sí ó para uno de sus hijos, que él rehusó siempre admitir, creyéndolo impropio del decoro de la representación que allí tenía.

Ya el rey Carlos III, después de la guerra reproducida por las hostilidades de Portugal, mitigada por Inglaterra contra las provincias del Río de la Plata y la ocupación de la colonia del Sacramento, concedió á Fernán-Núñez, que tanto ayudó á las paces, el *Toisón de Oro*, diciéndole, cuando el conde expresaba su gratitud con aquellas palabras: «*Señor, V. M. se digna anticipar sus recompensas á mis servicios*».—«*¡No, no* — le contestó el rey;—*tú las mereces, y estoy bien cierto de que me los continuarás siempre!*» Su crédito iba siempre también en boga. Hechas las bodas de 1785, Floridablanca no pensaba más que en sus ascensos, sabiendo cuán gratos eran al rey Carlos III. Primero le propuso para Viena, en 1786 para Londres, y con tales instancias, que Fernán-Núñez ya se disponía para el viaje. Aranda renunció entretanto, y Floridablanca, confidencialmente, le dió la noticia. Aranda insistió, y entonces, en carta de El Pardo, á 6 de Mayo de 1787, volvió á de-

cirle: «Confidencialmente dije á V. E. que el conde de Aranda pedía su retiro de la embajada de París; que S. M. estaba en ánimo de condescender á su súplica, y que nombraría á V. E. para aquel cargo. Ha llegado el caso. Deje V. E. á Caamaño de encargado de negocios, y véngase.»

Todo quedó resuelto aquí, y Fernán-Núñez, desde Aranjuez, escribía á Floridablanca el 20 de Junio: «Quedan en mi poder las instrucciones, el *Pacto de familia* y las cartas para los embajadores y ministros de S. M. El dos del que viene emprenderé la marcha.»

Juan Pérez de Guzmán
De la Real Academia de la Historia.

NOTICIAS Y ALGUNAS CURIOSIDADES HISTÓRICAS

ACERCA DEL CORCHO Y SUS USOS

No es en manera alguna asunto baladí ni exento de interés el referente á la historia de un cuerpo que presta útiles y constantes servicios en la práctica de la vida, de tal suerte que merece fijar en él la mirada y conocer algunas noticias de su empleo y aplicaciones, respecto á las que la ciencia y el arte tienen y han tenido no poca intervención.

La parte externa de la corteza del alcornoque, cuyo árbol denominan los botánicos *Querus suber* (perteneciente á la familia de las cupulíteras), con cuyo nombre le designó el gran Linneo, es la llamada *corcho*, el que por sus condiciones de blandura, compresibilidad, resistencia á los agentes exteriores, ser poco permeable, mal conductor del calórico y fácilmente modelable, hanle convertido en una substancia que es de primera necesidad en gran número de casos.

La altura del árbol que le produce es de 10 á 12 metros, y su tronco adquiere un diámetro considerable.

Fué conocido el corcho desde una época anterior á la Era cristiana. Teofrasto, más de tres siglos antes de Jesucristo, habla de los alcornoques de los Pirineos en su *Historia natural de las plantas*.

En las excavaciones de Pompeya se encontraron ánforas con tapones de corcho, lo cual ya indica el uso que se hacía de esta substancia en aquel tiempo (1).

---

(1) Girardin: *Traité de chimie appliquée.*

Refiere Plinio que las damas de su época llevaban guarnecido de corcho el calzado de invierno, y parece ser que los griegos, tomando aquella costumbre como coquetería femenil más que como precaución higiénica, las llamaban *corteza de árboles.*

Es una de las substancias de más importancia industrial y comercial.

Parece á primera vista un objeto secundario é insignificante, y sin embargo presta servicios tan útiles y se realizan con su auxilio trabajos de tanta trascendencia, que constituiría sin duda un verdadero conflicto la desaparición de este cuerpo ó solamente que llegara á escasear ó disminuir su producción.

El alcornoque se conoce desde muchos años antes de la Era cristiana; pero los primeros usos á que se aplicó fué á la construcción de flotadores para redes y también para colmenas.

Teofrasto, como ya hemos dicho (en el siglo IV antes de Jesucristo); Columela y Plinio el joven, ambos del siglo I de la Iglesia, mencionan dicho árbol en sus obras y dejan entrever algunas de las aplicaciones de que el corcho es susceptible.

Se supone que fuese en el siglo XVII cuando se comenzaron á emplear los tapones de esta substancia, puesto que antes se cerraban las botellas con tapones de plomo.

La fabricación de dichos tapones comenzó, en efecto, en el siglo XVII, en cuya época empezó también el uso de las botellas de vidrio. En el siglo XVIII los españoles cultivan en mayor escala el alcornoque para fabricar esos objetos.

Desde luego puede también asegurarse que en Cataluña ha sido donde primero se han cultivado en España los alcornocales, siendo la provincia de Gerona la que se distingue, por la circunstancia de tener los mejores árboles de esta especie.

Se calcula que un alcornoque viejo puede dar una corteza de corcho de la que se saquen dos mil tapones.

La época más favorable para la recolección del corcho es el mes de Agosto y cuando el árbol cuenta como diez años de

edad, en que la corteza adquiere interiormente un color sonrosado, que pierde por la prolongada influencia del calor, la luz y el aire.

Cuando es secular y vigoroso, puede dar hasta 100 kilogramos de corteza.

Las provincias de Extremadura poseen extensos bosques donde se cultivan estos árboles, constituyendo una de sus riquezas, aun cuando no se explota y utiliza todo lo que es susceptible una industria que produce tantos millones de esos tapones, cuyo diámetro y condiciones son diversos, desde los que sirven para cubas y grandes vasijas, hasta los diminutos que emplea la Farmacia con destino á esos tubos que contienen gránulos miligramáticos con medicamentos á dosis muy refractas.

En el siglo XVIII se fija el comienzo de la industria corcho-taponera en España, en la ya referida provincia de Gerona, creyéndose que fué por los años 1770 á 1780. En el año 1835 se comenzaron á fabricar en dicho sitio tapones especiales que servían para cerrar las botellas de champagne; pero esto ya es un grado de perfección de la industria que corresponde á la época contemporánea.

El límite superior de la región del alcornoque es casi el mismo que el de la vid; constituye en la provincia de Gerona una base importante de riqueza. Según consignó hace bastantes años un periódico, pasa de tres millones de pesetas el capital empleado en la elaboración y exportación del corcho, y las primeras materias las forman unas 280.000 docenas de tablas de corcho, lo cual proporciona trabajo á muchos pueblos del Ampurdán.

Además constituye una fuente importante de riqueza en bastantes sitios de Extremadura, Andalucía y otras comarcas españolas.

En la provincia de Gerona pasa de tres millones de pesetas el capital empleado en la elaboración y exportación del corcho.

El más fino se consigue cuando el árbol pasa de la edad de treinta años.

No es fácil reducir á números el consumo de tapones de corcho en determinadas localidades, para fijar estadísticas exactas. Sin embargo, se calcula que Inglaterra y sus colonias consumen y exportan más de 20 millones de tapones por día, los cuales se fabrican con corcho procedente de España y Portugal que constantemente desembarca en los muelles de Londres. El embotellado de vino de Champagne exige, próximamente, 40 millones anuales.

Puesto el corcho durante algún tiempo en una mezcla de miel y agua, y prensado para reducirle á la mitad de su volumen, adquiere una elasticidad que permite adaptarle perfectamente á muchos orificios con una comodidad análoga, aunque no igual, á la de la goma elástica, y eso ha sido motivo de ampliar sus usos en muchos conceptos, y dar más importancia á su fabricación.

Aunque la principal aplicación del corcho es para tapones, lo han usado igualmente para construir diversos objetos de adorno, como son pendientes, brazaletes, figuritas, nacimientos de juguete de niños, petacas, plantillas para zapatos de invierno, aparatos de flotación, etc. También tiene bastante uso en polvo para tapizar habitaciones, cubrir los suelos, evitando de este modo el enfriamiento; rellenar colchones salvavidas; para transportar fruta á largas distancias y para la preparación del *linoleo*, ó sea la llamada alfombra de corcho. Es, pues, una materia que sirve de base á varias industrias.

Cítanse multitud de trabajos artísticos notabilísimos hechos en corcho: modelos de edificios, estatuitas, objetos y caprichos diversos, etc. Pero uno de los que más deben llamar la atención es el que sirvió de asunto en primer término al distinguido ingeniero de montes D. Primitivo Artigas para dar en la noche del 12 de Noviembre de 1906, en el Ateneo de Madrid, una notable, curiosa é instructiva conferencia, que tuvo por tema *El corcho y sus aplicaciones*.

Después de exponer eruditos detalles respecto á los países en que se desarrolla el alcornoque y las operaciones que realiza la industria taponera, presentó un ejemplar del *Quijote* impreso todo él en delgadísimas láminas de corcho. Es, en efecto, una obra de arte notabilísima. El libro debido á la pluma del príncipe de nuestros escritores ha recibido con esto digno homenaje de la industria española. Impreso á dos tintas, pueden leerse en aquellas hojas de corcho los pensamientos del inmortal Cervantes de perfectísima manera. La letra inicial de cada capítulo es un precioso trabajo artístico, pues está adornada con dibujos y con purpurina de oro, adherida á la hoja de un modo permanente. Además, estas hojas tienen la suficiente resistencia para no destruirse con facilidad y poderse manejar y leer sin riesgo de que se deshagan entre las manos, á pesar de su gran finura y delicadeza.

El impresor y editor de este libro fué D. Octavio Viader, que realizó este notable trabajo en sus talleres de San Feliú de Guixols, de la heroica provincia de Gerona, la cual puede mostrarse orgullosa con que uno de sus hijos haya realizado esta obra de arte, acerca de la cual dió el mismo Sr. Viader algunos detalles en la citada conferencia.

Se han presentado caprichosos objetos de arte hechos de corcho en diferentes exposiciones, que han llamado la atención, tanto por el mérito que revelan como por la suma de paciencia y laboriosidad que suponen. Debe mencionarse, entre estos trabajos, el realizado por el médico de Palafrugell, D. José Martí y Vintró, que es un cuadro *heráldico cronológico de España*, en cuyo precioso trabajo, tallado en corcho, invirtió catorce años de incesante labor (1).

Se ha utilizado asimismo el corcho para pescar, escogiendo uno de la mejor calidad, en grandes pedazos, cortado á propósito y pintado para poder distinguirle á larga distancia, pero

(1) Citado por el ilustrado ingeniero de montes D. Primitivo Artigas en su folleto titulado *El alcornoque y la industria taponera.*

cuya pintura se haya practicado de modo que se obturen los poros é intersticios para evitar que penetre el agua, y después se le ata un sedal.

Los servicios que presta el corcho en los trabajos químicos son asimismo de gran importancia, sobre todo en lo que se refiere á la disposición de aparatos donde se producen gases, en cuyo caso es indispensable una práctica acertada para la colocación de los referidos corchos, de tal manera que ajusten herméticamente y no sean porosos, para evitar las fugas de gas; que estén agujereados con perfección cuando hayan de perforarse para dar paso á tubos, penetren en las bocas de los diversos utensilios de un modo premioso, etc., todo lo cual necesita una destreza que sólo da la práctica. Hoy día, en muchos de estos trabajos se emplean tapones de caucho; pero no puede prescindirse en absoluto del corcho en bastantes ocasiones.

No es del caso enumerar en este momento todo cuanto la industria ha realizado en trabajos múltiples y variados referentes al corcho, ni tampoco las delicadas investigaciones de la ciencia química en esta substancia, donde, por la acción de diferentes reactivos, se han llegado á producir con el corcho ácidos orgánicos, como el *subérico* y otros, que han sido motivos de estudio detenido por más de un concepto.

Imposible encontrar ninguna materia que reemplace, ni aun sustituya, al corcho en la industria de la fabricación de tapones. Su permeabilidad, ligereza, fácil adaptación á los diámetros de las vasijas á que se aplica, inalterabilidad por diversos agentes, de tal modo que no perturba en lo más mínimo la pureza de las substancias contenidas en los vasos, todo constituye un conjunto de motivos de gran estima para esta substancia.

Creemos suficientes las anteriores consideraciones, expuestas de un modo sucinto, para poner de manifiesto los hechos más salientes relativos al particular, y que el buen juicio del lector aprecie su importancia.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG

RECUERDOS

Hablaba en mi último artículo, refiriéndome siempre á los meses que mediaron entre la revolución vencedora de Septiembre y la apertura de las Cortes Constituyentes del 68, á dos expedientes que tuvimos que resolver en dicho período en el Ministerio de Fomento, y que consideraba dignos de mención especial, no por lo que eran en sí, sino por la significación de uno y otro.

Es moda y siempre ha sido moda, quizá la única moda permanente, por lo cual más bien puede considerarse como enfermedad crónica de las sociedades modernas: 1.° Hablar mal de todos los Gobiernos; ésta creo que es moda muy antigua. Y 2.° Hablar mal de la Administración pública.

Según la crítica universal, porque supongo que esto sucede en todos los países, la Administración pública es mala, pésima, intolerable.

Es atrasada siempre, según dicen, es rutinaria, es pesada, cargada de vejeces, enemiga de todo progreso, y además corrompida; y no hay que decir si los empleados públicos participarán de estas exquisitas cualidades.

Pues bien: este juicio me parece en gran parte injusto, totalmente injusto, y en otra parte exageradísimo.

La Administración, como todo organismo compuesto de hombres, tiene indudablemente sus defectos; defectos que antes eran mucho mayores, que hoy van desapareciendo, y algunos son inevitables.

La perfección ideal, ¿dónde se encuentra?

¿Pues no hemos dicho cien veces que, con ser la máquina de vapor un mecanismo maravilloso, no aprovecha ni un doce ó un catorce por ciento de la energía que en sí contiene la hulla?

He aquí un organismo que de cada cien caballos de vapor no utiliza catorce, y en que los ochenta y seis restantes se pierden ó se filtran, pero no llegan á su destino. Y esto, agotando toda su ciencia y todo su ingenio los sabios y los inventores.

Yo afirmo que la Administración pública es mucho mejor de lo que se supone; que presta grandes servicios en todo país civilizado; y esto lo afirmo, habiendo estado en contacto muchos años con multitud de dependencias de la Administración.

Y citaba los dos expedientes á que me he referido, no como demostración, ciertamente, como demostración no serían bastante, sino como muestra, si se me permite la palabra.

Lo que hay es que el pesimismo en todos los órdenes de la vida es más *lucido*, si vale la palabra, y aun me atrevería á decir más simpático para el público, que el optimismo.

El pesimista puede tener pretensiones de hombre superior: comprende la perfección, la busca, agiganta las faltas por pequeñas que sean, y todo lo encuentra defectuoso, los hombres y las cosas; y como abunda lo malo, por desdicha, resulta que muchas veces tiene razón, y todo el mundo se la da, porque lo malo salta á la vista. Otras muchas veces no acierta; pero de sus equivocaciones nadie se hace cargo ni nadie se acuerda.

Es como una señora á quien yo conocí, que siempre anunciaba, al ver un enfermo en la familia ó entre los amigos, que el enfermo se moría sin remedio. Y como siempre anunciaba la defunción, y entre los enfermos hay algunos que, en efecto, se mueren, decía en tono fatídico: lo dije yo desde el primer momento.

Y todos repetían: es verdad, lo anunció doña Fulana.

La mayor parte de los que ella sentenció se curaban; pero

en estos casos nadie se acordaba de la profecía, ó la atribuían á excesos de la sensibilidad.

En cambio el optimista pasa por ser un pobre hombre, inocente y bonachón, pero sin pizca de entendimiento.

Si ve algo bueno y lo señala, le arrojan en rostro lo malo que á lo bueno acompaña siempre, y le anonadan y le abruman, y poco falta para que por excesos de bondad le declaren incapaz de sacramentos.

¡Qué bien viste y qué autoridad presta el ver en todas partes negruras!

¡Que el país está atrasado, que el país está degenerado, que no hay energías ni virtudes, que nadie sabe, que nadie trabaja, que nadie cumple con su deber, que nos vamos acercando al África á pasos agigantados, amenazando con suprimir el Estrecho cualquier día!

Pues bien: nada de esto es verdad, y yo procuraré demostrarlo en otra ocasión en que demostraciones de esta clase sean oportunas. Por ahora pongamos punto á esta digresión y volvamos al tema principal: al de los dos expedientes.

*
* *

En el primero ya me ocupé en el artículo anterior, y fué prestar tributo de justicia y pagar deuda de gratitud á un hombre que ya no existe, de quien ya nada espero, pero cuya memoria debo realzar siempre que pueda, porque era un espíritu noble, tuvo gran influencia en la política española y procuró servir á su patria, con la conciencia pura, sin apetito de medros y dispuesto siempre al sacrificio.

Acertó unas veces, otras veces no acertó; pero en unas y en otras merece respeto. Y por mi parte, no sólo respeto, sino recuerdos leales y cariñosos.

En el ejemplo que citaba, y precisamente por eso lo cité, le vimos hacer justicia á sus mayores enemigos.

El deber acalló la pasión, y eso que era hombre apasionado como pocos.

Y el ejemplo citado no es el único que pudiera citar.

Ahora vamos al segundo ejemplo, al segundo expediente, en el cual no tuvo que intervenir D. Manuel; el jefe de Negociado de que hablé antes lo estudió y lo preparó, y yo lo resolví.

¡Qué conflictos hay en la vida!

Conflictos del orden moral, sobre todo. En que el deber no aparece claro, en que hay dos soluciones y ninguna satisface, y sin embargo no hay una tercera á que acudir.

Tenía yo un amigo, amigo de toda la carrera, amigo queridísimo, casi un hermano.

Cinco años, sobre todo, habíamos estado estrechamente unidos, con las mismas ilusiones, con las mismas esperanzas. ¡Qué tejido tan tenue! ¡Esperanzas é ilusiones! ¡Pero qué tejido tan firme y cómo une las almas!

Al concluir la carrera tomamos rumbos distintos.

Yo he sido siempre modesto, aunque me esté mal el decirlo, me he contentado siempre con muy poco; por eso sin duda la suerte, que es coquetuela, como hembra de mucho trato, me ha concedido á veces más de lo que merezco. Me contenté con ir de ingeniero á provincias con 9.000 reales de sueldo y con indemnizaciones que se aproximaban bastante á cero, porque en la provincia donde fuí no había obras públicas, ni proyectos, ni visitas.

Y más tarde me pareció una gran fortuna venir de profesor á la Escuela de Caminos con 9.000 reales de sueldo y 3.000 de indemnización. Y así largos años, hasta que ascendí á ingeniero primero con 12.000 reales.

De este modo seguía mi camino prosaico, sin ambiciones ni penas, caminando por el surco y creyéndome muy feliz.

Mi amigo, en cambio, era ambicioso.

Para él la carrera era un escalón nada más. Los 9.000 reales un sueldo ridículo, el surco prosaico de la carrera bueno para bestias mansas que se resignasen á ir tirando de la vida.

De suerte que bien pronto salió del Cuerpo y se lanzó por

el mundo con sus poderosos alientos y sus nobles ambiciones.

Era luchador al parecer formidable, mas su coraza tenía dos faltas.

Era muy generoso y era muy confiado.

Esto sin contar con que padecía del estómago.

Se lanzó, pues, á trabajar por su cuenta, y como era ingeniero, utilizando sus conocimientos técnicos hízose contratista de carreteras.

Parece que la empresa era modesta, y sin embargo, otros con menos condiciones que mi amigo, construyendo carreteras se habían hecho ricos; y entiéndase, correctamente, con toda honradez, sin más que aprovechar las ventajas que por entonces ofrecía este género de construcciones y de empresas.

Y la clave de estas empresas y de estas ganancias no era otra que el pago puntual de las certificaciones.

En los cinco años de la Unión liberal, y algunos años después, hasta que el horizonte empezó á encenderse con las llamaradas de la próxima revolución, hubo dinero, mucho dinero.

Las Cortes Constituyentes del 54 y del 56 habían decretado la desamortización, movilizando de este modo algunos miles de millones de reales.

Salaverría había fundado la Caja de Depósitos, y como el Estado tenía crédito y la nueva creación financiera infundía confianza, acudieron á sus cajas, si mal no recuerdo, más de dos mil millones de reales.

Con esta gran masa de capitales las obras públicas recibieron poderoso impulso.

Se subvencionó la gran red de ferrocarriles, se hicieron muchísimas carreteras; por diversas combinaciones se emprendieron obras de puertos y se iluminaron las costas.

De tal suerte, que por algunos años las costas de España eran de las mejor iluminadas de Europa; así como suena, aunque esto les extrañe á los pesimistas y detractores sistemáticos de nuestra patria.

En esta gran resurrección de las obras públicas, que duró los cinco años de la Unión liberal, y algunos más por el impulso recibido, abundaba el dinero, y el axioma de Ayala podía invertirse.

Dice Ayala:

> Chico, ¿qué quieres que haga?
> El hombre más caballero
> cuando no tiene dinero
> no lo tiene.

Y su interlocutor replica:

—Y no lo paga.

Pues á la inversa: el que tiene dinero, por lo regular, y aun no siendo gran caballero, y mucho más si lo es, paga puntualmente lo que debe.

En razón de esta alta filosofía, el Estado en aquella época pagaba puntualmente los certificados de carreteras.

Y sólo por el hecho de pagar puntualmente, los contratistas de carreteras se hacían ricos; porque sacaban para sus capitales intereses extraordinarios que, acumulados, duplicaban y triplicaban el capital primitivo.

Veamos cómo; aunque ya el lector, por poco práctico que sea en estas materias, habrá comprendido el mecanismo.

Supongamos, para fijar las ideas, una carretera dividida en cinco trozos, y supongamos también para la explicación que cada trozo costase 25.000 duros.

Parece natural pensar: el capital de construcción habrá de ser de dos millones y medio. Pues no es así, porque con 25.000 duros era bastante.

Al terminar el primer trozo, se expedía la certificación, que se cobraba en el acto, y ya el contratista había recobrado los 25.000 duros, los cuales empleaba en el segundo trozo, y así sucesivamente. De manera que con 25.000 duros se construía una obra de dos millones y medio.

Y aunque se computase al capital total un interés módico,

bajísimo, del 2 por 100, para el capital realmente empleado era el 10 por 100, sin contar las economías que un constructor inteligente puede obtener en obras de esta clase.

Y acaso se preguntará: pues si las ganancias legítimas eran tan grandes, ¿cómo la competencia de los constructores no hacía bajar el interés á un tipo más módico?

Porque se construían muchísimas carreteras, y la demanda era muy alta, y tampoco se improvisan constructores con la inteligencia y la práctica necesarias para estos asuntos.

Yo he conocido persona muy modesta, de escasa cultura, aunque de talento natural y mucho instinto, pasar en pocos años, de humilde destajista, á constructor millonario, y después á concesionario de ferrocarriles, con soberbio coche de caballos de raza; hotel, en que tenía cuadros de Velázquez y Murillo, y toda la ilustración que dan el dinero y el lujo cuando con su riego fecundan un buen talento natural.

Pero la clave de toda esta máquina ya hemos dicho cuál era: que el Tesoro español pagaba con puntualidad sus compromisos.

* * *

Y volvamos al expediente y al amigo.

Mi amigo, al principio de su carrera, tuvo suerte.

Mucho talento, mucha simpatía, un horizonte despejado y brillante.

No era capitalista, pero tenía 12 ó 14.000 duros. Sus hermanos, que eran dos, tenían otros 7.000 duros cada uno; y le confiaron estos pequeños capitales, que en rigor eran renuncia de una herencia que años antes había hecho su hermano en favor de ellos.

Pues con estos 28 ó 30.000 duros se lanzó á constructor de carreteras.

Pero escogió mal momento: los tiempos habían cambiado; no eran los cinco años de la Unión liberal, ni los cuatro ó seis que á éstos siguieron. Ya no se pagaban las certificaciones á la vista, sino con mucho retraso. Para construir el se-

gundo trozo necesitaba el contratista capitales propios, y no podía retrasarse indefinidamente, porque venía la rescisión.

En rigor, el negocio se había agotado, y este mal momento cogió á mi buen amigo en el lleno de su especulación, con otra contrariedad enorme: había entregado á un amigo íntimo, en quien tenía absoluta confianza, unos 12.000 duros para comprar títulos en la Bolsa, y este amigo, en un momento de delirio, sin duda alguna, los comprometió en una jugada que creyó infalible, y los perdió.

Más aún, porque las desdichas nunca vienen solas, sino en espléndido rebaño y con el diablo por pastor.

Mi amigo, para estos negocios, había formado sociedad con otras dos ó tres personas, que resultaron medianas, tirando á malas, y que ahogaron, explotaron y comprometieron á su compañero de negocio.

Y todavía más, que estos rebaños no acaban: en las obras ocurrieron algunos accidentes, avenidas inesperadas, desperfectos, algo, en suma, á que las obras siempre están expuestas.

Y con las certificaciones sin pagar, el capital mermado en su tercera parte, la mala intención de los socios y los accidentes de las obras, la situación de mi amigo era angustiosísima, y si no desesperada, en camino de serlo.

Precisamente en esta época me hice yo cargo de la Dirección de Obras públicas, y empezó el expediente á que vengo refiriéndome.

***

Mi amigo había presentado antes de que yo fuera nombrado director una exposición pidiendo determinadas indemnizaciones, fundándose en que todas ellas se referían á casos de fuerza mayor.

La reclamación estaba sin resolver.

Cuando mi amigo se enteró de mi nombramiento, creyó que el cielo se abría para él, porque no dudó que mi resolución sería favorable. Y los ocho ó diez mil duros que sus re-

clamaciones pudieran importar le sacaban de una situación apuradísima.

Yo le encargué la urgencia al jefe del Negociado, sin hacerle ningún género de recomendaciones, porque no era esa mi costumbre, y además en este caso daba la casualidad de que mi amigo lo era tanto mío como de Pardo: eran compañeros, hasta creo que Pardo había sido su discípulo, y en favorecer á nuestro pobre compañero dentro de la justicia él había de tener tanto interés como yo mismo.

Y estudió el asunto rápidamente, como él acostumbraba, y escribió una extensa nota, examinando una por una las indemnizaciones solicitadas.

Nota concienzuda, severa, casi me atrevería á decir cruel; proponía en seco que se desestimase la instancia y que se negasen todas las indemnizaciones que el contratista, es decir, mi amigo, solicitaba.

La nota me aplastó materialmente, y me creó una situación imposible.

Yo había creído el asunto fácil, por lo que de palabra me había dicho mi amigo; pero la nota de Pardo era formidable.

No negaba que para alguna de aquellas indemnizaciones no pudieran alegarse razones de equidad; pero agregaba que el Negociado no podía apreciar más que razones de derecho y ninguna otra del orden moral ó de equidad estricta, porque esas las tendría en cuenta la superioridad si lo creía conveniente.

Y aquí empezó para mí un *conflicto entre dos deberes*, que me hizo pasar tres ó cuatro días de mucha angustia y de profunda preocupación.

Lo que mi amigo reclamaba no era una injusticia, pero la justicia de su reclamación tampoco era evidente.

Era uno de esos asuntos en que si se resuelve á favor del interesado, puede decirse, con cierta apariencia de razón, que ha habido parcialidad, favoritismo, que se ha querido favorecer á un amigo con perjuicio del Tesoro, que se le ha hecho

un regalo de ocho ó diez mil duros á un contratista, y todas las consecuencias de descrédito, de murmuración y de interpretaciones molestas, por lo menos, que de aquí se derivan.

En cambio, si se desechan de plano las reclamaciones del contratista, puede decirse también que se ejerce un acto de verdadera crueldad, que se niega á un interesado lo que cien otras veces se ha concedido á otros en circunstancias análogas.

Que la Administración no tiene derecho para ser despiadada; que lo que en la esfera particular sería, no usar, sino abusar del derecho, no puede ser lícito en la Administración pública; que los principios de equidad son tan respetables como los principios jurídicos, de los cuales, en rigor, forman parte.

Que es muy fácil adquirir fama de recto á costa de los demás, alardeando de una rigidez que puede confundirse con la crueldad; y que si, además, el interesado es un amigo íntimo y una persona honrada, negarle lo que quizá á otro se concedería para evitar hablillas y murmuraciones, es un verdadero egoísmo.

Y tejiendo y entrelazando la primera serie de razones con esta segunda serie, y pasando alternativa del pro al contra y del contra al pro, me pasé tres ó cuatro días en un conflicto permanente.

Si, á veces, como procuré representar en un drama años después, el deber no es tan claro como pudiera imaginarse, hay verdadero conflicto de deberes.

Yo, como funcionario del Estado, no tengo derecho para favorecer á un amigo con el dinero del Tesoro público. Esto es evidente.

Pero yo no tengo derecho para crearme reputación de rígido sacrificando á un amigo por exageraciones de severidad.

Yo, como funcionario público, no tengo derecho ni para pensar que la resolución que dicto en sentido desfavorable causa la ruina del amigo más cariñoso. El amigo en este caso no debe existir para mí.

Pero yo tampoco puedo regatearle una resolución favorable, ni hacer caso omiso de costumbres anteriores ó de motivos de equidad, porque tenga en esta ocasión la desgracia de ser amigo mío.

El ser mi amigo no debe ser circunstancia ni favorable ni adversa.

¿Qué haría con otro cualquiera?

¿Esto ó aquello?

Pues esto ó aquello debo hacer con él.

¡Qué sencilla es la fórmula! Pero la aplicación ¡qué difícil!

Es como decir: «deja de ser hombre y conviértete en máquina».

Olvida recuerdos, olvida afectos profundos, olvídalo todo y conviértete en un balance de números.

Pero esto no es posible.

Yo no podía olvidar que aquel contratista era mi amigo querido de toda la vida, ni para favorecerle ni para perjudicarle.

¿Le perjudico?

Pues me digo á mí mismo: ¡Con qué crueldad sacrifico á un hombre tan bueno y tan digno! Y me asalta la duda de si no seré excesivamente severo por temor al *qué dirán*, ó por el temor de que mis afectos influyan sobre mi justicia.

¿Le favorezco?

Pues me digo á mí mismo: Este es un acto indigno de parcialidad; con otro que no fuera él, no hubieras dado tanta importancia á las razones de equidad.

¡Cuántas veces un funcionario honrado se verá en estos conflictos de conciencia!

Afortunadamente, en este caso el interesado me salvó en aquella lucha, que era cruel para mí.

José Echegaray

MIS VISITAS Á LOS CONVENTOS

(RECUERDOS DEL PASADO)

Creo fué en Granada donde por vez primera obtuve autorización para trasponer los umbrales de un Convento de religiosas.

Logré esta honra señaladísima, y no de muchos conseguida ciertamente, hace más de treinta años; es decir, cuando yo era todavía joven, cuando tenía ilusiones y las amarguras de la vida no habían aún la mía acibarado.

Era, pues, para mí trance solemne, como siempre en realidad lo ha sido, el de penetrar en aquellos santos recintos, en los cuales las vírgenes del Señor, encendidas en el más puro sentimiento, hacen vida contemplativa y austera, lejos, muy lejos del «mundanal ruido»; el de respirar la atmósfera misteriosa de aquellas casas á la oración consagradas, atmósfera saturada de unción, de misticismo y de recogimiento, impregnada acaso de deseos mal definidos, vagos, inaprensibles, que flotan por doquiera, que lo invaden todo y que dan al Cenobio carácter especial en la fantasía; el de turbar con mi presencia el silencio sepulcral allí á todas horas reinante, y el de ver con mis propios ojos aquellas románticas figuras que, como sombras tenues y próximas á desvanecerse en la lobreguez del claustro, iban á desfilar delante de mí, ocultando en su seno dolores y desdichas, pasiones y sentimientos, esperanzas y tristezas, tedios y remordimientos acaso.

En Córdoba—lo recuerdo bien,—y hará cosa de más de cuarenta años, presencié el espectáculo de abrirse las puertas de no sé cuál Convento; en él era monja profesa una pariente mía lejana, y con ella, en el claustro, había permanecido una temporada cierta prima nuestra. A recoger á ésta iba su padre, y le acompañábamos el de la profesa, su hermano y yo, entonces casi un niño.

Era en Septiembre. El día, hermoso; el aire embalsamado por placentera brisa otoñal, que traía consigo los aromas y frescuras de la cercana sierra. Atardecía; y en esa hora imponente, en que el sol reverberaba aún en los enjalbegados muros de las viviendas cordobesas, doraba las copas de los árboles, jugueteaba en los poco gallardos cuerpos de la torre de la Catedral, y bañaba en luz los penachos de las palmeras, llegamos por callejones estrechos, sombríos y solitarios al Convento.

Penetramos en el patinillo, empedrado, reducido, blanqueado con cal, adornado de jazmineros y de adelfas y dompedros en las platabandas, de suerte que el verdor del ramaje destacaba fuertemente sobre la blancura de los muros.

Al frente casi, bajo una especie de porche, con sus altos batientes de cuarterones ennegrecidos por el tiempo, estaba la puerta de la clausura, muda cual la de un sepulcro, como se mostraba el patinillo, donde crecía un ciprés solitario y en perpetua sombra, cuyas ramas no alegraba nunca el canto de las aves.

Cumplidos los trámites de rigor, oyóse el rechinar de una llave en la mohosa cerradura de la puerta, y el descorrer de cerrojos; y poco después, con mortificante lentitud, giraba uno de los batientes, descubriendo espacioso portal lóbrego, de cuyo fondo adelantaron en forma procesional unos bultos negros y callados.

No se habló palabra por nadie. Descubrímonos respetuosamente, y de pronto, de aquella fila de bultos negros, cuyo rostro ocultaba tupida tela de la propia color, desprendióse con

rapidez uno sollozando. Echó los brazos al cuello de uno de mis dos tíos, le besó efusivamente en el semblante, y exclamó con voz llena de lágrimas:

—¡Padre! ¡Padre mío!

De los ojos de aquel mi pariente rodaron también lágrimas silenciosas; abrazó y besó á su hija con cariñosa tristeza, y el grupo se deshizo en seguida, tornando á la sombra la profesa, quien no era poderosa á contener el llanto, á juzgar por la precipitación con que, por bajo del velo negro, enjugaba sus ojos.

Como este episodio conmovedor en grado sumo había llamado mi atención preferentemente, y me había impresionado bastante, no tuve tiempo de reparar en la salida de mi prima, de quien con voz gangosa se despedían las monjas, aunque sí advertí el efecto singular que producía la nota clara del vestido de aquélla entre la negrura de los trajes monacales y la de la portería.

Sin más, la puerta volvió á cerrarse, no con tanta lentitud como había sido abierta, y la charla alegre y vibrante de mi prima, que era joven, guapa y malagueña por añadidura, llenó de ruido el patinillo, alegrándole unos instantes.

Sólo ella y su padre sonreían. Mi tío, el hermano de la profesa y yo, permanecimos emocionados, y nos alejamos de allí sombríos y tristes.

No se me ha olvidado aquel espectáculo, y siempre me produce su recuerdo la misma impresión de frío en el alma.

Por eso, la primera vez que penetré en un Convento iba también impresionado y triste.

¿Quién no ha imaginado que detrás de los muros de esos vetustos é informes edificios, convertidos en casas de religión, se ocultan misterios mil, dramas y aun tragedias desconocidos, miserias y dolores sin cuento? ¿Quién no ha soñado y visto alguna vez viva en los limbos de la fantasía la imagen cándida de la novicia, joven, esbelta, graciosa y bella, envuelta en los pliegues del hábito monacal, que parece aumenta sus hechizos, sacrificando las alegrías de la existencia en aras de

la Fe; templando quizá contra sus instintos los ardores de la sangre en la helada atmósfera del Cenobio; llorando por aventura desengaños amorosos; renunciando por la violencia á un mundo desconocido y lleno de seducciones, para salvar el alma enterrando el cuerpo de por vida en aquella vasta y anticipada tumba, contra la cual se estrellan, ó debían estrellarse á lo menos, todos los rumores y latidos de la vida?...

¿Quién no ha soñado y visto de igual modo con los ojos de la fantasía la monja arrepentida de serlo, que protesta de su encierro en lo íntimo de su sér y con todas sus potencias; que siente poderosas las rebeldías de la carne; derrama sin cesar lágrimas ardientes suspirando por el siglo, y á quien condena el destino implacable á reclusión eterna, á la esterilidad y la muerte?... ¿Quién, la mujer histérica, víctima de la neurosis y de la anemia, que padece alucinaciones y agoniza lentamente dentro de aquel sagrado recinto?... ¿Quién, la vieja desdentada y gruñona, de faz de pergamino, murmuradora y rencorosa, que con el mismo tono con que por costumbre reza latines que no comprende, habla con sus compañeras y reniega con horror de un mundo imaginario y protervo, según ella, donde el demonio impera y se pierden las almas y los cuerpos?...

¿Quién no recuerda la figura extremamente candorosa de la doña Inés del *Don Juan Tenorio*, que aparece todos los años en todos los teatros de España? ¿Quién no hace memoria de aquella *Margarita la Tornera* que el inmortal Zorrilla tomó de la leyenda reproducida en el llamado *Quijote de Avellaneda?*... ¿Quién, de aquellas terceras endemoniadas y ladinas, á quienes se dió nombre de *trota-conventos*; de aquellas aventuras conventuales que refiere el Arcipreste de Hita en el siglo XIV, y de todo cuanto, desde que hay tales casas de religión, ha supuesto y forjado la malicia humana, á vueltas con realidades que consignan las leyes?...

Ni habrá faltado quien á la lista de sus triunfos amorosos codiciase añadir, como el héroe de Zorrilla, alguna novicia que «para profesar esté», ni quien haya sentido bullir el cri-

minal deseo de profanar estos santos recogimientos, cuyas puertas no respetó con verdad la soldadesca desenfrenada é impía, y cuyas vírgenes fueron violentamente sacrificadas, sin distinción, al apetito libidinoso de ingleses y alemanes en la Guerra de Sucesión de la XVIII.ª centuria, de los franceses en la de la Independencia, y aun de carlistas y liberales en las nefandas luchas fratricidas del pasado siglo XIX.

Porque realmente, para el vulgo, dentro del cual me cuento—ó por mejor decir, me contaba, pues ya los años me hacen ver las cosas de modo bien distinto,—para el vulgo, repito, tienen los conventos de religiosas algo de los gyneceos musulmanes. En unos y otros la fantasía novelera sueña maravillas y misterios; y como la atracción del sexo es tan grande y poderosa, y el fruto prohibido es tan codiciado, compréndese en esta relación, hasta cierto punto, las obsesiones y los apetitos malsanos, que estïmulan de vez en cuando acontecimientos escandalosos, pues la flaca naturaleza humana no está libre, ni mucho menos, de debilidades y de aberraciones.

No cruzaron por mi mente al encaminar mis pasos al Convento de *Santa Isabel la Real*, que fué el primero y único cenobio por mí visitado en la hermosa ciudad de los Al-Ahmares, ninguna de estas pecaminosas ideas que dejo apuntadas, aunque la juventud mía hubiera acaso podido en cierto modo suscitarlas. He dicho que iba impresionado y triste, recordando el cuadro sombrío que diez ó doce años antes había presenciado en Córdoba, con tanto mayor motivo cuanto que el edificio ocupado por las religiosas fué uno de los palacios suntuosos erigidos en Granada por la magnificencia de los sultanes Nasseritas, y no era sino muy natural me preocupase y aun entristeciera la memoria de la grandeza pasada del edificio, por las que pudiera despertar de aquellas edades tan lejanas, en el estado en que lo encontrase.

Desde luego no había de hallar en su primitiva disposición el palacio. Acaso se conservaría algún patio, cerrado por su correspondiente galería circundante, con gallardos arcos de la-

brada yesería, elegantes capiteles de mármol de Macael y trasparentes fustes de fino alastro; pero ni hallaría frondosos macizos de alegres follajes, ni fuentes rumorosas, ni estancias llenas de voluptuosidad y encanto. La austeridad de la vida monástica debía de haber borrado todo esto, á mi juicio, y el perfumado ambiente de aquella que fué morada particular de una sultana y se llamó *Dar-al-horra*, ó *Palacio de la reina* (1), debía haberse trocado en ambiente de unción, de paz, de religiosidad y de recogimiento.

Iba yo afanosamente, espoleado por el deseo de conocer aquella morada, un tiempo regia, y de tomar nota de los epígrafes murales que aún, á través de cerca de cuatro siglos, hubieran podido salvarse en medio de las reformas sucesivas que la adaptación del edificio para Cenobio debía haber exigido: por medio de aquellos testimonios parlantes, haríase fácil conocer la historia del monumento, pues alguno de los epígrafes haría alusión quizás al fundador del palacio, según fué uso y costumbre entre los muslimes. Además, ¿quién sabe si subsistiría alguno de aquellos poemas que, en alabanza del fundador y del edificio, tallaban en orlas y cenefas, y mocárabes y frisos los artistas de la froga?

Con tales preocupaciones, y otras del propio estilo, no es difícil hacerse cargo de que yo no podía pensar en las devotas religiosas que reemplazaban en aquellas estancias á las mujeres del *harém*, ni forjarme novicias poéticas y novelescas, ni profesas más ó menos bellas y jóvenes... Esto era para mí extraño por completo, si bien no dejaría de impresionarme desde luego el espectáculo solemne de la comunidad, á la que yo creí podría ver sin dificultad de ningún género.

---

(1) Otros dicen *de la honesta*. Pero *horro* significa el nacido en condición de libre, y por extensión, el libertado de cualquier servicio ó servidumbre, aquel á quien se declara ó reconoce exento de tributo ó prestación alguna. Entre los musulmanes, *horra* equivale á la mujer legítima, y así lo entendieron R. Martín y el P. Alcalá, interpretando el primero el vocablo por *domina*, y por *princesa, reyna, emperatriz*, el segundo.

Acompañábanme en la visita el entonces joven sacerdote Sr. Reyes, familiar de S. I., y el Sr. D. Juan Sierra, capellán real y rector del *Colegio de San Bartolomé y Santiago*, ya fallecido, á quien debí muy singulares muestras de galantería; y hablando de lo que íbamos á ver, trepamos las empinadas y revueltas calles del histórico barrio de Albaycín, hasta llegar delante de la hermosa puerta monumental de la iglesia del Convento, el cual tiene fama en Granada por la especialidad de los higos que produce la huerta, y son *higos isabeles* allí denominados.

La presencia de tan bello monumento de la decadencia ojival, en el que alguien cree ver la mano de Enrique Egas, y donde entre hornacinas, pináculos, apometadas molduras y otros elementos decorativos propios de los días de los Reyes Católicos—para alejar toda duda en orden á su fecha,—campean en las enjutas del grande arco florenzado inferior las divisas de aquellos esclarecidos monarcas, hubo de producirme mal efecto, pues proclamaba la consumación, desde el mismo siglo xv, de obras trastornadoras en lo que llama novísimo autor *Alcázar del Albaycín*, no sin justicia.

Porque, con efecto: «nada revela exteriormente que la casa que los Reyes Católicos dieron á su secretario Zafra, donde éste habitó hasta 1501, labrando algunas habitaciones *á lo castellano*, como dice Pedraza, y que en el mismo año fué destinada á Convento por Isabel la Católica, después de haber destruído alguna parte del palacio y soterrado los baños, encierre dentro de sus muros bellísimos restos de arquitectura árabe» (1).

Tenían ya el competente aviso las religiosas, que lo son de la orden de San Francisco; y tras de breve espera, no sin verdadera emoción, vi abrirse para mí las puertas del Convento.

A uno y otro lado de la portería, vestíbulo, ó llámese como

(1) D. Francisco de P. Valladar, *Guía de Granada* (Granada, 1906), página 179.

se quiera, formaban en fila hasta una docena de bultos negros é informes, con el rostro encubierto cual las mujeres musulmanas. La prelada, bajita y anciana, se había levantado el velo, y á la hermosa luz de una mañana de Julio resplandecía su rostro agraciado, amable, bondadoso y blanco, en el cual aun se conservaban señas elocuentes de que aquella señora hubo de ser hermosa, con lo que se cumplía el refrán de que «el que tuvo y retuvo, guardó para la vejez».

Cambiadas las respetuosas salutaciones de rúbrica, en las que llevó la voz cantante el capellán de Reyes, Sr. Sierra, crucé los umbrales, cerróse tras de nosotros la puerta, y nos pusimos en marcha, guiados por la prelada, á quien precedía una religiosa que agitaba sin cesar en sus manos una campanilla.

Los bultos negros que habían al portal salido, se desvanecieron como sombras, y quedamos en un patio del siglo XVI la religiosa de la campanilla, la anciana prelada, los dos sacerdotes y yo; hablaban éstos con la superiora y le exponían el objeto de nuestra visita, á fin de que nos condujese por todo el edificio, el cual se halla compuesto de varios cuerpos, enlazados unos con otros por medio de patios más ó menos grandes y más ó menos interesantes.

Era yo, según me manifestó cariñosa la superiora, el segundo entre los mundanos que visitaba aquella santa casa. Habíame precedido ya el ilustre D. Pascual de Gayangos—entre cuyos papeles quizás se hallen notas importantes relativas al Convento de *Santa Isabel la Real*,—y después creo han entrado en él los hermanos Oliver y Hurtado, Almagro Cárdenas, Gómez Moreno y Valladar, que han reconocido lo existente, no habiendo tenido esta fortuna ni Rafael Contreras, ni Emilio Lafuente y Alcántara ni Jiménez Serrano.

No hay para qué advertir que, por grandes que sean en el visitante los deseos de recorrer todos los extremos de estas casas de religión, como por una parte desconoce la topografía de las mismas, el natural encogimiento por otra, y la guía obligada además le privan de toda libertad y de toda iniciativa

por completo, marcha sin hacerse cargo en realidad de por dónde, y ni puede analizar, ni puede reconocer, ni puede penetrar en muchos lugares donde la entrada está canónicamente prohibida.

Así es que confieso paladinamente no sé por qué caminos ni en cuál dirección marchamos, hasta dar con un pequeño patio rectangular, encalado, á que las religiosas denominan *Patio del Toronjo*; quedan en él aún arcadas de estuco, columnas de blanco mármol, canecillos de madera del alero primitivo, y una galería alta, con otros restos muy dignos de estima que proclaman la grandeza del palacio en los días de la dominación musulmana.

Tomé mis notas y copié inscripciones; y como al recorrer la galería alta, donde está lo mejor conservado, expresase yo á la complaciente superiora mi extrañeza por no haber visto por parte alguna á ninguna de las religiosas, contestóme ella con sencillez y agrado:

—Para eso va delante de nosotros la hermana tocando la campanilla; al oirla, se ocultan las religiosas.

Teníamos que descender una escalera pina y estrecha que de la dicha galería conduce al patio de referencia, en el cual había hallado el batiente de una puerta, todo él primorosamente ensamblado, y cuya suerte ignoro; y como la excelente señora era anciana, y le costaba gran trabajo bajar los escalones, que eran altos, atrevíme á ofrecerle el brazo para que en él se apoyase; pero ella, sonriendo, declinó el ofrecimiento, expresando le estaba prohibido por la regla.

Al fin, más bien ó más mal, cumplida mi misión, díla por terminada, y con el mismo ceremonial que fuí recibido fuí despedido por aquellas damas, llevando conmigo triste pero presentido desengaño, y el amargo dejo de no haber descubierto ninguna de aquellas poéticas figuras que la fantasía supone en los conventos.

De mi labor, eminentemente epigráfica, dí cuenta en las páginas 296 á 298 de mi *Memoria acerca de algunas inscripcio-*

nes arábigas de España y Portugal, impresa en 1883; los hermanos Oliver hablan de *Dar-al-horra* en las páginas 372 y siguientes de su *Granada y sus monumentos árabes;* Almagro, en las páginas 55 y siguientes de su *Museo granadino*, y en las 181 á 184 de sus *Inscripciones árabes de Granada;* Gómez Moreno, en las páginas 446 á 448 de su *Guía* de 1892; y Valladar, en las 178 á 180 de su *Guía* de 1906. Allí pueden, si quieren, adquirir los lectores conocimiento de lo que subsiste de cuantas maravillas hubo en el regio palacio que desde principios del siglo XVI ocupan las religiosas de San Francisco, quienes pueblan con el monotono reposo de su vida contemplativa lo que otros tiempos llenaron de alegría las voluptuosas mujeres que al servicio de la *Horra* vivían en aquella morada, que hubo de serlo de deleites.

Cuatro años más tarde, en los fines del mes de Marzo de 1879, llevóme á la antigua corte de los Califas cierto asunto relacionado con mi libro *Inscripciones arábigas de Córdoba*, recién impreso. En las investigaciones de todo género que había desde 1874 hecho para redactarle, hubieron de asesorarme, bondadosos, entre otras personas, el director de la *Escuela de Bellas Artes* y del *Museo Provincial*, D. Rafael Romero Barros, gran conocedor de la localidad y hombre de muy especiales conocimientos; el director del *Instituto Provincial*, don Victoriano Rivera y Romero, doctísimo varón en ciencias históricas y buen amigo, ya difunto, como Romero; y, por último, el joven aficionado entonces, y hoy notable arqueólogo, D. Rafael Ramírez de Arellano, quien por ser hijo de D. Teodomiro, autor de los *Paseos por Córdoba*, motivos sobrados tenía, por herencia y por instinto, de saber lo que de bueno, artísticamente hablando, poseía Córdoba (1).

Ello es, que con el auxilio eficaz de estos amigos y el que

(1) Así lo ha demostrado tiempos después en su *Guía artística de Córdoba* (Sevilla, 1896), donde á todos bizarramente nos fustiga sin contemplaciones ni eufemismos.

me prestaron también el venerable D. Francisco de Borja Pavón, recientemente fallecido; D. Rafael Luque y Lubián, arquitecto, y D. Vicente Cándido López, maestreescuela de la Catedral, creí yo haber sido tan afortunado como para haber visitado y epigráficamente reconocido cuantos edificios conservaban todavía, y tenían á la sazón al descubierto, restos de labrada decoración mudejar que pudieran interesarme en algún modo.

Pero en esta ocasión á que aludo, cuando ya tenía impreso mi libro, hablóme no sé quién de dos conventos de religiosas dentro de los cuales existían reliquias decorativas artísticas, cuyo valor y cuyo mérito me fueron ponderados calurosamente: con la vaguedad y la exageración sugestivas y propias é inherentes una y otra de todo aquello que está oculto á las miradas de los profanos, y es difícil de ver, por tanto, á causa de la condición y naturaleza mismas del edificio, donde existen.

Eran aquellos conventos el de *San Rafael*, de franciscanas recoletas, vulgarmente llamadas *las Capuchinas*, y el de *Santa Marta*, de jerónimas. En ambos decían haber labores árabes. Jamás había sonado en mis oídos el nombre del primero, como conteniendo algo importante; pero no ocurría así con el segundo, pues de él procedía un muy hermoso brocal de algibe, producto bien interesante de la cerámica cordobesa, labrado, por consiguiente, en barro, y cubierto todo él de peregrina decoración en relieve esmaltada en verde. Consérvase en el *Museo Provincial* desde luengos tiempos, y tuve yo la honra de darle á conocer en la monografía que, con el título de *Brocales de pozo árabes y mudejares*, publiqué en el tomo III del *Museo Español de Antigüedades*.

Mientras solicité y personalmente obtuve la competente autorización de aquel insigne y santo prelado, de dulce memoria, fray Ceferino González, por quien era á la sazón regida la diócesis cordobesa,—consulté la muy curiosa obra de D. Teodomiro Ramírez de Arellano *Paseos por Córdoba* (1). Por ella

(1) Tomo III, 1877, págs. 174 y 175.

supe que el *Convento de San Rafael*, vulgo *Capuchinas*, con aprobación del obispo D. Antonio Valdés, había sido fundado en 1655 por el duque de Sessa en sus casas principales de Córdoba; que para adaptarlas á su nuevo destino había hecho á su costa el duque las obras necesarias, «menos la actual iglesia, que fué edificada en 1725, á expensas del obispo D. Marcelino Siuri, invirtiéndose en ella veinte mil ducados, del producto de sus rentas», y que, por último, «en el interior del edificio» había «unos restos *muzárabes*».

Preciso era, pues, rebajar lo hiperbólico de la noticia, en orden á la naturaleza de las reliquias decorativas, que ya no podían ser árabes, como no eran *muzárabes* tampoco, según, por equivocación disculpable, decía el Sr. Ramírez de Arellano, sino que notoriamente debían ser *mudejares*. Con todo: habiendo sido aquellas las casas principales que en Córdoba tuvieron los duques de Sessa, era de presumir que aun después de las obras de adaptación, ejecutadas acaso en 1655, época de ningún respeto para los monumentos de las anteriores y de notorio mal gusto; después de la erección de la iglesia en 1725, y especialmente después del terrible incendio que se declaró en el convento la noche del 4 de Octubre de 1869,—era de presumir, repito, que algo subsistiera que diese idea de la ostentación y de la grandeza desplegadas por los duques en su señorial morada, siendo á este algo á lo que aludía seguramente el Sr. Ramírez de Arellano (D. T.) en sus *Paseos por Córdoba*.

Hállase este convento situado en el fondo de una plazuela que se abre á la entrada de la *calle del Liceo*, la cual plazuela es apellidada hoy *de las Capuchinas*, como antes lo fué *del Conde de Cabra* y *del Duque de Sessa*; pero la entrada, que es por cierto bien humilde, se encuentra en la calleja inmediata. El edificio nada muestra al exterior que revele grandeza, y en el ala izquierda del patinillo á que abre la puerta de la clausura advertí, no sin regocijo, y cual promesa de mayores cosas, que los arcos estaban soportados por capiteles de proge-

nie arábiga en su mayoría, existiendo uno visigodo, magnífico, procedente sin duda de alguna de las famosas construcciones que magnificaron á Córdoba en la época de los sucesores de Ataulfo.

Como no es mi propósito tratar ahora circunstanciadamente de lo que hallé en el interior del convento, pues ya dí oportuna cuenta de ello (1), sólo haré observar que las reformas trastornadoras de 1655, de 1725 y otras no mencionadas de diferentes tiempos, si habían en mucha parte desvanecido la fisonomía de aquellas que fueron casas principales de los duques de Sessa, no habían por completo borrado las huellas de ostentación de que hicieron en ellas alarde, en el siglo xv seguramente, los antecesoros de los duques. El incendio de 1869 había también respetado por su parte no poco, y así me fué dado reconocer restos de pasada magnificencia, desde la policromada puerta que guarda y defiende á las esposas del Señor, y parecía anunciar mayores prodigios de aquel *estilo mudejar* cordobés, de que había tantos restos por la población diseminados.

Recibiéronnos las religiosas amablemente y, poco más ó menos, con las mismas ceremonias que las de *Santa Isabel la Real*, en Granada, me habían recibido, salvo la supresión de la hermana de la campanilla. A nuestra disposición se ofrecieron desde luego, una vez conocido el objeto de la visita, dos monjas con el rostro al descubierto.

Eran jóvenes, frescas, de saludable aspecto y buena estatura, afectuosas, sencillas y bien parecidas. Tenían extremadamente limpios claustro y galerías; y al interrogarlas yo respecto de las particularidades de la casa, contestábanme afables y bondadosas con el dulce y gutural acento andaluz, sin dejo alguno de austoridad, y sin reservas.

---

(1) *Recuerdos de Córdoba*, artículo publicado en *La Época* del 5 de Mayo de 1879. Reprodujo parte de este artículo en las páginas 401 á 409 de la segunda edición de mis *Inscripciones árabes de Córdoba* (Madrid, 1880).

Y como bajo el enlucido de los muros en la galería del claustro, que estaba resplandeciente de blancura con la cal en ellos prodigada á usanza del país, destacase informe en un arco angrelado y mudejar la yesería que le decoraba, no vacilé en solicitar la autorización de las complacientes religiosas para hacer saltar la cal de un trozo, y poner al descubierto las labores, aun á trueque de ensuciar el limpio pavimento.

Obtenida la autorización, y ayudado en la empresa por mi querido amigo D. Victoriano Rivera, poco trabajo me costó poner al descubierto un trozo de la policromada yesería, y del epígrafe arábigo en relieve, de una de las bandas del arco referido.

—¡Qué bonito!—exclamaron las buenas de las religiosas, admiradas de ver aquellas labores peregrinas que no habían nunca sospechado, y que conservaban perfectamente el primitivo colorido.—¡Y nosotras que creíamos que estaba mejor blanqueado con la cal!

—Pues ya ven ustedes—dije yo, todo cubierto de polvo blanco—lo que tenían aquí oculto.

—¡Si lo hubiéramos sabido!—expresaron con candorosa ingenuidad.

—Pues bien—añadí yo:—ya han visto ustedes cómo se hace. En los ratos que tengan libres dedíquense con cuidado á arrancar la cal, y ya verán ustedes qué hermoso es esto.

—Así lo haremos—dijeron.—Yo le prometo á usted—agregó una de ellas—que si otra vez viene usted por aquí encontrará esto de otro modo.

De igual manera puse al descubierto otras labores de yesería en diferentes arcos y aximeces encalados; y cuando salí de allí, conmigo llevé grato recuerdo de la bondadosa acogida que merecí á las religiosas, y la no menos agradable esperanza de que, si éstas me cumplían lo ofrecido, habría para siempre salvado de la destrucción aquellos testimonios expresivos y característicos del *estilo mudejar cordobés*, que tanto se diferencia del toledano, por ejemplo.

Ignoro si las capuchinas se habrán acordado de su promesa; y lástima, con verdad, sería la hubiesen puesto en olvido, y que la cal, que tantas riquezas decorativas ha ocultado y oculta todavía en Córdoba y en otras comarcas andaluzas, haya vuelto á tomar posesión de tales reliquias, las cuales pregonan elocuentes la magnificencia de los próceres castellanos, y la virilidad de la tradición artística, llamada á desaparecer entre las extravagancias de los siglos XVII y XVIII.

No recuerdo, fuera del valor artístico-arqueológico de las yeserías mudejares que le ennoblecen y hacen digno de grande estimación, nada de particular que merezca ser mencionado durante mi visita al *Convento de Santa Marta*. Fundado en 1459, y definitivamente en 1468, hubo de serlo en casas bien principales de los Cárdenas, á juzgar por lo que subsiste, y procuré dar á conocer ha tiempo (1). Causa es ésta por la cual me ha producido singular extrañeza que mi antiguo amigo D. Rafael Ramírez de Arellano, alardeando de independencia de criterio, diga en su *Guía Artística de Córdoba*, publicada en 1896: «El convento de monjas que lleva este título *se dice* que es un antiguo palacio árabe ó mudéjar». «Nosotros no podemos asegurar ni lo uno ni lo otro, porque no nos ha sido posible penetrar en la clausura» (2).

Hasta aquí yo no había encontrado tropiezo; y, aunque joven, ni al Emmo. Sr. Arzobispo de Granada, en 1875, ni al sabio y santo prelado cordobés fray Ceferino González, en 1879, se les había ocurrido seguramente: primero, que pretendiese entrar en la clausura con fines pecaminosos y *non sanctos*; y segundo, que el penetrar en la clausura con propósitos meramente científicos fuera cosa censurable, caso en el cual ninguno de los dos me habría autorizado, como lo hicieron, y yo se lo agradecí y sigo agradeciéndoselo.

---

(1) *La Época* del 30 de Junio de 1879, págs. 410 á 416 de la segunda edición de mis *Inscripciones árabes de Córdoba*, ya citadas.

(2) Pág. 51.

Por esta razón, cuando los trabajos y estudios que en la localidad hice en 1886 para escribir el tomo de *Burgos* en la obra *España, sus monumentos y artes, su naturaleza é historia*, que publicó la casa Cortezo y Compañía, de Barcelona, produjome singularísimo efecto que el respetable señor vicario, sede vacante, me negase en redondo toda autorización para penetrar en el Real *Monasterio de las Huelgas*.

Era y es aquél monumento de muy superior importancia en el doble concepto artístico é histórico. Para formar entero juicio de Burgos en uno y otro, precisábame ver lo que en ambos sentidos se conservaba encerrado en la clausura, pues aunque tenía noticia de algo por la excelente *Iconografía* de Carderera, esto no sólo no me bastaba, sino que era, por el contrario, poderoso incentivo para que yo con más ardor desease reconocer en lo posible el edificio, donde suponía verdaderos tesoros. Conocía, además, las excelentes fotografías que del claustro y de algunos otros sitios había hecho en el histórico *Monasterio* Laurent, y no estimaba, por lo tanto, dificultoso, ni mucho menos, que, cuando á un industrial se le había autorizado para hacer fotografías en la clausura, se le autorizase también para penetrar en ella á quien pretendía directamente estudiar fábrica tan interesante.

No aconteció así, por mi desgracia. Por medio de persona que se brindó á ello como grande amigo del señor Vicario, hízose verbalmente la solicitud, en presencia de algunos señores canónigos y de otros clérigos. Y si grande fué, al decir de la indicada persona,—que volvió contristada,—el asombro que mi atrevida pretensión produjo en aquellos santos varones, excuso hablar del que me causó la negativa en quienes yo diputaba de entendidos y de doctos. En mi tomo de *Burgos*, y por medio de nota, hice público el caso (1), para sincerarme de las noticias de segunda mano que me vi precisado á utilizar, á falta de la observación directa, que había sin fruto pretendido.

(1) Págs. 734 y 735.

Lo gracioso del caso no estuvo, sin embargo, en esto. Exigencias del trabajo me obligaron á volver á Burgos en 1887; y como me doliese yo amargamente con un señor arcipreste de la negativa,

—Pues ahora puede usted fácilmente entrar—me dijo.

—¿Cómo?—exclamé.

—Están haciendo las señoras no sé qué obras en el *Monasterio*, y tomando un cubo ó una espuerta, puede usted entrar como si fuera uno de los operarios—añadió con toda ingenuidad y el mejor deseo.

—Yo no miento—repliqué disgustado.—Yo no soy albañil; yo voy á estudiar interiormente el *Monasterio*, y no me parece digno recurrir para ello á semejante superchería.

Y me quedé sin entrar en las Huelgas.

Años después, mi excelente amigo y más excelente dibujante, el pintor D. Isidoro Gil y Gavilondo, me envió unas fotografías hechas por él de varios sepulcros, y de un cuerpo exento que hay en el interior del *Monasterio*, al cual cuerpo llaman, si no estoy trascordado, *Capilla de Santa Catalina*. Al parecer, el arco exterior y de ingreso á dicha *Capilla* ofrece caracteres de construcción arábiga. Es de forma de herradura, tiene al descubierto los ladrillos con que está labrado, y apoya sus hombros en sendos marmóreos capiteles que en la fotografía hacen semblante de corresponder á la época del Califato de Córdoba, siendo de jaspe almendrado los fustes.

¿No valía esto siquiera la pena de ser estudiado, por entrañar una cuestión histórica de muy subido interés para Burgos?... Pero la autoridad eclesiástica negó el permiso, y allá sigue este monumento sin que se haga posible ni su estudio, ni la deducción de consecuencias históricas, que, repito, podrían ser sobremodo interesantes.

Necesidades también de investigación, obligáronme á pretender años después en Murcia el permiso competente para penetrar en el *Convento Real de Santa Clara* de aquella ciudad, que había sido, según Cascales, «la Casa Real y palacio de Al-

cázar Seguir, Rey Moro de Murcia», y á cuya abadesa y monjas, conforme aquel historiador declara, había hecho el rey don Pedro donación en 1365 «de sus Casas y Palacios Reales que tenía en esta ciudad», con todas sus pertenencias (1).

Bastó la expresión de este mi deseo para que la autorización me fuese generosamente concedida por la autoridad eclesiástica; y aunque sin las solemnidades con que hice mi entrada en *Santa Isabel la Real* de Granada, fuí recibido por la comunidad, cuya superiora me guió complaciente y bondadosa en aquel verdadero dédalo de construcciones que forman el Convento.

Merced á esta complacencia, bien que el edificio en general ha experimentado grandes reformas desde que fué fundado por don Alfonso X y agrandado con la donación de don Pedro de Castilla en el siglo siguiente,—pude hallar huellas expresivas de la obra antigua, por las cuales obtuve el convencimiento de que, con efecto, fué aquél el famoso *Alcázar Seguir* ó pequeño, que los régulos murcianos poseyeron en la hermosa ciudad del Segura, y cuyas labores de yesería renovaron en el siglo XII, durante aquella dinastía mudejar por Saâd-ben-Merdenix representada (2).

Confieso que, aun suponiendo me incitase la curiosidad á fijar los ojos en las religiosas de *Santa Clara*, era tan grande mi preocupación, y para mí de tanto interés el problema histórico-arqueológico cuya solución ansiaba, que ni tiempo material tuve para hacerme cargo del hábito que vestían las monjas, ni si eran jóvenes ó viejas, por más que tenían el velo levantado.

La cariñosa benevolencia del insigne Primado de las Españas, el venerable Cardenal Sancha, que venturosamente rige

(1) *Discursos practicables de la Muy noble Ciudad de Murcia*, Discurso XVI, cap. I.

(2) Dí á conocer los resultados de mi estudio en el tomo de *Murcia y Albacete* de la citada obra *España*, que á la sazón publicaba la casa Cortezo y Compañía de Barcelona, pág. 447 y siguientes.

y gobierna la archidiócesis de Toledo, facilitóme el estudio de los edificios en que se hallan en la imperial ciudad establecidos los principales Conventos de religiosas, aprovechando yo esta ocasión para dar público testimonio aquí de agradecimiento por la distinción señaladísima de que me hizo objeto el ilustre Purpurado.

No me llevó á pretender esta honra, que como tal estimo, pueril curiosidad vanidosa y estéril. Para quienes hayan en alguna ocasión tenido necesidad de estudiar aunque someramente la historia y los monumentos toledanos, al paso les habrán salido siempre las suposiciones hiperbólicas de los escritores locales, antiguos y modernos, afirmando que en tal ó cual Convento existen las pruebas fehacientes de que el edificio en que fué fundado era el palacio de los reyes moros ó de los reyes cristianos.

Y como la inflexibilidad de la clausura había impedido á los escritores á quienes aludo comprobar ó no aseveraciones de tal índole, circulaba con un *se dice* y sin reparos la especie, de unos á otros con las mismas palabras reproducida, siendo cosa corriente entre el vulgo y el que no es el vulgo, que en tal ó cual sitio tuvieron los reyes visigodos, los moros ó los cristianos de la Reconquista, alcázares maravillosos, cedidos por la piedad religiosa de los monarcas de esta última época para la fundación de una casa religiosa.

Ya comprenderán los lectores que con este sistema de vaguedades, toda investigación seria y sistemática habría de resultar por lo menos infructuosa. La investigación debía forzosamente de detenerse á la puerta de aquellos edificios, en los cuales no podía penetrar, y forzosamente el escritor también habría de verse obligado á repetir lo dicho ya cientos de veces por los que le habían precedido.

Y si á mayor abundamiento hombres eran éstos dotados de poderosa fantasía, poco escrupulosos en materias historiales y de crítica, y llenos de preocupaciones de época, según con Lozano en sus *Reyes Nuevos* acontecía, haráse más fácil aún de

apreciar el tormento á que se veía condenado quien de buena fe, y procurando librarse de toda preocupación y de todo prejuicio, quisiera realizar investigaciones provechosas en el terreno de la historia, del arte y de la arqueología.

Fué por todas estas causas por lo que, no sin justificado temor, me resolví á solicitar el auxilio del venerable Prelado.

Traía yo entre manos á la sazón, el trabajo que, acerca de Toledo, con más honra de aquella de que soy digno, ha obtenido el elogio de Corporaciones y personas doctas, y para mí del mayor respeto, y constituye el primer volumen de los *Monumentos Arquitectónicos de España*, en curso de publicación todavía. Escuchóme benévolo el Arzobispo; y convencido sin duda de las razones que le expuse, dió en el acto las órdenes oportunas para que fueran cumplidamente satisfechos mis deseos.

Así visité el Convento de *San Clemente el Real*, que fué el primero, sin que en él ni en los restantes volviese á observar la aparición de la monja que con la campanilla fué delante de mí en *Santa Isabel la Real* de Granada. Bernardas calzadas, de amplios hábitos de bayeta blanca, poco airosos, y que seguramente han ido poco á poco perdiendo su forma primitiva,—las buenas de las religiosas me llevaron por todo el edificio, sin que en la clausura encontrase nada de las «bellezas artísticas» de que hablaban los autores, ni rastro de palacio, á no ser una zapata de madera del estilo mudejar, de talla corriente en Toledo, y que corresponde seguramente al siglo XIV.

Aunque no del mejor grado, las agustinas de *Santa Úrsula* me facilitaron la entrada en su casa, en vista de las órdenes que llevaba. Al fin se mostraron complacientes, me enseñaron el edificio, que es moderno, es decir, ha sido todo él restaurado interiormente no hace muchos años, y si nada encontré en la fábrica ostensiblemente de notable desde el punto de vista arquitectónico, en cambio, arrinconados á los lados de la vulgar puerta de entrada de una de las habitaciones de las monjas, hallé dos muebles de madera de pino, en blanco al presen-

te, altos, iguales, compuestos de dos cuerpos, y de vulgarísima apariencia ambos, los cuales llamaron poderosamente mi atención, no obstante.

Son, porque allí supongo deben de continuar todavía, unos á manera de armarios, que al exterior no dan idea de la importancia arqueológica que tienen. Llámanlos en común *Tocador de doña Urraca* las religiosas, y á lo que parece, hubieron de pertenecer acaso como propios, y ser aportados de su casa por cierta doña Urraca Pantoja, dama de noble alcurnia, á juzgar por el apellido, y priora que era del Convento en 1420, fecha en la cual aparece con este título comprando para el dicho Convento unas casas cuya puerta estaba «frontera de los muros de la çerca de montechel, que es la dicha çerca de la judería».

Abiertas las puertas del cuerpo superior, hállase que uno y otro mueble están peregrinamente decorados en sus varios compartimientos con bellas tracerías mudejares é inscripciones cúficas ornamentales y de buen dibujo, conservando en mucha parte las labores y los epígrafes—que son vulgares en su sentido,—la coloración polícroma primitiva, ya por el tiempo algún tanto atenuada. Todo autoriza á sospechar que estas muestras del mobiliario medioeval corresponden seguramente al siglo xv, por lo menos, coincidiendo la fecha á que puede ser referible su labra con la de la profesión de doña Urraca Pantoja, priora ya antes de 1420 seguramente, por lo cual no creo despropositado en absoluto que fueran de su propiedad; y que la tradición conventual al llamarlas *Tocador de doña Urraca*, á esta doña Urraca las refiera.

El nombre de tal dama, por su resonancia histórica—pues sabido es lo hizo famoso aquella hija de Alfonso VI, viuda de don Ramón de Borgoña y madre del glorioso emperador Alfonso VII, que promovió así en León como en Castilla singulares escándalos,—trajo á mi memoria la de otro mueble, una mesa, que procedente de no sé qué convento de monjas de León, con el título de *Mesa de la reina doña Urraca* figuró en

la *Exposición de Minería* celebrada en el Retiro años hace.

Propusiéronla para su adquisición al *Museo Arqueológico Nazional;* y el director de éste, que lo era entonces interinamente, si no me equivoco, el respetable D. Basilio Sebastián Castellanos, confióme la comisión de estudiarla y de informar acerca de ella. Cuando en una mañana calurosa del mes de Septiembre marché á cumplir mi cometido, acompañado por el representante del dueño del objeto, en balde buscaron ansiosamente mis ojos entre los expuestos la *Mesa de la reina doña Urraca*. Fué preciso que el dicho representante me la mostrase, pues yo no hubiera dado nunca con ella, no porque estuviera oculta, sino porque era una muy bonita mesa, estilo Regencia, de patas doradas y llenas de labores, y tablero de mármol en que limpiamente se dibujaba un zoófito.

Y recuerdo que al rechazar el supuesto de que aquel mueble hubiera podido ser nunca de la pertenencia de la hija de Alfonso VI, hubo de incomodarse el representante del propietario, oponiendo á mis argumentos la auténtica que en su poder tenía: la declaración ó inventario del notario por ante quien se había hecho la compra en el Convento de que procedía.

De cualquier modo, el *Tocador de doña Urraca* que poseían las religiosas de *Santa Úrsula* en Toledo, es el único mueble de los siglos XIV á XV de que tenía noticia; y así, sin reservas, hube de manifestarlo, no pudiendo ocultar el entusiasmo que el hallazgo me producía. En vista de él, la priora, que era joven y mujer práctica, sin duda, hubo de preguntarme cuánto valdrían los dos armarios; y habiendo yo señalado un precio, expresóme sin ambages que ellas los estimaban en mucho más de lo por mí indicado. Y á la verdad que, si aun continúan donde los vi, sería muy de sentir que alguno de los muchos chamarileros que andan siempre á caza de gangas rondando en Toledo los conventos de monjas, lograse adquirir estas hermosas reliquias, de indudable valor arqueológico, como han adquirido otras varias, sorprendiendo la buena fe

de las religiosas, reliquias que, á semejanza del hermoso *tapiz de Santa Isabel de los Reyes,* desaparecerán fijamente el mejor día, si el Estado, previo el oportuno informe competente, no proporciona los medios para que figuren en el *Museo Arqueológico Nacional*, donde con gran provecho para los estudiosos, ocuparían desde luego lugar muy señalado.

No hablaré del gran lienzo que las religiosas, con el afán de hacer dinero, me enseñaron ya casi entre sombras, pues las de la noche caían espesas en aquella tarde de Diciembre en que visité la santa casa. Teníanlo arrollado en toda su anchura, y pretendían lo adquiriese el Estado; parecióme estimable y de buena época; díles noticia de lo que habrían de hacer para incoar el oportuno expediente en el Ministerio—cosa que no sé si habrán ejecutado,—y salí de allí ya con luces, que llevaban casi procesionalmente las buenas de las religiosas para conducirme fuera de la clausura.

Mi presencia en *Santo Domingo el Antiguo* produjo singular efecto al principio entre las monjas de aquel Cenobio, que son Bernardas como las de *San Clemente*. Como además del ilustre Capellán de Reyes que me acompañaba, el Sr. D. Anacleto Heredero, viniese conmigo el entonces capitán de la Guardia Civil y luego laureado escritor D. Francisco Valverde y Perales, mi buen amigo y pariente,—no sé por dónde la priora, que era una señora muy agradable y de edad, hubo de figurarse, por la presencia sin duda del capitán, que llevaba yo cierta representación administrativa, la cual, á su juicio, habría de redundar en daño del Convento.

El caso es que con las señales de la mayor angustia me preguntó si iba yo encargado de visitar los edificios que hay dentro de la clausura, para que la Hacienda se incautase de ellos. Tranquilicéla como me fué posible, expúsela el propósito de mi visita, y desde aquel momento fuimos buenos amigos y me enseñó en el edificio cuanto ella juzgó que podría interesarme.

Tomé mis apuntes de lo que allí encontré que fuera útil para mi trabajo; pero ni vi de la Comunidad á nadie, si no fué

la priora y otra religiosa de edad asimismo que la acompañaba, ni osé preguntar por cosa distinta de la que allí me llevó entonces ni en otra ocasión después, en que fuí recibido afectuosamente. Es verdad que, defiriendo á los deseos de la priora, había yo procurado interesar al ministro de Gracia y Justicia, mi antiguo compañero y amigo el señor marqués del Vadillo, en la resolución de un expediente que á las religiosas afectaba.

Dominicas son las de *Santo Domingo el Real*, y confieso que no fué sólo la fama de los prodigios que decían encerrar la clausura lo que más me incitó á visitar el Convento. Durante el estudio detenido que había procurado hacer de la Iglesia antes, tuve ocasión ó necesidad, mejor dicho, de acercarme á la reja del comulgatorio, que pone en comunicación el coro de las monjas con el templo. A través de los cruzados hierros quise formar de antemano idea del coro, por la inspección de la sillería y el aspecto de la construcción; y como entre gasas, á la tenue luz de un ventanal medio abierto en el fondo, con trabajo distinguí las fantásticas figuras de las religiosas, entre las cuales me pareció advertir los hábitos blancos de dos ó tres novicias.

Pero la misma soledad que había hallado al recorrer los varios departamentos de los cenobios anteriores, fué la que hallé en la clausura. Todo parecía desierto ó habitado sólo por las dos señoras que nos guiaban á través de un enredado conjunto de edificios, en los cuales se advertían señales de todos los tiempos, y las huellas con frecuencia del abandono. Fué allí donde tuve la satisfacción de ver el púlpito de yesería mudejar que se conserva en un refectorio, y aparece publicado en el *Museo Español de Antigüedades* por dibujo directo de mi malogrado hermano, el arquitecto D. Ramiro, y otro púlpito no menos estimable, también de yesería, pero historiado ya y del estilo del Renacimiento.

A la salida, y como me chocasen unos cofres antiguos, al parecer del siglo XVII, que se hallaban arrinconados en una

estancia, las religiosas abrieron uno, donde guardaban retazos de ricas telas antiguas, destinados por ellas á hacer escapularios y acericos. Eran aquellos cofres procedentes de las monjas que habían profesado, y donde se habían guardado con vario destino los lujosos trajes que vistieron durante las solemnes ceremonias de la profesión en la casa.

Establecidas hoy en una de las señoriales de la condesa de Teba, las jerónimas del *Convento de la Reina*, me recibieron cariñosas y sin prevención alguna. Eran jóvenes y no mal parecidas las dos que nos acompañaron; y deseosas de que yo pudiera bien hacerme cargo del edificio, no tuvieron inconveniente en guiarme hasta sus mismos dormitorios, por los cuales corría un friso de madera con talladas inscripciones arábigas coloridas. Inocentes é ingenuas como niñas, llamáronles mucho la atención unos buenos gemelos de campaña de mi amigo Valverde que yo llevaba, y con los cuales pude leer parte de un epígrafe arábigo entallado en el arrocabe de una estancia destinada hoy á cuarto trastero, y que contiene varias aleyas ó versículos del Korán, como fué uso y general costumbre por parte de los artistas mudejares, á quienes en el siglo XIV estuvo encomendada la construcción del edificio.

Tétrica y sombría es por demás la entrada del *Convento de Santa Clara*, que llaman impropiamente *la Real*, porque en él tomaron el velo dos hijas adulterinas del bastardo Enrique II, que en la clausura están enterradas. Son franciscanas las religiosas, y la primera habitación donde me recibieron, húmeda y pequeña, parecía el cuarto bajo de una casa particular cualquiera. En el fondo, y al lado de una ventana, tenían un nacimiento de figuras pequeñas, y el primer patio ha sido todo él recientemente restaurado á la moderna, siendo en él la humedad tan grande, que las baldosas estaban cubiertas de verdín, aunque muy limpias.

Luego que hube recorrido la *Casa de labores*, hube hecho una fotografía de un patio interior rectangular y de arcos de herradura, no menos húmedo; reconocido en lo posible la fá-

brica, donde hallé vigas y frisos tallados mudejares, y gozado de la hermosa vista que de la *Vega* toledana se disfruta desde el Convento,—cuando ya me disponía á marchar con mis apuntes, acercóse á mí la superiora, quien, con otras dos ó tres religiosas, nos había acompañado, siempre con el rostro descubierto, y con tono vacilante me dijo si quería hacer un retrato. Naturalmente, me presté á ello; y como advirtiese que se marchaban, quedando una sola en el primer patio que da á la *Casa de labores*, coloquéla á la mejor luz posible, enfoquéla y la obligué á levantarse el velo con que se cubría el semblante.

No era ni joven ni bella; pero esto á mí no me importaba. En tal operación, vi que, como colmena de afanosas abejas, las buenas madres traían una mesilla, colocábanla donde yo había puesto á la religiosa, y mientras unas, con ricos paños de tisú de oro y rizada sabanilla, cubrían la dicha mesa, otras traían la imagen en madera de Santa Clara, depositábanla sobre la mesilla, ponían á la escultura, que es mayor que el tamaño natural, todos sus atributos, y luego volvían, con femenil coquetería, arreglándose las tocas y los hábitos para colocarse en dos alas, á uno y otro lado del improvisado altar, formando grupo.

—¿Luego lo que usted quiere — dije á la superiora — es un grupo?

—Sí, eso es; un grupo—contestó.

Hícele observar que saldrían muy pequeñas, pues tenía cargados los *châssis* con placas de 9×12; pero que traía otras mayores, y podría cambiarlas si había en el Convento un cuarto completamente obscuro.

Reflexionó un momento la monja, y luego exclamó:

—Acaso le sirva éste. Venga usted conmigo.

Y allá fuí con mi mochila, donde quiso llevarme, que fué al claustro interior, en el cual, abriendo la puerta de una estancia, al cerrar la puerta quedamos completamente en tinieblas.

Un rato permanecí observando si por alguna parte entraba luz; y como, afortunadamente, no fué así, á tientas cambié los cristales, é hice después el grupo, que no me salió del todo mal, y del que les envié desde Madrid el negativo con varias positivas, conservando yo una para recuerdo.

Como acaso estas notas mías de mis visitas á los Conventos pueden ya parecer pesadas, sólo diré que en la clausura del Convento de *Santa Isabel de los Reyes*, también de franciscanas, hallé, en lo que quisieron enseñarme, gran parte del palacio de la reina de Aragón doña Juana Enríquez, madre del rey Católico Fernando V, y la declaración expresa de que fué labrado por dicha señora, declaración conservada por fortuna debajo de los altos batientes de lacería mudejar que cierran por el *Patio del Laurel* hermosa cuadra con un arco de yesería, también mudejar, en cuyo intradós campean las barras aragonesas y los castillos heráldicos familiares, en blasonados escudetes que destacan entre las delicadas labores del arco.

En aquella cuadra y en el eje del mismo, de igual modo que en la *Sala de los Abencerrajes* de la Alhambra, hay en el pavimento circular taza de fuente, hoy callada, pero de cuyo centro en otros días alegre surtidor hacía brotar en perlas cristalinas el agua. Doy en mi libro de *Toledo* cuenta circunstanciada de lo que hallé en aquel Convento, que fué *Palacio de doña Inés de Ayala*, y que en las fototipias de Hauser y Menet llaman con impropiedad *Palacio del rey don Pedro;* por ello hago aquí punto final respecto de él, no sin recordar que poseían las monjas una hermosa alfombra ó tapiz de altar, con los escudos de los Reyes Católicos, y multitud de animalias en los casetones de vivo color que le formaban, mientras le cerraba una orla de desfigurados signos cúficos, que formaban una frase alusiva al destino de la alfombra.

Malamente vendido á un chamarilero, fué, sin decir la procedencia, propuesta la adquisición de este tapiz al *Museo Arqueológico Nacional;* y aunque de primera mano había sido comprado en *quinientas pesetas*, pidieron no menos de diez mil

francos, que el *Museo* ni tenía ni se podía proporcionar tampoco; y así, aunque el objeto lo valía, perdióse, por desventura, y ¡Dios sabe cuál habrán sido su paradero y su suerte!

Por entrañar cuestiones de muy subida importancia histórica, tenían para mí singularísimo interés el *Convento de las Comendadoras de Santiago*, vulgo *Santa Fe*, y el *de la Concepción*, situados uno y otro en aquella parte de la ciudad que constituía en tiempo de los musulmanes el *Al-Hizén*, y que por corrupción se ha dicho, y aun se viene diciendo, *Alficén* entre los eruditos locales, bien que sin comprender la significación del vocablo arábigo, el cual se ha entendido torcidamente por *de abajo*.

Fué toda aquella porción de la ciudad que se extiende desde la colina en que asienta el *Alcázar* hasta el *Paseo del Miradero*, recinto fortificado dependiente del dicho *Alcázar*, pero cerrado todo él por recios muros y bastiones. Allí debieron tener su morada propia los gobernadores en la época romana; allí estuvieron el *Aula regia* y la *Basílica pretoriense de San Pedro y San Pablo* en la visigoda; allí habitaron los gualíes y los régulos toledanos, en lo que la tradición llamó *Palacios de Galiana*, y allí también tuvieron los suyos Alfonso VI, Alfonso I *el Batallador* y el emperador Alfonso VII, como se aposentaron Alfonso VIII y Fernando III, no siendo fácil de resolver en absoluto si allí ó en el *Alcázar* nació don Alfonso X, honra y gloria de España, y muy particularmente de Toledo, su patria, á la que tanto favoreció y supo distinguir en todos sentidos.

Claro era que no había de hallar en la clausura de uno y otro Convento testimonios irrefutables y declarativos de todo esto; no en balde había transcurrido el tiempo, y las vicisitudes experimentadas por las construcciones del *Al-Hizén* habían borrado seguramente las huellas de lo pasado.

Tuve, sin embargo, la suerte de hallar, en el primero de los indicados Cenobios, en la *Capilla dicha de Belén*, donde yace, en mudejar enterramiento sepultado, un hijo de Fernando III,

un *Mossalláh* ó capilla particular, cuya bóveda, perfectamente arábiga, corresponde ostensiblemente al siglo x de nuestra Era, esto es, á los días del Califato cordobés, período en el cual, á la unidad política artificial lograda por Abd-er-Rahman III, correspondió la unidad artística, según patentizan en toda España los monumentos que de aquella edad subsisten todavía.

Y como si esto no fuera bastante para corroborar el supuesto de que allí tuvieron su morada los gualíes en aquel período histórico, hallé arrinconada en una pieza trastera del piso bajo, muy hermosa *piedrá gorronera*, labrada en los días seguramente de Al-Mámun-bil-Láh, y cuya riqueza claramente demostraba que figuró en uno de los departamentos del palacio suntuoso en aquel sitio erigido por el dicho régulo, tan famoso en las historias á causa de sus fantásticas construcciones, que compitieron con las de *Medina-Az-Zahrá* en España, y con las descritas en las *Mil y una noches*.

Grande fué mi regocijo al sacar á la luz aquel miembro de construcción que se hallaba casi íntegro, y del cual posee el compañero, aunque más deteriorado, el director del *Instituto provincial*, Sr. Reyes Prósper. Ayudáronme en la empresa dos religiosas, jóvenes y (¿por qué no he de decirlo, si es verdad?) guapas, sevillana la una y granadina la otra; coloqué la piedra sobre un poyo, puse como fondo un mantón negro, que me trajo una de las dos religiosas mencionadas, é hice una fotografía que publiqué luego en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, quedando concertada la adquisición de la dicha piedra con destino al *Museo Arqueológico Nacional*, donde hoy se encuentra.

Mayor interés despertaba para mí la visita al cercano *Convento de la Concepción*, del que ya tienen noticia los lectores de La España Moderna, pues en ella publiqué un avance del estudio que de él hice (1).

(1) Número correspondiente al 1.º de Enero de 1902.

No he de hablar por consiguiente aquí, ni de los arcos de hermosa yesería mudejar que conserva en el claustro, ni de los curiosos epígrafes sepulcrales empotrados en los muros del mismo, ni del bello ajimez ojival de uno de los patios, y del cual tiene el *Museo Arqueológico Nacional* una reproducción, ni de las esculturas en barro de la Roldana, ni de los demás detalles que en el indicado trabajo menciono.

En las varias visitas que hice á este Convento, la comunidad mostróse conmigo deferente y cariñosa. La superiora quería que hiciese yo una fotografía del cuadro que en el coro representa á la fundadora, lo cual me fué imposible; y mientras en el claustro me disponía á destapar el objetivo para reproducir uno de los arcos de yesería que se conservan, acercáronse á mí tres religiosas, no jóvenes, con la faz al descubierto, solicitando les hiciese un retrato.

Para lo mucho que quería reproducir en el edificio, eran pocas las placas que tenía; y así, coloqué las tres monjas cerca del arco, volví á enfocar, y quedaron fotografiadas cual deseaban; pero como quisiera, á pesar de todo, complacerlas por completo, llevélas á otro patio, sentáronse con un libro de rezo en la mano, enfoquélas, y ya me disponía á destapar el objetivo, cuando sentí cierto ruido á mis espaldas.

Volvíme rápidamente; y alegrando la galería alta, de balaustres de madera, la vi poblada de monjas, destocadas y en traje que podría llamar casero, las cuales, como bandada de palomas, huyeron al notar mi movimiento.

—Díganles ustedes que bajen, y haremos un grupo de toda la comunidad—indiqué á las tres religiosas.

Mostráronse indecisas, y al cabo una de ellas respondió:

—Pediremos permiso á la priora.

Y en busca de ella se dirigía, cuando apareció la respetable señora hablando con mi buen amigo D. Anacleto Heredero, quien también me acompañó en la visita á este Convento.

Hízome notar que eran las doce de la mañana, hora del refectorio para las religiosas, y el grupo quedó sin hacer, con

harto sentimiento mío, saliendo del Convento, si no satisfecho por los resultados de la investigación que me propuse, y que no respondieron á las esperanzas concebidas, no descontento por los restos monumentales que pude examinar, los cuales son de naturaleza muy distinta á la que hiperbólicamente suponen los escritores locales que de esta casa de religión hablan en sus libros.

Tales hasta ahora, fuera del de *San Juan de la Penitencia*, han sido mis visitas á los Conventos de religiosas, y puedo afirmar que en ninguno de ellos advertí, ni pude advertir aunque hubiera querido, nada de lo que la fantasía de los noveladores ha supuesto con tanta frecuencia, no teniendo sino frases de gratitud que tributar á las devotas vírgenes del Señor, tanto por su amabilidad como por su complacencia, guardando muy vivo recuerdo de las atenciones de todo género de que les fuí deudor, y que no olvidaré fácilmente.

Rodrigo Amador de los Ríos

LA LITERATURA MODERNA EN FRANCIA

LA TRANSICIÓN

IV

Balzac.—La «Comedia humana».

El primer impulso de sorpresa que causa la labor de Balzac es del género cuantitativo; y parecería poco halagüeño para un escritor, si no fuese que tal asombro (en quien no se limita á mirar la fila de volúmenes alineados, sino que razona su importancia) se convierte en admiración á la intensidad de la obra. La sensación peculiar de Balzac, en conjunto, es de hercúleo vigor, ejercido con lo que él mismo llamaba «infernal coraje».

La segunda impresión es de algo dinámico, en perpetua actividad. Hay obras de arte que nos parecen fundidas en bronce ó cuajadas en mármol.

Las de Balzac, á la vuelta de más de medio siglo, dijérase que conservan la fiebre, la agitación fecunda del acto creador, y también de la continua transformación que sufrieron bajo la pluma del que las escribió, ó descontento y anhelante de mejorar lo producido, ó dudoso en la concepción del plan general que hervía á borbotones en su mente y que definió tan tarde.

Los que vinieron después de Balzac—por ejemplo, Zola—encontraron trazadas las líneas de la obra épica y serial. La

ambición de escribir con vistas al mundo entero tenía ya precedentes y pisaba sendas conocidas. Balzac, que abrió el camino (y probablemente lo cerró, ó al menos lo obstruyó con su formidable personalidad), no supo en los primeros momentos, y acaso hasta los últimos, adónde se dirigía. Sus tanteos, sus corazonadas, sus presentimientos, sus intuiciones, su tenaz porfía, sin un instante de desaliento y descanso, son un caso de valentía y ejercicio de voluntad, en que la raza latina (y cuidado si Balzac es latino) afrenta á la sajona.

Nunca cesó Balzac de refundir, reducir, amplificar, suprimir capítulos, agregar páginas y partes enteras, anunciar novelas que jamás vieron la luz, proyectar otras que nunca escribió, modificar la clasificación de sus libros; y Carlos de Louvenjoul, el paciente y documentado autor de la *Historia de las obras de Balzac*, nos dice: «Especialmente sus primeros escritos han sido rehechos varias veces, y la versión definitiva es completamente diversa, como forma, de la versión original. Cuando acertó con el plan de la *Comedia humana*, cambió y modificó también casi todos los nombres de los personajes, fuesen reales ó imaginarios, de modo que encajasen mejor en el gigantesco monumento; y hasta la muerte prosiguió Balzac esta faena revisionista, siendo imposible indicar todas las variantes».

Las *juvenilia* de Balzac no figuran en la edición definitiva de sus obras, y en realidad no lo merecen. Son novelas publicadas bajo pseudónimos diversos, al acicate de la necesidad, y en las cuales se ve el propósito de imitar á Walter Scott; esta poderosa influencia del novelista escocés sobre Balzac, que, como veremos, fué duradera y alcanzó á la *Comedia humana*, orientó desde luego al imitador en un sentido del cual realmente ya no ha de apartarse: el *histórico*. En 1822, cuando Balzac, dejándose de tragedias, empieza á urdir novelas, el romanticismo, siguiendo las huellas de Chateaubriand en *Los mártires*, se impregna del sentimiento de lo histórico, se empapa en la pintoresca belleza del pasado; y tal movimiento, que trans-

forma el lirismo y lo convierte insensiblemente en elementos épicos, se refleja, no sólo en los libros de los historiadores propiamente dichos, sino en la pintura, en la escultura, en el mobiliario y en la literatura de imaginación: á la cabeza, Walter Scott, adorado y reverenciado como un ídolo, desempeña ese papel tan característico de guiar á una generación literaria hacia un punto dado, para que al fin llegue á otro. Detrás de Walter Scott escribió Víctor Hugo *Han de Islandia* y *Nuestra Señora de París*, y ¡oh mal empleada constancia! continuó escribiendo, pasada la moda, *Noventa y tres;* detrás de Walter Scott fueron Vigny con *Cinq Mars*, Merimée con la *Crónica de Carlos IX*, y hasta el propio Dumas con sus célebres *Mosqueteros;* lo mejor, no obstante, fué que le siguiese Balzac, primero en sus flojas novelas repudiadas, después en otras más fuertes, como *Catalina de Médicis*, y, siempre dirigido por la idea romántica-histórica, llegase á darle verdadero cuerpo y sangre en la totalidad de la *Comedia humana*, donde el romanticismo se disuelve.

Aunque Balzac repudie sus *juvenilia*, esas narraciones llevan la marca formal del autor. No es lo mejor de Balzac la forma, pero es inconfundible, y las primeras páginas descriptivas de *Don Gigadas* podrían ser el exordio de *Los labriegos*, una de las mejores creaciones de Balzac. El *escritor*—en Balzac de segunda, así lo entienden muchos críticos—no adquirirá cualidades relevantes de estilo ni al yunque de la producción y de la corrección continua. El que va á destacarse no es el escritor, sino el historiador—un historiador muy distinto del que trazó las páginas de *Quintín Durward* ó *Ivanhoe*.

Balzac había principiado á publicar libros veinte años antes de que saliese á luz el prólogo de la *Comedia humana*, el cual precede sólo ocho años á la muerte del autor. Corrían impresas ya *Los chuanes*, la *Fisiología del matrimonio*, *La paz del hogar*, *La doble familia*, *La mujer á los treinta*, *La piel de zapa*, *El coronel Chabert*, *El cura de Tours*, *La abandonada*, *Luis Lambert*, la *Historia de los trece*, *El médico de aldea*,

Eugenia Grandet, *Papá Goriot*, *La azucena en el valle*, *La solterona*, *Ilusiones perdidas*, *César Birotteau*, *La casa de Nucingen*, *El cura de aldea*, *Beatriz*, *La Musa del departamento*, *Un asunto tenebroso*, *El hogar de un solterón*, *Ursula Mironet*, *Alberto Savarus*; enumeración incompleta que basta para explicar hasta qué punto la *Comedia humana*, aun cuando careciese de programa entregado al público, estaba en pie, con la relación de solidaridad que traba y engrana los resortes de tan asombroso mecanismo. Desde que el programa aparece, en Julio de 1842, se agregan á la labor ya realizada algunas páginas de las más salientes, como *Los labriegos*, *Los parientes pobres*, *El diputado de Arcis*, *Modesta Mignon*, *Honorina*, *Madama de la Chanterie*; pero quedan en proyecto, detenidas por la mano esqueletada que pára el reloj cuando quiere, una tercera parte de los *Estudios* que habían de formar el conjunto, especialmente los *Estudios de la vida militar*, las *Escenas de la vida política* y los *Estudios filosóficos*. Comprende el programa de la *Comedia humana*, además de estos estudios, los de *Costumbres*, *vida privada*, *vida de provincia*, *vida parisiense*, *vida rural*, y como remate ó corona del enorme edificio, los *estudios analíticos*, de los cuales sólo poseemos uno, que por cierto no me resuelvo á incluir entre lo mejor de la obra, á saber: la *Fisiología del matrimonio*.

El prefacio de la *Comedia humana* es un documento que por sí solo bastaría para fijar los principales caracteres de la transición literaria de lo lírico á lo épico, del romanticismo al naturalismo. Compárese al célebre prefacio-manifiesto de *Cromwell*, de Víctor Hugo, ese agudo grito de rebeldía, esa reclamación vibrante de una libertad absoluta y anárquica del genio, con el *Prefacio* de Balzac, que es todo él un acto de sumisión del genio al método, á la observación y á las leyes científicas, físicas y naturales que rigen lo creado y se imponen á la criatura. En el manifiesto de Víctor Hugo, dijérase que á la humanidad le han salido en los hombros unas alas de cera, con las cuales intenta acercarse al sol. En el manifiesto de

Balzac no hay vuelo: hay el gesto de afirmar las plantas de los pies en la tierra; el estudio del hombre parte de la noción de las especies animales. Víctor Hugo no ve más que á sí mismo, *el genio*. Balzac ve cuanto está á su alrededor, y nos dice: «La sociedad se parece á la naturaleza, y determina en el hombre, según los medios, tantas variedades como especies zoológicas se conocen.»

He aquí patente la evolución de lo individual á lo general, de la poesía á la ciencia. Los maestros que invoca Balzac son Geoffroy Saint Hilaire y Lamarck, como hoy invocaría á Carlos Darwin. Su aspiración es representar en libros el conjunto de la antropología social, según Buffon representó el de la zoología. La deficiencia de la historia es referir sucesos sin demostrar el mecanismo de móviles y causas, lo cual no puede hacerse sin estudiar la vida privada, la vida íntima de cada período. El ardiente deseo de remediar esta deficiencia acucia á Balzac, y confiesa que al pronto ignoraba cómo puede hacerse, toda vez que los mejores novelistas, hasta entonces, sólo retratan una faz de la vida, sólo crean dos ó tres personajes; verdad que estos personajes ficticios tienen existencia más auténtica y duradera que los seres materialmente reales. Leyendo, sin embargo, á Walter Scott, halla Balzac reunidos el drama, el diálogo, el retrato, el paisaje, la descripción, lo maravilloso y lo verdadero; únicamente nota que falta la coordinación sistemática de tantos elementos. Quien coordine los elementos de la vida podrá realizar lo que no realizó el escocés... La sociedad francesa será el historiador, Balzac el secretario, y se habrá escrito, siquiera una vez, la historia verídica de las costumbres de una época.

Todavía le parece poco á Balzac. El historiador está obligado á desentrañar el oculto sentido de tantos hechos, para calificarlo y juzgarlo. Retratada así la sociedad, lleva consigo la razón de su propio movimiento. En armonía con esta necesidad, Balzac expone sus ideas y sus principios políticos y religiosos, de los cuales hablaremos. El prefacio de la *Comedia*

humana es curioso, porque demuestra cómo Balzac se daba exacta cuenta del mundo que ha creado, y que ansía completar si, colmando el deseo de sus editores, le concede Dios larga vida. «Mi obra — dice — tiene su geografía como tiene su genealogía y sus familias, sus lugares y sus objetos, sus personas y sus hechos; como tiene su heráldica, sus nobles y sus burgueses, sus artesanos y sus labriegos, sus políticos y sus pisaverdes, su ejército, su universo, en resumen.» Compendio de la existencia humana, las escenas de la vida privada representan la niñez y la adolescencia; las de la vida de provincia, las pasiones, los cálculos, el interés y la ambición; las de la vida parisiense, los vicios y el desenfreno, el sumo bien y el sumo mal; las de la vida política, las personalidades excepcionales que están fuera de la ley común; las de la vida militar, los períodos de anormalidad; las de la vida rural, el reposo vespertino (y dicho sea entre paréntesis, y á propósito de esto del atardecer, quizás en ninguna de sus obras desenvolvió Balzac dramas tan violentos como en las tres narraciones que forman el grupo aldeano). Tal fué el vastísimo plan de Balzac, y si no consiguió darle cima, tampoco ha venido después nadie que lo consiguiese.

Recordemos un instante la obra serial de Zola, los *Rougon Macquart*, no en páginas aisladas, sino en conjunto, y digamos sinceramente que Balzac todavía es el único y excelso creador de la única *Comedia humana*.

La idea épica de la *Comedia humana*, más ó menos concreta, es, sin embargo, antigua como las literaturas. Los vastos y ramificados poemas indios, por ejemplo, el *Mahabarata*, encierran una representación total, histórica, de la sociedad y las costumbres de su tiempo. Dejado aparte su sagrado carácter, otro tanto puede decirse de la Biblia. La *Odisea* y la *Ilíada* contienen el cuadro de una época, y en la *Odisea* especialmente hay una fiel transcripción de costumbres. En la *Eneida* tampoco falta este elemento social. La Edad Media recogió esa aspiración totalista, como recogió cuantas había legado la

antigüedad; y las *Sumas*, predecesoras de las *Enciclopedias*, responden al mismo afán de abarcar en conjunto y organizar en sistema lo que cabe saber y conocer de la vida y del universo. Igual propósito inspira al Alighieri, y por algo se dijo que Balzac bebió su inspiración, y hasta buscó su título en la *Divina comedia*, á la cual llamó su propio autor «el poema sacro en que colaboraron la tierra y el cielo», y donde se encuentra la representación cabal de la Edad Media, y especialmente del siglo XIII, con sus luchas, sus odios, sus utopias, sus ideas filosóficas y sociales, sus conflictos históricos, su arte, su misticismo, sus dramas de amor y sangre—lo que realmente tuvo á su alrededor el poeta, el ambiente que respiró.

Para llevar á cabo este género de empresas no basta proponérselas reflexivamente. Si alcanzasen el propósito y la paciencia, hubiésemos tenido muy diversos ejemplares de *Divina comedia* y *Comedia humana*. Hay en la obra de Balzac un cálculo y método que, á pesar de mil caprichos y digresiones, hasta podríamos llamar severo; hay una demostración de tenacidad inquebrantable que será siempre asombro de la crítica; pero lo que principalmente hay, y lo que no podía dejar de haber, es una disposición genial para aprovechar y transformar los datos adquiridos mediante aquella lucidez casi morbosa que él expresaba diciendo: «Desde niño poseo una sensibilidad para la percepción de lo externo que me penetra á cada instante como un cuchillo agudo en el corazón».

Empezando por reconocer que el escritor más objetivo, más impersonal, más histórico, más enemigo del individualismo—son las señas de Balzac,—no es nunca sino un *individuo genial*, es decir, un sér de excepción, comprenderemos lo baldío de ciertas discusiones, en que se aquilata si lo que Balzac llama *estudios* son, en efecto, *estudios*, esfuerzos de aplicación para recoger materiales y anotar hechos, y si la sociedad que aparece en la *Comedia humana* se parecía, punto por punto, á su retrato dibujado por Balzac. Seguramente Balzac no miente cuando hace profesión de seguir un método científico, cuan-

do invoca los nombres de Lamarck y de Geoffroy Saint-Hilaire. No menos, seguramente, Balzac no es, ni por asomo, lo que se dice un *hombre de ciencia*, y no existe contradicción entre esta verdad y el título que suele prodigársele de *doctor en ciencias sociales*. Para el literato, seguir un método científico significa la adaptación ó la conformidad de su idea directriz con lo que la ciencia, en su actual desenvolvimiento, tiene indagado y reconocido; esto es lo que podemos llamar conocimiento suficiente, pero no es el conocimiento profundo y ordenado de la materia científica (1). No necesita el novelista meterse en el laboratorio ó encanecer sobre los libros especiales de una rama de la ciencia para inyectar suero científico á su obra.

Es preciso recordar otra vez el nombre de Dante, *clérigo grande*, docto en muchísimas materias, pero docto á lo artista, que lleva, por decirlo así, el peso de la ciencia en las alas y no en la cabeza. Hasta diré que existe incompatibilidad entre la sabiduría especial y concentrada y el arte creador; y si Goethe y Dante fueron manantiales de sabiduría, no hubiesen podido ser *pozos* y producir el *Fausto* y la *Divina comedia*. Los grandes artífices de vida y humanidad, como Balzac, Shakespeare y Cervantes, saben siempre muchísimo y de muchísimas cosas; pero el diablo que sepa cómo las saben, y no importa nada que las sepan truncada y hasta en parte erróneamente (así las supo el asendereado y *lego* autor del *Quijote*). A todos ellos se les podría aplicar lo que Chasles dijo de Balzac, con extraordinaria exactitud: «Repiten continuamente que Balzac es un observador, un analítico; era más ó era menos: era un *vidente*».

(1) También sería hacer crítica cominera, la más estéril de todas, el fijarse despacio en las deficiencias de información de Balzac. Las que primero me saltan á la vista son las referentes á España. A pesar de su amistad con Martínez de la Rosa, Balzac no se enteró mejor que los restantes escritores franceses, y uno de sus personajes españoles, verbigracia, lleva el divertido nombre de *Don Hijos*.

Y si no lo fuese, ¿qué reflexión, qué meditación, qué labor de buey uncido al arado alcanzaría para escribir un solo grupo de la *Comedia humana*? Con razón dice de él Sainte Beuve que poseía la intuición psicológica, aunque le faltó añadir (el ilustre crítico de los *Lunes* no fué ni aun equitativo con Balzac) que también poseía la psicología, y en altísimo grado. Y añade Sainte Beuve, como á pesar suyo: «Lo que Balzac no veía á la primer ojeada no solía verlo después; la reflexión ya no se lo devolvía. Pero ¡qué de cosas sabía ver y *devorar* de una sola ojeada! Venía, charlaba; él, tan embriagado en su obra y, en apariencia, tan lleno de sí mismo, sabía preguntar, escuchar con provecho, y hasta cuando no escuchaba, cuando parecía no ver más que á su idea y á sí mismo, salía llevándose cuanto necesitaba, y os asombraba al describirlo después». He aquí el carácter, el sello de la poderosa y rápida *asimilación*, que no es fruto de ninguna gimnasia racional, que es gracia de naturaleza. Y acaso existe una oposición absoluta entre este dón de *devorar* maravillosamente las cosas y el esfuerzo bovino de aprenderlas para no poseerlas.

Tal es el punto de vista en que conviene situarnos para decir si es ó no exacta y verdadera la pintura que hace Balzac de la sociedad de su época en la *Comedia humana*. Eterna discusión que surge cada vez que aparece un pintor de costumbres. No hace muchos días he leído que D. Ramón de la Cruz (el que con alarde gracioso y no del todo infundado se preciaba de escribir la historia de su tiempo) no nos dejó fiel reproducción de la España manolesca. De Pereda he oído repetidas veces que había hecho la Montaña á su gusto; y de Merimée, que inventó á Córcega. Los tres ejemplos citados son de escritores *localistas*. Balzac abarcó amplísimo espacio; por de pronto, su patria entera. Además, Balzac, como buen vidente, no sería nunca el realista concienzudo que recibe impresión fuerte de los objetos exteriores, y la refleja. Aquella sensibilidad aguda y afilada como daga buida que le hería continuamente el corazón le permite ahondar en el alma de una época y en

el alma humana de todas las épocas, en lo cual está el secreto del alcance y virtud de los grandes videntes, Shakespeare, Dante, Cervantes.

El criterio que debemos aplicar para juzgar de la exactitud con que Balzac reprodujo la fisonomía de su época, y para decidir también si cumplió su programa de escribir la historia del sentimiento fibra por fibra y la historia social en todas sus partes, es justamente prescindir de si hay en la *Comedia humana* algo que no es fiel y nimia reproducción de determinado aspecto de aquella época sugestiva, agitada y crítica de 1793 á 1850, sino atenerse á la impresión de verdad general que se desprende del conjunto, sobre todo de los caracteres y los tipos de humanidad, que hoy encontramos como entonces, descontada la diferencia de ambiente y circunstancias. Es precisamente lo curioso de la *Comedia humana*, que lleva fecha y no la lleva, que es el Imperio, la Restauración y los Orleanes; pero encierra un sinnúmero de páginas de completa actualidad, porque son naturales, analíticas, y estudian pasiones y flaquezas de entonces, hoy y siempre. La vida militar, la vida literaria, la vida política, la vida íntima de un período, pueden, sin duda, diferenciarse de las de otro período, con diferencias típicas bien marcadas; un *costilla de hierro* de Cromwell, rezador, austero é iconoclasta, no es un granadero de Napoleón; las duquesas y vizcondesas literarias, marisabidillas, de Balzac, no son las damas automovilistas y americanizadas de ahora; y un encanto peculiar de Balzac acaso sea ese privilegio de energía en la transcripción, que nos permite imaginar que hemos vivido en la sociedad de la Restauración y Luis Felipe, que hemos frecuentado las casas, los bailes, los sitios todos adonde nos conduce el novelista. Sus novelas son fragmentos de historia, infinitamente más históricos que los anales que hayan podido quedarnos de ese tiempo. Brunetière afirma que las novelas de menos valor histórico son las que llevan al frente el rótulo de históricas, y que un tipo militar estudiado por Balzac nos enseña más respecto á esa fase de la

historia de Francia que todos los documentos del archivo del Ministerio de la Guerra.

No lamenta, por cierto, el eminente y seguro crítico francés—de quien difiero en algunas apreciaciones, aunque no en ésta—que Balzac no haya tenido tiempo ó fuerzas bastantes para llenar del todo su programa de la *Comedia humana*. Era probable que desnaturalizase la idea al pretender darle mayor precisión y rigor de lo necesario, al hacerla más artificial, transformándola en lógica y geométrica. Siempre existía ese peligro, y, como hemos notado, la reflexión, el cálculo, el plan y método que pide la labor científica, no son prendas seguras de felicidad en la artística—aunque al tratarse de Balzac no sea el *arte*, ó mejor dicho, la *belleza*, sino la *verdad*, lo que resalta. Puede resentirse de la idea reflexiva una concepción tan ardiente, tan viviente como la que Balzac trasladó al papel; pero es lo más probable que el arranque creador triunfase por último, y que la *Comedia* se completase sin perder esa espontaneidad y esa ebullición calenturienta de vida, «sorda, inconsciente, incoercible» que late en toda la obra.

Me apresuro, sin embargo, á declarar que la *Comedia humana*, al lado de la impresión de realidad histórica que produce, causa otra que encuentro expresada por Sainte Beuve, cuando dice: «Balzac, no contento con observar y adivinar, no pocas veces inventaba y soñaba». Sí, hay en la *Comedia humana* buen contingente de sueños y aun de visiones; pero he aquí cómo me explico este elemento, que, bien mirado, forma parte de la realidad, puesto que en lo íntimo de nuestro sér lo llevamos, y con nosotros va desde la cuna á la huesa. No es Balzac, no es propiamente el autor quien sueña con los místicos y los teósofos; es su misma época—y así cumple Balzac el deber del retratista—la que sueña en sus libros. Pueden incluirse en este sentido los sueños y las visiones de Balzac en el número de aquellos documentos humanos por él aportados y cuya cantidad admiraba á Taine. Eran los *cuartos obscuros* del enorme edificio irregular que erigió. Como sucede á la ma-

yor parte de los creadores, Balzac se equivocaba respecto al alcance de su genio, y lo confundía con la voluntad reflexiva. Hay un párrafo curioso puesto por Davin en boca de Balzac, y mejor se dijera, puesto por Balzac en pluma de Davin (1). Lo extracto: «No basta ser un hombre; hay que ser un sistema. Walter Scott labró sillares; pero ¿dónde está el monumento? Vemos los seductores efectos del análisis, y no vemos la síntesis... El genio no es completo sino cuando une á la facultad de crear la de coordinar sus creaciones... No basta observar y pintar; hay que hacerlo con algún fin... Si queréis arraigar como un cedro en nuestra literatura de movediza arena, *sed Walter Scott, y arquitecto además*... Vivir en literatura hoy, es menos cuestión de talento que cuestión de tiempo. Y antes de que os pongáis en comunicación con la parte sana del público que juzgue vuestra valerosa empresa, habrá que beber diez años en la copa de angustia, aguantar burlas, sufrir injusticias, porque el escrutinio en que vote la gente ilustrada se hace bola tras bola.» Años después, Emilio Zola manifestará su propósito de ir echando á la calle libros y libros, para que cuando formen un montón muy alto se detenga la multitud sin remedio y se entere de que están allí. Es la idea reflexiva, la aplicación del concepto de fuerza y trabajo que transforma la materia aplicando leyes científicas á la creación de arte. Es la estética del positivismo, fórmula nueva de Balzac.

Emilia Pardo Bazán

(1) Félix Davin, á quien Balzac dictaba ó inspiraba los prefacios explicativos de sus obras.

EL HOMBRE DEL MENSAJE

I

Á CAZA DEL DIRECTOR GENERAL

Hace algún tiempo, á principios de Febrero de 1900, recibí la visita de uno de mis amigos que fué á buscarme á Londres, en donde á la sazón residía yo. Los dos hemos llegado á una edad en la que, mientras se fuma una pipa para matar el tiempo, se habla con más gusto de los propios quebrantos que de las delicias de la vida. De unas cosas en otras, mi amigo se puso á trinar contra el Ministerio de la Guerra. Era el caso que uno de sus amigos acababa de inventar un calzado que podía ser muy útil para la tropa en el Africa del Sur.

Tratábase de un zapato ligero, sólido y barato, impermeable al agua, y que conservaba maravillosamente su forma y su rigidez. El inventor quería llamar sobre su descubrimiento la atención del Gobierno; pero no tenía relaciones, y sabía por adelantado que los altos funcionarios no harían caso alguno de la petición que les dirigiese.

—Eso demuestra que es un torpe, como, por otra parte, lo somos todos—dije, interrumpiendo á mi amigo.—Continúe.

—¿Por qué dice usted eso? Ese hombre tiene perfectamente razón.

—Lo que piensa es falso, le digo. Continúe.

—Yo le probaré que...

—No podrá usted probarme nada. Soy un hombre de gran experiencia. No discuta usted conmigo. Sería descortés y estaría fuera de lugar. Continúe.

—Muy bien; pero no tardará usted en convencerse. Yo no soy un desconocido, y, sin embargo, á mí también me ha sido tan imposible como á mi amigo el hacer que llegue la tal comunicación al director general del departamento de cueros y calzados.

—Esta segunda afirmación es tan falsa como la primera. Continúe.

—Le doy mi palabra de honor de que he fracasado.

—¡Oh! eso ya lo sabía; ciertamente, no necesitaba usted decírmelo.

—Entonces, ¿en dónde ve usted una falsedad?

—En la afirmación que acaba usted de hacer sobre la imposibilidad en que se cree usted de llamar la atención del director general sobre los deseos de ese amigo. Tal afirmación constituye una mentira; porque yo pretendo que podría usted haber triunfado en sus propósitos.

—Le digo que no he podido. No lo he logrado al cabo de tres meses de esfuerzos.

—Naturalmente. Ya lo sabía sin que se tomara usted el trabajo de decírmelo. Hubiera usted podido llamar inmediatamente la atención del director, si hubiese usted empleado el medio oportuno, y lo mismo afirmo de ese amigo en cuestión.

—Pues le digo que empleé el medio oportuno.

—Y yo repito que no.

—¿Cómo lo sabe usted, si ignora mis gestiones?

—Es posible; pero sostengo que no ha empleado usted el medio oportuno, y estoy seguro de lo que afirmo.

—Pero ¿cómo puede usted estar seguro, cuando no sabe lo que he hecho?

—Su fracaso es la prueba convincente de lo que digo. Repito que ha tomado usted un camino extraviado. Yo soy un hombre de gran experiencia, y...

—Por de contado; pero permítame que le explique cómo me he conducido, para que termine esta discusión.

—No me opongo á ello; continúe, pues, ya que siente usted la necesidad de referirme la historia. Pero no olvide que soy un hombre de gran experiencia.

—Pues oiga. Empecé por escribir al director general del departamento de cueros y calzados una carta de las más corteses, explicándole...

—¿Le conoce usted personalmente?

—No.

—Pues ya tenemos aquí un dato. Empezó usted por una torpeza. Continúe.

—En mi carta insistía sobre lo mucho bueno que prometía la invención, dado lo barato de los zapatos, y le ofrecía...

—Ir á verle. Por supuesto, eso es lo que usted ha hecho. Ya tenemos dos datos.

—No me contestó hasta los tres días.

—Naturalmente. Continúe.

—Me escribió tres líneas atentas dándome las gracias por el trabajo que me había tomado, y proponiéndome...

—Nada absolutamente.

—Así fué. Entonces le volví á escribir, dándole más detalles sobre la invención...

—¡Tres datos!

—Esta vez ni siquiera me contestó. Cuando transcurrió una semana volví á la carga, y pedí una respuesta con un ligero tono de acritud.

—¡Cuatro datos! ¿Y luego?

—Me escribieron diciéndome que no habían recibido la carta mencionada, y pidiéndome una copia. Adquirí la convicción de que la tal carta había llegado perfectamente á su destino; pero, no obstante, me callé y envié la duplicada pedida. Pasaron quince días sin que nadie en el dichoso departamento diera señales de vida; mientras tanto mi paciencia había disminuído singularmente, y escribí una carta muy agria. So-

licitaba una audiencia para el día siguiente, añadiendo que, si no me contestaban, consideraría el silencio del director como uu consentimiento á mi petición.

—¡Cinco datos!

—Llegué á las doce en punto; me ofrecieron una silla en la sala de espera, rogándome que aguardase allí, y allí estuve la friolera de hora y media. Se agotó mi paciencia, y me marché humillado y furioso. Dejé transcurrir una semana para calmarme. Escribí al cabo de este tiempo, y solicité una nueva audiencia para el día siguiente por la mañana.

—¡Seis datos, es decir, seis torpezas!

—Me contestó el director diciéndome que esta vez me recibiría. Llegué puntualmente á las doce, y permanecí en mi silla hasta las dos y media. Asqueado y enfurecido salí de aquella maldita sala, jurando que no volvería á poner los pies en ella. En cuanto á la incuria, á la incapacidad y á la indiferencia que acababa de demostrar el director general del departamento de cueros y calzados por los intereses del ejército, eran ciertamente superiores á cuanto pudiera imaginarse.

—Permítame. Yo soy un hombre de gran experiencia, y he visto muchas personas que pasaban por inteligentes y que no tenían la suficiente dosis de buen sentido para llevar á buen fin un asunto tan sencillo como el que me está usted contando. No es usted para mí el primer modelo de semejante tipo de individuos, porque he conocido personalmente miles y millones que se le parecían. Ha perdido usted tres meses inútilmente; el inventor los ha perdido también, y los soldados no los han ganado tampoco; total: nueve meses. Pues bien, ahora voy á leerle una anécdota que he escrito ayer noche, y mañana irá usted á arreglar su asunto con el director general.

—Con mucho gusto; ¿le conoce usted?

—Ni mucho ni poco; pero escuche mi historia.

II

DE CÓMO EL DESHOLLINADOR SE HIZO OIR DEL EMPERADOR

I

Había llegado el verano; los más fuertes veíanse abrumados por el calor tórrido; los más débiles, faltos de aliento, morían como moscas. Semanas hacía que la disentería, esa plaga del soldado, diezmaba al ejército, y nadie encontraba un remedio. Los médicos ya no sabían qué hacer; los triunfos de su ciencia y de sus medicamentos—de dudosa eficacia, sea dicho entre nosotros—pertenecían al dominio del pasado, y estaban á punto de eclipsarse para siempre.

El emperador llamó en consulta á las más renombradas eminencias médicas, porque la situación le afectaba profundamente. Trató á los galenos con mucha severidad, y les pidió cuenta de la muerte de sus hombres. ¿Conocían ó no su oficio? ¿Eran médicos ó sencillamente vulgares asesinos? El de mayor graduación de los tales asesinos, que era al mismo tiempo el decano de los médicos del país y el más considerado de los alrededores, le respondió así:

—Señor, hemos hecho todo lo posible, y nuestros esfuerzos resultan infructuosos. Ni medicinas ni médicos pueden curar esta enfermedad; solamente la naturaleza y una constitución vigorosa pueden triunfar de este maldito mal. Soy ya viejo y tengo experiencia. Ni medicinas ni médicos han de lograr nada, lo repito. A veces parece que ayudan á la naturaleza; pero en general no hacen otra cosa que agravar la enfermedad.

El emperador, que era un hombre incrédulo y arrebatado, apostrofó á los doctores, dirigiéndoles los epítetos peor sonantes, y los despidió brutalmente.

A las veinticuatro horas veíase él mismo atacado de la cruel

enfermedad. La noticia corrió de boca en boca, y sembró la consternación en el país. No se hablaba más que de semejante catástrofe, y el abatimiento era general; comenzábase á perder toda esperanza. El mismo emperador estaba muy abatido y suspiraba, diciendo:

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! Que vayan á buscar á esos asesinos, y concluyamos cuanto antes.

Acudieron los tales, le tomaron el pulso, le examinaron la lengua, le hicieron tragar un juego completo de drogas y, sentándose pacientemente á la cabecera, esperaron.

(No hay que olvidar que los pagaban por años y no por visitas.)

II

Tommy tenía diez y seis años; era un muchacho inteligente, pero carecía de relaciones; su posición era demasiado humilde para esto, y su oficio demasiado modesto. En realidad, su oficio no podía darle á conocer, porque trabajaba á las órdenes de su padre, y limpiaba con él los pozos negros; por la noche le ayudaba á llevar el carro. El amigo íntimo de Tommy era Jimmy, el deshollinador, un muchacho de catorce años, de aspecto delicado, buen chico y trabajador; tenía un corazón de oro, y sostenía á su madre enferma con su trabajo penoso y peligroso.

El emperador llevaba ya un mes de enfermedad, cuando los dos muchachos se encontraron una noche, á eso de las nueve. Tommy se encaminaba á sus faenas nocturnas; como es natural, no se había puesto la ropa de los días de fiesta, y su traje de trabajo no olía bien, ni mucho menos; Jimmy volvía de una jornada ardua, y estaba completamente negro; llevaba los escobones al hombro y el saco colgado del cinturón; toda su cara era una pura mancha, y únicamente se destacaban claros sus ojos brillantes y avispados.

Sentáronse para charlar; no hay que decir que abordaron

el único asunto de conversación: las desgracias del país, la enfermedad del emperador. Jimmy había concebido un proyecto, y ardía en deseos de exponerlo.

Así, pues, confió su secreto á su amigo.

—Tommy—dijo,—yo puedo curar á S. M.; conozco el remedio.

Tommy exclamó, estupefacto:

—¡Tú!

—Sí, yo.

—Pero, tontín, si los mejores médicos no lo consiguen.

—Yo lo conseguiré. Puedo curarle en un cuarto de hora.

—Vamos, cállate; no digas majaderías.

—Digo la verdad, nada más que la verdad.

Jimmy mostraba un convencimiento tal, que Tommy, ya intrigado, le dijo:

—Dices las cosas con un tono de seguridad... ¿Estás completamente seguro de lo que afirmas?

—Completamente.

—Indícame tu procedimiento. ¿Cómo pretendes curar al emperador?

—Haciéndole comer una raja de sandía.

Tommy, al oir una cosa tan absurda, se echó á reir á carcajadas. Procuró, no obstante, contenerse cuando vió que Jimmy iba á tomarlo por lo trágico. Dióle unos golpecitos amistosos en las rodillas, sin preocuparse del hollín, y le dijo:

—No te enfades porque me ría, querido Jimmy. No lo he hecho con mala intención, te lo aseguro. Pero la idea parece tan rara... Precisamente en estos lugares de la disentería han puesto los médicos un anuncio diciendo que los que traigan sandías serán azotados hasta que les salte la sangre.

—Ya lo sé, ¡idiotas!—exclamó Jimmy con tono de indignación y de cólera.—Las sandías abundan en los alrededores, y no hubiera debido morir ninguno de los soldados.

—Pero ¿quién te ha metido esa extravagancia en la cabeza?

—No es una extravagancia, es un hecho reconocido. ¿Conoces al viejo Zulú de pelo blanco? Pues bien: hace mucho tiempo que cura á una porción de nuestros amigos; mi madre ha visto sus curas, y yo también; no necesita más que una ó dos rajas de sandía; no le importa que el mal lleve mucho ó poco tiempo: lo cura seguramente.

—Es muy curioso. Pero si lo que dices es verdad, Jimmy, el emperador debe conocer sin tardanza esa particularidad.

—¿Por fin piensas como yo? Mi madre se lo ha dicho á varias personas, esperando que de este modo llegue á oídos de S. M.; pero esas personas no son sino trabajadores ignorantes, que no saben nunca llegar hasta el emperador.

—Claro es que esos tontainas no saben cómo arreglárselas —contestó Tommy con cierto desprecio.—Yo lo conseguiría.

—¿Tú? ¿Un conductor de carros nocturnos que apestas á cien leguas á la redonda?

Y á su vez Jimmy se echó á reir como un loco; pero Tommy replicó con aplomo:

—Ríete si quieres; te digo que lo conseguiré.

Parecía tan convencido, que Jimmy dejó de reir y le preguntó con gravedad:

—¿Conoces acaso al emperador?

—¡Qué le he de conocer! ¿Estás loco? Claro que no le conozco.

—¿Qué vas á hacer entonces?

—Una cosa muy sencilla. Adivínala. ¿Qué harías tú?

—Yo le escribiría. Confieso que no se me había ocurrido antes; pero apuesto á que eso es lo que tú piensas.

—Nada de eso. ¿Cómo ibas á mandar la carta?

—¡Toma! Pues por el correo.

Tommy se encogió de hombros, y le dijo:

—Se conoce que no piensas que todos los que se tienen por listos en el imperio hacen lo mismo. ¿A que no se te había ocurrido esto?

—Ciertamente que no—contestó Jimmy perplejo.

—Claro; me olvidaba de que eres muy joven y que, por consiguiente, no tienes experiencia. Un ejemplo, Jimmy: cuando un simple general, un poeta, un actor ó cualquiera que goza de cierta notoriedad cae enfermo, todos los charlatanes del país llenan los periódicos de remedios infalibles, de recetas maravillosas que deben curarle. ¿Qué crees tú que sucede cuando se trata de un emperador?

—Supongo que recibirá más todavía—dijo Jimmy muy contrariado.

—Así es. Oye, Jimmy: todas las noches recogemos unas seis cargas de esas famosas cartas que tiran al patio de detrás del palacio; unas ochenta mil cartas por noche. ¿Crees que haya nadie que se entretenga en leerlas? ¡Quita! Ni un alma. Eso es lo que pasaría con tu carta si la escribieras; supongo que no se te ocurrirá hacerlo.

—No—suspiró Jimmy desconcertado.

—Perfectamente, Jimmy; no te inquietes y piensa que hay mil maneras diferentes de desollar á un gato. Te respondo de que haré que el emperador sepa la cosa.

—¡Oh! ¡Si pudieras hacerlo!... ¡Cuánto te lo agradecería, querido Tommy!

—Lo haré, te lo repito. No te atormentes, y cuenta conmigo.

—Sí, cuento contigo, Tommy. Tú eres mucho más listo é ingenioso que los otros. Pero dime cómo te vas á arreglar.

Tommy, que comenzaba á darse importancia, adoptó una actitud gallarda y dijo:

—¿Conoces á ese pobre tonto que se cree carnicero paseándose con un cesto que contiene bofe de vaca y desperdicios? Pues bien, por de pronto, le confiaré el secreto.

Jimmy, cada vez más confuso, le interrumpió diciendo:

—Vaya, Tommy, está mal el que te burles de mí. Tú sabes lo sensible que soy, y eres poco caritativo al divertirte á mi costa como lo estás haciendo.

Tommy le dió un golpecito amistoso en un hombro, y replicó:

—No te amontones, Jimmy; sé lo que me digo, ya verás. Ese tonto contará mi historia á la castañera de la esquina, cosa que, además, se lo indicaré yo, porque es su mejor amiga. Esta á su vez hablará á su tía, la rica frutera, la que vive en la otra esquina de la calle; la frutera se lo contará á su amigo, el vendedor de caza, el cual se lo dirá á su amigo el sargento. Este se lo contará á su capitán, el capitán al magistrado, el magistrado á su hermano político el juez del condado, el juez del condado hablará de ello al sherif, el sherif al lord corregidor, el lord corregidor al presidente del Consejo, y el presidente del Consejo se lo dirá al...

—¡Por San Jorge! Tommy, es un plan maravilloso; ¿cómo has podido...?

—...Al contraalmirante, quien se lo repetirá al vicealmirante; el vicealmirante se lo transcribirá al almirante de los Azules, quien se lo comunicará al almirante de los Rojos; éste hablará al almirante de los Blancos; este último al primer lord del Almirantazgo, quien se lo dirá al presidente de la Cámara. El presidente de la Cámara se lo dirá...

—Sigue, Tommy; ya estás casi...

—...Al picador en jefe; éste se lo contará al gran caballerizo, el gran caballerizo al primer lord de servicio, el primer lord de servicio al gran chambelán, el gran chambelán al intendente de palacio, el intendente de palacio se lo confiará al pajecillo favorito que abanica al emperador; el paje, en fin, se pondrá de rodillas, y murmurará la cosa al oído de Su Majestad... y el asunto quedará resuelto.

—Tengo que ponerme en pie para aplaudirte con el mayor entusiasmo. Es la idea más hermosa que haya podido concebirse nunca, Tommy. ¿Cómo diablo se te puede haber ocurrido?

—Siéntate y escucha; voy á darte unas buenas lecciones, que no has de olvidar en tu vida. Veamos: ¿cuál es tu amigo

más querido, aquel á quien no podrías ni querrías negar nada?

—¡Qué pregunta, Tommy! Bien sabes que tú.

—Supón por un instante que quieras pedir un favor de importancia al vendedor de bofes de vaca. Como no le conoces, te enviaría á pasear á todos los diablos, porque es de esta clase de gentes; pero sucede que, después de ti, es mi mejor amigo, y que se dejaría hacer pedacitos con tal de prestarme cualquier servicio. Así las cosas, te pregunto: ¿cuál es el medio mejor: que vayas tú á buscarle para rogarle que hable á la castañera de tu remedio de la sandía, ó que se lo pida yo por ti?

—Mejor es que te encargues tú de hacerlo, seguramente. No se me hubiera nunca ocurrido, Tommy; es una idea magnífica.

—Es alta filosofía, ya ves; la palabra es suntuosa, pero justa. Yo me fundo en este principio: cada cual en este mundo, grande ó pequeño, tiene un amigo particular, un amigo del corazón á quien se alegra de hacer un favor. (No me refiero, naturalmente, sino á favores hechos con agrado y sin murmurar.) Así, poco importa lo que te propongas; siempre se puede llegar á quien se desee, aun cuando éste se halle muy alto y el solicitante carezca de importancia. La cosa es muy sencilla: no hay sino encontrar un primer amigo que inicie el correr del asunto; esto es todo. Ese amigo busca á otro, quien á su vez encuentra un tercero, y así sucesivamente, de amigo en amigo, de eslabón en eslabón, se forma la cadena; quedas en libertad de recorrer los eslabones, subiendo ó bajando á tu elección.

—Todo esto es admirable, Tommy.

—Es todo lo fácil y sencillo que puede ser; es el A B C. ¿Has conocido, sin embargo, á alguien que sepa emplear semejante medio? No, porque el mundo es inepto. Se va sin introducción alguna á buscar á un extraño, ó bien se le escribe; como es natural, se recibe una ducha fría, y en verdad que quien la recibe la tiene perfectamente merecida. Pues bien: no

importa que el emperador no me conozca: comerá la sandía. Ya lo verás, te lo prometo. Ahí viene el vendedor de bofe. Adiós, Jimmy; voy á sorprenderle.

Le sorprendió, en efecto, y le preguntó:

—¿Quieres hacerme un favor?

—¡Que si quiero! ¡Vaya una pregunta! Soy tuyo. Dime lo que es, y me verás volando.

—Vete á decir á la castañera que lo deje todo y que corra á llevar este recado á su mejor amigo; recomiéndala que ruegue á ese amigo que haga la bola de nieve.

Expuso la naturaleza del mensaje, y le dejó diciendo:—Anda pronto.

Al instante, las palabras del deshollinador estaban en camino de llegar al emperador.

III

A la siguiente noche, á eso de las doce, los médicos estaban sentados en la cámara imperial y cuchicheaban entre sí muy preocupados, porque la enfermedad del emperador parecía grave. No podían disimularse que cada vez que le administraban una nueva droga se encontraba peor. Este hecho les entristecía, quitándoles toda esperanza. El pobre emperador, extenuado, dormitaba con los ojos cerrados. Su paje favorito espantaba las moscas que revoloteaban sobre la cabecera y lloraba suavemente. De pronto, el joven oyó el ligero roce de una cortina; volvióse, y vió al primer lord del palacio que asomaba la cabeza y le hacía señas. Acudió prontamente el paje al llamamiento, andando de puntillas, y el lord le dijo con nerviosidad:

—Tú solamente, hijo mío, puedes persuadirle. Toma esto, haz que lo coma, y está salvado.

—Juro por mi cabeza que lo comerá.

Eran dos gruesas rajas de sandía, frescas, de suculento aspecto.

IV

Al día siguiente por la mañana corrió por todas partes la buena nueva de que el emperador estaba fuera de cuidado y completamente restablecido. En cambio, había mandado ahorcar á los médicos. La alegría manifestóse en el país, y se prepararon magníficas iluminaciones.

Después de almorzar, Su Majestad meditaba arrellanado en un butacón; el emperador quería testimoniar su infinito reconocimiento, y buscaba la recompensa que podría conceder para expresar su gratitud á su bienhechor.

Cuando lo decidió, llamó al paje y le preguntó si era el inventor del remedio. El jovencillo dijo que no, añadiendo que se lo había indicado el primer lord de palacio.

El emperador le despidió y se puso á reflexionar.

El primer lord tenía el título de conde; le haría duque, y le donaría vastas propiedades que confiscaría á un miembro de la oposición. Le hizo venir, y le preguntó si era el inventor del remedio. Pero el primer lord, que era un hombre honrado, contestó que se lo había proporcionado el gran chambelán. El emperador le despidió y reflexionó de nuevo: el chambelán era vizconde; le haría conde y le asignaría grandes rentas. Pero el chambelán contestó que supo el remedio por el lord de servicio.

Era necesario reflexionar otra vez. Esto indispuso un poco á Su Majestad, que pensó en una recompensa menos magnánima. ¡Pero el lord de servicio recibió el remedio de otro gentilhombre! El emperador volvió á sentarse, y buscó en su cerebro una recompensa más modesta y mejor proporcionada con la posición del inventor del remedio.

Por fin, cansado de lucha, para romper la monotonía de aquel trabajo imaginativo y abreviar la cosa, mandó llamar al inspector general de la policía, y le ordenó que se encargase

del asunto y siguiera el hilo, para poder recompensar dignamente á su bienhechor.

Aquella misma noche, á las nueve, el inspector general de la policía se presentó con la clave del enigma. Había seguido el hilo de la historia, y de esta suerte había llegado hasta un muchachito llamado Jimmy, y deshollinador de oficio. El emperador exclamó con profunda emoción:

—¡Ese pobre muchacho es el que me ha salvado la vida! No lo sentirá.

Y... le envió uno de sus pares de botas, las que le servían de botas número dos.

Eran demasiado grandes para Jimmy, pero calzaban perfectamente al viejo Zulú. Fuera de esto, todo estaba bien.

III

CONCLUSIÓN DE LA HISTORIA DEL HOMBRE DEL MENSAJE

—¿Comprende usted ahora mi idea?

—Me veo obligado á reconocer que está usted en lo justo. Seguiré sus consejos, y abrigo la esperanza de terminar mi asunto mañana. Conozco íntimamente al mejor amigo del director general. Me dará una carta de introducción con una nota explicativa sobre el interés que puede tener mi asunto para el Gobierno. La llevaré yo mismo sin pedir previamente audiencia, y haré que se la pasen al director con mi tarjeta. Estoy seguro de que no tendré que esperar medio minuto.

Todo sucedió á la letra, como lo preveía, y el Gobierno adoptó el calzado.

MARCK TWAIN

DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

EL CARDENAL BORJA

A principio del año 1636 volvía de Roma á la capital, después de veintiún años de ausencia, un cardenal español. Había abandonado la santa ciudad, y en ella sus esperanzas, con gran disgusto, como solía ocurrirles á los españoles. Pero el recibimiento que en parte se le hizo en la corte era muy apropiado para endulzar su destierro, si es que así pudiéramos llamarlo.

Gaspar Borja y Velasco, nacido en Villalpando, en León, el 13 de Abril de 1582, un hijo de D. Francisco, duque de Gandía, ya á los veintinueve años de edad (1611) elevado al cardenalato por Urbano VIII á propuesta del rey, pertenecía á una familia que había suministrado á la Iglesia dos Papas, entre ellos Alejandro VI, que no llegó á sentarse en la silla de San Pedro, y un santo, el tercer general de los jesuítas. El duque de Gandía procedía del hijo mayor de Rodrigo Borja, D. Giovanni.

Cuando en el año de 1625, en las fiestas de canonización de Francisco Borja, cuya partida del mundo ha sido tan representada por los pintores españoles (1), tuvo lugar la traslación

(1) Por ejemplo, de Goya en la Seo de Valencia. El cuadro de Stafford-house, su recibimiento por el fundador en el atrio del colegio de Jesuítas de Roma, es un retrato insignificante pintado en el amplio, obscuro y apagado estilo de los pintores españoles de la época posterior.

de sus restos á la Casa de Profesos de Madrid, 46 biznietos y tataranietos de catorce casas nobles llevaron su féretro y bandera, y por la noche se dió una mascarada, en la cual tomaron parte descendientes, emparentados, ya por consanguinidad, ya por afinidad, con el santo. El exministro y cardenal Lerma, un tataranieto, llevó el estandarte, sobre el cual las armas de familia (el buey), con el nombre de Jesús encima, estaban bordadas con el lema *Ut portet nomen meum*, indicando que Dios había confiado permanentemente á dos individuos de la casa extender su Iglesia. Algunos acordábanse de la profecía de San Vicente de Ferrer: *Ter mugiet bos*. Según algunos, se habían cumplido las profecías por esta canonización, mientras que otros esperaban aún de la casa un tercer sucesor de San Pedro.

El cardenal Gaspar, entonces en Roma como protector de la Corona española, debió atenerse á esta última interpretación. Tenía gran prestigio, por la rectitud de sus sentimientos, y era venerado por el pueblo y llamado «padre de los pobres», á causa de su gran munificencia; el veneciano Giustiniani le elogia por su exquisita finura, habilidad y talento (1). Otros pensaban peor de sus dotes, y el cardenal Zapata se burlaba de la continencia á que inútilmente se ceñía por llegar á su objeto (2). En su conducta pública comentábase la terquedad voluntariosa, y hasta dureza y á veces hasta mezquindad en la defensa de los intereses de Estado y en la etiqueta, unida á indiscutible valor personal. Cualidades que los hombres de Estado españoles de aquel tiempo parecían conservar únicamente, después que la ciencia y genio militar, el espíritu emprendedor y las dotes organizadoras de anteriores días llegaron á perderse.

En las historias de aquel tiempo aparece su nombre por

(1) Conoscinto in Italia, d'esquisita finezza, desterità e talento... Ministro stimato per i caratteri di sangue e della porpora non men per i talenti e rettitudine d'intentione. GIUSTINIANI, Disp. di Madrid, 25 Enero y 30 Dic. 1645.

(2) F. GREGOROVIUS, Urbano VIII, 103 y sigs.

primera vez en el año 1620, cuando se le confió la delicada misión de hacer salir de Nápoles al virrey Osuna. La dificultad era que ni el cardenal había recibido plenos poderes ni regla de conducta, ni el duque había sido relevado por el rey. Esta libertad, á que se abandonaba en las más importantes cuestiones á los empleados del Estado, era característica de los tiempos de Felipe III, en que una familia de nobles con sus partidarios se apoderaba del Estado.

D. Pedro Girón, duque de Osuna, había elevado, siendo virrey de Nápoles y Sicilia, el prestigio de la flota española á la mayor altura, renovando los días de Lepanto. Pero se había hecho tan odioso por los impuestos, enemistándose por su despotismo aristocrático y comprometiéndose con la escandalosa vida que llevaba, que la corte no le pudo sostener contra las quejas de Nápoles y la enemistad de Florencia. Se resolvió separarle de allí de la manera más delicada. El encargado fué Borja; él vería cómo habría de componérselas con aquel hombre raro é indomable.

Osuna, orgulloso de su nombre y merecimientos, estaba persuadido de que podría sostenerse merced á una conducta resuelta contra la debilidad del Gobierno de Madrid. Se le atribuyó el temerario plan de crear allí un principado independiente; de hecho consiguió, merced á artes demagógicas y personas de influencia, que el pueblo napolitano (1620) atravesase las calles al grito de «¡No queremos otro regente que Osuna!» El noble, temiendo el incendio y la demolición de su casa, se fortificó en su palacio y movilizó á sus siervos. Osuna rompió la carta en que Borja le anunciaba su llegada, y exclamó: «Yo soy D. Pedro Girón, y á todos haré saber lo que puedo en España». Esperaba empaquetar á Borja en un barco y mandarle á su diócesis de Sevilla.

El cardenal se acordó de lo que había hecho en otro tiempo Mendoza con el cardenal Granwella, y resolvió emplear el ardid y sorprenderle y anonadarle con el hecho consumado de su propio *possesso*. Dirigióse á Procida, entendióse con el co-

mandante de Castel Nuovo, D. Alvaro de Mendoza, hízose reconocer y conducir secretamente el 3 de Junio por la noche en una barca á Nisida, y de allí á Castell. Una hora antes de salir el sol anunciaron los cañones del castillo y las campanas de la iglesia la llegada del nuevo virrey. Osuna, despertando, voló el castillo, para oir que el nuevo virrey se encontraba en él. Una catástrofe repentina; en una hora se vió abandonado de todos (1).

Cuando Borja relató al gobierno de Madrid la resolución de la crisis sin derramamiento de sangre, se atrevió á reprochar al rey duramente su culpa. Exhortó á Felipe III á preocuparse más en el porvenir por la suerte de su reino; de lo contrario le anunció semejantes y aun peores complicaciones. Esta temeridad, así como el vergonzoso procedimiento empleado contra el glorioso virrey, determinó al duque de Uceda á darle pronto un sucesor. Sólo gobernó seis meses, y contribuyó al embellecimiento de la ciudad con la construcción del muelle de Santa Lucía.

Aún más citado fué el nombre de Borja con ocasión de la célebre declaración contra la antiespañola y antiimperial política de Urbano VIII en el año 1632; un acto en el cual halló su dramático apogeo el conflicto entre los patrióticos sentimientos de este príncipe de la Iglesia y Fernando II. Cuando el Papa rehusó pagar subsidio al emperador y exhortar á las fuerzas católicas para la pretendida guerra religiosa negada por él, se convocó una asamblea de cardenales del partido español y el enviado imperial, para tratar de dicha protesta, la cual Borja, como protector de la corona de España y jefe del partido, debía leer en el Consistorio. Terminó la lectura diciendo que protestaba por encargo de S. M., con la debida humildad y reverencia, que un príncipe tan piadoso y obediente rey no podía soportar la responsabilidad de los perjuicios que la vacilante política del Papa pudieran acarrear á la religión

(1) Relato del agente GASPAR SPINELLI, Archiv. Frari.

católica, sino que «V. S. tendría su parte proporcional». Al terminar la lectura de dicha acta, el 8 de Marzo, fué cuando Urbano VIII increpó al cardenal con las palabras *¡Cunctator, Tace!*, y le echó fuera mientras los partidarios del Papa hacían ademán de arrojarse sobre él.

El Papa concibió desde entonces un odio irreconciliable contra Borja, al cual acusaba de ingratitud; pero su carácter de enviado regio protegió al cardenal de la venganza del Pontífice. La presión del nuncio en Madrid para conseguir su destitución no tuvo éxito; los reyes españoles no habían sacrificado nunca á un servidor que se hubiese atraído la enemiga de Roma por defender los intereses del Estado (1). En su consecuencia, Borja permaneció aún tres años largos soportando firmemente, con flema española, la cólera de Su Santidad. Los más acerbos reproches no quedaron nunca sin una contestación fría, y los partidarios del Papa sufrieron sus desaires en el Corso.

No le quedaba á Urbano VIII otro recurso que cortar el nudo; la bula *Sancta Synodus* ordenaba á todos los obispos, bajo las más severas penas canónicas, residir en su diócesis. En vano declaró Borja, ya cardenal-obispo de Albani, que renunciaba á Sevilla. Felipe IV ordenó su relevo (1635), pues necesitaba sus servicios.

En Madrid fué colmado de honores. En el Carnaval del año 1636 se le vió en el balcón al lado de la reina, sin la embarazosa cortina que, según costumbre, separaba á los interlocutores; en la caza del Pardo (en que también aparece la duquesa de Chevreuse) habló con él el rey, sin permitirle moverse de su asiento del coche. El nombre del rico cardenal figura tam-

(1) El vicario de Alcalá, Quiroga, en cierta ocasión cogió de las manos del notario apostólico, y le hizo mil pedazos, un escrito que éste le quería notificar, y en que se atacaba á los derechos reales; como el Papa le llamase á Roma para que se justificara, Felipe II le apoyó, recompensándole después con el primado de las Españas. De Pisa: *Descripción de Toledo*. Toledo, 1619, I, 267 y sigs.

bién en primera fila entre los donativos para la guerra, y durante la ausencia del rey formó, con tres grandes de España, la *Junta del rey*, bajo la presidencia de la reina. También aquí se manifestó fiel á su carácter, aconsejando las más sangrientas severidades contra los catalanes. Pero mientras ganaba el corazón de las damas repartiendo un almacén de galanterías, golosinas y bebidas y cosas por el estilo, no pudo hallar el tono justo con los altivos canónigos de Sevilla. Púsose enfrente del Capítulo sobre la provisión de prebendas y sobre el título *Vuestra Señoría*, en vez del cual quería que prevaleciese el de *Vuestra Merced*. Los señores canónigos se quejaron al rey de su arrogancia é inexperiencia, de su dependencia del confesor (un fraile mercenario ignorante) y de su incapacidad para regir la diócesis. Ya, con ocasión de un sínodo diocesano (*Ordenación*), invadieron el palacio episcopal y rompieron los muebles de su cuarto, mientras él fingía seguir durmiendo.

Finalmente, en el año 1643, fué elevado por Felipe IV á aquella altísima dignidad eclesiástica, que también disfrutó en otro tiempo su abuelo, como testimonio de gratitud real, por la oposición que había hecho á la curia en defensa de los intereses del Estado. El nuevo primado de Toledo fué cumplimentado por un donativo de 50.000 escudos, «que vinieron muy oportunamente».

Como la silla de San Ildefonso seguía en dignidad, en concepto de los españoles, á la de San Pedro, pudo considerar su elevación como un consuelo á sus fracasadas esperanzas. Sólo desempeñó su ministerio tres años; murió el 28 de Diciembre de 1645, y fué enterrado en su catedral. Tuvo la dicha, sin embargo, de ver antes de su muerte la caída de los Barberini (1).

El sentimiento de las vanidades mundanas pareció apode-

(1) Giunse in Genova il Sig. Condestabile, e in paradiso il Cardinal Borgia, più contento per haver veduto prima la rovina degli Barbarini. *Diario de Muyden*, 15 Septiembre 1646.

rarse de él por última vez al asignar en su testamento 12.000 ducados para un altar con capellanía á Nuestra Señora de la Estrella, bajo el cual quiso ser enterrado. Pero no tuvo la generosidad de sus antecesores Albornoz y Mendoza. Su tumba se conoce sólo por una inscripción. El Capítulo poseía un retrato del cardenal, regalado por éste á su llegada, y destinado á figurar en la galería de prelados toledanos de la sala de invierno de la catedral. Después se trasladó al sepulcro, desprovisto de adornos, del cardenal, y fué reemplazado con otro en la galería. En dicho sitio encontrábase en el año 1808. Al estallar la guerra de la Independencia, se creyó mejor guardarlo en la antesala de la *Oficina de la obra y fábrica* (1). Allí pasó inadvertido para algunos escritores.

Un ejemplar correspondiente, más digno de fe en la pintura, se halló en el palacio de Borja, en Gandía. Este solar de la agotada familia pasó con el título á los duques de Osuna, los sucesores del enemigo de muerte del cardenal. Habían dejado llegar el magnífico edificio del siglo xv á la más triste decadencia. Sólo la Seo conserva aún recuerdos del pasado brillo de la casa y del amor de los Borjas á su país natal. Palomino y Cean Bermúdez vieron el cuadro allí; después pasó á poder de éste, si hemos de creer una suposición manuscrita de Vicente Carderera. De él lo adquirió, en 1867, el Instituto de Francfort por 27.100 francos.

Un tercer ejemplar (en el cual viste un traje negro) de trabajo ligero, un cuadro de taller, en Kingston Lacy, debió á un antepasado de Mr. Bauker ser respetado de una duquesa de Gandía (2).

---

(1) Parro: *Toledo en la mano*. Toledo, 1857, I, 365.

(2) En la colección de dibujos de la Bibliot. Nacion. hay un vigoroso dibujo al lápiz de la cabeza, desde la barbilla hasta la punta del bonete, 9 ½ de alto, con la siguiente escritura: Facsimile del estudio que hizo Velazquez para el retrato q̃. pintó, y posehia Cean Bermudez. Tamaño del de Francfort: 62″ × 49″.

Este retrato inaugura una clase que por cierto falta en la obra de nuestro pintor: los hierarcas españoles.

La fecha del retrato hay que buscarla de 1636 á 1645; el cardenal volvió á España á los cincuenta y cuatro años. De fiarnos por su aspecto, sería posible colocarle hacia el fin de estos diez años; pero á juzgar por el estilo, habría que colocarle al principio.

Es una descarnada cabeza encanecida, de fina osatura; escasos cabellos grises en las sienes; perilla muy fina y canosa, al través de la cual se ve el contorno y sombreado de la barba; boca ancha. Sólo la firme y penetrante mirada de aquellos ojos no tiene ningún signo de ancianidad. Quizá aparece el cardenal más viejo de lo que era, gracias á las emociones del Quirinal.

La cabeza es adecuada á un vástago de aquella casa, por cuyas venas corre la sangre de un Papa y de la primera nobleza; orgullo y rigidez no suavizados por ninguna otra cualidad; casi inspiran temor. Esa mirada acerada y penetrante debía anonadar al acusado, extinguiendo la disculpa en su garganta. Nada de diplomático, ni de cortesano, ni de Mecenas; no hay en él vestigio de la finura y elegancia de los tipos de cardenales italianos. Quien estuviere familiarizado con la división de caracteres del Sagrado Colegio, reconocería aquí el modelo del fanático.

Esta convexidad descarnada de la ancha frente, sin arrugas, contrasta con el ligero arco entrante de la nariz, un tanto caída, y de la sumida parte inferior de la cara. Su frío brillo se acentúa aún más por el alto y estrecho bonete rojo, de corte aguzado. Bajo esta frente, dos ojos profundos y obscuros, fríos y tranquilos, que expresan astucia y despotismo. La boca sin dientes, de labios apretados, expresa energía. De tal boca han de salir las palabras lentas, sin colorido, cortantes, como en el año 1640 en la Junta, con motivo del levantamiento de Cataluña: «Así como un incendio sólo se apaga con torrentes de agua, el fuego de la infidelidad y el de la rebelión

no se puede extinguir sino *con ríos de sangre*» (1). En las apariencias amaba la sencillez: ni siquiera tiene la cruz en el pecho.

En cuanto á la manera pictórica, está tratado ante todo plásticamente. Sobre el obscuro fondo indiferente (repintado) se destaca la fisonomía á una luz fría y blanca. El relieve está obtenido por algunos puntos de sombra pardusca que indican el perfil de la osamenta, los arcos ciliares, los pómulos y la punta de la nariz. El tono intermedio de las sienes y mejillas tiene algunos toques azulados; alrededor de las mejillas, ojos y nariz hay una especie de eflorescencia rojiza. La superficie, más iluminada, está ligeramente teñida de amarillo. El carácter de la fina piel de los ancianos está admirablemente obtenido con estos matices, todo ello con notable economía en las masas de color, el cual, especialmente en los tonos medios, deja asomar el compacto tejido del lienzo. El rojo de la muceta ha sido en lo posible sacrificado; sólo aparece un tono púrpura mate en los pliegues, y palidece en los puntos de luz diseminados aquí y allá.

En el Real Palacio de Madrid se conserva el fragmento de retrato de un prelado, destruído probablemente por el fuego. Es sólo una mano, una blanca y fina mano, de la cual sólo el pulgar es completamente visible; el resto lo cubre una carta en que se lee:

Illmo. Señor
Diego Velasqe.

La mano se apoya sobre el respaldo redondo de un sillón; sobre el brazo caen los pliegues de una sobrepelliz.

El «San Carlos Borromeo» en viva discusión con muchos prelados en una sala muy iluminada, en Stafford House, atribuído á Velázquez, es un espiritual retrato italiano que revela su origen romano.

(1) LAFUENTE: *Historia de España*, IV, 6.

EL DUQUE FRANZ DE ESTE

Seis meses después que la duquesa de Chevreuse, apareció el joven Francesco de Este, duque de Módena y Reggio, el cual tuvo también la honra de ser retratado por el pintor de la Corte.

Francesco II (1610-1658) era hijo de aquel Francisco que en el año 1629 cambió la corona por la capucha. España y Francia trataban de aliarse. Sus Estados estaban tan cerca del territorio español, que por largo tiempo fué máxima del Consejo de Italia negar á todo precio el auxilio de sus tropas á todo otro pueblo.

La pensión de Este (pagada por cierto con puntualidad española) se elevaba á 1.500 ducados. Por esto no se daba en Italia ningún auxilio á Richelieu, y desde 1625, en la guerra de Lombardía, prestaron importantes servicios. En la guerra de sucesión del ducado de Mantua el joven duque trató de permanecer neutral. Cuando Saboya y Parma sitiaban á Castelnuovo, entendióse con Leganés, y acudió con 7.000 hombres ante la plaza para auxiliar al ejército español; batió á las tropas de Parma, á las cuales persiguió hasta los muros de la capital, y tomó la plaza.

Para estrechar estos lazos por medio de títulos, empleos y consideraciones personales, trató Olivares de hacer venir al duque á Madrid. Su embajador, el conde y poeta Fulvio Testi (1), entraba en el plan. Testi era á Felipe IV *persona gratissima*; el rey se interesaba vivamente por la lengua, literatura y escena italianas. Uno de sus hijos era paje del rey; otro estudiaba en Salamanca.

Algunas indicaciones dejó oir D. Gaspar sobre las miras de que era objeto el joven príncipe. «Grandes cosas están en planta; el duque es el único príncipe con quien se puede con-

(1) Su retrato en *Breza* (Nr. 125), de Franc del Cairo, y en el Palacio Corsini en Roma.

tar: es joven y ambicioso, y el mundo está fuera de quicio.» Testi no supo dar á su duque otra razón mejor que la de los jugadores: Quien nada arriesga no gana nada. Sólo se quería tenerle á mano, tomar la medida de su capacidad, tenerle en relación con la Corte: *in fractione panis*. Franz I fué con resistencia á este viaje, contra el deseo de sus consejeros. «Pronto vendrá—escribe Giustiniani—para celebrar el sacrificio de su esclavitud.» Así pensaban los italianos. Él mismo esperaba libertar la guarnición española en Correggio, y obtener la ayuda del emperador en su lucha con la Curia romana á causa de Ferrara. Finalmente, en una audiencia interrumpió Olivares de pronto la conversación con la pregunta: «Ahora bien, ¿qué haremos del señor duque?» Testi no era tímido, y contestó: «El virreinato de Nápoles». No debía ser gran político, pues Nápoles no podía darse á ningún italiano. Olivares parecía preferir un cargo en el Piamonte ó en el ejército catalán destinado contra Francia, ó bien en Flandes ó Portugal ó en la escuadra. Contra todos estos puntos tenía razones Testi, y volvió á insistir en Nápoles. Olivares le tranquilizó: *Esto será después, por descanso*. Se le destinó á la flota.

El ministro y amigo instruía á Su Alteza ahora como un sabio Polonio. Ante todo, guardar el más riguroso incógnito; no hablar á nadie de una invitación, y, á ser posible, que no se enterasen de su partida en la corte. El viaje fué idea suya. No debía llevar consigo ninguna mala cabeza (*cervelli torbidi*), tales como afrancesados, burlones ó lenguaraces; una sola palabra del último lacayo podía comprometer todos los intereses para siempre. Nada de postines ni de afeites; *valonas caydas*, dos sencillos trajes de campaña comprados en Génova; para Madrid, traje negro de terciopelo; en los botones podía permitirse alguna ostentación (recuérdese aquellos botones de diamante). Dos sombreros de castor, en los cuales se puede prender la célebre cinta de diamantes. Tener dispuestos muchos regalos—cadenas, joyas, oro:—de lo contrario de nada sirve el incógnito.

Pero ante todo, debía llevar cuadros para el rey, preferentemente del Correggio, del cual no tenían aún en Madrid. «El más valioso regalo que puede hacerse á Su Majestad—escribe Testi en 5 de Febrero de 1638—sería la Noche de la Capilla de los Pratonieri en San Próspero de Reggio, ó la tabla de altar de San Pietro Martire de Módena; la Madonna de San Jorge. Pues en una ocasión como aquella ni la patrona de los unos, ni los Frati del otro no le habrían de decir que no, si bien sería preciso consentimiento del Municipio... Si no quisierais á éstos, podéis dirigiros al obispo de Reggio y pedirle que os regale aquel cuadro, que, sin restricción, puede decirse que es el más hermoso cuadro de Italia; es el retrato de un médico; os digo esto para que no os dejéis engañar; el mismo posee una Asunta de Pablo Veronés, que mejor no se puede pedir; y si vuestra alteza lo pidiese para el rey de España, ¿cómo habría de negároslo?... Pero hace falta algo más: un Guereino, ó Guido, ó Dossi, ó Girolano de Carpi, ó... qué sé yo... Y si bien considero que no os habéis de desprender con gusto de estos objetos, pues tanto es el encanto que recibís de la pintura, habéis de tener paciencia y pensar que han de ser reintegrados con usura.»

Aquí parece que el ministro apreció mal el amor artístico del duque. Sólo llevó un cuadro para Olivares. Él acariciaba ya la adquisición de aquel Correggio para su colección: el pintor Boulanger de Troyes se había presentado en aquel mismo año en el convento de menores de Correggio (había adquirido este principado), con el plan de cambiar la Madonna de San Francisco por una copia. Dos años después mandó sustraer la «Noche»; en 1649 se apropió la Madonna de S. Georg. En el mismo año mandó comprar cuadros en Venecia «sin reparar en el precio», según escribe el agente de los Médicis, Paolo del Seza, al archiduque (1).

(1) Correspondencia con Fernando II en *Archiv. medic. Se ne diletta in extremo.* 26 Dic. 1649.

El duque desembarcó el 26 de Agosto en Barcelona. En Alcalá recibióle el marqués de Torres, el cual le estaba destinado de caballerizo mayor. Allí debía esperar once días, porque hubo discrepancia sobre puntos de etiqueta; él se atribuía *Alteza*, y la nobleza sólo estaba dispuesta á darle *Serenidad*. El 23 de Septiembre salió para la capital. Olivares con los caballeros de la corte salieron á recibirle á caballo hasta el arroyo Valnegral, y le llevó al Buen Retiro, á la ermita de la Magdalena, donde debía encontrar unas caballerizas. En la casa del Tesoro vivía entonces la princesa de Cariñan. El rey le recibió en el salón nuevo, sobre la portalada, de pie delante de un gran espejo, apoyado en un secreter de mosaico florentino. D. Francisco hincóse de rodillas. Felipe dijo: *¿Cómo venís, sobrino? Levantaos.* Y como quisiera besar su mano, escondióla en el jubón. Cuando los dos salieron juntos, puso el rey la mano sobre el brazo derecho del duque. La impresión fué favorable en general. Se decía: «es un español», pues tenía el pelo muy negro (moreno). «Era realmente de hermosa presencia—escribe el ministro de Toscana,—buen mozo, expresión del rostro jovial, vivo, amable, franco.» La vieja duquesa de Olivares «le adoraba».

En pocos días acudieron todos á verle á la corte. En una fiesta, en la Plaza Mayor, ocupó el mismo lugar que el príncipe de Gales. Sobre todo, llamó la atención el raro favor con que le trataba el rey, invitándole á la cacería de Balsain. Ni el príncipe de Gales, ni Parma y Pfalz Neuburg recibieron esta invitación. El joven duque se ganó la estimación del rey por sus triunfos en las *cañas* y en la caza mayor. Por último, se apoderó de su corazón cuando manifestó su gran admiración por la Torre de la Parada, creación del rey. «Era lo más interesante que había visto en su viaje por Italia y Europa» (1). Felipe le llevó al Escorial, haciéndole bajar al Panteón.

(1) La Torre nueva de la Parada, fábrica del rey... admiró y alabó el duque entre las cosas memorables que había visto en Italia y en las otras partes de Europa que había andado. NOVOA: *Doc. inéd.*, 77, 622.

El día de San Miguel fué á buscarle en coche, y anunciole en su paseo por la ciudad que debía ser su compadre. La infanta María Teresa, futura reina de Francia, fué bautizada aquel día en la capilla de palacio por el cardenal Borja. La madrina fué la Princesa de Carignan. Con este motivo obtuvo el generalato de la flota de los mares Cantábrico y Atlántico «un título fantástico», pero que estaba dotado con 14.000 ducados de renta. Finalmente, se convocó un capítulo de la Orden del Toisón de Oro, y le fué concedida la alta insignia con la de príncipe de Asturias; todo lo que podía conceder la corte. ¿Quién había de pensar que diez y ocho años después había de pasearse en París llena de orgullo con esta condecoración?

Omitimos la descripción de los valiosísimos regalos que se cambiaron entre ambas partes. El principal, cuya reparación exigía algún tiempo, no fué entregado hasta el 17 de Noviembre por Olivares al conde de Testi. Era una joya de diamantes en forma de águila imperial, compuesta de 37 piedras de gran tamaño reunidas en todo Madrid, y tasado en 18.000 ducados; el collar estaba guarnecido de diamantes pequeños de 14 ducados cada uno. En el reverso del águila había una miniatura del rey hecha por Velázquez, «tan parecido y bello, que causaba asombro». Testi dice, por su parte, que en conjunto le costó al rey 33 ducados de plata (1).

«El duque—cuenta Palomino (Museo, III, 331)—honró á Diego Velázquez alabando sus altas dotes; como le había retratado muy á su satisfacción, le recompensó pródigamente, en especial con una rica cadena de oro (había dado 14.000 ducados por ella), la cual se ponía Velázquez algunas veces, como era costumbre, en las fiestas de Palacio.»

Este retrato era desconocido en la época en que el Marqués

(1) Il Re aveva fatto dono al Duca Francesco I d'una gioia di diamanti del valore di 33 m. Ducatoni d'argento. Nel rovercio dell'aguila aveva un piccolisimo ritratto del Re fatto dal *Velaschez*, tanto simile e bello, che certo e una cossa di stupore. 14 Noviembre 1638. ¿Dónde habrá ido á parar esta joya?

Campori escribió su libro sobre el arte estense; se creía perdido. Pero en 1843 encontróse un original de Velázquez incontrovertible, representando al joven duque, en la Galería de Módena. Había sido adquirido por el conde Paolo Cassola Lorenzotti como de Van Dyck, por compra hecha al historiador de la pintura y director de la Galería Adeodato Malatesta, con otros cuadros, en 3.000 liras. Se cree que fué vendido á éste por un antepasado, el secretario del duque Rocco Lorenzotti.

Produce la impresión de haber sido hecho en uno de los ratos robados al programa de festejos; muchos lo llamarían boceto; pero este boceto está trabajado para producir una impresión definitiva.

La cabeza aparece con la usual inclinación hacia la derecha, con la mirada en el observador; sobre la armadura se ve la banda carmesí. Tanto se había acomodado al gusto de la nación mientras fué su huésped, que se le hubiera tomado por un español. Pero en este caso la expresión orgullosa y algo altanera, el cabello negro, abundante y rizoso peinado en ondas sobre el lado derecho de la frente, el ligero bigote, la *golilla* y el Toisón de Oro, anunciaban al italiano nacido para comediante, flexible para todas las máscaras. La punta de la nariz avanza con atrevimiento; la barbilla retrocede bajo el labio inferior. La cabeza tiene cierta despreocupación juvenil; la impresión no es muy conforme á la etiqueta al lado de los demás cuadros de aquel tiempo; hay en ella cierta genial negligencia, cierta intencionada sencillez muy diferente de sus posteriores retratos, pintados en el gusto francés, donde aparece más frío, pálido y fino. El rostro está pintado casi sin sombra.

Como documento de su transformación española pudo haber sido mirado con malos ojos, y de aquí su desaparición de Palacio.

Además de este retrato para el duque, estaba haciéndose otro á caballo para Felipe IV. El rey quería un retrato ecuestre, probablemente en memoria de sus comunes deportes. El

duque le había regalado un tiro de ocho soberbias hacaneas napolitanas. En una carta de 21 de Noviembre de 1638 se hace referencia á dicho retrato y se dice que el duque quiso una copia, «pero de la misma mano que el original». Un retrato ecuestre para el rey no podía ser encargado á otro que Velázquez; pero la cabeza era una reproducción. Se decía, en efecto, que en la primavera de 1639 trabajaba en un retrato del duque. «Velázquez hace el retrato de V. A., que ha de ser admirable. Pero tiene el defecto de tódos los grandes artistas: el de no acabar nunca y de no decir la verdad. Le he dado ciento cincuenta *perze da otto* á cuenta, y el marqués Virgilio Malvezzi ha ajustado el cuadro en cien doblones. Es caro, pero lo hace bien, pues sus retratos no son para mí inferiores á los de cualquier otro pintor de los más renombrados entre los antiguos y modernos. No le dejaré de la mano» (1). En la inmediata ruptura entre Francia y España desapareció este cuadro. En el año 1647 pasóse al partido de Francia y aceptó el título de un generalísimo *du Roy*.

En el retrato ecuestre, en tamaño grande, del palacio de Sassuolo aparece en traje francés, así como el publicado en la obra de Litta al conde Valentini en Módena (2). Cuando en Julio

(1) Il Velasco fa il Retratto di V. A. che sará mirabili. Ha peró egli ancor il difetto degli altri valenthnomini, ció e di non finirla mai, e di non dir mai la veritá. Gli ho date cento cinquanta pezze da otto a buen conto, e dal March.^{e} Virgilio. Malvezzi il prezzo s'è aggiustato in cento doble. Egli è caro; ma fá bene; e certo i suoi Ritratti io non gli stimo inferiori á quelli d'alcun altro de'piú rinomati trá gli Antichi ó tra Moderni. Io l'anderó sollecitando; e intanto profondissime á V. A. m'inchino. Di Madrid.

Li 12 Marzo 1637.

D. V. A. Srma.

Vmiliss.^{mo} e Fed.^{mo} Servo e Vassallo D. Fulvio Testi.

(2) Sospeché que existían noticias sobre Velázquez en el Archivo de Este en Módena, y en mi visita de Abril, 1875, las estudié y copié gracias al director Sig. Cesare Fourcard, que ya en otras ocasiones me había concedido parecidos favores. En 1881 apareció en la *Nuova Antologia* un notable artículo de Adolfo Venturi, fundado en estos documentos. A tan eminente erudito debo también un dibujo del retrato de Sig. Muzzioli, según el modelo en madera.

de 1650 confió su busto en mármol á Bernini, y por orden suya debía enviarlo á Roma, ni se habló ya del retrato de Velázquez; el que suministró las tres vistas de la cabeza (la tercera, de frente, tardó en llegar) fué Justus Susterman, presente en la corte. Este busto fué hecho en catorce meses.

EL ALMIRANTE ADRIÁN PULIDO

¿Pero dónde están las figuras de aquellos españoles que por su valentía y ambición, cortesanía y genio para la intriga fueron en otro tiempo terror del pueblo, cuyo odio cae hoy sobre ellos?

La obra de Velázquez huele menos á pólvora de lo que podía esperarse de su fecha. Los tipos más brillantes de generales y gobernadores de aquel tiempo, los Leganés, Feria, Moncada, Bazán, Mirabel, Coloma, encuéntranse en la iconografía de Rubens. De las numerosas figuras que la guerra sacó á la luz, pasajeramente, pocas hizo el acaso que entrasen en el taller del pintor de la corte, y éstas desgraciadamente bastante obscuras.

El más interesante de los cuadros de esta clase es indiscutiblemente el retrato del almirante Adrián Pulido Pareja, uno de los pocos que Velázquez firmó y fechó. Por ello podemos hacer algunas conjeturas sobre las circunstancias que rodearon su nacimiento. El año 1638 había sido tan abundante en victorias, que el siguiente se invirtió todo él en aniversarios; entre las comedias que se representaron entonces en el Buen Retiro hay una que se llama *El sitio de Fuenterrabía*.

La tentativa del cardenal Richelieu de hacer la guerra á España en su propio territorio por la ocupación de una plaza fronteriza, y por cierto en la indomable Basconia, puso á la corte y á la nación entera en conmoción indescriptible. El suceso, dice el padre jesuíta José Moret (1), produjo el efecto de

(1) *Sitio de Fuente-Rabía*, que escribió en latín el R. P. Joseph Mo-

un trueno en un hombre dormido profundamente. Desde Carlos V no había pisado el suelo español ninguna tropa enemiga de importancia. En todo el territorio español no se oía ni veía más que tumulto é instrumentos de guerra, reclutamientos, formaciones de compañías, marchas de una provincia á otra, pero todas para Guipúzcoa. Madrid estaba transformado en un cuartel; diariamente pasaban tropas abastecidas y suministradas por señores y ciudades (1).

La retirada del sitio de Fuenterrabía, que podía efectuarse por mar y por tierra, ideada por Condé y el arzobispo Jourdis, de Burdeos, parecía indudable. La fortaleza debía ser sorprendida. El almirante de Castilla debía sólo introducir unos cien hombres para poner á la guarnición en estado de defensa. Los españoles sufrieron un golpe terrible: el incendio de su flota. El comandante Miguel Pérez cayó de un muro; por el desprendimiento de un bastión se facilitó la entrada por dos puntos. Pero se dió á los sitiados tiempo para atrincherarse en la brecha; y la discordia entre Condé y el arzobispo facilitó una caída sobre las posiciones francesas, que las puso en total descomposición. Condé mismo tuvo que salvarse alcanzando un bote dentro del mar.

Este gran día de 7 de Septiembre produjo en Madrid desmedido júbilo y fué celebrado juntamente con la visita del duque de Módena.

En aquellos críticos momentos se había distinguido un capitán: Adrián Pulido, un hijo de Madrid. De aquí que en dichas fiestas estuvieran puestos en él todos los ojos como en un espejo del heroísmo castellano. Cuando Miguel de Ubilla fué enviado con noticias y socorros por el almirante de Castilla, al comandante, uniéronsele Pulido y Martín de Sepúlveda, los cuales trataban de distinguirse; pudieron penetrar en la fortaleza y ganarse la confianza de la guarnición.

ret, 1654, traduc. 1763, Pamplona; págs. 76, 186, 190, 193. *Sitio y socorro de Fuenterrabía*, por D. J. Palafox y Mendoza. Madrid, 1639; y otras.

(1) Novoa: *Historia de Felipe IV*. Docum. inéd., 79, 541.

En la salida del 8 de Agosto (en que cayó el comandante) fué herido D. Adrián. Cuando el «bastión de la reina» (1 Septiembre) saltó por el aire defendió durante seis horas el muro. Y cuando el día 4 produjeron una segunda brecha, reconstruyó rápidamente el muro y la trinchera. Por fin en el último ataque, sangriento, por cuatro veces renovado, de 6 de Septiembre, fué herido de un tiro de mosquete en la cabeza. Si, como creo, este capitán D. Adrián es el que luego fué almirante, hay que confesar que no pudo haber promoción más oportuna. El rey halló de mucho gusto la militar figura y la condecoró con la Cruz de Santiago; y su pintor rara vez pintó con más placer á nadie.

Esta debe de ser la historia de aquel retrato de que habla Palomino. «En el año 1639 pintó el retrato de D. Adrián Pulido Pareja, madrileño, caballero de Santiago, almirante de la flota de Nueva España, que por aquel tiempo estuvo al lado de S. M. en diferentes comisiones de su empleo. El cuadro es de tamaño mayor que el natural y pertenece á los más celebrados de Velázquez, por lo que puso su nombre en él, lo que rara vez solía hacer:

Didacus Velazquez fecit, Philip. IV á cubiculo, eiusque pictor, anno 1639.

Este magnífico retrato pertenece hoy al duque de Arcos» (1).

Una inscripción igual, cuya autenticidad es sin embargo dudosa y está puesta en un sitio (en el fondo, abajo, á la derecha) inusitado, encuéntrase en el ejemplar de la Galería Nacional, en otro tiempo en Longford Castle, residencia de Earl of Raduor:

Did. Velazq.^{s} Philip. IV a cubiculo
eiusq'pictor 1639.

El nombre $\overset{\text{ADRIAN}}{\text{PVLIDO PAREJA}}$ es de otra mano.

Palomino cuenta que el rey, en una de sus visitas al taller, al ver el retrato, que estaba puesto en un sitio mal iluminado,

(1) Palomino, Museo pictórico, III, 331.

creyó ver al almirante en persona y dirigió estas palabras al lienzo: «¿Cómo, tú aquí todavía? ¿No te he dado ya permiso para marcharte? ¿Por qué no has partido?» Después, como viese que la figura no se movía, volvióse á Velázquez diciendo: «Os juro que me he engañado».

Vasari cuenta la conocida historia del retrato de Paulo III con sus dos favoritos, de Ticiano, al cual muchos, cuando le ponía á secar al sol sobre la terraza, hacían una reverencia; se expresa como si le hubiese visto él mismo (*Abbiamo visto ingannare molti occhi*, etc. Vite XIII, 35). Algo parecido pasó recientemente en el taller del pintor Munkaczy (1).

En realidad es una figura llena de carácter y de notable valor típico. Otra vez encontramos el fondo claro, amarillento y obscurecido hacia la parte superior, sin indicación del límite entre la pared y el suelo, preparado para el terciopelo negro de la figura. D. Adrián está algo vuelto hacia la izquierda, pero con la mirada sigue al espectador. Las piernas están juntas y los pies casi en ángulo recto. El color es más abundante que de ordinario. Los trazos blancos, de un blanco deslumbrante, favorecen la ilusión; éstos son el ancho cuello de encaje, las mangas floreadas, las plumas, los lazos de la rodilla y la banderola. Está en actitud modesta y casi cuadrado, aunque en traje de corte, como un soldado de línea ante su general. Es un hombre de recias espaldas, parecido al Andrés de Andrade, de Murillo, en la Northbroock Gallery. Se comprende que no vacilará en arriesgar su vida y la de sus compañeros en la brecha. El semblante muy moreno, con toques de blanco, pertenece á un tipo no raro en Castilla, pero en este caso acentuado. Las cejas, negras, tupidas, unidas y

(1) Cuando Munkaczy, en Neuilly, trabajaba en el cuadro gigante para la sala del Parlamento de Budapest, entró el conde de Tisza una tarde en el taller, donde no había nadie. Delante del lienzo vió un hombre inclinado que no se movía; tomóle por un criado ó modelo; carraspeó, tosió para llamarle la atención, y sólo al acercarse advirtió que era á una figura del cuadro á quien hablaba (*Deutsche Revue*, Nov. 1901, pág. 216).

contraídas fuertemente, sumiendo á los ojos en sombra; la arruga vertical de la frente, el bigote retorcido hacia arriba, la indómita cabellera negra que rodea la cara como un marco, peinada hacia un lado y coronando la altiva cabeza; así debió aparecer sobre el muro de Fuenterrabía, así estaría en la popa de su buque almirante. Un hombre que en caso necesario aplicaría la mecha al polvorín.

Ambas manos calzan guantes amarillos; la de la derecha tiene el bastón de almirante; de la izquierda pende el ancho sombrero de fieltro. Sobre el pecho ostenta la roja insignia de Santiago y la banda guarnecida de oro.

Según Palomino, Velázquez pintó este retrato con pinceles largos y *brochas* y con gran fortuna y *bravura*. Parece también más amplio, pero pintado con más vigor que facilidad.

Y esta obra cae en el mismo año que el crucifijo. Así procura el verdadero artista variar su método en cada momento, cambiando de asunto y por consiguiente de forma (1).

Una figura que corresponde con ésta encontrábase ya en 1818 en Woburn Abbey, posesión del duque de Bedford. Sólo que en ésta el almirante lleva en vez del pequeño medallón elíptico una gran cruz roja sobre el jubón. No puedo reconocer en este cuadro una mano extraña; sólo el fondo, originariamente vacío como en el cuadro ya estudiado, fué pintado por lo menos veintidós años más tarde, tal vez por encargo de su dueño de entonces.

El almirante está de pie en una habitación; un cortinón granate pende de la izquierda y llega hasta la altura de los hombros. El suelo, obscuro, está dividido en anchos polígonos; por la derecha una ventana que da al mar, donde se ve una

(1) Algunas deficiencias en las extremidades, puestas de manifiesto por el biógrafo madrileño, pudieran estar relacionadas con su apresurada ejecución. No se pensará en ningún discípulo, y mucho menos en el Mazo, si se recuerdan sus figuras. La firma está en un sitio no acostumbrado; pero ¿por qué hacer una regla de tres ó cuatro firmas legítimas (dos en cartas)? En el cuadro de los moriscos estaba la firma latina en un peldaño de la escalera.

batalla naval. El cielo, azul por el horizonte, está cubierto de espesas nubes en lo alto. Todo de mano de un pobre pintor, el cual ha puesto abajo, á la izquierda, el escudo con el nombre (1) en el mismo sitio en que se solía poner en los retratos de aquel tiempo, como por ejemplo el del *Capuchino español*, del Museo del Prado. Probablemente este fondo fué añadido al incluir el cuadro en una gran galería de retratos. El marqués de Leganés poseía una colección de capitanes célebres. Los Altamiras, en cuya subasta (1833) apareció un retrato de Pulido, eran los herederos de su título. ¿Sería el mencionado juntamente con el de su mujer, en la venta de Aston Hall (1862)?

EL CONDE DE BENAVENTE

El único retrato militar del Museo del Prado representa á D. Antonio Alonso Pimentel, noveno Conde de Benavente (1,9 × 0,88). Fué hijo y heredó el título del célebre virrey de Nápoles D. Juan Alonso, que en el año de 1621 murió siendo presidente de Italia y mayordomo mayor de la reina. Khevenhiller (An. Ferdin, IX, 1495) le llama «mi súbdito cristiano y prestigioso, que prestó grandes servicios al rey, y que tuvo en vida catorce hijos, catorce nietos y tres biznietos». Este hijo renovó el antiguo brillo de los Pimentel. Ninguna familia dió al rey tan valientes oficiales ni tan cuantioso tributo de sangre. En *El sitio de Breda*, de Calderón, llega Vicente (hermano de nuestro Antonio) con mil jinetes de Lombardía, y Espínola le recibe con estas palabras:

> Triunfos soberanos
> tendréis con imitar vuestros hermanos.

(1) Adrián | Pulido | Pareja | Capitán general | de la Armada y | Flota de nueua | España | Falleció en la Ciudad de la nueua Vera | Cruz | 1660. Las dimensiones del primero son 81″ × 44″, las del segundo 77¼″ × 32¼″, según Curtis y G. Scharf.

D. Vicente le contesta en siete octavas; él, el más joven, describe el fin de sus tres hermanos mayores. D. García perdió su vida en el sitio de Bergen; D. Alonso, que servía en 1606 en una compañía, bajo el mando de Espínola, fué muerto en 1617 por una granada, siendo general de la caballería, ante Vercelli; D. Diego, general de las galeras de Sicilia, entró, después de una batalla naval con los holandeses, como sitiador, muerto en Nápoles. Estos dos hermanos y D. Jerónimo, después marqués de Bayona, acompañaron al almirante Bazán (1605) en la campaña contra los turcos. Y ahora, en la guerra contra los catalanes (1642), el hijo de nuestro D. Antonio, conde de Luna, agregó al ejército del rey una compañía de 800 hombres de los Estados de su padre (1).

Después del levantamiento de Portugal, en aquellos críticos momentos en que la imprevisión del conde-duque hizo imposible la entonces aún fácil represión del levantamiento, por el funesto cambio de situación del teatro de la guerra á Cataluña, y en que los generales españoles Monterrey y Garay no se cargaban, por cierto, de laureles en Extremadura, nombróle el rey gobernador de la frontera portuguesa; pero ya en la primavera (1642) fué destituído de este puesto, con gran contrariedad suya (2).

El retrato de nuestro D. Antonio muestra la buena constitución de que gozaba la raza, según el árbol genealógico. Es un *joven* de cincuenta años y cabellos grises. Alto, grueso, frente arqueada, cejas fuertes y negras, de las cuales arranca una nariz de pico de águade, de fuerte nacimiento; el blanco bigote cubre un labio inusitadamente ancho. La cara redonda,

(1) En la obra de CALDERÓN dice Espínola:

> Bien diráu vuestros blasones
> que aun es más que cien flinflones
> un español Pimentel.

(2) El conde de Benavente está muy sentido porque le quitaron el gobierno de la frontera de Portugal. *Memorial Histórico*, XVI, 316; 5 Abril 1642. V. XIII, 154.

no intacta, muestra ahora un tono completamente claro y caliente, pastoso y blando, con medias tonalidades de un gris verdoso. El efecto de la brillante armadura adamascada, de oro, está obtenido con anchas y nerviosas pinceladas que recuerdan la manera del Greco. Tiene la mano derecha sobre el yelmo, que está (con el bastón de mando) en una mesa cubierta de tapete carmesí, y en el cual se refleja la banda encarnada. En el collar se advierten turquesas.

La cabeza, de tonalidad clara, se destaca sobre una cortina de terciopelo granate. Tierra y cielo, á la derecha, forman una árida superficie azulado-verdosa.

También este retrato, como varios de aquel tiempo, presenta cierto aspecto veneciano, y hasta fué más tarde, cuando se había ya olvidado el calendario de corte de Felipe y sus *gentilhombres de cámara*, atribuído á Tiziano; así se le consideraba cuando estuvo en poder de Isabel de Farnesio, y ornaba la antecámara del rey en San Ildefonso.

Carlos Justi

ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

EL RETABLO MONUMENTAL DE LA CATEDRAL DE VALENCIA

(Suscrito por el ilustre profesor E. Bertaux, publica la *Gazette des Beaux-Arts* el siguiente estudio:)

Encima del altar mayor de la catedral de Valencia elévase una construcción de pintura antigua. Las hojas del retablo de este altar son mayores que las de los más majestuosos portalones. Cada una de ellas se halla dividida en tres tablas rectangulares, que miden 2m,25 de ancho por 1m,95 de alto. El conjunto forma una serie de doce cuadros que representan, pintadas al óleo, escenas de la historia de Cristo y de la Virgen, desde el encuentro de Joaquín y Ana en la Puerta de Oro hasta la *Muerte de María*. Son obras maestras, de un colorido vigoroso, conservadas admirablemente. Las figuras y los paños, á primera vista, parecen italianos y de los primeros años del siglo XVI. La sonrisa que flota en los labios de las mujeres es la inolvidable sonrisa que sugestionó á los discípulos lombardos ó toscanos de Leonardo de Vinci. Ya la reconoció Ponz en su viaje por España en 1779.

Ahora bien: esta colección de cuadros, expuesta en medio de una vasta catedral, á la clara luz que cae del cimborrio; este conjunto único, por lo que respecta al siglo XVI, si se deja aparte á Venecia—75 metros cuadrados de pintura al óleo,—

estas figuras, que evocan como un eco lejano el nombre de la Gioconda, todo esto es casi desconocido fuera de España.

Hace, sin embargo, más de quince años que el canónigo de la catedral de Valencia, D. Roque Chabás, ha sacado de los archivos del templo la mayor parte de los contratos auténticos relativos al gran retablo. El estudio que publicó fué analizado por Karl Justi en un artículo lleno de observaciones y de paralelos dignos de atención. Pero las conclusiones del canónigo de Valencia y del profesor de Bonn pasaron inadvertidas para los especialistas más concienzudos. Los nombres de los artistas, que habían salido del polvo de los archivos, quedaron en la sombra de las revistas de erudición.

Para que los pintores del retablo de Valencia brillasen á la luz de la fama, necesitábase propagar el conocimiento de su obra. Ahora bien: á pesar del deseo expresado por Ponz, el retablo no había sido nunca reproducido. Ninguno de los doce cuadros se fotografió hasta este año. Los peritos se habían detenido ante las dificultades y las resistencias que eran de prever. La *Gazette des Beaux-Arts* quiso intentar la empresa; don Roque Chabás la condujo á feliz término. El Capítulo de la catedral de Valencia concedió al sabio que le honra las autorizaciones necesarias. Durante toda una semana la capilla mayor estuvo ocupada por un andamiaje de nueve metros de altura, para el que se utilizó el maderamen del «monumento» construído anualmente, para el Jueves Santo, ante el altar mayor. D. José Grollo, un fotógrafo de Valencia, conocedor y amante del arte antiguo, subió al andamio. Gracias á este concurso de buenas voluntades, podemos ofrecer hoy una serie de reproducciones que asombrarán á más de un erudito y de un artista. Comparando estas imágenes inéditas con documentos ya publicados, será posible precisar la historia de una de las más gigantescas y más suntuosas obras de arte que haya poseído España, y esbozar un nuevo capítulo de la historia de la pintura española.

* * *

El 21 de Mayo de 1469 celebróse, según costumbre, en la catedral de Valencia la fiesta de Pentecostés con el fuego de la *Palometa*. Una paloma de metal descendió de lo alto, lanzando una lluvia de llamas. Fué el último día en que se ofreció al pueblo en la iglesia el espectáculo de aquellos fuegos artificiales. Una chispa cayó cerca del altar; prendió fuego, sin que se advirtiera, y el incendio estalló por la noche. El retablo, que era de plata sobre armazón de madera, como el que se puede ver hoy en la catedral de Gerona, quedó destruído. Solamente una mitad de la estatua de la Virgen, colocada en medio del retablo, fué salvada por un esclavo negro.

El Capítulo de la catedral quiso reparar el desastre inmediatamente. En 1.° de Marzo de 1470 se hizo un primer contrato, cuyo texto no se ha encontrado, con tres plateros valencianos. Desde luego, lo principal del trabajo consistió en fundir en lingotes el metal que se encontró entre los escombros. Con una parte de esta plata rehiciéronse las piernas para el tronco de la Virgen; restaurada la estatua, fué vuelta á colocar en el altar en 1.° de Octubre de 1471 (1).

En el mes de Agosto del año anterior habíase abierto una especie de concurso para designar al artífice á quien había de encargarse el nuevo retablo; el proyecto era ejecutar dos estatuillas de San Bartolomé, cuyo modelo debía proporcionar el pintor Nicholau. No parece que se designara á ninguno de los concursantes. La plata salvada de la catástrofe era insuficiente.

Solamente en 1489 desató las bolsas una solemne promulgación de indulgencias. En este año hallábanse empezadas dos de las «historias»: la *Muerte de la Virgen*, con la *Asunción*, que debía colocarse á los pies de la antigua estatua; la

(1) Los documentos que dan á conocer estos hechos y los que siguen han sido reunidos por D. Roque Chabás en un estudio especial sobre el altar de plata de la catedral de Valencia que ha publicado en apéndice á su edición de las *Antigüedades de Valencia*, del P. Teixidor.

Coronación de la Virgen, que debía ponerse encima del nicho central. El primero de estos bajorrelieves se confió á un artista de Valencia, Francesch Cetina, y el segundo á un alemán, Agustín Nicos.

Cetina era muy lento: empleó más de cinco años en entregar á trozos las figuras que debían formar su bajorrelieve. Otro artista valenciano, Jaime Castellnou, que recibió doce marcos de plata el 1.° de Enero de 1490 para hacer la «historia» de la *Venida del Espíritu Santo*, fué todavía menos expeditivo. En 1492 el Capítulo tomó la resolución de dirigirse á un platero extranjero establecido en Valencia: el pisano Bernabé di Taddeo de Piero, *de Pone*, *aurifex pisanus Valentie residens*.

Por contrato del 30 de Junio se le confiaron cuatro de los bajorrelieves que debían disponerse á derecha é izquierda de la estatua de la Virgen: eran la *Natividad*, la *Adoración de los Magos*, la *Ascensión* y la *Venida del Espíritu Santo*, cuya ejecución se retiró á Jaime Castellnou. En 1498, en la misma fecha del 30 de Junio, encargóse á Bernabé di Taddeo la ejecución de las dos «historias» que todavía faltaban: la *Anunciación* y la *Resurrección*.

Terminados los bajorrelieves, colocáronse por de pronto en un retablo provisional de madera. Este retablo fué desmontado en 1503 y reemplazado por un sólido muro de piedra tallada. Al lado de los bajorrelieves de plata, nuevos, brillantes y relucientes, la estatua de la Virgen, que era el único resto del antiguo retablo, y que se remontaba, sin duda, á los comienzos del siglo xv, pareció deslucida y anticuada. El 15 de Marzo de 1507 encargóse una nueva estatua al hijo de Francesch Cetina, Bernardo Johan, que trabajó con su padre en el retablo en 1495.

Los bajorrelieves de plata que componían el retablo de la catedral de Valencia fueron desprendidos de la pared elevada tras el altar al acercarse las tropas francesas en 1809. Encajonados, formaron parte de los cincuenta y ocho bultos de plata sagrada que se embarcaron en El Grao, y, después de correr

diversas aventuras, llegaron á Palma de Mallorca el 15 de Febrero de 1812. A los tres días, la autoridad militar embargó toda la «plata de Iglesia» llevada á la isla; antes de terminar el mes era enviada al crisol. Un general español—D. Francisco Ballesteros—hizo con los tesoros de Valencia lo que los generales de Napoleón hicieran con los tesoros de Salamanca.

Hoy el retablo, sobre el que cierran las inmensas hojas pintadas del siglo XVI, es un monumento del gótico más caprichoso, terminado en 1867 (1). No queda del maravilloso retablo de plata sino descripciones y una copia—una tablita pintada al óleo en el siglo XVIII, y que se ha conservado en los archivos de la catedral. Los colores imitan pobremente los tonos de la estatua y de los bajorrelieves de plata. El dibujo da una idea suficiente de la composición del retablo. Formaba un tríptico macizo, dividido en tres cuerpos por pilastras de estilo florentino, cuyo dibujo debe atribuirse á Bernabé di Taddeo. Los relieves representaban, en torno de la estatua de la Virgen, sus «Siete Gozos» y su entrada en la Gloria, en dondé es coronada. El italianismo vulgar é indigente del pintor ha hecho que desaparezca en la tablita el carácter de los trozos ejecutados por el platero valenciano, por su hijo y por el alemán. Da, sin embargo, del conjunto del retablo una impresión conforme con los documentos que han reivindicado la mayor parte de la obra—los seis bajorrelieves de los lados del tríptico—para un artífice pisano.

***

¿Son igualmente obra de italianos las pinturas leonardescas de las hojas del retablo? Así lo han creído los eruditos

(1) La gran *Virgen* de madera pintada y dorada que se alza en medio del retablo es una deliciosa *Purísima* de mediados del siglo XVIII. Fué esculpida por Ignacio Vergara, no para la catedral, en donde había quedado la *Virgen* de Bernardo Cetina, sino para la Cartuja de *Portacœli*, próxima á Valencia. A la supresión del monasterio fué cedida á la catedral en 1874. Debo estos datos á D. Roque Chabás.

españoles hasta fines del siglo XIX por la fe de un testimonio auténtico conocido en 1738, y desde entonces mal interpretado.

Cierto es que en 1742, tres años después del incendio que destruyó el antiguo retablo, el Capítulo y el arzobispo, que no era sino el cardenal Rodrigo de Borgia, más adelante Alejandro VI, firmaron un contrato con «dos maestros florentinos». Uno de estos dos «florentinos» era un napolitano, Francesco Pagano; el otro, un lombardo de los alrededores de Reggio, Paolo de San Leocadio. Ninguno de ellos tuvo ni podía tener parte en las pinturas del retablo. ¿Cómo se habrían de inspirar en las figuras de Leonardo ni en las que el maestro pintó en su plena madurez los que salieron de Italia cuando el hijo de Ser Piero da Vinci acababa apenas de entrar en la *bottega* de Verrocchio?

El descubrimiento del documento auténtico del 28 de Julio de 1472 ha explicado y disipado el error. En dicho documento encuéntranse designados los dos italianos, en una curiosa perífrasis latina, como pintores *al fresco*; *pictores super recenti et humefacta pictura*. Al fresco, «según la práctica y usanza en Italia», están encargados de pintar, no las hojas de un retablo del que ni siquiera estaba empezado el cuerpo cuando aquéllos llegaron, sino la bóveda del coro, que el incendio de 1469 había ennegrecido y estropeado. Los frescos de los dos italianos perecieron mucho tiempo antes que el retablo de plata; desaparecieron en 1682 bajo los estucos que desfiguraron la iglesia gótica. Solamente en los primeros años del siglo XVI fué cuando Paolo da San Leocadio, que se había quedado en Valencia, adonde volviera, pintó al óleo retablos enteros, que hemos de estudiar aquí próximamente; ninguna de estas obras estaba destinada á la catedral, cuyas bóvedas había decorado.

Al publicar el contrato de 1472 relativo á los frescos, don Roque Chabás arrebataba á Francesco Pagano y á Paolo da San Leocadio un honor usurpado; al añadir á este primer documento otro, el contrato mismo realizado con los pinto-

res del retablo, ha devuelto este honor á los que lo merecieran.

Los bajorrelieves de plata estaban ya terminados y colocados en la pared de piedra, cuando el Capítulo se ocupó de las puertas destinadas á protegerlos. En 1506 se encargó al carpintero Carles que hiciera las hojas. El 1.° de Marzo de 1507 comprometiéronse dos pintores á decorarlas. Llamábanse Ferrando de Llanos y Ferrando de la Almedina. Los pueblos cuyos nombres llevan se hallan situados á poca distancia uno de otro, en la alta meseta de la Mancha, entre Ciudad Real y Alcázar de San Juan.

Los misteriosos maestros que revelaron en Valencia la sonrisa de las mujeres de Leonardo son dos castellanos del país de Don Quijote (1).

El proyecto formulado en el contrato es exactamente el que se ha seguido en la serie de los cuadros. En la cara «exterior» de las hojas, las seis tablas recuerdan «seis de los Gozos de la Santísima Virgen». Así, cuando las hojas están cerradas, las imágenes expuestas á la vista de los fieles son las mismas que se mostraban en los días de fiesta en los relieves de plata. Como los pintores no disponían más que de seis tablas, el contrato prescindió del primero de los Siete Gozos, la Anunciación; el último, según la tradición piadosa, es la Muerte. En la cara «interior» de las hojas se siguen «seis hechos de la vida de la Virgen», designados por el Capítulo. De un lado, el prólogo de la historia de María; del otro, el prólogo y el primer episodio de la historia de Cristo. Al encuentro de Joaquín y Ana en la Puerta de Oro de Jerusalén corresponde la Visitación. En la primera de las escenas, María es anunciada por la aparición del ángel á Joaquín; en todas las otras está presente. Cuando las hojas estaban abiertas en los días de fiesta, las imágenes que mostraban completaban el sentido de los bajorrelieves de plata y concurrían á celebrar á la Virgen, en cuyo

(1) Toboso, el pueblo de Dulcinea, está á treinta kilómetros de Alcázar.

nombre fué fundada la catedral de Valencia, después de la toma de la ciudad por el rey Jaime el Conquistador.

He aquí la disposición de conjunto de los cuadros:

HOJA DE LA IZQUIERDA		HOJA DE LA DERECHA	
Abierta.	Cerrada.	Abierta.	Cerrada.
Encuentro de Joaquín y Ana en la Puerta de Oro.	Natividad y Adoración de los pastores.	Ascensión.	Visitación.
Natividad de la Virgen.	Adoración de los magos.	Venida del Espíritu Santo.	Purificación de la Virgen.
Presentación de la Virgen en el Templo.	Resurrección de Cristo.	Muerte de la Virgen y Asunción.	Huída á Egipto.

El documento que nombra á los dos artistas no da el menor dato sobre la parte que respectivamente tuvieran en la ejecución de las doce tablas.

El examen de los originales revela desigualdades. El cuadro de la *Ascensión* es manifiestamente inferior á todos los otros, no solamente por la pobreza ó la fealdad de los rostros, sino también por las faltas de perspectiva y los defectos de proporción, las torpezas del dibujo y las vacilaciones de la pincelada. En los otros nueve cuadros, se puede apreciar, aquí, menos habilidad y vigor; allí, mayor firmeza y energía. Pero en dos cuadros que á primera vista parecen acusar dos manos diferentes, se observan, cuando se les contempla más detenidamente, los mismos tipos, los mismos gestos, los mismos paños. Las diferencias son más bien de grado que de naturaleza, y tales como pueden presentarlas dos pintores formados en un mismo taller. La uniforme intensidad del colorido, que se extiende hasta la mediocre tabla de la *Ascensión*, concluye por despistar al observador. Los dos pintores han sido igualmente fieles al contrato, empleando los colores más finos, con algunos realces de oro, y prodigando, como á ello se habían compro-

metido, el azul de Ultramar y el carmín de Florencia, que, mezclados con el aceite y los barnices resinosos, han tomado en los diversos cuadros las mismas gradaciones de tonos y la misma riqueza aterciopelada. Un blanco purísimo aviva los colores. El conjunto de los cuadros es *tricolor*, como la Santa Ana de la *Natividad de la Virgen*—cuerpo azul, túnica blanca, manto rojo.

Imposible hubiera sido hacer la distribución de lo que pertenecía á cada uno de los dos Ferrando en la serie de los doce cuadros de Valencia, de no conocerse á los artistas sino por esas obras. Necesitábase siquiera para ayudar al análisis un término de comparación, tal como un cuadro pintado por uno solo de los colaboradores. Ahora bien: existe no solamente un cuadro, sino un grupo de cuadros, obra auténtica de Ferrando de la Almedina. La clave del problema que plantea desde luego el gran retablo de la catedral de Valencia se encuentra en una capilla de la catedral de Cuenca.

***

La más famosa de las antiguas familias de Cuenca fué la de los Albornoz, ilustrada por toda una serie de capitanes, y más todavía, en el siglo XIV, por D. Gil, el arzobispo armado caballero en el campo de batalla de Tarifa, el belicoso cardenal que reconquistó para Urbano VI los Estados Pontificios. En su testamento de 1364, el cardenal dejó una dotación para la capilla erigida por su familia en la catedral de Cuenca. Esta capilla fué reedificada y decorada en el siglo XIV, después de la unión de las dos familias de Albornoz y de Carrillo, por el canónigo D. Gómez Carrillo de Albornoz, tesorero del Capítulo, que vivió algunos años en Roma cerca de León X y de Rafael. Las obras de todo género que había encargado, piedra y hierro, escultura y pintura, se encontraban casi terminadas cuando murió en 1536. Desde entonces, la capilla de los Albornoz, aislada en uno de los extremos inferiores del coro, ha permanecido fuera de los embellecimientos y de las restaura-

ciones. La altiva y arrogante España de otros tiempos parece dormir al lado de los muertos en la sombra siempre fría de ese santuario, en donde el Renacimiento mostrara todo lo más noble y más opulento que podía reunir para honrar á los graves antepasados y á las edades heroicas.

Sobre el hierro pintado y dorado de la maravillosa verja que cierra la alta arcada por la que la capilla puede comunicar ampliamente con el deambulatorio, y encima de la puerta, dos inscripciones del más altivo laconismo dicen al que pasa que aquel recinto es la «Capilla de los Caballeros», de quienes «la muerte solamente pudo triunfar». Las dos inscripciones colocadas sobre la verja y la pared son como la firma del canónigo tesorero sobre el monumento que debía asociarle para siempre á la gloria de los hombres de espada. D. Gómez quiso dar á los Albornoz sepultados en la capilla tumbas dignas de ellos. El cardenal D. Gil no reposaba en su ciudad natal: de Viterbo, su cuerpo fué conducido á Toledo, en donde se ve todavía, en medio de una capilla de la catedral, su tumba rodeada de un cortejo de llorones. Pero el padre del cardenal, don Garci Álvarez, y su hermano, D. Alvar García, fueron inhumados en su capilla de familia, á lo largo del muro macizo de la iglesia. D. Gómez hizo esculpir sus estatuas en armaduras del siglo XVI, y las colocó sobre sarcófagos adornados con flores de acanto y amorcillos. El hijo, joven é imberbe, bajo la visera de su casco, yace á los pies del padre, anciano de larga barba, cuyo casco está ceñido por un turbante. Los epitafios antiguos, escritos en rudo castellano y caracteres góticos, siguen en la pared encima de las tumbas. El de D. Garci Alvarez dice:

«Aquí yace Garci Alvarez de Albornoz, que Dios perdone, fijo de D. Fernán Pérez y nieto de D. Álvaro; fué buen cavallero, y sirvió bien los señores que ovó, y ayudó bien á sus amigos, y tóvose siempre con Dios en todos sus fechos, y Dios fizol muchas mercedes, y entre todas las otras mercedes fizol una, en muchos fechos de peligro en que se halló, acertó, que

nunca fué vencido; y finó diez y ocho dias de Setiembre; era mil y trecientos y sesenta y seis annos» (1).

Estas tumbas fueron muy probablemente esculpidas por un tal Antonio Flórez. Cítase á este individuo en el testamento de D. Gómez, de fecha del 23 de Mayo de 1531, como el escultor de los tres altares de mármol que contenía la capilla: el altar mayor, adosado á la pared del fondo, y los dos altares laterales, puestos bajo dos edículos gemelos entre la pared de la puerta y las dos tumbas. Los tres altares tienen sus respectivos retablos. El canónigo, que se acordaba de los cuadros de altar italianos, no admitió en la capilla esos cuadros en bajorrelieves de madera polícroma ó de mármol dorado, que se multiplicaron en España con tanta profusión desde el siglo XIV hasta el XVIII. Recuerda en su testamento que no debía haber en aquellos retablos otras esculturas que marcos «á la romana». Los mismos retablos debían pintarse. El pintor, á quien el testamento llama «singular pintor» y «señor pintor», es Ferrando Yáñez. Palomino, que conoció su nombre, menciona su patria: es Almedina, el pueblo natal del segundo de los Ferrando citados en 1507 como los pintores del gran retablo de Valencia.

El retablo del altar mayor de la «Capilla de los Caballeros» es un políptico construído á manera de arco triunfal, y cuyos relieves forman trofeos de armas antiguas. En medio del friso está inscrita la fecha de 1526.

La tabla colocada en la arcada del medio es una *Crucifixión*, con las cruces de los dos ladrones. Al pie de las cruces vense, de un lado, las santas mujeres; del otro, un grupo de soldados con armaduras; en el fondo, unos jinetes al galope. En primer término, á la izquierda, aparece Santo Domingo de rodillas. La predela de este cuadro está dividida en tres tablas oblongas. En medio, el donante, de rodillas ante el Cristo resucitado. Su rostro, visto de perfil, es seco y duro. El canó-

(1) Era española, llamada de César; 1328 de la Era cristiana.

nigo viste una túnica negra, que deja asomar las mangas del alba, y lleva un gorro negro. Frente á él, al lado de la tumba, hay un guarda dormido. En las tablas de la izquierda y derecha aparecen *San Pedro* y *San Pablo, San Juan Bautista* y *San Juan Evangelista*, figuras de medio cuerpo, de frente. Los dos cuadros cuadrados que cubren todo el zócalo de los dos pies derechos son los dos *Martirios de Santa Catalina*: el potro y la degollación. Entre las pilastras, un Papa y un obispo están en pie en dos tablas estrechas; trátase sin duda de *San Gregorio* y *San Agustín*. Sobre ellos aparecen, en medallones de bajorrelieve, dos bustos de profetas. Por último, dos ángeles sostienen, encima del friso, un cuadro pequeño en marco de mármol, y en el que se distingue con dificultad el dibujo de una *Natividad*.

Los dos retablos de los altares laterales tienen figuras de tamaño mayor que el doble de las de la *Crucifixión*. Uno de los cuadros es una *Piedad*, el otro una *Adoración de los Magos*. El canónigo tesorero mencionó la *Piedad* en su testamento de 1431; quiso reposar al pie del altar de este cuadro. Hay otra losa ante el altar de los Reyes Magos: es la sepultura del hermano de D. Gómez, el alcalde de los nobles de Cuenca (*hijosdalgo*), D. Luis Carrillo de Albornoz, que fué depositado allí con su mujer, D.ª Inés de Barrientos, en el año 1550. D. Luis, según el testamento del tesorero, contribuyó á los gastos de este retablo. La *Piedad* fué pintada después del políptico de 1526, y en último lugar indudablemente la *Adoración de los Magos*.

Los tres cuadros de Ferrando Yáñez de Almedina son casi invisibles en la capilla de los Albornoz. El retablo de la *Crucifixión* apenas recibe una débil luz del Norte, que, cayendo de lo alto de una estrecha ventana, hace resaltar los relieves del cuadro y deja en la sombra á las tablas. Los otros dos cuadros no reciben sino durante algunos minutos por día, y solamente en algunos meses del año, un rayo que llega de las lejanas vidrieras de la nave y proyecta sobre las pinturas todos

los colores del prisma. Hay que añadir que los cuadros están saturados del humo de los cirios en aquel recinto magnífico y sepulcral, en donde el aire no penetra más que la luz.

De la sombra que rodea el cuerpo de Cristo, de la caverna negra como el abismo ante la que están reunidos los Magos, surgen á medias, cuando una luz pasa, miradas de niños, sonrisas de mujeres. Así es como aparece en el Louvre el *San Juan Bautista*, hijo divino de la Inteligencia y de la Noche. Los cuadros de Yáñez, al sumirse entre las tinieblas, se asemejan más á las obras más profundas del sabio universal. «Os aseguro, escribía Ponz, que son obras famosas; reconozco en ellas al gran Leonardo.»

La Virgen, á cuyos pies se arrodillan los Reyes Magos, se parecería facción por facción á la *Santa Ana* de Francisco I si su belleza no fuese más tosca y más material. Uno de los *condottieri*, erguido al pie de la cruz, hombre de negra armadura, al que rodean hombres de la misma raza, recuerda al Colleone que fué, para el discípulo de Verrochio, el tipo de la fuerza directa y brutal, como el David lo fué el de la gracia movible y pensativa. Los tres cuadros de Cuenca son más ó menos leonardescos, como lo eran todos los lienzos del retablo de Valencia. Los colores opulentos, azules y rojos, no han sido reanimados por ninguna limpieza en los cuadros de la capilla de los Albornoz; sin embargo, es fácil ver que fueron prodigados por Yáñez cuando trabajo solo, tanto como lo fueron por los dos colaboradores.

Una comparación general y sumaria de los cuadros de Cuenca con el retablo en cuestión correrá el riesgo de dejar la obra indivisa, ó de adjudicar las partes sin un criterio legítimo. Habría que proceder de cerca, partiendo de puntos fijos. ¿Cómo determinar estos puntos? Lo más seguro, á lo que creo, es confrontar ante todo dos lienzos, de los que el uno está en Valencia y el otro en Cuenca, y que representan un mismo asunto, rico en figuras y en detalles: la *Adoración de los Magos*.

Manifiéstase un hecho desde luego: las dos composiciones son todo lo diferentes posible. El cuadro de Valencia reproduce evidentemente, para las figuras principales, la disposición del cuadro no concluído de Leonardo de Vinci, que se encuentra en el Museo de los Oficios. El grupo formado por San José inclinado y por el hermoso adolescente que se asoma á espaldas de aquél para ver á Jesús, ha sido trasladado tal cual es de Florencia á Valencia. El grupo de la Virgen y del Niño ha sido simplemente mudado de derecha á izquierda. El pintor español, al copiar el ademán del *bambino,* ha cometido un contrasentido: la mano levantada (que aquí es la mano *izquierda*) no bendice; el Niño se acerca al oído la tapadera de una jarra, como lo haría con un sonajero. En el extremo izquierdo del cuadro hay un hombre en pie, envuelto en un manto de filósofo, con un dedo en los labios, y semejante á ese *pensieroso* del cuadro de Florencia, que parece personificar, en presencia de la nueva fe, la sabiduría antigua.

En el cuadro de la capilla de los Albornoz, un solo detalle recuerda de lejos la *Adoración de los Magos*, esbozada por Leonardo de Vinci: es una cabeza apoyada en una mano cuyo índice está levantado, como la cabeza del «filósofo», de Florencia. Y hay que fijarse mucho para descubrirla en la sombra de la gruta, entre la Virgen y el Mago que está de pie. Un mismo pintor, y en el intervalo de más de veinte años que separa las dos obras de Valencia y de Cuenca, ¿hubiera totalmente olvidado una composición de la que había traído de Italia, á lo que parece, el recuerdo más fiel, y que ya había copiado una vez en España? La hipótesis es poco verosímil. ¿No es, por el contrario, natural atribuir la *Adoración de los Magos* de Valencia y la de Cuenca á dos pintores distintos, cada uno de los cuales aprovechara según su propio temperamento las enseñanzas de Leonardo, el uno copista servil, el otro discípulo más libre, y tal vez más ferviente?

Los dos cuadros que hemos comparado no difieren solamente por la composición; un examen más atento demostrará

diferencias en el toque, y hasta en el dibujo mismo. Tomamos las solas figuras que ofrecen, de un cuadro á otro, una semejanza meramente externa: los dos reyes moros llevan turbante y botas de cuero blanco abiertas á la altura de la rodilla. La túnica del moro de Cuenca, cuya seda cruda está toda estriada por inscripciones árabes bordadas en negro; el sombrero de terciopelo negro, que tiene en la mano, y cuyo galón va adornado con perlas; las palmas de oro trazadas sobre la pierna y el pie de la bota, todo esto se encuentra detallado con una precisión que recuerda el arte del siglo XV. La capa encarnada del moro de Valencia, sujeta en los hombros por lazos de oro, el mismo galón que adorna el manto del rey más joven, cubierto de caracteres orientales, son de una ejecución más sumaria y más floja. Pero de poca importancia son estos matices en la elección y la ejecución de un accesorio, cuando los dos personajes vestidos á la oriental contrastan entre sí por su actitud, su aspecto y hasta por las proporciones de sus cuerpos: éste, un verdadero enano, corto de torso, y tan mal plantado, sobre sus piernas desiguales, que parece que va á caerse; aquél, sólido, arrogante y bien conformado. Las mismas diferencias se encuentran entre los rostros de las dos Vírgenes y los cuerpos de los dos Niños; en Valencia, las formas son inconsistentes; en Cuenca, las carnes son llenas y redondeadas. Tales observaciones serían fáciles de multiplicar; no harían sino apoyar una conclusión que se desprende de sí misma. La comparación de los dos cuadros, que no tienen de común sino el asunto y el colorido, nos ha permitido distinguir en el retablo de Valencia una tabla que *no es* de Ferrando Yáñez de la Almedina, y que debe ser, por consiguiente, de Ferrando de Llanos.

Habría que proseguir las comparaciones. Pero, una vez puesta aparte la *Adoración de los Magos*, la capilla de los Albornoz no ofrece cuadro alguno que se pueda directamente poner en paralelo con uno de los de Valencia. Ni la *Crucifixión* ni la *Piedad* figuran entre las imágenes de los misterios gozosos. De la pequeña *Natividad* de Cuenca no pude distin-

guir más que las cabezas; es lo bastante para ver que no hay pastores, mientras que en Valencia ocupan el primer término. Queda el Cristo resucitado. Es una figura poco clara y casi imposible de reproducir; mas para compararla con la figura central de la *Resurrección* de Valencia, se puede encontrar en la misma Valencia un intermediario. Es éste un cuadro del Museo Provincial, que representa á Cristo resucitado en medio de tres guerreros; en el fondo se ve el *Noli me tangere*. Los personajes tienen el tamaño de las figuras del gran retablo. Ahora bien, toda una mitad del cuadro de Valencia — Cristo con el guardia dormido—se encuentra *exactamente* reproducida en reducción en el cuadro de Cuenca. Las líneas de caracteres árabes que rayan la casaca carmesí del gran estafero, visto de espaldas, son las que adornan el justillo claro del rey moro en el cuadro de la *Adoración de los Magos*. El Cristo resucitado del Museo de Valencia es una obra indiscutible de Ferrando Yáñez. Comparemos ahora este atleta sonriente con el Cristo resucitado del gran retablo, pintado justamente en la misma actitud, pero tan corto, tan blando, con su torso ensamblado y su insignificante rostro, y habremos reconocido en la *Resurrección* un segundo cuadro de Ferrando de Llanos.

Necesitaríase ahora establecer, mediante comparaciones igualmente perentorias, los derechos de Ferrando Yáñez sobre otras tablas del retablo, ó cuando menos sobre una de ellas. Ofrécenos el medio de hacerlo la figura más pintoresca de la capilla de los Albornoz: el rey moro. Este mismo joven, á la vez vigoroso y esbelto, reaparece con la misma actitud, el mismo ademán, el mismo traje, el mismo tocado (el turbante bufanda), y solamente vuelto en sentido inverso en el cuadro de la *Presentación de la Virgen en el templo*, en donde está en pie en el terrado del fondo, al lado del gran sacerdote.

Los hombres del primer término, con su sólido aspecto, sus nucas carnosas, sus cuellos vigorosos; las mujeres mismas, y hasta los niños, son de una raza más serena y más fuerte que los reyes y los guerreros de los cuadros próximos. El acento

del pincel es más franco y más viril. Las diferencias que se dejan percibir confusamente en cuanto se pasa revista á la serie de los cuadros, se tornan claras cuando la atención se ha fijado en dos términos de comparación sólidamente establecidos. Impónese un juicio, que se debe formular sin temor de hacer «crítica» retrospectiva. Los dos Ferrando no son artistas de la misma valía y de la misma altura: Yáñez es superior á Llanos por la ciencia, la seguridad y el vigor. La repartición de sus obras respectivas debe ser, en cierto modo, una clasificación por orden de mérito. Tomando los cuadros tipos (de una parte, *Presentación de la Virgen en el templo;* de la otra, *Adoración de los Magos* ó *Resurrección de Cristo*), y comparando sucesivamente con ellos cada una de las otras tablas del retablo, se puede redactar la lista siguiente:

Ferrando Yáñez de la Almedina.	Ferrando de Llanos.
1. Encuentro de Joaquín y Ana en la Puerta de Oro.	1. Natividad de la Virgen.
2. Presentación de la Virgen en el Templo.	2. Adoración de los magos.
3. Visitación.	3. Huida á Egipto.
4. Adoración de los pastores.	4. Resurrección de Cristo.
5. Purificación de la Virgen.	5. Pentecostés.
	Ayuda de Ferrando de Llanos:
6. Muerte de la Virgen.	6. La Ascensión.

Presento esta lista con seguridad; coincide rigurosamente con la que Justi ha formado por su parte. Solamente aparecen invertidos los nombres de los pintores. Doy á Yáñez lo que el historiador alemán daba á Llanos, y recíprocamente. El mismo Justi hace saber que estuvo en Cuenca en 1871—lo que representaba entonces veinticuatro horas de diligencia desde Madrid; cerca de veinticinco años más adelante, después de la publicación de los documentos encontrados por D. Roque Chabás, se sirvió de sus notas, sin poder ayudarse con una foto-

grafía ni un croquis. Yo no me he permitido contradecir á mi ilustre antecesor sino después de tres estancias en Valencia y dos viajes á Cuenca. Doy pruebas: fotografías. Son capaces, á lo que creo, de hacer que el mismo Justi se una á conclusiones que están de acuerdo con las suyas, salvo en el lugar que corresponde á los dos nombres, al frente de las dos series de obras.

Cada uno de los grupos de cuadros que representa ahora á un pintor, deja adivinar un poco de lo que era el artista, de lo que vió, de lo que aprendió, de lo que creó. Los dos Ferrando sufrieron el ascendiente de Leonardo; pero los dos no siguieron las huellas del maestro con la misma docilidad. El estudio de los diversos cuadros confirma lo que indicaba la comparación de las dos *Adoraciones de los Magos*, la de Cuenca y la de Valencia.

Fuera de Leonardo, Llanos imita casi únicamente al Perugino; los apóstoles de la Pentecostés, arrodillados en rededor de la Virgen, que es una hermana bastarda de Monna Lisa, inclinan el cuello, alzan la cabeza y abren los ojos, como los simuladores de éxtasis que el pintor incrédulo hizo adorar á los devotos. Yáñez no dió semejante actitud sino al San Juan de la *Piedad* de Cuenca, sin forzar el encogimiento de la cara ni tender los músculos del cuello, como lo hace su colaborador, por ejemplo, al pintar el monstruoso San José de la *Huída á Egipto*. El maestro italiano á quien más se aproxima Yáñez es Fra Bartolomeo, el cual, á su vez, debió mucho á Leonardo. El castellano imita en más de una ocasión, con un dibujo más duro y más nervioso que el del original, las amplias vestiduras y los tipos del dominico de Florencia.

Llanos conservó la visión de las abruptas rocas y del caos azul, ante el que sonrió la esposa de Messer Giocondo. Con su flojedad propia, deja que los duros cristales se fundan en sorbetes de nieve. Yáñez, por su parte, mira en rededor de Valencia la *Huerta*, con sus rudos habitantes y sus casas con azoteas; mira la ciudad misma: aquel campanario rechoncho, en

forma de prisma octogonal, que se muestra á lo lejos en medio del cuadro de la *Adoración de los Magos*, es el de la catedral, para la que trabajaba el pintor, el legendario Miquelete. Llanos no tiene ojos ni para la ciudad ni para la verde llanura que circunda sus murallas; tan cerca de las palmeras, da á los dátiles, que San José.va á tomar para el Niño, y á los que han tomado los ángeles, el aspecto de un racimo de moscatel.

Desdeña el arte musulmán, cuyas brillantes fantasías alegraban aún á Valencia, por los paños á la antigua y los trajes á la florentina. Yáñez, por el contrario, borda los arabescos de caracteres cúficos, no solamente en los justillos de los reyes moros y de los guerreros romanos, sino en los tapices del templo y hasta en el lecho mortuorio de la Virgen. Estas telas hispano-moriscas, que evocan las turquerías de Carpaccio, dan á esa colección de cuadros de Valencia una riqueza veneciana.

Dos palabras resumirán el paralelo: Llanos permanece sujeto á la imitación; es alumno de una «Academia», como los discípulos de Leonardo en Lombardía; es en arte un italiano; Yáñez, tanto por lo pintoresco de su orientalismo, como por el vigor de su realismo, es verdaderamente un pintor español.

***

La historia de estos dos artistas se encuentra en su obra. Por ella conocemos el hecho esencial de su vida: el viaje de Italia. A principios del siglo XVI es un hecho que ambos estaban en Florencia; allí, y no en Milán, pudieron conocer la *Gioconda* y la *Santa Ana*; allí solamente pudieron encontrar reunidos al Perugino y á Fra Bartolomeo.

Ningún documento florentino nombra á los dos extranjeros. Tan sólo un contrato alude incidentalmente á uno de ellos, un «*Ferrando spagnuolo*», que fué uno de los ayudantes de Leonardo, en la época en que el maestro trabajaba en el cartón de la *Guerra de Pisa* para el Palacio Viejo. Esto era entre 1503 y 1505. En 1506 abandona la empresa. En 1507 los dos

Ferrando están en Valencia. ¿Cuál de los dos era el Ferrando de Florencia?

Vasari menciona un segundo pintor español, cuyo nombre no dice, y que fué el colaborador de Domenico Paconi, en Arezzo, en 1504 y 1505. Los cuadros de Arezzo, en los que ese español puede reivindicar una parte—una gran *Virgen de la Misericordia* en la catedral, una *Circuncisión* en San Agustín—son obras del gusto del siglo XV. Hay que notar, sin embargo, que, al decir de Vasari, el español de Arezzo «pintaba bien al óleo». El biógrafo hubiera podido decir otro tanto de los dos Ferrando.

Que sea ó no uno de ellos el pintor anónimo de Vasari, los dos tienen derecho á un puesto en la historia misma de la pintura florentina. El más mediocre de la pareja, Llanos, fué el discípulo más fiel que Leonardo formara en Florencia después de su regreso, en 1500 (1); Yáñez sufrió á la vez la influencia de dos maestros á lo menos, como un Ridolfo Ghirlandajo, y se eleva muy por encima del hijo de Domenico. Sería de un gran interés encontrar un cuadro pintado en Florencia por este manchego.

Nada conocemos de lo que quisiéramos saber sobre el viaje y la estancia de los dos Ferrando en Italia. Es probable que salieran de Valencia, como el Jacopo que fué á trabajar á Venecia. ¿Pero sabemos de dónde vino ese *Joanes Ispanus*, cuyo único cuadro conocido, la *Piedad*, del marqués de Adda, en Milán, podría pasar por una obra bizantina? El origen mismo

(1) *La adoración de los Magos*, del Museo de los Oficios, que Ferrando de Llanos copió, ha pasado hasta nuestros días por el cuadro encargado á Leonardo, en 1481, por los frailes de San Donato, en Scopeto. Eugenio Muntz, y después de él M. Streygowski, han tratado de demostrar que este cuadro fué ejecutado después de 1500, y que debía ser identificado con una segunda *Adoración de los Magos*, no concluída tampoco, que Vasari vió en Florencia en casa de un particular. La copia del cuadro de Leonardo, pintada en Valencia en 1507 por un artista que vivió en Florencia en 1505, aporta á las conclusiones de los dos críticos una confirmación inesperada ó decisiva.

del Spagna, que llegó á ser uno de los discípulos más fecundos del Perugino, nos es desconocido.

Ignoramos también cómo pudieron formarse los pintores del gran retablo de Valencia, y lo que sabían al llegar á Florencia. No distingo en ellos nada que recuerde al único pintor valenciano de fines del siglo XV cuyo nombre conozca y cuya obra haya podido reconstituir en parte: mestre Rodrigo (1).

Ignoramos, en fin, en qué circunstancias vinieron ó volvieron á Valencia los dos pintores españoles, en donde los encontramos en 1507. Sábese solamente, por una papeleta de contribución, que «los Ferrando pintores» se encontraban aún en Valencia en 1513.

Si la vida de los dos artistas nos es desconocida, debemos tratar de completar la lista de sus obras, buscando por España los cuadros que puedan relacionarse con el gran retablo de Valencia y los cuadros de Cuenca. Justi ha dado dos indicaciones. Voy á completarlas con algunas notas de catálogo. Los raros cuadros que pueden añadirse desde luego á la obra de los dos Ferrando son indiscutiblemente de Yáñez, como el *Cristo resucitado*, del Museo.

Sacristía de la catedral: Retablo de los Santos Cosme y Damián, procedente de una capilla de la iglesia. El gran cuadro, sobre el que los dos santos médicos estaban en pie uno al lado del otro, ha sido cortado por el medio. Las figuras, hoy separadas, son tan grandes como los personajes del retablo del

(1) El único cuadro *firmado* de este pintor es una *Crucifixión* que encontré en una capilla oscura de la iglesia de San Nicolás. Por comparación con esta obra, se le puede atribuir, sin temor á equivocarse, un retablo importante del que se conservan cuatro tablas en una capilla de la catedral de Valencia: la *Historia de San Narciso*. Otro retablo del mismo estilo y de colorido más agrio, que representa la *Leyenda de San Dionisio* con la gran imagen del santo vestido pontificalmente, ha sido trasladado á pedazos á la sacristía de la catedral, en donde será fácil reconstituirle. Este retablo no es obra de mestre Rodrigo, sino de su hijo, que ha puesto su firma, en valenciano (*lo fil do mestre Rodrigo*), en una *Adoración de los Magos*, conservada hoy en el Museo de South Kensington.

altar mayor: la *Piedad*. El cuerpo de Cristo y las actitudes de las santas mujeres ofrecen numerosas semejanzas con la *Piedad* de la capilla de los Albornoz. En el fondo, Valencia con su cinturón de murallas y el Miquelete.

Játiba, colegiata, á la derecha de la entrada, cuadro de altar: el *Juicio final*. La composición está imitada del cuadro de Fra Bartolommeo, sin acabar y estropeado, que ha sido hace poco trasladado del Hospicio de Santa María Nueva al Museo de los Oficios.

Murcia, catedral, capilla de San José, en la cabecera de la iglesia, detrás del deambulatorio: los *Desposorios de la Virgen*, fragmento de un retablo. Encima del cuadro hay un coronamiento cimbrado con un busto de Dios Padre, con vestiduras papales, que recuerda singularmente, en medio de su aureola de ángeles italianos, las imágenes del Padre Eterno pintadas por Gerard David. Una inscripción pintada en la parte inferior del marco rectangular da á conocer el nombre del donante y la fecha (1516):

Esta obra mando azer el racionero D. Juan de Molina
A. D. M D XIII III.

*
* *

Puede seguirse á Ferrando Yáñez en Cuenca hasta pasado el año 1531; á Ferrando de Llanos no se le vuelve á nombrar después de 1513. ¿Cuál fué la influencia de estos dos pintores que llevaron á Valencia el arte del Renacimiento italiano en los años de su apogeo? Seguir esta influencia sería escribir la historia de la pintura valenciana del siglo XVI. No intentaré hacerlo aquí. Pero las líneas directoras del estudio que reservo se dibujan bastante claramente á mis ojos para que las indique en dos rasgos.

En Juan de Juanes comienza hoy la historia de los pintores valencianos; pasa por haber revelado en España la pintura italiana del siglo XVI. El papel que se le atribuye debe entregarse ahora á los dos Ferrando.

Juan de Juanes tuvo por padre á un pintor, Vicente Maçip. Su obra capital era el retablo de la catedral de Segorbe, cuyas tablas ennegrecidas se hallan dispersas en los rincones más sombríos de la iglesia y de la sacristía. Reconócese en ellas á un discípulo vigoroso del mejor de los dos Ferrando: Yáñez de la Almedina (1).

Juan de Juanes no parece que siguiera ni á su padre ni á dicho maestro; su arte elegante y dulzón, que ha cesado de atraer la admiración de los críticos, participa del italianismo y de la Academia de Ferrando de Llanos. Sin la frialdad del colorido, algunos cuadros de Juan de Juanes, obras de juventud, como el grupo de Santa Ana con la Virgen y el Niño, que forma la parte central de un cuadro de altar de San Nicolás, de Valencia, ó el delicioso grupo de la Virgen con los Santos Inocentes y las santas mártires Dorotea é Inés, acompañadas de sus enamorados, San Teófilo y el venerable Agnesio, que figura en el Museo, pasarían por haber sido pintados por uno de los maestros del gran retablo de la catedral. Los rostros de las mujeres y los cuerpos de los niños, el amplio paisaje, recuerdan no á Rafael, sino á Leonardo. Lo que Juan de Juanes conoció de Italia no tuvo para qué ir á buscarlo fuera de su patria; lo encontró en la catedral de Valencia ó tal vez en el estudio de Ferrando de Llanos.

Después del padre de Juan de Juanes, ningún pintor en Valencia parece haber seguido las huellas de Ferrando Yáñez. Ciertamente, el maestro que pintó para la catedral la *Adoración de los Magos* y el *Encuentro en la Puerta de Oro* podía dar buenas lecciones. Mírense los pastores del altar mayor; bajo su ropaje, demasiado brillante de azul y rojo, son verdaderos hombres del pueblo. Tienen el rostro atezado, las manos nu-

(1) D. Elías Tormo y Monzó, que ha consagrado á Vicente Maçip un breve y excelente estudio, y que le presenta como un discípulo de los *dos* pintores del gran retablo de Valencia, le atribuye el cuadro de Murcia, que yo creo que se debe dejar á Ferrando Yáñez, de acuerdo con Justi.

dosas, los pies callosos. El tirador de espinos, cuyo rostro desaparece bajo un capuchón de paño burdo, no tiene nada de la antigüedad ni de Italia. En este estudio del natural la sinceridad viviente del dibujo hace olvidar la ciencia del escorzo. Las acompañantes de Santa Isabel, que cambian ojeadas con los pastores, no son florentinas, sino alegres muchachas españolas, mal vigiladas por una vieja desdentada. ¿Y qué figura de animal, en toda la pintura italiana del siglo XVI, puede compararse con el pobre cordero, atado por las patas, que dormita á los pies de Joaquín?

Todos estos modelos de realismo sano y popular se perdieron. Velázquez los ignoraba cuando pintó en su juventud sus cuadros de cocina y de taberna; Murillo, cuando tomó por modelos á los piojosillos de Sevilla. Ahora que reproducciones satisfactorias han dado á conocer mejor los cuadros del gran retablo de Valencia, ¿quién creería que media un siglo de idealismo frío y amanerado entre los campesinos arrodillados ante el Niño y los pastores que siguen á Joaquín, y los *bodegones* y los *Borrachos?*

Ferrando Yáñez de la Almedina, cuyo nombre era conocido de los artistas hasta fines del siglo XVIII como el de un discípulo de los maestros italianos, debe ser honrado como un precursor por los pintores del siglo XX, quienes en toda España han vuelto á las tradiciones más robustas de su arte nacional. Antes de los grandes maestros que aparecen á principios del siglo XVII, no hay artista más *español* que ese castellano de la alta Mancha que supo olvidar en ocasiones á Italia y Leonardo, para fraternizar con los humildes, bestias ó gentes de su tierra, y que creó, al volver de Florencia, la pintura «picaresca».

E. Bertaux

CRÓNICA LITERARIA

EN MEMORIA DE EMILIO FERRARI

Debo en estas crónicas un recuerdo á la honrada memoria del poeta Emilio Ferrari. Aparte de la importancia de su labor poética, que justificaría por sí sola el recuerdo, media la circunstancia de que con él acaba una época de la poesía española.

Poetas de lengua castellana hay muchos en la actualidad, acaso más que nunca, pero apartados de la tradición de nuestra poesía, así en el espíritu como en la forma. Los antecesores de estos poetas no son Herrera, ni los Argensolas, ni Fray Luis, ni Quevedo. Pueden serlo en cierta medida Becquer, Bartrina, Campoamor, y lo son mucho más los poetas franceses, desde la legión de los románticos, en que relampaguea el verbo colosal de Víctor Hugo, hasta los modernos simbolistas, parnasianos y decadentistas, que ya en el veloz andar del tiempo van dejando de ser modernos ó recientes.

Ferrari no era de éstos. Era poeta esencialmente castizo, continuador y pariente de Zorrilla y Núñez de Arce, de quien él se proclamaba discípulo y bajo cuyo patrocinio se había presentado al público de Madrid. Tenía, como ellos, en alto grado el arte de la rima, la majestad y sonora pompa del verso. Interpretó, como ellos, sentimientos generales que encuentran eco en muchas almas, y tuvo por lo mismo sus horas de popularidad, si bien no tan extensa y duradera como la de

aquellos vates, quizás porque la labor de Ferrari fué menos constante y copiosa, ó porque le alcanzó pronto el cambio del gusto, al menos del gusto que domina en los cenáculos literarios, porque es más dudoso y sería más difícil de averiguar si el del público ha mudado tan radicalmente como se cree. Sea como quiera, con el público en literatura ocurre entre nosotros lo que con la opinión pública en política: es débil, pasivo, escaso y distraído como ésta. Por eso el gusto de los cultos, de los literatos, de una minoría de personas más ó menos letradas, que son las que leen con alguna asiduidad, las que hablan pública y privadamente de literatura é imponen en esta esfera sus sentencias, no tiene el contrapeso del referendum popular. De ahí que esté abierta nuestra literatura á toda extravagancia y admita tan fácilmente monstruosas y pasajeras modas.

Ferrari era un poeta esencialmente castellano y tenía el sano equilibrio espiritual de Castilla. Hay en sus obras claridad, firmeza y orden. Se distingue como poeta por el dominio y riqueza del lenguaje, el acabamiento de la rima y la justeza de la expresión. Sus versos son viriles y majestuosos á poco que lo pida el asunto. Tienen gran fuerza descriptiva. No escatiman el entusiasmo. Era el antípoda de muchos poetas modernos.

Escribió bastante, aun prescindiendo de los copiosos ensayos de la juventud, pero su fama se cristalizó en torno de dos obras: el poema *Pedro Abelardo* y la composición titulada *Dos cetros y dos almas*. Ambas representan el apogeo de la inspiración poética de Ferrari y pertenecen á la misma época. En 1884 se verificó la lectura de ambas composiciones en el Ateneo, con éxito que hizo recordar la revelación de Zorrilla al pie de la tumba de Larra. Había en aquellos días más afición á la poesía. Por entonces se leyeron en el teatro Español los poemas de Núñez de Arce, y estos actos, ahora caídos en desuso ó acogidos con gran frialdad cuando se celebran, congregaban públicos y despertaban interés y entusiasmo. Ferrari conoció entonces los halagos de la celebridad, pero no tardó

mucho en quedar rodeado de un silencio que se parecía al olvido. Sin embargo, la Academia Española hizo justicia á sus merecimientos, y le llamó á sentarse entre los inmortales. Su discurso de ingreso (1905), que versa sobre «La poesía en la crisis literaria actual», está escrito con mucha elocuencia y valentía, suscita multitud de cuestiones filosóficas y literarias, abunda en observaciones certeras y en altos pensamientos y cierra denodadamente contra el anarquismo intelectual contemporáneo.

De las dos obras que dieron á Ferrari la consagración de poeta eminente, *Pedro Abelardo* es un poema inspirado en la historia del célebre doctor del siglo XII que edificó el sistema intermedio del conceptualismo en aquella gran disputa entre realistas y nominalistas que llena el más floreciente y vivo período de la Escolástica. Abelardo es una de las primeras figuras de la Edad Media. Su compleja personalidad de filósofo, de teólogo, de poeta, de músico, de hombre galán y enamorado, de fundador de casas de religión; sus alternativas de triunfo y persecución, el prestigio de su elocuencia, sus dramáticos amores con Eloísa, las admiraciones y los odios que le acompañaron en su vida, le rodean del aura de los seres excepcionales y hacen de él un magnífico asunto para un poeta.

Quizás el poema de Ferrari, con ser tan fogosa y rica su versificación, tan grandilocuente su tono y tan bellas algunas de sus imágenes, no está á la altura de tan extraordinario personaje. Esta obra poética deja la impresión de que es un fragmento, una parte de un poema mayor. Puede depender esto de cómo enfocó Ferrari el asunto, del momento de la vida de Abelardo que eligió para presentárnoslo. En vez de acometer directamente la representación de aquella maravillosa y novelesca existencia, y hacernos ver sucesivamente al doctor aclamado por multitudes de estudiantes en Santa Genoveva, al amante feliz de Eloísa, á la víctima de la siniestra venganza de Fulberto, al abad de San Guildas perseguido por el furor monacal, al fundador del Paracleto, al condenado en los Con-

cilios, y, por último, al solitario del monasterio de San Marcelo, elige la última parte de la vida de Abelardo, y se vale del medio indirecto de los soliloquios y recuerdos del héroe del poema, para traer á éste el dramático pasado de Abelardo. Este artificio tiene el inconveniente de todo lo reflejo, que resulta siempre más pálido y vago que las representaciones originales y directas. Entre asistir á una escena y oirla referir, aunque sea por los actores de ella, hay diferencia. En cambio esa disposición del poema permite reducir sus proporciones y dar á los sucesos más exiguo escorzo. El poeta nos presenta á Abelardo cuando, fugitivo del Concilio de Sens, va á apelar á Roma de la sentencia fulminada contra sus doctrinas. Empieza el poema con una invocación á los Alpes, bella y grandiosa, por la que corre un soplo épico de poesía geogónica é histórica.

El cuadro del despertar de la Naturaleza en Mayo, del brote primaveral de la vida contrastando con la desolación que reina en el espíritu de Abelardo, es una fuente de emoción poética, llena de gravedad trágica. La serena impasibilidad del mundo físico está bellamente expresada:

> Todos los gritos de dolor no harian
> un solo pliegue en el azul del cielo.

También la escena del Concilio, que revive en la memoria de Abelardo, haciéndole sentir de nuevo el dolor y la angustia del momento en que se ve obligado á quemar sus obras, tiene elevada inspiración.

El canto segundo presenta á Abelardo en el convento de Chalons. En el jardín del convento hay un banco solitario, adonde han ido á meditar, á llorar, á soñar, algunos de los hombres que allí viven retirados del mundo. Aquella piedra ha sido testigo indiferente de silenciosos dramas de tentación, de místicos arrobamientos, de torturas del alma. Allí va Abelardo á reconstruir en la memoria su vida pasada, y allí evoca, sentida y delicadamente, sus amores con Eloísa y la brutal ven-

ganza que les privó de esperanza humana. En los bellos tercetos de esta parte del poema hay pasajes en que la dicción es insuperable.

Algo decae el poema en el tercer canto, que pinta la muerte de Abelardo, su tránsito á una vida mejor. Con todo, el poeta ha acertado á reflejar el trágico y sagrado horror del más allá de la existencia, origen de las religiones, el pavor del alma al llegar al umbral de la región de sombras y misterio, de donde no se vuelve.

¿Qué escalones
El alma á obscuras con pavor tantea?
¿Qué círculos de bruma, qué regiones
De hondo misterio atónita pasea?

Es posible que no se muera así, que la fórmula fisiológica sea otra, aunque ha de entrar por mucho la disposición subjetiva. Tal vez la vida se disuelve en un entorpecimiento, en un sopor semejante al sueño, pero poéticamente la representación del tránsito de la vida al enigma de ultratumba tiene una gran fuerza emotiva, una majestad religiosa.

Se han censurado en Pedro Abelardo anacronismos é impropiedades. Escritores de muy diversas opiniones concurrieron en esta crítica, pero su dictamen no me convence por completo. Por muchas que fuesen las impropiedades en que incurrió Ferrari, siempre sería tan grande como ellas la de aplicar el rigor de la crítica histórica á una creación poética. La poesía no necesita atemperarse á los accidentes externos de la historia. Le basta un mínimum de verosimilitud. Al evocar á un personaje histórico, lo que pretende es la interpretación de un alma. No persigue un fin docente, sino un fin de belleza, un fin estético. En este supuesto, *Pedro Abelardo* no se sale de la verdad convencional de la poesía, que tolera muchos pequeños anacronismos y se contenta con interpretar ó adivinar la esencia de los caracteres históricos, en los cuales no siempre hacen presa los procedimientos inductivos de la historia.

De menor extensión que *Pedro Abelardo* es la composición *Dos cetros y dos almas*, pero no contribuyó menos al alto concepto poético de Ferrari. Si en aquel poema se mostró maestro del endecasílabo, en esta poesía justifica, manejando el castizo octosílabo, el metro nacional por excelencia, el título de versificador estupendo que dió á Ferrari en su *Historia de la literatura española en el siglo XIX* el P. Blanco García. Pocas veces ha llegado á tan alta potencia descriptiva el verso castellano como en las quintillas en que se describe la salida á misa, á Santa María, desde las casas de Juan de Vivero, de los recién casados príncipes Isabel y Fernando. Es la evocación de una escena histórica. Se está viendo, al leer esos versos, desfilar por las calles de la ciudad castellana la comitiva regia con todo su color de época. Produce este pasaje una impresión pictórica tan expresiva, tan plástica como un cuadro de Pradilla. Esta escena es lo principal de la composición, reducida á contar la entrevista preliminar de los regios novios cuando llegó D. Fernando, disfrazado, á Valladolid, á unirse con la princesa de Castilla, y la solemne presentación al pueblo de los futuros Reyes Católicos al cuarto día de realizado el enlace.

Toda la personalidad poética de Ferrari está en esas dos obras; pero esto no indica que el resto de su labor deba ser olvidado. Tan bellos como los endecasílabos de *Pedro Abelardo* son los tercetos *A un enemigo*, en que corren parejas el sobrio decoro de la expresión y el extraordinario brío de la dicción y el pensamiento. Son versos que flagelan ó abofetean.

> ¿No has de causarme vanidad? Contigo
> sé que hay un alma que mi nombre llena,
> que alguien espía cuanto pienso ó digo,
> pues vives de mi gozo ó de mi pena,
> y atado vas á mí por el despecho
> como á su amo el lebrel por la cadena.

En *La muerte de Hipatia* hay también pasajes de gran hermosura, en que Grecia, la patria del Arte y de la Belle-

za, cuna de bellos mitos, de maravillosos mármoles, de poemas que no envejecen, de héroes y de beldades modelo de la forma humana, es cantada con el mismo entusiasmo con que la cantó Núñez de Arce en *La última lamentación de Lord Byron.*

> En ti las espesuras, detrás de cada fronda,
> descubren un silvano, dormido en el marjal.
> Y en tus corrientes aguas es cada móvil onda
> el pecho de una ninfa que habita tu cristal.

Otras muchas composiciones de Ferrari podrían citarse también con elogio. Conoció los triunfos de la escena con *La Justicia del acaso*; fué excelente prosista, como lo demuestra su discurso académico antes citado, que revela notables facultades críticas; pero todo esto era secundario ante su personalidad de poeta.

Suele tratarse ahora con injusto desdén á estos poetas genuinamente españoles que han dado al verso lo que es del verso, y á las ideas generosas que han sido norte de la humanidad la ofrenda que puede tributarles la poesía. No se perdona ni á los más ilustres. Quintana, Núñez de Arce, son tratados de hueros y retóricos. Depende esto de muchas causas: de la decadencia del gusto poético, del individualismo creciente que va disolviendo las grandes ideas fuerzas, directoras de las multitudes, de la afición á la parodoja y á la extravagancia, que hace que cualquier parecer discordante tenga muy luego seguidores, ansiosos de distinguirse y demostrar que pertenecen á la cohorte de los iniciados en la nueva estética. A todo lo cual y á otras causas concurrentes se une la lenta decadencia del verso, que va haciendo menos importante la perfección externa de la rima. El caso es que para algunos no hay otra poesía posible que una poesía gris, nebulosa, de ensueño, en que sentimientos é ideas aparezcan vagamente esbozados; poesía desengañada y escéptica, que desprecie los grandes símbolos y se complazca en lo menudo, en lo frívolo, en la Ma-

rioneta, en Colombina, en Pierrot; poesía de un sentimentalismo enfermizo unas veces, otras de una *pose* de crueldad pretenciosa y refinada á estilo del Renacimiento, poesía anárquica, sin ideales conductores, entregada á la mudanza de los estados de alma. En lo exterior, esta poesía no es menos anárquica, confusa y contradictoria que en su contenido mental. Desprecia muy á menudo las reglas prosódicas, hace mangas y capirotes de la rima, desdeña la parte musical del verso, y parece empeñada en crear una prosodia y una métrica nuevas; pero como no están creadas, resultan sus ensayos duros é imperfectos.

Como no me anima ningún género de exclusivismo, reconozco que en esta nueva poesía hay con frecuencia delicadezas de expresión, sutiles análisis de almas y una originalidad fecunda en emociones nuevas. Mas esto no la autoriza para desdeñar á la poesía castiza, que ha venido floreciendo hasta ahora en el árbol secular del verso castellano. El que algunos ingenios contemporáneos no sientan entusiasmo por nada, no les autoriza á creer que el entusiasmo es una cosa hinchada y falsa. Deben pensar que la poesía no se escribe sólo para un grupo de intelectuales aficionados á los juegos del espíritu, y que el que limita á este círculo su ambición de ser leído no peca de muy ambicioso. Los poetas como Quintana, como Núñez de Arce, como Ferrari, que cantaron con voz de bardo y de vate grandes sentimientos colectivos de patria, de tradición histórica, de amor, de dudas religiosas, de luchas por la emancipación de pueblos y por la emancipación del pensamiento, tenían derecho al entusiasmo, porque hablaban de cosas que naturalmente lo suscitan entre los hombres mientras no llegan éstos á un estado de plena decadencia y disgregación social. Fueron la voz de las multitudes en lo que tiene de más noble la aspiración ideal de éstas, y ejercieron sobre sus contemporáneos una influencia que no se consigue ejercer cuando se escribe para una cofradía de literatos.

Creo que la historia literaria, cuando llegue la hora serena

de ver juicios, confirmará el aplauso popular que rodeó á estos poetas, á quienes hoy menosprecia el narcisismo literario reinante. La historia suele ser democrática y confirmar el sentir de las multitudes. En sus páginas rara vez queda desmentido el adagio: *Vox populi, vox Dei.*

E. Gómez de Baquero

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Costumbres: Cómo se envenena en América.=Psiquiatría: Psiquis enferma.=Literatura: El teatro de prosa en París en la última temporada.—Antología cómico-fúnebre.—La idea social en las artes y en las letras.=Antropología: El mundo de los ciegos, por un ciego.=Crítica: Momotombadas.—Carlos V en el Escorial.—Las noticias acusan.=Impresiones y notas: El diario telefónico.—Pensamientos de Schopenhauer.

COSTUMBRES

Cómo se envenena en América.—Así se titula un artículo de *La Revue*, firmado por L. de Norvins, tan conocido por sus estudios norteamericanos. La falsificación de productos alimenticios, tan corriente en Europa, ha invadido también los Estados Unidos, á pesar de su riqueza en primeras materias, tomando allí los vuelos gigantescos de todo lo yanquilandés.

Antes de 1903, América, y especialmente los Estados Unidos, eran para Europa el gran mercado de todos los artículos de *exportación*, es decir, de todas las mercancías averiadas y de todas las maulas. Los importadores realizaban grandes beneficios, y los yanquis pensaron con razón en explotar el negocio por sí mismos, dictando al efecto una ley que prohibía la entrada de todo producto alimenticio de procedencia dudosa. En teoría nada había que objetar; pero en la práctica, el resultado de la ley de 1903 fué dejar el campo libre al fraude americano, con exclusión del europeo. En Marzo de 1905 declaraba uno de los jefes del laboratorio central, el Dr. Bige-

low, que «la adulteración de los alimentos es más general que nunca», y un año después el mismo laboratorio confesaba que la gran república americana estaba á punto de convertirse en «una colosal manufactura de venenos».

La preocupación del comercio americano es producir barato para vender barato; y como esto no puede conseguirse sino utilizando los desechos de todo y falsificándolo todo, todo se utiliza y todo se falsifica. Allí no se pierde nada ni se tira nada. Si el primer negociante compra una gran partida de frutas ó de legumbres para obtener la mayor rebaja, y no puede deshacerse de ella al pormenor sin que pierda su frescura ó se pudra, envía el resto á la fábrica de conservas, donde todo se aprovecha á fuerza de combinaciones, trituraciones y antisepsias. Productor y vendedor parten siempre del axioma de que siempre hay alguien que no se fija en tales menudencias, y no se equivocan: frutas podridas, legumbres descompuestas, restos de animales de todas clases, todo se aprovecha y todo se vende. Basta que la mercancía esté bien presentada para la vista y el olfato, y lo demás no importa.

Así se hicieron y se siguen haciendo las grandes fortunas de los *packers* de Chicago; se necesitó el éxito de la novela de Uptoss Sinclair para turbar su tranquila explotación; pero aunque se les ha perseguido, han pasado casi ilesos á través de las mallas del Código, y las conservas famosas no han dejado nunca de venderse; y pasado el chubasco del escándalo, hasta se llega hoy á decir que las carnes contaminadas sólo existen en la imaginación de aquel novelista, que sólo se propuso hacer su fortuna y la de sus editores lanzando su *bluff*. Hoy las fábricas de Chicago admiten al público á todas horas para que presencie sus operaciones; pero la explotación continúa. Es verdad que ya no entran en las cajas de carne los despojos, pero tampoco se inutilizan. Otras casas los aprovechan, y no hace mucho quedó demostrado que los hígados de cerdo, invendibles por su putrefacción, fueron desecados, reducidos á polvo, y mezclados luego con achicorias y supuesta esencia de

café para hacer un moka ó un java en polvo que los obreros compran con preferencia por su baratura.

En Chicago se vendían hace poco gelatinas con nombres pomposos, que sólo contenían despojos de cerdo, glucósidas y detritus de vegetales, todo tratado químicamente y aceptado sin pestañear por la clientela. Y no son sólo carnes y legumbres infecciosas las que entran así en la alimentación. Las inmundicias acarreadas por las cloacas son sustraídas por recogedores que se dedican á ello para surtir á ciertas fábricas clandestinas, donde las transforman en conservas de diversas clases. Con la pulpa de la fruta podrida ó tirada, adicionada con almidón, glucosa y gelatina científica, se fabrican compotas y gelatinas que tienen el mejor aspecto y se venden sin tropiezo ninguno. Y nadie ignora en Nueva York, según Norvins, que los marineros toman un café fabricado con polvo de cuero de zapatos viejos, recogidos en la calle y entre las basuras por los *biffins*, que saben dónde se los compran.

Y si siquiera la química empleada en estas adulteraciones fuera inofensiva, la cosa podría tolerarse; pero los falsificadores no se paran en eso, y con tal de lograr su objeto, no vacilan en usar la anilina, el betol, el arsénico, el sulfato de cobre, los ácidos salicílico y sulfúrico y otros varios venenos de los más peligrosos; el consumo de ellos es tan grande, que muchas fábricas sólo trabajan para las de conservas y productos alimenticios. El resultado natural es el aumento de las intoxicaciones; no hay día en que no se citen casos de envenenamiento por la ingestión de substancias nocivas. El Dr. Bigelow ha comprobado más de cien casos de envenenamiento de personas que habían bebido cerveza con exceso de ácido salicílico; muchos obreros sucumben á los efectos de bebidas alcohólicas, sobre todo de wisky, fabricado con espíritus de madera mezclados con petróleo, mezcla que produce efectos de ceguera, y que no tarda en matar. El ponente general de la Sección de Higiene, Pablo Pierce, afirma que mueren anualmente en los Estados Unidos 350.000 niños, cuya vida ha sido

abreviada por el envenamiento de las substancias alimenticias.

Los falsificadores americanos llevan su audacia al extremo de decir que su clientela está tan acostumbrada á la absorción de venenos, que no les hacen daño, porque son como los de Mitrídates. Esta teoría se ha vulgarizado, y se necesita que la muerte sea súbita y escandalosa para que las autoridades se fijen en ello. Esta impunidad alienta á los falsificadores, y cada cual contribuye al aumento del daño. El fabricante emplea un grado de toxicidad calculado científicamente, pues no hay fábrica que no cuente con un perito químico para sus manipulaciones; después viene el almacenista, que por su parte agrega otro tóxico para la mejor vista ó para la conservación del producto; y luego los vendedores al por menor, que tampoco dejan de contribuir á la sofisticación con sus manejos. De modo que cuando el alimento llega al consumidor está saturado de veneno.

El cliente, en general, sabe á qué atenerse; pero toma las cosas con filosofía, y se contenta con decir que no hay carnes ni pescados ni frutas completamente puros en el comercio; come y bebe lo que compra, tal como lo compra, y se envenena diariamente sin protestar. No hay panadero americano que no emplee talco, alumbre, amoníaco y almidón en su pan, ni lecherías que no hagan gran consumo de bórax, ni confiteros que no usen anilinas, ni conservero que no consuma grandes cantidades de arsénico y sulfato de cobre, ni cervecero que no emplee ácido salicílico.

Europa ha iniciado á los americanos en la falsificación. Francia con sus vinos, y Alemania con sus salazones y embutidos, han sido las primeras culpables; pero la América anglosajona ha superado á todos en audacia, y allí es más difícil que en Europa el correctivo. El productor de alimentos adulterados tiene una influencia colosal; cuenta con muchos votos y con mucho dinero, y es temible en todas las elecciones; y de un poder así, en un país gobernado por las Cámaras, no se triunfa fácilmente.

PSIQUIATRÍA

PSIQUIS ENFERMA. — El genial novelista italiano Salvador Farina publica en la *Nuova Antologia* un curiosísimo estudio de observación directa de un caso de crisis neurasténica, y aunque supone que el auto-observador es un íntimo amigo suyo, Aristófanes Larva, harto se deja adivinar que el tal Aristófanes no existe, y que es el mismo Farina quien relata sus propias impresiones y recuerdos.

La crisis—la tragedia silenciosa, como la llama el autor—ocurrió de repente en Milán el 29 de Febrero de 1884, viernes de la gran semana carnavalesca milanesa. Aristófanes Larva emborronaba cuartillas para la imprenta, dirigía un par de periódicos, escribía en veinte diarios y revistas, traducía libros extranjeros y pagaba su tributo á las Musas en humilde prosa. Aquel viernes había ido á la imprenta á las doce en punto para corregir un artículo de crónica musical, y se encontró allí con un montón de impresos que corregir; y eran, como si estuvieran preparadas adrede, galeradas pobres de sintaxis, torpes de gramática, necesitadas de detenida corrección; Larva, que hacía poco había almorzado, se puso tranquilamente á la tarea, de pie ante un alto escritorio, y estuvo una hora tachando, abreviando, contorneando, arreglando aquellos párrafos, y distribuyendo puntos y comas, acentos é interrogaciones, y vistiendo los artículos para que pudieran presentarse al público con decencia. Al fin dió un largo suspiro, pareciéndole que todo había terminado. ¡Y tanto que había terminado! No lo sabía él bien.

Dejó la pluma, levantó la cabeza, y quiso decir al regente de la imprenta: «¿No hay nada más que hacer?» No encontrando de pronto las palabras, que veía, sin embargo, perfectamente, como si una mano invisible las hubiera escrito en un encerado, probó otra vez: «¿No hay nada más que hacer?»; pero de su boca sólo salió un sonido ronco. El regente, Bram-

billa, que todavía trabaja en el establecimiento de Ricordi, era un joven inteligente, y le miró asustado; Larva lanzó una sonrisa muy extraña, pensando en lo fuerte que puede llegar á ser la distracción, hasta hacer parecer privado de sentido al hombre más razonable, y todavía hizo un esfuerzo para preguntar: «¿No hay nada más que hacer?» Pero en vano. Entonces Larva se sintió invadido por las más negras ideas. «Esto es un ataque—pensó—ó, por lo menos, una amenaza; unos momentos más, y estaré loco.»

Brambilla, que le observaba, le preguntó si quería una silla. Larva dijo que sí con la cabeza, pensando que si aquello era un ataque, mejor sería que le cogiera sentado, y se sentó. Cruzó los brazos y esperó. Larva tenía conciencia del silencio que se produjo en torno suyo; los cajistas, reunidos en aquel salón, no respiraban; cada cual creía, sin duda, en una forma de locura súbita, la paranoia melancólica, inofensiva. Brambilla avisó por teléfono á la casa Ricordi, de la calle Omenoni, y pidió un coche y un médico, preparando entretanto café, sin saber que el enfermo lo rehusaría, como lo rehusó, porque, aunque le gustaba mucho, hacía años que lo había suprimido por consejo facultativo. Mientras el regente se afligía, sin explicarse que Larva se negara á tomar café, llegó el coche con uno de los Ricordi, pero sin médico, por la prisa. ¿Qué había pasado? Silencio y sonrisa. ¿Cómo se sentía ahora? Silencio y sonrisa. ¿Quería que le llevaran á casa? Una señal afirmativa con la cabeza y una sonrisa para todos. No había duda: era un caso de paranoia tranquila.

Durante el viaje, Larva y Ricordi permanecieron callados. Llegados á la casa de Larva, éste se despidió, estrechando la mano de Ricordi y mugiendo algo que quería ser expresión de gratitud, y penetró en el portal; allí encontró un montón de cartas é impresos; los cogió, atravesó el patio, subió al primer piso y entró en su casa desierta: su mujer había muerto hacía año y medio; sus hijos estaban en los colegios de Génova, Sestriponenti y Savona, y la criada había obtenido permiso para

pasar el Carnaval en Brescia; Larva estaba completamente solo. Entonces, juntando sus fuerzas, quiso gritar: «¡Yo hablo, quiero hablar!»; pero no lo consiguió; la voz se le quedaba en la garganta, y sólo salía un grito informe. Larva se dejó caer en una silla, llorando como un niño.

Las lágrimas le aliviaron, y algo más animado se miró en el espejo, y se vió como si estuviera de luto; se sonrió de sí mismo, y aquella sonrisa daba miedo; la mitad de la boca sonreía, y la otra mitad estaba severa. Volvió á la mesa, donde le esperaban multitud de impresos, y quiso escribir lo que la lengua no podía pronunciar; pero la pluma estaba en sus manos como en las de un niño, y no logró trazar ni una palabra ni una letra, sino sólo palotes y garabatos. Entonces se juzgó perdido. ¿Qué había pasado? No sufría, podía mantenerse recto y andaba sin tropiezo; veía bien; si se tocaba, se sentía; pensaba, y se daba cuenta de su pensar; olía, y su olfato era más fino que nunca. Se resignó y se metió en la cama, pensando en que el sueño le probaría bien. Quiso dormir y durmió.

Aquella crisis venía preparándose desde dos años antes; por exceso de trabajo mental, Larva se había reducido á tal extremo que, pareciendo á todos sano y fuerte, se juzgaba frágil como una caña; comía poco y digería mal; aun habiendo renunciado al pan, á las legumbres, á las féculas, al café y casi al vino, y ayudándose con amargos y con nuez vómica, comía poco y digería mal; por las calles le ocurría á veces tener que apoyarse en las paredes por miedo de caer, y al atravesar la galería de Víctor Manuel temía siempre resbalar sobre el mosaico; la vista estaba perturbada por las llamadas moscas volantes, y á veces una cortina negra descendía sobre sus ojos hasta la mitad, dejándole ver todo por abajo y nada por arriba. Todas estas anomalías eran otros tantos anuncios de la tragedia que se iba á desarrollar.

Larva se acordó de que á las seis de la tarde tenía que reunirse con varios amigos que le estarían esperando en casa del Toscano; eran las cinco dadas, y se dirigió á la Passerella,

atravesando las calles muy serio; pero al llegar á la casa pensó en la acogida que le harían; en que tendría que atravesar la sala sin poder responder nada hasta llegar á la escalera que conducía al cuarto donde le esperaban los amigos, y el miedo pudo más que su voluntad. Se arrinconó en el hueco de una puerta y esperó, sin saber qué; sin duda, el paso de alguno de sus amigos retrasado, que le acompañara. Por fortuna, pasado algún tiempo, la hija del Toscano se asomó á una ventana y lo vió, gritándole: «¿Qué hace usted ahí, señor... Aristófanes?» Larva sintió tal alegría que, olvidando su desventura y creyéndose curado, expuso lo que le había ocurrido con gestos y mugidos que á él le parecieron buenas palabras; la muchacha, oyéndole, anunció á los comensales que el esperado señor Larva estaba en la calle... borracho. No la creyeron; el Toscano y su mujer salieron á verle, y luego los amigos le acompañaron á casa, yendo de paso uno de ellos, Mateucci, á llamar al Dr. Demetrio. Larva se metió en la cama, y dos amigos se quedaron velándole. Larva, que era algo médico, se estudió á sí mismo, y dedujo que su caso era una *afasia simple*, pronosticándose que al día siguiente la lengua funcionaría como antes. Tranquilizado con esto, se durmió pensando en sacar partido de lo ocurrido para escribir una novelita que se titularía *La última batalla de fray Agustín*.

El Dr. Demetrio llegó con el alba, y moviendo la cabeza porque la enfermedad le pareció poco clara, recetó á buena cuenta un purgante de caballo, el calomelano, reposo, poca comida y nada de vino ni de café, dejando creer al enfermo que tenía tan sólo afasia con parálisis facial. Por la mañana la familia, avisada, llegó, y Larva hizo señas de que quería beber; pero ¿qué? ¿Agua? No. ¿Vino? No. ¿Cerveza? No. ¿Caldo? No. ¿Café? No. ¿Chocolate? No. ¿Leche? ¡Sí, sí! Todo por señas, pues decir *sí* ó *no* en voz alta era imposible. Y no le faltaba la voz; pero no obedecía al pensamiento.

Preocupado con su caso, Larva pidió una pluma y el manual de Medicina que tenía. ¡Ay! La pluma se revolvía entre

sus dedos como un juguete de ignorado uso. En el libro, en cambio, leía con los ojos y entendía cuanto leía; probó á leer en voz alta, y ¡oh milagro! pronunciaba frases enteras mientras la vista estaba fija en la palabra escrita; pero en cuanto se apartaba de ella no podía repetir ni una sílaba. No era, pues, afasia simple, sino acompañada de amnesia: era una amnesia verbal. Y gracias á los calomelanos, al vexicante en la nuca, á la dieta rigurosa y láctea, al reposo mental, á los baños fríos, las duchas y á la electricidad, la enfermedad, mejorando siempre, duró seis años corridos.

Mi mal—decía Larva á Farina—ha atacado á la tercera circunvolución parietal izquierda; era una crisis que ha estallado en una enfermedad demostrada, con su nombre griego y su adjetivo latino: amnesia verbal; andaré como un mudo, pero no tendré ya miedo de caerme ni aquella falta de conciencia que me hacía olvidarme de mi nombre; ahora no hablo, pero lo entiendo todo; mi mal, que andaba errante por varios lóbulos de mi cerebro, se ha fijado en uno y me lo ha destruído; tendré que hacerme otro ó haré que otro se preste á cumplir las funciones del destruído. De estas indagaciones y otras semejantes se aprovecharán muchos para decir: «¿Lo ven ustedes? Basta un poco de suero ó de sangre derramada en la tercera circunvolución parietal izquierda para destruir la vida de la palabra; algo más arriba hubiera producido la ceguera, algo más abajo la estupidez, algo más adelante la muerte; niños, esa es el alma». No, señores; yo os digo que no hay tal cosa. Yo tenía un instrumento roto, y nada más; perdí la palabra, pero vi su imagen; si Brambilla hubiera podido penetrar en mi pensamiento y hubiera escrito: «¿No hay nada más que hacer?» en un papel, poniéndomelo ante los ojos, yo lo hubiera dicho en voz alta.

Ahora bien: porque haya perdido la memoria de las palabras, ¿debe deducirse que el alma es una ilusión? Pues yo os diré un nuevo despropósito: que la memoria no es parte del alma; quizá sea un instrumento de la vida encarnada, un ar-

mario donde se conservan encasilladas las impresiones recibidas; unas se abandonan, y otras se clasifican y se retienen para utilizarlas; si la memoria fuese parte integrante del alma, no deberíamos olvidar nada, y cada uno de nosotros, al volver de nuevo al mundo, deberíamos tener presentes las vidas pasadas. Y como no recordamos nada, ¿quién sabe si es así porque la memoria es una facultad prestada?

Dejando á un lado estas consideraciones, cuyo valor es sin embargo inapreciable, he aquí que una mañana, tras un silencio de dos semanas, Larva intentó hablar, como siempre, y pudo decir en alta voz estas dos palabras: «¡Santo Dios!» Su alegría fué indescriptible; la familia acudió, y él pudo repetir todavía «¡Santo Dios!»; pero á la tercera vez le fué imposible: se le había concluído la cuerda. Desde aquel día el mudo fué poco á poco recuperando la palabra, aunque con muchísimo trabajo y lentitud y cometiendo multitud de equivocaciones. El año después envió á la imprenta una novela, que le costó mucho trabajo y que fué alabado por la crítica.

En aquella novela hay un personaje, el profesor Jorge, atacado de amnesia verbal y que recobra poco á poco el habla; pero descorazonado por la última sentencia de la escuela positiva, pide consuelo á un pobre sacerdote, su vecino. Este no sabe decirle nada, porque nada sabe; sólo conoce un poco de latín, Horacio y Catulo; pero le ha quedado impresa una cosa sublime leída en la *Imitación de Cristo*: «No me hablen los profetas, háblame tú, Señor Dios, porque sólo tú, sin ellos, puedes perfectamente enseñar, mientras ellos sin ti no enseñan nada». Y el pobre sacerdote concluía: «Me pide usted una palabra divina, y sólo sé una: la oración; rece como quiera, póngase á la ventana, mire el cielo estrellado, y rece, rece mucho». El profesor Jorge se cura, y está vivo todavía, y ha triunfado de su mal y de sí mismo; los ha vencido á los dos la amnesia cerebral y la ferocísima duda.

LITERATURA

El teatro de prosa en París en la última temporada.—La vida de París se resume en el teatro, según Mauricio Allon: un estreno ruidoso obliga á los parisienses á regresar á la capital, como el fin de la estación dramática los dispersa: sastres y modistas, joyeros y fotógrafos son exactos y generosos cuando se trata de una actriz; diarios y revistas cuentan la víspera, con particularidades inverosímiles, la comedia que ha de estrenarse al día siguiente, y hacen de las pequeñas actrices soberanas del arte, exponiendo, sin omitir nada, la historia de su vida. El divorcio de los Bargy ó el ingreso de Antoine en el Odeón meten más ruido que la ley de separación. Sólo en el teatro se ponen de acuerdo reaccionarios y radicales, y no es extraño ver en un ensayo general estrecharse las manos á Mun y Clemenceau.

Suele decirse que en París el teatro es sólo un pasatiempo para hacer la digestión, y de ahí ese diluvio de *vaudevilles* y comedias insignificantes que se conforman con agradar á la vista, sin contar los espectáculos sicalípticos de los teatrillos de Montmartre, en los que se busca un estremecimiento de voluptuosidad entre dos tragos de ajenjo. Pero no hay que olvidar que París tiene dos teatros nacionales de prosa, el Francés y el Odeón, en los que se rinde culto al género clásico, y que en los otros escenarios no dejan de aparecer con relativa frecuencia espectáculos interesantes; esto sin contar otros teatros irregulares, llamados de vanguardia, que tienen el mérito de no buscar sino el más desinteresado éxito ante un público especial de aficionados, si no de literatos.

La palma del éxito ha correspondido este año al Gimnasio con *Mlle. Josette, ma femme*, de Gavault y Charvay, obra fina é ingeniosa, de corte genuinamente francés, en la que el personaje de Josette es verdaderamente delicioso y tomado de la vida real. Tras esta obra viene *Le Voleur*, del teatro del Rena-

cimiento, en la que la señora Bargy, prima del autor Bernstein, ha creado un tipo inolvidable; el argumento en sí no tiene nada de particular y hasta es inverosímil; pero más inverosímil todavía es la magistral habilidad con que el autor tiene suspenso al auditorio durante tres actos. Un autor que á los treinta años ha producido obras como *Le Détour*, *La Rafale* y *Le Voleur*, llegará á la cima.

También el teatro del Vaudeville ha tenido su éxito con *Le Ruisseau*, de Pedro Wolff, que ha intentado con su obra la rehabilitación de la cortesana, asunto gastado, pero presentado con novedad: que un hombre de la mejor sociedad pueda encontrar una mujer excelente entre las trasnochadoras de un café de Montmartre, no es cosa imposible; pero Wolff ha sabido encantar, cuando no convencer á su auditorio con escenas ingeniosas y conmovedoras que destruyen todos los razonamientos corrientes. De ahí las discusiones que ha suscitado, planteando una vez más la cuestión de la finalidad del teatro, y de si debe ó no la escena ser amoral, limitándose á reflejar la realidad tal como es, virtuosa ó viciosa.

La comedia sentimental no ha carecido de público, como lo han probado en Variedades las representaciones de *Miguette et sa mère*, de Flers y Caillavet; es la historia de una provincianita lanzada en París al mundo del teatro, y que hace las delicias del auditorio en escenas movidas y graciosas, llenas de vivacidad y sentimiento.

La señora Rejane, entretanto, abría su nuevo teatro—un modelo de elegancia—con el estreno de *Savelli*, drama del segundo imperio, al final del cual, la Rejane compareció entre atronadores aplausos, diciendo á la Sala:—«Señoras y señores: La comedia que hemos tenido el honor y la alegría de representar ante vosotros es de Max Maurey; los trajes, de Landolff; el escenario, de Jambon y Bailly; y el deseo de complaceros, de Rejane.»

Si las obras citadas han sido, con *Los Bufones*, de Miguel Zamacois, las más aplaudidas, ¿quiere eso decir que son las úni-

casinteresantes de la temporada? Nada de eso. La Comedia francesa, por ejemplo, ha estrenado varias obras que, sin haber obtenido un número considerable de representaciones, no por eso dejan de ser estimadísimas por la crítica; la *Electra*, adaptación de Sófocles por Ponsat, ha tenido brillante acogida, y Pablo Adán ha llevado á la escena en *Les Mouttes*, al superhombre de Nietzsche, magistralmente trazado; entre los autores jóvenes, Enrique Bataille ha encontrado en *Poliche* una inspiración de la que hubiera quizá podido sacar mayor partido, presentando el tipo de un hombre apasionado y sentimental que, por complacer á una mujer, se hace burlón y grotesco; un día cae la máscara, y la amante se sorprende de hallar en Poliche el hombre apasionado con que soñaba. ¿Puede ser feliz esa pareja? Bataille entiende que no, pues Poliche sentimental ya no es Poliche: es un juguete que se ha roto, y nada más. Contrastando con esta obra está *La maison d'argile*, de Emilio Fabre; una mujer divorciada contrae nuevo matrimonio, teniendo dos hijos del primero; estos hijos se ponen frente al marido de su madre, y el drama se desarrolla en escenas á cual más interesantes.

El nuevo teatro Antoine, dirigido por Fermín Gemier, se ha convertido en el teatro de la sátira dramática y de la comedia social; allí se han debatido en la escena las cuestiones de la separación de la Iglesia y el Estado, y de la supresión de la deportación militar en *Biribi*, de Darien; *Timon*, de Fabre, y *Ames ennemies*, de Loyson, lo que no ha impedido estrenar una comedia alegre, *Chez les Zoaques*, ni presentar al público la obra de Tolstoi *Anna Karenine*, adaptada á la escena por Edmundo Guiraud.

Antoine, en el Odeón, completamente reformado y convertido en uno de los teatros más elegantes de París, ha inaugurado sus espectáculos artísticos con el *Julio César* de Shakspeare, cuyos ensayos han durado más de tres meses, y en cuya *mise en scène* se ha hecho el esfuerzo más considerable que se haya visto en el teatro, á fin de producir los efectos maravillo-

sos del acto del Foro, los cuadros del Senado, de la terraza de Antonio y de los jardines de Bruto; pero quien ha triunfado, sobre todo, ha sido el genio de Shakspeare. Después de *Julio César*, Antoine ha ofrecido al público *La faute de l'abbé Mouret*, de Zola, que no cuajó, á pesar de los esfuerzos hechos, y otra multitud de obras, entre las que descuella *L'otage*, de Trarieux; en las siestas de los jueves ha querido dar á conocer la historia del teatro francés, y la primera representación del *Vrai mystère de la Passion* fué una verdadera fiesta del arte.

La poesía está hoy casi desterrada del teatro, y es lástima, si se considera el éxito obtenido este año por la *Vierge d'Avila*, de Catulo Mendes, y por *Los Bufones*, de Zamacois. Sólo Sarah Bernhardt intenta devolver su puesto á la poesía en el teatro, y por eso no vaciló en aceptar la obra de Mendes, á pesar de la austeridad del asunto y de las dificultades de la representación. El mismo público que escuchó religiosamente el drama místico de Mendes aplaudió tres meses después las salidas de Jacasse y Narcisse, hechos bufones de corte por conquistar á Solange de Maupré; la obra de Zamacois, inspirada en uno de los cuadros de su padre, está recamada de versos ingeniosos y ligeros, que no son inferiores á los de la obra maestra de Rostand. La *Marjolaine*, de Richepin, y *Le cœur de Sylvie*, de Gabriel Nigond, merecen también ser citadas entre las comedias en verso de la temporada.

Más que en los grandes teatros, se rinde culto al arte en los escenarios improvisados, donde artistas ó aficionados de buena voluntad, aisladamente ó formando sociedades, trabajan por dar á conocer al público obras puramente artísticas y originales. Así se ha conocido en París una comedia absolutamente singular en el teatro de *La Obra*, dirigido por el ferviente ibseniano Lugué-Poe, marido de Susana Després; el autor es Carlos Van Lerberghe, y la comedia tiene por título *Pan*. El dios Pan, vuelto á la tierra, es recibido bastante bien por los pobres y los humildes, representados por el pastor Pedro, su mujer Ana y su hija Paniska; pero las autoridades del país lo

reciben mal, porque temen la competencia de un culto que celebra el placer y la soberanía de las cosas naturales; la elaboración del Concordato que el Estado y la Iglesia han de someter al dios Pan da lugar á escenas de comicidad irresistible. Como la obra es antirreligiosa, ha sido criticada con violencia; pero la sátira lo mismo se extiende á las autoridades civiles que al clero; tan cómicos resultan el cura y el sacristán como el síndico y el maestro. Además de otra comedia, *L'amie des sages*, de Mauricio Allou, el mismo teatro ha dado un espectáculo mixto compuesto de un trabajo inédito de Oscar Wilde, *La Tragedia florentina*, historia apasionada de un marido celoso, que después de fingirse indiferente mata al amante de su mujer; de un drama en dos actos de Lemonnier y Soulaine, *Le droit au bonheur*, y de una elegía de Batenchon. Por su parte, el Círculo de los escolares y el Nuevo Teatro de Arte rivalizan con la La Obra en el empeño de representar obras originales, como *La tentation de l'abbé Jean*, de Luis Payen, y sus esfuerzos no dejan de obtener lisonjeros resultados, siquiera en ocasiones el afán de originalidad les conduzca á incurrir en no pocos errores.

*
* *

Antología cómico-fúnebre.—Enrique Potez ha recogido una colección de epitafios, con los que ha elaborado un curioso artículo para *La Revue* de París con el título de «Las alegrías del epitafio».

Dejando aparte, por sobrado conocidos, los epitafios de los hombres célebres, se encuentran en los cementerios y en las paredes ó en las lápidas de las iglesias, y se hallan registrados en los libros y en los manuscritos, muchos epitafios dignos de recordación por su redacción graciosa. He aquí el de un anticuario, en una vidriera de San Medardo, de Dijon:

Ci-gist Jean le Menestrier.
L'an de ses jours soixante-dix

Il mit le pied dans l'étrier
Pour s'en aller en Paradis (1).

En el cementerio de San Nicolás, de Arras, se leía esta otra:

Ci-gist Hakin et son varlet,
Toudis armé et toudis prêt,
Avec son épée et sa loche
Et casqués jusques à caboche.
L'an mil cinq cents et un quartron,
Par un bien méchant Bourguignon,
Y tappit, y fut tappé
Y tuait, y fut tué.
Requiescant in pacé (2).

En la iglesia de Amiens se halla esta inscripción, referente á una solterona de setenta y nueve años:

Ci-gist Marion Fourré,
Qui garda sa virginité
Tant l'hyver que l'esté.
Requiescat in pacé (3).

---

(1) Aquí yace Juan el menestral.
El año setenta de sus dias
Puso el pie en el estribo
Para irse al Paraíso.

(2) Aquí yace Hakin y su escudero,
Siempre armado y siempre dispuesto
Con su espada y su espuela
Y con casco hasta el cogote.
El año mil quinientos y cuarterón,
Por un bribón de Borgoñón,
Pegó, le pegaron;
Mató y le mataron.
Descanse en paz.

(3) Aquí yace Mariquita Fourré,
Que guardó su virginidad
Lo mismo en el invierno que en el verano.
Que en paz descanse.

Sobre el sepulcro de otro picardo se encuentra este singular elogio al instrumento que en otros tiempos servía para llevar la paz al matrimonio:

Ichy gist Robbin Luiriel,
Qui en son temps battit sa femme.
Il estoit d'un bon naturel.
Prier à Dieu qu'il en ait l'âme (1).

Los hay que emplean tono de verso heroico, como el siguiente:

Vaugourd voyant sa domestique bande,
Voyant sa fille Augustine jà grande,
S'attendoit bien, de bref, un gendre avoir,
Et enfants d'elle agréables à voir,
Qui lui rendroient sa vieillesse contente.
Or a perdu sa fille et son attente,
Car lui a prins la mort par un trépas
Ce qu'il avoit et ce qu'il n'avoit pas (2).

A veces llegan hasta lo enigmático, como el epitafio de Tournay:

Ci-gist le père,
Ci-gist la mère,

---

(1) Aquí yace Robbin Luiriel,
Que en su tiempo pegaba á su mujer.
Tenía muy buen genio.
Rogad á Dios por que tenga su alma.

(2) Viendo Vaugourd su banda doméstica,
Viendo á su hija Agustina ya grande,
Esperaba pronto tener un yerno
E hijos de ella agradables de ver,
Que su vejez alegrarían.
Pero ha perdido su hija y lo que esperaba de ella,
Pues la muerte le ha cogido
Lo que tenía y lo que no tenía.

Ci-gist la femme et mari,
Et n'y a que deux corps icy (1).

Y era que se trataba de un matrimonio que se separó, haciéndose el marido fraile franciscano y la mujer monja clarisa.

En los epitafios falsos es, sin embargo, donde mejor se desarrolla el espíritu satírico, y en ellos se puede recorrer la serie entera de los pecados capitales: así se encuentra criticada la soberbia en el siguiente, dedicado al obispo de Noyon, el académico Clermont Tonnerre:

Ci-git et repose humblement,
De quoi tout le monde s'étonne,
Dans un si petit monument,
L'illustre Tonnerre en personne.
On dit qu'entrant en Paradis
Il fut reçu, vaille que vaille,
Mais qu'il en sortit par mépris
N'y trouvant que de la canaille (2).

Entre los dedicados á los avariciosos, es graciosísimo el siguiente:

Ci-git qui tout aimait à prendre
Et qui l'avait si bien appris

---

(1) Aquí yace el padre,
Aquí yace la madre,
Aquí yacen mujer y marido,
Y sólo hay aquí dos cuerpos.

(2) Aquí yace y reposa humildemente
(Cosa de que se admira todo el mundo)
En tan pequeño monumento
El ilustre Tonnerre en persona.
Se dice que al entrar en el cielo
Fué recibido, valga lo que valiere;
Pero que salió por desprecio
Por no ver allí más que canalla.

Qu'il aima mieux mourir que rendre
Un lavement qu'il avait pris (1).

Los dedicados á la envidia son raros, mereciendo citarse el que sigue:

Ci-git l'envieux du Tuy
Qu'engrassait le mal d'autrui (2).

La lujuria da buen contingente; pero no son de los más graciosos, contra lo que podía esperarse. He aquí uno:

Janon, qui est ici mourante,
De mari n'eut, étant vivante;
Et toutefois la bonne dame
De bien des maris était femme (3).

Otro dice:

Ci-git une dévote, et qui fut des plus franches,
Qui sous de modestes atours,
Allait à vêpres les dimanches.
Que faisait-elle, ami, les autres jours?
C'est une autre paire de manches (4).

---

(1) Aquí yace quien gustaba de tomar todo,
Y que lo había aprendido tan bien
Que prefirió morirse á devolver
Una lavativa que había tomado.

(2) Aquí yace el envidioso del Tuy,
Que engordaba con el mal ajeno.

(3) Juanita, que aquí está muerta,
No tuvo marido cuando vivió;
Y, sin embargo, la buena señora
Era mujer de muchos maridos.

(4) Aquí yace una devota, y que fué de las más fraucas,
Que, modestamente ataviada,
Iba á vísperas los domingos.
¿Qué hacía los demás días?
Eso es harina de otro costal.

También la gula cuenta con su serie, siendo, naturalmente, la embriaguez la más criticada:

L'homme qui git en ce lieu
Fut un buveur sans exemple
Qui ne crut jamais qu'au Dieu
Dont la taverne est le temple.
Un batelier ignorant
Le fit choir dans le courant
De la prochaine rivière.
L'heure de sa triste fin,
Cher passant, fut la première
Qui mit de l'eau dans son vin (1).

En otro hacen decir á la lápida funeraria:

Le bon chrétien qui m'a fait faire
Buvant sur moi, faisait grand'chère.
Las! Il est mort, il n'y boit plus:
Ci-git dessous qui but dessus (2).

La ira apenas figura en los epitafios; se encuentran algunos, sin embargo, que no carecen de intención, como los dos siguientes:

Ci-git d'une infâme mégère
Le corps que les ans ont usé.

(1) El hombre que yace en este sitio
Fué un bebedor sin rival,
Que nunca creyó en más Dios
que en el que tiene por templo la taberna.
Un barquero ignorante
Le hizo caer en la corriente
Del río vecino.
La hora de su triste fin,
Querido transeunte, fué la primera
Que echó agua en su vino.

(2) El buen cristiano que me mandó hacer
Se atracaba bien al beber sobre mí.
¡Ay! Ha muerto y ya no bebe:
Debajo yace quien bebió encima.

Que la terre lui soit légère
Bien qu'elle nous ait tant pesé! (1).

Ci-git qui toujours se fâcha,
En santé comme en maladie;
Qui la soixantaine approcha
Sans avoir souri de la vie;
Et qu'on vit terminer son sort
En se fâchant contre la mort (2).

La pereza, sin contar la famosa de Lafontaine, ha inspirado no pocas inscripciones, entre las que puede citarse ésta:

Jean sous cette bière close
Repose;
Si l'on peut bien, sans faillir, dire «il repose»
D'un qui ne fit jamais rien (3).

Todos los estados y profesiones tienen también su colección de epitafios. Los que encontramos más oportunos y graciosos son los siguientes: el dedicado á un cardenal, que dice así:

Rome rougit d'avoir rougi
Le cardinal qui git ici (4).

---

(1) Yace aquí de infame harpía
El cuerpo gastado por los años.
¡Que la tierra le sea ligera
Aunque tanto nos ha pesado!

(2) Aquí yace quien siempre estuvo enfadado
Lo mismo sano que enfermo;
Quien llegó á los sesenta
Sin haber sonreído de la vida,
Y que vió terminar su suerte
Enfadándose con la muerte.

(3) Juan, bajo esta tumba cerrada
Descansa,
Si se puede decir que descansa
Un hombre que nunca hizo nada.

(4) Roma enrojece de haber enrojecido (se avergüenza de haber dado
Al cardenal que yace aquí. [el capelo)

El de un magistrado prevaricador:

Ci-git Cléon, ce président avare
Qui vendit la justice à chaque citoyen,
Croyant qu'une chose si rare
Ne dût pas se donner pour rien (1).

El de un cómico:

Dans ce chantier, en tapinois,
Repose le plus grand acteur
Qui fût au Théatre-François,
Enterré sans cierge ni croix
Par le cheval d'un crocheteur.
En son vivant fut dictateur,
Empereur, soudan, roi, sophi,
Prince chrétien ou mécréant.
Or, admirez le néant
Des grandeurs de ce monde-ci! (2).

Los casados han dado siempre amplia materia á la sátira: los epitafios dedicados á las desventuras conyugales son numerosos. Uno dice:

Passant, la rigueur des destins
A renfermé sous cette borne

---

(1) Aquí yace Cleón, ese presidente avaro
Que vendió la justicia á cada ciudadano,
Creyendo que una cosa tan rara
No debería darse por nada.

(2) En este montón, de tapadillo,
Reposa el mayor actor
Que haya tenido el Teatro Francés,
Enterrado sin cirio ni cruz
Por el caballo de un trapero.
En vida fué dictador,
Emperador, soldán, rey, sofí,
Príncipe cristiano ó moro.
Ahora bien: ¡admirad la nada
De las grandezas de este mundo!

Un tendre époux avec sa femme
Et celle de tous ses voisins (1).

Otro dice con más inventiva y gracejo:

Ci-gît Boudon. Voici l'histoire de sa vie:
Le bonhomme était né coiffé.
A soixante ans il prit femme jolie
Et mourut comme il était né (2).

Para terminar, citemos el epitafio siguiente, con su miga de filosofía trascendental:

Ci-gît Hugon, chargé d'années,
Qui mourut sans être éclairci
A quelle fin la destinée
L'avait mis dan ce monde-ci (3).

Es una pequeña antología funeraria que puede servir de base para una colección en la que se recogieran y clasificaran los epitafios más notables, en prosa y verso, que existen en nuestros cementerios ó que figuran en las colecciones de nuestros autores clásicos y contemporáneos.

*
* *

La idea social en las artes y en las letras. — Organizada la India por el sistema de castas, ninguna idea social po-

(1) Pasajero: el rigor de los destinos
Ha reunido bajo esta piedra
A un tierno esposo con su mujer
Y la de todos sus vecinos.

(2) Aquí yace Boudón. He aquí su historia:
El buen hombre nació cubierto.
A los sesenta tomó mujer bonita,
Y murió como había nacido.

(3) Aquí yace Hugón, cargado de años,
Que murió sin llegar á saber
Para qué fin el destino
Le había puesto en este mundo.

día transpirar en los poemas ni en el arte índicos. Algo semejante ocurre en Egipto; pero allí al menos se tiene el juicio de los muertos, en el que brilla algún resplandor de la igualdad del derecho. El primer grito de protesta contra el derecho del más fuerte, la primera execración contra los horrores de la guerra y de la tiranía brota de los labios de los profetas hebreos, de la prosa inspirada de Isaías, de Ezequiel, de Miqueas. De otro lado aparece en el Indostán Buda y su doctrina, que es eminentemente social: proclama la igualdad de los hombres ante la ciencia y ante Dios. Contemporáneo de Buda, surge en la China Confucio, que da gran valor á la razón, pero que, predicando la obediencia al príncipe, deja sin alcance práctico la preponderancia teórica de la razón. Uno de sus discípulos, Mencio, es el que se atreve á desenvolver ciertas ideas en diálogos con varios reyes. Uno de ellos le pregunta:—¿Es verdad que el parque del rey Ven-Uang tenía setenta leguas? — Cierto—responde Mencio,—y al pueblo le parecía pequeño.—Pues el mío sólo tiene cuarenta, y al pueblo le parece muy grande; ¿por qué esta diferencia?—Porque en el parque de Ven-Uang entraba el que quería á coger hierba, cortar leña y cazar liebres y faisanes: ¿cómo no le había de parecer pequeño? En el vuestro, el que mate un ciervo pierde la vida como si hubiera matado á un hombre: ¿cómo no le ha de parecer muy grande? —Estas salidas de Mencio son excepcionales, porque los literatos chinos escriben como saludan, bajando nueve veces la cabeza hasta la tierra ante el rey. Las únicas obras sociales en que se emplearon fueron las de la red de canales y la gran muralla.

En Persia se observa notable progreso; la lucha de Ormuz con Ahriman, del principio del bien con el del mal, hace del mundo un campo de combate, de la vida una batalla y del hombre un luchador. En Grecia, la religión y los mitos son derivaciones y trasuntos de los símbolos orientales, y su literatura es literatura civil, que canta las glorias y bellezas de la patria. Roma presenta bien las tres corrientes de la vida so-

cial: la lucha por la libertad, la lucha por la igualdad de derecho y la lucha por la igualdad de hecho; las vetustas distinciones entre patricios y plebeyos acaban por borrarse y unificarse en la alta figura jurídica del ciudadano romano; de allí sale el primer Código civil del mundo, el de las Doce Tablas, porque los de Manú, Moisés, Confucio, Zoroastro y hasta las leyes de Licurgo y Solon son Códigos religiosos y morales con un barniz de legislación social. La literatura y el arte reflejan en Roma la preocupación por la idea social, y Lucrecio hace de la poesía la maestra de la civilización, y Virgilio consagra versos admirables á la agricultura, y Juvenal y Marcial satirizan las costumbres, y Tito Livio glorifica la libertad, y Tácito fustiga á los tiranos.

Pero en el mundo había surgido nueva luz que con gran claridad enseñaba al hombre sus derechos y sus deberes: la luz del Evangelio. Jesucristo se vuelve hacia los débiles, los pobres, los niños y las mujeres, y los defiende, inculcando á los ricos el deber de socorrer á los necesitados, y haciéndolos hermanos é iguales á todos, é inspirándoles el principio sublime del mutuo amor y del respeto mutuo. Por desgracia, al organizarse el Cristianismo, la decadente sociedad pagana infiltró sus costumbres en la nueva sociedad, y se pudo pensar que la invasión de los bárbaros era castigo de Dios. Algunas voces valientes de obispos y sacerdotes se levantan en medio de aquella muelle sociedad, y representan algo así como el antiguo tribunado de la plebe. San Basilio, perseguido por el legado imperial y amenazado con violencia, respondió:—¿Qué tengo que temer? ¿Pérdidas de riquezas? Todo lo he dado, y sólo tengo mi vestido y algunos libros. ¿La muerte? No estimo que la vida sea eterna. ¿El destierro? La patria está donde se adora á Dios.—Nadie me ha hecho frente como tú—le dijo el legado.—Porque no te has encontrado todavía con un obispo.—Y San Hilario, y el Nacianceno, y San Ambrosio, y San Agustín reclaman indulgencia de los príncipes para los oprimidos, y truenan contra los vicios de la corte, llegando los obispos

de Milán y de Hipona á sostener que no se debe obediencia al rey que falta á la justicia y detenta los derechos del pueblo.

Caído con Rómulo Augústulo el imperio de Occidente, Roma ejerció todavía su influjo cosmopolita como asiento del Papado. Pero la corrupción había echado tan hondas raíces, que es una maravilla que el Evangelio haya podido triunfar de las simonías, los cismas, las herejías y los escándalos de la Corte pontificia, de los obispos y los monjes. En medio de la creciente marea de fango y de sangre de la Edad Media, el pueblo logra abrirse paso, se emancipa de los barones, se enriquece con el comercio, se ilustra con las Cruzadas, se organiza en los gremios, se rehace en los municipios y plantea de nuevo la cuestión social, adormecida en el ambiente del feudalismo. Dante es el gran estadista de los Comunes, y la *Divina Comedia*, síntesis de su tiempo, es la protesta contra la temida é invasora teocracia y contra el despotismo monárquico.

Esta guerra á la corrupción y á la tiranía la prosiguen Bocaccio y Petrarca en la literatura, y los Orgaña, Guariento, Nicolás Pisano, Tribolo, Baldini, Fra Angélico, Botticelli, Signorelli, Pedro de San Vito y el gran Miguel Angel en la pintura, especialmente en las representaciones del Juicio final y en las visiones dantescas de los grandes frescos de la época. El Renacimiento brilla con todo su esplendor, y se forman los nuevos Estados con tendencias laicas, con ansia de libertad. Y antes de que la revolución religiosa estallase en Alemania, el viejo mundo había sido demolido por los novelistas, los poetas y los pensadores, por la sonrisa del *Morgante* y del *Furioso*, de los humanistas, de Margarita de Navarra y, sobre todo, del Arcipreste de Hita y de Rabelais.

Los *fabliaux* precedieron al gran guasón. He aquí el titulado *El villano que conquistó el Paraíso por pleito*: era un villano á quien San Pedro cerró las puertas del Paraíso, diciéndole: — Aquí no hay sitio para los villanos. — Pues ¿cómo estás tú ahí, si eres el más villano de todos? — San Pedro pide

auxilio á Santo Tomás, que grita al villano desde lejos: — ¡Vete de ahí, villano falso!—Pero ¿por qué hablas así—le dice el villano — tú, que no quisiste creer á Dios hasta que no tocaste sus llagas? — Acude San Pablo, gritando al villano que se vaya, y el villano le contesta: — ¿No fuiste tú el que hiciste lapidar á San Esteban y matar á tantos otros cristianos?—Los tres santos, confusos, acuden á Dios y acusan al villano; Dios hace comparecer á éste ante su Tribunal, y el villano dice: —Señor, yo nunca he renegado de vos, ni he rehusado creer en vuestro cuerpo, ni he matado á nadie, y los que han hecho eso están en el Paraíso; yo he dado mi pan á los pobres, les he hospedado día y noche, les he calentado á mi hogar, les he curado en sus enfermedades y les he dado sepultura después de muertos: ¿no merezco el Paraíso? — Dios le dió la razón, y el villano fué admitido en el Paraíso.

El famoso romance de *El Zorro* está compuesto sobre ese motivo, y la ironía se continúa en el de *La Rosa* y en otros muchos. Alano Chartier aumenta la corriente social con su *Querella del pobre común y de los pobres labradores de Francia;* Villon se burla de la soldadesca, y Rabelais es la síntesis de todo aquel movimiento de protesta contra la teocracia, el feudalismo y el militarismo. Espíritu fino y clarividente, no quiere morir quemado, y se sirve de su risa de borracho, del mito y del símbolo para criticar sin peligro; ataca á los sorbonistas escolásticos, embiste contra el origen divino de los reyes, contra la intolerancia religiosa, contra todos los errores y vicios de la época, siempre riendo y bromeando.

La literatura alemana de la Reforma ejerce una alta misión social, y Cervantes, declarando guerra á la guerra y poniendo en ridículo la caballería andante en *Don Quijote*, refleja con viveza el alma del pueblo. La revolución inglesa, que acaba con el suplicio de un rey, es á la vez revolución religiosa, política y social. Milton fué su defensor, su panegirista y su víctima. El nuevo espíritu atravesó la Mancha, y encontró terreno abonado en Francia para prosperar, aunque pasó

bastante tiempo hasta que Montesquieu y Rousseau produjeron su *Espíritu de las leyes* y su *Contrato social*; Voltaire y los enciclopedistas completaron aquella siembra de ideas, que no tardó en producir la Revolución francesa.

A fines del siglo XVIII, dice Carlos del Balzo en la *Nuova Antologia*, tenemos dos notas especiales en la vida moral y civil europea: en los libros de amena literatura, y especialmente en los libros de ciencia, se levanta la voz contra el ignorantismo, y esta protesta reviste la forma de asalto contra los ministros del culto en primer término, y luego contra el deísmo. El alma, el pensamiento, el modo de razonar de Telesio, de Cervantes, de Bacon, de Maquiavelo, de Milton y de tantos otros rompen todos los diques, y por eso los Federicos, las Catalinas, los Josés y los Carlos, para consolidar sus tronos vacilantes, se ven obligados á mostrarse amigos de las reformas (1).

La emancipación humana camina; el abate Morelly acomoda el trabajo á la fuerza del trabajador y distribuye las riquezas con arreglo á las necesidades; el abate Mably establece que la igualdad en los bienes de fortuna y en las condiciones de vida es el fundamento de la prosperidad de los Estados; Babœuf aspira á que todas las tierras y todos los bienes se repartan entre los pobres. Brissot de Warville sostiene que la posesión de lo superfluo es un hurto; y detrás de todo esto se proclama la *Declaración de los derechos del hombre*, y tras los fastos de la República y de la epopeya napoleónica, se abre una nueva vía en la que las letras, las ciencias y las artes pierden su carácter nacional para fundirse en el crisol de la utilidad general. Así se ve en la poesía social, política y filosófica de

(1) ¿Y por qué obligados? ¿Es que la fuerza de la razón no es bastante por sí misma para triunfar en todo espíritu bien equilibrado? ¿Es que el ambiente no estaba entonces saturado para que pudieran germinar las nuevas ideas, sin necesidad de atribuir á motivos egoístas su aceptación entusiasta por parte de los que aspiraban á ser y eran los espíritus ilustrados de la época, aunque fueran reyes?

Víctor Hugo, en la elocuencia demoledora de Mazzini, en la labor de Eugenio Sue y de Balzac, y sobre todo en las novelas de Zola y de Tolstoi.

ANTROPOLOGÍA

El mundo de los ciegos, por un ciego.—Un ciego, Carlos Grimont, publica en *La Revue hebdomadaire* con el título que precede un curioso artículo en el que pretende disipar los principales prejuicios existentes respecto á la ceguera, mostrando la vida de los ciegos tal como es.

La ceguera parece la enfermedad más terrible que pueda afligir al hombre, por ser una especie de semimuerte; pero en cambio ninguna hay que conmueva tanto como ella; se la reviste de cierta poesía, y nò sólo se compadece al ciego, sino que se le quiere, cosa natural porque los ciegos forman un mundo aparte en el que los clarividentes apenas penetran, imaginándolo lleno de tristezas y dolores.

Los llamados ciegos no están en general completamente privados de vista. No pasan de una tercera parte los que se hallan en ese caso de completa ceguera, viviendo sumergidos en perpetua noche. Los demás tienen algunas impresiones visuales, percibiendo por ejemplo la claridad del día y hasta la de una lámpara; los más favorecidos son los que en la calle perciben como sombras á los transeuntes. Los que pueden dirigirse fácilmente y distinguir la forma y el color se llaman semi-videntes, y son ciegos á medias; éstos son los guías de los demás en las escuelas de ciegos.

Otra distinción no menos importante es la de los ciegos de nacimiento y los de accidente. ¿Cuáles son más desgraciados? Generalmente se cree más desgraciado al que ha perdido la vista después de ver, por creerse que lo que nunca se ha tenido no hay que echarlo de menos. Pero Grimont opina lo contrario; él, que perdió la vista á los treinta y seis años, ha po-

dido hacer muchos estudios comparativos, sobre todo con un ciego de nacimiento de treinta años muy amigo suyo. Al principio le chocaba que éste empleara corrientemente palabras y giros usuales que no podían tener sentido para él; así, en lugar de decir «iré á casa de usted», ó «iré á visitarle», decía «iré á ver á usted»; hablando de un libro de ciego decía con la mayor naturalidad: «vea usted qué mal escrito está este libro», ó «aquí hay una página en blanco». Esta tendencia al uso del lenguaje usual de los videntes es natural por el influjo de la costumbre y porque, después de todo, el lenguaje es siempre una convención, y no es cosa de inventar términos especiales que serían otra barrera y otro obstáculo más para la comunicación. A fuerza de oir las cosas, hablan de lo que no pueden comprender; así un ciego de nacimiento aconsejaba á un amigo que pintase de verde los bancos de su jardín, «porque el verde es un color alegre». Pues bien: una noche que Grimont y su amigo salían de una tertulia en que se había hablado mucho de los artistas y de los cuadros del Renacimiento, el amigo decía: «¡Ay! ¡Si yo pudiera ver un día, una hora, para saber lo que eso es!» El que ha visto es incapaz de imaginar el estado de espíritu del ciego de nacimiento.

Lo sorprendente es que para el ciego de nacimiento todos los hombres son ciegos. ¿Cómo se los ha de imaginar dotados de un sentido cuya naturaleza le es desconocida? Como no sabe lo que es ver, no acierta á explicarse la visión; un vidente para él es una persona que puede ejecutar muchas cosas que él es incapaz de hacer, gracias á una facultad cuyos efectos comprueba, pero cuya naturaleza es un misterio. Por digno de compasión que sea el hombre que ha perdido la vista, lo es mucho más el ciego de nacimiento. El primero sufre por lo que ha perdido, pero el segundo sufre por no saber siquiera qué es lo que le falta. Cuando lee ó escucha, muchísimas palabras no tienen sentido, lo que no le sucede al otro ciego.

Los ciegos de nacimiento no se diferencian de los clarividentes en la inteligencia pura, pero sí en la imaginación. La

noción de las formas simples es exacta y clara; saben bien lo que es una esfera, ó un cubo, y si consideran un cuadrado inscrito en una esfera se dan perfectamente cuenta de las dos figuras. Del mismo modo conciben la masa de un cuerpo, su ligereza ó su pesadez, y los fenómenos de movimiento, reposo, velocidad, fuerza, calor ó frío, etc., menos los fenómenos luminosos. El tiempo y el espacio también se lo explican, pero la noción de espacio sólo la tienen por el tacto y el oído; por eso, falto del sentido sintético, el ciego no percibe un conjunto sino por yuxtaposición de sus partes. De ahí que la belleza plástica sea cosa casi desconocida para él. Con el tacto puede, por ejemplo, darse cuenta de la forma y del tamaño de las facciones; pero es incapaz de apreciar el valor del conjunto de un rostro ni el juego de la fisonomía, pues ignora cómo el rostro refleja la cólera y la alegría, la tristeza ó el espanto, y si puede apreciar la finura de la piel, le son ignorados los mil matices que la colorean; no sabe lo que es una mirada ni el efecto que produce una sonrisa.

En cambio el ciego es extremadamente sensible al encanto de la voz, y gracias á su oído y á su tacto se da cuenta de la diferencia que existe entre el aire libre y los lugares cerrados, entre la sonoridad de una iglesia y la de una tienda, entre el andar de un hombre y el de una mujer. Cuando entra en una habitación, reconoce por el oído si es grande ó pequeña, alta ó baja, con muchos ó con pocos muebles, y con mucha ó con poca gente. Si la reunión es numerosa, no tarda en darse cuenta del tono que en ella reina, del predominio de uno ú otro sexo, del modo con que están agrupados unos y otros; y al hablar sabe si el que habla está cerca ó lejos, de pie ó sentado, y si se vuelve hacia él ó se dirige á otros; antes de que se haya pronunciado una sílaba, ¡cuántos matices expresivos en el modo de estrechar la mano, de entrar, de sentarse, de levantarse, de andar! Basta esto para descubrir las maneras, la posición social, la franqueza, la prudencia, la obsequiosidad, el orgullo, las principales inclinaciones del alma de cada cual.

Los ciegos de nacimiento no pueden imaginarse la forma de los cuerpos de grandes dimensiones, como un caballo, un árbol ó una casa, sino imperfectamente, y con mayor motivo son incapaces de figurarse un paisaje. Los sueños de esos ciegos tienen que acomodarse á esa falta de imaginación; quien no ha visto nunca despierto tampoco puede ver dormido; por eso sus ensueños son puramente auditivós y tactiles; sueña que asiste á una tertulia, y claro es que no ve á nadie, sino que estrecha una mano, oye una conversación y escucha cómo cantan; las imágenes visuales les están completamente vedadas.

Puede considerarse como ciegos de nacimiento no sólo á los que han venido al mundo sin vista, sino á los que se han quedados ciegos antes de los seis años. Por extraño que parezca, un niño de ocho años, cegado á los tres, no conserva ningún recuerdo de las cosas visibles, ni siquiera de la luz. Un ciego de cuarenta años que había perdido la vista á los doce decía á Grimont que sólo había conservado el recuerdo de cortísimo número de impresiones; sus sueños eran sueños de ciego, y cada vez se le ponía la vida más obscura. Sólo los que han conservado la vista hasta los diez y ocho ó veinte años parecen hallarse en posesión casi íntegra de imágenes visuales.

Los ciegos están repartidos por todo el globo en proporciones variables; en Francia hay 38.000. Las causas de la ceguera pueden repartirse en dos grandes grupos: causas generales, que afectan al conjunto de la población, y causas especiales, resultantes del estado morboso propio de los ciegos. Entre las primeras hay que poner ante todo el clima: las regiones tropicales ó intertropicales son las que producen mayor número de ciegos. No por eso faltan, desgraciadamente, en los países fríos, pues si en los climas cálidos el ardor del sol y del aire produce cegueras, en las regiones cubiertas de nieve la excesiva claridad fatiga la vista y acaba por destruirla; la humedad es también una de las principales causas de ceguera;

en Francia, por ejemplo, hay siete ú ocho ciegos en las provincias del litoral por cada uno de las del centro. Las ciudades cálidas ó polvorientas suministran casos relativamente frecuentes de enfermedades de los ojos, mientras que las regiones en que la atmósfera es templada, seca y pura son las que pagan menor tributo á la ceguera. Entre las causas particulares, una de las más frecuentes es la falta de limpieza y la incuria con que tantas gentes dejan agravar sus enfermedades de la vista. La herencia desempeña en la ceguera un papel bastante obscuro, pues es raro que de padre y madre ciegos salga un hijo ciego, y en cambio muchos ciegos cuentan ciegos entre sus ascendientes; la debilidad, la vejez, el alcoholismo y las enfermedades infecciosas, y sobre todo la oftalmía purulenta, son las causas más corrientes de la ceguera; las fiebres tifoídeas y palúdicas y la viruela dan el mayor contingente de ciegos.

La proporción de los ciegos es sensiblemente la misma en las diversas clases sociales, pero las causas son enteramente distintas: entre los obreros, la ceguera es debida á los accidentes del trabajo (caídas, explosiones de grisú, astillas, emanaciones venenosas, etc.); y entre los demás, al exceso de luz, á la costumbre de leer y escribir de noche, al recargo de trabajo intelectual, á las vigilias prolongadas, á la falta de ejercicio, á todo lo que predispone á la congestión y á la parálisis general.

Antiguamente la ceguera era considerada como castigo de los dioses, y el ciego inspiraba más horror que lástima. Hoy han cambiado las cosas, pero todavía quedan en los pueblos restos de aquel prejuicio. En la Edad Media se les despreciaba y ridiculizaba, y en las fiestas populares solían figurar los ciegos para pelear con un palo contra los perros y los cerdos que les acometían. A fines del siglo XVIII, Valentín Hauy, el apóstol de los ciegos, pasó por la feria de San Ovidio, y vió una barraca en la que varios ciegos daban un concierto; para llamar la atención y para divertir al público, tenían trajes oro-

pelescos, con grandes orejas de asno y con plumas de pavo real; llevaban anteojos enormes, sin cristales, y cada uno tenía una lámpara encendida ante el papel de música, que no podía ver; Hauy se indignó de tal modo, que aquel espectáculo determinó su vocación; se propuso redimir á los desdichados, é inventó un sistema especial para educarlos é instruirlos. De entonces arranca la fundación de la Institución nacional para los ciegos, con cuya ignorancia secular acabó Braille gracias á su sistema de escritura y lectura.

¿Cómo viven los ciegos? Los pobres, de limosna; pero hay muchos que ganan su sustento con su trabajo. Las profesiones relacionadas con la música son las que mejor se prestan á ser ejercidas por los ciegos. La mejor y más productiva es la de afinador; los afinadores ciegos gozan de merecida reputación. Luego vienen, por orden de importancia, los oficios de cepillería, silletería, espartería, cestería, escobería y filatería, que son los más corrientes, aunque hay ciegos dactilógrafos, relojeros, cuchilleros, etc. Los objetos fabricados por los ciegos son siempre de buena calidad; pero como no pueden trabajar de prisa, nunca ganan tanto como los demás trabajadores; y como tienen que valerse de terceros para colocar sus productos, sus ganancias se ven siempre mermadas por todos lados.

En cuanto á la vida material, hay entre los ciegos, como entre los clarividentes, un poco de todo: los hay dotados de facultades extraordinarias, y otros tan torpes, que no saben hacer nada por sí mismos. En general, los ciegos pueden andar por su casa sin tropiezo, conocer todos sus pormenores y encontrar todos los objetos que necesitan, arreglarse y comer (aunque muchos no aciertan á echarse de beber ni á cortar la carne), salir de paseo y recorrer varios kilómetros por el campo ó por la ciudad, si ésta es pacífica. Lo que les guía es la tactilidad del pie, que les permite reconocer la naturaleza del terreno y el camino ó la acera por donde deben ir; el oído es un gran auxiliar, pues por él saben (por el sonido de los pasos) el suelo que pisan, si se acercan á una pared ó á un coche para-

do, á una excavación, etc. Los coches, carros, rebaños y transeuntes los oye el ciego desde lejos; por eso cuando llueve ó hace mucho viento se ve apurado por no poder distinguir bien entre tantos ruidos. Pero nada le desorienta tanto como un estrépito, una gritería que parte de muchos sitios á la vez, y en medio de la cual se siente perdido. El bastón es un recurso; pero hay muchos ciegos (casi todos los de nacimiento) que se manejan sin él perfectamente, y que no sienten la necesidad de valerse de él. También pueden jugar á ciertos juegos que han sido adaptados para ellos; pero nada les distrae tanto como la lectura y la conversación. Los libros se los presta la asociación Valentín Hauy, que tiene la mejor biblioteca del mundo para ciegos, gracias á los cientos de copistas, entre ellos las señoras de la aristocracia, que consagran sus ocios á transcribir por el sistema Braille. La conversación les saca de su aislamiento, y entonces se alegran: de ahí la errónea creencia de que los ciegos tienen tendencia á la alegría.

La ceguera puede hacer sufrir al carácter alguna alteración, pero nunca llega á cambiar su fondo. Esa profundidad de pensamiento y ese espíritu reflexivo que muchos se complacen en atribuir á los ciegos, no existe, según Grimont, y, como dice con tanto buen sentido como franqueza, los ciegos no son mejores ni peores que los demás hombres; son únicamente más desgraciados, y eso basta para ganarse la simpatía de los que ven la luz y conocen la claridad.

CRÍTICA

Momotombadas.—¡Ahí va eso! Son unas líneas de Rubén Darío, recortadas en forma semejante á la de versos desiguales, y que se publican, ¡parece increíble!, en *Blanco y Negro*, la popular revista ilustrada madrileña.

> El tren iba rodando sobre sus rieles. Era
> en los días de mi dorada primavera
> y era en mi Nicaragua natal.

De pronto, entre las copas de los árboles, vi
un cono gigantesco «calvo y desnudo» y
lleno de antiguo orgullo triunfal.
Ya había yo leído á Hugo, y la leyenda
que Squire le enseñó. Como una vasta tienda
vi aquel coloso negro ante el sol,
maravilloso de majestad, padre viejo
que se duplica en el armonioso espejo
de un agua perla, esmeralda, col.

Y así sigue la cosicosa dedicada al volcán nicaragüeño de Momotombo por Rubén Darío, con pretensiones de poesía. Pero ni eso son versos, ni eso es poesía, ni eso es más que una tomadura de pelo á los lectores de *Blanco y Negro*, ó á Rubén Darío, ó á unos y á otro á la vez. ¿No han tropezado ustedes alguna vez con algún tonto cuyas necedades quiera lucir su familia para que hagan gracia? Pues este es el caso de *Blanco y Negro:* «¿Ustedes no han oído á Rubén Darío? ¡Oh! Pues es una cosa despampanante. Anda, Rubencito, dinos una de esas cosas que sacas de tu cabeza, para que te oigan estos señores». Y Rubencito se yergue, se estira los puños, tose, y va y dice:

«El tren iba rodando sobre sus rieles. Era...»,

etcétera, pues no es cosa de repetirlo. Y toda la familia, guiñando el ojo á los convidados, prorrumpe en bravos y palmadas. «¿Eh? Tiene chispa, ¿verdad? ¡Ah! Es una maravilla este Rubencito. Y eso que no ha dicho lo mejor, pues tiene poesías todavía mejores que la que ustedes acaban de oir. Anda, Rubencito, di otra».

¡No, por Dios! Que se calle, ó que lea sus versos á su criada, si la tiene, pero que nos deje en paz con esa serie de ramplonerías y bobadas. Esas cosas son buenas para que Mariano Cavia, ó Felipe Pérez, ó Pérez Zúñiga, nos obsequien con uno de sus graciosos pitorreos modernistas, simbolistas ó decadentistas, pero no para tomarlas en serio en una revista tan cuidada y tan acreditada como *Blanco y Negro*. Miren ustedes

que hay muchos tontos por el mundo y se lo van á creer, y maldita la gracia que tiene que se lo crean, no por ellos, sino por la cultura nacional.

Y es que estos señores se imaginan en serio, echándoselas de Verlaine ó Mallarmé en lo que tienen de malo, que han dado con una nueva fórmula, con un molde nuevo de poesía. ¡Qué ignorancia! Esos versos cojos ó faltos de armonía, sin ritmo ni sonoridad, se encuentran á montones en las coplas callejeras que recitan y venden los ciegos; esa prosa, recortada en pedazos de varios tamaños, es cosa vieja en todos nuestros versificadores de cuarta fila. El buen verso castellano no es ése, evidentemente, porque el verso castellano es cadencioso, rítmico, sonoro, halagador del oído, acariciador de los sentidos, armonioso, bello, en una palabra; y esos renglones dedicados al Momotombo son feos en todos sentidos; y si eso es indiscutible en cuanto á la forma material, á la plasticidad, en cuanto al fondo nada hay en ellos de poesía: ni conceptos sublimes, ni brillantes imágenes, ni arrebatadores arranques, ni nada, en fin, de lo que produce la emoción estética, que es la piedra de toque de la verdadera poesía; lejos de eso, lo que producen esas líneas de palabras es repulsión y lástima.

¡Lo que habrá cavilado el autor para dar con aquella «y» hasta hacerla rimar con «vi» para dejarnos estupefactos!

> De pronto, entre las copas de los árboles, vi
> un cono gigantesco «calvo y desnudo» y...

¡Hi, hi, hi, hi! ¡Qué tontería! ¡Pero si ni aun eso es nuevo! ¡Si en nuestros autores cómicos y en nuestra poesía burlesca tenemos á docenas ejemplos semejantes y mucho más graciosos, porque allí encaja perfectamente lo que en una poesía seria desentona!

> Conozco yo un avestrùz
> que, á pesar de su ignorancia,
> está regentando un Juz
> gado de primera instancia,

decía Antonio Trueba hace treinta años en *El pleito del matrimonio*. ¿Qué dice á esto Rubén Darío?

Pues ¿y aquella comparación del Momotombo reflejándose en el agua, «padre viejo que se duplica en el armonioso espejo de un agua perla, esmeralda, col»? ¡Se le habrán quedado los sesos hechos agua, digo, perla, esmeralda, col, al dar á luz tamaña tontería! ¡Eso es ridículo!

Pero ¡si no hay por dónde coger los tales renglones aspirantes á versos! «El tren iba rodando sobre sus rieles.» ¡Claro que tenía que rodar sobre los suyos! En Nicaragua, como en todas partes, los trenes ruedan sobre los rieles de la línea á que corresponden, á menos que descarrilen. «Era—en los días de mi dorada primavera.» ¡La suya también, es claro! ¿Y por qué dorada? ¡Vaya usted á saberlo! «Y era—¡qué bonita esta repetición del *era*: ¡era! ¡era! ¿Será la nostalgia de la era?—en mi Nicaragua natal.» ¡La suya, siempre la suya! ¡Su Nicaragua! Y no una Nicaragua cualquiera, sino la suya, su Nicaragua natal, la Nicaragua en que nació Simeón, digo Rubén, entiéndase bien, y no otra, pues las otras Nicaraguas que no son suyas, ni son natales, esas no tienen nada que ver en el asunto del Momotombo.

¿A qué seguir analizando? ¡No vale la pena! Pero conste que ni en broma, ni por guasa, ni por pitorreo, podemos consentir que pasen sin protesta estas cosas. Hay poesía sin versos, pero no debe haber versos sin poesía; y el que escriba en verso, que lo haga ajustándose á lo que es y ha sido siempre y debe siempre ser el verso: música, ritmo, cadencia; el que no acierte con ello por falta de gusto ó de oído, que escriba en prosa, pues nadie le obliga á escribir en verso.

***

Carlos V en el Escorial.— ¿Les choca á ustedes el título? Pues más les chocaría si lo pusiera completo: «Carlos V retirado en el monasterio del Escorial». ¿Cómo? Pero existía el monasterio del Escorial en tiempo de Carlos V? Todos creía-

mos que no, pues el monasterio lo fundó Felipe II en memoria de la batalla de San Quintín, ganada á los franceses bastante después de la muerte del gran emperador, su padre.

A pesar de que estos son hechos perfectamente conocidos, no ya de los historiadores, sino de toda persona medianamente culta, nos hemos encontrado en *El Arte del Teatro* con un parrafito que nos ha sumido en un mar de confusiones. Se trata de los diversos autores que han explotado el tema de la historia del Duque de Gandía y de su célebre frase: «No más servir á señor—que se me pueda morir»; y al exponer el argumento de *El Fénix de España*, *San Francisco de Borja*, dice el articulista, que no carece de erudición: «La acción desarróllase en Oñate, donde el emperador Carlos V lo sorprende (al duque de Gandía, convertido en el padre Francisco de Borja) predicando y enseñando la doctrina á los niños de los caseríos. Carlos V y Gandía recuerdan con frases de extremado sentimentalismo á la finada emperatriz Isabel de Portugal, y el emperador, inconsolable por sus penas, resuelve preparar su retiro al Escorial, queriendo imitar la vida humilde de su primo».

Y he ahí lo que nos ha llamado la atención, sorprendiéndonos desagradablemente, pues en un artículo con ribetes de erudición, y que se titula *La Historia en el Arte y en el Teatro*, lo menos que se puede pedir al autor es que la Historia se respete cuando de hechos y no de suposiciones se trata. Ni Carlos V pensó nunca en retirarse al Escorial, ni el Escorial contaba entonces con retiros adecuados al emperador, ni es lícito confundir el Escorial con Yuste, ni á Carlos V con Felipe II. Harto sabemos que los anacronismos fueron y aun son todavía (díganlo Rostand y Catulo Mendes) corrientes en el teatro; pero eso no autoriza, al que pretende historiar sucesos, el empleo del anacronismo.

*
* *

Las noticias acusan.—Todos los días tropezamos en los periódicos con frases de esta guisa: «Las últimas noticias recibidas de Marruecos acusan completa tranquilidad en el imperio»; «los partes de las comarcas inundadas acusan la baja de los ríos y el restablecimiento del servicio ferroviario»; «los despachos de Nueva York siguen acusando gran intranquilidad en el mundo de los negocios», etc.

¿De dónde sacan ese giro nuestros periodistas? Se acusa á alguien, y se le acusa *de algo*, ó *por algo*, ó *como algo*; pero una cosa no *acusa otra*, sino que la delata, la revela, la indica, la demuestra, la descubre, la hace conocer, etc. Un telegrama no puede *acusar baja* ni alta, ni tranquilidad ni desasosiego, y ese giro de *acusar* con un complemento directo no es correcto; Baralt lo rechaza, y el ilustre Cuervo—un americano de pura sangre española, gloria de las letras castellanas—lo rechaza también, tildándolo de extranjerismo, aunque se encuentren raros ejemplos de su uso en alguno de nuestros clásicos.

Un francés escribe: «La différence que je viens de signaler s'accuse ici avec une netteté toute particulière». Y un mal traductor lo transcribe diciendo: «La diferencia que acabo de señalar se acusa aquí con una limpieza toda particular». Y se queda tan fresco. Y lo peor es que de cada cien lectores noventa y ocho se lo tragan y se quedan tan frescos como el traductor. Pues bien, esa traducción es inaceptable, porque eso no es castellano: el castellano castizo y correcto exigiría que ese párrafo se tradujera así: «La diferencia que acabo de señalar se revela aquí con particularísima nitidez». Nada de «se *acusa* aquí», ni menos «con *una* limpieza», ni menos aún «toda particular», aunque todo eso exista en el original; allí está bien, porque el francés exige ese *une* y esa *toute particulière*, y autoriza hasta cierto punto ese empleo abusivo del *accuser;* pero en castellano está muy mal, porque la lengua castellana tiene otras leyes y otros gustos, y debe conservarse á cada idioma su fisonomía y su carácter, ajustándose, no á las reglas

establecidas arbitrariamente por los gramáticos, pero sí á las exigencias de la lengua misma, conforme al uso de los buenos hablistas.

IMPRESIONES Y NOTAS

El diario telefónico.—El americano Bellamy, en su novela utópica *Cien años después*, publicada en 1888, lanzaba el concepto, que entonces parecía quimérico por lo atrevido, de un sistema de información y audición telefónica por el que todo el mundo podía estar al corriente de cuanto le interesara sin moverse de su cuarto. Aquella utopia es hoy una realidad en Budapest, y Bellamy, aun habiendo limitado sus fantasías á cien años, en lugar de extenderlas hasta el año 3000, como lo hizo Emilio Souvestre, que ya se ha quedado muy atrás, se encuentra con que lo que á título de sueño le parecía cosa maravillosa para 1988 es un hecho en 1907, ochenta y un año antes.

El *Telefon-Hirmando,* de Budapest, es sencillamente un diario telefónico. Doscientos colaboradores transmiten á los abonados, que no bajan de 15.000, por medio de una red de trescientos kilómetros, todo lo que ocurre de particular en el mundo. Desde las ocho de la mañana hasta las diez de la noche ocho voces estentóreas repiten los artículos aprobados por el jefe de redacción, dictan las noticias que les comunica el telégrafo, y ponen en conocimiento de la clientela los sucesos políticos, literarios y mercantiles del momento, cotizaciones de Bolsa y de mercados, sesiones de las Cámaras, informes policíacos y judiciales, extractos de periódicos, pronósticos meteorológicos y anuncios, toda la materia de que se nutre un diario moderno. Y como si fuera poco, el *Telefon-Hirmando* da á domicilio las piezas de teatro como las dicen los actores en el momento de la representación, los conciertos, los sermones y los mitins.

Según dice el Dr. Caze, la sencillez de la organización de

esta empresa es admirable, y sus gastos son inferiores á los de un periódico corriente. El coste del abono es insignificante, pues se reduce á una retribución de diez á veinte céntimos diarios, por cuya módica suma se tiene á la hora que se quiera, en la cama, á la mesa, en su despacho, donde á uno le acomode poner el aparato, todas las noticias interesantes del mundo entero.

***

Pensamientos de Schopenhauer.—Extractándolos de *Filosofía y Filósofos*, obra á punto de aparecer en casa de Alcan, publica la *Revue Bleue* algunos fragmentos, de los que entresacamos los que siguen:

«Si la mayor parte de las gentes no se hacen filósofos, proviene de que lo concreto, el detalle del fenómeno, la variedad de la experiencia cautivan su atención por su apariencia de realidad, de modo que cuando deben abstraerse de sí mismos para contemplar el conjunto de la experiencia se sobrecogen de terror como el niño que ve alejarse á su nodriza; y temen perder algo si no tienen en cuenta este aflujo de experiencia. El filósofo, por el contrario, experimentará espanto ante esa misma afluencia de fenómenos aislados; y si los primeros no tienen paciencia para alejarse del detalle y de la vaciedad para contemplar el conjunto, éste no tiene paciencia para contemplar el detalle antes de saber lo que va á hacer del conjunto.»

«Para el filósofo, como para el poeta, la moral no debe valer más que la verdad.»

«Si un buhonero viene á ofrecer á los hombres horquillas para el pelo y á las mujeres pipas para fumar, se reirán de su tontería; pero ¡cuánto más loca es la idea del filósofo que lleva la verdad al mercado y espera venderla á los hombres! ¡La verdad... para uso de los hombres!»

«Lo mejor para la filosofía sería la supresión de todas las cátedras de filosofía. Se pondría fin al mayor de todos los males: la colisión de los que buscan la verdad con los que sólo

buscan un pedazo de pan, y que, con su política y sus secretos manejos, perjudican frecuentemente á los primeros, sin servirles, en todo caso, nunca. La filosofía es para lo selecto; sólo el genio más incontestable puede hacerla progresar; el hombre ordinario la estropea en cuanto la añade una palabra de su propia cosecha.»

«La línea horizontal es la vía de la ciencia y del goce; la vertical, la del arte y la virtud.»

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

por orden alfabético de autores de los artículos publicados en «La España Moderna» durante el año 1907.

Amador de los Ríos (Rodrigo).—*Una excursión á las ruinas de la Sisla, en Toledo.* Septiembre, pág. 5.—*Mis visitas á los conventos.* Diciembre, pág. 40.

Anónimo.—*Notas bibliográficas.* Febrero, pág. 207; Marzo, pág. 205. *España fuera de España. Julio de Lespinasse y el Marqués de Mora.* Abril, pág. 112.

Araujo (Fernando).—*Revista de Revistas.* Enero, pág. 166; Febrero, pág. 177; Marzo, pág. 168; Abril, pág. 183; Mayo, pág. 156; Junio, pág. 169; Julio, pág. 177; Agosto, pág. 171; Septiembre, pág. 179; Octubre, pág. 165; Noviembre, pág. 176; Diciembre, pág. 154.

Barbey d'Aurevilly.—*España fuera de España. El Cardenal Jiménez de Cisneros.* Febrero, pág. 139.

Beaunier (André).—*España fuera de España. La revolución española en 1868.—El retrato del general Prim.—La Sierra, Granada, Gibraltar.* Enero, pág. 108.

Bécker (Jerónimo).—*Las relaciones de España con la Santa Sede durante el reinado de Doña Isabel II.* Junio, pág. 5; Julio, página 40.

Belmonte (Carlos).—*Notas bibliográficas.* Mayo, pág. 200; Junio, pág. 202; Julio, pág. 204; Agosto, pág. 202; Octubre, pág. 207; Noviembre, pág. 207.

Bertaux (E.).—*España fuera de España. El retablo monumental de la catedral de Valencia.* Diciembre, pág. 121.

Burguete (Ricardo).—*La ciencia del valor.* Abril, pág. 5.—*Psicología de la guerra.* Mayo, pág. 35.

Cambronero (Carlos). *El género chico á fines del siglo XVIII.* Julio, pág. 5.

Cejador (Julio). *Bibliografía sobre el castellano en América.* Agosto, pág. 5.

Dorado (Pedro).—*Notas bibliográficas.* Enero, pág. 198; Marzo, pág. 205; Abril, pág. 206; Mayo, pág. 197; Junio, pág. 200; Agosto, pág. 199; Septiembre, pág. 205; Octubre, pág. 204.—*Sobre el gobierno de los hombres.* Agosto, pág. 40.—*A propósito de la causa de Nakens.* Septiembre, pág. 107.

Dostoievsky (T.).—*La mujer de otro* (novela). Febrero, pág. 149; Marzo, pág. 129.

Echegaray (José).—*Recuerdos.* Enero, pág. 5; Febrero, pág. 11; Marzo, pág. 37; Abril, pág. 71; Mayo, pág. 5; Junio, pág. 32; Julio, pág. 68; Agosto, pág. 27; Septiembre, pág. 37; Octubre, página, 47; Noviembre, pág. 22; Diciembre, pág. 29.

Fuentes (Anselmo).—*Modernismo social: Gladstone.* Febrero, página 69.—*Actividad bancaria.* Marzo, pág. 24.—*Tráfico europeo.* Abril, pág. 51.—*Vida económica comparada.* Noviembre, página 34.

García Alix (Antonio).—*El presupuesto de reconstrucción política, comercial y bancaria española.* Enero, pág. 35; Febrero, pág. 23; Marzo, pág. 94; Abril, pág. 23; Mayo, pág. 52; Junio, pág. 63; Julio, pág. 80; Agosto, pág. 54; Septiembre, pág. 49; Octubre, pág. 22.

Gebhart (Emilio).—*España fuera de España. El buen sentido de un místico español.* Marzo, pág. 153.

Gómez de Baquero (E.).—*Crónica literaria.* Enero, pág. 158; Febrero, pág. 167; Marzo, pág. 160; Abril, pág. 172; Mayo, pág. 147; Junio, pág. 159; Julio, pág. 166; Agosto, pág. 160; Septiembre, pág. 171; Octubre, pág. 157; Noviembre, pág. 167; Diciembre, pág. 145.

Guerra (Ángel).—*Estudios artísticos.*—*La ironía de Fígaro.* Octubre, pág. 5.

Ibarra (Juan Francisco).—*De las «Odas bárbaras» de Josué Carducci.* Abril, pág. 66.

Justi (Carlos).—*Diego Velázquez y su siglo.* Enero, pág. 132; Febrero, pág. 105; Marzo, pág. 58; Abril, pág. 221; Mayo, pág. 106; Junio, pág. 103; Julio, pág. 106; Agosto, pág. 79; Septiembre,

pág. 84; Octubre, pág. 116; Noviembre, pág. 122; Diciembre, página 97.

LABORDE (Julio).—*La enseñanza de la lengua castellana en Francia*. Noviembre, pág. 44.

LECONTE (Jorge).—*España fuera de España. Avila, El Escorial y Toledo*. Mayo, pág. 93.

MAÑUECO VILLAPADIERNA (E.).—*Los progresos de la hipofagia*. Enero, pág. 100.—*El consumo de la carne de perro en Alemania*. Febrero, pág. 5.

MARMIER (X.).—*Memorias de un huérfano* (novela). Abril, pág. 152; Mayo, pág. 135; Junio, pág. 137; Julio, pág. 138; Agosto, pág. 132; Septiembre, pág. 146; Octubre, pág. 93; Noviembre, pág. 103.

MARTÍNEZ OLMEDILLA (Augusto).—*Las supersticiones*. Mayo, página 17; Junio, pág. 44.

MAURY (Lucien).—*España fuera de España. V. Blasco Ibáñez: En la sombra de la Catedral*. Noviembre, pág. 95.

OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*Noticias y algunas curiosidades históricas acerca del corcho y sus usos*. Diciembre, pág. 23.

PARDO BAZÁN (Emilia).—*La literatura moderna en Francia*. Enero, pág. 91; Febrero, pág. 79; Marzo, pág. 49; Diciembre, página 71.

PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*Cánovas del Castillo juzgado por sus libros*. Octubre, pág. 60.—*La embajada de España en París en los comienzos de la Revolución francesa*. Diciembre, pág. 5.

POSADA (Adolfo).—*Legislación del trabajo*. Enero, pág. 16.—*Para la historia de la Sociología*. Abril, pág. 85.

SANTACRUZ (Pascual).—*La delincuencia impune y la opinión pública*. Febrero, pág. 89.—*El siglo de los marimachos*. Noviembre, pág. 79.

TWAIN (Marck).—*El hombre del mensaje*. Diciembre, pág. 83.

UNAMUNO (Miguel de).—*Más sobre la europeización*. Marzo, pág. 5. *Inteligencia y bondad*. Noviembre, pág. 5.

ÍNDICE

Págs.

La embajada de España en París en los comienzos de la Revolución francesa, por Juan Pérez de Guzmán 5

Noticias y algunas curiosidades históricas acerca del corcho y sus usos, por Joaquín Olmedilla y Puig 23

Recuerdos, por José Echegaray 29

Mis visitas á los conventos, por Rodrigo Amador de los Ríos 40

La literatura moderna en Francia, por Emilia Pardo Bazán 71

El hombre del mensaje, por Marck Twain 83

Diego Velázquez y su siglo (continuación), por Carlos Justi 97

España fuera de España 121

Crónica literaria, por E. Gómez de Baquero 145

Revista de Revistas, por Fernando Araujo 154

Índice general por orden alfabético de autores 197

CATÁLOGO

por orden alfabético de autores y materias, de los libros publicados por LA ESPAÑA MODERNA, que se venden en su Administración, Fomento, núm. 7, bajo.—Madrid.

ANTROPOLOGIA

Ferri. — Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.

Lombroso. — Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Ultimos progresos de la Antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.—Garofalo y Fioretti: La escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

Lemcke.—Estética, 8 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.— El ideal en el Arte, 3 pesetas.— El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, 2 tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

Araujo.—Goya, 3 pesetas.

Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.— Fernán Caballero, 1 peseta.

Barbey.— El Dandismo y Jorge Brummel, 3 pesetas.

Becerro de Bengoa. — Trueba, 1 peseta.

Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.

Boissier. — Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.

Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.

Campoamor.—Cánovas, 1 peseta.

Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

Fernández Guerra. — Hartzenbusch, 1 peseta.

Fernán-Flor.— Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.

Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.— Heine, 1 pta.

Goncourt.—María Antonieta, 7 pesetas.—La Pompadour, 6 pesetas. Las favoritas de Luis XV, 6 ptas. —La Du-Barry, 4 pesetas.

Gladstonne.— Los Grandes Nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.

Goethe.—Memorias, 5 pesetas.

Haussonville.— La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.

Heine.—Memorias, 3 pesetas.

Lange.—Luis Viver, 2,50 pesetas.

Macaulay.—Vida, Memorias y Cartas, 2 tomos, 14 pesetas.—La Educación de Lord Macaulay, 7 pesetas.

Maupassant.—Zola, 1 peseta.

Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.— Martínez de la Rosa, 1 peseta.

Meneval. — María Stuardo, 6 ptas.

Molins.— Bretón de los Herreros, 1 peseta.

Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.

Passarge.—Ibsen, 1 peseta.

Picón.—Ayala, 1 peseta.

Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).— Memorias íntimas, 2 tomos, 6 pesetas.

Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 3 pesetas.

Stuart-Mill.—Mis Memorias, 3 ptas.

Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.— Mi juventud, 3 pesetas. — Mi confesión, 3 pesetas.

Valera.—Ventura de la Vega, 1 pta.

Wagner. — Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.

Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Víctor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta. Daudet, 1 peseta.— Sardou, 1 peseta.—Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta. —Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt, 1 peseta.—Musset, 1 peseta.— Gautier, 1 peseta.— Stendhal, 1 peseta.—Sainte-Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas. Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas. —La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de La génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de Gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.

Asser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Dorado Montero. — Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas. —El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée. — Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), 2 tomos, 15 ptas.

Gabba. — Derecho civil moderno, 2 tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 ptas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, 2 tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del Juez, 12 ptas.

Gumplowicz. — Derecho político filosófico, 10 pesetas.

Hunter. — Sumario de Derecho romano, 4 pesetas.

Ihering. — Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 ptas.

Lombroso, Ferry, y Garofalo Fioretti.—La escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.

Macaulay. — Estudios jurídicos, 2 tomos, 6 pesetas.

Manduca.—El procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens. — Derecho Internacional (público y privado), 3 ts., 22 ptas.

Meyer.--La administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 ptas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, 2 tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.

Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 ptas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, 2 tomos, 20 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El delito de dos, 4 pesetas.—La muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La teoría positiva de la complicidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é Instituciones del Derecho Privado Romano, un gran volumen. 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner-Maine.—El antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde. — Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El duelo y el delito político, 3 pesetas.—La criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 ptas.

Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 8 pesetas.

Varios autores.—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylla, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.)—La Nueva Ciencia Jurídica, 2 tomos, 15 pesetas.

Idem.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Bello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etcétera.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Vivante. — Derecho mercantil, 10 pesetas.

ECONOMÍA

Antoine.— Curso de Economía social, 2 tomos, 16 pesetas.

Buylla, Neumann, Kleinwhac-

ter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.—Economía, 12 pesetas.

Goschen.—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.

Kells Ingram.—Historia de la Economía política, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Laveleye.—Economía política, 7 pesetas.

Leroy-Beaulieu. — Economía política, 8 pesetas.

Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.

Virgilii.—Manual de Estadística, 4 pesetas.

FILOSOFÍA

Amiel.—Diario íntimo, 9 pesetas.

Caro.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Collins.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.

Emerson.—La ley de la vida, 5 pts. —Hombres simbólicos, 4 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Guyau.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Lubbock.—El empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa, 3 ptas.

Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas. — Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas. — Estudios escogidos, 3 pesetas.

Spencer.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. — Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 ptas. Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

—Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El Organismo social, 7 pesetas.— El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Filosofía del Arte, 3 ptas. —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

HIGIENE

Hirsch, Stokvis, Koch, Würzburg. — *Estudios de higiene general*, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la higiene pública, por Hirsch, profesor en Berlín.—Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam.—Las infecciones, por Koch, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones: causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

Boissier.—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo del César, 8 pesetas.

Campe. — Historia de América, 2 tomos, 6 pesetas.

Carlyle.—La Revolución francesa, 8 pesetas.

Dowden.—Historia de la Literatura francesa, 9 pesetas.

Fouillée.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.

Fournier.—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.

Garnet.—Historia de la Literatura Italiana, 9 pesetas.

Goncourt.—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.

Heine.—Alemania, 6 pesetas.

Murray.—Historia de la Literatura clásica griega, 10 pesetas.

Renán.—Estudio de Historia religiosa, 6 pesetas.—Las Vidas de los sautos, 6 pesetas.

Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Taine.—Historia de la Literatura Inglesa: Los contemporáneos, 7 pesetas. — Los Orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas. —La Edad Clásica, 6 pesetas.— —Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Tolstoy. —El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.

Uriel.—Historia de Chile, 8 pesetas.

Waliszewsky. — Historia de la Literatura Rusa, 9 pesetas.

Westermarck.—El matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

Wolf.—Historia de las Literaturas Castellana y Portuguesa, con notas de M. Menéndez y Pelayo, 2 volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

Alcofurado.—Cartas amatorias de la Monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.

Baudelaire.—Los paraísos artificiales, 3 pesetas.

Castro.—El libro de los galicismos, 3 pesetas.

Gautier.—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.

Gay.—Salones célebres, 3 pesetas.

Hamilton.—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Stead.—El Gobierno de New-York, 3 pesetas.

Stendhal.—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amatorias, 3 pesetas.

Tolstoy.—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.— Placeres viciosos, 3 ptas.

Varios autores.—(Thebussem, Manuel del Palacio, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

Balzac.—Eugenio Graudet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Ursula Mironet, 3 pesetas. — César Birotteau, 3 pesetas.—La quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.

Barbey d'Aurevilly.—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nom-

bre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.

Cherbuliez.—Miss Rovel, 3 pesetas. La tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas. Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.

Coppée.—Un idilio, 3 pesetas.

Daudet.—Jack, 2 tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarín en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.

Dostoyuski.—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La novela del presidio, 3 pesetas.

Ferrán.—Obras completas, 3 pesetas.

Flaubert.—Un corazón sencillo, 3 pesetas.

Goncourt.—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustin, 3 pesetas.—La señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Mis perlas, 3 pesetas.

Neera.—Teresa, 3 pesetas.

Rod.—El Silencio, 3 pesetas.

Sardou.—La Perla Negra, 3 pesetas.

Sudermann.—El Deseo, 3,50 ptas.

Tolstoy.—La sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas. El Ahorcado, 3 pesetas.—El príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Ivan el Imbécil, 3 pesetas.—El canto del cisne, 3 pesetas.—El camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.

Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas. El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.

Zola.—Las veladas de Medan, 3 pesetas.—La novela experimental, 3 pesetas.—Los novelistas naturalistas, 2 tomos, 6 ptas.—El Doctor Pascual, 2 tomos, 6 pesetas.—Los hombros de la Marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.

Fichte.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pts.

Huxley.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.

Macaulay.—La educación, 7 ptas.

Tolstoy.—La escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campoamor. — Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3 pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.

Ferrán. — Obras completas, 3 ptas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de Economía social, 2 vols., 16 pesetas.

Caro.—El suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza, 3 pesetas.

Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.

Fouillée.—La ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Garofalo.—La superstición socialista, 5 pesetas.

Giddings. — Principios de Sociología, 10 pesetas.

Grave.—La sociedad futura, 8 ptas.

Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 ptas.—Compendio de Sociología, 9 ptas.

Guyau.—La educación y la herencia, 8 pesetas.—La moral inglesa contemporánea, ó sea, Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.

Janet.—La familia, 5 pesetas.

Kid.—La Evolución social, 7 pesetas.

Kropotkin. — Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.

Max-Muller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.

Spencer.—*Principios de Sociología*, Comprenden: Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.— Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas. —Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales é industriales (en prensa).

Spencer.—*Principios de moral.* Comprenden: La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 ptas. —La justicia, 7 ptas.—La beneficencia, 6 pesetas.

—El organismo social, 7 pesetas.—El progreso, 7 pesetas.— Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Sumner-Maine. — Las instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde.—Las transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy.—Placeres viciosos, 3 pesetas.—El dinero y el trabajo, 3 pesetas.—El Trabajo, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas. —¿Qué hacer?, 3 pesetas.— Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores.— Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 ptas.

TEATRO

Ibsen.—Casa de muñeca, 3 pesetas. —Los Aparecidos y Edda Gabler, 2 dramas, 3 pesetas.—La dama del mar y Un enemigo del Pueblo, 2 dramas, 3 pesetas.

Zola.—El Naturalismo en el teatro, 2 tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin.--Viaje de un naturalista alrededor del mundo, 2 tomos, 15 ptas.
Heine.—Alemania, 6 pesetas.
Nansen.—Hacia el Polo, 6 pesetas.
Taine.—La Inglaterra, 7 pesetas. — Notas sobre París, 6 pesetas.—Viaje á Italia, 6 tomos, 18 pesetas.
Tcheng-Ki-Tong.—La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES
CONTEMPORÁNEOS

Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Sudermann.—El deseo, 3,50 ptas.
Korolenko.—El desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Turguenef.—Tierras vírgenes, 5 pts.
Heiberg.—Novelas danesas, 3 ptas.

AP
60
E8
año 19
no.226-28

La España moderna

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY